

1777

1778

1779

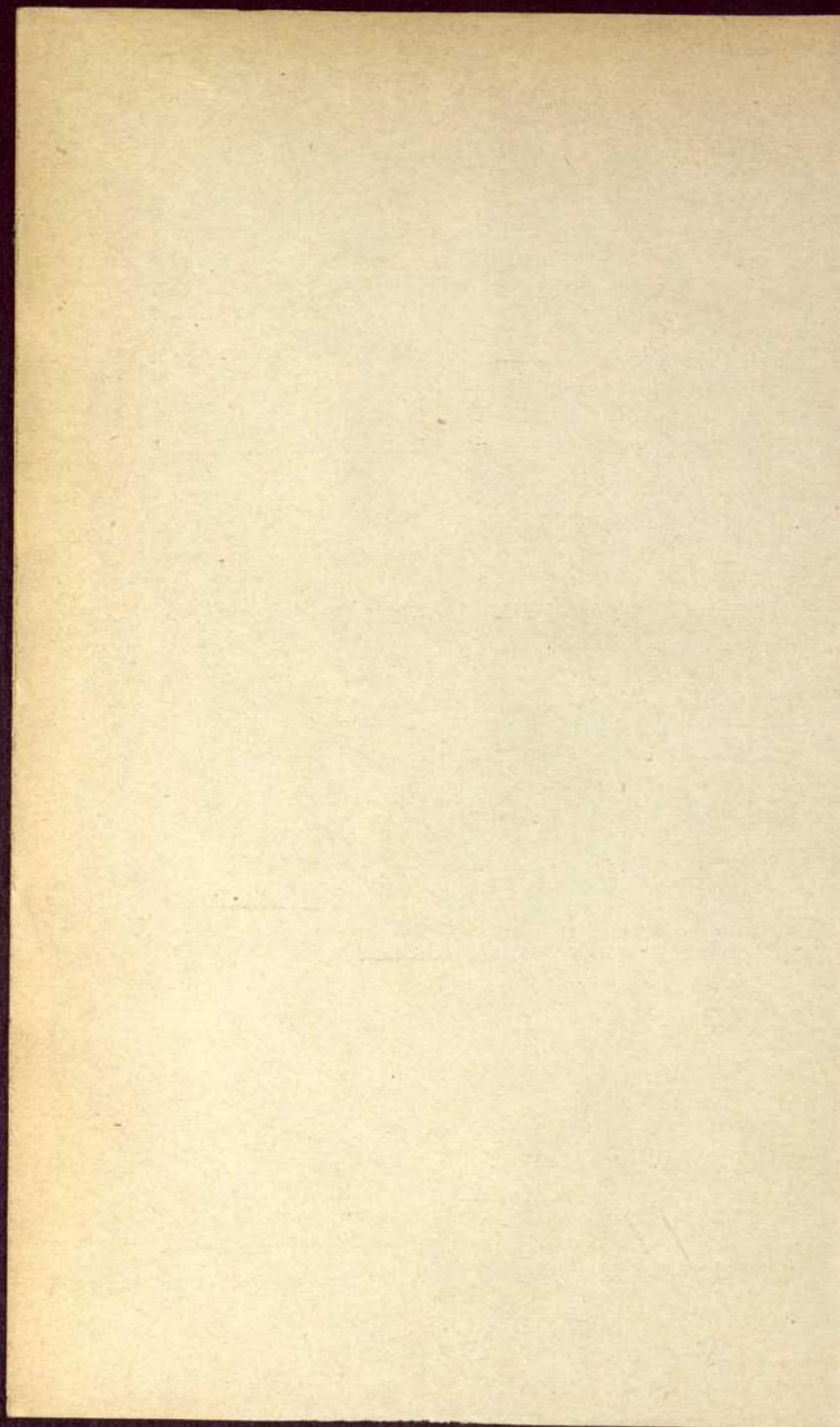
M
S

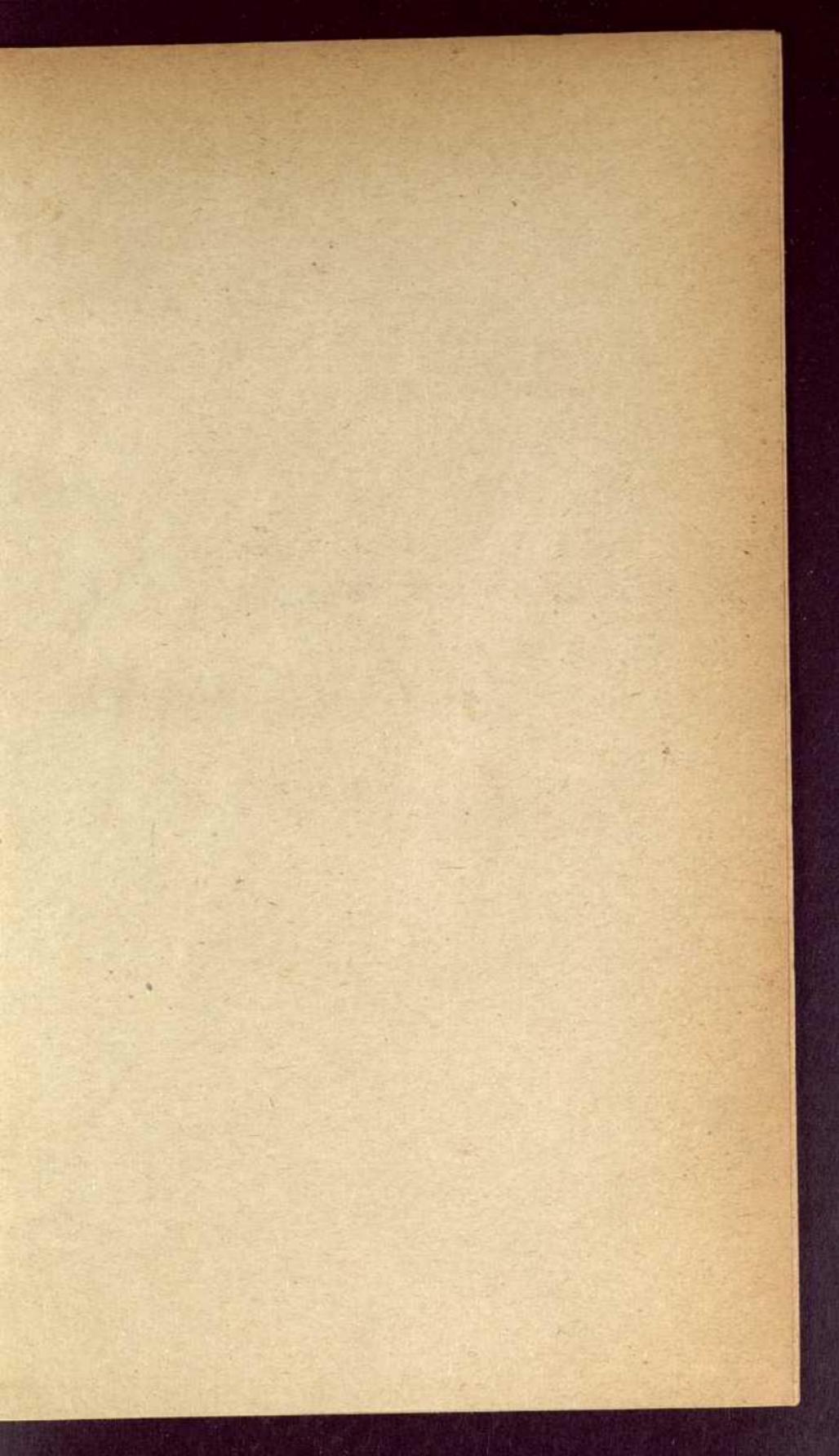


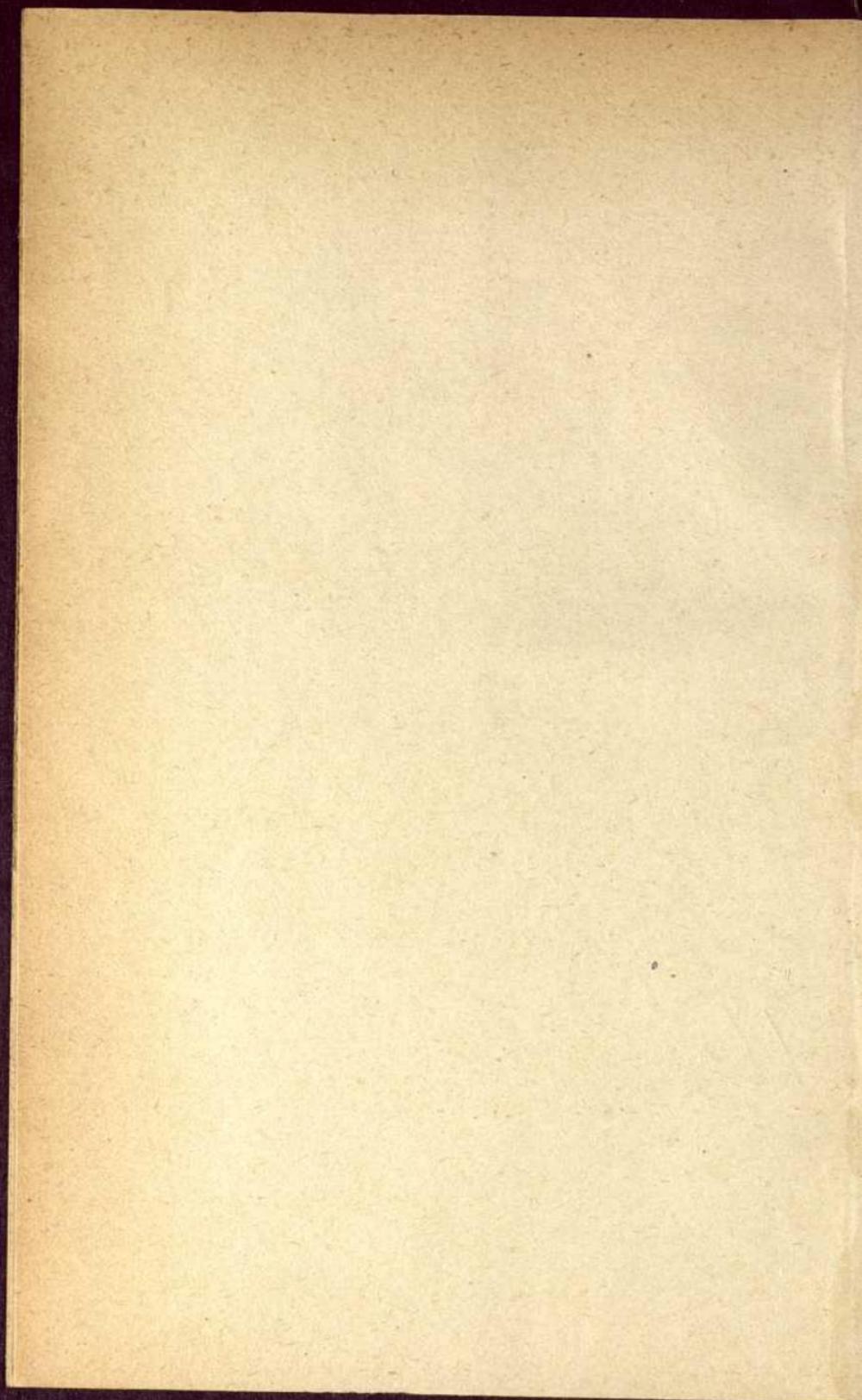
10001022737

Biblioteca Depòsit

BID. H 2325







PSICOLOGÍA



CIENCIA Y EDUCACIÓN

MANUALES

PSICOLOGÍA

POR

ABEL REY

TRADUCCIÓN

POR

DOMINGO BARNÉS

NUEVA EDICIÓN REVISADA



EDICIONES DE «LA LECTURA»

ESPASA-CALPE, S. A.

UNIVERSIDAD DE VALENCIA
FACULTAD DE PSICOLOGIA
BIBLIOTECA
Reg. de Entrada nº 2848
Fecha: 19-9-89
Signatura Donatario 139

D. 1022726

L. 1022737

BID.M 7325

ES PROPIEDAD
Madrid, 1932
Published in Spain



INTRODUCCIÓN

CARACTER GENERAL DE LA FILOSOFÍA

I. *Orígenes de la ciencia.* — Conocimiento espontáneo y conocimiento reflexivo.

II. *Historia del conocimiento científico.* — Su división en dos dominios: A. Constitución de las ciencias propiamente dichas o ciencias positivas. — B. Necesidad de completar las ciencias positivas por las especulaciones filosóficas: 1.º Causas de ciertas cuestiones mixtas. 2.º De la necesidad de la unidad en el conocimiento. 3.º Crítica de los métodos. 4.º Aplicaciones morales. 5.º Problemas sin solución.

III. *Concepto tradicional de la filosofía.* — A. Su método; diferencias que existen entre la filosofía y las ciencias propiamente dichas: 1.º Objeto. 2.º Método. 3.º Resultados. 4.º Puntos de vista. 5.º Fin práctico. — B. Relaciones de las ciencias y de la filosofía.

IV. *Definición y división tradicionales de la filosofía:* 1.º Lógica. 2.º Moral. 3.º Estética. 4.º Metafísica. 5.º Psicología.

V. A. Relaciones de la psicología y de la filosofía. — B. Relaciones de la estética, de la lógica y de la moral con la filosofía. — C. Conclusión.

I. ORÍGENES DE LA CIENCIA. — CONOCIMIENTO ESPONTÁNEO Y CONOCIMIENTO REFLEXIVO

A medida que su inteligencia se despertaba, la aplicaba el hombre, de una manera muy desordenada, al conocimiento de los objetos en medio de los cuales vivía. Las percepciones, las imágenes, las ideas de un niño nos representan con bastante fidelidad esta inteligencia y esta

manera totalmente *espontánea de conocer*. La encontramos también en el conjunto de prejuicios, supersticiones, ideas incommovibles, impuestas por la rutina y aceptadas sin discusión y que constituyen la manera de ver corriente en la mayor parte de las gentes. Pero la regularidad de ciertos fenómenos, como los astronómicos; las particularidades sobresalientes presentadas por otros, llamaron la atención y suscitaron el deseo de conocer con más exactitud y con certeza. El asombro experimentado en estas primeras observaciones fué, según la frase de Platón, el comienzo de la ciencia. Las necesidades de la vida diaria le arrastraban también a estudiar la naturaleza de una manera reflexiva y metódica, porque los errores, adonde conducen fatalmente las opiniones espontáneas, llevan consigo peligros constantes. De esta doble necesidad: *satisfacer la curiosidad y proveer las necesidades prácticas* nació el esfuerzo de reflexión sobre la naturaleza, que es lo que se llama el *conocimiento reflexivo o la ciencia*.

II. HISTORIA DEL CONOCIMIENTO REFLEXIVO: SU DIVISIÓN TRADICIONAL EN DOS DOMINIOS

A. *Constitución de las ciencias propiamente dichas o ciencias positivas*. — Tan pronto como el hombre se dedicó a esta empresa, creyó, deslumbrado por estas primeras observaciones, que casi inmediatamente iba a adquirir la ciencia universal. Del mismo modo que, al parecer, basta abrir los ojos para ver el mundo tal cual es, pensó que bastaba reflexionar para alcanzar todos los elementos fijos de la naturaleza, sus leyes y el orden que rigurosamente sigue. Las especulaciones de los filósofos griegos son el resultado de este método sencillo.

No se tardó en percibir —y ya en la Grecia antigua— que el mundo no se adivina de un solo vistazo; la naturaleza es de una complicación infinita, y si se la quiere

conocer con exactitud, es preciso, como lo aconseja *Descartes*, evitar la *precipitación* y las ilusiones de una imaginación demasiado viva, sobre todo después de *separar las dificultades* que nos rodean.

El conjunto de los fenómenos ha tenido, por tanto, que ser distribuido en grupos más o menos extensos, según las analogías que presentaban entre sí. Cada uno de estos grupos ha llegado a ser el objeto de una ciencia especial que inventó, para su estudio, procedimientos especiales. La ciencia se fraccionó en ciencias particulares: matemáticas, astronomía, mecánica, física, química, etc. Estas ciencias especiales, las unas después de las otras, se separaron de los ensayos de ciencia universal en que, desde un principio, estaban confundidas y formaron el dominio propiamente científico, el dominio de las ciencias positivas.

“La primer rama que se ha desprendido del tronco común para vivir de su propia vida es la ciencia de los números y de las dimensiones: *las matemáticas*. Confundida todavía con la filosofía en la escuela pitagórica, no se separó claramente de ella hasta dos siglos después. Platón no admitía que se pudiese ser filósofo sin ser geómetra; pero la geometría se separaba desde entonces de la filosofía” (Ribot, *Psychologie anglaise, prefacio*). Esta rapidez en organizarse como ciencia particular, se explica por la naturaleza de las matemáticas que se ocupan de las propiedades más sencillas y más generales que pueden presentar los objetos: su número, su dimensión y las relaciones de estas dimensiones entre sí.

Crecen poco a poco la *mecánica*, y después, en el Renacimiento, la *física*; ayudadas del cálculo y de la experiencia, acumulan hechos e investigan leyes; observan, en lugar de razonar, y bien pronto se sienten lo bastante fuertes para afirmar su independencia: “Esta emancipación fué lenta y progresiva; los hechos están más próximos y nos son mejor conocidos... Para Descartes la filosofía es “un árbol en el cual la filosofía es la raíz y la física el tronco”. Su física, como la de *Newton*, está ex-

puesta bajo el título de *Principia philosophiæ*... La escisión no fué, pues, brusca y se llevó a cabo porque era inevitable.”

En seguida le llegó el turno a la *química*, que, salida de las investigaciones misteriosas de la alquimia y de la filosofía hermética, se constituyó en ciencia independiente en el último tercio del siglo XVIII, con *Lavoisier*. La *fisiología*, al comienzo de este siglo, sigue el mismo camino. Nosotros, en estos momentos, asistimos al mismo fenómeno para las *ciencias psicológicas y sociales*, que, no hace mucho todavía, estaban consideradas como parte integrante de la filosofía.

B. *Necesidad de completar las ciencias positivas por las especulaciones filosóficas.*—Pero, si era absolutamente necesario dividir el dominio científico en tantas ciencias especiales para llegar a conocimientos exactos y fecundos, este fraccionamiento no se producía sin inconvenientes. Y estos inconvenientes se agravaban todavía más por la lentitud con que la naturaleza se deja arrancar sus secretos, principalmente cuando los fenómenos estudiados llegan a ser complejos.

La ciencia no puede ser perfeccionada más que por un espíritu fino como el del hombre. De esto resulta que el dominio científico presenta y presentará siempre lagunas incontestables y que, para satisfacer nuestra necesidad de conocer, es necesario proseguir, paralelamente a los trabajos de detalle, ensayos de ciencia universal designados bajo el nombre de *especulaciones filosóficas*. La tradición las justifica por las razones siguientes:

1.º Las ciencias positivas las reclaman. Si, como se ha dicho, todo se encadena en la naturaleza, se puede muy bien, para la comodidad del estudio y la exactitud de los resultados, dividir el conjunto de los fenómenos con el fin de desembrillar el caos; pero al cabo de un tiempo determinado se llega fatalmente a consideraciones que invaden los dominios de varias ciencias particulares: de aquí una tendencia invencible a traspasar constantemente

los límites de cada una de ellas y a abordar los problemas más generales.

“Las divisiones que establecemos entre nuestras ciencias, sin ser arbitrarias, como algunos lo creen, son evidentemente artificiales. En realidad el asunto de nuestras investigaciones es uno. Nosotros le dividimos con el objeto de separar las dificultades para mejor resolverlas. De lo que resulta más de una vez que, contrariamente a nuestro reparto, las cuestiones importantes exigen cierta combinación de varios puntos de vista especiales, que casi no puede tener lugar más que en la situación actual del mundo sabio: lo que expone a dejar estos problemas sin solución mucho más largo tiempo del que sería necesario.” (Comte, *Cours de philosophie positive*, 1.^a lección.)

Estos problemas que no pertenecen a ninguna ciencia particular, determinan forzosamente un ensayo de ciencia universal: de este modo se penetra en el dominio de la filosofía.

Además, querámoslo o no, llevamos con nosotros siempre una idea, una representación general del mundo en que vivimos. Puede decirse que esta concepción general es la que distingue al ser inteligente, al ser humano, del bruto. La filosofía no es más que el esfuerzo que se hace para precisar y determinar de la manera más verosímil y más probable esta concepción general.

2.º Y esta tarea es necesaria. Nuestro espíritu quiere que en todas partes haya orden y unidad: las distintas ciencias positivas aun no pueden satisfacerle; estudiando fenómenos muy diferentes, como, por ejemplo, la vida de una planta y el movimiento de un planeta, llega a leyes muy contradictorias; desea relacionarlas entre sí o, por lo menos, clasificarlas y ordenarlas, y construye con ellas un sistema haciéndolas depender del más pequeño número posible de principios. Tal es el objeto de la filosofía. “Las ciencias son el conocimiento parcial unificado”, ha dicho *Spencer*; la filosofía es el saber completamente unificado.

3.º Más aún: nuestro espíritu no se contenta con re-

gistrar los resultados de los métodos que emplea; quiere apreciarlos y, por lo tanto, estimar el valor de estos métodos, el valor de nuestro conocimiento en general. De aquí ensayos de *crítica general*, que, como los de *Kant*, *Renouvier*, *Hamelin*, etc., evidentemente van más allá de las preocupaciones puramente técnicas de los sabios y no tienen sitio adecuado en nuestras ciencias positivas.

4.º Sabemos, por otra parte, que si el hombre ha tratado de conocer la naturaleza ha sido, en una amplia medida, obligado por las necesidades prácticas. Para vivir, es preciso obrar, y para obrar es preciso saber, si se quiere que la acción sea útil y aprovechable. Obrar al azar y sin conocimiento de causa es siempre peligroso. Ahora bien, las ciencias están muy lejos de estar terminadas: en particular las ciencias que se ocupan de los hombres y de sus relaciones mutuas, que, extremadamente complejas y difíciles, apenas han comenzado. De aquí resulta que la mayor parte del tiempo las ciencias no nos pueden decir nada tocante a las circunstancias de nuestras acciones; y, sin embargo, a menos de renunciar a la vida, no podemos abstenernos de obrar. Para establecer las reglas de acción, nos tenemos que dirigir a la filosofía, puesto que ésta trata de completar los datos científicos. Por otra parte, aun dado por acabado el estudio de las ciencias, siempre sería cada una de ellas una vista parcial de la naturaleza. Así, pues, la mayor parte de nuestras acciones reclaman una vista general del universo, porque es el hombre en su integridad, en virtud de todo lo que sabe o cree saber, quien tiene que fijarse un principio de conducta. La filosofía será, por tanto, siempre necesaria, lo mismo desde el punto de vista moral y social como desde el punto de vista de la acción, puesto que es una concepción de conjunto del universo.

5.º Por último, algunos problemas no tienen solución con la ayuda de los procedimientos científicos. No se prestan a la observación y a la experiencia; están más allá aún del alcance de nuestra inteligencia y de nuestra razón; estos son los problemas *metafísicos*, a los que las

diferentes religiones han tratado de responder. Se refieren, de una manera precisa, al *origen*, al *fin* o al *destino* de todas las cosas, y de la *esencia última*. Plantean *porqués* que la ciencia no puede abordar porque no son accesibles a sus métodos: la ciencia no puede hacer más que hacer constar lo que existe; pero queda forzosamente callada ante las cuestiones de *origen* y de *fin*, que traspasan los dos lados del campo de la experiencia.

La historia muestra, en efecto, que el hombre ha estado siempre inquietado por estas cuestiones. Los monumentos religiosos que se encuentran por todas partes y en todas las épocas, en los tiempos históricos, dan fe de ello: "Con la aparición de la razón, es decir, del hombre, la sabiduría de la naturaleza se despierta por primera vez a la reflexión; se admira de sus propias obras y se pregunta a sí misma qué es. Su sorpresa es tanto más extraña cuanto que, al encontrarse, por primera vez, en presencia de la muerte, conscientemente y con la limitación natural de toda existencia, se da cuenta, con mayor o menor evidencia, de la inutilidad de todo esfuerzo. De esta reflexión y de esta admiración nace la necesidad metafísica que es propia del hombre. El hombre es un animal metafísico." (Schopenhauer, *El Mundo como voluntad y como representación*. Tomo I, cap. I.)

Es, pues, necesario completar los conocimientos científicos propiamente dichos por un conjunto de especulaciones que constituyen un ensayo de ciencia universal y de síntesis, al mismo tiempo que un esfuerzo de crítica general; a este conjunto es a lo que se designa con el nombre de filosofía.

III. CONCEPCIÓN TRADICIONAL DE LA FILOSOFÍA

A. *Su método.* — *Diferencias entre la filosofía y las ciencias propiamente dichas.* — Se puede establecer ahora las diferencias y las relaciones de la ciencia y de la filosofía, con lo que se acabará de caracterizar a esta última.

1.° Los estudios científicos se refieren a los hechos naturales; los describen y establecen las leyes. Pero una vez establecidas estas leyes se presentan varias cuestiones en relación con este asunto: ¿son *ciertas y rigurosas* o sencillamente *verosímiles y aproximadas*? ¿Qué consecuencias se pueden deducir de la naturaleza del universo en el que vivimos? He aquí problemas de que las ciencias mismas no se ocupan, puesto que se dedican más bien a los resultados que obtienen. El estudio de estos problemas es un estudio filosófico. La filosofía se distingue, pues, de las ciencias en que critica los resultados obtenidos por estas ciencias.

2.° De esta diferencia en el objeto resulta una diferencia en el método. Los métodos científicos tienen por carácter esencial referirse constantemente a los hechos que la naturaleza nos presenta. El físico observa el rayo de luz blanca, nota que se refleja en el espejo y cómo se refleja: que se descompone a través de un prisma en rayos diversamente coloreados. Su trabajo consiste en seguir la naturaleza paso a paso y no avanzar sobre nada que no se encuentre presente en ella. Pero puesto que las investigaciones filosóficas, en lugar de referirse a los hechos, se refieren *solamente* a los *resultados* que el espíritu obtiene aplicando a estos hechos la observación, la experiencia y la demostración, no puede ser cuestión recurrir a estos métodos. Se *reflexionará*, por el contrario, sobre los resultados científicos, se los analizará con ayuda únicamente de la razón, se deducirán las consecuencias idealmente. La filosofía se distingue, pues, por su método, que no es el método experimental y demostrativo, sino la *reflexión* sobre los resultados de este método.

3.° Este cambio de método da origen en los resultados a una diferencia muy clara que aun nos va a servir para caracterizar la filosofía. En un trabajo científico, si se registra un resultado es porque ha sido comprobado. La prueba es siempre posible. Pero en las investigaciones filosóficas no es posible la comprobación, puesto que se va más allá de lo que se puede probar cientí-

ficamente. De aquí el *carácter hipotético* de toda especulación filosófica. Puede ser todo lo más verosímil posible, pero no se puede dar una prueba que suprima toda razón de duda.

4.º Existe más de una diferencia fundamental en los distintos puntos de vista entre la filosofía y las ciencias. Toda realidad, en efecto, cualquiera que sea, puede dar lugar a un doble conocimiento, según se quiera penetrar la naturaleza y el fondo o que se pretenda solamente tomar lo que se presenta a nuestra intuición, lo que se aparece a nuestros sentidos, o, en una palabra, el *fenómeno*. En el primer caso, el conocimiento es *filosófico*; va más allá del fenómeno que es sensible o físico, para ir al ser que es suprasensible o metafísico. En el segundo caso, el conocimiento, limitado a los hechos y a las leyes que marcan las relaciones constantes, merece solamente ser llamado *científico*.

“Así el mundo de los cuerpos es el objeto de una doble investigación; la ciencia, la física, por ejemplo, no estudia más que los fenómenos que hieren nuestros sentidos, para encontrar y fijar sus leyes... Que sea experimental o matemática, la física nunca va más allá del hecho sensible, color, sonido o movimiento. No debe en modo alguno, por ejemplo, tratar de averiguar las razones primarias del calor o del movimiento vibratorio que le produce; en otros términos, no tiene en modo alguno que investigar la constitución de la materia, ni la naturaleza metafísica del movimiento o del cuerpo. Así tal investigación no inspira a nuestro espíritu ningún interés elevado. (Hannequin, *Introduction à la psychologie*, cap. I.)

Según los partidarios de la concepción tradicional de la filosofía, esta investigación es la que definiría el punto de vista especial en el cual se debe colocar la filosofía.

5.º Por último, llegamos a la diferencia capital que separará siempre las ciencias de la filosofía, cualesquiera que sean sus progresos. Las ciencias pretenden, ante todo, darnos una representación fiel de la naturaleza, sin preocuparse de las consecuencias que esta representación

puede tener respecto a nosotros. Quieren también ser *objetivas* y lo menos *humanas* y *antropomórficas posibles*. No se preocupan, y no *deben preocuparse bajo pena de introducir la prevención y el error*, de nuestros deseos, de nuestro destino, de nuestra dicha o de nuestra desgracia. El hombre es para ellas un conjunto de fenómenos que explicar, como todos los demás y nada más. Pero, por esto mismo, no pueden responder a una multitud de necesidades interiores y de tendencias que la reflexión descubre en nosotros, aunque pudiesen suministrar indicaciones preciosas para esta respuesta. Al lado de ellas hay, pues, un lugar para otro punto de vista, que informará al hombre mismo en todo lo que estas ciencias afirman sobre la naturaleza y sobre él, a fin de *guiar su conducta* y *orientar sus aspiraciones*. Al punto de vista objetivo y científico debe añadirse el *punto de vista humano*; porque, en suma, todos nuestros esfuerzos, todos nuestros estudios, nosotros no los emprendemos más que para ilustrarnos acerca de nosotros mismos, sobre nuestro destino y sobre nuestra conducta. Esta es la tarea especial de la filosofía, la de *colocarse en este punto de vista humano*: tomará al hombre como centro y buscará en todo lo que sabemos una aclaración sobre nuestro destino, sobre nuestra actividad y sobre sus consecuencias. En lugar de considerar la naturaleza como un objeto que fotografiar, la considerará como un medio en que tenemos que obrar. Llegará, por consiguiente, a darnos reglas para ejercer esta actividad lo mejor posible.

CONCLUSIÓN. — Los caracteres generales de la filosofía y de las ciencias se diferencian, pues, claramente: mientras que la ciencia, *por la observación directa y por la demostración* procede al estudio *riguroso y objetivo de los hechos* reunidos en grupos *bien distintos*, la filosofía, *por la reflexión, crítica* los resultados científicos para dar, *hipotéticamente*, una explicación total que sirve para guiar y explicar nuestra actividad. Esto es esencialmente una *crítica general*.

B. *Relaciones entre las ciencias y la filosofía.*— Pero estas diferencias no deben hacernos olvidar las relaciones estrechas que existen entre las ciencias y la filosofía. Ciertamente que la filosofía está obligada a traspasar los resultados de las ciencias puras; pero no debe traspasarlos más que continuándolos y apoyándose en ellos. No hay nada más peligroso que extraviarse en una dirección mística y seguir ciegamente a nuestra pobre imaginación, abandonando el terreno sólido de las ciencias y de la experiencia.

Además, todos los grandes sistemas de filosofía que encontramos en la historia, desde *Platón* hasta *Kant*, pasando por *Aristóteles*, *Galileo*, *Descartes*, *Bacon*, *Newton*, *Leibniz* y *Espinosa*, han sido la obra de los grandes sabios. Han sido emprendidos para responder a necesidades científicas; han sido edificados con los métodos científicos, tales como entonces se comprendían, y apoyándose siempre sobre los descubrimientos de la época. Nosotros tenemos que tomarlos por guías y en ellos tenemos que inspirarnos siempre.

Así, pues, si hoy día la filosofía no puede seguir absolutamente el método científico, por lo menos no debe recurrir más que a la *razón* y a la *crítica libre* y tomar, como punto de partida de su *reflexión*, los *resultados establecidos por las ciencias*. Como lo proclamaron los grandes pensadores del Renacimiento y del siglo XVII: *Vanini*, *Vinci*, *Galileo*, *Bacon*, *Descartes* y *Pascal* (1), la filosofía rechazará *siempre y en todas partes* el principio de autoridad que impone pretendidas verdades sin demostrarlas, que se dirige a la creencia y no a la razón. Examinará, con las luces naturales de la inteligencia humana, todas las cuestiones, afirmará lo que puede demostrar, apreciará lo verosímil de lo que es solamente probable, negará y dudará de lo demás. Con esta única condición es como la filosofía hará obra necesaria y fecunda.

(1) Véase Pascal, Prefacio del *Traité sur le vide*; Descartes, *Discours de la Méthode*, 1.^a parte.

Comprendida de otra manera, no puede ser más que inútil y hasta peligrosa.

IV. DEFINICIÓN Y DIVISIÓN TRADICIONALES DE LA FILOSOFÍA

Después de esto podemos ahora tratar de definir la filosofía tal como tradicionalmente se la entiende. La filosofía no es una ciencia particular, puesto que se separa claramente de las ciencias por el objeto, el método y el valor de sus resultados. No se la puede llamar ciencia universal, o ciencia de lo absoluto, o ciencia de las ciencias más que teniendo gran cuidado en demostrar que esta palabra ciencia no está tomada en su propio sentido. Queda esencialmente como un dominio muy apartado de la ciencia, como un conjunto de hipótesis destinadas a responder a las cuestiones que plantean las ciencias, pero que no se pueden resolver por el método científico. Por esto es por lo que Platón la llamaba la ciencia de lo invisible, puesto que concierne a lo que no es observable, y Aristóteles, el conocimiento de los primeros principios y las últimas causas. Podemos, resumiendo todo lo que acabamos de establecer, definir la filosofía como *una reflexión crítica de todo lo que sabemos a fin de obrar lo mejor que podamos*. Con esto marcamos el carácter propio de su método, la *reflexión*, sus tendencias para sistematizar sus relaciones con las ciencias y el punto de vista particular en que se coloca.

Resulta de esta definición una división natural de los estudios filosóficos.

Nosotros no tenemos más que observar los resultados generales de nuestra actividad y determinar sus grandes direcciones. Cada una nos suministrará un conjunto distinto de reflexiones filosóficas.

Así es fácil ver que nuestra actividad se orienta en tres direcciones principales:

1.º O bien tratamos de obrar sobre la naturaleza y

nos esforzamos en conocer sus leyes. El resultado de este esfuerzo son las ciencias particulares. La filosofía tendrá que criticar sus métodos y sus principios. Este es el objeto de la *lógica* y de la *metodología*.

2.º O bien tenemos que obrar enfrente de nuestros semejantes y sobre nosotros mismos y, por consecuencia, investigar cómo debemos obrar. La indagación de estas *reglas de acción* constituirá la *moral*.

3.º Por último, nuestra actividad puede ejercerse de una manera desinteresada, y para nuestro goce. Este es el dominio del arte. Las reflexiones que sugiere su estudio constituyen el objeto de la *estética*.

4.º Todos estos estudios teóricos y prácticos se unen en una vista de conjunto sobre la naturaleza, sobre nosotros mismos, sobre nuestro lugar en el universo y sobre nuestro destino. Y esta visita de conjunto es la *metafísica*.

En cada una de las tres primeras partes el estudio se subdividirá necesariamente en dos momentos, según lo que hemos dicho acerca de este método filosófico. En el primero se expondrá, sintetizándolos, los resultados positivos: los *hechos* establecidos; los *trazos dejados por los actos del hombre*. El segundo será una reflexión sobre estos hechos y el libre examen, desde un punto de vista estrictamente racional, de las interpretaciones que pueden darse para establecer las aplicaciones prácticas a las cuales conducen.

5.º ¿Están aquí comprendidos todos los estudios particulares de que las investigaciones filosóficas van acompañadas? El saber y la acción tienen su condición necesaria en la *conciencia*, en el conocimiento que tenemos de nosotros mismos como ser pensante y activo, dotado de sentimiento, de inteligencia y de voluntad. Por esto se ha considerado y aun se considera por muchos filósofos que el estudio de la conciencia, del espíritu, del alma, es decir, del sentimiento, de la inteligencia y de la voluntad es una parte integrante de la filosofía; que constituye como la introducción natural. Las investigaciones filosóficas comenzarían entonces por la psicología; se continua-

rían por la estética, la lógica y la moral, que no serían otra cosa que la prolongación de los estudios psicológicos sobre el sentimiento, la inteligencia, la belleza, la verdad y el bien; llegar, con la metafísica, a una conclusión del conjunto sobre la naturaleza, el hombre y su destino. Hasta el último tercio del siglo XIX la psicología no ha sido, efectivamente, cultivada más que por filósofos; todo sistema de filosofía ha poseído su psicología. La psicología no tiene nada de ciencia positiva. Su único método era la reflexión sobre nuestro ser interior, y se presentaba como una serie de discusiones filosóficas.

V. RELACIONES DE LA FILOSOFÍA CON LAS DEMÁS CIENCIAS

Pero no se puede, en un sentido positivo, ir más allá del concepto que acabamos de esbozar. ¿El campo de lo real, *todo entero*, no sería susceptible de un estudio científico y positivo, del mismo modo que la psicología, la estética, la lógica y la moral?

El estudio filosófico vendría después, apoyándose sobre estos estudios científicos, para esforzarse en resolver los problemas que plantean y a la solución de los cuales están obligados a renunciar, ya momentáneamente a causa de sus lagunas, ya definitivamente, porque estos problemas se presentan por nuestra reflexión sobre nuestros conocimientos, sean los que quieran sus progresos.

A. *Relaciones entre la psicología y la filosofía.* — Parece natural que la psicología, por los esfuerzos de *Stuart Mill*, *Spencer*, *Bain*, *Bailey*, *Lewes Ward*, en Inglaterra; *Wundt*, en Alemania; *Taine*, *Ribot*, en Francia; *W. James*, en América, se haya constituido en ciencia independiente.

En los trabajos de estos sabios, la psicología no es solamente el análisis de la conciencia y la observación de sí mismo. No procede jamás por reflexión, como querían los metafísicos, identificando su método al suyo.

Observar lo que pasa en la conciencia para describirlo es ciertamente una de las tareas, la primera si se quiere, que se impone la psicología. Pero este no es más que un *punto de partida*.

Ella experimenta inmediatamente sobre hechos, trata de medirlos, de establecer entre ellos relaciones precisas, de comprobar todas sus afirmaciones con experiencias. No avanza en nada que no sea susceptible de ser comprobado por todos los observadores, mientras que la observación de sí mismo, la reflexión queda siempre forzosamente individual, libre de la inspección de otro. En efecto, considerada no como una abstracción, sino como una REALIDAD CONCRETA, el fenómeno psicológico es un fenómeno de dos caras: la que se presenta en la conciencia va acompañada de movimientos externos, de concomitancias fisiológicas que caen bajo los sentidos y son susceptibles de medida y experimentación.

Estudiando estas concomitancias fisiológicas, observando las variaciones paralelas de lo que pasa en la conciencia y en el sistema nervioso, y sobre todo estudiando, con la psicopatología, estas experiencias tan completas que la naturaleza nos presenta en las enfermedades y las anomalías del organismo mental, podemos experimentar, medir, comprobar, por tanto, que haremos verdaderamente psicología científica (1).

La psicología tiene, pues, su método propio, método experimental, análogo al método empleado en todas las ciencias de la Naturaleza. La cuestión de su independencia se divide así en una cierta medida por el hecho mismo de su organización y de sus progresos como ciencia independiente. Todavía, es cierto, que se encuentra en los comienzos y que la tarea es difícil; pero para la solución del asunto que nos ocupa, no importa.

La filosofía no tendrá, por lo tanto, frente de la psicología otro papel que el que tiene frente a todas las demás

(1) Más adelante, en Metodología, estudiaremos más a fondo la cuestión y este método.

ciencias: buscará la significación de sus resultados positivos; analizará sus hipótesis, a fin de hacer una apreciación crítica, de la que sacar todo lo que pueda servir para construir una vista general del universo y iluminarnos sobre nuestro destino.

Pero la psicología se mezcla más íntimamente a la filosofía que cualquier otra ciencia. Establece casi todos los fenómenos filosóficos, pues nos hace conocer la manera cómo sentimos, conocemos, razonamos y obramos, y porque, finalmente, se encuentra en el punto de intersección y penetración mutua de las ciencias de la materia y de las ciencias del espíritu. Su principio forma el punto central alrededor del cual circulan las corrientes que vienen en las dos direcciones. Estas relaciones tan estrechas son las que durante largo tiempo han dado la ilusión acerca de la naturaleza real de la psicología, haciéndola, no hace mucho tiempo aún, excluir de entre el número de las ciencias positivas y tratarla metafísicamente, del mismo modo que la física en tiempo de *Aristóteles*. Nosotros pensamos que no debe ser así. Pero, aun considerándola de ahora en adelante como una ciencia positiva, no por eso dejamos de creer que la psicología es la introducción necesaria a los estudios filosóficos y de que constantemente presenta los grandes problemas de que aquellos se ocupan y que ella presenta a examen.

B. *Relaciones de la estética, de la lógica, de la moral y de la filosofía.* — Nos parece también que se debe adoptar esta misma conclusión para la estética, la lógica y la moral, aunque los trabajos positivos que a ellas se refieren estén aún menos adelantados.

Existe una cierta semejanza entre estas tres investigaciones. Las tres tratan de hechos que tienen al mismo tiempo condiciones psicológicas y condiciones sociales. El arte, las ciencias, las costumbres son manifestaciones de la actividad humana, que reflejan necesariamente la naturaleza psicológica del hombre; son también los productos de la actividad social, porque están en estrecha

relación con la forma, el desarrollo y la naturaleza de las sociedades y de las civilizaciones. Finalmente, las tres son puras investigaciones desinteresadas. La estética tiende a formar y educar el gusto; la lógica trata de formar y educar el espíritu, y, por último, la moral quiere guiar nuestra conducta y educar nuestro carácter. No estudian, pues, solamente las leyes de su objeto; tratan de formular reglas; son, por lo menos, su parte, *artes prácticas*. Se refieren menos a cuestiones de *hechos* que a cuestiones de valor.

Pero advirtamos que todo estudio científico provoca necesariamente las aplicaciones prácticas de las artes técnicas correspondientes. Nuestra civilización material tiene allí su origen, y buscamos primero *saber para poder*, para someter la naturaleza material a la satisfacción de nuestras necesidades. Se puede, pues, concebir que cuando se trate de nuestra naturaleza moral podremos intentar hacer lo mismo.

El esfuerzo de aquellos que quieren hacer de la estética, de la lógica, de la moral, investigaciones científicas, positivas, independientes de todo influjo metafísico, sería, pues, doble: de una parte, desarrollar la ciencia positiva de los hechos que les conciernen, y de otra, buscar las reglas educativas que pueden derivarse de las leyes que gobiernan estos hechos.

Esta doble tarea entraría esencialmente en el dominio sociológico, tal como lo definió la escuela de *Durkheim*, *Lévy Brühl*, *Mauss*, etc. Pero apenas ha comenzado.

Así, para no anticipar sobre un porvenir, del cual por nuestra parte, creemos la realización posible, pero que apenas comienza a anunciarse, nos encontramos todavía forzados a considerar la estética, la lógica y la moral como *ciencias normativas*, que tienen todavía un lugar distinto en el campo de la ciencia. Es preciso tener una actitud tan positiva como sea posible; pero es necesario no desconocer que estando dados los problemas planteados y el estado de nuestros conocimientos, es de ordinario, extremadamente difícil hacer la distinción entre la especu-

lación filosófica y la investigación científica propiamente dicha.

Conservamos, pues, el cuadro de la concepción tradicional de los estudios filosóficos. Pero nosotros tratamos la psicología como una ciencia independiente, *puesto que ya está organizada como tal* —indicando los problemas filosóficos que levanta a cada instante, y para el examen de los cuales aporta además elementos numerosos y necesarios—, y puesto que toda la crítica del conocimiento le está unida. Trataremos de guardar, tanto como se pueda, una actitud positiva en las ciencias normativas, esperando que sean a su vez constituídas en técnicas independientes. No es necesario ocultar, por otra parte, que las cuestiones de fronteras en el dominio científico son siempre imprecisas y artificiales, y que ciencia y filosofía deben ser continuación la una de la otra y no oponerse entre sí.



LIBRO I

LA CONCIENCIA

CAPÍTULO I

CARACTERES PROPIOS DEL HECHO PSICOLOGICO

I. *Introducción*: Definición de la Psicología.

II. *Definición del hecho psicológico*.—A. Caracteres subjetivos.

a) Caracteres subjetivos negativos: 1.º Los hechos psicológicos están fuera de la observación sensible. 2.º Fuera del espacio. 3.º No simultáneos. 4.º No mensurables. b) Caracteres subjetivos positivos: 1.º Asimilación. 2.º integración. 3.º Discernimiento.—B. Datos objetivos: a) El sistema nervioso, condición de la conciencia. b) Descripción del sistema nervioso: 1.º Función de asimilación. 2.º Función de asociación. 3.º Función de disociación.

III. *Conclusión*: El hecho psicológico.

I. INTRODUCCIÓN.—DEFINICIÓN DE LA PSICOLOGÍA

Todo el mundo sabe, más o menos vagamente, lo que es una *ciencia*. Es un conjunto de conocimientos metódicos, en que se procura llegar al grado de certeza mayor posible. Estos conocimientos se refieren a un grupo de fenómenos, vecinos entre sí por su fisonomía general. Habrá tantas ciencias distintas como grupos de este género. Para formarse una idea exacta de una ciencia es preciso examinar el grupo de fenómenos que se estudia, lo que se llama su objeto, y procura definirlo, lo cual equivaldrá a definir la ciencia misma.

Ahora bien: la psicología es una ciencia, y si queremos definirla tenemos que indagar cuál sea el *objeto*, el grupo de fenómenos a que se refiera. Se pretende, de ordinario, que *estudia el alma*, es decir, ese principio que cada uno puede comprobar en sí, que le hace sentir, pensar, obrar, conocerse a sí mismo y conocer las cosas. Todas estas operaciones constituirían justamente la familia particular de los fenómenos que forman el objeto de la psicología. Esta definición, conforme a la etimología (*psyché*, alma), no puede ser aceptada así, porque el alma es algo obscuro y misterioso que no podemos definir a su vez. Vale más trazar una descripción completa de los fenómenos que se reúnen bajo esta vaga expresión.

Si examinamos a los animales, a partir de un cierto grado de organización, vemos que hay algunos entre ellos cuyos movimientos no parecen realizarse al azar; estos movimientos son adaptados *a fines* bien definidos, indican una elección entre otros muchos posibles, y exigen, por consiguiente, en el ser que los produce una *noción*, por confusa que sea, de las circunstancias en que obra. Los seres que los realizan se llaman *conscientes*, y todo lo que sienten entonces dentro de ellos mismos constituye lo que se llama *hechos de conciencia*. He aquí los hechos que son el objeto de la psicología, y debemos definir ésta como *la ciencia de los hechos de conciencia*.

II. DEFINICIÓN DEL HECHO PSICOLÓGICO

Precisemos ahora los caracteres de estos hechos. Como acabamos de ver, se revelan exteriormente por movimientos *adaptados* y *escogidos*; interiormente, por el *sentimiento* que se despierta en la *conciencia*. Se da el nombre de *objetivos* al conjunto de rasgos que los caracterizan *exteriormente*, y el de *subjetivos*, a los que conciernen a su aspecto *interno*.

El hecho psicológico tendrá, pues, dos grupos de caracteres bien determinados: los *subjetivos* y los *objetivos*.

Estas palabras, subjetivo y objetivo, están tomadas del lenguaje filosófico. En filosofía, el *sujeto* es el *yo*, que siente, piensa, obra, etc.; el *objeto* es *lo que yo siento, pienso o hago*. Por consiguiente, es subjetivo todo lo que depende de mí, de mi estado particular, de mi constitución individual, todo lo que es *interior* a mí y no es conocido directamente sino de mí; es objetivo todo lo que no depende de mí, todo lo que me es dado del exterior y es conocido de los demás como de mí mismo.

A. CARACTERES SUBJETIVOS. — a) He aquí un pedazo de azufre; está iluminado o en la sombra; cristaliza de cierta manera, se electriza de otra;; da tal o cual sensación de resistencia, de forma, de consistencia, de temperatura, según que una columna de mercurio esté más o menos alta en un tubo capilar. Todos estos hechos no dependen sino de elementos *extraños a mi cuerpo*, y son dados en las mismas circunstancias a *todos los hombres normales* que a mí; son *objetivos* y están estudiados por la *física*, la *química*, etc.

Pero si yo absorbo alcohol o morfina; si mi ojo tiene ésta o la otra *alucinación*; si las sensaciones antecedentes o concomitantes que yo haya sentido han modificado las sensaciones de color, de olor, de temperamento, de forma, de peso, de resistencia, que me proporciona este pedazo de azufre; si mis vecinos declaran que no tienen las mismas sensaciones que yo, calificaré todas estas modificaciones nuevas, que son *siempre* condicionadas por un elemento *de mi cuerpo, de subjetivas*. Su estudio y el estudio de todos los hechos análogos que dependen de mi manera de sentir, de conocer o de obrar, constituirán la psicología. Para resumir el punto de vista del filósofo físico *Mach* (*Année psychologique*, t. XII, págs. 303 y sigs.) se puede decir que todo lo que existe y es conocido por nosotros, el *dato*, depende de dos especies de condiciones: de las relaciones que los elementos de este dato tienen entre sí cuando hacemos abstracción de una parte de este dato que constituye *nuestro cuerpo*, y de las relaciones que le hacen, por el contrario, depender directamente de esta

parte de lo dado. Las primeras constituyen el mundo *exterior*, y son estudiadas por las ciencias de la *materia*; las segundas son *subjetivas*, y se refieren a nuestra vida *interior*, al espíritu; en ellas tiene la psicología su objeto.

Desde este punto de vista, el *cuerpo* humano mismo, en tanto que es estudiado en las relaciones de sus diferentes elementos objetivamente, forma parte del mundo exterior y depende de las ciencias *biológicas*.

Se caracterizan todavía los hechos psicológicos: 1.º, por la idea del *yo*, que todos implican; 2.º, porque serán *inextensos*, *sucesivos* y *no simultáneos*, y, en fin, *no susceptibles de medida*. Pero parece también: 1.º, que ciertos hechos psicológicos (*automatismo*) no tienen relación con la idea del *yo*; 2.º, que las *sensaciones*, sobre todo las sensaciones visuales, táctiles, auditivas y musculares, son inextensas (aun cuando nuestros recuerdos y toda nuestra vida psicológica superior parezcan no tener relación con el espacio) —porque los estados de conciencia pueden ser simultáneos—; en fin, que su intensidad y su duración son cantidades *medibles*.

b) La conciencia es un *cambio*, un *devenir* completo. Si nos examinamos a nosotros mismos, observaremos una sucesión ininterrumpida y continua de hechos (imágenes, ideas, placeres, dolores, emociones, actos, etc.), cuya fisonomía se transforma continuamente.

Analicemos un poco más de cerca este flujo, siempre cambiante, “ondulante y diverso”, y fijemos sus caracteres principales.

1.º *Asimilación de los estados psicológicos*.—Desde el primer momento nos sorprende una propiedad notable. En este flujo perpetuo nos es fácil notar que diversos estados reaparecen frecuentemente bajo un aspecto casi idéntico. Los hechos de conciencia son, pues, susceptibles de conservarse a través de los cambios perpetuos de nuestra vida consciente. Como actores sobre una escena, se muestran, desaparecen, vuelven, sin que jamás la escena quede vacía.

La conciencia es, pues, susceptible de *conservar* las mó-

dificaciones que ha experimentado, los fenómenos de que es teatro. Esta propiedad de conservación determina, por otra parte, ciertas *modificaciones* en los hechos conservados. La conciencia permanece activa; *asimila* mejor que conserva, y los fenómenos, al reaparecer, tienen una fisonomía especial. Pasa algo análogo a lo que ocurre en el organismo vivo, que conserva también ciertas huellas, transformándolas y asimilándolas. Esta función de *asimilación* es lo que se llama la *memoria* y el *hábito*.

2.º y 3.º *Discernimiento e integración*. — Pero la conciencia no se limita a conservar y asimilar los estados que surgen en ella; hace nacer estados más complejos y mejor adaptados a su misión; y esto, por dos nuevas funciones que acaban de caracterizarla: la asociación y la disociación, la síntesis y el análisis, la integración y el discernimiento.

Por la primera función de *asociación*, de *interés*, de *integración*, ciertos estados de conciencia se aproximan, se fusionan, se ligan en un conjunto. La trama de la conciencia toma un aspecto nuevo; el orden de sucesión se modifica completamente y la operación es tan profunda, que con frecuencia no se reconocen en sus resultados los elementos primitivos. Hay algo más que una simple aproximación: hay una verdadera fusión, una integración.

Pero esto supone necesariamente que el orden primitivo puede ser cambiado, que la conciencia puede separar ciertos estados de la trama en que estaban tejidos, aislarlos, ponerlos aparte, para establecer en seguida el orden nuevo y fusionar elementos anteriormente separados. Al lado, pues, de su función de integración es preciso reconocer a la conciencia una función de *disociación* o de *discernimiento*. Lo que se llaman las *leyes de asociación* y la *atención*, son *manifestaciones* de estas dos funciones generales.

Podemos ahora representarnos bastante exactamente lo que es la conciencia respecto de la observación interna. No es una serie de hechos, aislados los unos respecto de los otros, como un conjunto de objetos que se sitúan en

una porción de espacio, sino que es una trama continua, dentro de la cual estos hechos aparecen en un momento del tiempo y no desaparecen sino fundiéndose en otros, gracias a la actividad conservadora, disociadora y sintética que está en juego. *El hecho de conciencia es un momento recortado en la conciencia, más bien que ésta un conjunto de hechos aislados.*

B. DATOS OBJETIVOS. — El fenómeno psicológico está bien especificado en tanto que hecho de conciencia; pero nos presenta un segundo grupo de caracteres que lo definen también claramente y nos permiten además un estudio exacto y riguroso, porque introducen en la ciencia la valoración precisa y la experimentación: se dan en el espacio y son medibles. Estos son hechos fisiológicos.

Todo fenómeno psicológico va ligado a condiciones fisiológicas bien determinadas y que bastan para caracterizarle desde el momento en que se le puedan asignar con precisión.

a) *El sistema nervioso, condición de la conciencia.* — Describamos estas condiciones. Un tejido vivo está dotado de una propiedad fundamental: la irritabilidad, o facultad de reaccionar contra toda impresión que le viene del exterior. En los vegetales y animales inferiores esta irritabilidad se manifiesta de un modo absolutamente mecánico, y nada nos autoriza a decir que haya en el ser una noción de los movimientos producidos y de las acciones a que responden. Pero, a partir de un cierto grado de organización, los movimientos pueden emanar del ser mismo, y no se ejecutan ya al azar; son *espontáneos* y *adaptados* a un fin determinado. Indican, pues, en los seres que los realizan una actividad, por precaria y confusa que sea; actividad que les es propia y que consiste en sentir ciertos influjos y en dirigirse según ellos. Esto es lo que llamamos, por analogía con lo que observamos en nosotros mismos, una conciencia. Ahora bien: la observación nos muestra que la irritación primitiva se transforma en movimientos espontáneos y adaptados en los animales dotados de un sistema nervioso; y en ellos solamente. *Un hecho de con-*

ciencia va acompañado, pues, siempre, de una modificación del sistema nervioso.

Esta proposición está establecida por una multitud de experimentos y de observaciones particulares, que muestran que toda lesión nerviosa va acompañada de perturbaciones de orden psicológico y recíprocamente; y, sobre todo, por el paralelismo completo que es posible establecer entre la actividad de la conciencia y las funciones del sistema nervioso. "La naturaleza misma está encargada de satisfacer, por la forma y las funciones que ha dado al sistema nervioso, la necesidad que se experimenta con tanta frecuencia, desde el punto de vista del sentido común, de tener una imagen ingenua del alma". (Höfdding: *Psicología*, 63).

b) *Descripción del sistema nervioso. Los elementos del sistema nervioso.*—Consideremos el elemento esencial del tejido nervioso: es la *neurona*; se compone de una arborescencia protoplasmática muy espesa (las *dendritas*), que terminan por sus extremidades en una especie de centro (la *célula nerviosa*), de la que emana un filamento más largo y sensiblemente más grueso, de una textura diferente y muy poco ramificado (el *cilindro-eje*). En el caso más simple las dendritas reciben excitaciones exteriores, y el cilindro-eje termina en un elemento muscular, que se mueve respondiendo a estas excitaciones. La neurona parece, por lo demás, conservar en reserva la energía y puede mover directamente la fibra muscular sin que haya recibido acción externa. Las modificaciones del sistema nervioso, cuya verdadera naturaleza ignoramos, y a las que se llama *influjo nervioso*, se transmiten siempre de las dendritas al cilindro-eje. Vemos que la neurona es el órgano figurado de una recepción de influjos externos y de una respuesta espontánea y adaptada, que es lo que constituye el carácter general de todo hecho psicológico.

Las neuronas forman cada una, según la generalidad de los trabajos recientes, un pequeño organismo independiente; pero se agrupan y se asocian entre sí, entremezclando sus fibras unas con otras. Las ramificaciones

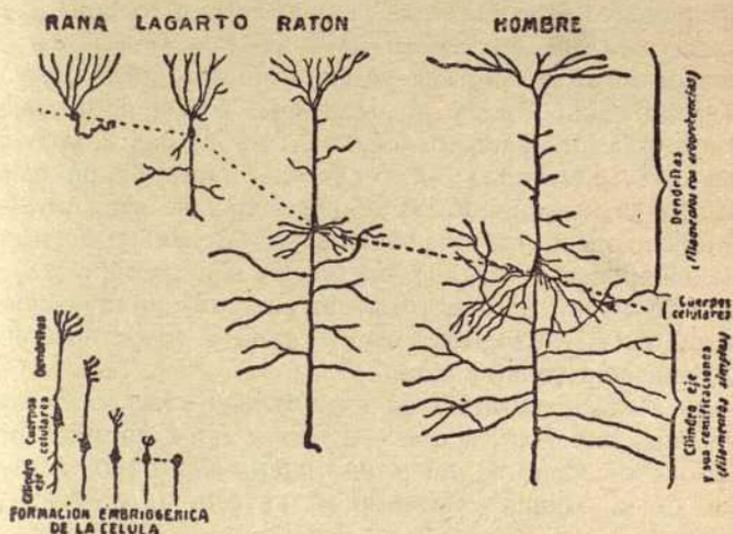
de los cilindros-ejes de una neurona se pierden entre las dendritas de otra, de modo que la corriente nerviosa las recorre siempre en el mismo sentido. Desde que nos elevamos en la escala animal por encima de los actinios, las acciones exteriores no son recibidas por la misma neurona que produce la reacción motriz, sino que son conducidas por esta neurona o un grupo de otras neuronas, llamadas de *asociación* o fibras asociativas, porque transmiten simplemente, amplificándola, la corriente nerviosa. Este conjunto forma un ganglio, o centro nervioso, reconocible por la agrupación abundante de las células de todas estas neuronas, que le dan un tinte rosáceo (substancia gris), mientras que la masa de las fibras forma la substancia blanca. De estos centros parten otras neuronas, cuyos cilindros-ejes van a actuar en los órganos motores. Esta disposición permite, como se ve, concentrar todas las impresiones venidas de diferentes neuronas, dirigirlas sobre puntos bien definidos y hacerlas bifurcarse según convenga. El conjunto de cilindros-ejes que desemboca en los ganglios, de donde parten para conducir el influjo nervioso, constituye *el nervio*.

1.º *Función de asimilación*.— Si examinamos ahora los caminos seguidos por las excitaciones y las modificaciones que implican, nos encontraremos en presencia de una función de conservación que recuerda, rasgo por rasgo, la de la actividad psicológica.

Las impresiones que llegan a los centros y las excitaciones motoras que de ellos parten gozan, en efecto, de una propiedad curiosa, y es la de dejar, tanto unas como otras, huellas, con frecuencia indelebles, en el camino que recorren, de las modificaciones que han conducido. Ciertas impresiones se han conservado, por decirlo así, latentes en las redes neurónicas que constituyen los centros, y pueden, sin nueva impresión exterior, dar lugar a movimientos reactivos bien definidos. Ciertas asociaciones, y ciertas direcciones sobre todo, se conservan con persistencia; las fibras nerviosas asociativas presentan, sin duda, una facilidad más grande a ser recorridas de nue-

vo por la corriente nerviosa cuando ya lo han sido una vez. Todo ocurre, pues, como si un verdadero recuerdo de las impresiones y de las excitaciones se conservase orgánicamente en los elementos nerviosos centrales.

2.º *Función de asociación.*— Muchos ganglios o cen-



tros nerviosos pueden reunirse entre sí y subordinarse a otro más importante por fibras asociativas, que se reúnen en un fascículo (*nervio*). Se ve que este último centro puede recoger todas las impresiones conducidas a los diferentes centros sobre los que manda y dirigir la energía nerviosa por vías mucho más numerosas. En los animales superiores se observa toda una jerarquía de centros de este género, subordinándose unos a otros. Es imposible no ver en esta vasta sistematización la imagen fisiológica y el órgano completamente apropiado de la función de integración o de síntesis.

α) En los mamíferos y en el hombre nos encontramos una multitud de ganglios repartidos por todas partes. Estos ganglios ordenan movimientos que se distinguen ape-

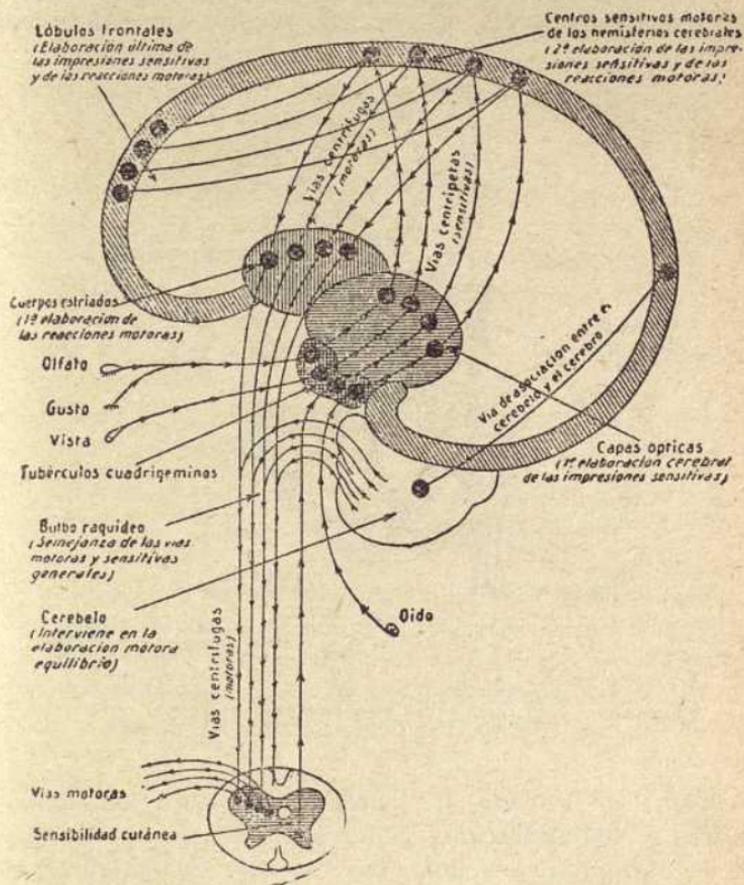
nas de los movimientos debidos a la irritabilidad de la materia viva, en general; tales son las acciones que contraen o dilatan las glándulas de la piel (glándulas sudoríferas) o las capilares sanguíneas, bajo el influjo del medio exterior; tales son los movimientos de ciertos órganos de la vida vegetativa: el corazón, el diafragma, el estómago, el intestino, etc., cuando se han cortado todos los nervios que los reúnen a los centros superiores. Un corazón de rana continúa latiendo muchas horas después de la ablación. Aquí, y en otros casos análogos, las reacciones son forzosamente locales (restringidas a la parte que está interesada); se realizan siempre de un modo idéntico y determinado. Se manifiestan por una actividad sintética, puesto que los movimientos de todas las fibras que componen el órgano interesado son coordinados en vista de un fin; pero se ofrece en su grado mínimo, puesto que está restringida a este órgano y no permite más que una sola combinación.

β) Nos encontramos en seguida dos cadenas de centros más importantes que ordenan a estos ganglios primarios: los ganglios del *gran simpático*, situados a cada lado de la columna vertebral, y, en ésta, la *medula espinal*.

Con estos centros los movimientos se hacen más complejos, más importantes, más precisos. Impresiones y reacciones se coordinan y se apropian bastante bien las unas a las otras, sobre todo en los animales, cuyos centros, superiores a estos últimos, están poco desenvueltos.

“En la medida en que se ha podido, por el corte de la medula espinal y por la excitación de las partes situadas por debajo de la sección, provocar reflejos en los mamíferos, estos reflejos han parecido coordinados hasta cierto punto, pero nunca tan apropiados como en las ranas.” (Idem, 49.) Tenemos, pues, aquí una síntesis más amplia y más elevada que en los ganglios primarios. Y esta síntesis es tanto más perfecta cuanto que no hay órganos destinados a síntesis todavía más altas.

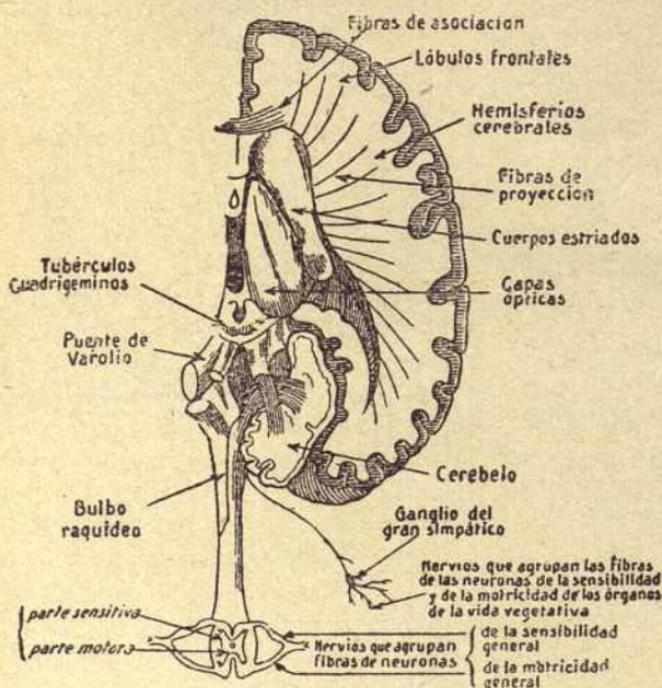
γ) La *medula oblonga* (bulbo, cerebro anterior) "contiene una multitud de centros importantes para la conservación de la vida, que no pueden funcionar independientemente de las partes superiores del encéfalo y poner en



juego, mediante movimientos reflejos, mecanismos muy complicados. Tales son el *centro respiratorio*, los *centros del sistema regulador de los movimientos cardiacos*, de los *nervios vaso-motores*, de la *secreción salivar*, de la *deglución* y de la *secreción urinaria*". (Idem.) Aquí llega-

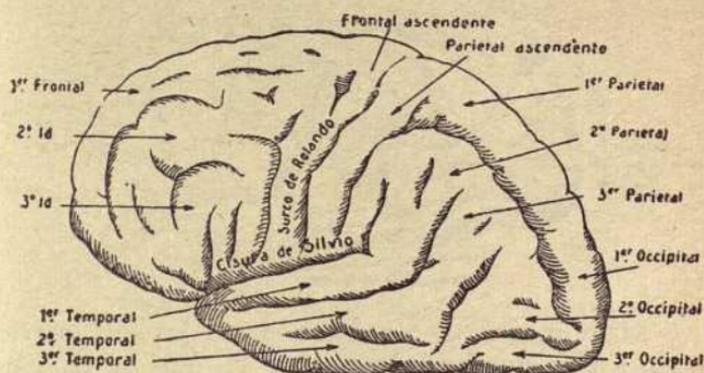
mos a coordinaciones motoras mucho más generales. Estas ordenan a todo el organismo y a sus funciones vitales esenciales. Le colocan en la actitud que conviene a sus necesidades primordiales.

δ) El bulbo se continúa por un conjunto de centros más elevados todavía: el *encéfalo medio*, que comprende



el *puente de Varolio*, los *cuerpos estriados*, los *tálamos ópticos* y los *tubérculos cuadrigéminos*, a los cuales se puede agregar el *cerebelo*, cuya misión es bastante poco conocida. La función fisiológica de estos órganos puede ser definida como una coordinación, una síntesis intermedia, entre la de los centros que acabamos de examinar y la de los centros realmente superiores que constituyen los hemisferios cerebrales. Se observa anatómicamente que los fascículos nerviosos van todos por la medula es-

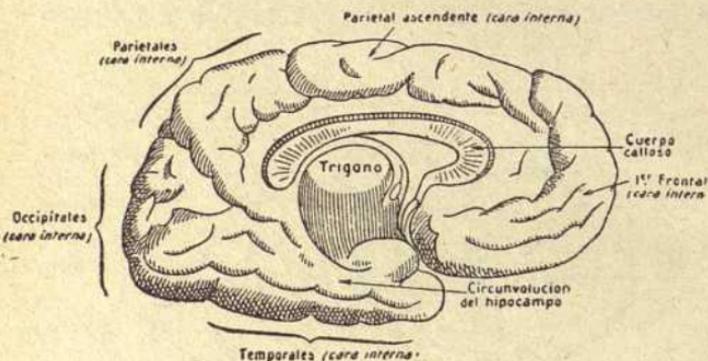
pinal y el bulbo, asociándose y ligándose unos a otros en el cerebro medio, donde terminan en contacto recíproco, y que un número de fibras, infinitamente menos grande, parte del cerebro medio para llegar a los hemisferios cerebrales: tanto, que las impresiones múltiples deben fundirse antes de llegar a ellos y que las reacciones que les responden pueden, una vez salidas de los hemisferios, extenderse algo por todas partes, mediante vías numerosas. Los fascículos nerviosos que emanan de los órganos de



los sentidos penetran también en el cerebro por esta vía, y las sensaciones que ellos transmiten deben fusionarse allí. Puede decirse que hay un órgano de una coordinación preparatoria entre la masa de las excitaciones sensibles y la multitud de movimientos corporales que le pueden responder: "Una rana, privada de su cerebro, pero que haya conservado el *encéfalo medio*, parece todavía en posesión de los aparatos motores necesarios; pero no se mueve, al parecer, sino en el caso de que la impulse una excitación sensible determinada. *Le falta la aptitud para tomar una iniciativa*. Tiene sobre la rana reducida simplemente a la medula espinal la ventaja de ser determinada *por excitaciones sensibles más finas*. Mientras que la rana *reducida a la medula espinal* no es naturalmente excitada por la luz y cae en el fondo del agua cuando se

la lanza en ella, la rana provista de su *encéfalo medio* evita la sombra, y si se la arroja al agua, la excitación producida por el movimiento de las moléculas líquidas la hace nadar. Pero tiene siempre necesidad, para moverse, de un impulso exterior." (Idem.)

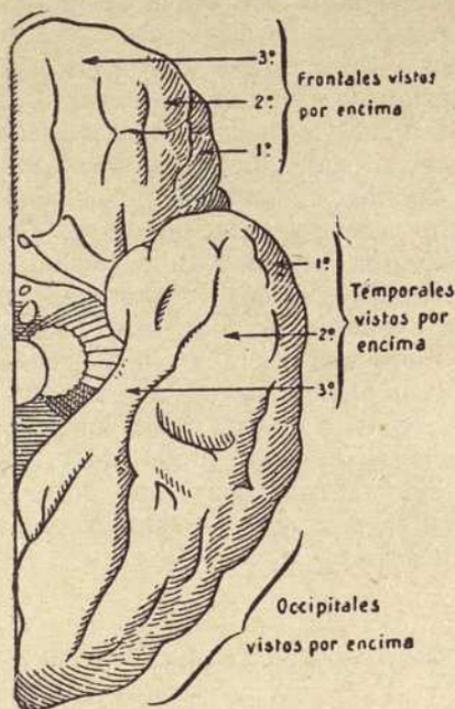
ε) Nos encontramos, en fin, con los *hemisferios cerebrales o cerebro propiamente dicho*: "El cerebro forma la



clave de la ingeniosa construcción del sistema nervioso. Mientras más nos aproximamos a él, más se complican también las relaciones y más se multiplican las células nerviosas y los filamentos de unión. Nos encontramos aquí dispuestas vías que hacen posible la acción recíproca, *más fuertemente combinada* entre los diversos impulsos. Si se piensa en que cada excitación produce en la célula orgánica una descarga de energía potencial, y que el resultado de esta descarga en cada célula puede combinarse en el cerebro con los resultados de millones de otras células, se siente uno arrastrado por el vértigo al pensar en todas las combinaciones que son así posibles." (Idem, 50.)

En el cerebro mismo hay partes que parecen destinadas a centralizar y a sintetizar más particularmente ciertas categorías de impresiones de manera que puedan ser el asiento de estados de conciencia bien definidos. *Broca*, en 1861, descubrió el asiento del lenguaje articulado en la tercera circunvolución frontal izquierda. *Fritsch* e *Hit-*

zig, en 1870, localizaron el asiento de ciertos movimientos determinados del cuerpo; *Munck*, los centros correspondientes a los diferentes sentidos. Se piensa hoy que todo centro es, a la vez, sensitivo y motor para las partes del cuerpo que enerva. Estas localizaciones, aunque gro-



seramente determinadas, y quizás inciertas, puesto que el cerebro repara, en cierta medida, las pérdidas que le hacen sufrir lesiones poco considerables, muestran en detalle, por decirlo así, y en acción, su actividad coordinadora y sintética. En cuanto a las funciones superiores de la inteligencia, las hipótesis recientes no la localizan en ninguna parte y hacen de ella el resultado, según *Munck* y *Goltz*, de una especie de síntesis general, que resulta de las asociaciones estrechamente establecidas entre los millares de neuronas constitutivas del cerebro. El cerebro

es el encargado de unificar la multitud inmensa de las modificaciones nerviosas, como el pensamiento, del cual es también órgano, tiende a reducir a la unidad todos los datos de la conciencia.

3.º *Función de disociación.* — Conservación y síntesis: he aquí dos propiedades esenciales de la conciencia que implica igualmente, por su estructura y sus funciones, el sistema nervioso. Pero esta estructura y este funcionamiento manifiestan una tercera, que recuerda la tercera y última propiedad característica de la conciencia. Este instrumento de síntesis, que constituye el conjunto de fibras nerviosas, es también un instrumento de análisis, puesto que la energía nerviosa, fraccionada por las múltiples impresiones recogidas en los centros, puede, a su vez, ser dirigida en cierta dirección bien determinada por las fibras nerviosas, con exclusión de toda otra. Existen condiciones orgánicas para una operación disociadora. Las estudiaremos más completamente en la atención. Además, es necesario otro requisito de esta operación: el sistema nervioso no funciona sino por *oscilaciones sucesivas*, del mismo modo que la conciencia, que disocia constantemente su curso en una serie de estados paralelos a esta serie de oscilaciones.

III. CONCLUSIÓN. — EL HECHO PSICOLÓGICO

Ya hemos visto que los fenómenos fisiológicos y las modificaciones nerviosas están siempre ligadas de un modo constante, continuo, indisoluble y paralelo. El lado fisiológico es la apariencia objetiva, dada en el espacio, del estado de conciencia. El asimila, por consiguiente, todos los demás hechos naturales y los hace susceptibles de los mismos métodos de estudio. Observándonos a nosotros mismos, gracias a la conciencia, tendremos la fisonomía general del hecho psicológico y podremos describirlo. Observando y haciendo variar los fenómenos fisiológicos que van con él ligados, podremos analizarlo, de-

terminar sus condiciones y sus leyes. El fenómeno psicológico debe, pues, ser definido por el conjunto de sus datos subjetivos y objetivos, si se quiere que esta definición sea útil y científica: este es *un fenómeno de doble aspecto: un aspecto es el hecho de conciencia, y otro, el proceso nervioso que le acompaña.*

Importancia de esta definición desde el punto de vista del método seguido por la psicología.— Las modificaciones del sistema nervioso son la apariencia objetiva, dada en el espacio, del hecho de conciencia.

Esta definición es importante desde el punto de vista del método psicológico. La observación interna permite, sin duda describir el hecho de conciencia; pero no puede echar los cimientos de una ciencia, porque el hecho subjetivo no es susceptible de ser controlado.

Confinados en la experimentación interna, los psicólogos no hubieran observado más que hechos individuales; no hubieran podido formular ninguna ley general, puesto que nadie hubiera podido realizar las mismas condiciones. Así, pues, no se hubiese constituido ninguna ciencia si no se hubieran podido descubrir y poner de relieve los caracteres objetivos del hecho psicológico. Los descubrimientos de la fisiología han permitido crear la psicología experimental.

Antes de que la fisiología se hubiese constituido se estaba reducido en la psicología a la observación interna, que hacía el control y la generalización muy difíciles, si no imposibles, en ciertos casos, y favorecía la ideología. Por esto, la psicología ha conservado durante tanto tiempo el método dialéctico que la ligaba a la filosofía.

Actualmente, la psicología es una ciencia experimental con el mismo atributo que la biología; porque, por sus caracteres objetivos, el hecho psicológico es susceptible de medida y, por consiguiente, susceptible de ser sometido a observaciones y a experiencias precisas.



CAPÍTULO II

INDEPENDENCIA DE LA PSICOLOGIA RESPECTO DE LA FISILOGIA

I. *La psicología es presentada a veces como un capítulo de la fisiología.*

II. *Diferencia de naturaleza entre los hechos psicológicos y los hechos puramente orgánicos.*—1.º Propiedad de ser subjetivos y conscientes. 2.º No pueden ser estudiados sino por procedimientos especiales de observación y de experimentación. 3.º De medida. 4.º Aun teniendo una forma fisiológica, son desconocidos de la fisiología y contienen una técnica especial. 5.º La conciencia interviene, por otra parte, en cierto sentido para condicionar todos los demás hechos: valor relativo de este argumento.

III. *La conciencia, causa determinante de los fenómenos particulares.*—1.º Aspecto especial de la conservación. 2.º De la disociación. 3.º De la asociación en y por la conciencia. 4.º La función crea el órgano. 5.º La conciencia, factor de adaptación.

I. LA PSICOLOGÍA ES PRESENTADA, A VECES, COMO UN CAPÍTULO DE LA FISIOLOGÍA

Se ha visto que la psicología es un estudio científico independiente de la filosofía. Pero no parece, a primera vista, que sea independiente de la fisiología. Se liberta, en efecto, de la filosofía porque desconfía de la observación interna, pero emplea un método de observación y de experiencia, apoyándose sobre los concomitantes fisiológicos de los hechos de conciencia.

Se puede, por consiguiente, pensar, como muchos fisiólogos y como algunos filósofos, que la psicología no es

más que un capítulo de la fisiología: la fisiología del sistema nervioso. *Cabanis* ha dicho: "El cerebro segrega el pensamiento como el hígado segrega la bilis"; y *Maudsley*: "El hombre no es una máquina peor sin la conciencia que con ella."

La conciencia no es, pues, más que un reflejo, un lujo, un testigo inactivo, un epifenómeno que nos informa sobre algunos de los estados que ocurren en nosotros, pero sin intervenir de ningún modo ni en su formación ni sus modificaciones; se la puede olvidar completamente en el estudio científico. Sólo los hechos fisiológicos son reales, activos. Sólo ellos deben intervenir en la explicación de los hechos psicológicos.

Existe cierta razón para decir que la conciencia tiene condiciones fisiológicas, que toda explicación psicológica debe tener en cuenta. Olvidar uno de sus aspectos necesarios sería mutilar el hecho psicológico. Pero, ¿es preciso, por un exceso comparable al que llevara en otro tiempo a desdeñar el aspecto fisiológico, no ver ahora más que éste y prescindir de que por el otro carácter esencial que sirve para definirlo, el hecho psicológico es un hecho de conciencia? He aquí una nueva propiedad, que es preciso estudiar y explicar y que se distingue claramente de los hechos puramente fisiológicos.

El error de los fisiólogos es el de que, "aun reconociendo al fenómeno mental una especie de existencia, la de una sombra y un reflejo, le rehusan los atributos de un fenómeno verdadero". No hay fenómeno, en efecto, en toda la extensión de la Naturaleza, que no sea, por su parte, al mismo tiempo que un resultado del pasado, un elemento constitutivo, una causa determinante del porvenir. Y, sin embargo, *Maudsley* no vacila en escribir que la conciencia no es más que un testigo, jamás un agente...

"Por tanto, una representación mental, según él, por clara o confusa, por intensa o por débil que sea en la conciencia, no será más que un cero en la serie de los hechos." (*Hannequin: Introducción a la Psicología*, página 34.)

Se puede mostrar, por el contrario, por el examen de los hechos:

1.º Que existe una diferencia de naturaleza entre el hecho psicológico y el hecho fisiológico, y que esta diferencia de naturaleza implica diferencias de procedimiento en la aplicación del método experimental y, por consiguiente, dos técnicas científicas especiales.

2.º Y que el hecho psicológico tiene propiedades especiales, efectos determinados, que no se producirían si el hecho no existiese y si todo se redujese a fenómenos orgánicos. De ello se deduce que la psicología es necesaria y necesariamente independiente de la fisiología.

II. DIFERENCIAS DE NATURALEZA ENTRE LOS HECHOS PSICOLÓGICOS Y LOS HECHOS PURAMENTE ORGÁNICOS

“Para la ciencia, en efecto, preocupada exclusivamente de los fenómenos, ¿puede haber otras razones para distinguirlos que sus diferencias verdaderas? E inversamente, ¿no es bastante el que sean distintos por sus caracteres más constantes y más esenciales para que se les separe en la ciencia como lo están en la realidad? Puede parecer pueril recordar una cosa tan sencilla; pero la precaución no es inútil y no se pierde el tiempo tomándola. Se arriesga, sin ella, el confundirlo todo bajo el pretexto de que todo se relaciona; y se llega, desconociendo las distinciones de los hechos, a negar, en beneficio de los unos, la existencia de los otros, o, lo que es lo mismo, su eficacia como causa y su independencia. Así lo hacen, respecto de los fenómenos psíquicos, un gran número de fisiólogos. La Naturaleza no ofrece, sin embargo, jamás otro ejemplo de fenómenos más profundos y más esencialmente diferentes que un hecho psicológico y un hecho puramente fisiológico.” (Idem, pág. 35.)

1.º *El hecho psicológico* se distingue, en primer lugar, del hecho puramente fisiológico por sus caracteres subjetivos. Por consecuencia, todos los caracteres subjetivos, que hemos revelado cuando hemos descrito el primero,

pueden servirnos aquí para mostrar que presenta propiedades que no considera un estudio fisiológico, propiedades que deben ser estudiadas en trabajos nuevos e independientes, cuyo conjunto forma la psicología.

El carácter mismo de ser consciente, de ser, al mismo tiempo que un fenómeno de orden nervioso, un hecho de conciencia, *un hecho psíquico*; será así la primera propiedad que nos servirá para distinguir el hecho psicológico del hecho fisiológico. No se puede decir, en efecto, en el estado actual de nuestros conocimientos, que esta propiedad de ser consciente es una resultante de las condiciones fisiológicas que le acompañan siempre.

No concebimos cómo, sumándose, pueden los procesos nerviosos llegar a alcanzar conciencia de sí mismos, a saber ellos mismos lo que son. Nuestro sistema nervioso sabe lo que es, conoce los estados que le afectan, los movimientos que produce. Ahora bien: entre esta propiedad y todas las modificaciones orgánicas que ocurren en el seno de este sistema hay una diferencia innegable.

La Naturaleza nos presenta reacciones químicas particulares, que nos sirven para caracterizar lo que llamamos la materia viva. La materia viva, sus causas y sus consecuencias: he aquí el objeto de la biología, de la cual la fisiología es sólo una parte. Al lado de las propiedades biológicas la Naturaleza nos presenta, *incontestablemente*, en ciertos seres vivos, y *quizás* en todos, hechos de un nuevo orden: los hechos de *conciencia*. La conciencia: he aquí, pues, como antes la vida o el movimiento real, una propiedad nueva, que se trata de estudiar por sí misma y en sí misma, en sus causas, en sus efectos y en sus diferentes manifestaciones.

Si no queremos introducir la confusión, emplear métodos insuficientes, retardar, a la vez, el estudio de la vida y el estudio de la conciencia, nos es preciso distinguir entre estos dos estudios y crear dos ciencias independientes. Podrán ellas relacionarse inmediatamente, como se relaciona la misma fisiología con la química, la física, con la mecánica. Pero, antes de ver cómo se rela-

cionan las cosas, hay un método positivo, científico, de ver cómo se distinguen y de estudiarlas primero en su apariencia inmediata. Ahora bien, sin prejuzgar la cuestión, quizás insoluble, de la naturaleza de la conciencia, es indudable que ésta aparece al examen más superficial como distinta de un hecho puramente fisiológico. Afirmar que la psicología es una ciencia independiente de la fisiología no es decir otra cosa.

2.º Así, el carácter de ser consciente, de dar a un ser noción de sí mismo y de lo que ocurre, es el carácter fundamental que necesita, para el hecho psicológico, un estudio distinto de los demás fenómenos naturales. Si queremos ahora conocer esta propiedad de una manera científica, vemos inmediatamente que *no es preciso recurrir a procedimientos de observación desconocidos de la fisiología* (la observación interna o introspección, por ejemplo).

Nos veremos obligados a hacer variar los hechos de conciencia, si queremos conocer sus leyes, y esto nos obliga a buscar, todavía, procedimientos de los que la fisiología no tenía que preocuparse.

En particular, las dificultades considerables que necesitan de los artificios de método enteramente nuevos, proceden de que el hecho de conciencia, emanando de nuestro fuero interno, no tiene relación con el espacio. Ahora bien: una condición necesaria para que un fenómeno pueda ser estudiado científicamente, es decir, sometido al control de todos los que quieran comprobarlo, es la de que sea, en el espacio, visible para todo el mundo; como el hecho de conciencia no está en el espacio, es preciso obviar este inconveniente. Es este un obstáculo del que la fisiología no tiene que preocuparse, pero que todo estudio del hecho psicológico tiene que comenzar por vencer. Esta sería ya una razón suficiente para instituir, al lado de la fisiología, una ciencia nueva.

3.º Esta razón suficiente no es la única, porque el hecho psicológico, por no estar en el espacio, no es *medible exactamente*; de aquí, todavía, la necesidad, si se

quiere hacer un estudio científico, de *recurrir a disposiciones nuevas, a procedimientos desconocidos de la fisiología*, y que crean un nuevo dominio científico.

4.º Se dice, es verdad, que, precisamente para hacer variar el hecho de conciencia y medirlo, la psicología hace necesariamente un llamamiento a los datos de la fisiología, a sus métodos. Pero ¿cuál es la ciencia que no apela a las ciencias vecinas, sobre todo a las ciencias que se derivan de los hechos más simples, más elementales, que los que ella estudia? La geometría se sirve del álgebra; la mecánica, de la geometría; la física, de la mecánica; la química, de la física; la fisiología, de la física y de la química. La sociología se sirve de la psicología. Es decir, que todas estas ciencias no forman más que una, que sólo el álgebra existe como ciencia independiente y que no se debe, en todo caso, rehusar esta independencia a la psicología, porque ésta sería, respecto de la fisiología, lo que ésta respecto de las ciencias fisicoquímicas.

Por otra parte, los procedimientos fisiológicos de experimentación no son, en psicología, sino un camino para alcanzar otra cosa que el hecho fisiológico, a saber: el hecho de conciencia; mientras que en fisiología son dirigidos *directamente* hacia el conocimiento de los hechos fisiológicos. Así, en fisiología, no se hace jamás intervenir las opiniones del sujeto de experimentación. Por el contrario, cuando un psicólogo ejecuta una experiencia con un sujeto por medios fisiológicos, se dirige al sujeto, le interroga ampliamente, procura, ante todo, saber lo que pasa en él, y sólo después de conocer la opinión del sujeto experimentado, puede el psicólogo decidirse a sacar inducciones de su experiencia; este método indirecto es peculiar de la psicología.

Esta multiplica los cuestionarios y las precauciones para saber exactamente lo que experimenta el sujeto sometido a la experiencia o a la observación.

5.º Por otra parte, no olvidemos la razón siguiente, que han expuesto con frecuencia los filósofos que quieren absorber la psicología en la metafísica: "¿Cómo reducir

—dicen— los hechos fisiológicos y, por consiguiente, materiales, cuando estos últimos no nos son conocidos sino porque somos conscientes?”

Si vemos un fenómeno material, si le tocamos, es porque tenemos sensaciones visuales, sensaciones táctiles; ahora, quien dice sensaciones, dice hecho de conciencia. En realidad, no conocemos el mundo sino a través de nuestra conciencia. Y por paradójica que sea esta afirmación, el mundo entero, si lo analizamos bien, no es más que una colección de hechos de conciencia. Esta es una de las razones con el auxilio de las cuales se podrían confirmar estas palabras de *Descartes*: “El alma (lo que entendemos hoy por conciencia) es más fácil de conocer que el cuerpo.”

Cierto que no se puede exagerar esta razón y que no queremos decir que las consecuencias metafísicas que se hayan deducido de ella estén al abrigo del sofisma. Así, si es verdad que no conocemos el mundo sino a través de nuestra conciencia, no se puede deducir de ello directamente que el mundo no sea, en sí mismo, más que una creación de nuestra conciencia, o que nuestra conciencia sea de una naturaleza radicalmente distinta del resto del mundo.

Pero esto prueba, al menos, que la propiedad que llamamos conciencia merece ser estudiada aparte por una ciencia independiente, puesto que se nos aparece desde el principio como distinta de las otras propiedades naturales.

Es preciso, pues, conservar de este argumento el que, cuando hayamos estudiado nuestras sensaciones *en sus relaciones entre sí o con las causas exteriores que las hayan producido*, pero independientemente de nuestra conciencia y de nuestra organización individual, que es lo que constituye el objeto de las otras ciencias que no son la psicología, la Naturaleza nos presenta un nuevo orden de hechos a estudiar: nuestras sensaciones *en su relación con nuestra conciencia y nuestra organización propia*; y se ve que este nuevo orden de hechos está suficiente-

mente diferenciado de los demás para constituir el objeto de una ciencia nueva: la psicología.

III. LA CONCIENCIA, CAUSA DETERMINANTE DE LOS FENÓMENOS PARTICULARES

En resumen, se puede invocar el carácter subjetivo del hecho psicológico para mostrar que es diferente del hecho fisiológico. Hay más: este carácter subjetivo del hecho psicológico hace ver que, no solamente el hecho de conciencia se distingue de los hechos fisiológicos, sino también que intervienen entre ellos como una propiedad natural, una condición de un nuevo género, y que merece ser objeto de una ciencia especial. No decimos que sea una energía que se cree a sí misma y que aparezca de una manera milagrosa en la Naturaleza; nada autorizaría esta conclusión en el estado actual de la conciencia. Decimos que la conciencia es una forma nueva y una condición original de manifestaciones diversas, cuyo estudio constituye precisamente el objeto de la psicología.

1.º *La conciencia es, primero, una función de asimilación; pero la asimilación consciente no es comparable en nada con la asimilación orgánica.*

Si se reproducen en el organismo muchos fenómenos idénticos, fuera de toda intervención de la conciencia, se repetirán siempre con los mismos caracteres: la milésima aparición será idéntica a la primera.

No habrá diferencia desde este punto de vista entre el hecho orgánico y los demás hechos materiales. No ocurre lo mismo con la reproducción de un acto en el que la conciencia haya desempeñado un papel, por pequeño que sea. El acto se reproduce entonces con modificaciones que son manifiestas para toda observación atenta.

El ser en quien reaparecerá este acto tendrá su recuerdo y mostrará, por la manera de conducirse, que este recuerdo influye en la reproducción del acto: *reconoce*, más o menos claramente, las circunstancias semejantes en las cuales actúa de nuevo: educación consciente del acto, gra-

cias a este reconocimiento; he aquí el carácter propio de las reproducciones de actos que dependen de la conciencia.

2.º *La disociación en la conciencia tiene también propiedades particulares.*—Esta disociación no existe solamente en el dominio psicológico. Pero la disociación psicológica, en vez de ser una separación de elementos que continúan existiendo separadamente, es siempre la desaparición completa de ciertos caracteres, para no dejar subsistir más que ciertos otros, porque no puede haber simultaneidad en la conciencia. De aquí procede este carácter de *elección*, al menos aparente, que acompaña siempre a la disociación conscia: es electiva. La atención nos presenta un detalle, a *expensas* de otros que suprime.

3.º Toda combinación material o psicológica es una asociación; pero en una combinación material o psicológica hay siempre una yuxtaposición mecánica. Con reactivos poderosos se puede siempre disociar una combinación y aislar sus *elementos*.

Por el contrario, *toda asociación por la conciencia es una fusión íntima de elementos*: no se pueden encontrar, en el estado de aislamiento, los elementos originarios. Sólo por analogías e inducciones podemos llegar a representarnos los elementos que han podido contribuir a formar el hecho complejo considerado.

La conciencia, en medio de las manifestaciones de la energía universal, merece, pues, ser estudiada aparte y ser el objeto de una ciencia independiente: la psicología. La noción interna del acontecimiento, la elección, al menos aparente, como la fusión indisoluble de los elementos en su resultante, son las propiedades *originales, específicas*, de la conciencia.

4.º Tenemos pruebas directas de este poder eficiente y determinante del hecho de conciencia sobre ciertos hechos naturales. La misma psicología, por uno de sus grandes principios, nos invita a ponerlo de relieve. Este principio se enuncia así de ordinario: *la función crea el órgano*. Significa, en general, que el funcionamiento trans-

forma, gracias, sin duda, a la asimilación, que es su consecuencia, al órgano que funciona, en un órgano más fuerte y mejor adaptado por su estructura y su función. Pero los órganos de los sentidos y el sistema nervioso parecen tener, entre otras funciones, la de proporcionar a los seres vivos *conciencia*, sea de los acontecimientos exteriores, sea de su estado interno; esto parece una condición necesaria de su equilibrio con el medio, y, por tanto, de su vida, desde que son un poco complejos. Desde el punto de vista de la fisiología, en una palabra, la conciencia es una *función*, y el cuerpo objeto propio de la fisiología, el *órgano*. Esta función no puede dejar de tener su influjo sobre el organismo, sobre todo cuando se piensa que la conciencia parece especialmente destinada a iluminar y dirigir los actos, a proteger y aumentar el poder del organismo. El hecho de conciencia entra, pues, en la cadena de los hechos naturales como un eslabón indispensable, acompañando otros eslabones que le determinan, es cierto, pero seguido, a su vez, de otros eslabones que él determina. Si se le olvida, si no se considera más que los eslabones que dependen de un estudio fisiológico, no se podría, con frecuencia, seguir la cadena: nos aparecería como rota.

5.º En fin, como se verá en las conclusiones del capítulo siguiente y de otro gran número de ellos, la conciencia aparece en el seno de los demás fenómenos naturales, y para precisar, en medio de los fenómenos puramente fisiológicos que constituyen el ser vivo, como una *fuerza de adaptación*, un *factor de evolución*, absolutamente necesario para la existencia de un organismo que ha alcanzado una cierta complejidad. Sin la conciencia, este organismo complejo no podría resistir al medio, muy inestimable, en que está llamado a vivir. Perecería. La conciencia debe, pues, ser estudiada en sí misma y por sí misma, fuera del puro mecanismo fisiológico, puesto que viene a superponerse en el momento en que este último es insuficiente para asegurar la existencia del ser considerado.

CAPÍTULO III

CLASIFICACION DE LOS HECHOS PSICOLOGICOS

I. *Clasificación de los hechos psicológicos.*—A. Según la observación interna.—B. Según los datos objetivos.—C. Unidad fundamental de la conciencia.

II. *El desenvolvimiento de la vida consciente.*—Manifestaciones directas; vida consciente, espontánea y reflexiva: A. Observación interna.—B. Psicología objetiva.—C. Los hechos psicológicos espontáneos se subdividen en hechos *elementales* y en hechos *complejos*.

III. *Existencia de un tercer grado por debajo de la espontaneidad y que no se manifiesta sino indirectamente.*—Lo inconsciente o automatismo: sus manifestaciones principales: 1.º Elementos de los fenómenos directamente conscientes. 2.º Recuerdos. 3.º Trabajo preparatorio de ciertas elaboraciones psicológicas. 4.º Intermediarios inconscientes. 5.º Fenómenos subconscientes.

IV. *División general de los estudios psicológicos.*—A. División general.—B. Subdivisiones.

I. CLASIFICACIÓN DE LOS HECHOS PSICOLÓGICOS

Para entrar de un modo completo en el conocimiento de los hechos psicológicos vamos a *distinguir* y a *clasificar* las propiedades más generales.

Todo estado de conciencia presenta tres propiedades bien caracterizadas, tres elementos: *afectivo*, *representativo* y *motor*. Vamos a describir rápidamente cada una de estas propiedades y a mostrar lo bien fundado de su distinción, estudiando sus aspectos subjetivo y objetivo.

A. SEGÚN LA OBSERVACIÓN INTERNA.—Observando la conciencia, vemos que nos hace conocer *impresiones ve-*

nidas del mundo exterior; estas impresiones determinan una cierta *tonalidad* en nuestra vida psicológica, una actitud de bienestar o de malestar; después dirigimos nuestros *movimientos* y reaccionamos sobre las causas exteriores de estas impresiones, en virtud del conocimiento que de ellas tenemos y de la tonalidad que han determinado. Se puede, pues, decir que, más o menos claramente, el análisis de un momento bastante durable de nuestra vida psicológica nos lleva a *comprobar tres órdenes de fenómenos muy distintos*: los fenómenos de *conocimiento* o *representativos*, porque estos fenómenos *representan* y nos hacen *conocer* las impresiones que actúan en nosotros; los fenómenos *afectivos*, que manifiestan el efecto de estas impresiones sobre nuestra vida interior y cómo somos *afectados* por ellas, y los fenómenos *activos* o *motores*, que son *movimientos de reacción* sobre el medio.

Si profundizamos nuestras observaciones, determinan éstas en cada uno de los grupos que hemos trazado un carácter esencial: todos los hechos afectivos son estados agradables o penosos; todos ellos se reducen al *placer* o al *dolor*, que son los afectos fundamentales de nuestro ser interno y *subjetivo*. Son esencialmente *subjetivos*. Los hechos de conocimiento se reducen a las impresiones que nos vienen de los *objetos*; tienen, pues, una tendencia a objetivarse. En cuanto a los fenómenos de la actividad, como son siempre reacciones sobre nosotros mismos, o sobre el medio ambiente, se acompañan de un sentimiento de *esfuerzo* que caracteriza un gasto hacia afuera de algo nuestro: hay aquí como una exteriorización de nosotros mismos. Por tanto, vida interior; después, vida de relación con el exterior, y expansión de la vida al exterior: he aquí las tres grandes divisiones de la vida psicológica bajo las cuales pueden agruparse todos sus estados.

B. SEGÚN LOS ESTADOS OBJETIVOS. — Si estudiamos el organismo humano, vemos que nuestras funciones pueden repartirse en tres grupos, que corresponden, rasgo por rasgo, a los tres aspectos de la vida consciente: funciones internas que conciernen al desenvolvimiento y a la

conservación general de nuestro cuerpo o funciones de *la vida vegetativa*; *funciones de relación*, a las cuales están consagrados todos los órganos que pueden ponernos en comunicación con el medio (los sentidos); y, por último, *función motora*, que comprende todo nuestro sistema muscular y sirve para ejecutar los actos necesarios a la existencia.

A cada una de estas funciones está asignada una parte bien diferenciada del sistema nervioso: los elementos de este último, desde la simple neurona hasta los centros más complicados, se dividen en dos clases: los elementos aferentes (prolongaciones centrípetas de las neuronas, nervios sensitivos), que recogen y llevan las impresiones a los centros; los elementos eferentes (*cilindros-ejes* y *nervios motores*), que transmiten la energía nerviosa a los órganos motores.

Los nervios aferentes, en fin, constituyen dos sistemas: el sistema *céfalo-raquidiano*, formado por fibras nerviosas recubiertas de una vaina, de Schwann, y que ponen los centros espinales y encefálicos en comunicación con los órganos sensoriales periféricos, y el *sistema del gran simpático*, con el nervio *pneumo-gástrico*, que une todos los órganos de la vida vegetativa a los centros secundarios del bulbo y después a los centros encefálicos.

La experimentación muestra que los tres sistemas que acabamos de describir, los sistemas de nervios eferentes, de aferentes céfalo-raquidianos y de aferentes del gran simpático, están cada uno afectados especialmente a los procesos fisiológicos de cada uno de los tres grupos de hechos motores, representativos y afectivos.

Estos elementos fisiológicos son independientes, porque, mediante *anestésicos*, se puede, actuando sobre el organismo, suprimir la sensibilidad y la relación con los objetos exteriores, dejando subsistir la afectividad y la motilidad del órgano; por *analgésicos*, la afectividad es la que queda completamente abolida; las otras dos funciones quedan intactas (la insensibilización por la cocaína, por ejemplo, impide al paciente sentir el dolor, pero le deja

sentir perfectamente las impresiones de contacto con los instrumentos quirúrgicos). En fin, ciertas sustancias *paralizan* los órganos, suprimen toda posibilidad de movimiento con la persistencia completa de las otras dos funciones.

Las enfermedades nos dan ocasión para comprobar estas distinciones. Todo lo que influye sobre el sistema circulatorio y sobre el sistema de la vida vegetativa influye sobre nuestra afectividad. Se sabe cuánto alteran el carácter las enfermedades del estómago y del hígado, es decir, el conjunto de las disposiciones afectivas. Las perturbaciones del sistema sensorial y encefálico tienen una relación muy manifiesta y conocida, desde hace largo tiempo, con las perturbaciones de la inteligencia. En fin, las enfermedades de la voluntad están, con frecuencia, relacionadas, y las de la motilidad siempre, con una alteración de los órganos neuróticos y musculares, de que ya hemos hablado.

Así, los estudios fisio-psicológicos confirman la clasificación que hemos establecido, diferenciando claramente los asientos orgánicos de cada uno de los grupos.

C. UNIDAD FUNDAMENTAL DE LA CONCIENCIA. — Pero nos guardaremos de considerar la conciencia como formada por la yuxtaposición de los fenómenos aislados y sin relación íntima entre ellos. La conciencia, cualesquiera que sean los puntos salientes que fijan nuestra atención, separándose del conjunto es, ante todo, *una unidad orgánica*, semejante a la del ser vivo, de la que no es más que el aspecto interno: es constantemente, y a la vez, aunque en grados muy diferentes, afectiva, representativa y motora. Lo mismo que en el organismo, las diferentes partes y, en particular, los diferentes elementos del sistema nervioso, no pueden vivir y subsistir los unos sin los otros, puesto que constituyen *un solo sistema general*, del mismo modo la conciencia, que está con él ligada, no puede formar más que una vasta síntesis, expresión interna de la unidad del ser, y sólo por la comodidad del estudio la disecamos, por decirlo así, separando artificialmente lo que no puede vivir sino en una unidad infrangible.

II. EL DESARROLLO DE LA VIDA CONSCIENTE; MANIFESTACIONES DIRECTAS; VIDA CONSCIENTE, ESPONTÁNEA Y REFLEXIVA.

A. OBSERVACIÓN INTERNA. — Hemos estudiado la conciencia enteramente desenvuelta bajo los aspectos diferentes que nos presenta en todos los instantes de su duración. Pero sería formarse una idea falsa el creer que es constantemente idéntica a sí misma. Todo lo que vive se conserva y evoluciona, y nos es preciso, para tener una idea de conjunto sobre el objeto general de la psicología, estudiar el desenvolvimiento de la conciencia desde sus orígenes hasta sus formas más evolucionadas.

Desde este punto de vista notamos casi inmediatamente dos grados bien marcados en cada uno de los diferentes aspectos, afectivo, representativo o activo, de la vida consciente, según que intervenga o no una *elaboración refleja* de los fenómenos que observamos: los fenómenos pueden ser *espontáneos* o *reflexivos*.

Espontáneos, surgen bruscamente en la conciencia, se imponen a nosotros, sin que tengamos el sentimiento bien definido de intervenir en su producción; lo sufrimos. Reflejos, por el contrario, los realizamos nosotros, los modificamos, frecuentemente con esfuerzo; los elaboramos y dirigimos su desenvolvimiento: su duración es, por esto, mucho más larga.

Espontáneos, los hechos afectivos son las *emociones*, que se reducen todas a las afecciones fundamentales y simples de placer y de dolor; los hechos representativos son las *percepciones*, combinaciones en apariencia inmediatas de las *sensaciones (conocimiento sensible)*; los hechos activos son los *impulsos instintivos*. *Reflexivos, elaborados*, tenemos, en el orden afectivo, el *sentimiento*, combinación de emociones atenuadas, intelectualizadas y mucho más duraderas; en el orden representativo, el *conocimiento intelectual*, es decir, *las ideas o conceptos*; en el orden activo, por último, las *voliciones*, o acciones ejecutadas después de deliberación.

B. PSICOLOGÍA OBJETIVA.—Esta clasificación, que acabamos de establecer a grandes rasgos por la observación interna, se justifica fácilmente por la observación objetiva.

1.° Los pueblos cuya cultura está poco desenvuelta, y que representan, por consecuencia, una vida psicológica mucho más simple y mucho más elemental, nos muestran, sobre todo, estados espontáneos. No tienen más que emociones bruscas y violentas, poco o nada de razonamientos, muy pocas ideas generales; sus dialectos no tienen palabras más que para expresar objetos concretos, tales como los proporciona la percepción; sus actos son impulsos instintivos y no voluntades deliberadas.

2.° Estas observaciones pueden repetirse sin cambiar nada en las observaciones hechas sobre los niños. La reflexión no aparece sino muy tarde en la vida humana; “el paso *inmediato, instantáneo*, de la excitación al movimiento es una marca característica del primer grado de la vida consciente; sólo poco a poco se forma un *intervalo*, en el que pueden acusarse...” elaboraciones complejas y reflexivas. (*Höfding*, 117).

3.° Cuando la conciencia se resuelve de nuevo en sus elementos bajo el influjo de la debilidad senil, de la aproximación de la muerte o de una enfermedad mental avanzada, se observan degradaciones del mismo sentido. Los fenómenos elaborados, reflexivos, se borran los primeros. La vida psicológica se vuelve completamente espontánea, emotiva e instintiva, a medida que el ser “cae en la infancia” (*ley de regresión*).

4.° La psicología comparada nos muestra que, a medida que descendemos en la serie animal, son las organizaciones más simples; en la misma medida, la espontaneidad reemplaza la elaboración y se hace cada vez más inmediata y automática.

La conciencia se desenvuelve, pues, de una manera espontánea, irreflexiva, sin que seamos conscientes del trabajo que producen los fenómenos manifestados por nuestra observación interior. En seguida, sobre estos fenómenos espontáneos se ejerce una elaboración, a la cual

asistimos nosotros mismos, a la cual contribuimos, y que es siempre, en cierta medida, querida y reflexiva.

C. SUBDIVISIÓN DE LOS HECHOS DE CONCIENCIA ESPONTÁNEA EN DOS CLASES: HECHOS COMPLEJOS Y ELEMENTALES. — Los acontecimientos de la vida psicológica espontánea se dividen en dos clases: los acontecimientos *complejos* y los acontecimientos *simples* o *elementales*, que es difícil observar *directamente*, y *aislados*.

En el estado actual de la evolución mental en el adulto civilizado, los hechos más lejanos que podemos representarnos son, en general, percepciones, emociones y movimientos instintivos. Pero con un poco de atención se ve que estos estados no son ni estados primitivos e indeseables, ni estados que se expliquen por sí mismos.

Yo percibo en este momento un sonido. Esta percepción no es algo simple, porque no solamente oigo el sonido, sino que soy capaz de decir, aproximadamente, de dónde viene. Puedo descubrir dos elementos esenciales: la *sensación sonora* y una localización del *sonido*; un poco de espíritu de análisis me muestra ésta como el resultado de una comparación rápida, por la que, según la fuerza del sonido, según los movimientos, apenas sentidos, que he realizado para percibir mejor y según el recuerdo de un gran número de sonidos análogos, emitidos a la misma distancia, puedo afirmar que el movimiento viene de este o del otro sitio.

Así, esta percepción es un *estado complejo*, formado por una combinación de estados simples, más elementales. Los acontecimientos espontáneos de la conciencia no son, pues, las unidades fundamentales de la vida del espíritu, sino que las percepciones, emociones, instintos, son *resultantes* formadas por hechos de conciencia más simples: una percepción es una combinación de sensaciones actuales; la emoción es el efecto complejo de tendencias que, aisladas, producirían cada una una simple *afección elemental de placer o de dolor*. En fin, los instintos, los movimientos habituales, son coordinaciones de movimientos más sencillas, los *reflejos*. *Sensaciones, placer y dolor, re-*

flejos, he ahí los elementos o los hechos elementales de la vida psicológica; y veremos la prueba de esto por el estudio de la percepción, de la emoción y del instinto.

Por definición, estos hechos elementales son los estados más sencillos de conciencia que el análisis introspectivo (de un modo vago) y la experiencia nos permiten representarnos. Con ellos comienza el estudio psicológico propiamente dicho.

III. EXISTENCIA DE UN TERCER GRADO POR DEBAJO DE LA ESPONTANEIDAD, Y QUE SÓLO SE MANIFIESTA INDIRECTAMENTE: LO INCONSCIENTE O AUTOMATISMO PSICOLÓGICO.

Si estudiamos ahora los elementos espontáneos continuando el análisis regresivo hacia estados cada vez más sencillos, aparecerá, en un cierto momento, un fenómeno curioso. Los elementos a que llegamos no afectan a la conciencia; son tan espontáneos, tan inmediatos, que operan por debajo de ella sin que lo advirtamos y, sin embargo, el fenómeno de conciencia parece en relación estrecha con ellos: una sensación visual es producida por millares de impresiones, de las cuales ninguna se sentiría aisladamente. Un fenómeno de dolor físico se prepara sordamente por alteraciones fisiológicas, que no son sentidas sino en un momento determinado, después de haber alcanzado una cierta intensidad. Los movimientos instintivos, en fin, se descomponen en movimientos más simples, y en el último grado de sencillez tenemos movimientos automáticos, ejecutados sin ninguna conciencia: los *movimientos reflejos*. La conciencia nos lleva, pues, por sus gradaciones sucesivas, a considerar, por debajo de la región de la espontaneidad, una región en la que parece desaparecer completamente; y que, sin embargo, manifiesta su influjo sobre todos los momentos de la vida psicológica: la región de lo *inconsciente*.

1.º Todos los hechos psicológicos simples se resuelven, como veremos en detalle, en hechos inconscientes; *tendencias sordas de la efectividad —impresiones sensoriales*

elementales—, *compuestos reflejos de todos nuestros movimientos*. En ciertas alteraciones de la conciencia (despertar del letargo y de la catalepsia, lesiones de los centros superiores en las experiencias realizadas con los animales), estos elementos subsisten solos, como podemos comprobar por la observación fisiológica.

2.° Hay, además, en nuestra vida psicológica normal una multitud de estados inconscientes, que forman como su fondo permanente. La conciencia conserva, en efecto, trazas de todas las modificaciones que ha sufrido. Ahora bien; no somos conscientes de esta multitud de estados, que existen, sin embargo, en la conciencia, puesto que ésta puede encontrarlos gracias a la memoria.

El *hábito*, que forma un todo con la memoria, repite de un modo cada vez más inconsciente actos que, en su origen, han sido absolutamente conscientes. Los *tics* son de este orden. Lo mismo ciertas necesidades y ciertas inclinaciones emotivas.

3.° Los hechos conscientes pueden resultar de un *trabajo preparatorio inconsciente*: así sucede en la apreciación de las distancias y, ya lo veremos, en todos los fenómenos de la percepción exterior, e igualmente en la formación de las emociones.

4.° Pueden encontrarse *intermediarios inconscientes* en medio de un trabajo consciente. "Si una representación *A* está ligada de ordinario con una representación *B*, y ésta, a su vez, con *C*, *A* acabará por poder suscitar *C* directamente, y sin pasar por *B* (fenómeno de la asociación de las ideas...). En el desenvolvimiento de los sentimientos es donde, sobre todo, las impresiones inconscientes desempeñan un gran papel... De aquí lo que hay de misterioso e inexplicable en la esencia de tantos sentimientos... Hay en ellos influjos de esa índole, como del aire que respiramos, sin pensarlo. De ello resulta en nosotros un acrecentamiento silencioso..." (*Höfding*, 99), que hace explosión en nuestros actos en un momento determinado; y, a la luz del análisis, encontramos en ellos el efecto de mil circunstancias, poco a poco olvidadas en apariencia, y que conti-

núan componiendo, sin embargo, nuestra vida consciente. Ejemplos: los gustos, las vocaciones, las disposiciones especiales.

5.º *Un acto que, sin esto, hubiera sido realizado con conciencia*, puede realizarse bajo el dintel de la conciencia cuando ésta es solicitada al mismo tiempo por otra cosa. "Fechner cuenta que una mañana, estando todavía en el lecho, le sorprendió tener en los ojos, cuando los cerraba, la imagen blanca de un cañón de estufa. Ahora bien; mientras que meditaba, con los ojos abiertos, había visto, sin darse de ello cuenta, un tubo de estufa, negro, sobre un muro blanco como fondo, y su imagen actual era la imagen consecutiva de esta percepción". (Idem.)

No hemos citado en lo que precede sino los casos más sorprendentes; pero volvemos a encontrarnos lo inconsciente, *sea como elemento compuesto, sea como factor activo*, en todas las operaciones psicológicas: se puede, desde este punto de vista, clasificar la multitud de hechos inconscientes en dos grandes categorías: "1.ª, lo inconsciente *estático*, que comprende los hábitos, la memoria y, en general, todo lo que es saber organizado; este es un estado de conservación, de reposo completamente relativo, puesto que las representaciones sufren corrosiones y metamorfosis incesantes" (abraza todos los elementos que componen los hechos de conciencia, aun los más simples: lo que Leibniz llamaba ya las *pequeñas percepciones*); "2.ª, lo inconsciente *dinámico*, que es un estado latente de actividad, de elaboración, de incubación. Se podría dar una gran profusión de pruebas de esta especie de rumiación inconsciente. El hecho, bien conocido, de que un trabajo intelectual gana interrumpiéndose; que al reanudarle se le encuentra, con frecuencia, aclarado, transformado, y aun terminado", es un ejemplo de ello. (Ribot: *Ensayo sobre la imaginación creadora*.) La mayor parte del trabajo de invención, de la adquisición del saber, toda la formación de nuestra actividad psicológica espontánea, se explica por el inconsciente dinámico.

IV. DIVISIÓN GENERAL DE LOS ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

A. DIVISIÓN GENERAL.— Como lo inconsciente o lo subconsciente aparece sobre las fronteras de la vida biológica y de la vida psicológica, que anuncia y condiciona, comenzaremos por su estudio sumario.

Emprenderemos en seguida el de las tres funciones generales de la vida consciente, en sus manifestaciones más generales (memoria y hábito, asociación y atención).

Abordaremos después los hechos psicológicos particulares.

Seguiremos la clasificación en hechos representativos, afectivos y voluntarios, porque, aunque en la observación ordinaria de la conciencia estos estados se encuentran siempre mezclados en algún grado, tienen propiedades particulares de las cuales pueden distinguirse *aisladamente* las causas, los efectos y la misión.

Como se verá, es probable que las manifestaciones primitivas de la vida consciente sean las manifestaciones afectivas y motoras que forman la capa profunda de la conciencia, constituida por tendencias; por el contrario, lo que llamamos los estados representativos parece ser una diferenciación de los estados afectivos, que se realiza bastante tarde: esta es la capa superficial de la conciencia. Pero si las funciones representativas son lo que hay de más superficial, son también lo que hay entre nosotros de más importante; son las que han tomado el desenvolvimiento más considerable de la psicología *humana*; por eso se ha definido con frecuencia al hombre como *un ser inteligente o un ser razonable*.

De aquí resulta que las funciones representativas son las que aparecen de manera más clara a la observación, y han sido las más estudiadas porque son las más fáciles de estudiar. Resulta, además, que en el estado actual de la evolución humana las funciones afectivas y motoras parecen, con mucha frecuencia, subordinadas a nuestra función representativa: éste es el aspecto que nos presenta la vida psicológica superior, la del "hombre blanco,

adulto y civilizado". Tanto, que conviene, para saber claramente de qué se habla, conocer primero esta función representativa, que aclara, en algún modo, todas las demás y comprende, de todas las manifestaciones de la conciencia, *las que son más inmediatamente accesibles*.

Estudiaremos, pues, primero los hechos representativos, invirtiendo el orden de los hechos de conciencia, puesto que al desenvolvimiento de la vida afectiva y motora ha precedido el desenvolvimiento de la vida intelectual. Llegaremos en seguida, siempre invirtiendo este orden, a los hechos afectivos; después, en fin, a los fenómenos de la actividad, a la motricidad, fuente primitiva de toda la vida psicológica. Iremos así de lo menos mal conocido, de lo más accesible, a lo desconocido, a los estados más confusos y más profundos; este es el orden natural del estudio, orden regresivo, que procura remontarse del estado actual a las condiciones más lejanas, de las observaciones más fáciles y más precisas a los hechos más ocultos y más vagos.

B. SUBDIVISIONES. — Cada uno de estos tres grandes estudios (estudio de la *inteligencia*, de la *afectividad* y de la *actividad*) puede subdividirse, a su vez, según los grados de complejidad de los hechos que cada uno envuelve, es decir, según el orden evolutivo en el cual aparecen estos hechos en la vida consciente. Se irá, así, de los elementos más simples a las combinaciones más vastas y más confusas.

Examinaremos:

a) En la vida consciente espontánea: 1.º, los hechos elementales; 2.º, las combinaciones espontáneas.

b) Después, las combinaciones en las que interviene la reflexión, no olvidando que cada uno de estos grados no tiene límites marcados frente a los otros y que hay que limitarse a clasificar estos diversos estados, según las diferencias más sensibles que presentan en la continuidad de la vida consciente.

c) Para completar este estudio *analítico* procuraremos mostrar la *unidad* del desenvolvimiento de la con-

ciencia y tomar una vida *sintética* , mostrando los factores generales que dirigen la evolución de cada uno de los tres grandes aspectos de la vida consciente, desde sus elementos hasta sus combinaciones más complejas.

Seguiremos, pues, el plan siguiente:

A. ESTUDIO DE LAS CONDICIONES GENERALES
DE LA VIDA PSICOLÓGICA

I. *Estudio sumario de lo inconsciente y del automatismo.*

- | | | |
|--|---|--|
| II. <i> Funciones generales de la conciencia..... </i> | } | 1.º Memoria y hábitos.
2.º Asociación.
3.º Atención. |
|--|---|--|

B. ESTUDIOS DE HECHOS PSICOLÓGICOS PARTICULARES

- | | | |
|--------------------------------------|---|---|
| I. <i> Vida representativa..... </i> | } | 1.º Hechos elementales (las sensaciones),
2.º Combinaciones espontáneas (las percepciones).
3.º Combinaciones reflexivas (los conceptos e ideas generales).
4.º Los factores generales del desenvolvimiento de la vida representativa (los principios generales y la actividad creadora del espíritu). |
| II. <i> Vida afectiva... </i> | } | 1.º Hechos elementales (afecciones o sensaciones de placer y de dolor).
2.º Combinaciones espontáneas (las emociones y las pasiones).
3.º Combinaciones reflexivas (los sentimientos).
4.º Los factores generales del desenvolvimiento de la vida afectiva (las tendencias y las inclinaciones: el instinto de conservación, la simpatía, la imitación). |

- III. *Vida activa*.....
- 1.º Hechos elementales (reflejos).
 - 2.º Combinaciones espontáneas (los instintos y los movimientos habituales).
 - 3.º Combinaciones reflexivas (los actos voluntarios o voliciones).
 - 4.º Los factores generales del desenvolvimiento de la vida activa (el carácter).

IV. *Conclusión general sobre la vida psicológica:*

Relaciones de lo físico y de lo moral. — El automatismo psicológico. — La personalidad.

CAPÍTULO IV

LO INCONSCIENTE O AUTOMATISMO PSICOLOGICO

Naturaleza de lo inconsciente.—A. Historia (teorías ideológicas): a) Espiritualismo. b) Materialismo. c) Panpsiquismo.—B. Teorías contemporáneas y puramente científicas: a) Teoría fisiológica (*Ribot*). b) Teoría psicológica (*Pierre Janet*).

NATURALEZA DE LO INCONSCIENTE

El papel considerable de lo inconsciente ha sido notado por los filósofos desde hace tiempo. *Leibniz* es uno de los que más contribuyeron a ponerlo de relieve. Pero también ha quedado como un enigma muy difícil de resolver. Se comprende fácilmente que un hecho de conciencia pueda influir en otro hecho de conciencia. Se comprende también fácilmente que un hecho material influya sobre otro hecho material. Nos representamos, en fin, fácilmente un hecho de conciencia (no hay para esto más que observarse a sí mismo) o un hecho material (no hay para esto más que tocar o ver un cuerpo cualquiera). Pero ¿qué puede ser un hecho que no es material, puesto que entra en el mecanismo de las operaciones mentales, y que no es un hecho de conciencia, puesto que es inconsciente? ¿No hay contradicción en hablar de un *inconsciente* que desempeña un papel en la *conciencia*; de un hecho psicológico inconsciente, siendo el carácter esencial del hecho psicológico el de ser consciente? Numerosas teorías sobre

la naturaleza de lo inconsciente han intentado la solución de este problema.

A. HISTORIA (TEORÍAS IDEOLÓGICAS).— Antes de la constitución de una psicología científica y experimental, estas teorías fueron obra de los filósofos y se inspiraron solamente en consideraciones metafísicas sobre la naturaleza del alma. A pesar de su diversidad, parecen reductibles a tres teorías principales.

a) Los unos niegan, pura y simplemente, la existencia de lo inconsciente desde el punto de vista psicológico, y pretenden, siguiendo a *Descartes*, que toda la naturaleza del alma la constituye el pensar, y, por consiguiente, que todo lo que depende del alma es necesariamente consciente. La conciencia es una unidad indescomponible: existe, y, por tanto, tiene todos los caracteres que nos revela la observación de nosotros mismos mediante la reflexión, o no existe. Entre *la materia, que no piensa nunca*, y el alma, *que piensa siempre*, no hay lugar para un inconsciente, aun cuando fuese de la naturaleza del alma. Los hechos de conciencia no pueden descomponerse en hechos que no serían conscientes, porque ¿cómo concebir que, agregándose unos a otros, hechos que no tienen ningún carácter consciente, se llegue a producir un efecto consciente? Agregando ceros no se puede encontrar la unidad. Es preciso que los componentes encierren cada uno una parcela del efecto que se encuentra en la resultante total.

b) A esta teoría —esencialmente *espiritualista*— se opone la teoría *materialista*.

La conciencia no es una unidad substancial: es una apariencia; que, del mismo modo que las vibraciones del éter no producen nada cuando su rapidez es lenta, pero que nos hacen percibir los colores del espectro desde que se producen en el número de 450 trillones de segundo, así las ondulaciones nerviosas, que son toda la realidad del pensamiento, se nos revelan, bajo la forma de hechos de conciencia, en ciertas condiciones de fuerza y de energía que ignoramos aún. Por bajo de esto aun cuando actúen lo mismo que cuando son conscientes y produzcan movi-

mientos, actos, etc., no aparecen a nuestra observación interna: son inconscientes.

Así, consciente e inconsciente, son hechos del mismo orden; no hay entre ellos más que una diferencia de grado y de condiciones accesorias.

Todo es reductible a fenómenos nerviosos materiales; la conciencia es un reflejo que ellos producen en ciertas circunstancias. Nada hay de asombroso, pues, en que todo hecho consciente sea el producto de elementos inconscientes y de operaciones inconscientes.

c) Algunos *idealistas*, en particular *Leibniz*, en el que se apoyan muchos filósofos contemporáneos (*Renouvier*, entre otros), invierten completamente el punto de vista materialista. Para ellos todo es conciencia y pensamiento: la materia no es más que la envoltura del pensamiento (panpsiquismo). La conciencia, tal como se nos aparece cuando nos observamos a nosotros mismos, no es, pues, más que un modo particular —el más claro, el más aparente— de la existencia universal. No hay, entonces, nada de extraño en que puedan resultar hechos y operaciones que no son inconscientes sino en apariencia, pero que, en realidad, son hechos y operaciones de una conciencia más vaga, más sorda, más confusa. No conocemos en nosotros mismos sino los hechos de conciencia más complejos, más fuertes; pero estos hechos son precedidos, rodeados, acompañados de una multitud de hechos menos aparentes, de *pequeñas percepciones* —como decía *Leibniz*—, demasiado pequeñas para ser sentidas en las condiciones ordinarias. Así, el ruido del mar está formado por millones de pequeños ruidos, aislamientos insensibles, que forman las gotas de agua que se fraccionan en las crestas de las montañas.

B. TEORÍAS CONTEMPORÁNEAS. — Las teorías contemporáneas se distinguen de todas las precedentes en que no quieren sobrepasar el punto de vista de la psicología científica y experimental. En lugar de deducir sus conclusiones de una visión general de la naturaleza del alma o de la naturaleza del universo, y de colocarse así sobre

un terreno en el que todo control es imposible, en el que todo se reduce a puras discusiones de ideas, buscan en los hechos, en la observación y la experiencia, los elementos de una hipótesis sobre la naturaleza de lo inconsciente. Permanecen, digámoslo inmediatamente, en el dominio de la hipótesis, porque hasta aquí el estudio de lo inconsciente es tan difícil, tan incompleto, con frecuencia tan desconcertante, que todo lo que se ha dicho sobre este asunto no puede ser considerado sino como hipotético.

Las teorías científicas contemporáneas sobre la naturaleza de lo inconsciente parecen reducibles a dos principales: la una, *puramente fisiológica*; la otra, *psicológica*.

a) "La teoría fisiológica es simple y no implica variantes. Según ella, la actividad inconsciente es puramente cerebral; es una "cerebración inconsciente"; el factor psíquico que, de ordinario, acompaña al trabajo de los centros nerviosos, está ausente." ¿Cómo explicar que esté presente en ciertos casos y ausente en otros? ¿Cómo pasar del organismo a lo consciente? La teoría fisiológica rehúsa responder a esta pregunta, que es del dominio metafísico, de los orígenes de la conciencia. No dice, como acabamos de ver que decía la filosofía materialista, que la conciencia es una resultante del trabajo de los centros nerviosos. Pretende, por el contrario, que el paso del organismo a lo consciente es inexplicable y que el problema no debe ponerse en el terreno científico. Hay un trabajo de los centros nerviosos que es inconsciente; hay otro trabajo de los centros nerviosos que es consciente. Hay, en fin, relaciones estrechas entre estas dos especies de trabajo. Es necesario y suficiente comprobar estos hechos y considerar, por tanto, lo inconsciente psicológico como algo puramente fisiológico.

Aun cuando *Ribot* se inclina hacia esta hipótesis, confiesa que está llena de dificultades: "Está establecido por numerosas experiencias (*Féré, Binet, Mosso, Janet, Newbold*, etc.) que actúan sensaciones inconscientes (no percibidas), puesto que producen las mismas reacciones que las sensaciones conscientes. Pero el caso particular de la

invención es muy distinto, porque no supone solamente la adaptación a un fin que el factor fisiológico bastará a explicar, sino que implica una serie de adaptaciones, de correcciones, de operaciones racionales, de las cuales la acción nerviosa, por sí sola, no proporciona ningún ejemplo."

b) La hipótesis *psicológica* considera, por el contrario, que todo trabajo de los centros nerviosos se acompaña de la conciencia tan bien, que los *hechos llamados inconscientes no serían sino hechos de conciencia menos desenvueltos y más elementales*. Nuestra conciencia no es afectada, porque su progreso mismo la fuerza a desinteresarse de los detalles para no ver más que los conjuntos.

La conciencia nos ha aparecido como una función sintética: agrupa constantemente una multitud de estados en una sola resultante general. Ahora bien, la síntesis más alta es la que constituye *nuestra personalidad*, la que agrega y concentra nuestros estados alrededor de *nuestro yo*, realmente la unidad que es precisamente *nuestra vida consciente*, tal como se manifiesta a la observación interna. Es la que nos permite hacer frente, con todas nuestras facultades, a las circunstancias en que nos encontramos. Pero numerosos estados pueden encontrarse, sea constante, sea momentáneamente, fuera de esta síntesis y constituir síntesis más restringidas, que viven y actúan de un modo independiente y por sí mismas. Estas son las que constituyen los hechos inconscientes y el automatismo fisiológico (hipótesis de *Pierre Janet*). No están, pues, fuera de la *conciencia*, puesto que son una forma particular y elemental de los fenómenos conscientes; pero están fuera de la conciencia de nuestra actividad general; *no están referidas al yo*.

A estas hipótesis las hacen muy verosímiles observaciones precisas. He aquí un caso típico, referido por *Pierre Janet*: "Después de un malestar inicial, ella (el sujeto examinado) cae desvanecida. Los músculos quedan flácidos; el rostro, pálido. Ningún gesto ni movimiento delata la conciencia. Bien pronto comienzan los movimientos:

éstos son todavía pequeños temblores en todos los músculos, *sin movimiento de conjunto*; después, movimientos de los miembros, pero completamente incoordinados. Me parece que los movimientos, al principio aislados e inconscientes, *se hacen cada vez más generales y sistemáticos*: por ejemplo, al comienzo los músculos del brazo se contraen al azar, se oponen unos a otros, lo que produce simplemente un trémolo del brazo y de las flexiones que afectan a los dedos. Ahora los músculos concuerdan bastante bien para que los brazos hagan grandes movimientos y vengan a dar puñetazos en el mismo punto del pecho (donde tiene un dolor continuo). Pero poco después de este período de convulsiones y de contracciones, y mezclándose con ellas *porque no tiene transición brusca*, comienzan otros movimientos; se sienta en el lecho, habla, etcétera. Entra en la vida ordinaria... La conciencia es, pues, por sí misma y desde sus comienzos, una actividad de síntesis... *Las pequeñas síntesis elementales, sin cesar repetidas, se convierten en los elementos de otras síntesis superiores*. Estas síntesis, a su vez, se organizan en estados más complejos, que se pueden llamar emociones generales; *éstas se unifican* y forman a cada momento una unidad particular, que se llama la idea *de la personalidad*." (Pierre Janet: *L'Automatisme psychologique*, página 49.) Solamente los estados que entran en esta última son sentidos por la conciencia de cada uno de nosotros cuando se observa interiormente. Todos los demás estados, menos complejos, bien que constituyendo fenómenos de conciencia sorda, capaces, en ciertos casos excepcionales, de ser sentidos, no entran, de ordinario, en el campo de nuestra observación: constituyen lo *inconsciente*, o *automatismo psicológico*. La vida psicológica, en su declinar o en su comienzo, es enteramente de este género. "La falta de conexión y de acción recíproca interna entre los elementos de la conciencia es el síntoma de un *comienzo de disolución de la vida consciente*. Durante la marcha progresiva de la enfermedad mental se forman "ideas fijas", que hacen imposible el movimiento libre y

natural de las representaciones y su lucha mutua. Más tarde, las ideas fijas mismas no pueden ser mantenidas y desenvueltas. En fin, se produce una ausencia completa de imágenes y de pensamientos. Las impresiones sensibles no son ya elaboradas, la memoria está casi extinguida, y el lenguaje, borrado en su mayor parte... La *ausencia de conexión* no caracteriza solamente la *disolución de la conciencia por la enfermedad*, sino su *período de iniciación además*. La conciencia del niño se asemeja a una serie de radios o elementos que surgen en estado esporádico, cuya relación mutua es flácida y exterior. Se puede aún observar, en el lento despertar del sueño o de un síncope, un estado particular de ausencia de conexión, un caos de conciencia, hasta la reaparición de la conciencia clara y precisa." (Idem, 60.)

La constitución del sistema nervioso explica estos resultados. Es esencialmente, como hemos visto, una *jerarquía de los centros*. Ahora, la conciencia clara está ligada al ejercicio de los centros superiores. Y todo nos conduce a suponer que este funcionamiento autónomo debe suscitar estados internos, *análogos en naturaleza, pero muy diferentes en grado, de los estados internos plenamente conscientes*, ligados al ejercicio del sistema completo.

Esto explica el que, después de la ablación de los centros superiores, un organismo pueda todavía coordinar movimientos y adaptarlos a un fin; el que ciertos fenómenos puedan reaparecer en la conciencia después de un tiempo de olvido (recuerdos), y el que otros puedan volver a lo inconsciente (movimientos automáticos) cuando, estando las coordinaciones bien establecidas, tienen lugar sin la intervención de nuestra actividad. Los fenómenos llamados inconscientes, pero de carácter psicológico, serían, pues, fenómenos de conciencia inferior, independientes de la síntesis general de nuestra actividad psicológica superior.

LIBRO II

LAS FUNCIONES GENERALES DE LA CONCIENCIA

CAPÍTULO V

FUNCION DE ASIMILACION.—EL HABITO Y LA MEMORIA

PRIMERA PARTE.—LEYES Y CONDICIONES DEL HÁBITO Y DE LA MEMORIA

I. *Memoria y hábito.*—A. Definición: la imagen.—B. Generalidad de la función.—C. De qué hay imágenes: 1.º Memoria afectiva. 2.º Representativa. 3.º Motora.

II. *Clasificación.*—Los diferentes tipos de memoria: visual, auditivo, afectivo y motor; subdivisiones.

III. *Condiciones de la memoria y del hábito.*—A. Conservación de la imagen: leyes comunes a la memoria y al hábito: a) Condiciones psicológicas. b) Condiciones fisiológicas.—B. Reproducción del recuerdo; leyes del hábito propiamente dicho: a) Condiciones psicológicas. b) Condiciones fisiológicas (ley de asimilación funcional).—C. Reconocimiento y localización; memoria superior, condiciones psicológicas.

Vamos a emprender, ahora que tenemos una visión general de la conciencia, el estudio de sus tres *funciones generales*: asimilación, integración y discernimiento. Y para esto las analizaremos bajo los aspectos netos y claros más elementales que ofrecen en la conciencia huma-

na: 1.º, la *memoria* y el *hábito* para la asimilación; 2.º, las *leyes de la asociación* para la *integración*; 3.º, la *atención* para el *discernimiento*. Esto nos permitirá establecer su fisonomía general.

I. MEMORIA Y HÁBITO. — DESCRIPCIÓN GENERAL

A. DEFINICIONES: LAS IMÁGENES. — Se distingue, de ordinario, entre hábito y memoria; pero siempre van unidos en el dominio de los hechos psicológicos. En psicología, se llama *hábito* todo hecho de asimilación cuando se atiende más particularmente, a primera vista, al lado *físico* y *fisiológico* del acontecimiento, y después, a las modificaciones que la reproducción lleva al elemento conservador, a los *efectos* de la asimilación, que hacen la repetición menos consciente, *más frecuente* y *más segura*. Se llama *memoria* esta asimilación cuando se la enfoca bajo su forma *interna* y *subjetiva* y se insiste en la *conservación* y el *reconocimiento* del hecho de conciencia. Así, *memoria* es la conservación *en* y *por la conciencia* de los estados que se han producido ya en ella; el *hábito* es la *facilidad* creciente con que tiene lugar su reaparición y su tendencia a hacerse cada vez más inconscientes y orgánicos.

Se llaman estas reapariciones *reviviscentes*, *imágenes*, *recuerdos*, estados *secundarios*, para distinguirlas del elemento primordial reproducido o estado *primario*. La reaparición del hecho de conciencia se distingue, en general, bastante claramente del estado primario, en que es más débil y más automático (una lección bien sabida, por ejemplo). La conciencia se debilita al mismo tiempo que el esfuerzo de reproducción: algunas veces la reaparición llega a no afectar la conciencia (caso ordinario del movimiento fuertemente habitual o de un intermediario muy usual en el recuerdo de las ideas). La imagen o el movimiento habitual pueden reaparecer *espontánea* o *voluntariamente*: en general, son bastante bien *reconocidos* como la reproducción de estados anteriores y referidos a

estos estados. Se reproducen con una cualidad propia, original, indefinible, de *ya sentido* o de *ya ejecutado*, que se llama lo *ya visto*.

B. GENERALIDAD DE LA FUNCIÓN. — Todos los estados psicológicos son susceptibles de reviviscencia. Se puede admitir, con *Herbart*, que todos ellos tienen una tendencia a conservarse, a subsistir en la conciencia, y que no encuentran en ésta más obstáculos que la aparición de otros estados que tengan la misma tendencia; todos ellos vuelven por sí mismos, desde que no son rechazados por los otros, como “un resorte de reloj enroscado sobre sí mismo se extiende tan pronto como se cesa de oprimirle. El despertar es una reproducción de este género, puesto que vuelven a encontrarse inmediatamente las imágenes del día precedente, desde que no existe el influjo de detención ejercido por el sueño. Aun cuando la imagen parece enteramente olvidada, no es preciso, por esto, considerarla como enteramente desaparecida: yace bajo el umbral de la conciencia, y, si la reacción se presenta, puede volver a la luz... Se deduce, desde luego, que no podemos decir de ninguna imagen que haya desaparecido completamente de la conciencia”. (*Höfding*, 186.)

Esto lo prueban un gran número de casos patológicos, en los que, recuerdos que hubieran podido creerse enteramente olvidados, se representan a la memoria y fijan de nuevo nuestra atención.

C. DE QUÉ HAY IMÁGENES. — Las observaciones recientes muestran al detalle que la conservación se extiende también a todo hecho psicológico.

1.º Se niega, sobre todo, de los estados afectivos; se pretendía que sólo el recuerdo de las circunstancias de su producción podía subsistir y que no había memoria propiamente afectiva. Pero *T. Ribot* ha demostrado (*Psicología de los sentimientos*, 141), que existían *imágenes afectivas verdaderas*.

“La sensación actual de fatiga, de olor de lirio, de gusto de mostaza, de dolor en una muela, se me aparece como repetición de sensaciones anteriormente experimentadas,

semejantes a la presente o que, al menos, parecen tales; por consiguiente, ella las reanima." Estas imágenes pueden nacer en la conciencia espontáneamente o a voluntad, independientemente de todo acontecimiento actual. "El recuerdo de una luz deslumbradora, de una disonancia o de un sonido estridente, de la extracción de un diente o de una operación más grave; la perspectiva de una buena comida para el *gourmet*, de las vacaciones próximas para el estudiante: todos estos estados de la vida psicológica, que se designa, en general, bajo el nombre de placeres y *penas de la imaginación*, muestran qué frecuente es la *reviviscencia de las imágenes afectivas*." (T. Ribot, página 141.)

La imagen afectiva puede llegar a hacerse completamente alucinatoria. "Se puede, en los hipnotizados, hacer nacer, por sugestión, estados agradables o penosos de todas clases. Por lo que respecta a las emociones, algunos, es verdad, no recuerdan sino las circunstancias accesorias de estos estados; es que, a causa de la educación o del temperamento, las imágenes afectivas desempeñan un papel muy pequeño en su vida: éstos son caracteres *intelectuales* y *abstractos*." Pero de una investigación hecha con mucho cuidado por T. Ribot resulta que la *reviviscencia* completa se manifiesta en los *temperamentos emocionales*. "Las gentes irascibles, al solo nombre, al solo pensamiento de su enemigo, sienten la cólera en estado naciente. El miedoso se estremece al solo recuerdo del peligro corrido... Muchas personas afirman que el recuerdo de una emoción las sacude tan vivamente como la emoción primitiva." Los estados afectivos se hallan, pues, sometidos a las mismas condiciones de *reviviscencia* que los demás hechos psicológicos.

2.º Para los estados representativos la *reviviscencia* es una condición general reconocida por todos. Sólo las representaciones relativas al gusto o al olfato han sido discutidas, a causa de su afinidad estrecha con los estados afectivos; pero acabamos de ver que esta particularidad no podría sustraerlas de la condición común; siendo su

reviviscencia menos útil para el hombre que las sensaciones visuales o auditivas, es menos clara y menos frecuente.

3.º *Pasemos a la motricidad.* Es preciso distinguir cuidadosamente la representación de los movimientos, de los movimientos mismos. Como para todos los estados representativos, la representación de un movimiento o imagen muscular es fácil de comprobar. En cuanto a los movimientos exteriores mismos, su reviviscencia es tan real y tan precisa, que se reduce con frecuencia el sentido de la palabra *hábito* a este caso especial. El hábito motor, a causa de la facilidad de la observación, tanto interna como objetiva, servirá aún notablemente para determinar las leyes de la función general de conservación y de asimilación.

II. CLASIFICACIÓN: LOS DIFERENTES TIPOS DE MEMORIA

Si se ha negado alguna vez la generalidad de esta función es porque, desenvuelta por la utilidad, se refiere, sobre todo, a lo que interesa al individuo. Ahora bien: el interés que presenta un hecho psicológico varía según la individualidad, la constitución moral del ser, sus tendencias sordas y su organización biológica. Ciertos hechos serán, pues, más interesantes para los unos y mucho menos para los otros. Su reviviscencia se desenvolverá entonces en detrimento del resto en los primeros y se hará casi exclusiva. La observación nos permite distinguir así diferentes tipos de memoria, según la categoría de imágenes dominantes: 1.º, el *tipo visual*, que conserva, sobre todo, las representaciones de la vista; 2.º, el *tipo auditivo*, en quien toda impresión se presenta con el sonido interior de la palabra que evoca (palabra interior), o en quien los sonidos se reproducen de una manera muy viva y muy justa (músicos); 3.º, el *tipo afectivo*, que consiste en la reviviscencia fácil, completa, preponderante de las imágenes afectivas; 4.º, el *tipo motor*, en quien la memoria motora está particularmente desenvuelta (personas notablemente aptas para los ejercicios físicos, etc.).

Estos tipos podrán subdividirse todavía varias veces. Un procedimiento cómodo para determinarlos consiste en pronunciar una palabra ante el sujeto y preguntarle lo que esta palabra evoca en él: entre los visuales, por ejemplo, unos ven la palabra escrita (verbovisuales); otros, el objeto incoloro; otros, el objeto con sus colores; otros, el contorno del objeto solamente.

III. CONDICIONES DE LA MEMORIA Y DEL HÁBITO

La función de asimilación no es simple, sino que se subdivide en muchas funciones secundarias, que pueden clasificarse bajo el nombre: 1.º, de *conservación* o memoria general (cómo se perpetúan por debajo de la trama actual de la conciencia los estados llamados a reaparecer); 2.º, de *reproducción* (cómo reaparecen, leyes del hábito); de *reconocimiento* (memoria superior: cómo son tomados por simples reparaciones estados anteriores y son recordados).

Estudiar estas funciones secundarias es determinar las condiciones, tanto fisiológicas como psicológicas, de la *imagen*, es decir, de la *memoria*.

A. LEYES GENERALES DE LA ADQUISICIÓN, DE LA CONSERVACIÓN Y DE LA REPRODUCCIÓN DE LOS RECUERDOS Y DE LOS HÁBITOS (CONDICIONES COMUNES A LA MEMORIA Y AL HÁBITO).— Este estudio comienza por la observación interna; pero nos lleva pronto a considerar, bajo los hechos que la conciencia nos permite alcanzar, condiciones más lejanas y más elementales, completamente biológicas.

a) *Condiciones psicológicas.* — *Primera ley: intensidad del estado primitivo.* — *Mientras con mayor intensidad se muestra en el campo de la conciencia el estado primario, mejor y más largo tiempo se conservará en la memoria y será conservado por el hábito.* Por esto, un estado que contrasta francamente con nuestros estados ordinarios permanece mucho tiempo en el recuerdo; por

eso también, cuando se quiere crear un hábito por la educación, se tiene cuidado de hacer nacer impresiones muy vivas.

Segunda ley: claridad y distinción del estado primitivo. — Pero ciertos estados pueden ser muy vivos y no dejar una imagen clara y fácil de reproducir: los estados afectivos, por ejemplo. Es porque son muy confusos y muy indistintos. *Mientras más claro y distinto es el estado primario, mejor y más largo tiempo será conservado por la memoria y el hábito.*

Tercera ley: duración del estado primitivo. — Un estado durable de conciencia es más claro, más distinto y hace una impresión más intensa que un estado que haya desaparecido casi inmediatamente. Del mismo modo, *mientras más se haya prolongado el estado primario, mejor y más largo tiempo será conservado por la memoria y el hábito.*

Cuarta ley: repetición. — Un estado que se vuelve a dar frecuentemente por sus condiciones exteriores, un paisaje visto muchas veces, un canto oído con frecuencia, llega a ser el equivalente de un estado único que se prolongase largo tiempo, y por ello adquiriese gran facilidad para conservarse. Por los hábitos motores puede observarse el efecto de esta ley muy importante: un movimiento ejecutado con frecuencia se hace habitual y se repite con una precisión notable, aun cuando sea inútil (*tics, manías, etc.*). Toda la memoria está sometida a la ley de repetición. Para aprender una lección se leen con frecuencia o se repiten con insistencia las palabras de que se compone. Concluyamos, pues, que, *mientras más se reproduce el estado primario, mejor y más largo tiempo es conservado por la memoria y el hábito.*

Quinta ley: efecto de la atención. — La razón profunda de estas cuatro leyes está en una ley más fundamental. *La conservación del recuerdo, su tendencia a crear un hábito, están en razón directa de la atención que ha suscitado el estado primario, y, por consiguiente, del interés que ha ofrecido.*

Sexta ley: efecto de la asociación de las ideas. — Cada individualidad posee un ciclo particular de recuerdos y de hábitos. Y como los estados de conciencia no se aíslan mutuamente sino por un análisis siempre artificial, y en realidad están íntimamente ligados, resulta que los hechos primarios tendrán tanto poder retentivo en cuanto entren en el ciclo de las preferencias individuales; y que sus relaciones con nuestros demás recuerdos serán más numerosos, gracias a las leyes de asociación, que estudiaremos en el capítulo VII.

b) *Condiciones fisiológicas.* — 1.º *La memoria y el hábito, hechos biológicos.* — Pero se tendría una visión verdaderamente parcial de la conservación psicológica si permaneciéramos en este estudio descriptivo y en la sola observación interna. La conservación está unida a condiciones cerebrales muy precisas, y se liga, en el mundo orgánico, a una función mucho más general de asimilación biológica. T. Ribot, en las *Enfermedades de la memoria*, ha demostrado “que las enseñanzas de la fisiología, unidas a la de la conciencia, nos conducen a plantear el problema de la memoria sobre una base mucho más amplia; que la memoria, tal como el sentido común la entiende y como la psicología la describe, lejos de ser la memoria entera, no es más que un caso particular, el más elevado y complejo...; que es el último eslabón de una evolución amplia y como una florescencia cuyas raíces penetran mucho más en la vida orgánica... Descartemos, por el momento, el elemento psíquico..., reduzcamos el problema a sus datos más simples y veamos cómo, fuera de toda conciencia, se forma una memoria. Antes de llegar a la verdadera memoria orgánica debemos recordar algunos hechos que han sido, a veces, evocados. Se han buscado analogías con la memoria en el orden de los fenómenos orgánicos, en particular en la propiedad que tienen las vibraciones luminosas de poder ser almacenadas en una hoja de papel y de persistir en el estado de vibraciones silenciosas durante un tiempo más o menos largo, dispuestas a aparecer al llamamiento de

una substancia reveladora... En nuestra opinión, estos hechos y otros semejantes tienen una analogía demasiado lejana con la memoria para que se tenga que insistir en ellos". (*Las enfermedades de la memoria*, pág. 3.) La memoria y el hábito, acontecimientos dados en un ser consciente, no pueden ser estudiados sino en las *propiedades de la materia organizada*.

"En el reino animal, el tejido muscular nos ofrece un primer bosquejo de la adquisición de estas propiedades nuevas, de su conservación y de su reproducción automática. La experiencia diaria —dice *Hering*— nos enseña que un músculo se fortalece tanto más cuanto más trabaja... Después de cada acción está más dispuesto para la acción misma, más dispuesto para la repetición del mismo trabajo, más apto para la reproducción del proceso orgánico... Tenemos aquí, bajo su forma más simple, la más próxima a las condiciones físicas, esta facultad de reproducción, que se encuentra bajo una forma tan compleja en la substancia nerviosa." (*Idem*, pág. 4.) (Movimientos reflejos, instintivos, repeticiones automáticas de actos ya ejecutados, como en la locomoción, aprendizaje de un oficio manual, juegos de destreza, ejercicios del cuerpo, etc.) "Si el lector quiere observar bien estas acciones automáticas, verá que esta memoria orgánica se asemeja en todo a la memoria psicológica, salvo en un punto: la ausencia de la conciencia" (al menos en apariencia). (*Idem*, 7.) La conciencia interviene, efectivamente; nada cambia en el hecho biológico de un modo apreciable; desde el automatismo muscular más simple hasta los casos más complejos de memoria consciente hay *continuidad* constante desde el punto de vista fisiológico.

2.º *Condiciones generales*. — "Si, pues, ensayamos a representarnos una buena memoria y a traducir esta expresión en términos fisiológicos, debemos figurarnos un gran número de elementos nerviosos, cada uno modificado de un modo particular, cada uno formando parte de una asociación y apto, probablemente, para entrar en muchas, encerrando cada una de estas asociaciones las

condiciones de existencia de los estados de conciencia". (*Idem*, 32.) Esto "supone una condición primera, que no puede traducirse sino por esta expresión vaga: una constitución normal del cerebro... (los idiotas son aquejados de amnesia congénita, de impotencia nativa, para fijar los recuerdos...) Dándose esta constitución normal, no basta que sean recibidas las impresiones, es preciso que sean fijadas, registradas orgánicamente, incrustadas; es preciso que se conviertan en una modificación permanente del encéfalo... Este resultado no puede depender más que de la *nutrición*. El cerebro *recibe una masa enorme de sangre, sobre todo la substancia gris*. No hay parte del cuerpo en la que este trabajo nutritivo sea más activo ni más rápido... Hay hechos de todo orden que demuestran la conexión estrecha de la nutrición y de la memoria". El niño conserva muy fácilmente: "En este período de *la vida la actividad del proceso nutritivo* es de tal modo grande, que las conexiones nuevas son rápidamente establecidas... La fatiga, bajo todas sus formas, es fatal para la memoria... Ahora bien: la fatiga es considerada como un estado, en el cual, por consecuencia de la superactividad de un órgano sufre y languidece la nutrición. La rapidez extrema de los cambios nutritivos en el cerebro, que parece, a primera vista, una causa de inestabilidad, explica, por el contrario, la fijación de los recuerdos. Efectuándose la reparación sobre el trayecto modificado, sirve para registrar la experiencia. No es una simple integración la que tiene lugar, sino una reintegración; la substancia es restaurada de una manera especial, después de una modificación especial; esto hace que la modalidad que se produce sea, por decirlo así, incorporada o encarnada en la estructura del encéfalo. Nos encontramos aquí con la razón última de la memoria en el orden biológico: es una *impregnación*."

B. REPRODUCCIÓN DEL RECUERDO: LEYES DEL HÁBITO PROPIAMENTE DICHO.—Un recuerdo es tanto mejor reproducido cuanto mejor conservado, y no tenemos otra indicación para saber que ha sido conservado un recuerdo



que su reproducción. Así todas las condiciones de la conservación se convierten, por lo mismo, en condiciones de la reproducción. Pero la reproducción tiene, por otra parte, particularidades especiales. Se le da en el lenguaje corriente el nombre de *hábito*. Es, pues, del hábito y de sus efectos de lo que vamos a hablar.

a) *Condiciones psicológicas.* — *Primera ley: El estado primario se reproduce tanto mejor cuanto que ha afectado más frecuentemente la conciencia.* — En rigor, un solo acontecimiento puede, si es bastante intenso, dejar una huella durable y reproducirse fácilmente. Pero, en general, un hecho que no se represente más, no tardará en caer en lo *inconsciente* y en el *olvido*. La repetición del estado primario es, pues, una condición *primordial* de la reproducción y del hábito.

Segunda ley: La repetición favorece la reproducción y la hace habitual. — Ahora bien, como el estado secundario es idéntico al estado primario, cada reproducción puede ser considerada como la repetición del estado primario, y mientras más se reproduzca un acontecimiento más tendencia tendrá a reproducirse. Esta es la *ley general del hábito*; se expresa diciendo que el hábito es tiránico: tiende a imponerse, a eliminar todo lo que no es él, todo lo que le sirve de obstáculo, puesto que todo acontecimiento que tiene una tendencia a reproducirse fortifica cada vez más esta tendencia reproduciéndose y acaba por hacerla exclusiva. Así se explican los *tics*, las manías, los prejuicios, que no son sino ideas habituales, y en los casos patológicos, la locura, en la que la conciencia se deja invadir por las *ideas fijas*; la transformación de las emociones en sentimientos durables y en pasiones, de los actos en *movimientos automáticos* (instintos y reflejos); el alcoholismo, la pasión del tabaco, la morfinomanía, etc., son de ello tristes ejemplos. Esta ley tiene, pues, una *importancia capital en la evolución de los hechos psicológicos*. Y vamos a verlo todavía mejor en las leyes que vamos a enumerar y que están estrechamente ligadas con ella.

Tercera ley: La repetición habitual disminuye el esfuerzo de reproducción.— Si la repetición aumenta cada vez la tendencia a la reproducción, es porque los obstáculos que se oponen a esta tendencia disminuyen gradualmente. El esfuerzo, pues, debe disminuir poco a poco. Es muy difícil reproducir en su orden una serie de palabras leídas una o dos veces, y muy fácil, por el contrario, después de haberla repetido con frecuencia; así es como un escolar aprende de memoria. Los actos habituales (marchar, leer, escribir, tocar un instrumento, etc.) han necesitado primero un gran esfuerzo; poco a poco se ejecutan casi por sí mismos, sin ningún esfuerzo.

Cuarta ley: La repetición habitual tiende a hacer la reproducción cada vez menos consciente.— Sabemos, en efecto, que la opinión de dos estados es una condición necesaria de la conciencia clara y distinta. Ahora bien: disminuyendo el esfuerzo, el acontecimiento que se reproduce actúa cada vez menos en el curso ordinario de la conciencia. La atención, por otra parte, está en proporción directa con el esfuerzo; disminuirá, pues, con él: el hábito tenderá hacia la inconsciencia. Las síntesis que forma la conciencia (*asociaciones*) nos presentan siempre, por la desaparición en lo inconsciente de la mayor parte de los elementos intermediarios, esta debilitación de la conciencia. Hay en este punto de vista una relación estrecha entre la función de asimilación y la función de integración (*leyes de la asociación*); la primera prepara directamente la segunda, y es, mediante el hábito, una condición necesaria de ella. En cuanto a los movimientos, todos sabemos que el hábito tiende a hacerlos automáticos.

Quinta ley: La repetición atenúa la tonalidad afectiva de los estados reproductivos.— He aquí todavía un hecho de experiencia. El tiempo, se dice, aplaca el dolor. También embota el placer. El *hábito enmohece la afectividad*. La memoria *afectiva es débil, en general*: los hechos afectivos tienden muy poco y muy difícilmente a reaparecer. La razón es que los hechos afectivos, agradables o dolo-

rosos, dependen esencialmente de diferencias muy grandes, que se efectúan en la cantidad de energía de que dispone nuestra organización. Están ligados, sea a un aumento, sea a una disminución de esta energía. Ahora bien: la reproducción de los hechos psicológicos, atenuando considerablemente el esfuerzo, disminuye en la misma proporción las variaciones de la energía disponible; por eso los estados afectivos tienden a atenuarse cada vez más por la repetición.

Sexta ley: Por el contrario, la actividad motora y la actividad intelectual son avivadas y acrecidas por el hábito.—

Lo que disminuye nuestra actividad afectiva en el hábito es la desaparición progresiva de los esfuerzos, de los tanteos y de los obstáculos. El acto se ejecutará, pues, de un modo más simple, más preciso y más seguro. Nuestra destreza y nuestra inteligencia aumentarán y se avivarán por las mismas razones que debilitan poco a poco nuestra sensibilidad afectiva. Si se gasta el paladar del borracho, se afina, en cambio, el del *gourmet*. “Forjando se hace el forjador”. La educación y la instrucción no son, si se la examina de cerca, más que una serie de hábitos que se forman poco a poco. El sabio se distingue del ignorante por un conjunto de hábitos que se establecen en él definitivamente y que no existen en el ignorante. Lo mismo el obrero hábil del obrero torpe.

Estos efectos, tan distintos del hábito, en apariencia, sobre la afectividad que embotan, sobre la motricidad y la inteligencia que avivan, han conducido, a veces, a suponer dos géneros de hábitos irreductibles: los hábitos pasivos y los hábitos activos. En los primeros se colocarán los retornos de lo inconsciente y del automatismo, la transformación de los deseos en necesidades irresistibles, los debilitamientos progresivos de la vida afectiva. En los segundos, por el contrario, se colocarán los aumentos de habilidad y destreza, la precisión y seguridad crecientes de los movimientos, los progresos intelectuales, las nuevas facilidades adquiridas por la inteligencia, la mayor claridad de juicio, la afirmación del razonamiento, la ma-

yor invención imaginativa ("el genio es una *larga paciencia*" (Buffon). "He descubierto la gravitación universal pensando *siempre* en ella", se hace decir a Newton) y la seguridad de la memoria, etc.

Es fácil ver que esta distinción no está fundamentada. *Todo hábito, cualquiera que sea*, tiene efectos que parecen aumentar nuestra pasividad: es una vuelta al automatismo, una disminución del esfuerzo, una debilitación de la vida afectiva, una transformación gradual, en fin, del deseo vacilante que se comprime, en necesidad irresistible y tiránica. Pero, por el contrario, *todo hábito, cualquiera que sea*, suprime las dificultades que se oponen al acto y facilita su reproducción. Tal como es, el hábito es un *instrumento* que, por *todos* sus efectos, tiende a facilitar la actividad. *Es, pues, esencialmente activo y no tiende a disminuir nuestra actividad sino en lo que sería susceptible de servir de obstáculo al acto*, bueno o malo, útil o perjudicial, no importa. A nosotros corresponde saber utilizar la fuerza que pone a nuestra disposición.

La ley de asociación por contigüidad, según la cual nuestros recuerdos tienden a evocarse unos a otros en el mismo orden en que se sucedieron la primera vez, no es más que un hábito, y la mayor parte de los psicólogos quieren reducir a esta ley todas las demás leyes de asociación.

Séptima ley: Modalidades de la reproducción en el dominio de la memoria propiamente dicha. Las imágenes se reproducen siempre en serie según un orden bien determinado, sea la reproducción voluntaria, sea espontánea.— Este orden no es otro que el de las leyes de integración o de asociación, que veremos más lejos.

Conclusión general sobre el papel del hábito y los efectos que ejerce en la reproducción de los hechos de conciencia.— Estas leyes generales de la reproducción son las condiciones necesarias del progreso de la conciencia. Si estuviéramos forzados a realizar siempre con el mismo esfuerzo y en el mismo tiempo un acto; si estuviéramos siempre detenidos por los mismos obstáculos, nuestra ac-

tividad no haría ningún progreso y giraría siempre en el mismo círculo. Del mismo modo, si los estados psicológicos que nos interesan no pudieran, en cierto modo, ponerse inmediatamente a nuestra disposición, y si, por otra parte, los otros no desaparecen poco a poco en el olvido cuando las circunstancias no exigen su reproducción frecuente, nuestra vida consciente sería embarazada por todo un bagaje perjudicial, y su campo de adquisición sería extremadamente limitado. El olvido y la disminución de conciencia para todo un conjunto de hechos son, pues, necesarios para el progreso de la conciencia; lo mismo ocurre con la disminución del esfuerzo, de la duración, y, por consiguiente, de la totalidad afectiva. El hábito no es, pues, como lo creen algunos, una vuelta a la inercia. El automatismo, el mecanismo, no es aquí sino una condición del progreso de la vida consciente y de una actividad que tiende constantemente a aumentar su campo de ejercicio.

b) *Condiciones fisiológicas.*—Las condiciones fisiológicas, más aún, que las psicológicas, *son las mismas que las de conservación.* Se puede notar que la circulación (que está ligada íntimamente, por otra parte, a la nutrición) desempeña un papel preponderante y presenta variaciones correlativas con la reproducción: la fiebre, en sus diversos grados, se acompaña con una sobreexcitación de la memoria, con una superproducción de gestos habituales. Los novelistas han notado que, en los momentos en que una emoción fuerte ha excitado la circulación, se evocan recuerdos intensos y numerosos. Los estimulantes (hachisch, opio, café, tabaco, alcohol, etc.) exaltan la memoria. Los deprimentes (bromuros) la debilitan. "En las personas agotadas por una larga enfermedad la memoria se debilita con la circulación."

C. RECONOCIMIENTO Y LOCALIZACIÓN: MEMORIA PROPIAMENTE DICHA.—Hasta aquí hemos estudiado propiedades de la memoria que tienen analogías indiscutibles en el mundo biológico. Llegamos ahora a la última función de la memoria: *el reconocimiento*, que es propiamente psicológico y no puede concebirse sino por la concien-

cia: sólo éste puede reconocer, por haberlo experimentado ya y referir a este momento anterior el hecho psicológico. Esta nueva función constituye en el lenguaje corriente lo que se llama más especialmente la *memoria*. Ella es, al menos, la forma superior y plenamente consciente, porque un recuerdo puede ser perfectamente conservado y reproducido, sin ser reconocido como tal: es, entonces, una *reminiscencia*. Ciertas enfermedades de la memoria consisten precisamente en reproducir recuerdos sin reconocerlos y en tomarlos por invenciones personales o realidades existentes.

a) *Condiciones psicológicas*.—El reconocimiento, desde el punto de vista psicológico, es la aproximación de una imagen dada con un estado anterior, aproximación que hace concebir esta imagen y este estado como idénticos: la imagen es considerada entonces como la repetición del estado primario. Esta operación es, la mayor parte de las veces, automática e inmediata; necesita, en ciertos casos excepcionales, una atención especial, tanteos, una especie de elaboración. Se traduce por esa indefinible cualidad de *ya visto*, que nos hace familiar un estado y lo representa como habiendo formado ya parte de la conciencia. De ordinario se considera que la noción del *yo* es una condición necesaria del reconocimiento. Es preciso, se dice, que *tengamos* conciencia de haber experimentado *ya nosotros mismos* el estado psicológico que reconocemos como *nuestro*. Sin embargo, la cualidad de *ya visto* puede presentarse de un modo confuso, sin que intervenga la noción de nuestra personalidad, y así debe ser en los grados inferiores de la vida consciente; pero no sigue siendo menos verdad que la memoria verdadera, tal como la comprobamos en nosotros mismos, está íntimamente unida a la noción de nuestra personalidad y se constituye con ella. Hay entre estos dos hechos una *conexión necesaria y estrecha*. La memoria es la condición de la personalidad y de la idea del *yo*, puesto que ésta tiene por base la trama *continua* de los recuerdos, que son *nuestros* recuerdos, *nuestra* vida psicológica; y, a su vez, la idea del

yo es la condición necesaria de la memoria superior que reconoce y localiza *nuestros* recuerdos. La *memoria superior*, tal como la comprobamos por la observación de nuestra conciencia, y la *conciencia clara y distinta*, que es para la observación interna la *personalidad* de toda la vida psicológica, son, en el fondo, una sola y misma realidad.

¿De dónde viene esta cualidad de *ya visto* y esta asimilación a un estado anterior, que constituye el reconocimiento? En general, la claridad y la viveza de los recuerdos ordinarios son mucho más débiles que las de los estados primarios: las imágenes visuales son menos coloreadas, más empañadas. Para ciertos individuos son como *fotografías un poco más débiles* de la realidad; se asombran de la *palidez* de sus recuerdos. Lo mismo ocurre con las otras imágenes: siempre hay una diferencia, por pequeña que sea, entre una imagen y un estado primario. Sobre esta diferencia se establece la distinción entre los recuerdos y los estados reales, porque la experiencia nos enseña bien pronto que a estos estados más débiles no corresponde nada real *actualmente*: esto es lo que permite reconocerlos como recuerdos. Precisaremos este trabajo del espíritu hablando del *mecanismo reductor de la imagen*. Sin embargo, todavía no se trata de un recuerdo. "En tanto que una imagen, cualquiera que sea su contenido..., permanece aislada y como suspendida en la conciencia, sin relación con otros estados que tienen para nosotros un lugar fijo, sin poder ser alojada por nosotros en ninguna parte, no vemos en ella más que un estado actual (imaginario, quizás, pero actual). Pero entre estas imágenes algunas tienen la propiedad, desde que penetran en la conciencia, de extender ramificaciones en diversos sentidos, de suscitar estados que les ligan al pasado, y gracias a los cuales nos aparecen como formando parte de una serie, más o menos larga, que desemboca en el presente; en otros términos, *son localizadas en el tiempo*". La localización en el tiempo (que puede tener todos los grados, desde la simple relación con el pasado hasta la

referencia a un momento muy determinado de este pasado) es, pues, la *condición necesaria del reconocimiento*. "Teóricamente, no tenemos más que una manera de proceder. Determinamos las posiciones en el tiempo, como las posiciones en el espacio, por la relación con un punto fijo, que, respecto del tiempo, es nuestro estado presente. Notemos que este estado presente es un estado real —por breve que sea— y tiene un comienzo y un fin.

"Además, su comienzo no nos aparece como un comienzo absoluto: toca a algo que forma continuidad con él. Cuando leemos (u oímos) una frase, a la quinta palabra, por ejemplo, queda algo de la cuarta. Cada estado de conciencia no se borra sino progresivamente: deja una prolongación análoga a lo que la óptica fisiológica llama una imagen consecutiva. Por este hecho, la quinta y cuarta palabra están en continuidad, el fin de la una toca al comienzo de la otra. Este es el punto capital: hay una continuidad, no indeterminada, consistente, no en que dos extremos *cualesquiera* se toquen, sino en que el extremo *inicial* del estado actual toca el extremo *final* del estado anterior. Si se comprende bien este hecho simple, se comprenderá también al mismo tiempo al mecanismo teórico de la localización en el tiempo, porque es bien claro que el paso regresivo puede hacerse igualmente de la cuarta palabra a la tercera, y así sucesivamente. El número de los estados de conciencia así recorridos regresivamente... da la posición de un estado cualquiera por la relación con el presente, o sea su alejamiento en el tiempo. *Prácticamente* hemos recurrido a procedimientos más simples y más expeditos. Nuestra simplificación consiste en el empleo de puntos de referencia." (*T. Ribot*, 37.) Estos puntos de referencia son estados de conciencia que, por su intensidad, luchan mejor que los otros contra el olvido, y son claramente localizados: son hechos que nos han interesado fuertemente.

CAPÍTULO VI

FUNCION DE ASIMILACION.—EL HABITO Y LA MEMORIA

SEGUNDA PARTE.—NATURALEZA Y TEORÍAS DE LA MEMORIA Y DEL HÁBITO

I. *Teorías generales sobre la memoria y el hábito.*—A. Teorías generales sobre la memoria: a) Teoría puramente psicológica, b) Teoría psico-fisiológica. c) Qué es de nuestros recuerdos cuando no pensamos en ellos.—B. Teoría general del hábito: a) Historia. b) Teoría contemporánea: el hábito propiedad general de la vida. c) Formación de nuevos hábitos: la adaptación.

II. *Patología.*—Las enfermedades de la memoria.—A. Amnesias: a) Generales. b) Parciales.—B. Hiperamnesias.

I. TEORÍAS GENERALES DE LA MEMORIA Y DEL HÁBITO

Parece difícil, en el estado de los conocimientos psicológicos, ofrecer una teoría completa de la memoria y del hábito. No es que falten hipótesis en la materia. Pero todas parecen muy aventuradas, sobre todo en lo que concierne a la memoria. El estudio del hábito que es, en el fondo, un fenómeno biológico, y depende, por tanto, de una ciencia mucho más avanzada que la psicología, ha sido llevado un poco más lejos.

A. HIPÓTESIS GENERALES SOBRE LA NATURALEZA DE LA MEMORIA. — Se pueden distinguir dos grandes corrientes en las hipótesis sobre la naturaleza de la memoria: la pri-

mera quiere ver en la memoria un hecho que puede tener analogías y relaciones con el hábito, pero que, en un examen detenido, se distingue radicalmente de éste, como el espíritu se distingue del cuerpo: la memoria pertenece a la vida del espíritu, mientras que el hábito es siempre un hecho corporal y fisiológico. La segunda corriente, por el contrario, supone que la memoria no es más que un caso particular del hábito; la conciencia es una propiedad nueva que se superpone a los caracteres del fenómeno hábito, pero que, si lo complica y agrega algo, que hay que explicar, no hace cambiar las leyes y la teoría del fenómeno más general en que se inserta.

Se puede llamar la primera teoría, teoría *psicológica* pura; la segunda, teoría *fisiológica*.

a) *El puro psicologismo* debe mostrar que la memoria no es, de ningún modo, la restauración de un estado conservado fielmente por la conciencia como una huella material. Para esto, distingue claramente entre la *memoria pura* o memoria psíquica y la *conservación de los movimientos orgánicos* o hábitos, y ve en el recuerdo algo radicalmente diferente del estado que recuerda: una creación nueva de la actividad psicológica; de aquí esta doble tesis que *Bergson* ha procurado demostrar en *Materia y Memoria*: "La memoria no es otra cosa que una función del cerebro, y no hay diferencia de grado, sino de naturaleza, entre la percepción y el recuerdo."

La misión del cerebro y del organismo fisiológico es la de asegurar el funcionamiento de nuestra actividad motora y la de permitirnos reaccionar sobre las cosas, después de haber sufrido su acción; no aprisiona de ningún modo recuerdos en sus células. Las prolonga solamente más allá de nosotros mismos sobre las cosas. Pero el fenómeno de memoria, nuestra representación del objeto ausente, es un fenómeno de *otro orden enteramente distinto*, porque no hay entre la presencia y la ausencia ningún grado, ningún término medio; es una energía especial, virtual e interna, que lleva progresivamente las imágenes-recuerdos delante de la acción presente; "existen *virtualmente* con esta

existencia propia de las cosas del espíritu. La inteligencia, moviéndose constantemente durante el intervalo que los separa, los vuelve a encontrar, o, más bien, los crea de nuevo sin cesar: su vida consiste en este mismo movimiento". (*Bergson*, 271.) "Por un estudio atento del reconocimiento de las palabras hemos ensayado establecer que el reconocimiento no se hacía enteramente por un despertar mecánico de los recuerdos adormecidos en el cerebro. Implica, por el contrario, una *tensión* más o menos alta de la conciencia, que va a buscar en la memoria pura los recuerdos puros." (*Idem*, 266.) "Todos los hechos y todas las analogías están a favor de una teoría que no ve en el cerebro sino un intermediario entre las sensaciones y los movimientos y que atribuye así al cuerpo la única función de orientar la memoria hacia lo real y de ligarla al presente; considera *esta memoria misma como absolutamente independiente de la materia.*" (*Idem.*)

b) *Interpretación psicofisiológica.* — La teoría precedente tiene la ventaja, por "una vuelta consciente y reflexiva a los datos de la intuición", de separar claramente lo que aparece a la mirada exclusiva de la conciencia pura de toda representación sacada del medio exterior, como el carácter propio de la actividad psicológica. Pero no es difícil notar en ella algo desconcertante, un poco confuso, artificial y sutil. La separación de lo material y de lo espiritual es bien clara, pero lo espiritual está definido de un modo vago; permanece misterioso, casi ininteligible.

La teoría fisiológica, al invertir enteramente el punto de vista, tiene la ventaja de darnos una representación más clara, más simple, y una interpretación más natural y más inmediata de los hechos, pero no menos exenta de crítica: "La memoria, tal como la entiende el sentido común —dice *T. Ribot*— y como la describe la psicología ordinaria, lejos de ser toda la memoria, no es más que un caso particular, el más elevado y el más complejo...; es como el último término de una amplia evolución y como una florecencia cuyas raíces penetran mucho más en la vida orgánica." La memoria es, *por esencia, un hecho bio-*

lógico; por accidente, un hecho psicológico. El recuerdo surge cuando la conmoción del sistema nervioso, ya impresionado, es bastante intensa y bastante duradera. Es debida a la constitución misma del tejido vivo y, en último término, como el hábito, a la inercia de la materia que conserva todas las modificaciones que le son impuestas, en tanto que una causa nueva no las haya alterado. "Todo ser persevera en su ser" y entra en acción bajo un movimiento extraño, conforme a su ser: tal es el principio de la memoria y del hábito. La conciencia del recuerdo es una añadidura, un epifenómeno, que se aumenta al hábito organizado; pero el fondo real de la memoria es el *hábito orgánico*, la persistencia de las modificaciones de la materia cerebral. Podría alegarse como prueba de esto todas las enfermedades de la memoria que están unidas a perturbaciones cerebrales, y todo lo que ha sido establecido por la psicología experimental.

En resumen, la primera teoría pone en oposición a la memoria, hecho de conciencia, y al hábito, hecho orgánico, haciendo de éste un complemento de la memoria consciente, necesaria para la acción práctica. La segunda, por el contrario, las identifica, haciendo de la memoria consciente un caso particular del hábito orgánico. Pero escapa a la objeción que se le ha puesto con frecuencia: ¿cómo pasar de lo orgánico a lo consciente? "Es —dice *T. Ribot*— un paso inexplicable, y la psicología, ciencia de los hechos, no tiene que ocuparse de él."

¿No es esto, simplemente, la confesión de que no puede darse actualmente una teoría explicativa de la memoria?

c) *¿Qué es de nuestros recuerdos cuando no pensamos en ellos?* — Esta cuestión, en el fondo, no es sino un caso particular de la cuestión de lo inconsciente. Y su solución dependería, a la vez, de una teoría sobre la naturaleza de la memoria y de la teoría de lo inconsciente. Desgraciadamente, acabamos de ver que tan difícil es establecer una como otra. Muchas soluciones son, pues, posibles: 1.ª Si nos inclinamos hacia las explicaciones fisiológicas, el recuerdo, en que no se piensa, no es más que

una modificación persistente en el mecanismo nervioso; solamente que este mecanismo es, por el momento, inerte o insuficientemente activo; la energía nerviosa no *la influye* o *la influye* muy débilmente: está canalizada en otros puntos. El tejido nervioso está en estado de vida latente, como esos infusorios desecados que permanecen inertes hasta que un poco de humedad viene a darles la energía necesaria para la vida. Desde el punto de vista de las condiciones fisiológicas del fenómeno, esta teoría es muy verosímil. Nuestros recuerdos son, *orgánicamente*, disposiciones motoras particulares (véase página 68) que, en el momento en que no pensamos en ellos, son inactivos o, al menos, insuficientemente activos.

Pero el recuerdo no es solamente un acontecimiento fisiológico; es preciso representárselo también desde el punto de vista psicológico. Si nos inclinamos entonces hacia una teoría puramente psicológica, que olvida como accesorio, o relegándolo a otro orden, el aparato orgánico del fenómeno, se pueden, con la teoría psicológica de lo inconsciente, explicar los recuerdos en que no pensamos de la siguiente manera:

Desde el punto de vista *interno*, éstos son estados subconscientes, pero que permanecen siendo partes integrantes de la conciencia. Esta, en efecto, es esencialmente una función sintética; tiene por objeto presentarnos las resultantes. Un estado dado de la conciencia, en un momento determinado, es, pues, una síntesis, que encierra, reabsorbe, *pero en planos diferentes*, con esclarecimientos más o menos intensos, *toda* nuestra vida psicológica pasada, lo mismo que nuestro sistema nervioso contiene el registro de todas las disposiciones motoras correspondientes; *pero* en un estado más o menos activo. Cada instante de la conciencia contiene en esquema *todos* nuestros recuerdos, contraídos, por decirlo así, en un solo estado. Y lo que expresa esta amplia síntesis es que este estado está ligado a nuestra personalidad; siento que soy *yo* el que lo experimenta: esta noción del *yo* no es, en suma, más que la expresión abreviada de toda mi vida psicológica, la con-

ciencia vaga de todo mi pasado, y, por tanto, de todos mis recuerdos. Todo estado de conciencia, como dijo *Leibniz*, está *preñado del pasado y del porvenir*, porque contiene de un modo confuso todos los estados de conciencia que se han experimentado con todos los que son susceptibles de revivir. Sólo que las necesidades de la acción, en el momento considerado, se recortan en esta síntesis y aíslan, gracias a la atención, una imagen o un grupo de imágenes particulares, que avanzan, por decirlo así, y pasan al primer plano; objetivamente, es una excitación física que hace actuar más directamente a ciertas disposiciones motoras (fenómenos motores de la atención) y a ciertos elementos celulares. Un recuerdo tendrá así un predominio exclusivo, porque sólo él nos interesa, y todo el resto tiende a esfumarse, a desaparecer, en regiones cada vez más inconscientes. El olvido es análogo a la desaparición de las estrellas al nacer el sol.

Por consiguiente, nuestros recuerdos, cuando no pensamos en ellos, existen aún psicológicamente, lo mismo que lo inconsciente psicológico. Pero no son referidos, o lo son muy débilmente, al centro sintético del *yo*, dirigido hacia la acción presente. *Leibniz* decía que no cesamos nunca enteramente de percibir lo que hemos percibido ya una vez. Los recuerdos que han de ser evocados después están preformados de algún modo en nuestras percepciones presentes; y cuando creemos pasar de un recuerdo a otro, no hacemos más que iluminar sucesivamente las diferentes partes de un cuadro que estaba ya presente, por entero, en el pensamiento. (Opinión de Lachelier, *Fundamento de la inducción*, 78.) Pero esto es vago e ideológico.

En resumen, la psicología científica no ha podido establecer todavía una teoría de la naturaleza de la memoria. Los únicos resultados que pueden ser considerados como sólidamente establecidos conciernen sólo a las condiciones fisiológicas de la memoria. La teoría psicológica es bastante precisa, y parece exacta en cuanto que no considera en la memoria sino lo que es orgánico. La me-

moria está reducida entonces al hábito, como la especie al género: un recuerdo es una serie de movimientos nerviosos que se repiten, exactamente como un acto habitual es la repetición de una serie de movimientos musculares: es *un hábito de los centros nerviosos más elevados*.

El problema de la naturaleza de la memoria, si se quiere permanecer en los límites actuales de la ciencia, no puede ser estudiado sino en lo que concierne al lado orgánico del fenómeno, y se reduce entonces (como el caso particular al caso general) al problema de la naturaleza del hábito.

B. NATURALEZA DEL HÁBITO. — a) *Historia*. — Antes de la segunda mitad del siglo XIX solamente los filósofos se ocuparon del hábito, y explicaban su primer principio por medio de consideraciones ideológicas. Llegaron, en general, a dos conclusiones opuestas: 1.ª Unos hacían del hábito un fenómeno físico y mecánico; era la consecuencia de las leyes de la materia inerte por sí misma, continuando el movimiento comenzado hasta que un obstáculo la modifica. A las leyes ciegas obedecen todos los cuerpos de la Naturaleza, comprendiendo el nuestro (los *cartesianos*), y aun la conciencia, cuando se hacía de ella, como los filósofos *materialistas*, una simple propiedad corporal. El hábito era una manifestación de la *pasividad* esencial de la materia. 2.ª Los otros (*Aristóteles*, los estoicos, *Leibniz* y los espiritualistas del siglo XIX, en particular *Ravaisson*) veían, por el contrario, en el hábito, que consideraban como una fuerza adaptadora y *activa*, una prueba de la subordinación de la materia a un principio espiritual que la anima; se hallaba aún en las manifestaciones más ciegas en apariencia; pero, sobre todo, en los fenómenos de la vida que van más allá del mecanismo ciego y del puro automatismo. La vida es esencialmente un esfuerzo dirigido por el deseo, por obscuro que se le suponga; y, quizás, la misma materia es más bien fuerza y espontaneidad que inercia y pasividad.

Las teorías contemporáneas han intentado substituir estas teorías, que, por su generalidad, demasiado grande,

hacía necesariamente demasiado vagas y poco fundadas, por una consulta más precisa de los hechos. Han abandonado las grandes ideas por la observación de los hechos particulares y la experiencia. He aquí las principales conclusiones sobre las cuales están próximamente de acuerdo.

b) *Teoría contemporánea: El hábito propiedad general de la vida.* — Los organismos están dotados, a la vez, del poder de responder a las excitaciones que les vienen del medio y del poder de entrar por *sí mismos* en movimiento, bajo la acción puramente interna de los alimentos digeridos, gracias a una reserva de energía diferida, que se puede observar siempre en la materia viva, por rudimentaria que sea. Este último poder es la espontaneidad, es una característica de la vida. El movimiento orgánico elemental será, pues, “necesariamente, un movimiento de oscilación de fuera a dentro y de dentro a fuera. Por un ritmo alternativo, la energía potencial acumulada por la nutrición se descarga y se renueva. La amiba, cuyo movimiento parece el tipo de todo movimiento celular, debe precisamente su nombre (*αμειβεζγ* cambiar) a esta alterna rítmica del gasto y de la adquisición, a la cual han dado ciertos biólogos el nombre característico de *reacción circular*. Pero la reacción circular no representaría el tipo vital si se limitase a una dualidad única de contracción y de expansión. La vida, en este caso, nos aparecería como menos rica que la materia bruta, puesto que el balancín renueva sus energías a medida que las gasta.

“Examinemos ahora las moléculas interiores de una célula. Todas ellas están, aunque en diferentes grados, ávidas de oxígeno. Por eso se precipitan sin cesar hacia las paredes de la célula para saturarse del oxígeno en disolución del agua. Estas moléculas, muy oxigenadas, se convierten en muy inestables y aptas, como verdaderos explosivos, para descomponerse bruscamente al menor choque. Cuando una excitación alcanza estas moléculas, se descomponen y abandonan los ácidos, los cuales se

disuelven inmediatamente en el agua. Pero esta misma descomposición hace a estas moléculas mucho menos ávidas de oxígeno que las que están en segundo plano; son entonces arrojadas de la periferia por estas últimas, vuelven hacia el núcleo, se unen a las sustancias segregadas por él, y, volviendo así a su primer estado, recobran su primitiva afinidad para el oxígeno. Desde entonces se cierra el círculo, y, mientras que el medio ambiente sea suficientemente rico en oxígeno, se perpetuará la reacción circular..." (Ruyssen: *Evolución psicológica del juicio*, página 55.) La célula se halla ya, en el sentido riguroso del término, dotada de hábito.

¿Es posible dar ahora una explicación suficiente del hecho? "Es preciso declarar... que el hábito, en tanto que hecho primario, es inexplicable en el estado actual de nuestros conocimientos. Es la donación misma de la vida." El hábito "es la materia biológica fundamental, más allá de la cual, por una transición que ignoramos, la ciencia encontrará un día a la materia inorgánica". (*Idem*, página 60.)

La ciencia rehusa, pues, el pronunciarse sobre la naturaleza última del hábito. Puede permitirse únicamente aventurar una hipótesis, muy vaga y muy grosera, según la cual el hábito será una consecuencia de las leyes mecánicas de la materia. Las leyes elementales de la psicoquímica se encuentran con las leyes elementales de la fisicoquímica sobre los *estados de equilibrio*. En el fondo, el hábito no será sino un estado de equilibrio que se establecerá entre el quimismo complejo del ser vivo y el no menos complejo del medio. La gran ley rectora de la evolución, la adaptación al medio, que no es más que el conjunto de hábitos requeridos por el medio, no es otra cosa que la realización de este estado de equilibrio. La ley última del hábito será, pues, el principio general del determinismo físico, el principio de la inercia. "Siendo todo lo demás igual, una cosa permanece siendo lo que es; todos sus cambios son función de los cambios de aquello con que está ligado." Todo ser tiende a perseverar en su

ser, si se entiende por la palabra ser el sistema complejo formado por un organismo vivo y su medio.

c) *Cómo actúa el hábito en el ser vivo: la adaptación.*— La naturaleza última del hábito es, pues, un problema insoluble en el estado actual de nuestros conocimientos; pero los teóricos han sido más felices, poniendo el problema más preciso y mejor determinado del papel del hábito —cualquiera que sea su naturaleza— en el desenvolvimiento del ser vivo. El hábito aparece entonces como el agente principal de este desenvolvimiento, uno de los grandes factores de la adaptación.

II. PATOLOGÍA. — LAS ENFERMEDADES DE LA MEMORIA

La memoria es susceptible de *desórdenes* llamados *amnesias* (privación de recuerdo) e *hiperemnesias* (exaltación anormal de la memoria). Estos desórdenes pueden ser *parciales*, limitados a una sola categoría de recuerdos, o *generales*, afectando a la memoria entera bajo todas sus formas. Son interesantes en cuanto que permiten con frecuencia analizar las condiciones de la memoria y comprobar todo lo que acabamos de decir.

A. *AMNESIA.*— Se distinguen dos grandes clases de amnesias: las *amnesias generales* y las *amnesias parciales*.

a) *Amnesias generales.*— Se las subdivide en: 1.º, amnesias temporales; 2.º, amnesias periódicas; 3.º, amnesias de forma progresiva; 4.º, amnesias congénitas.

1.º Las *amnesias temporales* se producen de un modo brusco y acaban lo mismo. Su duración es variable: unos minutos o muchos años; pueden exigir una reeducación completa del sujeto o privarlo solamente de los recuerdos concernientes al período de la enfermedad.

2.º Las *amnesias intermitentes* y *periódicas* implican la formación de dos memorias distintas. Son causadas por una lesión cerebral de marcha progresiva; siguen una evolución *lógica regular* y son muy instructivas, en cuanto que nos revelan la *ley de regresión* que rige la destruc-

ción de la memoria, *como, por otra parte, la disolución de todas las funciones psicológicas.*

Se nota que la debilitación de la memoria se refiere, en primer lugar, a los hechos más recientes. Esto proviene de que en los comienzos de la amnesia se produce una lesión anatómica grave, degeneración de las células nerviosas. Estos elementos no pueden registrar ya impresiones nuevas. Faltan las condiciones anatómicas de estabilidad y reviviscencia. Así es que, cuando el hecho es absolutamente nuevo, no se inscribe en los centros nerviosos. Si es repetición de los hechos antiguos o si hay grandes analogías con recuerdos anteriores, el enfermo rechaza este hecho al pasado.

Pero mientras más se extiende la lesión anatómica, más se circunscribe el campo de los recuerdos. Las adquisiciones intelectuales se pierden poco a poco y los recuerdos personales del sujeto desaparecen, "descendiendo hacia el pasado". Los últimos recuerdos que guarda el enfermo son siempre sus recuerdos de infancia.

Los hábitos afectivos son más resistentes que las adquisiciones intelectuales, y esto porque son más profundas en nosotros que los hábitos intelectuales, que son adquiridos. La amnesia de los sentimientos se produce, pues, cuando la personalidad se disuelve completamente.

Los hábitos puramente orgánicos y rutinarios (comer, vestirse, acostarse) resisten al último extremo. Los enfermos absolutamente dementes efectúan todos sus hábitos como puros autómatas. La destrucción de la memoria sigue, pues, una marcha lógica: *desciende progresivamente* de lo inestable a lo estable: tal es la ley de regresión.

4.º Las *amnesias congénitas* se encuentran en los idiotas y los cretinos, que se hallan afectados, generalmente, de una debilidad total o parcial de la memoria. Su memoria puede ser desenvuelta en ciertos casos, pero siempre es incompleta y anormal.

b) *Amnesias parciales.* — La memoria, como sabemos, no es una e igual para todas las percepciones (constitución del cerebro, desigualdades del desenvolvimiento de



los órganos de los sentidos). Puede ser desenvuelta de un modo extraordinario para un orden de percepciones (*Mozart* anotando el *Miserere* de la Capilla Sixtina, oído una sola vez), o ser muy imperfecta para toda una categoría de recuerdos (ciertas personas que tienen una memoria muy mediana de los sonidos o de las formas). En el estado mórbido puede ocurrir que desaparezca completamente una forma de la memoria, mientras que las otras permanezcan intactas: ciertas personas pierden completamente la memoria de los números, la de una lengua extranjera o la de los nombres propios.

La *amnesia de los signos* es particularmente interesante por la variedad de los casos y su nitidez: el enfermo no puede hablar ni escribir; y no hay, sin embargo, ni parálisis de la lengua ni del brazo; es un olvido completo de la manera de ejecutar los signos necesarios. Esta amnesia de los signos es, sobre todo, una enfermedad de la memoria motora; porque el enfermo conserva sus ideas y sus recuerdos, juzga su situación, ve y mide la imposibilidad que tiene de expresarse: la actividad mental persiste, pues, aun cuando no pueda traducirse por signos.

Esta amnesia puede no concernir más que a *un término* o a una categoría de términos. El enfermo no puede pronunciar ciertas palabras, conociendo, sin embargo, su sentido. Si le presentáis un objeto vulgar, que designáis por un nombre inexacto, hace un gesto enérgico de protesta, pero *no puede* decir el nombre verdadero.

La evolución de la amnesia de los signos es instructiva en cuanto que la enfermedad sigue, cuando se hace crónica, una marcha regresiva y metódica: 1.º, olvido de las palabras (en el orden siguiente: nombres propios, nombres comunes, adjetivos, verbos); 2.º, frases exclamativas que traducen las emociones; 3.º, gestos (el caso más raro).

Esto viene, pues, todavía a confirmar la ley de la regresión. Las manifestaciones instintivas subsisten más largo tiempo que los datos intelectuales (palabras) y la expresión de las emociones. Según las observaciones he-

chas sobre los casos raros de curación de amnesia motora, la vuelta de la memoria tiene lugar progresivamente en un orden inverso al de la desaparición. El enfermo encuentra primero los signos instintivos, después los signos emocionales y, por último, los signos de que se ha apoderado la inteligencia.

B. EXALTACIÓN DE LA MEMORIA O HIPERAMNESIA.—Hay casos en los cuales recuerdos muy pálidos o que parecen borrados resucitan con una intensidad extraordinaria. Esta exaltación de la memoria es anormal y va siempre ligada a un desorden orgánico.

Estas excitaciones pueden ser *generales o parciales*.

CAPÍTULO VII

LA ASOCIACION Y LA FUNCION DE INTEGRACION

I. *Determinación del hecho.*

II. *Clasificación.*

III. *Condiciones psicológicas; leyes de la asociación.*—A. Asociación por semejanza: a) Superposición. b) Semejanza cualitativa. c) Semejanza de relación. d) Contraste. e) Semejanza afectiva. f) Semejanza motora. g) Asociación de la parte por el todo.—B. Asociación por contigüidad.

IV. *Condiciones fisiológicas.*—A. Generales.—B. Especiales: centros de asociación.

V. *Naturaleza de la asociación de las ideas.*—A. Teoría de la asociación de las ideas: a) Reducción de la asociación de las ideas a la asociación por contigüidad (teoría de *tendencia psico-fisiológica*). b) Reducción de la asociación de las ideas a la asociación por semejanza (teoría de *tendencias puramente psicológicas*).—B. Papel de la asociación de las ideas.—C. El asociacionismo.

I. DETERMINACIÓN DEL HECHO

La conciencia, hemos dicho, no conserva sus elementos en un orden fijo e inmutable. Estudiemos, pues, cómo se invierte este orden y cuáles son las leyes que, en la desaparición y desenvolvimiento de los hechos psicológicos, regulan las reproducciones y las *nuevas* síntesis, es decir, las *leyes de la asociación*. Se las presenta frecuentemente como *una pura consecuencia de la memoria*, puesto que explican el orden de reproducción; pero es fácil ver que constituyen una función enteramente distinta: dominan este orden, le dan una fisonomía nueva y original, son la condición de toda combinación psicológica y, por tanto,

desempeñan un papel nuevo y bien distinto. Como ya había visto la psicología inglesa, llamada *psicología asociacionista*, las leyes de la asociación son la manifestación de una de las funciones primordiales de la conciencia: la función de integración y de síntesis. Se revelan, sobre todo, en los estados psicológicos muy simples; por ejemplo, en el sueño, el ensueño, las alucinaciones y en la vida psicológica del alienado o del niño; porque aquí las operaciones no vienen a superponerse y a despojar la forma primitiva. Si observamos una conciencia abandonada a sí misma, sus estados parecen afluir sin ningún orden y surgir repentinamente: las diversas fases de un sueño y la conversación de un loco manifiestan un estado de este género. En un examen más atento se ve, sin embargo, que hay siempre una razón para que tal imagen se produzca después de tal otra y arrastre consigo misma la siguiente. Hay una continuidad explicable en toda serie consciente. Esta no parece inconsciente sino porque no asistimos más que a los resultados superficiales de la actividad psicológica. He aquí, por ejemplo, un sueño que cuenta *Maury*, y que, en apariencia, es muy desordenado: el autor se ve obligado a atizar el fuego con una *pelle* (pala); después, sin transición, se pasea con uno de sus amigos, *Pèlerin*, y, bruscamente, se encuentra transportado en *pèlerinage* (peregrinación) a Jerusalón. Los juegos de palabras no son sino asociaciones de este género. Los estudios de lingüística nos presentan en la formación de las palabras, en la extensión y la modificación de su sentido, un gran número de ejemplos análogos, lo mismo que en el desenvolvimiento de los mitos.

II. CLASIFICACIÓN

1.º En el grado más bajo tenemos integraciones mecánicas, automáticas e inconscientes: tales son las que reúnen y fusionan los elementos inconscientes, de los cuales la observación no nos revela sino la resultante, que toma por fenómenos simples e irreductibles (placeres o

dolores, sensaciones, reflejos). 2.º Después vienen las asociaciones *espontáneas*: todavía se hacen automáticamente, y la conciencia no es advertida sino del resultado; pero percibe en él claramente y de golpe el trabajo asociativo: el sueño, el ensueño, la imaginación reproductora, las emociones, las percepciones y los actos impulsivos nos proporcionan ejemplos. En estos dos casos, el automatismo de la asociación la hace depender *del hábito*. 3.º Pero al lado de estas asociaciones pasivas las hay activas, *voluntarias*: la conciencia percibe su trabajo de elaboración *al mismo tiempo que lo realiza*. La imaginación creadora, las funciones superiores de la inteligencia (la generalización en el juicio y el razonamiento), reposan en este género de asociación. 4.º Que tiende a tomar la forma de las *asociaciones racionales*, orientándose según los principios directores del conocimiento.

III. CONDICIONES PSICOLÓGICAS: LAS LEYES DE LA ASOCIACIÓN

La observación interna nos permite precisar los modos particulares de asociaciones y establecer sus leyes: "De hecho, jamás es provocada una representación por un elemento único; siempre hay muchos que obran juntos, y, con frecuencia, las representaciones han tenido un influjo preparatorio." Pero en estos diferentes elementos hay *uno* que predomina y que puede considerarse, si no la causa única, al menos como la más importante en la producción de las representaciones consultivas y como la representación que las sugiere directamente. Analizando las relaciones de esta representación, que parece por un instante aislada en la vida de la conciencia con las representaciones consecutivas, se determinan las leyes generales de asociación. Se reducen a dos: la *semejanza* y la *contigüidad*.

A. ASOCIACIÓN POR SEMEJANZA.—*Primera ley: Una imagen tiende a evocar las que le son semejantes y a unirse naturalmente con ellas.*— En el sueño citado más arriba la semejanza de las imágenes verbales *pelle, Pèlerin*,

pèlerinage, es lo que las suscitó consecutivamente en la conciencia.

a) "El más alto grado de semejanza que puede actuar en una asociación es la *igualdad de superposición*, por la cual una representación evoca otra, que para la conciencia es idéntica a la primera." Esto es lo que ocurre en el reconocimiento de un recuerdo: una imagen dada recuerda una imagen idéntica ya percibida. La asociación no agrega todavía nada a la memoria, pero no ocurre lo mismo en los casos siguientes.

b) "Un grado más lejano de semejanza es la *semejanza cualitativa*. Esta tiene lugar entre propiedades que, indudablemente, no pueden identificarse, pero que parecen, sin embargo, de la misma familia." Un color rojo recuerda el de la sangre.

c) "Una semejanza aún más lejana es la *semejanza de la relación o analogía*. Aquí la representación de una relación entre las partes o las propiedades de un objeto suscita la representación de otro objeto entre las partes o propiedades, de las cuales existe una relación idéntica... Así es como las palabras que designan los fenómenos materiales han llegado a designar fenómenos psíquicos." Las metáforas del idioma, las imágenes poéticas, los símbolos, las alegorías, los mitos, las leyendas, las comparaciones ordinarias y nuestras ideas generales confusas son asociaciones de este género.

d) *Asociación por contraste*.— Nuestros estados de conciencia tienen una tendencia a aproximarse a los que le presentan una oposición neta: la luz hace pensar en la obscuridad; el dolor recuerda las alegrías pasadas; el nacimiento evoca la idea de la muerte. Muchos proverbios populares son asociaciones de esta forma, que es todavía un caso particular de la asociación por semejanza, aun cuando esto parezca paradójico. Los contrarios, en efecto, tienen siempre algo de común: la virtud no es lo contrario del triángulo, sino del vicio, porque son las dos maneras extremas de ser de una *misma actividad*. Todos los contrarios suponen la consideración de un punto de vista o

de un objeto semejante: y esta semejanza es la que los *asocia* unos a otros.

e) *Asociación afectiva.* — La asociación no se realiza siempre por la semejanza de los estados asociados, sino por la *semejanza* de los estados a que estos estados están, a su vez, asociados. Esto se comprueba, sobre todo, por los estados que han sido ligados con el mismo estado afectivo o a estados afectivos análogos: penas concretas nos evocan los recuerdos tristes de nuestra vida. Por esto se explican, en gran parte, nuestro carácter y nuestras tendencias.

f) *Asociación motora.* — De la misma manera, los estados diferentes se ligan por los movimientos que los acompañan, cuando éstos son *análogos*.

g) *Asociación de la parte con el todo.* — Una representación dada sugiere un grupo entero de representaciones, entre las que se encuentra una que tiene semejanza con la primera. En la demencia completa la asociación está determinada por la sola asonancia de las palabras: una rima evoca un verso entero. En esta ley se fundan ciertos procedimientos de mnemotecnia.

Este caso particular de la asociación por semejanza es muy importante, porque vamos a ver que, mediante él, se explica la segunda ley de asociación y se reduce a la primera.

B. ASOCIACIÓN POR CONTIGÜIDAD. — *Segunda ley: Una representación que se presenta siempre simultáneamente con otra, o anteriormente a ella, tiende a evocarse después de ella.* — El humo hace pensar en el fuego. La representación de un objeto en la percepción exterior consiste esencialmente en asociaciones de este género. Los gestos, los signos y los índices recuerdan, en virtud de esta asociación, los hechos que expresan. El origen del lenguaje está, ciertamente, ligado con esta ley.

IV. CONDICIONES FISIOLÓGICAS

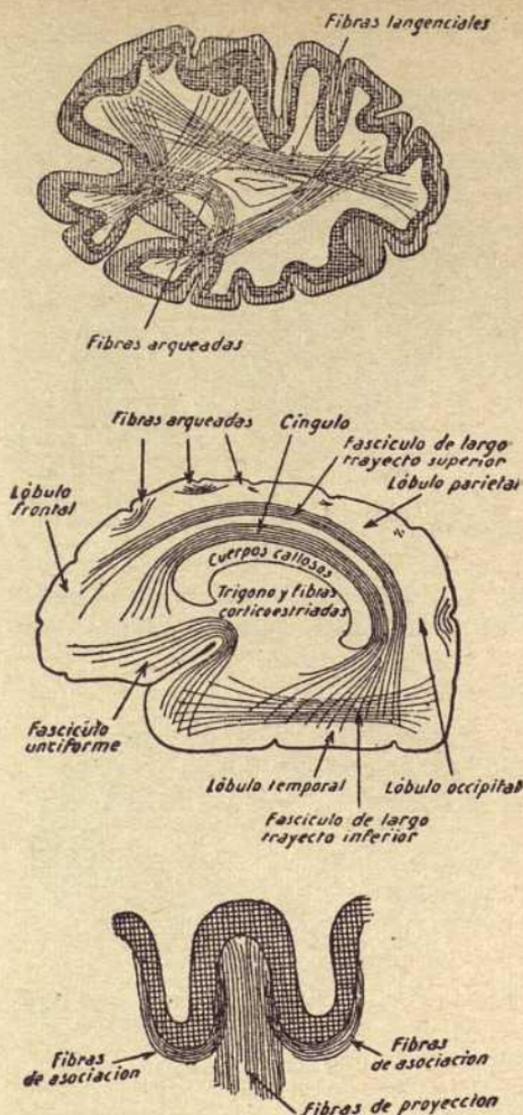
A. CONDICIONES GENERALES. — El sistema nervioso, en su constitución íntima, nos ofrece la representación material de este fenómeno. Los elementos nerviosos se descomponen en un gran número de fibrillas, que no hacen otra cosa que establecer correspondencias en número casi ilimitado. Son otros tantos conductores destinados a transmitir, de elemento en elemento, las modificaciones musculares y a hacer entrar en actividad todos los elementos vecinos, unos tras de otros. Además, según la teoría biológica nueva (la teoría de la *inducción vital*), toda célula excitada suficientemente produciría en las células vecinas una excitación consecutiva, aun cuando no haya contacto directo entre las células, como un cuerpo electrizado hace nacer fenómenos eléctricos en un conductor que no toca. En cuanto a los modos de transición de la acción nerviosa, la fisiología no ha establecido todavía nada exacto. Es probable que esta acción se transmita, según la ley de la menor resistencia, a las partes más vecinas o a aquellas que se prestan mejor a esta transmisión por disposiciones adquiridas (hábitos).

B. CONDICIONES ESPECIALES: CENTROS DE ASOCIACIÓN. — Por otra parte, según las indicaciones recientes de la fisiología nerviosa, se encuentra en todos los centros, al lado de los elementos llamados *de proyección*, que van hasta la periferia del cuerpo, una infinidad de células nerviosas de ramificaciones mucho más cortas. Constituyen *fascículos* y, en el cerebro, verdaderos *centros de asociación*, destinados a hacer comunicar, por una multitud de vías diferentes, todas las partes, aun las más ínfimas del sistema; estos diferentes centros cerebrales están unidos todavía por *comisuras* formadas por completo de fibras blancas.

Los centros de asociación son los centros en que se almacenan las impresiones proporcionadas por los órganos sensitivos. No poseen fibras de proyección. No tienen

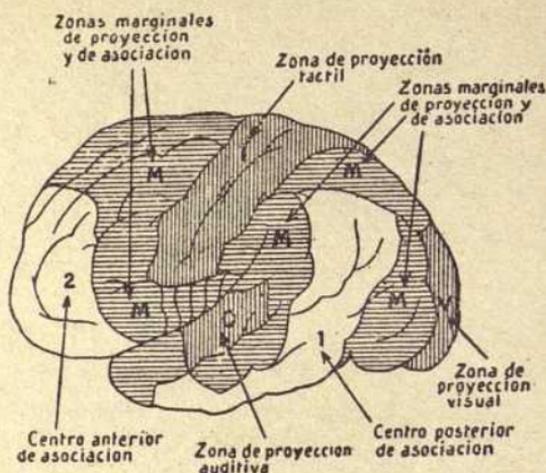
aparato motor y no pueden provocar movimientos sino por la mediación de los centros sensorio-motores. Ocupan los dos tercios de la superficie cerebral y están repartidos en cuatro territorios: la parte anterior del *lóbulo frontal*, la *ínsula*, una parte del *lóbulo parietal* y una parte de la *superficie convexa tèmpero-occipital*. Su incomparable desenvolvimiento constituye la supremacía del cerebro del hombre sobre el de los animales. Ya se han determinado los centros de asociación particulares relativos al lenguaje escrito (pared del segundo frontal izquierdo), hablado (pared del tercer frontal izquierdo), el centro de las imágenes ópticas de la escritura (pliegue curvo del parietal inferior) y de las imágenes auditivas del lenguaje (primer temporal). Los centros de integración de las imágenes visuales estarían en la *superficie externa del lóbulo occipital*, y los de las imágenes auditivas, en el segundo y tercer temporales. "Se puede pensar con *Hitzig* que, por encima de ellas, existen centros psíquicos de asociación superior; en el *lóbulo frontal*, característico del cerebro humano, es donde se organizan la reflexión, las ideas abstractas"; en una palabra, las síntesis más altas de la conciencia.

Al lado de estos centros generales de asociación están todas las vías de comunicación más especiales, que abundan, sobre todo, en las circunvoluciones que no encierran centros motores. "Comprenden: 1.º, las *fibras tangenciales*, que son *intracorticales*...; 2.º, las fibras arqueadas, tendidas de una circunvolución a otra; 3.º, los *fascículos anteroposteriores de largo trayecto* (*superior, inferior, occipitofrontal; unciformes*); 4.º, los *fascículos verticales y transversales* de los *lóbulos frontal y occipital*; 5.º, el *trígono*, en parte; 6.º *las fibras córticoestriadas*." Estas vías están limitadas a un solo hemisferio. Las comunicaciones interhemisféricas están representadas por el sistema *comisural*. Las comisuras fundamentales son: 1.ª, el *cuerpo calloso*, para la convexidad del hemisferio; 2.ª, la *comisura anterior*, para su base; 3.ª, la *lira del trígono*, para el cuerno de Ammón.

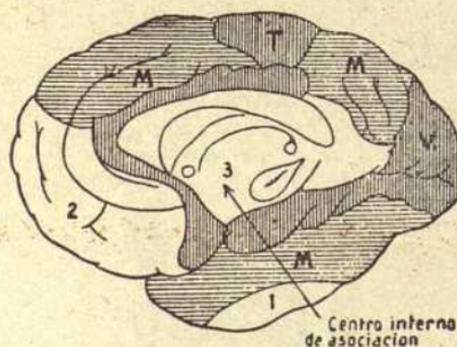


El conjunto de las *fibras arqueadas* forma en el hombre adulto una capa espesa que ocupa las regiones periféricas de la sustancia blanca. Sus células de origen son

las células piramidales medias y pequeñas y las células polimorfas de la capa profunda. Estas son las fibras ar-



quedas, que son miradas como el *principal substratum anatómico de la asociación de las ideas*. Pero en la rica



red de asociación de la corteza cerebral es muy difícil atribuir su parte a cada sistema de fibras.

V. NATURALEZA DE LA ASOCIACIÓN DE LAS IDEAS

A. TEORÍA DE LA ASOCIACIÓN DE LAS IDEAS. — Dos grandes leyes dominan la asociación de los estados psicológicos: *contigüidad* y *semejanza*. ¿No es posible reducirlas a una sola, refiriéndolas una a otra? Tendríamos así una teoría general de la asociación. Esto es lo que se ha ensayado, y de dos maneras posibles, reduciendo, sea la semejanza a la contigüidad, sea la contigüidad a la semejanza. De aquí dos grandes hipótesis opuestas; y todas las teorías modernas se reducen, en el fondo, a una o a otra.

a) *La primera, la teoría de la reducción de todas las asociaciones a la asociación por contigüidad*, está sostenida, más particularmente, por los que procuran aproximar la actividad consciente, cuanto sea posible, a la actividad fisiológica, y la asociación psicológica a la conexión de los elementos del sistema nervioso. Reducen, en definitiva, el papel de la conciencia al *mínimum*: cuando aparece, no cambia gran cosa el fenómeno de asociación, que, fuera de ella, sirve para asegurar las transmisiones de energía nerviosa en todos los actos automáticos.

Por otra parte, sus partidarios, como *Claparède*, consideran como la principal objeción que puede hacerse a la segunda teoría, la dificultad que tiene de relacionar la asociación consciente con la transmisión de energía a través de las conexiones nerviosas. Nos imaginamos difícilmente lo que puede ser, en el sistema nervioso, una asociación por *semejanza*, porque la semejanza es esencialmente una noción subjetiva; parece impropio atribuirle un apoyo objetivo. La explicación de la asociación de las ideas por contigüidad tiende, pues, a hacer predominar el lado fisiológico del fenómeno y a subordinarle el aspecto subjetivo y consciente.

Es una *teoría*, si no puramente fisiológica, al menos de *tendencias fisiológicas*. Y su mérito es, pues, el de darnos una explicación muy clara y muy simple del fenómeno,

como toda explicación que reduce el carácter complejo, siempre nebuloso y fluente, de los datos subjetivos de la conciencia a hechos objetivos bien determinados y fácilmente representables. Se puede figurar de un modo matemático: Pedro, encontrado en la calle, nos recuerda a Juan, que se le parece. La imagen de Pedro y la imagen de Juan tienen rasgos idénticos: A, B, C, D , etc. (la talla, la actitud, el modo de andar, el color de los cabellos, etc.), y también, puesto que no los confundimos, algunas diferencias (la mirada, la forma de la nariz, de la boca, etc.). La imagen de Pedro se compone, pues, de caracteres: A, B, C, D (idénticos a los de Juan) + a, b, c, d (diferentes de los caracteres a', b', c', d'), que les corresponden en Juan, o sea:

$$\begin{aligned} &A, B, C, D: \\ &A, B, C, D, + a, b, c, d. \end{aligned}$$

La imagen de Juan se compondrá de la misma manera de:

$$A, B, C, D + a', b', c', d'.$$

A, B, C, D son, pues, contiguas, a la vez, a

$$\begin{aligned} &a, b, c, d, \\ &a', b', c', d', \end{aligned}$$

según que consideremos a Pedro o a Juan.

Por consiguiente, A, B, C, D , siendo aperecidos en Pedro, a quien encontramos, evocarán *por contigüidad* a', b', c', d' , a los cuales van unidos de ordinario, en la imagen que conservamos de Juan. La recordarán, pues, toda entera, puesto que $A, B, C, D... + a', b', c', d' = a$ imagen de Juan.

Así es como, por *contigüidad*, una imagen evoca otra que se le asemeja y como se fusionan todas las asociaciones por semejanza.

Con esta teoría parece que tocamos con la mano la operación mental, que la manejamos fácilmente, que ex-

perimentamos sobre sus resortes íntimos y que vemos lo que pasa en el cerebro. Así, la psicología científica, que es experimental y fisiológica, se inclina hacia ella.

Además, la asociación por contigüidad no es ya otra cosa que un hábito. Repite en la conciencia el orden en que se han presentado sus estados y en que se presentan *habitualmente*. El principio del hábito basta, por sí solo, sin tener que apeñar a ningún otro, para dar cuenta de la asociación de las ideas. Esta función es sólo una consecuencia de la precedente, y se explica por ella.

b) La segunda teoría: *reducción de todas las asociaciones a la asociación por semejanza*, es, por el contrario, una teoría de *tendencias puramente psicológicas*. Supone la percepción de la semejanza, que se aproxima mucho al reconocimiento que hemos estudiado al tratar de la memoria. Implica en la operación algo que no tiene analogía en los fenómenos físicos y que es irreductible a todo modo de asociación del que no participe la conciencia.

Según la primera teoría, "decir que dos fenómenos se asemejan es decir que tienen ciertas cualidades comunes y otras que difieren. Las cualidades comunes son, en cada uno, *contiguas* a aquellas por las cuales difieren; recordarán, pues, a la vez, *por contigüidad*, todas las dadas en el primer fenómeno y todas las dadas en el segundo; en total, todos los elementos que componen los dos fenómenos. Pero esto está lejos de ser concluyente, porque las primeras asociaciones son las que tienen lugar entre elementos muy simples, puesto que todas las otras resultan de ellos, por ejemplo, de sensaciones. Ahora bien: ¿cómo distinguiría la conciencia dos grupos de elementos en estos datos irreductibles, puesto que, por definición, son *datos absolutamente simples*? Hay semejanza entre la naranja y el limón; pero no se puede, sin embargo, dividir la naranja en partes, de las cuales unas entrarán en el limón, mientras que otras seguirán siendo la naranja misma. Una manzana pintada y una manzana fotografiada se parecen, pero no podemos representarnos lo que tienen de común". (Höffding, pág. 209.)

Dos acontecimientos contiguos, en efecto, han formado parte de un *mismo* estado de conciencia, puesto que todo acontecimiento de conciencia se funde insensiblemente en el acontecimiento siguiente: la evocación de una imagen por una imagen contigua es, pues, la evocación por una imagen de una imagen que ha tenido con ella una *semejanza*, sobre todo si se piensa que estas dos imágenes son abstraídas para la comodidad de su estudio de todo un conjunto de circunstancias *idénticas*, que rodean en este momento su producción consecutiva.

Recuérdese lo que se ha dicho de las *condiciones fisiológicas del reconocimiento (germen de la asociación por semejanza)*. No sería la identidad de reacciones motoras para estados de conciencia análogos la que asociaría entre sí estos estados análogos. Así, aun admitiendo la asociación por semejanza como primitiva, no se separaría por un abismo el aspecto psicológico y el aspecto fisiológico del fenómeno, y se seguiría refiriendo la asociación de las ideas al hábito orgánico.

Estas teorías, en el estado actual de la ciencia psicológica, se presentan todavía de una manera muy hipotética y muy ideológica; cada una, como se ha visto, aporta argumentos plausibles, pero es imposible invocar *hechos* precisos, que puedan permitir que se considere una de ellas como más verosímil que la otra y cortar el debate relativo a la naturaleza y al origen de la asociación.

B. PAPEL DE LA ASOCIACIÓN DE LAS IDEAS. — Pero puede decirse algo más cierto sobre el papel de esta función en la vida del espíritu. Es fácil apercibirse de que es, como la memoria, una necesidad de la evolución de la conciencia y (si se exigiese la aparición misma de la conciencia en el curso de la evolución de los seres vivos por su complejidad creciente) una necesidad de la evolución biológica.

No basta, en efecto, que el ser vivo guarde los recuerdos y los hábitos que le hayan hecho adquirir las experiencias pasadas. Es preciso, además, que pueda servirse de estos recuerdos y de estos hábitos, según las circuns-

tancias y, por tanto, que *asocie* a ciertas representaciones ciertos recuerdos y ciertos hábitos que les acompañan de ordinario. Tiene en sí inmediatamente todos los elementos necesarios para el acto que las circunstancias exigen de él. Estará mejor armado todavía para la vida si puede asociar a estas representaciones no solamente todo lo que está asociado de ordinario y de un modo habitual, sino también los elementos que tienen con ellas alguna semejanza. Su experiencia se encuentra considerablemente enriquecida con esto. Puede sacar partido de una multitud de indicaciones útiles.

Importa, en fin, a la conciencia que ciertos estados se fusionen y se asocien tan estrechamente entre sí, que no formen más que un solo estado, una sola resultante, de que pueda adquirir conocimiento de un solo golpe.

Resulta de todo esto que la selección natural ha debido obrar favoreciendo constantemente los seres, en la conciencia de los cuales la función de asociación se afirmase y se desenvolviese. Ha eliminado las otras, tan bien, que la conciencia normal comprende hoy, entre sus funciones generales, esenciales y necesaria, la asociación, y que todos los estados de conciencia obedecen a las leyes de la asociación. La hipótesis evolucionista ha tenido aquí todavía un carácter marcado de verosimilitud.

C. EL ASOCIACIONISMO. — Este papel, considerable y esencial, desempeñado en la evolución de la vida psicológica por la asociación; su relación estrecha con el hábito, factor capital de la adaptación biológica, nos ayuda a comprender cómo ciertos psicólogos, llamados por esto asociacionistas, han tenido la idea de explicar por la asociación toda la vida psicológica, haciendo de las leyes de la asociación, en el mundo de la conciencia, algo análogo a la ley de gravitación universal en el mundo del cuerpo.

Veremos, en efecto, a propósito de cada operación psicológica, la obra de la asociación, puesto que ésta es una función general de la conciencia.

Ya actúa en lo *inconsciente*, y hemos notado las asociaciones inconscientes que nos hacen con frecuencia pasar

de una idea a otra. El factor inconsciente que desempeña un tan gran papel en la imaginación creadora, opera, sobre todo, con el auxilio de las asociaciones inconscientes. Pero ¿no puede decirse que es la asociación, en su forma más humilde, la que combina entre sí las miríadas de impresiones de las que parece que los hechos de conciencia más simples sean ya el eco? ¿No se compone ya el reflejo de movimientos musculares asociados en un orden indisoluble? ¿No nos presentan la sensación, el placer y el dolor, en un solo estado, la síntesis de impresiones muy numerosas y muy rápidas?

Para salir de este dominio, muy hipotético, la observación nos muestra, incontestablemente entonces, la obra de la asociación en la percepción exterior (combinación de las sensaciones y de las imágenes, localización en el espacio, valuación de la extensión y de la distancia), la percepción interna (valuación de la duración, síntesis de la personalidad), la formación de las ideas (papel de la asociación por semejanza en la generalización), la formación de los juicios y de los razonamientos (de los cuales la materia la proporciona siempre la aproximación de las ideas). Si consideramos la vida afectiva y motora, se encuentra la asociación en la formación de las emociones, de las pasiones, de los sentimientos e inclinaciones, en la agrupación de las sentencias, la formación de los instintos y la elaboración del acto voluntario (deliberación y ejecución). Estas comprobaciones se prestaban fácilmente a la vasta generalización que intentó la escuela asociacionista, cuyos primeros y principales representantes aparecieron en Inglaterra a mediados del siglo XIX: *James Mill* y *Stuart Mill* (su hijo), *Bain*, *Bell*, *Lewes*, *Spencer*, etc.

Puesto que la asociación entraba como factor en todas las operaciones psicológicas, era, quizás, posible reducir todas estas operaciones a la asociación de las ideas, considerando ésta como un caso particular del hábito. Así se efectuaba la transición entre la actividad biológica y la actividad psicológica, de igual modo que, por el hábito

mismo, la actividad biológica se encontraría con el mecanismo material.

El espíritu humano, en los productos más elevados de su actividad (*arte, ciencia, moral*), estaba gobernado todavía por las leyes de la asociación. La vida artística y el gusto, la vida científica y sus principios, los principios racionales rectores de los conocimientos, la conciencia moral, en fin, y sus datos fundamentales (la obligación y el deber, la satisfacción o el remordimiento) serían explicados *por completo*, mediante el hábito y la asociación, a los cuales *Spencer* agrega la herencia, que no es, por otra parte, sino una manifestación del hábito.

La teoría asociacionista ha ejercido un influjo muy benéfico, en cuanto que ha aportado a la psicología el deseo de reducir los hechos complejos a los hechos más simples y de no considerar como absolutas e irreducibles las diferencias de aspecto dadas en la observación interna. Ha preparado, por consiguiente, el terreno a las teorías evolucionistas modernas, habituando el espíritu a la idea de un desenvolvimiento continuo de la conciencia. Ha contribuido a hacer de la psicología una ciencia, porque no hay ciencia sin un ensayo de reducción de lo complejo a lo simple, sin la investigación de una unidad profunda del desenvolvimiento por debajo de las diversidades aparentes. También ha hecho entrever la posibilidad de descubrir, por una observación y una experimentación científicas (análisis y síntesis para las cosas del espíritu, análogos al análisis y a la síntesis para las sustancias químicas), los elementos y la naturaleza de ciertos hechos que nos limitábamos antes a describir.

Pero, después de haber estado muy en boga, ha sido abandonada hoy por casi todos los psicólogos. Estos han conservado y desenvuelto su espíritu, pero han rechazado su contenido para depurarlo. La teoría asociacionista era, en efecto, demasiado simple y demasiado vaga. La conciencia no procede solamente por asociación o por hábito. Parece tan necesaria —si no más— la atención, que estudiaremos en el capítulo siguiente, para la evolución de la

conciencia y la adaptación, que el hábito y la asociación. Y ésta no puede reducirse ya a estas dos funciones; parece más bien hacerles contrapeso, en una dirección completamente opuesta, y ser el factor de iniciativa, necesario para la evolución y la adaptación de la conciencia, mientras que el hábito, la asociación y la herencia serían, sobre todo, factores de conservación y de consolidación. La asociación, lo mismo que el hábito, no se bastan por sí mismos: es preciso que la primera sea guiada, dirigida; que la segunda sea modificada sin cesar por la formación de nuevos hábitos.

Pero aunque se reduzca el papel de la asociación, y no se haga de ella más que *uno de los* factores —no *el* factor de la vida del espíritu—, no debe llegarse a su supresión, por un exceso contrario. Los adversarios de la teoría asociacionista no siempre han llegado a evitar este otro peligro.

En resumen, la asociación y el hábito parecen factores esenciales y generales de la actividad consciente. Pero no parecen los únicos. En todas las operaciones de la conciencia y en todos los resultados de estas operaciones, que constituyen la obra y la vida del espíritu, la asociación y el hábito parecen más bien proporcionar incesantemente la materia de los desenvolvimientos y de los progresos futuros, consolidando las adquisiciones antiguas, más bien que constituir el resorte interno de esta evolución. Tales son, al menos, las ideas más extendidas en la psicología actual.

CAPÍTULO VIII

LA ATENCIÓN Y LA FUNCIÓN DEL DISCERNIMIENTO

I. *Definición.*

II. *Clasificación.*

III. *Condiciones psicológicas.*—A. Generales: Monoideísmo, adaptación, intermitencia.—B. Influjo de los estados afectivos y del interés.

IV. *Condiciones fisiológicas.*—A. Circulación.—B. Modificaciones respiratorias.—C. Condiciones musculares y motoras.—D. Inhibición.

V. *Naturaleza del fenómeno. Evolución de sus diferentes formas; la atención voluntaria.*—A. Naturaleza de la atención espontánea.—B. Evolución de las diferentes formas del fenómeno; atención voluntaria.—C. Las teorías de la atención: a) Historia. b) Teorías contemporáneas.—D. Papel de la atención.

VI. *Los estados morbosos de la atención. Las distracciones.*

VII. *Conclusiones de conjunto sobre las funciones generales de la conciencia.*

I. DEFINICIÓN

Una condición necesaria de la integración y de las leyes de la asociación es una disociación previa. Es preciso que la conciencia tenga el poder de distinguir y de notar, en el flujo continuo que presenta, ciertos estados, ciertos movimientos, de su devenir; que lo fije de algún modo, aislandolo del resto y dándole una existencia independiente. Esto es lo que se llama *discriminar* o *discernir*. Y el caso más elemental de discernimiento que la conciencia puede ofrecer es la *atención*.

II. CLASIFICACIÓN

La atención es susceptible de grados. Simple fijación espontánea de fenómenos (*atención espontánea*), bajo su forma más elemental, aparece en ciertos casos *excepcionales*, extremadamente aumentada y poderosa: la sorpresa, la *atención voluntaria* o *reflexión*, y la *meditación* o *reflexión tenaz* y *perseguida* con método y duración.

III. CONDICIONES PSICOLÓGICAS

A. CONDICIONES GENERALES. — *Monoideísmo. Adaptación. Intermitencia.* — Sería fácil encontrar, por el análisis introspectivo de estos casos excepcionales, los caracteres generales de la atención: es un estado intermitente, rítmico, eminentemente activo, como lo prueban el esfuerzo y la fatiga que le acompañan. Es una acomodación de nuestra vida interna a la percepción de uno de sus momentos, que le interesa más particularmente. Es, en fin, una fijación del estado así determinado, gracias a una exclusión de todos los demás.

“Si tomamos un hombre adulto, sano, de inteligencia media, el mecanismo ordinario de su vida mental consiste en un vaivén perpetuo de acontecimientos interiores y en un desfile de sensaciones, de sentimientos, de ideas y de imágenes, que se asocian o se rechazan, según ciertas leyes. Hablando propiamente, no es, como se ha dicho, una cadena, una serie, sino más bien una irradiación, en muchos sentidos y en diversas capas, un agregado móvil, que se hace, se deshace y se rehace incesantemente.” (T. Ribot: *La atención*, pág. 5.) Ahora bien: la atención es una “detención momentánea en el desfile perpetuo; son estados de atención, menos marcados, menos continuos, que introducen divisiones, separaciones en nuestra vida psicológica; ésta, sin la atención, sería un sueño vago, difuso y continuo, como en los estados casi inconscientes los ensueños que confinan con el sueño verdadero; la dis-

tracción y el sueño consisten justamente en una falta de atención.

Se ha preguntado si este discernimiento se refiere siempre a un mismo estado o si no es posible que muchas impresiones simultáneas fuesen apresadas de un solo golpe y fijadas por la atención. Las experiencias de *Wundt* y *Jevons* están claramente por la afirmativa, a pesar de las opiniones contrarias de los psicólogos metafísicos: seis impresiones visuales simples pueden ser recogidas correctamente, a la vez, 102 veces de cada 147; cinco, 110 veces de cada 127; cuatro y tres, siempre. Para impresiones más complicadas y más desemejantes es preciso un cierto entrenamiento para llegar a apoderarse de tres y aun de dos, sin oscilación apreciable de la atención.

B. INFLUJO DE LOS ESTADOS AFECTIVOS Y DEL INTERÉS.— El análisis de *Bergson* (*Ensayos sobre los datos inmediatos de la conciencia: materia y memoria*) nos permite considerar, en su origen, la vida consciente "como una continuidad movediza, un torbellino de imágenes que se funden por grados insensibles unas con otras, un rielar de meteoros semejantes a una gran aurora boreal, algo así como un conjunto de colores... en el que se realizara una evolución incesante de matices delicados infinitamente diversificados". (Leroy: *Revue de Métaphysique et de Morale*, 1899.)

Pero este flujo indistinto, en el que el ser es absolutamente pasivo, no puede subsistir ya en un ser vivo, es decir, *actuante*. En tanto que vive y obra, hay tendencias, y estas tendencias, satisfechas o contrariadas, introducen continuamente en su vida interna estados agradables o desagradables, es decir, una serie de *estados efectivos*. Estos estados, que se destacan poco a poco del fondo general y hacen discernir momentos separados, son los estados distintos en el seno de la conciencia. "Fuerte o débil, siempre, la atención tiene por causa *estados afectivos*. Esta regla es absoluta, no tiene excepción. Podemos ver ahora que el origen de la atención es muy humilde y que sus primeras formas han sido ligadas con las condi-

ciones más imperiosas de la vida animal..." (T. Ribot.) Porque nuestros estados afectivos son referidos todos a las necesidades primordiales del ser: agradables, cuando estas necesidades estén satisfechas y el acto sea útil; dolorosos, en el caso contrario. Las impresiones perjudiciales y, por consiguiente, dolorosas; las impresiones útiles y, por consiguiente, agradables, tenían, pues, que alcanzar de algún modo, necesariamente, relieve en la vida interna, ser destacadas vivamente del fondo común, para que el animal pudiese evitar, por sus actos, las primeras, y retener o procurarse las segundas. "Un animal, organizado de tal suerte que las impresiones del mundo exterior sean equivalentes para él y queden en el mismo plano en su conciencia, sin que ninguna predomine y provoque una adaptación motora adecuada, estaría mal armado para su conservación." (T. Ribot.)

Por esto se explica la interesante observación de los psicofísicos, a saber: que la atención disminuye el tiempo necesario para el conocimiento, y esto en proporciones notables. La atención voluntaria llega, a veces, a hacernos percibir el objeto que nos *interesa* antes de que la excitación haya tenido tiempo de llegar, por una especie de *pre-percepción*. Es que la atención nos *prepara*, en cierto modo, para la percepción, nos hace adelantarnos a ella, a causa del interés que nos presenta el objeto percibido. El *tiempo de reacción*, es decir, el tiempo comprendido entre una señal y una respuesta, mostrando que se ha percibido, es disminuído, a veces, por ella en tres cuartos.

IV. CONDICIONES FISIOLÓGICAS

Las condiciones objetivas de la atención han sido notablemente analizadas por T. Ribot en la *Psicología de la atención*. Pueden reducirse a cuatro grupos: fenómenos circulatorios, fenómenos respiratorios, fenómenos motores o de expresión, fenómenos de inhibición.

A. CIRCULACIÓN. — Si se analizan casos de atención bien determinada y largamente sostenida —lo que acentúa,

en cierto modo, las condiciones ordinarias y nos permite percibir mejor—, se ve que van acompañados de la hiperemia (aflujo de sangre) local de ciertas partes del cerebro: “La circulación sanguínea es más activa en el órgano cerebral durante el trabajo que durante el reposo. Estamos, pues, autorizados para decir que la atención, actuando sobre un conjunto de ideas, tiene por efecto acelerar la circulación en el *substratum* nervioso de estas ideas. Esto es precisamente lo que ocurre cuando se apodera una idea fuertemente del espíritu: mantiene en el cerebro una circulación activa, y no le permite dormir.” (Maudsley: *Fisiología del espíritu*, pág. 301.) De aquí el enrojecimiento del rostro y los dolores de cabeza después de una atención sostenida.

B. MODIFICACIONES RESPIRATORIAS.— El ritmo de la respiración cambia, disminuye y sufre, a veces, una detención temporal en algunos casos: “Es una expresión feliz—dice Lewes— la del francés que, para designar a un pensador vivo, pero superficial, lo señala como incapaz de una obra de *gran aliento*.” El bostezo y el suspiro que siguen a un esfuerzo sostenido de atención son, probablemente, los efectos de la lentitud de la respiración. La boca abierta es, en el hombre, la expresión del asombro y de la sorpresa. Esta condición es muy importante desde el punto de vista de la naturaleza de la atención, porque demuestra que la atención es esencialmente *discontinua*, *intermitente* y *oscilante*, como el compás de un péndulo, y, por consiguiente, su función natural consiste en *romper la continuidad de la conciencia*, en *distinguir*, gracias a su concentración y a su relajamiento sucesivo, estados particulares; *diferenciar* los unos de los otros; es la que da a nuestra vida interior esa forma fragmentaria cambiante, condición necesaria de la conciencia clara. “Lo que se denomina llamar la atención sobre un objeto es, hablando estrictamente, seguir una serie de impresiones o de ideas conexas con un interés renovado y profundizado continuamente... Aun en el caso en que se trate de un pequeño objeto material, como una moneda o una flor, hay una

transición continua del espíritu de un aspecto a otro, una serie de sugerencias." (J. Sully: *Psicología*, cap. IV.) Las investigaciones psicofísicas muestran que la atención está sometida a la ley del *ritmo* (como la respiración misma, que sigue bastante manifiestamente). Sus oscilaciones causan ciertos errores en el registro de los fenómenos astronómicos (*ecuación personal*). (Se ha ensayado el medir la duración de las oscilaciones medias de la atención; los resultados son poco precisos. El acto de atención, sin relajamiento sensible, parece no poder prolongarse más allá de 1", 10.)

Si se suprime esta intermitencia no habrá ni atención ni conciencia: "Si tenemos unò de los ojos fijos sobre un punto único, al cabo de algún tiempo la visión se hace más confusa, se forma como una nube entre el objeto y nosotros, y, finalmente, *acabamos por no ver nada*." (T. Ribot: *Atención*, pág. 18). La sensación se ha ennoblecido, se ha hecho inconsciente.

Ahora bien: si no hay atención ni conciencia, sin intermitencia y sin cambio, como el movimiento de nuestros órganos es una condición del cambio de nuestras impresiones, vemos en seguida la importancia de las *condiciones musculares* motoras que, desde el punto de vista fisiológico, devienen así las condiciones fundamentales de la atención.

C. CONDICIONES MUSCULARES Y MOTORAS. — Estudiemos, en primer lugar, el caso en que las condiciones son acentuadas; después pasaremos al caso general. La atención prestada a un objeto exterior "contrae el frontal... Contrayéndose, atrae las cejas, las eleva y determina arrugas transversales sobre la frente: por consiguiente, el ojo queda muy abierto, muy iluminado... La reflexión (atención a un hecho interno) se expresa de otra manera casi inversa. Actúa sobre la órbita superior de los párpados, baja las pestañas. Por consiguiente, se forman pequeños pliegues verticales en el entrecejo, el ojo queda velado o cerrado del todo, o bien mira interiormente... La atención se adapta hacia fuera; la reflexión, hacia dentro". T. Ri-

bot: Idem, 27.) Al lado de estos movimientos del rostro están los de todo el cuerpo, difíciles de describir, "porque varían con cada especie animal", pero todos tienen por fin una adaptación del ser a comprender mejor el estado psicológico que a mantenerlo y a reforzarlo.

A todos los estados, de que tenemos conciencia un poco clara, acompañan movimientos musculares que tienden al mismo resultado, aunque más débiles y menos fácilmente observables. Ya veremos que entran como factores en los estados afectivos, desde el más elemental hasta el más complicado.

Y, lo que es menos visible, los movimientos orgánicos juegan un papel considerable en todos los estados representativos, especialmente en sus últimos elementos: las sensaciones. "Cuando saboreamos una cosa, el movimiento de la lengua juega un papel importante; las partes sólidas del alimento son oprimidas contra el paladar, y esto es lo que las hace más rápidas." Las sensaciones de olor no existen sino en el caso de que aspiremos bastante fuertemente, haciendo jugar, invariablemente, los músculos de la nariz. Para oír movemos la cabeza (los animales dirigen los pabellones de sus orejas en la dirección del ruido) y los músculos del tímpano se contraen. "Pero en la vista y en el tacto es donde, sobre todo, juegan los movimientos un papel considerable. Es preciso que los ojos se acomoden a la distancia del objeto... Al mismo tiempo los ejes de los ojos se dirigen de manera que se crucen sobre el objeto a percibir." La finura del tacto está en razón directa de la movilidad de las partes del cuerpo. Todos nuestros sentidos están, en fin, asociados a aparatos muy complicados, y no actúan sino con su auxilio. Estos músculos tienen todos por objeto adaptar el ser para recibir la impresión que siente su conciencia y para mantenerla y reforzarla. "Hay aquí una *dirección activa* del ser hacia la *excitación*, como cuando el niño pequeño sigue o busca la luz con la cabeza o con los ojos. Una investigación y una acomodación involuntaria son condiciones del carácter de la sensación. Se puede ver lo pri-

mitiva que es esta forma de la atención por el hecho de que un palomo, al que se había privado de cerebro, se volvía, sin embargo, hacia una luz en movimiento... El órgano sensorial toma voluntariamente la posición apropiada a la percepción de la excitación... A cada instante nos llegan muchas impresiones, y como la atención no puede dirigirse simultáneamente a todas, es necesaria una *elección*." (Höfding, 154.) Esta elección elemental es una especie de *análisis* inconsciente: *disocia* del conjunto difuso de la vida interna el estado que nos interesa y lo lleva a plena claridad de la conciencia, paralelamente a los movimientos que adopta uno de nuestros sentidos.

D. INHIBICIÓN.—Una elección, una selección, en las impresiones que actúan sobre nosotros, no suponen solamente tendencias activas del ser y, por consiguiente, movimientos apropiados y adaptados; suponen también que al mismo tiempo son rechazados otros movimientos que expresarían tendencias diferentes y que pasan a segundo plano en nuestra actividad, tanto orgánica como psicológica: si el mecanismo de la atención es, pues, motor, al mismo tiempo que se producen ciertos movimientos, serán otros detenidos, *inhibidos*. Las impresiones antagonicas pueden llegar al dintel de la conciencia. Esta detención se ejerce ya en la atención espontánea, puesto que hay *elección elemental*; pero, sobre todo, en las formas superiores de la atención (atención voluntaria) es donde juega un papel considerable, porque la voluntad tiene estrechas relaciones con estos fenómenos de inhibición.

Entre estos cuatro grupos de condiciones fisiológicas hay un lazo estrecho: la producción de los movimientos o su detención es la que determina en los centros cerebrales una circulación más activa, puesto que gastan energía; y es la intermitencia de las contracciones musculares, necesarias a estos movimientos, lo que activa el ritmo respiratorio, de tal modo, que esto se produce en todo trabajo muscular. Si la conciencia parece intensificarse con la atención es que, en realidad, la actividad nerviosa misma ha aumentado.

V. NATURALEZA DEL FENÓMENO: EVOLUCIÓN DE SUS DIFERENTES FORMAS. LA ATENCIÓN VOLUNTARIA

A. NATURALEZA DE LA ATENCIÓN ESPONTÁNEA. — Si resumimos las condiciones que acabamos de analizar, ¿qué vemos? La atención es una especie de oposición que se establece entre los diversos momentos de nuestra actividad psicológica, porque ésta no puede ejercerse de un modo continuo. Un estado de conciencia continuo es contradictorio en los términos. Conciencia supone *diferenciación de un estado con otro, discernimiento*, así como, desde el punto de vista fisiológico, actividad nerviosa supone *variación de la energía del sistema*: una especie de ondulación y de oscilación, perpetuas y rítmicas. La conciencia, desde este punto de vista, es, pues, en efecto, como dicen los ingleses, "el sentimiento de una diferencia"; pero es preciso no olvidar que es también alguna otra cosa (actividad conservadora y sintética).

Si consideramos la atención bajo todas sus formas, vemos que es una condición necesaria de la conciencia y del desenvolvimiento del ser consciente. Este, pues, debe escoger, entre las impresiones que hieren en cada momento sus sentidos, aquellas que le interesan más, so pena de desaparecer. Los seres vivos actualmente son, pues, aquellos en quienes esta función se ha despertado y desenvuelto poco a poco, gracias a la herencia, como un carácter general de su vida consciente. Una necesidad práctica ineluctable ha llevado la conciencia a recortarse en una multitud de estados distintos y aislados.

Tal es la condición que nos imponen: 1.º, el análisis fisiológico, que nos muestra que la atención está ligada al aparato activo, motor y muscular del organismo, que es intermitente, como la actividad de este aparato, y que adapta siempre el ser a las condiciones de la acción; 2.º, el análisis psicológico, que nos hace ver que la atención tiene por causa los estados afectivos y el interés vital. Esta es, en cierta medida, la conclusión a que llega *M. Bergson*, partiendo de otro punto de vista, por el aná-

lisis interno de las condiciones de la percepción. Ello muestra que las diferenciaciones claras y distintas que se introducen en nuestra conciencia son debidas a necesidades prácticas y deben ser referidas a *la acción posible de nuestro cuerpo*. La conciencia, en tanto que conciencia clara, consistiría en *la separación o el discernimiento* de lo que, en el flujo contiguo y complejo que nos impresiona, interesa a nuestras diversas necesidades.

B. EVOLUCIÓN DE LAS DIFERENTES FORMAS DEL FENÓMENO. — ATENCIÓN VOLUNTARIA. — Tal es, al menos, *la atención espontánea*. El estado de *sorpres*a o de asombro no es más que una acentuación particular. De los estados ya distinguidos en la atención espontánea, y que se suceden en la conciencia, se destaca un estado particular, a consecuencia del interés que parece ofrecernos todo lo que es nuevo e inesperado: "el estado nuevo irrumpe como un gigante en la vida consciente". (*Ribot.*) Hay causas afectivas muy fuertes, puesto que llevan consigo la estupefacción, el espanto y el terror. Las condiciones fisiológicas de este estado no son sino la exageración de los estados de la atención espontánea.

En cuanto a la atención voluntaria, que se produce por un esfuerzo consciente y reflexivo y para un fin que determinamos con precisión nosotros mismos, nace bajo la presión de las necesidades y con el progreso de la inteligencia. *Es un aparato de perfeccionamiento y un producto de la civilización...* Es fácil establecer que, antes de la civilización, la atención voluntaria no existía o no aparecía sino por relámpagos, para no durar. "La pereza de los salvajes es conocida: viajeros y etnógrafos están todos de acuerdo en este punto... Ahora bien: obsérvese que el trabajo es la forma concreta, la forma más relevante de la atención." (*T. Ribot.*) Las necesidades más complejas, más difíciles de satisfacer, pero siempre necesidades de la vida, son las que han formado, poco a poco, en la conciencia este poder de atención en segunda potencia. Conserva, deteniendo el curso ordinario de los estados internos, tal como los determina la atención es-

pontánea, un estado particularmente interesante; lo refuerza y lo destaca vigorosamente del resto. Encontraremos aquí los mismos factores que la atención espontánea, pero en un grado más elevado de elaboración.

La actitud *de la contención, de la reflexión, de la meditación y de la contemplación*, que son las formas sucesivas de la atención voluntaria, está bien definida. Es fácil encontrar en ella movimientos adaptados al aislamiento de las impresiones ambientales, para conservar mejor y reforzar el estado en que se concentra el pensamiento: una convergencia de toda la actividad orgánica sobre un solo punto. Y, desde el punto de vista psicológico, son todavía los estados afectivos y el interés los que condicionan estos estados excepcionales. Lo sabe bien el educador que, por el atractivo de las recompensas, consigue que los alumnos fijen la atención. Hay, pues, continuidad completa entre las formas más elementales y las formas más elevadas de la atención; continuidad que hemos encontrado ya entre los diversos grados del desenvolvimiento de la conciencia, de la memoria y de la asociación, y que continuaremos encontrando, conforme a la teoría de la evolución, entre todos los hechos psicológicos.

C. TEORÍAS DE LA ATENCIÓN. — *a) Historia.* — Con la atención, sobre todo, ha ensayado la filosofía del espíritu mostrarnos una fuerza específica. En efecto: por la reflexión, la atención nos parece “como la concentración voluntaria del espíritu sobre un objeto, a fin de conocerlo mejor”. Se presenta, pues, como una *operación eminentemente activa* del espíritu. Cuando queremos prestar atención a alguna cosa, dirigimos, por decirlo así, toda nuestra energía mental hacia este objeto, tanto, que, en ciertos casos, por una especie de alucinación, vemos lo que *queremos* ver y no lo que es realmente. Las condiciones biológicas de la atención no pueden ser, pues, sino los efectos de los que esta facultad es causa; nuestro cuerpo obedece a nuestra actividad psicológica como un dócil instrumento.

Los filósofos, que eran llevados, por el contrario, por su sistema a negar que el espíritu fuese una fuerza origi-

nal y eficaz, procuraron mostrar que la atención dependía de las condiciones exteriores. *Condillac* sostenía, por ejemplo, que la atención no era sino el efecto de una impresión más intensa, ejercida sobre uno de nuestros sentidos. Esta sensación, muy intensa, borraba todas las demás, de la misma manera próximamente que la luz del sol borra la de las estrellas. Más recientemente, *Bastian* y *Marillier* han recogido esta teoría sensorial de la atención, dándole un giro más científico: "La causa de la atención es la diferencia de intensidad que existe en un momento dado entre las excitaciones de dos o de muchos centros sensitivos."

Estas teorías, demasiado generales y demasiado vagas, preludian, en cierto modo, las teorías de la psicología experimental contemporánea, que han estudiado más de cerca las condiciones fisiológicas de la atención y han llegado, si no a resultados ciertos, al menos a hipótesis más precisas, instrumentos fecundos del trabajo futuro.

b) *Teorías contemporáneas.* — Estas teorías nos ofrecen dos direcciones principales: 1.ª Un gran número de psicólogos pretenden que, en la atención hay, en primer término y sobre todo, fenómenos orgánicos periféricos, y que la atención no es sino la resultante de los contragolpes que estas modificaciones periféricas tienen en el cerebro (*Ribot, Lange, W. James, Bain, Münsterberg, P. Janet, etc.*). Estos son los partidarios de la teoría fisiológica. 2.ª Otros, por el contrario, estiman que el cerebro es el primer agente de la atención y que los fenómenos periféricos no vienen sino después de los fenómenos centrales: estos son los partidarios de la teoría psicológica (*Franck, Nayrac*).

D. PAPEL DE LA ATENCIÓN. — También encontramos la atención, como la memoria y el hábito y como la asociación de las ideas, en todo el desenvolvimiento de la vida del espíritu; es un factor esencial de todos los hechos y de todas las operaciones psicológicas.

Por una forma interior y casi inconsciente de la atención puede pensarse que el curso continuo de la conciencia

se diferencia y se recorta en estados distintos. Cada uno de estos estados parece distinguirse, en efecto, de los demás por el interés práctico que presenta y por la actitud de nuestro organismo; actitud que, quizás, si es verdad que la función crea el órgano, ha hecho evolucionar progresivamente nuestros sentidos especiales, a partir de la sensibilidad general.

“La necesidad de obrar acomodándose a las necesidades del exterior lleva al organismo a especializarse en reacciones numéricamente limitadas y suficientes para un número indefinido de excitaciones análogas. En este sentido es exacto decir, con la psicología clásica, que *los sentidos son, a su manera, instrumentos de abstracción*. No quiere esto decir que los sentidos disocien los elementos de un todo ofrecido a su toma de posesión; porque los objetos, antes de la sensación, no son presentados a la experiencia como síntesis de cualidades; la obra tardía de la imaginación es, por el contrario, la de procurarse los datos propios de cada sentido en bloques sólidos. Pero sigue siendo verdad que cada orden de sensaciones representa, desde el primer momento, clases irreductibles de excitaciones, a las cuales debe oponer el aparato motor reacciones especiales. En cada una de estas clases, las nuevas sensaciones, sonoras, visuales u otras, no pueden, dirigiéndose a los mismos organismos, provocar reacciones radicalmente distintas de las otras. En virtud del principio, precedentemente expuesto, del hábito, las primeras sensaciones preparan el camino a las siguientes. De esta suerte, cada sentido acogerá con una facilidad creciente nuevas sensaciones del mismo orden, aun cuando difieran de las anteriores en cuanto a la intensidad y al matiz.” (Rupsen: *Evolution psychologique du jugement*, pág. 132.)

Pero, para salir de estos orígenes vagos y nebulosos de la conciencia, es indiscutible que la atención, al lado de la asociación, que le proporciona en cierto modo la materia, dirige la formación de todos los hechos completos de la vida psicológica a expensas de los hechos más simples, sean estas combinaciones espontáneas o reflejas.

La atención espontánea es la que nos encontramos en la percepción externa o interna para guiar la asociación del estado elemental, con auxilio del cual se elaboran; exterioriza algunas de nuestras sensaciones, porque la causa exterior de nuestras sensaciones es lo que más nos interesa (localización de las percepciones); conserva, para formar una percepción en la combinación de las sensaciones, los únicos datos que pueden servirnos para borrar las otras; proporciona también al tacto y después, sobre todo, a la vista un predominio marcado sobre todos los demás sentidos. Se notará de igual modo, en la formación de las nociones de duración para la percepción interna, el efecto de la atención sobre los puntos de apoyo que sirven para localizar nuestros estados psicológicos en el tiempo. Emociones e instintos desempeñan también una parte en la atención.

La abstracción voluntaria es el factor principal de la abstracción y, por consiguiente, del juicio y del razonamiento. En el sentimiento y la voluntad la observación más superficial basta para marcar su misión (1), puesto que también puede confundirse con esta última.

VI. LOS ESTADOS MORBOSOS DE LA ATENCIÓN. LAS DISTRACCIONES

Para acabar el estudio de la atención nos quedan por examinar los casos morbosos.

"Si se define la atención como el predominio temporal de un estado intelectual o de un grupo de estados con adaptación natural o artificial del individuo, si éste es el tipo normal, se pueden notar las desviaciones siguientes:

"1.ª Predominio absoluto de un estado o de un grupo de estados que se hace estable, fijo, que no puede ser desalojado de la conciencia. Este no es más que un sim-

(1) Véase el estudio particular de todos estos hechos, en la continuación de la obra, para obtener más detalles acerca del papel de la atención.

ple antagonista de la asociación espontánea, limitando su misión a gobernarla; es un poder destructor, tiránico, que lo esclaviza todo, que no permite hacer la proliferación de las ideas más que en un solo sentido; que aprisiona la corriente de la conciencia en un cauce estrecho, sin que pueda salir de él; que esteriliza, más o menos, todo lo que es extraño a su dominación. La hipocondría y, mejor todavía, las ideas fijas y el éxtasis, son casos de este género. Forman un primer grupo morboso, que yo llamaría la hipertrofia de la atención."

Las distracciones del hombre absorto, del sabio, del artista, son ya fenómenos de este género.

"2.ª En el segundo grupo comprendería yo los casos en que la atención no puede mantenerse, ni aun, con frecuencia, constituirse. Este desfallecimiento se produce en dos circunstancias principales, mientras el curso de las ideas sea tan rápido, tan exuberante, que el espíritu se entregue a un automatismo sin freno. En este flujo desordenado ningún estado dura ni predomina; no se forma ningún centro de atracción, ni aun temporal. Aquí el mecanismo de la asociación toma su desquite; obra solo, con todo su poder, sin contrapeso. Así se manifiestan ciertas formas de delirio y, sobre todo, la manía aguda. Mientras el mecanismo de la atención no sobrepuja la intensidad media, hay ausencia o disminución del poder de atención: este estado se traduce instintivamente por la imposibilidad o extrema dificultad del esfuerzo. Todo queda flotante, indeciso, disperso. Se encuentran numerosos ejemplos de esto en los histéricos, en las gentes atacadas de debilidad irritable, los convalecientes, los sujetos apáticos e insensibles, en la embriaguez, en el estado de fatiga extrema del cuerpo o del espíritu, etc. Esta impotencia coincide, en suma, con todas las formas del agotamiento. Designaremos este grupo, por asociación con el otro, con el nombre de atrofia de la atención." La distracción pueril, oscilante, que hace calificar a los que están a ella sujetos como cabezas de chorlitos, cabezas de pájaros, nos presenta el caso extremo.

“Notemos de paso que el primer grupo de estados morbosos depende más bien de la atención espontánea, y el segundo, de la atención voluntaria. El uno denota una fuerza exagerada; el otro, una debilidad, también exagerada, del poder de concentración. El uno es una evolución, y va hacia lo *más*; el otro es una disolución, y va hacia lo *menos*. La patología comprueba que la atención voluntaria, como todas las obras artificiales, es precaria y vacilante. La enfermedad no la transforma, sino que la arruina. La atención espontánea, como todas las fuerzas naturales, puede aplicarse hasta la extravagancia, pero no se puede transformar; en el fondo no cambia de naturaleza. Es como un viento ligero, que se convierte en tempestad.”

“3.ª El tercer grupo comprende una enfermedad congénita; la atención espontánea y la atención voluntaria no se constituyen, o no aparecen sino como relámpagos, en los idiotas, los imbeciles, los dementes.” (Ribot: *Psicología de la atención*, pág. 20.)

VII. CONCLUSIONES DE CONJUNTO SOBRE LAS FUNCIONES GENERALES DE LA CONCIENCIA

Nos hemos visto obligados, por las necesidades del análisis, a separar el estudio de la memoria y del hábito, de la asociación y de la atención. Esta ruptura de la unidad de la vida consciente no puede ser sino artificial. Estas tres funciones actúan, en realidad, al mismo tiempo, puesto que actúan en todos los instantes de la vida psicológica. Se mezclan estrechamente, se prestan un mutuo auxilio; más exactamente, no son tres funciones distintas sino en el caso que se les considere abstractamente, como es preciso hacer para estudiarlas; pero inscritas en la realidad de la vida psicológica, no constituyen sino tres aspectos, bajo los cuales se puede considerar el trabajo positivo de la consciencia.

LIBRO III

LOS HECHOS REPRESENTATIVOS (LA INTELIGENCIA)

CAPÍTULO IX

LOS ELEMENTOS.—LAS SENSACIONES

I. *Determinación del hecho.*

II. *Clasificación* (nueve géneros de sensaciones): la sensibilidad eutánea primitiva.

III. *Condiciones psicológicas.*—Las sensaciones dependen: a) De las sensaciones concomitantes. b) De su propia rapidez. c) De su oposición. d) De la intensidad de la sensación precedente. e) De su contraste con ella. f) Del estado efectivo concomitante. g) Calidad. h) Intensidad. i) Duración. j) Extensión o extensividad.

IV. *Condiciones fisiológicas.*—A. La impresión (condiciones orgánicas): a) Los órganos sensoriales: 1.º Condiciones relativas a cada sentido. 2.º Naturaleza de la impresión. 3.º Movimientos musculares consecutivos. b) Los nervios sensitivos. c) Los centros nerviosos. d) Duración del trabajo fisiológico. e) Análisis de la impresión.—B. Condiciones físicas de excitación: a) Condiciones generales. b) Dintel de la excitación: primer grupo de investigaciones psicofísicas. c) Relaciones de la excitación con la sensación; segundo grupo de investigaciones psicofísicas: ley psicofísica.—C. Conclusión: complejidad de la sensación.

V. *Naturaleza de la sensación.*—1.º Subjetiva. 2.º Relativa. 3.º Dependiente. 4.º Compleja.—A. Teorías generales de la sensación: a) Teoría psicológica pura. b) Interpretación fisiológica.

VI. *Datos primitivos de los sentidos:* a) Sensaciones cutáneas. b) Sentido de la vista. c) Sentido del oído. d) Sensaciones del gusto. e) Sensaciones del olfato.

Notas sobre la terminología.

I. DETERMINACIÓN DEL HECHO

Los *hechos representativos* son los que nos proporcionan, como su nombre indica, la *representación de un objeto* y nos permiten *conocerlo* de una manera más o menos precisa. Todos estos hechos se reducen a elementos bien determinados: fenómenos de conciencia muy simples, inmediatamente consecutivos, al parecer, a una impresión que emana del objeto y se ejerce sobre nuestros órganos sensoriales: estas son las *sensaciones*. Estas desempeñan en la vida representativa el mismo papel que las afecciones elementales de placer y de dolor en la vida afectiva; son su base y su fase primitiva. Es muy difícil, como se comprende, cogerlas puras de toda elaboración ulterior en nuestra conciencia, que no puede observarse sino en un grado muy avanzado de desenvolvimiento. "Toda sensación es el resultado de una observación que estamos obligados a hacer a causa de la naturaleza compleja de todas las experiencias internas. Antes de examinar las combinaciones, la química estudia primero los elementos de los cuerpos; del mismo modo, la psicología, que analiza todos los fenómenos psíquicos, debe conocer previamente la sensación." (*Wundt.*) La vista de un punto luminoso, la audición de un sonido, el contacto de una punta, he aquí lo que puede darnos idea de las sensaciones casi simples.

Una buena definición de este fenómeno es casi tan imposible como la del placer o del dolor o de cualquier otro elemento primitivo. Para tener de él una conciencia clara, no se puede sino hacer un llamamiento a la comprobación directa.

II. CLASIFICACIÓN

Las sensaciones se clasifican en un cierto número de familias. Cada familia constituye un *sentido* especial; se diferencian claramente por los *órganos* fisiológicos que entran en juego y por la naturaleza de las causas externas que los excitan. Se pueden distinguir, según estos datos, nueve principales. Estos nueve sentidos están todos lejos de tener la misma precisión y la misma riqueza. Enumerémoslos, comenzando por los más vagos y los más pobres, que son también los que ocupan el menor lugar en la vida consciente: el sentido de la vida orgánica o cenestésico, el sentido térmico, el sentido de la presión, el sentido muscular, el sentido del tacto; los *órganos* de estos diferentes sentidos, mal aislados todavía, no están agrupados en ciertos puntos determinados del cuerpo, sino que están diseminados en toda su extensión, y por eso se reúnen con frecuencia en una misma clase general: la *sensibilidad cutánea*. Vienen en seguida el sentido del gusto, el del olfato, el sentido del oído y el de la vista.

La sensibilidad cutánea, y en particular la sensibilidad cenestésica, representan la sensibilidad fundamental y primitiva. El elemento nervioso está muy poco diferenciado y organizado. Las sensaciones producidas son muy restringidas y muy groseras. La sensibilidad comienza apenas a distinguirse de la irritabilidad, que es la propiedad elemental del tejido vivo. Los diferentes sentidos han salido, por evolución, de esta sensibilidad general orgánica, adaptándose las terminaciones nerviosas, poco a poco, a causas exteriores bien determinadas y constituyendo *órganos* especiales. La vista y el oído, especialmente, presentan una complejidad y disposiciones verdaderamente maravillosas. La sensibilidad cutánea o táctil, como se la llama ahora impropriamente, puede, pues, ser considerada como el origen de todos los sentidos. Estos se van diferenciando sucesivamente, bajo influjos exteriores continuos: los seres procuran tener indicaciones cada vez más

precisas y más numerosas acerca del medio en que viven. En este sentido, la vista, por la utilidad grande que ofrece, permitiendo darnos cuenta de las cosas a distancia, se ha desenvuelto de una manera notable y se ha convertido en el sentido más necesario y más constantemente ejercitado. Si la sensibilidad cutánea es la más importante en su origen, puesto que es la fuente de toda sensibilidad, la visión es el sentido que ha adquirido, en el curso de la evolución, el desenvolvimiento más rico y la mayor utilidad.

III. CONDICIONES PSICOLÓGICAS

Cualquiera que sea el aspecto de cada sensación, presentan todas un conjunto de caracteres comunes. Determinar estos caracteres y explicarlos constituye el estudio general que la psicología hace de este fenómeno.

Examinada en la conciencia, y por ella, toda sensación presenta los caracteres siguientes, que son sus condiciones psicológicas y determinan su aspecto subjetivo:

a) *Este aspecto depende, en primer lugar, de las sensaciones concomitantes.* — Una sensación, como todo hecho de conciencia, cualquiera que sea, no es jamás un estado bien delimitado y bien aislado; está dada en el flujo, en el torbellino de la conciencia, y, por consiguiente, sufre los influjos de otras sensaciones, que se mezclan íntimamente con ella. La conciencia pasa rápidamente de unas en otras, puesto que todas sus modificaciones nos parecen sucesivas, y las sensaciones pueden, entonces, *tan pronto oponerse, tan pronto estimularse, naturalmente.* Sensaciones sonoras, fuertes, se obscurecen primero y después refuerzan las sensaciones luminosas concomitantes. Inversamente, una fuerte sensación luminosa aumenta, de ordinario, la finura del oído (experimentos de *Helmholtz, H. James, Anderson*).

b) *El aspecto de las sensaciones depende también de la rapidez con que se suceden unas a otras.* — “Si se pone el dedo en una rueda dentada, puesta en movimiento con

cierta velocidad, se puede, en un segundo, obtener hasta cerca de mil sensaciones separadas. Si se aumenta la velocidad, no se tendrá entonces más que una sola sensación." (*Höfding*, 137.) Lo mismo ocurre con el oído (sirena de *Cagniard-Latour*), los choques eléctricos (discernibles en tanto que no pasan de treinta y cinco por segundo sobre el cuerpo y sesenta sobre la frente) y la vista (disco de *Newton*, colores discernibles por debajo de veinticuatro impresiones diferentes por segundo).

c) *La producción de una sensación no supone solamente un cierto intervalo de tiempo respecto de la sensación precedente, sino también una cierta oposición con ella.* — "Es preciso que haya un fondo sobre el cual pueda venir a destacarse la nueva sensación... Un aumento muy lento de una corriente eléctrica acaba por desorganizar un nervio, sin que se manifieste signo alguno de sensibilidad. Aumentando o disminuyendo poco a poco, y muy poco a la vez, el grado de calor, se han podido cocer o congelar ranas sin que hayan efectuado el menor movimiento." (*Idem.*) Por el contrario, una impresión luminosa parecerá mucho más fuerte si nos encontramos en una obscuridad completa desde unos instantes anteriores.

d) *La fuerza y la duración de la sensación precedente influyen siempre en la sensación consecutiva.* — "Cuando hemos sido electrizados un momento por una fuerte corriente, no se nota después una corriente más débil que, de ordinario, hubiera sido sentida." (*Idem.*)

e) *La sensación está modificada por el mayor o menor contraste que presente con la precedente.* — "Llenemos un primer vaso de agua a la temperatura del cuerpo, otro vaso con agua más caliente y un tercero con agua más fría; sumerjamos la mano derecha en el segundo, la mano izquierda en el tercero y después las dos en el primero. La mano derecha sentirá frío; la mano izquierda, calor, y, pocos instantes después, ni una ni otra experimentarán calor ni frío... Los diversos colores alcanzan su máximo de pureza (de "saturación") cuando van acompañados de sus colores complementarios."

f) *Tonalidad de la sensación.* — Una sensación influye siempre sobre la vida orgánica del individuo; de aquí *un estado agradable o desagradable*, que constituye como el *tono* de la sensación. Esta tonalidad está en razón inversa de la claridad, de la representabilidad de la sensación; mientras más pura sea la sensación, más claro será el conocimiento que nos proporciona y menos intenso el estado afectivo que le acompañe. Las sensaciones táctiles, auditivas y visuales son, en los casos ordinarios, y siguiendo este orden, muy poco afectivas. Por el contrario, las sensaciones olfativas, gustativas y cenestésicas lo son cada vez más. Están ligadas directamente a las excitaciones que producen sobre nosotros, lo que interesa nuestras funciones vegetativas (nutrición, respiración), y por eso están íntimamente unidas a las tendencias y a los hechos afectivos elementales.

g) *Cualidad.* — Las condiciones precedentes contribuyen a dar a cada sensación un matiz individual y *específico*, por el cual se distingue de *todas* las demás. Este matiz constituye la cualidad de la sensación. Es esencialmente subjetivo, es decir, dependiente de nuestro estado momentáneo.

Estos matices pueden aproximarse, por su mayor o menor afinidad entre ellos, en un cierto número de clases, como la gama de los colores, por ejemplo, para las sensaciones coloreadas.

h) *Intensidad de las sensaciones.* — De aquí que, cada una de estas clases, haciendo abstracción de ciertos detalles que dan a las sensaciones sus matices cualitativos individuales, se las pueda ordenar según su *intensidad* (sensaciones análogas de color, de olor, de sonido, pero de *intensidad* diferente).

i) *Duración de la sensación.* — Veremos más adelante que, para que una sensación sea dada, es preciso que la impresión haya durado un cierto tiempo. Pero, desde el punto de vista psicológico, debemos notar que somos conscientes en una cierta medida de este tiempo. Esta conciencia del tiempo ocupado por una sensación no se ase-

meja de ningún modo, en su origen, a la conciencia ordinaria que tenemos del tiempo. Hasta es probable que, según el sentido afectado, la duración de la sensación no se presente bajo el mismo aspecto. Y nuestra noción actual del tiempo vendría de una asimilación de estos diferentes aspectos de la duración de nuestras diversas sensaciones. Esta asimilación se hace, sin duda, por otra parte, en beneficio de una clase de sensaciones especiales (probablemente, las sensaciones musculares y las sensaciones auditivas), de tal modo, que nuestra noción actual del tiempo obtendría su forma esencial del aspecto especial de la duración en cada uno de estos dos sentidos. No es menos cierto que puede considerarse que toda sensación despierta muy verosímilmente en la conciencia la noción de duración y que ésta es un carácter primitivo de la sensación. (*Bourdon.*)

j) *Extensión o extensividad de las sensaciones.* — Hasta estos últimos años la psicología consideraba que la sensación era, por sí misma, inextensa; era una pura cualidad, caracterizada únicamente por su intensidad. La extensión era el resultado de una construcción del espíritu, elaborada por asociaciones entre sensaciones. Actualmente, la psicología experimental, casi por entero, considera que todas nuestras sensaciones, o al menos nuestras sensaciones visuales, cutáneas y auditivas, tienen como carácter primitivo e irreductible, al mismo tiempo que la duración y la intensidad, una *cierta extensión*. (*W. James, Ward.*) El campo de la conciencia está siempre experimentalmente dado bajo una forma especial, y cada sensación recorta un porción de este campo. Pero hay que guardarse de concebir esta *extensión* como análoga a nuestra concepción actual del espacio. Como para la duración, la extensión original en una clase de sensaciones es completamente diferente del mismo carácter en otras clases. Nuestra noción de espacio resulta de la asimilación que se hace entre todas estas extensiones en beneficio de la extensión visual. "Todas las sensaciones son primitivamente extensas; pero su extensión palidece y se

borra ante la intensidad y la utilidad superior de la extensión visual." (Bergson: *Materia y memoria*, pág. 243.) *La extensión de la percepción exterior* estará precisamente encargada de explicarnos cómo hemos formado, gracias a la traducción de nuestras demás sensaciones, y sobre todo de las sensaciones táctiles y musculares en el lenguaje de nuestras sensaciones visuales, nuestra representación actual del espacio y de los objetos exteriores.

IV. CONDICIONES FISIOLÓGICAS

Estudiando las sensaciones con el auxilio de sus condiciones objetivas, emplazándolas en el sistema general de los fenómenos naturales, vemos que es posible determinarla de un modo preciso y que su originalidad, su matiz indefinible, obedece a que *es algo muy complejo*. Estas condiciones objetivas son de dos especies: fenómenos fisiológicos o *impresión*, consecutivas a fenómenos físicos exteriores al organismo o *excitación*.

A. LA IMPRESIÓN: CONDICIONES ORGÁNICAS DE LA SENSACIÓN. — Cuando está dada una sensación, hay siempre una conmoción de los *órganos sensoriales*: esta conmoción debe transmitirse en seguida por los *nervios* a los centros *cerebrales*. La intervención de estas tres series de órganos es necesaria.

a) *Los órganos sensoriales*. — 1.º *Especificidad de los sentidos. Condiciones particulares relativas a cada sentido*. — De una manera general, los sentidos se componen de una cantidad enorme de pequeños filamentos nerviosos, que son las arborescencias terminales de las prolongaciones de la cabeza de un grupo de neuronas. Estos pequeños filamentos han tomado una configuración especial para cada sentido: corpúsculos de *Krause* para las sensaciones cenestésicas, de *Pacini* para las sensaciones de presión, de *Malpighi* para las sensaciones musculares, de *Tait* para las sensaciones térmicas, de *Meisner* para el tacto activo, papilas caliciformes de la lengua y botones gustativos, pinceles olfativos del epitelio nasal, células de *Corti* para

el oído, conos y bastones de la retina, principalmente de la *mancha amarilla*, para la visión. Estos órganos no se adaptan sino a un género de excitación bien determinada.

Esta excitación es siempre un movimiento material. La mayor o menor rapidez de este movimiento es lo que los físicos llaman su frecuencia, lo que la especializa. Las terminaciones sensoriales no se adaptan sino a un cierto grado de frecuencia. Las vibraciones del aire no afectan al oído sino entre dieciséis y treinta mil por segundo. Sólo el tacto y la presión revelan vibraciones más lentas o más rápidas. El oído no las percibe.

Además, parece que en un mismo órgano sensorial cada elemento nervioso tiene su función específica y no puede responder sino a un movimiento de forma, de amplitud y de velocidad determinadas. En el órgano de *Corti* se ve, por ejemplo, que el número de estos elementos, dispuestos como las cuerdas de un arpa, es, aproximadamente, el mismo que el de los sonidos perceptibles para la oreja humana, lo que tendería a hacer creer que cada uno no vibra sino para un sonido y no para los otros. Cada elemento nervioso tendría, pues, su sensación propia bien característica; las sensaciones cutáneas tendrían así cada una lo que llamó *Lotze su signo local*, es decir, su señal característica, gracias a la cual podríamos reconocer siempre el elemento impresionado, lo que sería muy importante en el estudio de la percepción externa.

Si un sentido no responde sino a una categoría de excitaciones, responde, en cambio, siempre por sensaciones del mismo aspecto (*especificidad de los sentidos*). El ojo, cualquiera que sea el modo de excitación (golpe, descarga eléctrica, acción química, rayo luminoso, etc.), nos da siempre una sensación luminosa y coloreada, y, recíprocamente, la misma excitación produce sensaciones muy diferentes, según que impresione este o el otro sentido. La vibración que produce, gracias al oído, la sensación de luz, produce sobre la piel una sensación calórica.

2.º *Naturaleza de la impresión.*—Según la fisiología actual, la impresión sería una acción química, determinada

por la energía gastada en el movimiento excitante, acción química que modificaría el estado de las terminaciones sensoriales. *Wundt* distinguía los sentidos en dos grupos, desde el punto de vista de la impresión: los sentidos mecánicos (tacto, oído), en los que la excitación exterior se transmitiría bajo la forma de un movimiento directo, y los sentidos químicos, en los que, por una descomposición cualquiera, haría nacer un proceso nervioso especial. Nada autoriza para esta distinción y todos los sentidos parecen ser mecánicos. Las células nerviosas, cuando entran en actividad bajo el influjo de la excitación, son el teatro de los fenómenos de asimilación, puesto que toda actividad celular es siempre una actividad de nutrición; esta nutrición se hace a expensas de una afluencia sanguínea en el órgano, y está naturalmente seguida de fenómenos de secreción y de desasimilación; la *fatiga* de un sentido, a continuación de excitaciones demasiado fuertes o demasiado repetidas, tiene por causa esos productos de desasimilación (toxinas), que crean un medio desfavorable para la vida celular.

3.º *Movimientos musculares consecutivos a la impresión.* — La impresión hecha sobre el órgano muscular no es bastante para producir una sensación consciente. Es preciso que la *atención la discierna*; como hemos visto, la sensación, teniendo sus condiciones en movimientos musculares, hace necesarios a estos últimos para su producción; de tal modo, que toda sensación, por simple que nos parezca, está compuesta de una sensación del sentido excitado y de una multitud de impresiones kinestésicas que se confunden con ella y le sirven de cortejo: algunas hasta son perceptibles. Los corpúsculos sensibles son mucho más raros, y la sensibilidad mucho menos fina en las partes poco móviles; está poco desenvuelta, porque sus condiciones motoras eran insuficientes.

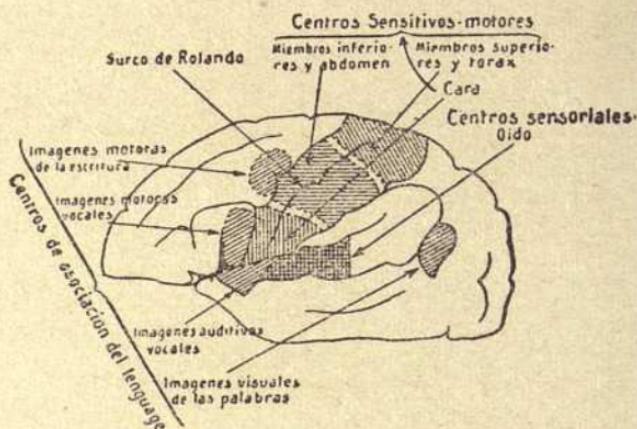
Toda sensación, por otra parte, provoca una variación momentánea de la energía motora y del tono muscular, y esta variación es casi constante y característica de una sensación determinada.

b) *Los nervios sensitivos.*—La impresión se transmite en seguida a los centros por los nervios que les unen a los órganos sensoriales. La fisiología está poco avanzada respecto de la naturaleza de este fenómeno de transmisión. Algunos ven en ella la propagación de un movimiento ondulatorio (la onda nerviosa o el influjo nervioso), análogo, y aun quizás idéntico, a la de una corriente eléctrica (*Prenant*); otros, y esta es la opinión probable, creen en una modificación química, que gana, aproximándose cada vez más, los elementos constitutivos del sistema. La lentitud del influjo nervioso (se puede conservar esta palabra, como se conserva la del fluido en el estudio de la electricidad) está en favor de esta hipótesis: su velocidad no es más que de 30 metros por segundo.

Una cuestión muy debatida en la hora actual es la de saber si los nervios están particularmente adaptados a un género especial de sensaciones, si no pueden transmitir más que éstas o son como los sentidos *específicos*, o si son, por el contrario, conductores *indiferentes*, especificando la sensación, la forma de las terminaciones sensoriales. La primera hipótesis, que fué emitida por *J. Müller*, se apoya sobre el hecho de que cada nervio reacciona si se emplea un excitante general (como la electricidad), de una manera que le es propia: el nervio óptico da una sensación de luz; el acústico, un sonido. Pero esta diferencia puede provenir perfectamente, sea de los centros en que desemboca el nervio, sea de los órganos terminales, no siendo los nervios más que hilos telegráficos que comunican simplemente el movimiento nervioso. Los trabajos histológicos no permiten, en efecto, hasta ahora diferenciar los nervios según su contextura íntima, y ciertas inserciones experimentadas sobre los animales (nervio óptico injertado sobre un seccionamiento del nervio acústico y transmitiendo perfectamente sensaciones sonoras) confirman esta última hipótesis. Lo que diferenciaría las sensaciones sería la forma de los *fenómenos moleculares*, determinados en el nervio y los órganos centrales.

c) *Los centros nerviosos.*—La conmoción nerviosa llega a los órganos centrales. Los únicos órganos interesados por la sensación son los del cerebro medio y los hemisferios. Todavía nos es desconocido el trabajo que en ellos se realiza en el momento en que tenemos una sensación. Es de orden químico, ciertamente, y consiste en una nutrición de las neuronas con eliminación consecutiva de sobrantes tóxicos (de aquí la necesidad del reposo y el sueño). Suscita, quizá, cambios de forma en las neuronas y sus prolongaciones.

Los centros del cerebro medio, en el que desembocan

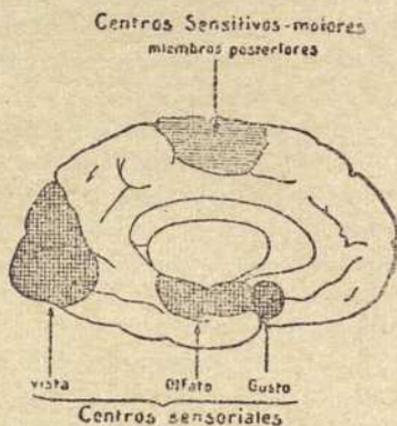


la mayor parte de los nervios sensoriales, parecen destinados a una primera elaboración de las modificaciones nerviosas. Y esta elaboración consiste, sin duda, en una síntesis, que asemeja, combina y funde, en un todo, impresiones múltiples, porque el número de fibras que estos centros envían a los centros superiores es infinitamente menos considerable que el número de fibras que reciben.

Los hemisferios son el asiento de la elaboración fisiológica última de las sensaciones. Se ha creído durante mucho tiempo que el teatro lo constituía la substancia gris o corteza cortical y celular. Pero hoy se consideran las célu-

las como centros trópicos destinados a la nutrición de las neuronas; y se refiere toda la acción psicofisiológica a las fibras, que constituyen la sustancia blanca. La energía nerviosa se verá obligada, para pasar de fibra a fibra, a vencer una resistencia, y en este momento tendrá lugar el acontecimiento de la conciencia.

Las diversas partes del cerebro parecen más particularmente adaptadas para recoger y transformar las impresiones de ciertos sentidos; bien, que según *Flourens*, esta adaptación no sea más que accidental y que toda parte lesionada pueda ser, al cabo de cierto tiempo, suplida por otras. Según *H. Munk*, los lóbulos occipitales constituirían el centro óptico; las partes posteriores del primero y del segundo temporal, el centro acústico; la



circunvolución del hipocampo, los centros gustativo y olfativo; las partes vecinas del surco de Rolando, los centros de la sensibilidad cutánea y muscular. "Lo que no es preciso perder de vista en toda esta cuestión es la naturaleza extremadamente complicada de los procesos que tienen lugar en el cerebro", y de los cuales lo ignoramos casi todo.

d) *Duración del trabajo fisiológico.*—De las mediciones psicométricas realizadas resulta que la sensación tiene, como todo otro fenómeno, una duración precisa, va-

riable y medible, que puede descomponerse por el análisis en momentos exactos, correspondiendo a sus principales factores. Esta consideración va a iluminarnos singularmente sobre la naturaleza del fenómeno que estudiamos.

e) *Análisis de la impresión*.—Determinemos lo que pasa durante el tiempo preciso de la sensación, abstracción hecha de la duración de la transmisión. Se ve entonces que la impresión no es un fenómeno único, un choque simple sobre el órgano sensorial, sino que se descompone en una multitud de choques elementales, que se suceden muy rápidamente, y de los que un número dado debe venir a afectar el órgano sensorial para una sensación dada.

Lo que ocurre en el tiempo de que nos ocupamos es, pues, *una multitud de impresiones elementales sucesivas, y, por consiguiente, una serie de pequeñas sensaciones elementales, de las cuales la sensación consciente no es más que la resultante, la fusión, la síntesis*.

Esta descomposición de las sensaciones en impresiones elementales fué hecha primeramente para las sensaciones del oído. En un sonido muy bajo el oído distingue, con un poco de atención, las pulsaciones sucesivas, cuyo total proporciona la sensación. Aparatos absolutamente precisos, como la sirena de *Cagniard-Latour* o de *Helmholtz* y la rueda de *Savart*, han efectuado esta descomposición y la han numerado exactamente: "Cuando esta rueda gira con un movimiento uniforme —dice *Taine*—, sus dientes, igualmente distantes, van hiriendo una lata al pasar, y esta sucesión regular de conmociones análogas despierta en nosotros una sucesión regular de sensaciones parecidas, de sonidos semejantes. Ahora bien: mientras la rueda gira bastante lentamente, las sensaciones, siendo discontinuas, son distintas, y cada una de ellas, estando aislada, es un ruido. Pero si la rueda se pone a girar con una velocidad suficiente, *se levanta una sensación nueva*, la de un sonido musical... Otras consideraciones análogas muestran cómo los sonidos devienen, tan pronto estridentes y

rudos, tan pronto enlazados y unidos." El rudo elemental no es más que un compuesto análogo, sobre el cual podemos efectuar el mismo trabajo.

"Una reducción semejante, pero un poco menos completa, puede practicarse con la sensación de la vista". (Taine.) Las diferentes sensaciones luminosas y coloreadas están producidas todas por la combinación de tres sensaciones elementales, que, según Young y Helmholtz, serían el rojo, el violeta y, probablemente, el verde. Y cada uno se reduce a "una serie continua de impresiones muy numerosas, sucesivas y semejantes, que, para nosotros, forman un bloque indescomponible y simple (451 billones por segundo para los más lentos; 789 para los más rápidos)". La reducción está lejos de ser igualmente avanzada para el gusto y el olfato, a causa de la dificultad de aislar sensaciones bien precisas; pero nosotros tendemos a resultados análogos, puesto que estas impresiones son netamente combinaciones químicas, es decir, sistemas de movimientos muy complicados y muy rápidos. Lo mismo ocurre con las sensaciones cutáneas.

B. CONDICIONES FÍSICAS DE EXCITACIÓN. — a) *Condiciones generales.* — Nos queda ahora que estudiar la acción exterior o *excitación*, que viene a impresionar al organismo. Aquí también las ciencias físicoquímicas nos dan preciosas noticias sobre la naturaleza y la forma de esta excitación. Ellas consideran el medio en que vivimos y en que se desenvuelve nuestra sensibilidad como homogéneo en su fondo, a pesar de la diversidad infinita bajo la cual nos las presentan nuestros sentidos. Este medio sería, o bien un fluido continuo, que, por movimientos de torbellino, tomaría diferentes densidades y comprimiéndose en ciertos puntos constituiría así los diferentes elementos del cuerpo: las regiones de densidad mínima serían el medio común, el receptáculo general, que llamamos impropriamente el vacío, y que es el éter; o bien el universo estaría constituido por partículas extremadamente pequeñas indivisibles y perfectamente elásticas, capaces de vibrar muy rápidamente alrededor de su posición de

equilibrio: los átomos; los cuerpos estarían entonces formados por las agrupaciones de estas partículas, por edificios moleculares, relativamente estables, cuando se realicen ciertas condiciones de equilibrio. El vacío no estaría desprovisto completamente de átomos, sino que sería la parte del universo en que estos átomos estarían, en cantidad infinitamente menor: constituiría él también un medio elástico capaz de propagar el movimiento, gracias a las oscilaciones de los átomos que lo pueblan, y nos encontramos un éter análogo al de la concepción precedente.

Que se adopte una u otra de estas dos concepciones, la excitación de un órgano sensorial se explica de una manera idéntica. En el reposo absoluto, nuestros sentidos no funcionarían. Pero la materia está en movimiento continuo, aun cuando este movimiento sea inapreciable con frecuencia. Que un movimiento se propague en el fluido bajo la forma de una vibración, lo cual deja idénticos los resultados físicos, siempre vendrá a encontrar una terminación sensorial; y entonces podrá, si se llenan todas las demás condiciones, surgir una sensación. La excitación es, pues, un movimiento material, que se transforma en otro movimiento equivalente en nuestro sistema nervioso. La excitación, desde este punto de vista, no es más que una *transformación de energía*, gracias al órgano sensorial.

b) *Dintel de la excitación: Primer grupo de investigaciones psicológicas.*— Para producir una sensación no es suficiente un movimiento ondulatorio del medio, una acción energética. Es preciso que este movimiento tenga una cierta intensidad. Por debajo de ella todo ocurre como si no se hubiese comunicado al órgano sensorial ninguna conmoción. Hay, pues, un *minimum de excitación*, que es definido como la más pequeña producción de la más pequeña sensación de que tenemos conciencia. Este punto es el que ha llamado *Fechner*, con una palabra tomada de Herbart, el *umbral de la excitación*. Y en una serie de investigaciones ha intentado determinar su valor preciso.

Estas investigaciones, que tienen por fin establecer las relaciones de la sensación y la excitación, y de enunciar con exactitud las condiciones físicas de la sensación, han sido llamadas por esto investigaciones *psicofísicas*. Ellas son muy delicadas, muy difíciles, porque se refieren a cantidades muy pequeñas y necesitan aparatos muy complicados; además, como hemos visto en el estudio psicológico de la sensación, ésta no es un fenómeno fijo y bien determinado, como lo son la mayor parte de los fenómenos naturales. Es, como todos los hechos de la conciencia, un fenómeno ondulante, casi inasequible en sus transformaciones continuas y rápidas. De aquí una dificultad para notar el momento preciso en que una sensación dada es verdaderamente sentida por la conciencia; en fin, este momento varía con el individuo examinado y las circunstancias de este examen (fatiga, ejercicio, excitación o depresión, hábito, momento de la jornada, etc.). Así no se le puede citar sino de una manera muy indecisa.

c) *Relaciones de la excitación con la sensación: Segundo grupo de investigaciones psicofísicas.* — *Ley psicofísica.* — Las investigaciones realizadas nos permiten establecer el más pequeño valor cuantitativo de excitación que puede producir una sensación. Pero si este valor aumenta, aumento que es fácil realizar experimentalmente, la sensación no será ya semejante a lo que era; variará o, más bien, dejará el sitio a otras sensaciones que estimamos más intensas, si observamos nuestra conciencia. La *intensidad*, si observamos nuestra conciencia. La *intensidad* de la sensación varía con la cantidad de la *excitación*. ¿Es regular esta variación y sigue una ley? Esto es lo que las nuevas investigaciones psicofísicas, debidas, en su origen, a *Weber* y a *Fechner*, continuadas por *Helmholtz*, *Héring*, *Delbœuf* y *Wundt*, han ensayado determinar. Las experiencias se hacen con auxilio de las mismas condiciones que las precedentes.

El sentido común es llevado desde el primer momento a creer que la intensidad de una sensación crece y decrece como la *excitación*, que la una es *exactamente proporcio-*

nal a la otra. *Herbart* encontraba natural decir que "dos luces iluminan dos veces más que una sola..." Sin embargo, esta suposición es falsa. Ciertos hechos, que la observación sola nos muestra, sin auxilio de ninguna experimentación, van a probarnos y a establecer, al menos de un modo general, la ley según la cual varían las sensaciones con las excitaciones. "Todo el mundo —dice *Delbœuf*— sabe que en el silencio de la noche se oyen ruidos que durante el día pasan desapercibidos: el *tic-tac* del péndulo, el ligero viento que pasa por la chimenea, etc. A un peso de 10 gramos, que tengáis en la mano, agregad otro peso de 10 gramos y sentiréis claramente la diferencia; pero si agregáis ese peso de 10 gramos a un quintal, no se apreciará la diferencia... ¿Qué significan estos fenómenos? Significa que *una sola y misma* excitación puede, según las condiciones en que actúe (las excitaciones a las que se agrega), producir una *sensación más o menos intensa*, y aun no ser sentida... *Para que una excitación sea sentida debe ser tanto más débil cuanto más débil sea la excitación a que se agregue, y tanto más fuerte cuanto más fuerte sea la excitación a que se agregue.* Resulta de esta observación, debida a *Weber*, la siguiente ley, que lleva su nombre: *La intensidad de la sensación no crece proporcionalmente a la intensidad de la excitación que la provoca, sino más lentamente que ella.*" Porque si la intensidad de la sensación creciese exactamente como la excitación, todo aumento de la excitación sería siempre apreciado, y de la misma manera, cualquiera que sea la cantidad de excitación a que se agrega.

Esto afirmado, ¿puede formularse de una manera precisa la relación que liga el aumento de intensidad de la sensación con el aumento de la excitación? Las experiencias de *Fechner* han procurado expresar esta relación. Todas reposan sobre el principio siguiente: se provoca en el sujeto sobre que se experimenta una sensación determinada por una excitación conocida, por ejemplo, la sensación de presión producida por un peso de 10 gramos, colocado sobre la mano; después se aumenta gradualmente esta

excitación, agregando pesos al peso primitivo, sin que el sujeto pueda saberlo (se le vendan, por ejemplo, los ojos); debe avisar desde que se apercibe que su mano soporta una presión más pesada, y se anota el aumento de peso que ha sido necesario. Determinando un gran número de medidas análogas por excitaciones diferentes, se ve si la relación de estos aumentos, respecto de las excitaciones que les preceden, es constante o sigue una ley cualquiera.

Se concibe que las experiencias que deben dar estos números de una manera precisa sean difíciles, porque ellas reposan, en definitiva, sobre apreciaciones individuales muy delicadas. *Fechner* ha procurado averiguar si estas apreciaciones no oscilan alrededor de medias bien determinadas por tres métodos de experimentación muy ingeniosos.

La primera, *el método de las pequeñas diferencias perceptibles*, no es sino la aplicación directa del principio que hemos enunciado. Se hace aumentar una excitación hasta que sea percibido el aumento; después, como medio de comprobación, se pasa un poco este punto y se le hace entonces decrecer hasta que se hace de nuevo imperceptible.

El segundo método, llamado *de los casos verdaderos y falsos*, consiste en tomar excitaciones, pesos, por ejemplo, que difieran muy poco, y hacer que el sujeto los compare. "El error es posible en el juicio comparativo que tiene que formar respecto de ellos. Se designará el peso más fuerte, unas veces como el más fuerte y otras como el más débil." Si se acentúa la diferencia entre los dos pesos, el número de casos en que se acierte tenderá a aumentar.

El tercer método, *el método de los errores medios*, consiste en tomar una excitación bien definida, un peso fijo, por ejemplo; "después se procura determinar, por el solo juicio que acompaña la sensación, otro peso que parezca igual. En general, el segundo peso difiere del primero en una cantidad d ..., se repite este ensayo un gran número de veces", se suman todos los errores d y se divide por el número de experiencias hechas; se tiene así el error me-

dio, es decir, el valor de la cantidad de excitación máxima que, agregada a una excitación dada, no cambia la sensación que se tiene de ella.

“Estos tres métodos, dice *Fechner*, se completan y llevan por caminos diferentes a los mismos resultados. El primero sirve para determinar de una manera media la más pequeña diferencia perceptible. El segundo da esta diferencia por exceso; el tercero, por defecto.” “En la práctica, el primer método es el más simple, el más directo, el que conduce relativamente más pronto al fin y exige menos cálculo.” (*Ribot*, ídem, 160.)

Estos tres métodos han dado a *Fechner* resultados notables para todas las sensaciones, exceptuando el olfato, el gusto y las sensaciones. Para que sea sentida la sensación como teniendo una intensidad más grande, es preciso que el aumento de la cantidad de excitación esté en una *relación constante* con la cantidad a que se agrega y sea de ella una *fracción determinada*.

Esta relación es característica de una clase de sensaciones y es la siguiente:

Para el tacto.....	de 1/3
Para la presión.....	de 1/3
Para la temperatura.....	de 1/3
Para el sonido.....	de 1/3
Para el esfuerzo muscular.....	de 1/17 ^a
Para la luz.....	de 1/100 ^a

Estos números han permitido enunciar la ley general siguiente, “que expresa la relación de *toda excitación con toda sensación*”, conocida bajo el nombre de *ley psicofísica*. La sensación crece como el logaritmo de la excitación, lo que significa que “la excitación debe crecer siguiendo una progresión geométrica (tal como 1, 2, 4, 8, es decir, en la que se pasa de un término al siguiente multiplicando este término por una cantidad fija: 1, 1×2 , 2×2 , $2 \times 2 \times 2$, etc.), para que la intensidad de la sensación crezca, siguiendo una progresión aritmética (tal como 1, 2, 3, 4, en la que se pasa de un término

al siguiente agregándole siempre una misma cantidad: 1, 1 + 1, 1 + 1 + 1, etc.), como en la serie de los números enteros". En otros términos, la intensidad de la sensación necesita para aumentar un aumento de excitación tanto más grande cuanto mayor fuese esa intensidad, y aumenta, por consiguiente, según la fórmula de *Hundt*, mucho menos rápidamente que la excitación: *La diferencia de dos excitaciones debe crecer proporcionalmente a las magnitudes de las excitaciones para producir diferencias de sensaciones igualmente apreciables.*

Resulta de este hecho que llega un cierto límite más allá del cual la intensidad de la sensación no crece ya. Del mismo modo que hay un límite inferior por debajo del cual la excitación es demasiado débil para poder producir el movimiento nervioso, que es condición de la sensación, del mismo modo hay un límite superior a partir del cual las sensaciones, aumentando mucho más lentamente que lo que la ley indica, acaban por no poder hacerse más intensas (deslumbramiento para las sensaciones visuales: aturdimiento para una corriente demasiado fuerte). Pasa algo análogo a lo que tiene lugar para la ley de *Mariotte*, que se aplica cada vez menos exactamente a medida que los gases se aproximan al punto de liquefacción.

Las medidas obtenidas por *Fechner* están lejos de ser irreprochables, y las experiencias hechas después por *Bernstein*, *Wundt*, *Aubert*, *Helmholtz*, *Hering* y *Delbœuf* las han modificado mucho. De todos los trabajos críticos que han suscitado, se puede deducir que la fórmula rigurosa de la ley psicofísica, es decir, la relación exacta de una sensación con la excitación, es mucho más compleja que la fórmula de *Fechner*, que no expresa sino burdamente lo que ocurre; pero como aproximación grosera esta ley tiene un valor real y un fundamento serio. Y debemos conservarla en la forma que le ha dado *Wundt*.

Ella nos proporciona datos importantes sobre la naturaleza de la sensación: "Ella nos enseña que no hay igualdad ni equivalencia entre las variaciones de inten-

sidad objetiva (excitación) y las variaciones de intensidad subjetiva (sensación); que nuestro conocimiento no consiste (en sus elementos mismos) sino en una *interpretación que la conciencia hace según su propia naturaleza*. Y como nada se crea ni se aniquila, si toda la fuerza de la excitación no se encuentra transformada en la sensación, es porque, como ha hecho observar *Delbœuf*, la excitación produce otros efectos de orden físico o fisiológicos que deben implicar una cierta usura de su intensidad primitiva: de aquí la fatiga que se manifiesta en un sentido cuando se le excita mucho tiempo. Las experiencias de *Dewar* y *Mackendrick* muestran que, en efecto, para las sensaciones de la vista, la intensidad de la corriente nerviosa transmitida por el nervio óptico al cerebro sigue, respecto de la excitación, la misma ley que la sensación.

C. CONCLUSIÓN. COMPLEJIDAD DE LA SENSACIÓN. — La conclusión que se desprende claramente del conjunto de condiciones objetivas de la sensación es la de que *no hay el derecho de aceptar el testimonio de la conciencia, relativo a su absoluta sencillez*. Cierto que la sensación en el estado actual de la evolución psicológica humana aparece como simple a la observación interna. Pero, según el estudio experimental, es la resultante de un conjunto de hechos bien determinados; estamos forzados a considerarla como una síntesis operada por la actividad psicológica con elementos diferentes y más simples.

V. NATURALEZA DE LA SENSACIÓN

Reunamos los diversos resultados de nuestro análisis:

1.º Los caracteres de la sensación le proporcionan un doble aspecto: *a)*, un aspecto especial que pone cada sensación en múltiples relaciones con las otras, independientemente de nuestro estado subjetivo, y le permite objetivarse gracias al trabajo de la percepción exterior; *b)*, un aspecto específico y cualitativo que depende estre-

chamente de nuestra constitución y de nuestro estado momentáneo, y la hace considerar como subjetiva gracias al trabajo de la percepción interna; bajo el primero de estos aspectos es estudiada por las ciencias de la materia; sólo el segundo es tributario de la psicología y estudia, pues, la sensación en tanto que subjetiva.

2.º Es subjetiva porque siempre está influida por los estados antecedentes de la conciencia; no es lo que es sino por *su relación con estos estados*; expresa, no solamente una impresión dada, sino también la diferencia que hay entre esta impresión y las impresiones antecedentes o concomitantes. (Véase ley de Heber.) En una palabra, es relativa a un conjunto: se presenta como una *comparación elemental y espontánea* (Höffding); es, por lo demás, como sabemos, uno de los caracteres generales de la conciencia misma, el de ser *el sentimiento de una diferencia y de una relación*: la sensación, hecho de conciencia, debe necesariamente presentarlo.

3.º Estas afirmaciones no deben, por otra parte, asombrarnos. Ya en la vida orgánica, pero sobre todo en la vida consciente, ningún momento puede ser separado de los momentos precedentes, porque todo el pasado, y quizás el porvenir en una cierta medida, a causa de las tendencias activas del ser, influyen sobre el instante presente. "Es imposible descomponer la vida representativa en una serie de sensaciones aisladas, subsistentes por sí mismas y completamente independientes las unas de las otras, bajo la relación de su producción y de su cualidad. Cada sensación aislada está determinada por el conjunto y por la relación mutua de los diferentes estados o de las partes de un mismo estado." (Höffding, 145.) Estos tres caracteres pueden resumirse así: la sensación no puede considerarse aisladamente de la trama de la conciencia. Ella no es *independiente*.

4.º Hasta aquí estamos limitados a poner en evidencia las propiedades que la sensación posee por el testimonio mismo de la conciencia: se confunden con las propiedades de la conciencia en general. Por otra parte, estas con-

clusiones están de acuerdo con el análisis de las condiciones objetivas: nosotros hemos visto, en efecto, por las investigaciones psicofísicas y el análisis de la impresión, que la sensación no es un calco fiel y exacto de la excitación exterior, puesto que no varía como ella. Nosotros llegamos ahora a una propiedad esencial y fundamental de la sensación, pero que no nos es revelada sino por la experimentación objetiva. El análisis interno nos presenta la sensación —lo mismo que el placer o el dolor— como un estado *simple* y *primitivo*. Ahora bien, la experiencia muestra que ella es un *estado completo* y *derivado*. Supone una duración de impresión netamente establecida; y esta impresión se descompone en numerosos elementos. Debemos tener en cuenta este dato si queremos comprender la naturaleza de la sensación, porque ella es la que explica los caracteres mencionados. La sensación es relativa, inestable y dependiente, porque es *muy compleja*. Nada tiene entonces de asombroso que no pueda jamás reproducirse en condiciones *absolutamente idénticas* y que sea *eminentemente individual*. Este es el carácter fatal de todo hecho muy complejo, en particular, de los hechos orgánicos y, con más razón, en los hechos psicológicos.

En resumen, la sensación es una síntesis compuesta de una multitud de fenómenos elementales e inconscientes, cada uno en particular: no son sentidos más que cuando están fusionados en un conjunto. Es siempre parte integrante de una síntesis más amplia todavía, que le proporciona su aspecto original. Estos caracteres se explican si procuramos concebir el papel de este fenómeno. Está destinado a darnos informaciones sobre todas las impresiones exteriores que pueden interesarnos. La sensación debía, pues, poco a poco, por la *evolución*, *concentrar* estas impresiones elementales en tanto sea útil para economizar nuestros esfuerzos y darnos en un solo acto un conjunto de informaciones. Además, como estas últimas no nos son útiles sino en tanto que se refieren a nuestro estado actual, la sensación debe depender de

este estado, es decir, de todas las sensaciones vecinas. La *complejidad* y la *dependencia* son, pues, los caracteres que debe adquirir poco a poco.

La sensación se presenta, pues, como un factor de adaptación, eminentemente útil en la evolución de los seres vivos y que, por consiguiente, se ha precisado, diferenciado y matizado cada vez más, gracias a la selección natural.

A. LAS TEORÍAS GENERALES DE LA SENSACIÓN. — Los resultados precedentes tienden a admitir que la sensación es una síntesis completa en la cual es imposible reconocer y diferenciar los elementos; pero *no deja por eso* de ser una resultante, una síntesis. No se asemeja de ningún modo a sus condiciones, sea a causa de la fusión íntima de los elementos, sea porque aparece como una propiedad nueva, original, condicionada por estos elementos, pero distinta de ellos. Estas dos hipótesis son sostenidas actualmente por los psicólogos y han dado lugar, la primera, a una teoría *fisiológica*; la segunda, a una teoría puramente *subjetiva* de la sensación.

a) *Teoría psicológica pura (especificidad de las sensaciones)*. — La sensación sería un estado *simple, original, irreductible*; se expresa esta concepción diciendo que la sensación es *específica* (única de su especie).

Todo análisis la altera queriendo descomponerla. Pretender que la sensación se reduzca a sensaciones elementales más simples, a "pequeñas percepciones", como las llamaba *Leibniz*, es olvidar que es un hecho de *conciencia* que no puede ser comprobado sino en y por la conciencia. Las pequeñas percepciones, o bien son sentidas cada una por sí misma, y entonces son cada una de ellas sensaciones con el mismo título que las sensaciones de las que se quiere hacer a las otras componentes, o bien no son sentidas, y entonces no son hechos de conciencia, y es absurdo explicar un resultante por hechos que no tienen nada de común con ella. Por otra parte, ¿qué son estos elementos fisiológicos? Son imágenes que nos representan órganos de una forma particular, impresionados por

partículas materiales; pero estas imágenes no son, a su vez, sino sensaciones visuales o táctiles. Nos vemos así llevados, por esta pretendida explicación, desde la primera sensación a otras sensaciones del mismo género que ella, y no a elementos más simples.

La sensación queda, pues, como un hecho simple e irreductible; es inexplicable por sí misma, puesto que es el elemento último de la vida intelectual.

b) *Interpretación fisiológica.* — La teoría opuesta apoya su crítica sobre las condiciones externas de la sensación. La experiencia, como la observación (rueda de *Savart*, sirena de *Cagniard-Latour*, disco de *Newton*, etc.), establece que es el resultado de un trabajo y de una composición orgánicos. La conciencia no nos revela más que un resultado global, porque es un instrumento insuficiente de análisis, una visión superficial de un conjunto que la experiencia resuelve en sus elementos, y estos últimos son verdaderamente los fenómenos reales, no siendo el acontecimiento en apariencia simple de la conciencia más que un epifenómeno sin precisión y sin claridad, y de aquí su *relatividad* y su *subjetividad*.

Si referimos, en efecto, las sensaciones a sus elementos objetivos, vemos: 1.º, que una sensación se hace más intensa gracias a una adición de una cantidad determinada en la fuerza de la excitación que actúa sobre el organismo (*ley psicofísica*); 2.º, que toda sensación se descompone en una cantidad fija de choques nerviosos producidos por los movimientos ondulatorios de la excitación. Parece legítimo deducir que la sensación es *la suma pura y simple de estos choques* (*Spencer*).

Se objeta que esta pretendida composición de las sensaciones por integración de los elementos no explica todas las propiedades que caracterizan la sensación en la conciencia. En primer lugar, la ley psicológica no mide la sensación, sino solamente la excitación. Una sensación más intensa *que otra* es *otra* sensación, pero *no es un múltiplo de esta sensación* tomada por unidad. Es imposible decir que una sensación de 70° de calor sea la sen-

sación producida por el hielo adicionada a sí misma un cierto número de veces.

Por otra parte, ¿cómo pasar de los elementos puramente fisiológicos (choques nerviosos) a un fenómeno tan semejante como una sensación de calor, de color o de sonido? "Un movimiento, cualquiera que sea, rotatorio, ondulatorio o de cualquiera otra índole, no se asemeja en nada a la sensación de amargo, de amarillo, de frío o de dolor. Nosotros no podemos convertir ninguna de las dos concepciones en la otra, y siempre parecen los dos acontecimientos absolutamente diferentes, de suerte que el análisis, en vez de llenar el intervalo que los separa, parece ampliarlo hasta lo infinito." Taine: *L'Intelligence*, I, 323.)

Los partidarios de la teoría fisiológica responden a la segunda de estas objeciones que, en la Naturaleza, toda combinación de los elementos tiene por resultado hacer aparecer una propiedad nueva. La ciencia, cuando explica, reduce precisamente esta propiedad nueva a elementos ya conocidos. Esta reducción es el fondo de toda teoría científica. La psicología, para explicar la sensación, tiene, pues, el derecho de reducirla a elementos fisiológicos, con tal que ella pueda mostrar —y este es el caso— que toda sensación está siempre experimentalmente condicionada por estos elementos.

En cuanto a la primera objeción, que no es más que un caso particular de la objeción general hecha al método psicométrico (porque la psicofísica y la medida de los estados psicológicos no conciernen más que a la sensación), los psicofísicos hacen notar que toda propiedad que varía al mismo tiempo que una cantidad es susceptible de medida. La intensidad de la sensación es, pues, medible. Tomaremos como unidad *la más pequeña variación de intensidad que puede apreciar la conciencia*; esto parece *legítimo*, a pesar de las críticas *superficiales*, porque, para la conciencia, estas variaciones son todas *idénticas* entre sí, puesto que *cada una* es igual a un dato fijo de la observación: el *minimum* de cambio apreciable.

Así, hay una propiedad característica de la sensación: su intensidad, que varía al mismo tiempo que las cantidades de excitación y cuyas variaciones son susceptibles de ser anotadas en relación con estas cantidades. Se puede, pues, registrar esta propiedad gracias a las más pequeñas diferencias de intensidad sentidas por la conciencia y a las variaciones cuantitativas de excitación correspondiente y, por tanto, medirla, exactamente como en física se mide la propiedad de la gravedad, del calor, de la electricidad, de la luz, del magnetismo, del sonido, etcétera; en mecánica, la velocidad y la fuerza; en geometría misma, la extensión, la longitud y la relación de una línea con otra.

Cualquiera que sea, pues, la naturaleza de la sensación, naturaleza que la psicología no puede determinar, al menos por el momento, parece que la segunda teoría tiene el derecho de analizarla y de hablar de las relaciones medibles que ella descubre entre sus propiedades y sus condiciones fisiológicas y físicas.

VI. DATOS PRIMITIVOS DE LOS SENTIDOS

Resulta de lo que hemos dicho sobre las sensaciones que la sensación, aun siendo el elemento último del conocimiento, aquel al cual nos conduce el análisis de toda representación, no es por sí misma un conocimiento. Todo conocimiento propiamente dicho supone, en efecto, una distinción, por vaga que sea, entre el sujeto que conoce y el objeto conocido. Esta distinción es toda una serie de operaciones mentales bastante complejas, conocidas bajo el nombre de percepción, que será producida elaborando, por decirlo así, dos grandes sistemas, en los cuales son organizadas y combinadas todas nuestras sensaciones: el sistema de la percepción externa, que nos da la noción de los objetos exteriores, y el sistema de la percepción interna, que nos proporciona la noción de nuestra personalidad.

Se llaman datos de los sentidos los elementos, tan puros como podamos concebirllos, aportados por la sensación, cuando hace abstracción de todo lo que agregan las operaciones perceptivas. El análisis de cada uno de nuestros sentidos, después de haber indicado los caracteres psicológicos irreductibles de la sensación y sus condiciones orgánicas y los elementos de que parece ella la resultante, tiene por objeto determinar cuáles sean estos datos.

a) *Sensaciones cutáneas. (Sentido del tacto.)*— Ya hemos comenzado el análisis del *tacto* (en el más amplio sentido de la palabra) cuando hemos sido llevados a subdividir las sensaciones cutáneas en cinco especies de sensaciones: las sensaciones de la vida orgánica, musculares, de presión, térmicas y de contacto, y esto según la distinción muy probable de los órganos que nos las procuran. ¿Cuáles son los datos primitivos e irreductibles de estas cinco clases de sensaciones?

1.º *Sensaciones de la vida orgánica.*— En cuanto a las sensaciones de la vida orgánica, pueden encontrarse dos esenciales, la sensación de bienestar y la sensación de malestar, que no deben confundirse con el placer y el dolor propiamente dichos. Estos, en efecto, no parecen ser verdaderas sensaciones, a pesar de lo que piensan ciertos psicólogos como *Taine* y *Strong*; son más bien estados especiales capaces de acompañar cualquier sensación y que tienen condiciones muy diferentes de aquellas de las sensaciones. A pesar de todos los esfuerzos realizados ha sido imposible encontrar un órgano sensorial del placer y del dolor. Las sensaciones de bienestar o de malestar tienen, por el contrario, una fisonomía especial entre todas las sensaciones.

Estos datos pueden subdividirse en datos secundarios según los órganos que los provocan. Todo el mundo conoce la sensación de sofocación, y, por el contrario, el bienestar que proporciona una inspiración profunda, la pesadez del estómago o de los intestinos, o, por el contrario, la ligereza de estos órganos cuando estamos bien,

la sensación de fatiga general o la sensación de estar ágil.

2.º *Sensaciones musculares.*— Los principales datos del sentido muscular son esencialmente: la sensación de contracción o de relajamiento y las numerosas sensaciones que nos indican la dirección del movimiento puro, la resistencia interna de nuestros músculos, porque la dirección del movimiento puede ser también indicada por sensaciones táctiles, provenientes de excitaciones de nuestra piel.

3.º *Sensaciones de presión.*— Los principales datos del sentido de presión son relativos a la resistencia y al peso (sensaciones de peso y de ligereza que han jugado un gran papel en la física antigua).

4.º *Sensaciones térmicas.*— Los principales datos del sentido térmico son el frío y el calor. Lo templado puede considerarse como una cualidad original. En fin, según experiencias bastante sutiles, se ha determinado un cero fisiológico, es decir, una temperatura que no nos proporciona absolutamente ninguna sensación. Se ha podido determinar también que los puntos de nuestra epidermis que sienten el calor no son los mismos que sienten el frío: "Deslizar lenta y superficialmente una espiga de cobre puntiaguda sobre la piel del dorso de la mano. En ciertos lugares se percibirán sensaciones definidas de frío, mientras que en otros no experimentaréis ninguna sensación de temperatura o, al menos, no las experimentaréis más que vagas y difusas. Calentad ligeramente la espiga de cobre y repetid la experiencia." Llegaréis a los mismos resultados. (Sanford: *Curso de psicología experimental*, pág. 8.)

Por otra parte, lo mismo que todos los órganos sensibles, los órganos del sentido térmico son específicos. Si se pica ligeramente un punto de frío determinado por la experiencia precedente, en lugar de sentir una picadura se siente frío, y lo mismo para los puntos de calor. Se explica así el frío producido por lápices de mentol, porque la experiencia ha podido mostrar que no era en nin-

gún modo debido a un enfriamiento de la piel, sino simplemente a una hiperestesia de los nervios, del frío que le hacen sentir todo contacto, y en particular el soplo del aire, como un frío muy vivo.

5.º *Sentido táctil propiamente dicho.* — Los datos del sentido táctil son, en primer lugar, los del contacto; después, todos éstos que matizan el contacto (rugoso, pulido, continuo, discontinuo y cosquilleo).

b) *Sentido de la vista.* — Desde el primer momento la vida nos proporciona de un modo incontestable las sensaciones de claridad: sombra, luz, etc., y las sensaciones de color.

El análisis físico reduce las sensaciones de color a siete colores fundamentales, los siete colores del espectro. Como estos colores pueden ser producidos por la combinación de los tres colores fundamentales, el rojo, el violeta y el verde, se supone que en el ojo hay tres elementos orgánicos especialmente destinados cada uno a proporcionarnos uno de estos colores fundamentales; tendríamos entonces tres datos fundamentales del sentido visual para los colores.

c) *Sentido del oído.* — Los datos del sentido del oído son, en primer lugar, la multiplicidad de los sonidos y de los ruidos. Pero un mismo sonido musical es susceptible de presentarse bajo diversas formas, según que sea más o menos intenso y tenga un timbre especial. Se pueden, pues, reducir los diferentes datos del sentido del oído a los siguientes: los ruidos y los sonidos; y estos últimos se distinguen según su altura, su intensidad y su timbre. Se ha querido averiguar también si las sensaciones sonoras indican primeramente la dirección de que proceden. Habiendo creído encontrar ciertos fisiólogos en los canales semicirculares de la oreja un sentido de orientación, los psicólogos han pensado que los sonidos implicaban por sí mismos ciertos datos que sirven para orientarlos.

Todas las experiencias intentadas a este propósito no han dado ningún resultado decisivo.

d) *Sensaciones del gusto*. — Son más restringidas y más indistintas porque sus datos son más vagos; se han diferenciado el salado, el amargo, el dulce, el ácido, casi nada más.

e) *Sensaciones del olfato*. — Muy próximas a las precedentes estas sensaciones, como todas las que han evolucionado poco, son también escasamente afectivas: olores agradables, desagradables y nauseabundos, diferenciados según sus matices propios.

Es preciso distinguir con cuidado las sensaciones de olor y de sabor propiamente dichas de las sensaciones adjuntas, porque siempre hemos mezclado con ellas sensaciones de contacto, de contracción muscular, de calor y de frío; por ejemplo, la sensación de olor picante dado por el amoníaco. Pero las sensaciones de sabor, de acritud, de astrigencia, de irritación, de calor, de frescura, pertenecen necesariamente a las sensaciones cutáneas.

Tales son las diferentes impresiones primitivas, *todas puramente cualitativas y afectivas*, que dan nuestros diferentes sentidos y que, combinándose, sea directamente, entre sí, en el mismo instante, sea indirectamente, gracias a la evocación por la memoria de las sensaciones pasadas, nos dan imágenes cuya percepción constituirá la representación de la realidad exterior.

Nota sobre la terminología. — 1.º Se designa, desde el punto de vista fisiológico, por *sensibilidad* el conjunto de nuestros órganos sensibles, y desde el punto de vista psicológico, la facultad de tener sensaciones. El estudio general de la sensación se llamará el estudio de la sensibilidad.

2.º Se designa también por *sensibilidad*, en un sentido más amplio, todo conocimiento que se apoya sobre sensaciones o de imágenes de sensación, todo conocimiento concreto, todo pensamiento por imágenes, por oposición al *entendimiento* y a veces a la *inteligencia*, que es el pensamiento por ideas, por juicios y razonamientos. Se da también a este conocimiento, que comprende sensaciones, percepciones e imágenes, el nombre de *intuición sen-*

sible o *experiencia*, oponiéndolo a la *razón*, considerada por ciertos filósofos como una fuente de nuevos conocimientos, derivándose, entonces, puramente del espíritu e independiente de las impresiones que nos vienen del mundo exterior.

3.º Se da también el nombre de *sensibilidad* al conjunto de los hechos *afectivos*, a la vida afectiva; esto sería la facultad del sentimiento y del placer y del dolor.

Convendría tomar, para la claridad del lenguaje, esta palabra, *sensibilidad*, en su primer sentido. Pero es preciso desconfiar de toda cuestión, discusión o libro que empleen este término, en los diferentes sentidos que puede tener, y precisar siempre el sentido en que se emplea.

CAPÍTULO X

LA ACTIVIDAD REPRESENTATIVA ESPONTANEA. LAS PERCEPCIONES Y LAS IMAGENES

*La percepción en general. — Determinación del hecho.
Clasificación*

PRIMERA SECCIÓN. — LA PERCEPCIÓN EXTERIOR. — CONSTRUCCIÓN
DEL MUNDO EXTERIOR

I. *Descripción.* — 1.º Irreductibilidad y simplicidad. 2.º Objetividad. 3.º Localización.

II. *Condiciones psicológicas.* — A: Combinación de las sensaciones. — B. Objetivación. — C. Localización: I. La percepción de la extensión superficial: a) Insuficiencia de las sensaciones visuales por sí solas. b) De las sensaciones táctiles y musculares por sí solas. c) Necesidad de su fusión. II. Situación a distancia: a) Construcción de la idea de distancia. b) Localización; teoría de los signos locales; construcción de la percepción de nuestro propio cuerpo y del mundo exterior. Resumen y conclusión.

III. *Condiciones fisiológicas.*

IV. *Naturaleza de la percepción exterior.* — 1.º Papel de la memoria. 2.º Papel de la asociación. 3.º Papel de la atención.

Nota sobre la terminología.

LA PERCEPCIÓN GENERAL. DETERMINACIÓN DEL HECHO.
CLASIFICACIÓN

Podemos ahora emprender el estudio de las síntesis espontáneas que se forman en la conciencia entre los elementos representativos, o sensaciones gracias a su con-

servación, a la atención y a la asociación. Estas síntesis han recibido el nombre de *receptos* o *perceptos*, y, más comúnmente, el de *percepciones*.

Las percepciones, o bien se localizan *en el espacio* y parecen resultar del influjo del medio sobre nosotros y constituyen lo que se llama *percepción exterior*, o bien se localizan solamente en un momento del tiempo y se nos aparecen como producidas directamente por nosotros mismos, y nos proporcionan entonces la noción de nuestra personalidad, de nuestro yo: esta es la percepción interna.

PRIMERA SECCIÓN

LA PERCEPCION EXTERIOR: CONSTRUCCION DEL MUNDO EXTERIOR

I. DESCRIPCIÓN

1.º *Irreductibilidad y simplicidad*. — Las sensaciones no se encuentran nunca aisladas en la conciencia. Nosotros tenemos siempre, cuando observamos nuestros estados representativos tales como nuestros sentidos parecen dárnoslos inmediatamente, una imagen mucho más compleja, con contorno y formas determinadas; en una palabra, la *noción* de un objeto. Esta noción nos parece *simple e irreductible*. Yo creo aprender directamente el objeto, y apoderarme *de un solo golpe* de la idea de su contenido, de su consistencia, de su colorido, de su distancia, etc.

2.º *Objetividad*. — La percepción, al mismo tiempo que se manifiesta en nosotros como un acto simple e irreductible, afirma, por este acto, la existencia de *objetos reales existentes fuera de nosotros*. Desde este punto de vista difiere completamente de las sensaciones, puesto que éstas son completamente subjetivas.

3.º *Localización*. — En fin, este objeto está siempre *situado en un punto determinado del espacio*. Las sensa-

ciones son por sí mismas simples modalidades de la conciencia. Pero toda percepción del mundo exterior nos representa un objeto que ocupa *una cierta porción del espacio, en un lugar determinado*. Está, pues, *extendida y localizada*.

II. CONDICIONES PSICOLÓGICAS

Tal es el análisis que podemos hacer de la percepción con el auxilio del análisis de la introspección: basta éste para caracterizarla, para diferenciarla y para describirla como hecho psicológico. Pero queda por explicar, analizando más profundamente sus condiciones. Este trabajo, emprendido ya a fines del siglo XVII por *Berkeley*, continuado por los idealistas ingleses (*Hume* y *Mill*) y los psicólogos modernos (*Bain*, *Spencer*, *Taine*, *Helmholtz* y *Wundt*), muestra que la percepción exterior es el resultado de una combinación de sensaciones que se opera durante los primeros años de la infancia y que acaba en su *objetivación* y su *localización*. La pretendida simplicidad e irreductibilidad de la percepción es una ilusión grosera de la conciencia. Por una nueva síntesis es como pasamos de las sensaciones *individuales y relativas* a representaciones *objetivas fijas, situadas en el espacio*. No hay nada inmediato y simple, como van a mostrarlo la observación y la experimentación objetivas.

A. COMBINACIÓN DE LAS SENSACIONES. — Toda percepción, y esto está ya fuera de duda, es, en realidad, compuesta. Esta combinación es el primer trabajo de la construcción perceptiva. Recorramos sus principales etapas.

La percepción más simple, una de las que la antigua física daba como absolutamente primitiva e irreductible, la percepción de un rayo luminoso, de un sonido determinado, no es percepción sino en el caso de que el rayo o el sonido sean *reconocidos como tales*, sin lo cual permanecen como simples sensaciones *subjetivas*. Hay, pues,

en el fenómeno un *reconocimiento implicado*, una *comparación implicada*, según las expresiones de Höffding, que nacen de la semejanza y de la asimilación de la impresión con impresiones anteriores. En un grado un poco más alto nos encontramos con la *percepción* del movimiento; por inmediata y directa que parezca, "es claro que no puede corresponder a una impresión única, sino a toda una serie de impresiones sucesivas. No percibimos un movimiento sino en el caso de que las impresiones, sucesivamente producidas por la serie incesantemente diferenciada de los estados y de las posiciones de los músculos y de las articulaciones, se sigan una a otra, y que, además, las sensaciones correspondientes a las impresiones anteriores sean conservadas y aun reproducidas en la memoria mientras que las impresiones siguientes vayan produciéndose a su vez". (Höffding, 152.)

B. OBJETIVACIÓN. — Se trata ahora de analizar las condiciones que hacen de estas sensaciones *la representación de un objeto real* cuando están asociadas. Estas condiciones están esencialmente dadas en las condiciones musculares que acompañan, como hemos visto, al ejercicio de nuestros sentidos, y no son otra cosa que las condiciones primitivas de la atención elemental. Toda sensación suscita movimientos: "*El paso inmediato, instantáneo, de la excitación al movimiento es una señal característica del primer grado de la vida consciente.* Además, las excitaciones venidas del exterior producen movimientos que sirven para mantenerlas y conservarlas. Hay aquí una *dirección activa del ser hacia la excitación*, como cuando el niño pequeño sigue y busca la luz con la cabeza y los ojos; se apercibe bien pronto que sus movimientos no pueden desplegarse sin encontrar obstáculos. En ciertos puntos tropiezan con *una resistencia*, y en la *sensación de resistencia parece entrar un elemento extraño que no somos nosotros...*"

Las sensaciones de contacto y de presión son las que desempeñan el papel más importante en esta formación de la noción de una existencia exterior; en primer lugar,

porque son experimentadas muy primitivamente y ya en el seno materno; después, porque ellas son las que nos dan las sensaciones de resistencia más características. Pero "vista por *un* cierto lado, *toda* sensación es una sensación de resistencia. Ninguna excitación física obra sino cuando actúa en la superficie exterior del organismo. Ya la palabra objeto significa por sí misma resistencia; el objeto es lo que se encuentra ante nosotros, *objektivum*". (Höffding, 273.) La noción de resistencia se asocia, pues, a todas nuestras percepciones y despierta siempre la noción de un objeto exterior y material, algunas veces equivocadamente (errores de los sentidos, *alucinaciones*).

C. LOCALIZACIÓN.—Estas confusiones son, por otra parte, fácilmente evitadas en la vida normal, porque los objetos que representan nuestras percepciones exteriores están *todos referidos a puntos precisos del espacio*. Tanto, que lo que coincide con esta fuerte organización y este replanteo es rechazado al dominio de lo irreal y del sueño. Gracias a una *rectificación espontánea*, nosotros elaboramos esta organización *esencial en la percepción exterior*, dando a nuestras percepciones un *aspecto extenso*, después localizándola a *una distancia determinada*.

I. *La percepción de la extensión superficial resulta de una asociación de las sensaciones visuales a las sensaciones táctiles y musculares.*—Durante mucho tiempo se ha creído que percibimos directamente, desde que nuestros sentidos se ejercen, la extensión y la distancia, tal como las percibimos actualmente. Esta tesis está sostenida todavía con grandes reservas por la escuela *nativista*. Fué combatida por la escuela empírica, para la cual estas nociones son construídas gracias a la experiencia. Hoy, la mayor parte de los psicólogos piensan que la noción de espacio (llamada espacio de *tres dimensiones*: extensión (*anchura y altura*), y *profundidad*), que todos poseemos, está adquirida por la experiencia; en esto dan la razón a la tesis empírica. Pero es razonable creer, como se ha visto, que todas nuestras sensaciones tienen como carácter irreducible la propiedad de ser espaciales, bien que esta pro-

piedad tenga un aspecto muy diferente, según el sentido considerado, y esté, en su origen, en cada uno de nuestros sentidos, muy alejada de nuestras ideas actuales de extensión y de distancia. Estas proceden del predominio que han alcanzado algunos de nuestros sentidos, a expensas de otros, en la representación que nos formamos de los objetos: en particular, el sentido táctil y muscular, y, sobre todo, el sentido visual. *El espacio, tal como lo concebimos; los objetos exteriores, tales como nos los representamos, son, pues, el resultado de una educación del sentido visual, gracias a las sensaciones táctiles y musculares, y de una interpretación de todos nuestros datos sensibles, con el auxilio de nuestras sensaciones visuales. Justifiquemos sumariamente esta afirmación.*

a) *Insuficiencia de las sensaciones visuales por sí solas.*—La vista no percibe primeramente, parece ser, más que sensaciones luminosas y coloreadas, semejantes a aquellas que experimentamos cuando nos deslumbra una sensación. Las experiencias hechas sobre los recién nacidos y los ciegos de nacimiento operables, poco tiempo después de la operación, lo prueban suficientemente. Buscamos primeramente y nos esforzamos en fijar las excitaciones claras y brillantes, pero no demasiado deslumbradoras; sólo después nos apoderamos de la forma de los objetos. Los objetos particulares se delimitan gracias a percepciones y a experimentos realizados con el tacto y moviendo uno o muchos órganos. (Höfding, 263.)

El ciego operado por Franc (1840) no fué capaz de formarse la imagen de un cuadrado o de un disco *hasta que hubo experimentado en las extremidades de los dedos la misma sensación que si hubiese tocado realmente los objetos.*

b) *Insuficiencia de las sensaciones táctiles y musculares por sí solas.*—Las sensaciones táctiles y kinestésicas, lo mismo que las visuales, no pueden manifestar *inmediatamente y por sí solas* la propiedad de la extensión, tal como la percibimos, una vez realizada la educación de nuestros sentidos. "En lo que concierne a la representa-

ción *no visual* del espacio o de la extensión, la observación y el estudio de un ciego de nacimiento, que he proseguido durante tres semanas, me han convencido de nuevo de que el tacto, por sí solo, es completamente ignorante de las cualidades propias de la extensión y del espacio, tales como nos las presenta *nuestra percepción*, sería preciso agregar, porque *Platner* interpreta como *no espacial* todo lo que no es conforme con el espacio de nuestra percepción, interpretación que ha sido desterrada casi definitivamente por la crítica... El ciego distingue la figura de los cuerpos únicamente por la especie de impresiones táctiles, porque el cubo, por ejemplo, afecta su tacto, por los ángulos y las aristas, de otra manera que la esfera (*Platner*, citado por *Höfding*, 261.)

c) *Necesidad de su fusión.*— Es preciso concluir de estas observaciones que no tenemos originariamente por el sentido de la vista ni por el del tacto y el movimiento, *nuestra* percepción de la extensión; ésta es el resultado de una síntesis asociativa, en la que la conciencia *interpreta* constantemente por las sensaciones visuales las demás sensaciones, en particular las sensaciones táctiles y musculares. Se establece entre todas una continuidad que da al conjunto la propiedad de la extensión. Para que esta propiedad sea completa precisa:

1.° Que en primer lugar, se establezca la continuidad para las sensaciones visuales. La retina opera, en efecto, continuamente la presión de las sensaciones que le impresionan, porque esta impresión dura un tiempo apreciable. Pasa algo análogo a la formación de una *línea* luminosa, producida por un *punto* brillante animado por un movimiento bastante rápido. El ciego de nacimiento, aun cuando su lenguaje pueda engañar, porque emplea palabras a las que da un sentido completamente distinto del nuestro, no tiene verdaderamente una percepción análoga a la nuestra, como lo demuestra esta observación de *Platner*.

2.° Es preciso, además, que podamos recorrer en sentidos diferentes (por ejemplo, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, de arriba abajo y de abajo arriba)

la serie *sucesiva* de nuestras sensaciones, lo que nos las hace considerar como permanentes y *simultáneas*. Porque, en el tiempo, el orden de sensaciones no depende de nosotros; no podemos modificarlo, invertirlo, hacer que *el después se convierta en el antes*, y recíprocamente. Si nosotros podemos modificar e invertir el orden de nuestras sensaciones es porque ellas corresponden a puntos diferentes, que existen al mismo tiempo de un modo permanente, y, por tanto, constituyen una extensión dada.

Es, pues, la asociación de sensaciones e imágenes visuales, táctiles y musculares, unida a esta *facultad de reversibilidad*, la que produce y precisa la percepción de las extensiones superficiales.

II. *Situación a distancia*.—Tenemos ahora percepciones extensas, pero es preciso que se localicen a diferentes distancias en el espacio general para corresponder a la percepción exterior, tal como la observación actual la manifiesta. Esta localización es todavía el resultado de la experiencia. Ella se explica por la adquisición de la noción de distancia y la localización de las percepciones a la distancia en que está situada su causa excitadora.

a) *Construcción de la noción de distancia*.—La extensión de las sensaciones *brutas* parece envolver, sobre todo para las sensaciones visuales, auditivas, musculares (¿y olfativas?), la noción confusa de algún alejamiento, contrario a lo que pretende la teoría de la *proyección*. Pero, en oposición ahora a la *teoría nativista*, esta noción sería muy diferente de la *distancia, tal como nosotros la percibimos*: evaluada por una línea que va del objeto a nosotros, ésta no puede ser un dato sensible particular, sino solamente el resultado de una *comparación*, y, por tanto, de sensaciones *combinadas*.

Las experiencias realizadas sobre los recién nacidos y los ciegos de nacimiento operados confirman enteramente esta inducción. Aun cuando el niño sea sensible a la luz desde los primeros días del nacimiento, no puede tener la percepción de la distancia del foco luminoso, porque los movimientos de los dos ojos no están coordinados: los

ejes ópticos no se cortan, pues, necesariamente desde el comienzo, en el punto que es el objeto de la percepción, lo cual es una condición indispensable. "Sólo poco a poco (en el curso de los tres primeros meses) el niño se ejercita en coordinar los ojos de manera que no los tuerza tan frecuentemente. Y aun una vez obtenida la acomodación, todavía no hay percepción cierta de distancia, puesto que el niño intenta apoderarse de cosas que están fuera de su alcance. La apreciación de la distancia es todavía imperfecta en el segundo y tercer año." El ciego de nacimiento operado por *Cheselden* (1728) creía que todos los objetos *tocaban* a sus ojos. El operado de *Franz* (1840) tomaba un dado por un cuadrado, una bola por un disco y una pirámide por un triángulo. Todos los objetos *eran planos*.

La percepción de la distancia, como la percepción de las extensiones, no puede ser, pues, más que una *evaluación por medio del movimiento y por la asociación de nuestras sensaciones visuales y táctiles con las sensaciones musculares*, operación que tiene lugar siempre que percibimos un objeto. "El ojo se acomoda involuntariamente para que la excitación luminosa venga a caer sobre la mancha amarilla de la retina. La curvatura del cristalino aumenta a medida que se aproxima el objeto. Los dos ojos se colocan de tal suerte, que los ejes ópticos convergen más o menos según el alejamiento de lo que atrae la atención: si yo miro un objeto próximo, los ojos (por medio de los músculos insertados en su cara interna) se vuelven hacia adentro; si dirijo después la mirada a lo lejos, los ojos se volverán hacia fuera (por medio de los músculos oculares externos)." (Idem, 257.) Si consideramos el sentido del tacto, vemos que llevamos la mano sobre el objeto o que nos movemos hacia él para palparlo: la percepción más precisa de la distancia es de las cosas que hemos medido con nuestras manos, y la primera, cronológicamente, es aquella por la cual llegamos a distinguir las posiciones respectivas de nuestros miembros. "Nosotros experimentamos así, de muchas maneras diferentes, *sensaciones kinestésicas que tienen una relación determinada*

con la posición del objeto respecto de nosotros. Ahora bien: gracias a la asociación o al ejercicio, la imagen de estas sensaciones kinestésicas se liga con la vista o el contacto del objeto." Nosotros no tenemos nunca percepción visual de la distancia cuando no introducimos la imagen de las distancias, obtenida por el *tacto*, ni percepciones de distancia por el tacto, sin que intervengan imágenes de sensaciones kinestésicas.

b) *Localización. Teoría de los signos locales. Construcción de la percepción de nuestro cuerpo y del mundo exterior.*—Queda por mostrar, ahora que tenemos los elementos de la localización, cómo se forman las nociones que tenemos de nuestro cuerpo y de los objetos exteriores.

1.º Nosotros no tenemos primariamente la noción de nuestro propio cuerpo. El niño pequeño ofrece un dulce a su pie y se sorprende de que no se lo coma. Pero cada nervio da una sensación particular, que constituye como una serie de signos indefectibles del lugar impresionado. Este es el *signo local*, según la exacta expresión de Lotze. Poco a poco, con experiencias repetidas, las imágenes visuales y táctiles de este lugar se ligarán de una manera indisoluble con su excitación. Así se formará la *imagen total de nuestro cuerpo*. Tenemos una confirmación de la exactitud de este proceso en las ilusiones de los amputados. El amputado continúa sintiendo los dolores y las impresiones de contacto en el miembro que ya no tiene, bastante tiempo después de serle amputado. ¿Por qué? Porque las fibras nerviosas que corresponden a los puntos del miembro desaparecido, cuando son impresionadas, continúan despertando, por el signo local, la antigua imagen de estos puntos. Es preciso una nueva educación de la sensibilidad para romper esta asociación y reconstruir otra.

2.º Para las sensaciones de temperatura, del olfato, del oído y, sobre todo, de la vista, en las cuales la causa puede obrar a distancia y estar alejada del punto excitado, no es solamente la imagen del punto excitado en la periferia de nuestro cuerpo (retina, oreja, nariz, epidermis) lo

que se evoca a continuación de la excitación y asociado con ella, sino, además, las imágenes que sirven para la evaluación de la distancia. La percepción nos presenta todo esto en bloque y se sitúa por sí misma en el lugar en que está colocada la causa excitadora.

Resumen y conclusión.—Según la teoría que acaba de resumirse, la percepción exterior nos representa las relaciones que nuestras sensaciones tienen entre sí, eliminación hecha, de un modo más o menos completo, de las relaciones por las cuales ellas no son más que un momento y un matiz de nuestra vida psicológica y subjetiva. También la percepción exterior retiene, sobre todo, el carácter *especial* e intensivo de nuestras sensaciones y es inseparable de la noción de *espacio*.

Esta teoría es *empírica*, en cuanto que la percepción exterior y la noción de espacio son el resultado de una educación de los sentidos en el individuo y en la especie: una adquisición de la experiencia.

Se opone, en primer lugar, a las teorías *realistas* e *innatistas* o *nativistas*, según las cuales la percepción exterior y la noción de espacio habrían sido dadas siempre en la especie y el individuo, tales como las poseemos actualmente, existiendo el mundo exterior tal como se le percibe, si no con todas las cualidades, al menos con las propiedades del espacio geométrico.

Se opone, además, a las antiguas teorías empíricas de la *proyección*, para las cuales las sensaciones brutas serían desprovistas de toda propiedad espacial; puramente intensivas, cualitativas y subjetivas, nos serían dadas primero como internas y después proyectadas fuera de nosotros (*Berkeley, Mill, Taine, etc.*). Estas teorías se apoyan, sobre todo, en la observación de *Platner*: "Yo he notado, en particular, muy claramente, esto: los objetos y las partes del cuerpo que el ciego toca no determinarían sobre sus nervios sensitivos impresiones de especies *diferentes*, y miraría todo lo que es exterior como una sola cosa que actuaría sobre él; con más fuerza, por ejemplo, cuando pone la mano sobre una superficie que cuando

pone el dedo con menos fuerza cuando la roza con la mano o con el pie. En su propio cuerpo distingue la cabeza y los pies, no por su distancia, sino simplemente por la percepción, que es en él de una finura increíble, de la diferencia de las sensaciones que hay de una y otra de estas partes, y además, por el tiempo." Pero esta interpretación parece venir de una mala inteligencia sobre el sentido de las palabras que emplean los ciegos para expresar sus impresiones, y, que, tomadas de nuestro lenguaje, tienen, forzosamente, otra significación para ellos. La mayor parte de los psicólogos admiten hoy que las sensaciones son por sí mismas espaciales y que la experiencia consiste, aquí como en otros casos, en adquirir la conciencia de ciertos caracteres de lo dado y en precisarlos y desenvolverlos.

III. CONDICIONES FISIOLÓGICAS

No tenemos gran cosa que decir de las condiciones fisiológicas generales de la percepción externa. Ella comprende, por una parte, una sensación que nos viene del exterior (y las condiciones son entonces las de la sensación), y, por otra parte, lo que constituye el factor más considerable, una evocación y una asociación de imágenes anteriores, conservadas en la conciencia. Las condiciones fisiológicas son entonces las de la conservación y la asociación. Pero el *papel de la atención* merece ser puesto de relieve. Las imágenes evocadas y asociadas son las *indispensables para la acción*. Todas las combinaciones perceptivas, todas las propiedades nuevas que aparecen en la síntesis, son debidas a la utilidad, casi a la necesidad, que ofrecen.

Sería un error creer que la percepción es, desde el punto de vista psicológico, algo pasivo y automático, como sería una ilusión pensar que es inmediata e instintiva desde el punto de vista psicológico. Lo que *orgánicamente* corresponde a la larga educación de la conciencia en la percep-

ción, es el conjunto de fenómenos activos y motores que implica y que hemos estudiado extensamente en la atención. No es preciso creer que las descargas nerviosas se encaucen ellas mismas, por caminos enteramente trazados, en las fibras asociativas. Pero determinando cada excitación movimientos, estos movimientos de reacción repercuten en los centros cerebrales, y poco a poco asocian y combinan las imágenes a las cuales están naturalmente ligados por experiencias anteriores. En resumen, porque una excitación deviene el signo de un acto práctico a ejecutar es por lo que despiertan todos los elementos de información (imágenes anteriores) necesarios para este acto.

Las condiciones generales de la percepción son, pues, las condiciones de la sensación unidas a las condiciones de las tres funciones psicológicas de elaboración: atención, memoria y asociación.

IV. NATURALEZA DE LA PERCEPCIÓN EXTERIOR

Las percepciones externas son, pues, síntesis muy complejas, en las que las sensaciones, a continuación de una serie de experiencias, y, sobre todo, las imágenes, se asocian y se fusionan conjuntamente; tanto, que una *intuición inmediata* acaba por reemplazar la sucesión de las operaciones múltiples que tienen realmente lugar. "Hay una verdadera química mental" que no debe asombrarnos, puesto que las síntesis de este género son el procedimiento esencial de la actividad consciente. Por ellas, una sola indicación se convierte en la equivalente de una multitud y de otras y abrevia considerablemente nuestro trabajo, economizando nuestros esfuerzos.

¿Por qué se realiza esta síntesis en todos los individuos de un mismo modo? Si la percepción exterior encadena las sensaciones sobre un *plan idéntico* para todos los hombres, es todavía porque este encadenamiento está guiado por su utilidad. Hay un interés primordial para el ser en que las sensaciones que emanan de un mismo

objeto sean referidas en bloque y en el sitio en que está situado, porque es allí donde podemos actuar sobre él. Hay, además, interés en que por una sola indicación sea evocada inmediatamente toda la experiencia que puede relacionarse con ella. Y son los caracteres de estas combinaciones lo que llamamos nuestras percepciones exteriores. Además, "aun en lo que concierne al hombre, la facilidad y la rapidez con que se desenvuelve en él la percepción de la distancia puede explicarse apenas sin el socorro de tendencias de aptitudes hereditarias". (*Höfding*.) Conforme a la teoría de la evolución, la organización de la percepción externa es la que responde mejor a los intereses de la especie humana, y ella se ha impuesto poco a poco a toda la especie.

La percepción exterior nos representa el resultado de los esfuerzos de la especie para llegar a eliminar de las sensaciones sus caracteres puramente subjetivos e individuales, y para conservar, desenvolviéndolo y precisándolo, todo lo que en las sensaciones no depende de nuestra constitución particular, de nuestro estado momentáneo, pero depende, por el contrario, de las relaciones que tienen entre sí. Este trabajo de depuración, en el sentido de una objetividad siempre mayor, es limitado porque la percepción exterior depende siempre, bien entendido, de los caracteres *comunes* a la sensación sensorial de la especie y, sobre todo, de los hábitos, de los instintos adquiridos por la especie y que son, con frecuencia, fortuitos y arbitrarios. La inteligencia humana tratará, por la ciencia precisamente, de sobrepajar la percepción en el sentido de la objetividad y de eliminar todo lo que ella contiene de fortuito y de arbitrario.

Tal como es, la percepción exterior será, pues, forzosamente *relativa*, y en una cierta medida *subjetiva*, aunque lo sea ya mucho menos que lo serían las sensaciones brutas de un individuo particular. La manera como nos representamos los objetos exteriores puede estar todavía muy lejos de la verdadera naturaleza de estos objetos.

Es una *alucinación verdadera*, según la vigorosa expresión de *Taine*, el cual no hace sino continuar las teorías de *Berkeley* y de *Stuart Mill*: alucinación, puesto que, *exactamente como este estado*, no es sino la creencia en la existencia real de las *imágenes* múltiples tomadas al recuerdo (noción de extensión, de distancia, localizaciones, sensaciones diversas), suscitadas por una *sensación* y que se combina con ella; alucinación también, porque nosotros sabemos que todo esto es el fruto de una combinación psicológica que puede no corresponder a la realidad sino simbólicamente; pero alucinación *verdadera* en el sentido de que es fija, independiente de nuestra voluntad, que se impone de un modo análogo a todos los seres constituídos como nosotros: este es un estado normal de la conciencia (y la palabra *normal* sería menos anfibológica que la palabra *verdadera*), mientras que la alucinación propiamente dicha es un estado morboso y anormal.

1.º *Papel de la memoria*. — Cuando creemos ver una cosa, adquirir conocimiento de ella, en realidad la volvemos a ver y la reconstruimos. Cuando yo digo: "Veo una naranja, a tres pasos de mí, en el escaparate de un almacén", es que, en mi espíritu, la sensación visual presente ha despertado en mí una cantidad de sensaciones visuales análogas que ya he visto, cantidad de sensaciones táctiles y musculares que me hacen comprender que el objeto visto es próximamente una esfera y está situada a tres pasos de mí. En nuestro espíritu se despiertan muchos recuerdos de sensaciones análogas, y la síntesis de todos estos recuerdos, tomados de todos los planos de nuestra vida pasada, que forma la imagen perceptible y que consideramos como la visión inmediata y espontánea de un objeto; sin embargo, nosotros vemos que lo que es sentido inmediata y espontáneamente no es casi nada frente a recuerdos que nosotros tenemos de sensaciones y de percepciones antiguas. En una proporción enorme la percepción es, pues, fenómeno de memoria. Por una educación que ha llenado todos los primeros años de nuestra infancia, por una cantidad apenas imagina-

ble de hábitos adquiridos, de recuerdos utilizados, es como nosotros percibimos hoy, automáticamente, las cosas, dirigiendo sobre ellas la mirada o palpándolas con la mano. Toda percepción es una imagen muy compleja, o, más bien, un compuesto de imágenes numerosas.

2.º *Papel de la asociación.* — Mostrar que la percepción es un conjunto de recuerdos provocado por una sensación actual es mostrar también que ella es una síntesis asociativa. Al dato presente, infinitesimal, vienen a asociarse, en un orden sistemático y conveniente, todos los recuerdos y todos los hábitos del pasado que tienen alguna relación con el caso presente: asociaciones por semejanza, en primer lugar; es preciso que los datos sensibles actuales sean reconocidos para que despierten la idea del objeto a que corresponden y que hemos encontrado ya frecuentemente en la experiencia; asociaciones por contigüidad después, porque si nosotros localizamos nuestras sensaciones, sea en la periferia de nuestro cuerpo, sea en el espacio exterior, en el lugar de donde parten las causas excitadoras, es porque en nuestra experiencia nosotros hemos siempre comprobado conjuntamente la sensación actual y un acontecimiento exterior que se produce, sea en la periferia de nuestro cuerpo, en el caso del tacto, del gusto o de la presión, sea en un lugar determinado del espacio para los demás sentidos. Gracias a estas asociaciones por contigüidad es como podemos localizar y construir las imágenes constitutivas del mundo exterior.

3.º *Papel de la atención.* — Pero las asociaciones susceptibles de envolver uno cualquiera de los datos sensibles actuales son infinitamente numerosas, y sería el caso de repetir aquí que jamás son dados en la experiencia dos acontecimientos idénticos. Para que podamos reconocer los objetos, es decir, para que podamos percibir un objeto nuevo como idéntico a un objeto antiguo, para que nosotros podamos siempre localizar los cuerpos, es decir, las causas de las sensaciones de una manera determinada y sistemática; es decir, para que nosotros podamos

siempre utilizar del mismo modo nuestras experiencias pasadas, es preciso que de todas las asociaciones en las cuales entran nuestras sensaciones no conservemos más que el recuerdo de las experiencias localizadoras. Las otras asociaciones, que vendrían a embarazar las operaciones perceptivas y a complicar el mecanismo psicológico, deben ser eliminadas. Conservarlas sería la causa de numerosos errores, y nosotros notaremos de paso que la mayor parte de los errores, llamados errores de los sentidos, son producidos porque utilizamos, a propósito de una sensación dada, recuerdos y experiencias que deberían ser eliminados. Si de lejos vemos redonda una torre cuadrada, utilizaremos asociaciones que no deberíamos utilizar. Es preciso, pues, que nosotros escojamos, entre todas las asociaciones, un cierto número de entre ellas y éstas solamente. La atención, es decir, la selección de las imágenes, desempeña aquí un papel manifiesto.

De una manera evidente también, desde que se ha comprendido el papel de la atención, se manifiesta el resorte íntimo de la percepción exterior. Esta es, en último análisis, la teoría de la evolución, la que nos permite todavía percibirla. Si la atención ha escogido ciertas asociaciones y eliminado todas las demás, no es por un poder misterioso e inexplicable, sino porque algunas de nuestras asociaciones eran útiles para la vida y las otras no lo eran. Podían, pues, olvidarse las segundas sin ningún perjuicio. En cambio, a menos de sufrir o de perecer, no podían olvidarse las primeras.

La percepción externa, al mismo tiempo que es un nuevo factor de adaptación que debe desenvolver la selección natural, resulta de una adaptación muy estrecha del ser con su medio. Por esto se explica la forma particular que reviste en la especie humana y puede explicar también —al menos en parte— la superioridad de ésta. Nuestra percepción es esencialmente visual y táctil. Es el producto de un órgano visual y de un órgano muscular y táctil (la mano) ejercitados y hábiles y, sobre todo, de una combinación de los datos, provista por estos dos órganos,

más estrecha y más completa que en toda otra especie. Todas las propiedades y las relaciones de los objetos se traducen, en sus más finos matices, en sensaciones táctiles, musculares y visuales, y se reúnen, en cierto modo, en el atlas visual, que, a causa de sus facilidades, ha alcanzado claramente el predominio entre todos ellos. La historia de la percepción humana se reduce, pues, en suma, a esto: gracias a la agilidad de la mano, tenemos nociones más precisas; gracias a la asociación de las sensaciones táctiles y musculares con nuestras sensaciones visuales, tenemos un medio cómodo de hallarnos en medio de todas estas nociones, y, por consiguiente, de los objetos que nos interesan. Todo lo que se refiere a la adquisición de las nociones de extensión y de distancia no es más que la descripción de esta educación y el análisis de sus procedimientos. La selección natural no ha dejado de desenvolver en el hombre esta aptitud, que no se encuentra en ninguna otra parte tan desenvuelta, y a la que debe, al menos en gran parte, su realeza.

Nota sobre la terminología. — *Percepción* se llama también a la *operación* que consiste en percibir los resultados de esta operación: la percepción exterior, la percepción interna, y una percepción clara o confusa, la percepción de tal objeto. Para la claridad del lenguaje sería, quizás, mejor reservar la palabra *percepción* a la función y emplear la de *percepto* para el resultado. Pero es preciso tener en cuenta las locuciones usuales. Basta atender al lenguaje empleado y precisar uno siempre el sentido en que se toma la palabra.

Otro tanto pudiera decirse del término *representación*, que es aproximadamente sinónimo de percepción —pero con una atención más marcada al lado subjetivo de la operación y de sus resultados— y que se extiende algunas veces al dominio de las ideas: una idea puede ser llamada la representación de una clase de objetos, bien que se encuentre raramente esta acepción.

CAPÍTULO XI

LA ACTIVIDAD REPRESENTATIVA ESPONTANEA. LAS PERCEPCIONES Y LAS IMAGENES

(Continuación)

SEGUNDA SECCIÓN. — LA PERSONALIDAD. PERCEPCIÓN INTERIOR, EL YO

I. *Descripción.* — 1.º Unidad y simplicidad del yo. 2.º Su realidad. 3.º Interioridad de las sensaciones y localización en el tiempo.

II. *Condiciones psicológicas.* — A. Combinación de las sensaciones: Primer grado, conciencia impersonal. Segundo grado, síntesis secundarias. Tercer grado, aparición de una personalidad. — B. Cómo el yo se pone como real. — U. Reducción e interiorización de las sensaciones; su localización en la duración: 1.º Interiorización. 2.º Localización en el tiempo.

III. *Condiciones fisiológicas.* — La individualidad orgánica.

IV. *Naturaleza del yo desde el punto de vista psicológico.*

Nota. — *Alteraciones y enfermedades de la personalidad.*

SEGUNDA SECCIÓN

PERCEPCION INTERIOR: LA PERSONALIDAD, EL YO

I. DESCRIPCIÓN

1.º LA UNIDAD Y SIMPLICIDAD DEL YO. — La observación interna nos revela *inmediatamente, al parecer*, la noción de nuestro yo. Es "un centro inextenso, especie de punto matemático, en relación con el cual definimos lo

restante... A cada instante de nuestra vida volvemos a él. Hay algo que dura y permanece en nosotros. Yo soy hoy, pero era ya ayer y anteayer, y lo mismo para Pedro y para Pablo. Si, en ciertos respectos, ellos y yo hemos cambiado; en ciertos otros respectos ni ellos ni yo hemos cambiado, y yo veo en ellos, y en mí, alguna cosa que ha permanecido fija." (Taine: *La inteligencia*, t. II, 203.) El yo es, pues, un dato, *uno, simple, inmediato*, lo mismo que la percepción de un objeto exterior antes del análisis.

2.º REALIDAD DEL YO. — Lo mismo que la percepción externa afirma con fuerza, frente a ilusiones, sueños y alucinaciones, la existencia del mundo exterior como algo primitivo e irreductible, del mismo modo la percepción interna afirma la existencia de este yo como primitivo e irreductible. Ella es, en cierto modo, inseparable de nuestra misma conciencia. Un ser que no puede decir *yo*, no tiene realidad psicológica: "Yo experimento sensaciones, tengo, recuerdos, reúno imágenes e ideas, percibo y concibo objetos exteriores. Este *yo* o *mí*, único persistente, siempre el mismo, no es otra cosa que mis sensaciones, recuerdos, imágenes, ideas, que son diversas y pasajeras." (*Garnier*.) Todo parece, pues, existir como el mundo exterior. Hay incluso una realidad más alta. Podemos figurarnos, había ya notado *Descartes*, que nada existe fuera de nosotros; pero estamos obligados a suponer nuestra existencia en tanto que pensamos esta ficción: "Yo pienso, pues yo existo."

3.º INTERIORIZACIÓN O REDUCCIÓN DE LAS SENSACIONES Y LOCALIZACIÓN EN EL TIEMPO. — En fin, lo mismo que por la percepción exterior los objetos son situados en un encadenamiento riguroso a través del espacio, todos los acontecimientos encontrados en nuestra conciencia nos aparecen como *interiores* a nosotros y se *localizan en un momento determinado de nuestra vida*, según un orden riguroso de sucesión en el *tiempo*.

Tenemos, pues, en la percepción interna una actividad análoga, por sus procedimientos y sus caracteres gene-

rales, a la percepción externa, salvo que la exteriorización es en ella reemplazada por una proyección en nuestro interior, una *interiorización* que nos hace considerar estos estados como emanando de nuestro yo; pero, como ella, aparece a la conciencia irreductible, inmediata y real.

II. CONDICIONES PSICOLÓGICAS

Lo mismo que para la percepción exterior, la observación y la experimentación han descompuesto esta noción y han mostrado que no era más que una nueva síntesis de nuestras sensaciones. Sus caracteres se han explicado así y se han reducido a una combinación de elementos más simples, *sin* otros factores que las funciones generales de la conciencia.

A. COMBINACIÓN DE LAS SENSACIONES. SÍNTESIS DE LA PERSONALIDAD: SUS DIFERENTES GRADOS. — A continuación del estudio penetrante de *Hume* pudo la psicología hacer el *análisis* de la percepción interna. *Stuar Mill*, *Lewes*, *Herzen*, *Taine* y los psicólogos modernos, tales como *T. Ribot*, *Pierre Janet* y *Binet*, permiten enunciar resultados casi definitivos: "La idea del yo es un fenómeno psicológico muy complicado: comprende los recuerdos de las acciones pasadas, la noción de nuestra situación, de nuestro cuerpo, de nuestro mismo nombre, la cual, recogiendo todas estas ideas esparcidas, desempeña un gran papel en el conocimiento de la personalidad." (P. Janet: *Automatismo psicológico*, 39.) "Tiene precedentes, elementos, una historia, y pueden contarse todos los pasos de la operación involuntaria que llega a formarla." (*Taine*, 218.)

Lo mismo que la alucinación, las ilusiones de los sentidos, que son enfermedades de la percepción externa, descomponen a ésta, mostrando el mecanismo: las enfermedades de la personalidad y sus ilusiones nos muestran los factores de la percepción interna y su organización por su desorganización misma.

Primer grado. — El estudio de los hechos nos hace ver el desvanecimiento, las crisis nerviosas, el sueño hipnótico, el despertar de la catalepsia, una conciencia elemental sin conocimiento claro del yo. “Durante el síncope —dice *Herzen*— tiene lugar el aniquilamiento psíquico absoluto, la ausencia total de toda conciencia; después se comienza a tener un sentimiento vago, ilimitado, infinito; un sentimiento de existencia en general, sin ninguna delimitación de su propia individualidad, sin la menor traza de una distinción cualquiera entre el yo y el no yo; se es entonces una parte orgánica de la naturaleza; se tiene, dicho en dos palabras, una conciencia impersonal.” (*Herzen: El cerebro y su actividad*, pág. 236.) “El estado normal no nos presenta, sin duda, ejemplos tan precisos; pero se puede reconocer, sin embargo, que la idea del yo no se une siempre igualmente a todas las sensaciones que experimentamos. Nosotros podemos concebir que ciertos seres, como los animales superiores, no pueden jamás destacar su personalidad de estas sensaciones elementales”, y que otros seres más complejos sean reducidos a ellas momentáneamente. (*Pierre Janet*, 43.) La idea del yo es, pues, algo de sobreañadido y derivado en la actividad psicológica. Los estados elementales no nos la presentan y nos muestran una conciencia sin personalidad. *El yo no puede, pues, ser, como la percepción exterior, sino el resultado de una síntesis.*

Segundo grado. — Y esta síntesis se deja apereibir por un análisis interno sagaz, porque “ella no es absoluta, sino siempre *relativa*”, y sus elementos son algo que está *en lucha*. Su carácter compuesto, esporádico, “no aparece solamente en el comienzo de la vida psicológica, sino también ulteriormente en las crisis y los períodos de transición”. (*Höffding*, 178.) Los ensueños en el sueño normal nos presentan ya semejanzas restringidas, que están con frecuencia “lo bastante agrupadas para formar una personalidad más simple... Sólo que, ciertamente, en los hombres sanos esta tendencia a la formación de una personalidad secundaria en el sueño permanece rudimen-

taria. Aumentemos un poco la actividad del sueño; liguemos, además, estas imágenes dispersas y tendremos un estado psicológico con una vida ya más independiente y más clara que la de la vigilia, más comparable al estado de sonambulismo... Las enfermedades que se llaman enfermedades nerviosas... nos muestran con más claridad todavía el desenvolvimiento de este grupo secundario de fenómenos y la formación de muchas formas distintas de existencia psicológica. Hay en los delirios postepilépticos o histéricos una verdadera vida mental diferente de la vida normal, que se prolonga con frecuencia muchas horas y que vuelve a comenzar regularmente con una memoria y un carácter que le es propio... Este compuesto inestable no tarda en deshacerse y reaparece, a su vez, el compuesto más completo y más antiguo que formaba la vida normal".

Tercer grado. — Pero supongamos que, por ciertos azares, se haya formado "un compuesto más completo y más estable, la nueva vida psicológica que se forma poco a poco y que es anormal para el sujeto, *se asemeja completamente a lo que es la vida normal para otra persona. Los elementos, casi tan numerosos como de ordinario, y aún más numerosos, se han reunido alrededor de otro centro: he aquí todo*". (Pierre Janet, 122.) "Las enfermedades de la personalidad, la constitución de una memoria especial de los estados de sonambulismo, que desaparece completamente durante la vigilia normal; en fin, la constitución real de una o muchas personalidades secundarias al lado de la primera, son experimentaciones verdaderas que nos presentan aquí el mismo servicio exactamente que las observaciones hechas sobre los ciegos de nacimiento para la percepción externa. Ellas nos muestran una combinación de estados elementales que acaba por constituir una síntesis absolutamente semejante a la percepción interna normal. Sobre la personalidad que puede llamarse primitiva y fundamental, de la cual subsisten los restos alterados, se insertan poco a poco dos personalidades nuevas, no solamente muy dis-

tintas, sino total y mutuamente exclusivas." (T. Ribot: *Enfermedades de la personalidad*, 65.) Los enfermos se sienten extraños a sí mismos y ponen en duda su propia existencia.

"Se hacía —dice uno de ellos— como una atmósfera obscura alrededor de mi persona; veía, sin embargo, muy bien, que hacía muy buen día. Esta sensación no sólo era visual, sino cutánea...; era como una capa, una cierta cosa, mala conductora, que me aislaba del mundo exterior. No sabría decirlo profunda que era esta sensación; me parecía ser transportado muy lejos de este mundo y, maquinalmente, pronunciaba en voz alta estas palabras: Estoy lejos, muy lejos." (T. Ribot, 107.) He aquí los elementos de un nuevo yo, gracias a la disgregación del yo primitivo. Ellos no forman parte del primer conjunto, y van a formar un segundo: "Las sensaciones nuevas no encuentran series anteriores en que puedan encajarse; el enfermo no puede ya interpretarlas, servirse de ellas; no las reconoce ya, son para él cosas desconocidas. De aquí dos conclusiones extrañas: la primera, que consiste en decir: "Yo no soy"; la segunda, un poco más ulterior, que consiste en decir: "Yo soy otro." (Taine: *Inteligencia*, tomo II, apéndice.) Este caso es frecuente en la locura llamada circular, o de doble forma, caracterizada por períodos sucesivos de depresión y de excitación que se siguen en un orden invariable, con algunas intermitencias de lucidez en ciertos enfermos. Un alienado de la casa de Vanves, cada dieciocho meses aproximadamente dejaba crecer su barba y se presentaba con una apariencia y con modales insólitos a toda la casa, como si fuera un jefe de Artillería llamado Nabon, recientemente llegado a Africa para reemplazar a su hermano... El enfermo permanecía entonces muchos meses en un estado de exaltación pronunciada, conformando toda su conducta con su nueva individualidad. Al cabo de algún tiempo anunciaba la vuelta de su hermano, que decía estaba en el pueblo y que debía venir a reemplazarle. Después, un día, se hacía afeitar completamente la bar-

ba, cambiaba de traje y de actitud y adoptaba su verdadero nombre." (Billod: *Anales médicopsicológicos*, 1858.) "Se ha podido comprobar en un solo y mismo sujeto, no solamente una doble personalidad, sino tres, y aun cinco y seis conciencias diversas y alternativas." (Caso de V. L., *T. Ribot*, pág. 84.) Cada uno tenía sus recuerdos propios, y en cada uno "el individuo parecía otro: caracteres, recuerdos, conocimientos, humor, todo cambiado". (*Höfding*, 183.) Hay muchas síntesis diferentes, formadas cada una de estados elementales distintos. Ciertos estados pueden, sin embargo, ser comunes.

Lo que quizás es más sorprendente todavía es la doble personalidad simultánea, en la que las síntesis se desenvuelven paralelamente, cada una por sí misma, sin mezclarse. "Los enfermos son *dobles*, se creen *dobles*, actúan como *dobles*. No hay duda para ellos... Les parece tan natural el ser *dobles* como a nosotros el ser *simples*." Un demente "habla siempre empleando el pronombre *nosotros*... Dice que habla así porque hay *otro* con él. En la mesa dice: "Yo estoy harto, "pero el otro no lo está..." Un día se precipita sobre un niño para estrangularlo, diciendo que no es él, sino *el otro*. En fin, intenta suicidarse para matar al otro, que cree estar oculto en la parte izquierda de su cuerpo." (*T. Ribot*, 141.)

Así, la percepción del yo se nos aparece como el resultado de una síntesis psicológica que podemos seguir desde sus *elementos impersonales* hasta la *formación de una personalidad completa*, gracias a los casos mórbidos.

B. CÓMO EL YO SE PRESENTA COMO REAL. — Se trata de ver ahora cómo esta combinación nos da la noción de un ser *esencialmente* real, que somos *nosotros mismos*, lo mismo que la percepción externa nos da la noción de seres reales distintos de nosotros.

En el origen el yo no se presenta como una realidad existente: *la percepción externa se forma antes que la percepción interna*. Los individuos no tienen *al principio* noción de su yo.

El hombre, en el origen de su vida psicológica, no se

distingue como un ser aparte, y se absorbe, por decirlo así, de una manera indistinta en sus representaciones objetivas, bien que sea muy difícil representarse un estado semejante. Los animales superiores, los niños pequeños, los idiotas, que tienen nociones bastante precisas de los objetos, no tienen ninguna de su propia personalidad. Ciertos salvajes inferiores no parecen, según los datos sociológicos, elevarse nunca sobre ella de una manera muy precisa. Su conciencia permanece indistinta y caótica.

La percepción interna no se elabora más tarde sino distinguiéndose de la percepción externa y oponiéndose a ella. Esta distinción se hace gracias a las sensaciones cenestésicas y musculares (sentido vital y sentido del esfuerzo). El sentido vital es "para cada animal la base de su individualidad psíquica. El es el *principio de individuación* tan buscado por los doctores escolásticos, porque sobre él reposa todo, directa o indirectamente. Se puede considerar como muy verosímil que, a medida que se desciende hacia los animales inferiores, el sentido del cuerpo se hace cada vez más preponderante, hasta el momento en que llega a ser la individualidad psíquica total". (T. Ribot: *Personalidad*.)

Con las sensaciones de esfuerzo y de resistencia se precisa la oposición entre el mundo exterior y ese pequeño mundo que se forma alrededor de nuestro sentido vital. El niño sabe que es capaz de producir por sí mismo cambios en el mundo exterior, sin que se modifique el plan formado por sus sensaciones internas. *Se conoce como causa activa y limitada* y descubre poco a poco su propio cuerpo (a los dos años ofrece todavía un dulce a su pie). Las sensaciones cenestésicas y musculares se asocian entre sí, se percibe como un organismo distinto de los objetos sobre los cuales actúa, y esta representación refuerza, dándole una realidad más neta, la percepción de su personalidad incipiente.

C. REDUCCIÓN E INTERIORIZACIÓN DE LAS SENSACIONES; SU LOCALIZACIÓN EN LA DURACIÓN. — 1.º *Interiorización*. — Nuestros estados psicológicos, agregándose entonces a

esta primera síntesis, son considerados como *nuestros*, es decir, como *interiores* a nosotros y emanando de *nosotros mismos*. Los hechos afectivos y los recuerdos juegan en esta formación nueva un papel preponderante. Entran, en efecto, en el campo de la conciencia, sin que el encadenamiento y el aspecto de los objetos externos sean modificados. Aparecen después como independientes de las realidades exteriores, y se presentan naturalmente como fragmentos de dentro, como estados internos. Además, "son afectados de una contradicción que les niega como objetos externos", porque estos últimos forman alrededor de nosotros un encadenamiento estrecho que se impone de un modo absoluto, mientras que los estados puramente internos están, en cierta medida, a nuestra disposición y pueden ser modificados por la conciencia. Los hechos afectivos y los recuerdos componen, pues, un flujo interior que se desenvuelve alrededor del centro representativo individual, del que acabamos de ver la elaboración, y a él se une. Notemos ahora que todos los hechos de conciencia son susceptibles de ser, gracias a la memoria, evocados independientemente de sus causas externas; todos nos aparecen por un lado como independientes y como nuestros. De aquí, en todo estado de conciencia una distinción muy clara entre *lo que representa* y que puede ser un *objeto distinto de nosotros*, y *lo que es él mismo*, a saber: un estado interior en nosotros. La actividad psicológica entera tiende, pues, a integrarse en la noción de nuestra personalidad, la cual constituye la síntesis total. Tanto es así, que toda actividad interna que no se liga al yo aparece como *inconsciente* o tiende a formar una nueva personalidad. La oposición entre lo interno y lo externo llega a ser tan decisiva, que el mismo cuerpo es considerado como objeto de conocimiento externo frente al dominio de la conciencia.

2.º *Localización en el tiempo.* — Nuestros estados, una vez considerados como internos, "forman una cadena, cuyos eslabones, todos del mismo metal, aparecen a la vez como unidos y como distintos... Nosotros pasamos sin di-

ficultad de un eslabón a otro...; no solamente vamos de uno de nuestros momentos al momento inmediato, sino que, por abreviaciones que reúnen en una imagen (*el tiempo*) una larga serie de momentos, vamos de uno a otro período de nuestra vida". Los acontecimientos salientes forman como puntos de apoyo en nuestra vida pasada: "Puedo, así, remontarme muy lejos y muy rápidamente, saltando de cima en cima, y alcanzar en un instante diez o veinte años de distancia. Necesitamos para este atlas auxiliar el emplazamiento que ocupan nuestros diversos acontecimientos en la duración, los unos en relación con los otros, y podremos así, no sólo volver a ver en un segundo los acontecimientos más lejanos, sino evaluar también el intervalo que los separa del presente." (Taine: *Intelligence*, t. II, 210.)

Así, gracias a una serie de experiencias concentradas por la función sintética de la conciencia en un acto muy rápido, tendremos, por decirlo así, toda nuestra personalidad constantemente presente en un todo único en el campo de la conciencia. Y nuestros estados se coordinan en esta vida interior de un modo tan estrecho y seguro como en la representación del mundo exterior.

III. CONDICIONES FISIOLÓGICAS. LA INDIVIDUALIDAD ORGÁNICA

Hemos visto la importancia primordial que tenía en la posición del yo real el sentimiento vital, la conciencia vaga del estado general del organismo. Es decir, la importancia de las condiciones orgánicas de la personalidad, y que la estructura del ser interviene aquí como factor. El yo no se concibe sin la individualidad orgánica que él realiza, y del cual es la representación definitiva. *T. Ribot* ha mostrado que todas las alteraciones orgánicas un poco generales transforman y alteran la personalidad. (Op. citado, 11.) Las observaciones sobre los monstruos dobles confirman esta indicación. Hasta los hermanos gemelos,

que tienen un gran parecido físico, tienen también una gran semejanza moral. Reducida a sus últimos elementos, la *personalidad psicológica* supone, pues, esencialmente, la *individualidad orgánica* y la *coordinación general que implica*. Estas dos resultantes, psicológica y biológica, se desenvuelven de un modo paralelo; la síntesis consciente se fortifica y se amplía con la sistematización fisiológica, como vamos a ver.

La vida ha podido alcanzar un crecimiento notable por la repetición indefinida del mismo tema fundamental, por la agregación de un número enorme de pequeños elementos celulares constituidos por una materia viva homogénea y que forman los grados más bajos de la individualidad orgánica, si es que en ellos existe ya individualidad.

IV. NATURALEZA DEL YO DESDE EL PUNTO DE VISTA PSICOLÓGICO

Así el análisis objetivo precisa y prolonga el análisis psicológico. Si el yo no es una unidad pura, si es siempre, aun en el estado normal, un complejo que deja entrever elementos en lucha, modificaciones posibles, y si el estado mórbido puede desdoblarse y desorganizarse, es porque no es un acontecimiento simple. Según la enérgica expresión de *Taine*, estamos obligados a considerarlo como un *pólipo de imágenes*; pero como un pólipo que ha evolucionado hacia una individualidad más estrecha. Lo que es preciso comprender bien es la naturaleza especial de esta síntesis consciente, de esta fusión íntima, que no tiene nada análogo en el mundo objetivo, sino que tiene la misma naturaleza que todas las síntesis que hemos encontrado en el mundo subjetivo, y más marcada todavía. No hay simple asociación, yuxtaposición de elementos, sino penetración de unos en otros a través de la duración. Desaparecen en el todo, absorbiéndose en él para formar una existencia más completa, más *coherente*, mejor adaptada, en vez de yuxtaponerse simplemente en el espacio como las combinaciones materiales, tales como

la individualidad orgánica: "La síntesis consciente no puede nacer por la sola asociación de partes separadas. En esto precisamente difiere la conexión mental de la conexión material." (*Höfding*, 179.) Aparece una, idéntica, permanente, bajo todas sus modificaciones, porque hay fusión continua, permanente, y no simple asociación. Y esta fusión es, si nos fijamos bien en ella, indispensable para la existencia de un ser complejo. Hemos visto que la coordinación que se manifiesta poco a poco en el organismo tiene por objeto hacer más fáciles y más seguros los actos necesarios para la vida animal. Es preciso que todas las impresiones se centralicen cada vez más, que los actos expresen una personalidad cada vez más una, para que el individuo pueda hacer frente a las circunstancias externas, con toda su experiencia y con todas sus energías latentes. La teoría de la evolución nos da la explicación última de esta constitución sintética y elimina todo lo que puede presentar de misterioso. Los seres no se han desenvuelto, no han vivido, tomando poco a poco su apariencia actual, sino gracias a esta coordinación, infinitamente más estrecha, más *una*, que la síntesis mecánica, tal como la encontramos en el mundo exterior. Ella es la única que podía realizarse en el dominio psicológico, puesto que éste no se desenvuelve sino en la duración, en la que no es posible sino una fusión del presente con los elementos anteriores, dando una resultante de distinta naturaleza que sus elementos.

Como se ve, *memoria y personalidad se implican absolutamente*. La continuidad de la vida psicológica se expresa en una conciencia suficientemente desenvuelta por la personalidad, la noción del yo, y ésta, a su vez, deviene la condición de la memoria superior, capaz de *reconocer* y de *localizar* sus recuerdos.

Es preciso, por otra parte, guardarse de creer que nuestra personalidad comprende todos nuestros estados psicológicos; es decir, que todos los acontecimientos que intervienen en nuestra vida psicológica forman parte de nuestra percepción exterior y son integrados en la síntesis.

sis del yo. La observación interna es aquí, todavía, muy insuficiente. Lo que nos hace conocer de la vida psicológica, lo que nos aparece como nuestra vida interior, nuestro yo, no es más que una parte de nuestra vida psicológica real. Así se explica, como hemos visto, la existencia de lo inconsciente o de lo automático psicológico. Todo lo que no está referido al círculo de nuestra percepción interna, a nuestro yo, no nos parece ser nosotros mismos, emanar de nosotros mismos, y, por tanto, se desliza constantemente para modificarlo, en todos los momentos de nuestra vida psicológica real y, con frecuencia, hacernos obrar y sentir, y dirigirnos, *a pesar nuestro, inconscientemente*.

Nota: Alteraciones y enfermedades de la personalidad. La personalidad, como toda resultante, puede descomponerse después de formarse. Como toda descomposición psicológica, la disgregación de la personalidad sigue la ley de regresión. Nos representa así en sentido inverso la historia de la formación de la personalidad, puesto que desciende progresivamente, y en el mismo orden, a través de todas las etapas por las que había interiormente evolucionado. Así hemos descrito y clasificado las alteraciones y las enfermedades de la personalidad, yendo de las menos profundas (desórdenes pasajeros) a las más graves, en el análisis de la personalidad: 1.º Alteraciones accidentales y momentáneas (primer grado). 2.º Formación de personalidades secundarias (segundo grado). 3.º Constitución de una doble personalidad sucesiva —de una personalidad sucesiva múltiple—, en fin, doble personalidad simultánea (tercer grado).

Las enfermedades de la personalidad son, además, interesantes en cuanto que ponen en evidencia la estrecha relación entre la individualidad psicológica, las influencias físicas, corporales (*yomáticas*, como dicen los fisiólogos), sobre la personalidad consciente. En el caso de V... L..., las seis personalidades sucesivas son producidas por medios físicos (electricidad, imanes colocados en ciertos lugares del cuerpo).

Cada uno va acompañado de un estado particular del cuerpo, definido por la ausencia o la presencia de anestias o de parálisis parciales.

Estas seis personalidades pueden ser producidas todavía por medios psicológicos (sugestiones en el sonambulismo artificial), y entonces, *a medida que aparece una de ellas, aparece también el estado particular del cuerpo que está ligado con ella.*



CAPÍTULO XII

LA ACTIVIDAD REPRESENTATIVA ESPONTANEA. LAS PERCEPCIONES Y LAS IMAGENES

(Continuación)

TERCERA SECCIÓN.—LA PERCEPCIÓN LIBRE O IMAGINACIÓN REPRODUCTORA: LAS IMÁGENES

I. *Determinación del hecho.*—A. La percepción libre o imaginación reproductora.—B. Las imágenes en el sentido restringido de la palabra.—C. Imaginación reproductora e imaginación creadora.

II. *Condiciones psicológicas.*—A. Formación de las imágenes complejas de la imaginación reproductora; alteración de las imágenes, preludio de la actividad creadora.—B. Rectificación de la construcción imaginativa como irreal.

III. *Condiciones fisiológicas.*—A. Generales.—B. Centros especiales.

IV. *Naturaleza y papel de la imaginación reproductora.*

TERCERA SECCIÓN

LA PERCEPCION LIBRE O IMAGINACION REPRODUCTORA.—LAS IMAGENES

I. DETERMINACIÓN DEL HECHO

A. LA PERCEPCIÓN LIBRE O IMAGINACIÓN REPRODUCTORA.—La percepción interna nos representa nuestro yo a través y por la serie fija, inmutable, de nuestros recuerdos, ordenados en el tiempo. Cuando ensayamos a repre-

sentarnos lo que somos de una manera concreta, caemos indefectiblemente en esta teoría, serie de representaciones internas; ella es nuestra vida. Y porque todos nuestros estados de conciencia pueden sistematizarse de un modo lineal e irreversible en el tiempo, alrededor de un centro común formado por las sensaciones de nuestra vida orgánica y la imagen de nuestro cuerpo, es por lo que verosímilmente nos consideramos como un ser uno que se desenvuelve, permaneciendo siempre en el fondo *idéntico a sí*, como una *personalidad*. Esta es, al menos, la explicación a que somos llevados si permanecemos colocados en el punto de vista de la psicología experimental.

Pero nuestros recuerdos pueden, y esto es fácil de comprobar por la experiencia, libertarse del orden que tienen en el tiempo; pueden evocarse, gracias, sobre todo, a las asociaciones por semejanza, en un orden muy diferente, de un modo espontáneo y voluntario, según el caso. No son entonces considerados por nosotros como un momento determinado de nuestra vida psicológica personal, sino que son situados fuera del tiempo y del espacio en un modo irreal, en el que flotan libremente y en el que se reúnen o se separan sin ser adscritos a ninguna condición. A estos momentos es a lo que, en el lenguaje corriente, se les llama propiamente ensueños o imaginaciones. La percepción libre se distingue, pues, de la percepción interna, no por su contenido, que es idéntico (se trata siempre de recuerdos), sino por la manera con que este contenido se ha considerado y organizado; no es referido ya a un punto del espacio o a un momento del tiempo, y el orden de las representaciones es fantástico.

Se recuerda, por otra parte, que la percepción interna tiene, ella también, próximamente, el mismo contenido que la percepción exterior. Tanto, que los tres géneros de percepción no se distinguen ya por el contenido sino por la manera como la representan y lo organizan. Todos nuestros estados de conciencia pueden, en efecto, ser considerados por nosotros, según la construcción en que entran, como representaciones de objetos exteriores (percepción

exterior) o como estados del yo (percepción interna). Y bien, todos estos mismos estados pueden ser considerados todavía como percepciones libres, imaginaciones, cuando, invirtiendo completamente, tanto el orden de la percepción externa como el orden de la percepción interna, las consideramos como libertades del espacio y del tiempo, y las combinamos, sea conscientemente, a nuestro gusto, sea inconscientemente, en el desorden aparente en que se presentan.

Para acabar de determinar de una manera precisa la percepción libre o imaginación reproductora, importa distinguirla:

1.º De la memoria, diferenciando la imagen en el sentido vulgar y restringido de la palabra, de la imagen en el sentido amplio y científico; y

2.º De la imaginación creadora, que sería mejor llamada, por otra parte, actividad creadora.

B. LAS IMÁGENES, EN EL SENTIDO RESTRINGIDO DE LA PALABRA. — La palabra imagen, como la palabra memoria, tiene dos sentidos; un sentido vulgar muy restringido y un sentido científico muy amplio. Científicamente se entiende por imagen toda reviviscencia de un estado de conciencia, cualquiera que sea, y por memoria, la función general por la cual la conciencia conserva las huellas de lo que la ha afectado. En este sentido es en el que hay imágenes afectivas y una memoria afectiva, imágenes motoras y una memoria motora que se une por transiciones continuas al hábito. En este sentido ha podido decirse que la percepción era siempre una combinación de sensaciones actuales y de *imágenes* de sensaciones pasadas, bien que no podamos representarnos una sensación pura o una imagen de sensación pura, pues todas las imágenes que podemos observar en nuestra conciencia son *imágenes complejas*, es decir, recuerdos de percepción y no sensaciones.

En este último sentido precisamente es en el que el uso vulgar toma la palabra imagen. Se llaman imágenes las reviviscencias de las percepciones, y la palabra misma

indica bien lo que se entiende por ella, porque, siendo nuestra percepción esencialmente visual, los recuerdos de nuestras percepciones se presentan, en general, como copias, dibujadas de algún modo en una visión interior. En un sentido, igualmente restringido, se habla de ordinario de la *memoria*; por memoria se entiende únicamente la reviviscencia de las percepciones, lo que explica que la antigua psicología haya hecho de la memoria una función puramente intelectual, posterior a la percepción, olvidando la memoria afectiva y la memoria motora.

Es mejor, para evitar todo equívoco, dar a este aspecto especial de la memoria, que nos recuerda objetos de la percepción externa y que cambia el orden especial o temporal de esta percepción, el nombre de imaginación reproductora o de percepción libre. En cuanto a la palabra imagen sería, quizás, preferible no emplearla sino en su sentido amplio, para designar la reviviscencia de un estado consciente, cualquiera que sea, puesto que los hábitos científicos han consagrado ya la expresión de imágenes afectivas y de imágenes motoras o kinestéticas; pero como no hay otros, la palabra imagen tiene necesariamente, al lado de su sentido amplio, un sentido restringido: designa entonces la imagen compleja, reproductora de una percepción compleja. En este sentido vamos a emplearla aquí.

C. IMAGINACIÓN REPRODUCTORA E IMAGINACIÓN CREADORA.— La imaginación reproductora o memoria de las percepciones es una simple reproducción de las percepciones anteriores. Se distingue, pues, de la imaginación creadora, que estaría mejor designada por la expresión "actividad creadora del espíritu", porque ella se refiere lo mismo a las ideas que a las imágenes, y su dominio no es otro que el dominio intelectual entero. Esta es la función por la cual inventamos, es decir, por la cual progresa nuestra inteligencia; tiene también otro muy distinto valor, otro alcance que la imaginación reproductora, que no es más que un caso particular de la percepción y se limita aproximadamente a repetir nuestros recuerdos. Sin embargo, quizás esta última lo agrupe ya en otro orden, y en

este sentido ella preludia a la imaginación creadora. No se puede, pues, decir que haya una línea de demarcación clara entre estas dos funciones del espíritu. Así, se encontrarán todas las transiciones posibles entre la imaginación reproductora y la imaginación creadora; la segunda continúa la primera, y sólo comparando dos hechos muy alejados, como el sueño y la invención científica, por ejemplo, es como podemos marcar las diferencias. La parte de la voluntad, nula en el primero, es incontestable en el segundo. Las imágenes están muy cerca de la realidad en el primero, son fragmentos de realidad. En el segundo, las imágenes son muy esquemáticas y, con la mayor frecuencia, se acompañan de ideas subordinadas. La imaginación creadora, a pesar de su nombre, puede no poner en juego sino ideas.

II. CONDICIONES PSICOLÓGICAS

Lo mismo que la percepción exterior o interior, los productos de la imaginación *parecen crearse espontáneamente e inmediatamente* en la conciencia. Pero no hay aquí más que una apariencia, debido a la espontaneidad de su formación. En realidad, son compuestos, con frecuencia, *muy complejos*, de los cuales vamos a encontrar las condiciones y los procedimientos de construcción. Después se tratará de ver cómo se ponen como *imaginarios*, es decir, como representaciones libres, independientes de toda realidad, y que no se localizan, por consiguiente, en ninguna parte.

A. FORMACIÓN DE LAS IMÁGENES COMPLEJAS DE LA IMAGINACIÓN REPRODUCTORA. — Una imagen es una percepción espontáneamente renaciente, una *percepción libre*.

“Después de una percepción provocada por el exterior, y no espontáneamente, encontramos en nosotros un segundo acontecimiento correspondiente no provocado por el exterior, espontáneo, semejante a esta misma percepción, aunque menos fuerte, acompañado de las mismas

emociones, agradable o desagradable en un grado menor, seguido de los mismos juicios y no de todos. La percepción se repite, aunque menos clara, menos enérgica y privada de muchos de sus accesorios." Taine: *Inteligencia*, volumen I, pág. 66.)

Este debilitamiento es más o menos grande, según los diversos espíritus, y esto es lo que se expresa vulgarmente diciendo que los hombres tienen más o menos memoria; empleando la palabra en este sentido restringido se debería decir: más o menos imaginación reproductora, porque personas que son poco capaces de hacer revivir una percepción en todos sus detalles tienen, a veces, una memoria motora o afectiva notable.

Como hemos notado por la memoria en general, la imaginación reproductora comprende muchos tipos, según que se recuerden mejor las combinaciones de sonidos, de colores, de formas o de signos. Esta imaginación reproductora es la que constituye, sobre todo, la condición de la forma particular del genio y de los gustos de cada uno.

Alteración de las imágenes. — Preludio de la actividad creadora. — Las imágenes que nuestro espíritu se complace en evocar en la percepción libre no son nunca rigurosamente semejantes a las percepciones mismas; en otro caso no las distinguiríamos. Todas sufren modificaciones, alteraciones que nos muestran, ya actuando, la actividad creadora del espíritu. La imaginación reproductora es, pues, creadora en alguna medida; y si se la distingue de la imaginación creadora propiamente dicha es porque la creación desempeña en ella un papel verdaderamente subordinado, y aparece más bien como un defecto que como una cualidad. Las imágenes son alteradas inconscientemente por el espíritu, el cual en una cierta medida, se engaña con esta alteración.

B. RECTIFICACIÓN DE LA CONSTRUCCIÓN IMAGINATIVA COMO IRREAL. — Es preciso notar que, en todo lo que acabamos de establecer, nada distingue el producto imaginativo de una percepción ordinaria. Como ella, es una combinación de imágenes, y como en ella, estas imágenes pue-

den perfectamente objetivarse, localizarse en el tiempo y el espacio, puesto que son construídas directamente con elementos perceptivos; el hecho se presenta en la alucinación, el sueño y las ilusiones. Se trata, pues, de estudiar por qué el producto imaginativo es considerado como irreal y como libre, es decir, independiente, a la vez, del tiempo y del espacio. Por el influjo de las experiencias, gracias a las que adquirimos conocimiento del mundo exterior y de nuestra personalidad, es como llegamos a considerar las representaciones de la imaginación como *irreales e imaginarias*. Hemos visto, con ocasión de la percepción interna, un primer mecanismo de rectificación que rechaza en nuestra vida pasada ciertos estados, es decir, *nuestros* recuerdos. En el mundo de los recuerdos se impone una segunda rectificación; mientras que ciertas imágenes se localizan en un momento de la duración y son consideradas como un *instante del yo*, otras son evocadas, sin que pueda realizarse esta localización, y se agrupan según sus afinidades propias, sin seguir el orden del tiempo, y aun trastornándolo completamente. Nos parecen entonces *construcciones inmediatas del espíritu*: "Habrà, por consiguiente, *dos* corrientes, que se harán sentir constantemente en la conciencia, y de las que tendrá el predominio, unas veces la una, otras veces la otra", según el momento o el individuo: "El uno está determinado por la sensación actual y por las representaciones que tienden a excitar (y que se localizan exactamente como recuerdos): éste es el dominio de lo real, externo o interno; el otro consiste en la serie de representaciones libres, despertadas por una sensación anterior, y que se prosiguen al mismo tiempo (éste es el dominio de la imaginación, que tiene, a veces, bastante intensidad para borrar casi el otro); yo me encuentro, por ejemplo, sobre un barco y paseo a lo largo de la costa. Veo el bosque, oigo el chapoteo del agua, noto el sopló del viento, recojo las palabras de la gente que me rodea, etc. Supongamos ahora que la vista del monte pone en movimiento una serie de representaciones libres. Yo pienso, por azar, en un lugar situa-

do en el interior de este bosque, y que me solicita particularmente. De aquí paso a la imagen de los lugares de arbolado semejantes; un paisaje de esa índole, de Ruysdaël, surge en mi espíritu: ¿dónde lo he visto yo? ¿En París, en Dresde? En Dresde he visto también la Virgen de Rafael... Durante el curso de esta serie de imágenes, el agua continúa su chapoteo, el viento su murmullo, etc..." (Höfding, 164.)

Nosotros tomamos provisionalmente, al comienzo de la vida consciente, por dinero contante y sonante, todas las representaciones que surgen. Tenemos una tendencia a obrar, frente a todas, como si fueran reales, desde que tenemos la noción de la realidad. El niño y el hombre primitivo apenas distinguen el sueño; de aquí el animismo de los mitos primitivos, la creencia en la realidad de los sueños, etc. La experiencia es la que, poco a poco, inevitablemente, hace la separación de lo imaginario y lo real, y funda su oposición. Por otra parte, la atención nota bien pronto que la imagen pura es siempre menos intensa, menos fuerte, menos coherente, que la representación presente o el porvenir claramente localizado. La enérgica sistematización de la percepción externa o interna es todavía un reductor auxiliar que rechaza en lo irreal todo lo que escapa de sus mallas; así se desenvuelve y se hace inmediata la distinción de lo imaginario.

III. CONDICIONES FISIOLÓGICAS

A. GENERALES. — Las condiciones fisiológicas generales de la imaginación se ligan naturalmente a las de la memoria, de la atención y de la asociación de las ideas. Los procesos orgánicos fundamentales son los mismos: se coordinan como en la percepción externa; se diferencian de ella en que en la percepción hay dependencia del fenómeno respecto a excitaciones externas, y que aquí el fenómeno depende únicamente de los centros nerviosos superiores. Pero, en estos centros, las partes afectadas son las

mismas, porque una misma lesión cerebral implica la desaparición de las funciones perceptiva e imaginativa correspondientes.

B. CENTROS ESPECIALES (?).— Se ha preguntado *si no habría centros particulares* de coordinación aparte. La existencia de estos centros y su mayor o menor desenvolvimiento explicarían las diferentes formas de la imaginación y las diferencias individuales. Se ha trabajado mucho en esta investigación, y la concepción más coherente es la que *Flechsing* ha deducido de observaciones embriológicas: "Existen, de una parte (como hemos visto en la asociación), esferas sensitivas (sensoriomotoras) que ocupan un tercio, próximamente, de la corteza cerebral; por otra parte, centros de asociación que ocupan los otros dos tercios." Entre estos últimos se encontrarían centros más especialmente reservados a la coordinación imaginativa; *Flechsing* admite tres: el gran centro de asociación posterior (parieto-occípito-temporal); otro mucho más pequeño, anterior o frontal, y un centro medio, el más pequeño de todos (*Insula de Reil*). (*T. Ribot*, 57.) De la estructura de estos centros dependería la imaginación, su fuerza, su poder y su aspecto particular: el predominio de las regiones parietales se nota, sobre todo, en los artistas; en los sabios, el de las regiones frontales.

IV. NATURALEZA V MISIÓN DE LA IMAGINACIÓN REPRODUCTORA

La imaginación reproductora, por su naturaleza, nos ofrece la transición natural de lo que se llama el *pensamiento sensible* y el *pensamiento intelectual*, es decir, el conocimiento puramente intelectual y absorbido en lo concreto y actual, al conocimiento por ideas y razonamientos, que amplía más allá de las circunstancias particulares y actuales el círculo de nuestra visión mental. La imaginación reproductora nos emancipa de lo inmediato por la vida completamente interior que suscita: más allá de esto

inmediato, sus construcciones, separando los elementos que nos interesan particularmente, según tendencias más o menos confusas, preparan el camino a un pensamiento consciente de sí mismo, que se dirige hacia un fin, por medio de leyes que no son el caso puro y simple de las asociaciones ofrecidas por el azar. Ella nos permite llevar una vida de recuerdos y de pensamientos, y no exclusivamente de sensaciones y de percepciones. Se han comparado justamente estas representaciones a la sangre. En la sangre, que se forma de sustancias nutritivas tomadas del mundo exterior, el organismo encuentra una especie de *medio interior*, que le hace independiente de fuera, en una cierta medida. La conciencia encuentra lo mismo, en sus representaciones libres, un medio interno formado de imágenes, que le hace capaz de vivir una vida propia. (Höfding, 164.)

La imaginación reproductora, la percepción libre, no es, pues, una función psicológica inútil o secundaria. Es absolutamente necesaria para la constitución del espíritu humano; intermediaria entre la pura reproducción de los datos sensibles y la elaboración superior del pensamiento, nos permite organizar nuestras adquisiciones y aumenta de un modo considerable nuestro poder de reacción sobre el medio; gracias a ella, sustituímos al puro azar que regula primeramente el orden de nuestros conocimientos, un orden más sutil y más profundo, que reposa sobre sus semejanzas; por consiguiente, nosotros los dominamos y los hacemos servir para nuestros fines propios.

La evolución ha debido, pues, reforzar las tendencias imaginativas. Pero sus combinaciones, abandonando mucho a una elaboración *inconsciente*, no representan más que una etapa necesaria, pero insuficiente, en el ejercicio de nuestra función representativa.

CAPÍTULO XIII

LA ACTIVIDAD REPRESENTATIVA ELABORADA, LOS CONCEPTOS

PRIMERA SECCIÓN: FORMACIÓN DE LOS CONCEPTOS

I. *Definición.*

II. *Clasificación.* — *a)* Ideas individuales. *b)* imágenes genéricas o abstractas inferiores. *c)* Ideas generales ordinarias o abstractas medias. *d)* Abstractas superiores.

III. *Condiciones psicológicas de la concepción o ideación.* — *A.* Abstracción: *a)* Descripción general. *b)* Sus factores propios y su naturaleza. *c)* Sus orígenes y sus primeros grados. — *B.* La generalización: *a)* Descripción general. *b)* Sus factores nuevos y su naturaleza. *c)* Sus orígenes y su desarrollo, desarrollo de las ideas abstractas y generales que sobrepujan a la idea individual. *d)* La comparación o juicio (al menos bajo una forma implícita); condición necesaria de la generalización. — *C.* El lenguaje y la palabra.

IV. *Condiciones fisiológicas.* — 1.º Aparato del lenguaje. 2.º Condiciones propias del pensamiento: *a)* Caracteres de inferioridad. *b)* De superioridad intelectual. 3.º Adaptación ideomotora.

V. *Naturaleza de las ideas.* — *A.* Aspecto general de la operación psicológica. — *B.* Misión y peligros. — *C.* ¿A qué corresponde en la naturaleza una idea general?

PRIMERA SECCIÓN

FORMACION DE LOS CONCEPTOS

I. DEFINICIÓN

Al lado de los actos de nuestro pensamiento, que nos representan siempre un objeto concreto a su imagen, en suma, *cualidades sensibles*, hay otros que nos representan

de un solo golpe un grupo de objetos semejantes: reemplazan, aunque sean *únicas*, una *infinidad* de percepciones posibles, pero sin encerrar los detalles particulares de cada una, que son eliminados. Este acto *es una noción, un concepto, una idea*, o, más precisamente, una *idea abstracta o general*, porque la palabra idea, en su sentido vulgar, es aplicada a todo hecho representativo y aun a todo hecho de conciencia.

El concepto es, pues, una síntesis nueva y más compleja, formada por nuestra actividad representativa: lo análogo del sentimiento es la afectividad. La percepción era ya una síntesis de sensaciones; aquí nosotros tenemos una síntesis de *percepciones*. Así se dice también del concepto que es una reducción de lo múltiple a la unidad (concíperse: *reunir, aprender juntamente*), puesto que nos hace observar en un solo acto del pensamiento, una cantidad indefinida de objetos. El concepto se expresa, en general, cuando está completamente formado por un *signo*, y este signo es lo que se llama una *palabra* o un *término*.

II. CLASIFICACIÓN

Se concibe fácilmente que este trabajo sintético pueda implicar grados diferentes, según la cantidad de objetos a los cuales esta idea *se extienda* (lo que se llama la *extensión* del concepto), y según el número de cualidades comunes a todos los objetos que *comprenda* (es decir, la comprensión del concepto). Nuestros conceptos podrán, pues, clasificarse todos según su extensión o su comprensión, y es, además, fácil ver que estas dos clasificaciones no constituyen más que una, porque la extensión está en razón directamente inversa de la comprensión: mientras mayor sea el número de objetos a que se extiende el concepto, menos cualidades de cada uno comprenderá éste, puesto que no puede retener sino lo que es común a todos. La idea de mamífero, por ejemplo, tiene más extensión que la idea de perro, puesto que *se extiende* a todos los perros en primer lugar, y después a todos los demás ma-

míferos. Pero tiene menos comprensión, puesto que de las cualidades que *comprende* es preciso eliminar todas las que no pertenecen más que al perro y que no poseen el hombre, el caballo, el león, el elefante, la ballena, etcétera; en una palabra, todos los demás mamíferos. La clasificación de los conceptos, según que se la lea en un sentido o en el sentido inverso, representará, pues, la clasificación por extensión o por comprensión.

Todos nuestros conceptos pueden clasificarse así en un orden jerárquico que subordina unos a otros.

a) Muy abajo se colocará la idea que puede formarse de un solo objeto sistematizando las diferentes percepciones y recuerdos que se han tenido de él: por ejemplo, la idea que yo me formo de la mesa sobre la que escribo, que fusiona todas las imágenes que he podido tener cada vez que he visto esta mesa. Estas ideas, muy concretas todavía, forman la transición natural de la percepción al concepto: se las puede llamar ideas *individuales*.

b) Nosotros tenemos después ideas abstractas, que se refieren a un grupo muy pequeño de objetos mal definidos y sin notación especial para designarlos: éstas son las *imágenes genéricas* o *abstractas* inferiores.

c) Puesto que el concepto es expresado por el lenguaje, es el resultado de una formación plenamente consciente que expresa la *definición de la palabra*; se halla entonces *completamente elaborado*; es la *idea general* ordinaria.

d) En fin, ciertas ideas tienen una extensión tan considerable, que no despiertan en el espíritu más que esta palabra y su definición; ninguna imagen sensible es evocada: éstas son *abstractas superiores* o *ideas puras*.

III. CONDICIONES PSICOLÓGICAS DE LA CONCEPCIÓN O IDEACIÓN

El carácter esencial de la ideación de los conceptos es que es, en cierta medida, el resultado de un *trabajo psicológico consciente*. Por lo menos, en sus formas superiores

podemos analizarle exactamente, porque construimos y definimos con conocimiento gran número de conceptos.

Toda síntesis psicológica es una *integración* de elementos previamente *disociados* de síntesis inferiores. "La actividad intelectual es siempre reductible a uno de estos dos tipos: *asociar, reunir, unificar*; o *disociar, aislar, separar*. Estas dos operaciones esenciales son en el fondo todas las formas del conocimiento, desde las más bajas a las más altas, y constituyen una unidad de composición." (T. Ribot: *Evolución de las ideas generales*, 5.) El concepto se forma, pues, por un análisis disociativo; la *abstracción*, que tiene por objeto el de *aislar una o varias cualidades contenidas en una percepción y colocarlas aparte* en el campo de la conciencia después por una síntesis asociativa: la generalización, que *considera esta o estas cualidades como comunes a un grupo de objetos, es decir, a un conjunto de percepciones, de cada una de las cuales puede abstraérselas*. Un concepto, en fin, no tiene existencia clara en la conciencia, sino en tanto que la síntesis que representa es experimentada por un *signo o palabra*; esta palabra le da, en cierto modo, un cuerpo. Abstracción, generalización y lenguaje: he ahí las tres condiciones psicológicas de la formación de los conceptos. La abstracción y la generalización se operan al propio tiempo y recobran una sobre otra. Sólo las separamos para la comodidad del estudio analítico. La abstracción tiene, por otra parte, cierta tendencia a preceder a la generalización.

A. ABSTRACCIÓN. — a) *Descripción general*.—"La abstracción es un procedimiento natural y necesario del espíritu, que depende de la *atención*, es decir, de la limitación, espontánea o voluntaria, del campo de la conciencia." La atención es, en efecto, la condición de toda disociación *consciente*. Sus condiciones generales, las causas que la suscitan o la mantienen, se convierten así en condiciones de la abstracción, y sólo tenemos que trasladarnos otra vez a ella. Como la atención, "la abstracción puede ser *instintiva, espontánea, natural*; o bien, *reflexiva, voluntaria, artificial*."

Bajo la primera forma la abstracción resulta de una atracción cualquiera o de la utilidad; también es una manifestación común de la vida intelectual, que se encuentra hasta en muchos animales. Bajo la segunda forma, menos común y más elevada (que nos interesa, sobre todo aquí, porque por ella es por la que se elabora verdaderamente la idea), proviene menos de las cualidades del objeto que de la voluntad del sujeto: supone una *elección*, la eliminación, *con frecuencia laboriosa*, de los elementos despreciables y una *dificultad* a mantener en la conciencia el elemento abstracto". (Idem, 7.)

b) *Sus factores propios y su naturaleza.* — Pero la abstracción, aun teniendo necesidad de la atención y de otros factores, exige, para producirse, condiciones negativas y positivas nuevas. 1.ª Las *condiciones negativas* consisten esencialmente en el hecho de que en un todo complejo no podemos apoderarnos bien de una cualidad o de un aspecto, variables según los momentos, porque la conciencia, como la razón, se halla restringida a una estrecha región de percepción clara. 2.ª *La condición positiva* consiste en un estado que se ha nombrado con razón un *refuerzo psíquico* de lo que se abstrae y que tiene por consecuencia natural la debilitación de éste. "*La verdadera característica de la abstracción está en este aumento parcial de intensidad.* Aun cuando suponga una operación eliminadora, es, de hecho, un procedimiento positivo del espíritu. Los elementos o cualidades de una representación, que son omitidos por nosotros, no llevan consigo necesariamente esta supresión. Los descuidamos solamente porque no nos convienen por el momento, y a título de medio. Supongamos un grupo de representaciones $a + b + c = d$. Hacer abstracción de b y de c en favor de a es, a lo que parece, obtener $a = d - (b + c)$. Si fuese así, b y c serían conservados tales cuales son en la conciencia; no habría abstracción. Por otra parte, la representación del todo d no podría ser suprimida pura y sencillamente; b y c no pueden ser totalmente aniquilados. Subsisten, pues, en estado de residuos, que pueden designarse por x ,

y la representación abstracta es, no a , sino $a + x$ reforzado, o A . Así, los elementos de las representaciones abstractas son los mismos que los de las representaciones concretas; son solamente los unos fortificados, los otros debilitados; lo que produce nuevos grupos. La abstracción consiste, pues, en la *formación de nuevos grupos de representaciones, que, reforzando ciertos elementos de las representaciones concretas, debilita los otros elementos.*" (Idem 6.)

c) *Sus orígenes y sus primeros grados.* — "Un prejuicio muy acreditado quiere que la abstracción sea un acto mental relativamente raro. Se traduce en el lenguaje corriente, para el cual "abstracto" es sinónimo de difícil, oscuro, poco accesible. Es un error psicológico, que resulta de un punto de vista incompleto: reduce ilegítimamente la abstracción entera a sus formas superiores. De hecho, la facultad de abstraer del más bajo al más alto grado permanece siempre idéntica a sí misma; su desarrollo depende del de la inteligencia (en general) y del lenguaje; pero su germen se halla hasta en las operaciones primitivas, cuyo objeto propio es lo concreto. Varios autores recientes lo han demostrado bien."

"La percepción es por excelencia la facultad de conocer lo concreto. Se dirige a abrazar la *totalidad* de los caracteres de su objeto." Pero no olvidemos que es, "ante todo, una operación práctica, que tiene por primer motor el interés o utilidad; que, por consecuencia, abandonamos, es decir, dejamos en el campo de la conciencia oscura lo que actualmente no nos toca ni nos sirve. Conviene hacer notar que el mecanismo natural, por el cual se hace la separación entre los elementos reforzados y los elementos debilitados, es un burdo bosquejo de lo que será más tarde la abstracción. Con la imagen, etapa intermediaria entre el percepto y el concepto, la reducción del objeto representado en algunos caracteres fundamentales se afirma más aún. En el término medio de los hombres, la imagen, pretendida copia de la realidad, sufre siempre un empobrecimiento considerable que en los menos dotados

es enorme; se convierte entonces en *sencillo esquema* que confina con los conceptos inferiores. Aun cuando la abstracción aparezca en su forma propia, es decir, como la *conciencia de una cualidad única y aislada del resto*, no es una manifestación nueva, sino un perfeccionamiento; es una simplificación de simplificación." (T. Ribot, 9.) Esta simplificación se halla, en gran parte, favorecida y continuada por la experiencia, en la que una cualidad determinada se nos da como parte integrante de grupos muy diferentes: "Una impresión total, cuyos elementos no nos hubiesen sido dados jamás aparte, en la experiencia, sería refractaria al análisis. Si todos los objetos fríos estuviesen húmedos, y todos los objetos húmedos, fríos; si todos los líquidos fuesen transparentes, y si algún objeto líquido no fuese transparente, nos costaría mucho trabajo el distinguir, por los nombres, el frío de lo húmedo, la liquidez de la transparencia... Pero lo que ha sido asociado tan pronto a una cosa, tan pronto a otra, tiende a disociarse de los dos y a convertirse por el espíritu en un objeto de conocimiento abstracto. Esto es lo que podría llamarse una ley de disociación por variaciones concomitantes." (W. James: *Psicología*, I, 502.)

Pero para ir más allá de la etapa de la sencilla *idea individual*, que es el principio de la concepción conceptual, es preciso que entre en juego el segundo factor de la ideación: la generalización. Abstracción y generalización irán en adelante unidas, se implicarán constantemente y se condicionarán la una a la otra; todo progreso de una de ellas hará avanzar a la otra.

B. LA GENERALIZACIÓN. — a) *Descripción general*. — "El estado de conciencia obtenido por la fijación exclusiva de la atención sobre una cualidad y por su disociación ideal con el resto se convierte en una noción singular, ni individual ni general, sino abstracta, que es la materia de la generalización. El sentido de la identidad, el poder de apoderarse del parecido, es, como se ha dicho, con razón, *la osamenta del pensamiento*; sin él estaríamos perdidos en el flujo incesante de las cosas." (T. Ribot, ídem.)

La generalización reposa, pues, sobre la asociación de las ideas (Cf.: *Asociación*); es una forma superior de la integración, de la función sintética de la conciencia.

b) *Sus factores nuevos y su naturaleza.* — “Pero hasta su más bajo grado la excede, porque exige un acto sintético de fusión.” No consiste, en efecto, en una evocación sucesiva de semejanzas o de analogías, como en el caso en que la imagen de San Pedro de Roma me sugiere la de San Pablo de Londres, del Panteón de París y otras iglesias de dimensiones colosales, de la misma arquitectura y de cúpulas gigantescas: es una *condensación*. El espíritu semeja a un crisol, en el fondo del cual un *residuo* de semejanzas comunes se ha depositado, habiéndose volatilizado las diferencias.

c) *Sus orígenes y su desarrollo. Formación de las ideas abstractas y generales que sobrepujan a la idea individual.* — “Desde que se sobrepuja la relación individual pura, se entra en la jerarquía de nociones que, aparte del carácter común a todas de ser generales, son de naturaleza muy heterogénea... Es necesario fijar los principales grados de esta jerarquía, y para ello es necesaria una *anotación objetiva* que les proporcione una marca exterior, no arbitraria.”

“1.º Una primera marca nos es suministrada por la ausencia o la presencia de la palabra. La abstracción y la generalización, sin ayuda posible de la palabra, constituyen el grupo inferior que algunos autores recientes designan con el nombre de *imágenes genéricas*, término que deja transparentar su naturaleza intermedia entre la imagen pura y la noción general propiamente dicha... Este término está tomado de los trabajos, muy conocidos, de Galton sobre las fotografías compuestas...” Huxley parece ser el primero que lo ha transportado a la psicología. Para aclarar la naturaleza de esta operación mental se puede comparar con lo que pasa en la producción de las fotografías compuestas cuando, por ejemplo, las imágenes suministradas por las fisonomías de seis personas son recibidas sobre la misma placa fotográfica durante 1/6

del tiempo necesario para hacer un solo retrato. El resultado final es que todos los puntos en los cuales las seis fisonomías se parecen resaltan con fuerza, mientras que todos aquellos por los cuales difieren, quedan en gran vaguedad. Se obtiene así un retrato genérico de seis personas.

"2.º La segunda clase, que denominaremos medios abstractos, supone la palabra. En su más bajo grado, estos conceptos sobrepujan apenas el nivel de la imagen genérica: se reducen a un vago esquema, cuya palabra es un acompañamiento casi superfluo.

"En un grado más alto, los papeles se hallan invertidos; el esquema representativo, cada vez más empobrecido, se borra ante la palabra, que pasa en la conciencia al primer lugar." (*Ribot, 14.*)

En este grado es donde podremos ver con absoluta claridad la obra y la naturaleza de la generalización; si ésta no consistiese más que en la formación de una imagen genérica, la palabra sería inútil para constituir el concepto, porque ¿qué necesidad habría de un signo al lado de la imagen?: sería una carga inútil que la evolución consciente hubiese hecho desaparecer, en vez de desenvolverla. La formación de este signo oculta precisamente un trabajo de simbolización y de sustitución esencial a la verdadera generalización. Psicológicamente, en primer lugar, no se puede concebir una imagen, que sería, como en la antigua teoría del concepto, la simple abstracción de los puntos comunes en muchas imágenes individuales. La imagen general del caballo no puede ser, por ejemplo, un caballo que no tenga *ningún* color: nos hace falta necesariamente imaginar un caballo con un color particular. La teoría de la imagen genérica, componiendo, por la acción recíproca de las imágenes concretas, una *nueva imagen*, "de la cual puede decirse justamente que representa a las demás, puesto que es, en cierto modo, la *media*, corrige este error". Pero es preciso admitir que esta media puede *substituir a todas las imágenes particulares*. Y esta *substitución posible* es la que marca la esencia de la ge-

neralización completa, y *no la simple fusión de las semejanzas.*

"Berkeley fué el primero que, con mucha penetración, llamó la atención sobre esta dificultad psicológica por reacción contra la teoría antigua que nos atribuye, sin más explicaciones, la facultad de *extraer* las propiedades comunes y las leyes, y formar con ellas nuevas ideas abstractas. Berkeley negaba simplemente que hubiese semejantes ideas, aun cuando otros filósofos, por ejemplo, *Locke*, hubiesen mirado el poder de formarlas como una de las grandes superioridades del hombre sobre el animal. "Me es imposible —dice Berkeley— formar la idea abstracta del movimiento sin un cuerpo que se mueva; la de un movimiento que no sea rápido o lento, curvilíneo o rectilíneo, y lo mismo ocurre con toda otra idea general abstracta." *No hay ideas generales sino en el sentido de que nosotros podemos hacer servir una imagen general como ejemplo o sustituto de toda una serie de otras imágenes. La generalidad de una idea no significa, pues, nada más que su aptitud para servir de ejemplo o de sustituto...* Berkeley puso realmente el dedo en la llaga. Pero es preciso, todavía, preguntarse por qué operación psicológica es tomada así una representación como ejemplo o sustituto." (*Höffding*, 220.)

Esto no es posible sino en el caso de que la generalización no sea el simple resultado de la yuxtaposición de las imágenes particulares en el espíritu considerado como espectador inerte. Las teorías que hemos dado de la atención y de la asociación, haciendo intervenir una actividad característica, *una elección guiada por el interés* y después una *síntesis asimiladora preparada por esta selección*, suprimen la dificultad. No hay en la generalización un simple recuento de imágenes; existen, con el auxilio de imágenes antiguas, formación de un estado de conciencia nuevo, *en el que agrupamos lo más distintamente posible las propiedades que nos interesan*, y que resume así todo lo que puede sernos útil en una serie de imágenes dadas. Esto aparece, sobre todo, en los conceptos claros y bien

definidos que nos presentan las ciencias y, en particular, las matemáticas: la experiencia o la demostración son siempre un caso particular que ponemos como *equivalente* a todos los casos posibles en que se presentan las mismas propiedades.

3.º Este trabajo llega a su término, y se disimula entonces casi enteramente en los conceptos completamente elaborados o *conceptos superiores*. Ellos tienen por característica propia la de no ser ya representables por una imagen cualquiera. "Todo se reduce, en *apariencia al menos*, a la palabra sola" (*T. Ribot*), y nosotros agregaremos: a su *definición*.

Aquí, en efecto, es definitivamente descartado todo residuo de imagen, o, si subsiste, no ayuda en nada a la marcha del pensamiento, y más bien la embaraza. La idea general no es ya, en su último grado de *claridad y de distinción*, más que una operación sintética de la conciencia, que permite una substitución indefinida de casos particulares, semejantes los unos a los otros. Y esta operación se fija en la conciencia por la palabra, que le da una expresión manejable y concreta. "Las ideas generales —dice *T. Ribot*— son *hábitos* en el orden intelectual." Esta definición es muy exacta, porque nos muestra que, en resumen, la generalización es la adición de un número indefinido de casos análogos, pasados o futuros, lo mismo que un movimiento habitual resume en sí toda una serie de experiencias antiguas. La generalización es una *asimilación activa*.

d) *La comparación (juicio, al menos bajo una forma implícita), condición necesaria de la generalización.* — Al lado del residuo de imágenes encontramos, pues, siempre en la generalización efectiva, un acto. Procuremos ahora precisar la formación de este acto, la naturaleza de esta operación, que constituye verdaderamente la idea abstracta y general. En las abstracciones medias y superiores, siempre suficientemente claras y definidas y que son obra de una elaboración plenamente consciente, obra de la reflexión, es fácil de determinarla. Este acto es el juicio y,

en ciertos casos, cuando la idea es bien definida, a esta serie de juicios, conducidos de una manera sistemática, es a lo que llamamos el razonamiento. Pero ¿y en las abstracciones inferiores? La abstracción y la generalización ¿no parecen puramente pasivas? Parece difícil admitirlo. "El niño, que tiende igualmente los brazos hacia el reloj y hacia el péndulo, que lleva la mano sobre todos los líquidos blancos, afirma, a su manera, de un modo puramente muscular, una semejanza." (Ruysen: *Ensayo sobre la evolución psicológica del juicio*, página 144.) Todos estos actos ¿no implican, desde el punto de vista psicológico, una *comparación*?

Desde que pasamos la etapa de las imágenes genéricas, según Ribot, y aun en esta etapa, según Ruysen; en suma, desde que tenemos que hacer alguna representación que se asemeja más a una idea que a una imagen, la representación no se presenta ya de una manera instintiva, espontánea y aislada en la conciencia, como la imagen visual de un objeto cuando la miramos. Ella es el objeto de un *mínimum* de elaboración consciente, de reflexión: necesita de una adhesión del espíritu, que pesa y *compara* los caracteres del objeto y los de la idea que él aplica. Por corto y confuso que sea este trabajo, se encuentran huellas. La adaptación del acontecimiento representativo al objeto representado necesita un esfuerzo, una vacilación y, en fin, una adhesión del espíritu, una afirmación. Hay entre *ver* un objeto y *pensar* su idea la diferencia necesaria para la afirmación de que la idea pensada conviene bien al objeto que se le puede atribuir. Esta operación psicológica es del orden de la creencia y del juicio. Así, pues, y ya tendremos que volver a ello en la conclusión sobre la naturaleza de la idea y en el estudio del juicio (en el capítulo siguiente), *no hay jamás concepto sin juicio*. Entre ver un caballo, simple percepción, y tener, a la vista de este caballo, *la idea* del caballo, hay la distinción de que el primer acto es completamente espontáneo, automático, y que mi espíritu es pasivo, mientras que el segundo es un juicio que me hace decir: "Esto

es un caballo." (La imagen vista es la de un caballo, y no otra; yo rechazo toda otra alternativa, y creo en ésta solamente.)

Bien entendido, en el niño que comienza a pensar por ideas no hay una conciencia tan neta, un análisis tan preciso de la operación como el que acaba de hacerse. Todo esto es envuelto, confuso, todavía casi inmediato; pero, sin embargo, con un matiz de vacilación (y frecuentemente con numerosos errores), que indica la aparición de lo que será más tarde el juicio.

En otros términos, se pueden distinguir en el juicio mismo dos fases: 1.º En la última fase, que es el juicio propiamente dicho, hay desenvolvimiento completo, tal como se estudiará en el capítulo siguiente; se distingue claramente el objeto al que se atribuye tal propiedad (*sujeto*), la propiedad atribuida (*atributo*) y el acto por el que se afirma tal atribución (*verbo, cópula*). Este es el *juicio explícito* que se enuncia en la *proposición gramatical*, esquema de la *frase* hablada. 2.º Pero sin que los términos sean tan claramente enunciados y aislados por el espíritu, se concibe que se pueda simplemente, viendo un caballo, pensar en que es un caballo, casi automáticamente. Es, entonces, un *juicio implícito*, en el que la creencia, la adhesión del espíritu es casi inmediata, sin que haya necesidad de analizar la operación para confirmarla. Tal es la primera forma del juicio, la más rudimentaria; sólo por los numerosos errores a que puede conducir hemos sido llevados, poco a poco, a analizar sus términos, a comprobar escrupulosamente la operación, a hacer juicio explícito.

Ahora bien: la comparación es la forma bajo la cual podemos representarnos mejor un juicio implícito. Ella encierra todo lo que encerrará el juicio explícito, salvo que engloba las relaciones y sus términos en un todo confuso y no analizado en los casos más rudimentarios. Ella es entonces sentida, más bien que pensada. Pero para generalizar, es cierto que ha sido preciso que, de una u otra manera, sean percibidas las diferencias o las seme-

janzas, y, por tanto, que dos estados de conciencia, dos imágenes, se encuentren ligadas, puestas en relación, y que la relación haya sido confusamente destacada. La comparación, el acto que aproxima, que pone en relación dos imágenes y que perciben en qué difieren o en qué son análogas, es, pues, supuesta por toda abstracción y por toda generalización.

Estas operaciones no son, pues, jamás, puramente pasivas, sino que necesitan *siempre* una actividad constante. La consciencia aproxima en el mismo estado imágenes o circunstancias que en sí mismas son datos aislados y distintos, y siente una diferencia o una semejanza; este sentimiento es el origen de lo que será más tarde creencia, afirmación, conclusión.

La *comparación*, como lo veremos en las condiciones fisiológicas de la idea, está muy verosímilmente ligada al ensayo de una misma reacción motora, frente a circunstancias diferentes. Si triunfa, arrastra la *generalización* de la reacción. Todo hábito consciente es una generalización, efecto de una comparación con frecuencia subconsciente. La necesidad de esta comparación muestra que algo del acto del juicio se transparenta en la formación de las ideas más vecinas de las imágenes genéricas, que este acto es necesario para que haya concepto, y que éste, en fin, no puede separarse del hábito activo. La abstracción, la generalización en la formación de los abstractos medios y superiores, en fin, el juicio mismo y el razonamiento, son, como será fácil demostrar, casos más elevados y más complejos de la comparación; al menos, la suponen siempre como materia.

Ella no es, en sí misma, más que el resultado de la evolución de un proceso, que hemos ya notado en el reconocimiento y en la asociación por semejanza y que se liga estrechamente al hábito, en primer lugar, y, en el caso más elevado, a la atención. Así se establece la continuidad entre las operaciones más simples y elementales del espíritu y las más complejas. La idea aparece como la terminación lógica de los procesos psicológicos des-

critos en la memoria, el hábito, la atención y la asociación; y muestra, desde sus formas más elementales, por el papel que en ella desempeña la comparación, verdadero juicio implícito, que el juicio y el razonamiento están ya en ella en germen y preludian de un modo envuelto y confuso su acción clara y reflexiva.

En resumen: "nuestra mayor ventaja es la de notar en las cosas, para adaptarnos a ellas más sutilmente, las cualidades más constantes, propias para responder a nuestras preocupaciones, a fin de ahorrarnos los deberes de un perpetuo aprendizaje". A esto debemos la reducción de las nuevas sensaciones a las sensaciones antiguas en el reconocimiento del recuerdo, la fusión de las sensaciones asociadas a una misma reacción motora, en la percepción; la fusión de las percepciones en el concepto, gracias a un comienzo de *reflexión* (de atención voluntaria), que *compara y juzga*, cada vez más conscientemente, diferencias y semejanzas en la abstracción y la generalización. El concepto es un *hábito de la atención*, y de la atención interna reflexiva, voluntaria, como la percepción es un hábito de la atención espontánea. Si la atención es un poder afectivo del espíritu, para analizar su contenido, análogo al poder muscular, que diferencia las excitaciones externas, "es legítimo reconocer en el espíritu el poder de prestar una atención habitual a ciertos elementos comunes o particularmente interesantes de sus propios recuerdos". (Idem, pág. 155.)

La idea general no es, pues, una resultante inerte, como una imagen impresa, una huella dejada en el espíritu. Es, ante todo, un hábito, un acto, una operación, que se revela en la necesidad de un juicio rudimentario e implícito de *comparación*, condición absoluta de toda generalización y siempre presente cada vez que pensamos una idea.

C. NECESIDAD DE UN SIGNO PARA SIMBOLIZAR LA IDEA. EL LENGUAJE Y LA PALABRA. — *Relaciones de la palabra y del concepto, del lenguaje y del pensamiento.* — Esta teoría nos muestra, al mismo tiempo, la necesidad absoluta de un signo para la existencia de un verdadero concepto.

Si no podemos representarnos las generalidades aisladas; si no podemos representarnos un caballo que no tenga *ningún* color, una línea que no tenga *ninguna* forma, la idea general es algo de "impensable", a menos de ser simbolizada por un signo. Hasta el presente, en efecto, no tenemos definida la idea sino por actos teóricos, por operaciones *posibles*, *por virtualidades* (es un *hábito*, una *posibilidad indefinida de substituciones*), y no es algo de real para la conciencia. Es preciso, *absolutamente*, que ésta encontrase un símbolo real que materialice y figure la idea, dándole una existencia efectiva. Este signo, en la especie humana, es *la palabra*. Es el punto de apoyo que permite pensar la idea y acordarnos de ella.

IV. CONDICIONES FISIOLÓGICAS

Las condiciones fisiológicas de la formación de los conceptos son muy mal conocidas. Deben consistir: 1.º, en las condiciones especiales del lenguaje; 2.º, en las operaciones cerebrales, y 3.º, en la adaptación biológica general (relaciones de la idea y del hábito).

1.º APARATO DEL LENGUAJE. — El lenguaje tiene condiciones motoras complejas en el aparato nervioso y muscular de la laringe, de la lengua y de la boca. Se encontrará su descripción en los tratados de fisiología y, en el capítulo siguiente, algunos detalles que son particularmente interesantes para la Psicología.

2.º CONDICIONES PROPIAS DEL PENSAMIENTO. — Las condiciones fisiológicas, propias del pensamiento reflexivo, son de las más vagas: se encuentran, ciertamente, en la capa cortical. Pero "el desenvolvimiento de la capa cortical no es continuo ni regularmente progresivo, según las escalas de nuestras clasificaciones... Se comprueban aquí lagunas, allá evoluciones divergentes. Queda, sin embargo, un hecho general: la formación y la extensión de la corteza hemisférica marchan a la par con el crecimiento de la actividad cerebral, y sobre todo, en esta cor-

teza, la *célula piramidal*, que no falta jamás, es tanto más complicada en sus expansiones, tanto más rica en fibras de asociación, cuanto más elevada es la inteligencia. Sólo los pescados dejan de tener células piramidales, aunque todavía se observa en algunos de ellos. El hombre posee las células corticales mejor organizadas, sin comparación, sobre todo la extensión de sus capas, y en *ciertas* regiones de éstas constituyen inmensas asociaciones, casi privativas del género humano; tal es la basta capa del *lóbulo frontal*, asiento "*de los fenómenos psíquicos superiores*". Es decir, de los que nos ocupan. (Poirier: *Anatomía*, 636.)

Los pescados cartilaginosos no tienen hemisferios cerebrales. Estos aparecen con los *pescados óseos*; pero quedan en estado embrionario, como en los *anfíbios*. En el reptil se muestra una verdadera corteza cerebral... Se ven aparecer las *células piramidales* dispuestas en muchas series... A partir de los reptiles, la evolución de los hemisferios sigue una doble vía divergente. En los pájaros, la base de la corteza y los cuerpos estriados son los que adquieren un volumen enorme. La corteza sufre una detención... En los *mamíferos*, por el contrario, el cuerpo estriado disminuye y la capa de la corteza se hace cada vez *más vasta en su superficie* y cada vez *más compleja en su estructura*.

Adquiere en el *hombre* una riqueza enorme de *circunvoluciones*, y el *lóbulo frontal* toma un desenvolvimiento inusitado. Las circunvoluciones extienden considerablemente la superficie útil, el peso del cerebro aumenta paralelamente. En particular, el peso del lóbulo frontal parece independiente del peso del cuerpo y del volumen total del cerebro (*Manouvrier*), lo que confirma su conexión directa con las operaciones mentales superiores solas. Para precisar un poco, vamos a dar las tablas de los caracteres de inferioridad y de superioridad observados en el cerebro humano, desde el punto de vista intelectual; es una primera aproximación a las condiciones propias del pensamiento conceptual.

a) *Caracteres de inferioridad*. — 1.º *Disminución de la*

superficie cortical, "sea de la superficie parcial, sea de la superficie total, de uno de los lóbulos, y *especialmente del lóbulo frontal*. Se trata... de la superficie de las circunvoluciones o superficie visible y de la de los surcos o superficie, y además esta superficie debe ser referida al volumen del cuerpo... *Wagner*, en un idiota microcéfalo, ha encontrado una superficie cortical total, rebajada a 900 centímetros cuadrados, en lugar de 2.000 (normal).

2.º "*Tipo simple de circunvoluciones*, que son rectilíneas, en vez de ser ondulantes; lisas y redondeadas, en vez de incisivas, y que parecen grandes porque no están desdobladas. Su simetría, completa de un hemisferio a otro, es todavía un rasgo de imperfección... En algunos casos, ciertos pliegues parecen haber conservado el tipo de las circunvoluciones primitivas del cuarto mes embrionario."

3.º *Atrofia de ciertas circunvoluciones*. Tales son: una primera *frontal no desdoblable*, el parietal superior e inferior, el primer temporal delgado o mal formado, una ínsula (lóbulo central del cerebro) de tres radios, en vez de cinco. "Siendo el lenguaje articulado la primera prerrogativa del hombre, aquella a la cual debe la mayor parte de sus progresos, se concibe que el grado de desenvolvimiento del tercer frontal sea uno de los mejores signos para estimar el valor cerebral."

4.º *Insuficiencia de los pliegues de unión*.

5.º *Modificaciones de los surcos y cisuras*.

6.º *Conformación simiesca de los lóbulos*. "El tipo inferior de las circunvoluciones se observa en grados muy diversos y bajo combinaciones muy variadas en los idiotas, los microcéfalos y los débiles de espíritu. Este es también el de un gran número de razas inferiores."

b) *Caracteres de superioridad*. — "El cuadro que hay que trazar será la antítesis del precedente; superficie cortical, vasta en su conjunto, bien proporcionada en sus diferentes lóbulos, poderoso desenvolvimiento de las circunvoluciones en el sentido de su longitud y en su sentido diametral, implicando como consecuencia el ensancha-

miento total del cerebro, sobre todo del *cerebro frontal*; la gran anchura transversal de los pliegues, el recortamiento de sus bordes en relación con las ramas laterales de los surcos limítrofes, la profundidad y oclusión de los surcos y de las cisuras. En fin, el peso de los hemisferios cerebrales está en relación, por una parte, con la masa del cuerpo y la talla, por otra parte con el desenvolvimiento intelectual. Estas dos relaciones, con mucha frecuencia se ocultan recíprocamente, han podido ponerse de relieve gracias al método de las medias y a la comparación de las diferentes especies animales y de las razas humanas."

3.º ADAPTACIÓN IDEO-MOTORA. — "El concepto no es más que un extracto de la imagen genérica, que es, a su vez, un extracto del percepto." De una etapa a la otra hay un progreso continuo. Debemos, pues, esperar encontrar en el concepto las mismas condiciones motoras que hemos encontrado en la percepción, las cuales no eran más que las condiciones motoras generales del reconocimiento en el recuerdo y, en fin, de la adaptación y del hábito. La idea abstracta será así, desde el punto de vista orgánico, *una adaptación ideo-motora*, lo mismo que la percepción era una adaptación *sensorio-motora*, y el reconocimiento, *el paso de la adaptación puramente motora a la adaptación en que comienza a intervenir la conciencia*.

A primera vista, sin embargo, no parece revelarse esto a la observación: "Si a ciertas imágenes genéricas corresponden en el niño o en el adulto actitudes habituales muy definidas, parece difícil determinar el gesto distintivo propio de la idea del pino, del vertebrado, o, más todavía, de la idea del espacio o de causa." "Es evidente que el progreso de la abstracción y de la generalización es, entre otros caracteres, marcado por el debilitamiento del elemento motor." Pero debilitamiento no quiere decir aniquilamiento completo.

Se vuelve, pues, para el concepto, lo mismo que para la percepción, a la misma condición orgánica general. Es el resultado de una adaptación del individuo al medio, resul-

tado que se explica por la teoría de la evolución. Este es el número *relativamente pequeño* de nuestras reacciones motoras frente al número indefinido de las acciones de un medio inestable, que reúne en un mismo acto psicológico, valioso para todos, las percepciones a las cuales conviene la misma actitud.

V. NATURALEZA DE LAS IDEAS

A. ASPECTO GENERAL DE LA OPERACIÓN PSICOLÓGICA.—

Nos queda por obtener una visión general del concepto, resumiendo y sintetizando los resultados del análisis precedente. El concepto es la forma más elevada de la actividad mental representativa. Sus condiciones fisiológicas, salvo en lo que concierne a la palabra, son muy mal conocidas: ellas son, en general, lo que distingue, desde el punto de vista fisiológico, la corteza cerebral del hombre adulto y civilizado, del cerebro de las razas inferiores, del cerebro del niño y del cerebro animal. Esta indeterminación no nos impide proseguir el estudio de la idea abstracta y general, porque realizándose su elaboración, en gran parte, en el plano más iluminado de la conciencia, es *próximamente suficiente* la observación interna; la idea es una síntesis muy compleja, operada gracias a una generalización de elementos perceptibles escogidos por la abstracción. Por eso, aun cuando la idea nos presente caracteres específicos, bien distintos de las simples percepciones, se refiere a ellas por una cadena ininterrumpida de estados psicológicos; esto obliga a admitir una continuidad completa entre los diferentes grados del pensamiento representativo, continuidad necesaria para la explicación científica.

Es fácil ver que la idea no es más que un resumen de una enorme cantidad de experiencias perceptivas: ella nos permite así una acción práctica muy amplia, que aprovecha todos nuestros conocimientos anteriores. He aquí su razón de ser y lo que hace que la evolución *necesariamente* haya determinado en nuestra organización psico-

lógica estados de este género y los haya perfeccionado y precisado.

El concepto es, en definitiva, un hábito mental, una disposición psicológica a tomar un conjunto de caracteres bajo un signo y a presuponer que es posible volver a encontrar este conjunto idénticamente en una multitud de imágenes. Estas últimas están así sintetizadas y *concebidas* en un mismo estado psicológico. Lo que tenemos en el espíritu cuando pensamos una idea general es el *hábito mental* y la *imagen de la palabra*, o la imagen *genérica* a que se refiere.

B. SU MISIÓN Y SUS PELIGROS.—Se ve inmediatamente el papel que el concepto está llamado a desempeñar en la conciencia: es una economía de trabajo considerable, un desahogo grande y una verdadera fuerza psicológica. Es la condición de la *ciencia* y de la *especulación*, puesto que no hay verdaderamente conocimiento organizado sino de lo general.

La idea abstracta se ha elaborado, en efecto, en la conciencia misma del lector; su símbolo figurado, la palabra, lo despierta bien pronto, y por eso toda la experiencia organizada se representa a propósito de cada una de sus aplicaciones particulares: "Los términos generales cubren un saber organizado, latente, que es el capital oculto, sin el cual estaríamos en estado de bancarrota, manipulando con moneda falsa o con papel sin valor."

Pero estas ventajas hacen inmediatamente ver *los peligros de la abstracción y del empleo de los conceptos*. Puede ser que la experiencia que representa el concepto sea imperfecta, errónea, parcial, y que, en la serie indefinida de las substituciones posibles que simboliza, insertemos algunas imposibles, sin tenerlo en cuenta. *Podemos tomar el concepto por el equivalente de lo que no es.*

Por consiguiente, nosotros atribuimos al concepto un valor objetivo, una realidad que no tiene, como lo hace notar *Stallo*: damos propiedades a los objetos que no las poseen o las poseen sólo accidentalmente; nosotros concebimos toda la experiencia posible, es decir, todo lo real,

sobre un esquema que puede sobrepasarla o no expresar sino imperfectamente. En una palabra, nosotros confundimos el símbolo con la realidad. Esta es la fuente de los grandes errores científicos y metafísicos. La abstracción, la generalización y la concepción permiten las equivocaciones más groseras, poniendo las ideas como *entidades*, como seres reales, cuando son solamente simples hábitos de los signos. "Lo mismo que el papel moneda, si no es finalmente convertible en objetos de consumo... es una pura nada, que se puede guardar en cajas sin poseer otra cosa que apariencias, del mismo modo, si los más altos símbolos de la abstracción no son reductibles a los datos de la experiencia, se puede, como ocurre con demasiada frecuencia, almacenar, manipular, enterrar conceptos y estar en estado de bancarrota intelectual permanente." (Idem, 124). Se llega así a un puro *psitacismo*, como decía *Leibniz*.

C. ¿A QUÉ CORRESPONDE EN LA NATURALEZA UNA IDEA GENERAL?— Una idea general no puede, pues, ser considerada como la copia de un elemento real de objetos existentes en la naturaleza, lo mismo que la percepción y todavía menos que ella, puesto que es sólo un *substituto de percepciones posibles*, y ella altera necesariamente los datos de la percepción abstrayendo y generalizando. Resulta, pues, de una doble modificación de la realidad, de modificaciones de la realidad, de las modificaciones que le aporta la percepción, primero y después, de las que aporta ella misma a la percepción. Esta es una elaboración de lo real en segunda potencia. ¿A qué corresponde, entonces, en la realidad y cómo puede tener, al lado de los peligros y de los errores a que comprendemos muy bien que nos conduzca el papel útil que la hace aparecer y desenvolverse en el curso de nuestra evolución psicológica?

Esta cuestión se liga estrechamente con otra que fué discutida por los filósofos. ¿Qué tenemos nosotros en el pensamiento cuando pensamos una idea general? Pero, en cierta medida, es susceptible de una solución psicológica y ha dado nacimiento a dos teorías opuestas: a) Una,

que recuerda el nominalismo de los filósofos. *b)* La otra, que hace de la idea algo más que la imagen o el residuo de imagen que tenemos en el espíritu. Hemos visto, en efecto, que la idea era, a la vez, la *imagen* o una palabra, y un *hábito*, un *acto psicológico*. En la explicación psicológica se puede dar el predominio a uno o a otro de estos elementos, y la idea adquiere un valor muy diferente, según el partido que se tome.

a) Teoría según la cual la idea no es más que un residuo de imágenes, y no tiene más valor que el de un artificio práctico.

b) Teoría que hace de la idea una manifestación de la actividad psicológica superpuesta al residuo perceptivo y que hace de esta nueva manifestación un progreso en el conocimiento. — Pero se puede responder apoyándose sobre el análisis de la abstracción y de la generalización, que hay en el hecho psicológico de la idea general otra cosa que el signo que le sirve de superestructura. Lo prueba el que este signo es contingente y accidental, que varía según la imaginación individual, mientras que incontestablemente los individuos se entienden y se concuerdan en una cierta medida sobre el sentido de las ideas abstractas y generales. En conjunto estas ideas representan para ellos cosas análogas; también tiene una significación vulgar, corriente, y por la cual comunicamos nuestras *maneras de pensar*. Al lado, pues, del signo, de la imagen que tenemos en el espíritu cuando pensamos una idea general y que no es más que el resultado perceptible de la *operación* misma, una *manera de pensar*, un *hábito*, un *acto*. Y esta *operación*, esta *manera de pensar*, este *hábito*, este *acto*, son los que forman la verdadera realidad psicológica de la ideas abstracta y general.

Ahora bien: esta realidad psicológica ¿corresponde a alguna cosa real en la naturaleza?

Los filósofos, en otro tiempo, que respondían afirmativamente, los *realistas* y los *conceptualistas* pretendían: los realistas, que este acto del espíritu aprehendía directa e inmediatamente un elemento de la realidad sin ninguna

alteración, mientras que la percepción, por el contrario, no nos da de aquélla más que imágenes ilusorias o desfiguradas: y los *conceptualistas*, que si los elementos de la realidad eran alterados por este acto del espíritu, o más bien permanecían tales como la percepción nos los daba, al menos este acto nos hacía conocer las *relaciones reales* que existen entre las cosas. Las dos teorías ponían, pues, la idea por bajo de la percepción, como medio de conocimiento, y hacían de ella, sea la copia fiel de la realidad, sea el enunciado exacto de las relaciones reales que sostienen entre sí los elementos de la realidad.

La psicología moderna, que quiere permanecer en el terreno de la experiencia, es mucho menos afirmativa. Para ella, la idea general no es ya la copia de una realidad (realismo), ni el enunciado de una relación real (conceptualismo), sino que no tiene ya ninguna relación con la realidad (nominalismo). Nos aparece más bien como una actitud habitual que hemos tomado frente a ciertas circunstancias que presentan entre sí relaciones y analogías. Ella es el resultado de nuestra adaptación psicológica, y una vez adquirida, es un nuevo factor —muy importante— de adaptación, bajo la reserva de los errores que pueda arrastrar si la actitud mental que la constituye es tomada sin precaución frente a circunstancias para las cuales no está hecha.

Las condiciones fisiológicas de la idea abstracta y general nos iluminan singularmente a este propósito. Toda idea está, desde el punto de vista fisiológico, ligada a una reacción idéntica del sujeto frente a todos los objetos a que se aplica. Esta reacción se manifiesta, en los casos más simples, por una identidad de respuestas motoras. El elemento real que corresponde a la idea general, el elemento *esencialmente* activo, es una actitud idéntica de nuestro organismo fisiológico y de nuestro espíritu, frente a objetos análogos. Y como esta actitud no es, en sus rasgos generales, especial del individuo, sino que es común a la raza o a la especie, la idea abstracta y general es, de ordinario, un elemento universal, lo mismo que las re-

presentaciones de la percepción. Así las ideas pueden cambiarse y comunicarse y llevar consigo un conocimiento real, un contenido efectivo, interpretado por todos próximamente de la misma manera, puesto que expresan una actitud común frente a una multitud de objetos análogos.

Ellas son también el resultado de la evolución comenzada con la sensación y la percepción para conocer las acciones que el medio puede ejercer sobre nosotros y las respuestas que debemos dar. Ellas nos dan, en esta medida, un conocimiento más elevado, más sistemático, más limitado, y, por consiguiente, más precioso. Se puede hasta decir un conocimiento más exacto, sin paradoja, porque los objetos del conocimiento no son individualidades aisladas, como nos los presentan nuestras imágenes perceptivas; tienen, por el contrario, entre sí, una multitud de relaciones más o menos ocultas, que las ideas nos hacen conocer. Como estas relaciones son aquellas según las cuales las cosas actúan unas sobre otras, son también las que forman esencialmente la realidad de las cosas, y, sobre todo, lo que puede interesarnos en ellas.

De las dos teorías que acabamos de ver, la primera estaba sostenida, sobre todo, porque ponía entre la percepción y la idea una continuidad perfecta. Parece que la segunda, sobre todo en el sentido que se daba a la expresión acto del espíritu, consagraba una ruptura entre la percepción y la idea, entre las manifestaciones superiores del espíritu y sus condiciones inferiores u orgánicas. Pero justamente las teorías modernas sobre la adaptación ideomotora permiten restablecer esta continuidad, aun manteniendo la originalidad del acto conceptual.

La idea abstracta general puede, pues, ser considerada en el espíritu como un acto, una operación, mucho más que como un resultado cristalizado y fijo. El lenguaje nos invita, por lo demás, a esta conclusión: concepción, como abstracción, generalización y percepción, indican tanto una operación del espíritu como el resultado de esta operación cuando está acabada. Esta confusión del vocabu-

lario es una prueba de que, en realidad, el resultado no se separa jamás de la operación, y que se trata de fenómenos que son esencialmente fenómenos de actividad, fenómenos dinámicos.

Pensar un concepto no es, pues, ni pensar el género por lo que respecta a la clase de objetos (realismo o conceptualismo), ni representarse el símbolo verbal de este género (nominalismo); "es simplemente retener de un recuerdo, a través de sus aspectos accidentales, el aspecto bajo el cual se presenta más habitualmente —y más útilmente— a nuestra reflexión".

CAPÍTULO XIV

LA ACTIVIDAD REPRESENTATIVA ELABORADA LOS CONCEPTOS

(Continuación)

SEGUNDA SECCIÓN: DESENVOLVIMIENTO DE LOS CONCEPTOS

I. *Definición.*

II. *Clasificación.* — A. Juicios y razonamientos. — B. Génesis de estas diferentes formas.

PRIMERA PARTE: EL JUICIO

III. *Condiciones psicológicas.* — A. Orígenes. — B. El juicio y la asociación de las ideas. — C. Estudio psicológico de la creencia.

IV. *Naturaleza del juicio.* — Su papel. A. La afirmación. — B. Importancia del juicio. — C. El juicio y la creencia.

SEGUNDA SECCIÓN

FORMACION Y DESENVOLVIMIENTO DE LOS CONCEPTOS. EL JUICIO

I. DEFINICIÓN

El concepto establece relaciones entre las imágenes, puesto que comprende propiedades comunes a muchas imágenes y proporciona al espíritu una noción que substituye a todas estas imágenes. Pero el concepto no es algo

definido e inmutable, es vivo y cambia; se forma lentamente y se elabora precisándose, haciéndose cada vez más claro y distinto: esta elaboración se hace por nuevas relaciones apercebidas y puestas por el pensamiento, es decir, *por aproximaciones entre el concepto considerado y otros conceptos*. Cuando yo digo, por ejemplo, que los planetas son esféricos, doy a mi concepto del planeta una propiedad, *poniendo una relación* entre él y el concepto de esférico. Lo mismo si digo que están animados de un movimiento de rotación sobre sí mismos; lo mismo si agrego: de un movimiento de revolución alrededor del sol; en ambos casos mi concepto de planeta se precisa con el auxilio de una serie de aproximaciones de esta clase. Ahora bien: *poner, afirmar una relación*, es hacer un juicio. *El juicio es la afirmación de una relación entre dos conceptos*: el uno es el sujeto, el otro es el atributo. Ellos están ligados por el verbo, que expresa la *relación afirmada*. El juicio no es, pues, más que el enunciado consciente de las relaciones que sirven para la formación del concepto; es decir, el enunciado de los actos de abstracción y de generalización. Nosotros consideramos en él estos actos desde un punto de vista nuevo: *la afirmación de la relación que resulta*.

Pero las relaciones deben ser legitimadas; lo son desde que se puede mostrar que se *imponen necesariamente, que no se pueden dejar* de concebir. Lo que da a un juicio el carácter de una *conclusión necesaria* es el *razonamiento*; *el razonamiento es un encadenamiento de juicios tal, que el último de entre ellos (conclusión) nos aparece como la consecuencia forzada de los otros (premisas)*. La afirmación planteada por este último juicio es entonces necesaria. El razonamiento no hace más que justificar, legitimar una abstracción o una generalización, conferir al juicio la *necesidad que le faltaba todavía*. *Reemplaza la creencia por la certidumbre*. Juicio y razonamiento son, pues, operaciones psicológicas por las cuales la abstracción y la generalización nos aparecen con cualidades nuevas, *muy importantes*, que las precisan y las comprueban.

II. CLASIFICACIÓN

A. JUICIOS Y RAZONAMIENTOS. — Puesto que estas operaciones no son sino una abstracción o una generalización, es decir, *un análisis o una síntesis*, nos encontraremos con dos clases de juicios y dos clases de razonamientos, según que se trate de *análisis o de síntesis*.

a) 1.º En un juicio puede ocurrir, en primer lugar, que el sujeto implique el atributo: basta analizar el primero para *abstraer y extraer el segundo*. Todos los sólidos son pesados; el sol es brillante; he aquí juicios en los que las propiedades afirmadas son abstraídas de los sujetos de que se afirma *por simple inspección*. Se llaman *analíticos: afirman una abstracción*. Por ellos se precisa la comprensión de un concepto.

2.º Pero el juicio puede afirmar, además de un concepto, una propiedad que, a primera vista, no parecía ligada con él. Estos juicios son los que hacen progresar realmente nuestro conocimiento, porque nos enseñan algo ignorado hasta entonces. Generalizan la concepción que tenemos del atributo, mostrando que el sujeto está en él encerrado. Aumentan la extensión. Afirman una *generalización* y operan una síntesis. El calor es un movimiento molecular; los gases son pesados: he aquí juicios sintéticos. Todos los juicios de percepción o de experiencia, es decir, todos los que formulamos observando por nuestros sentidos lo que pasa fuera de nosotros, son juicios de este género.

Se dividen todavía los juicios en afirmativos o negativos, según que la relación que enuncian la excluyan del sujeto o la atribuyan la propiedad considerada.

b) 1.º El razonamiento puede demostrar del mismo modo cómo es necesaria una propiedad aislada por el *análisis* en un concepto. Es entonces *deductivo o demostrativo*. La demostración pone en evidencia la necesidad de un juicio analítico mostrando que el atributo está implicado por el sujeto; que, sin él, el sujeto no sería lo que es.

2.º Puede, por el contrario, extenderse la aplicación de un concepto; es el razonamiento *inductivo*, por el cual se prueba la afirmación de un juicio sintético. Esta prueba no puede hacerse sino por un llamamiento a la experiencia, mientras que la demostración deductiva prescinde de ella absolutamente.

PRIMERA PARTE: EL JUICIO

III. CONDICIONES PSICOLÓGICAS DEL JUICIO

A. ORÍGENES. — El juicio, según lo que acabamos de decir, se halla, pues, implicado en todo acto verdadero de abstracción o de generalización, en todo concepto efectivamente formado. Aparece claramente en el momento en que se pasa de la imagen genérica al concepto propiamente dicho.

“La imagen genérica no lo es nunca; el concepto es *siempre* un juicio. Ya se sabe que para los lógicos (al menos antiguamente) el concepto es el elemento simple y primitivo; después viene el juicio, que liga dos o más conceptos. Para el psicólogo, por el contrario, la afirmación es el acto fundamental; el concepto es *resultado de juicios* (explícitos o implícitos) de semejanzas, con exclusión de las diferencias.” Pero “entre la imagen genérica y el juicio bajo sus formas inferiores, ¿existe *solución de continuidad* o *pasa por medio de transformaciones lentas*? Para los partidarios de la primera tesis, el juicio es un *paso del Rubicón*”. (M. Müller.) Romanes, que sostiene lo segundo, observa que los signos que se desarrollan paralelamente con la inteligencia son: 1.º *Indicativos*: gestos o raíz prenominal en el hombre primitivo, ladrido del perro para que se le abra la puerta, etc. (*lenguaje reflejo*). 2.º *Denotativos*: se aplican a cosas, cualidades o acciones particulares; ejemplo: el loro, que, al ver a una persona, profiere su nombre (*lenguaje-señal*). 3.º *Connotativos* o *atributivos*: con razón o equivocadamente son

atribuidos a toda una clase de objetos que posean una cualidad común (ejemplo: un niño aplica la palabra *estrella* a todo lo que brilla), y 4.º *Denominativos*: es el empleo intencionado del signo como tal con la plena apreciación de su valor.

“Es claro que en las dos primeras etapas no hay juicio. En la tercera es donde comenzaría a aparecer: por consecuencia, con las imágenes genéricas más elevadas o con las abstractas inferiores. Existe, *no bajo la forma de una proposición, sino de una acción*. El perro de caza posee seguramente imágenes genéricas del hombre y de las diversas clases de caza, bajo la forma visual y sobre todo, la olfativa. Cuando se lanza tras la pista de su amo, de una liebre o de una perdiz, ¿no es éste un juicio de cierta especie, una afirmación, la más indudable de todas, puesto que es un acto? La ausencia de expresión verbal y de formación lógica *no hace cambiar nada* a la naturaleza firme del estado mental... El paso de la tercera a la cuarta etapa es aún más importante.” Ahí es donde el juicio se hace explícito verdadera y completamente. “Es el momento en que aparece el verdadero concepto; llegado a este punto, es posible un progreso casi sin límites.” (Th. Ribot, *Ideas generales*, 105.)

Se ve aún una vez más que existe una continuidad ininterrumpida entre las formas inferiores y las formas superiores de la vida mental. La afirmación del juicio no aparece de un golpe, sino que se elabora progresivamente. No es, en su origen, más que la posición de la conciencia de una imagen genérica, y creemos en la existencia de esta imagen como en la de toda percepción. Más tarde solamente es cuando vemos que en esta imagen hay más que una simple aprehensión perceptiva; hay relaciones genéricas que se encuentran afirmadas entre dos términos: el juicio y su afirmación, primeramente implícitos, se han convertido en un acto particular del espíritu y se han hecho explícitos. Se ha *visto* primeramente el *sol brillante*; después se ha *afirmado* que el sol *es* brillante, descomponiéndose la imagen en sus términos y su relación.

B. EL JUICIO Y LA ASOCIACIÓN DE IDEAS. — El juicio normal consiste en el acuerdo de ciertas representaciones en la conciencia. “Si, mirando mi reloj, digo: “Son las tres”, anuncio el acuerdo establecido en mi conciencia entre la imagen visual de la disposición de las agujas sobre el cuadrante y la noción habitual que poseo de la división del tiempo. *Así, todo juicio implica una representación múltiple* y, por antonomasia, una asociación de ideas. Pero es evidente que no podría reducirse a ella. Juzgar y tener conciencia son dos cosas... Es claro que el llamamiento mecánico de una representación con ocasión de otra no podría constituir una afirmación, una creencia. Stuart Mill nota, con razón, que nosotros podemos concebir muy bien las cosas de una manera y crearlas de otra; así, el movimiento aparente del sol alrededor de la tierra..., no nos impide afirmar que la tierra gira alrededor del sol.

“La asociación constituye una serie puramente subjetiva sometida a los azares de la experiencia diaria y a los caprichos de la memoria o de la imaginación. Por otra parte, la serie de representaciones evocadas por asociación discurre indefinidamente, como ocurre en el sueño. El juicio, por el contrario, se nos aparece como una detención en la serie de asociaciones posibles. Cuando yo digo: “La tierra es redonda”, *yo excluyo* de todo contacto con la idea de tierra las otras formas geométricas.” (Ruysen, *Evolución psicológica del juicio*, 39 y 41.)

Así, la afirmación enuncia “*una actitud nueva del espíritu respecto de una asociación* entre dos representaciones”. Esta actitud, que puede definirse como una *detención* en el curso de las asociaciones, en beneficio de una de ellas, es la creencia.

C. ESTUDIO PSICOLÓGICO DE LA CREENCIA. — DEFINICIÓN DE LA CREENCIA. — Todo juicio implica una afirmación, y toda afirmación, al menos antes de mostrarse como necesaria por un razonamiento, es una creencia. Queda, pues, que hacer el estudio de la creencia, para dar cuenta de las condiciones psicológicas del juicio: “Es más difícil definir la creencia de lo que parece a primera vista. La

mayor parte de los psicólogos no han tenido en cuenta más que la creencia reflexiva, y, por tanto, es natural que les haya parecido un estado puramente intelectual." "Creer, escribe Rabier (*Psicología*, pág. 266), es pensar en la relación de intensidad entre la representación y la realidad absoluta." Esta definición no parece muy exacta; no conviene ni aun a la creencia reflexiva. Si, en efecto, *pensar* significa representarse, yo me puedo representar habitantes en Marte, aunque no crea en él. Y si *pensar* designa alguna cosa además, significa ya *creer*, y entonces defino la creencia por la creencia misma. (De *Buysen*, pág. 169.) Quizás es más simple, en buena psicología, evitar provisionalmente toda definición y recordar simplemente el contraste que existe entre la creencia y su contrario. Yo *creo* que la Tierra está habitada, yo *dudo* si Marte lo está también... El verdadero contrario de la creencia es, pues, la duda y no la negativa. Creer que un juicio es falso es todavía una afirmación. (Idem, 170.)

Si la creencia es lo propio del juicio, la duda no es, en sí misma, una forma particular del juicio. Se puede afirmar que se duda, y tenemos entonces un juicio; pero el juicio se superpone a la duda que afirma a título de hecho, como se sobrepone a otros hechos; no se confunde con él. La duda permanece como *suspensión del juicio* (*Descartes*), en tanto que divide la atención entre muchos juicios posibles. No es más que un momento preparatorio del juicio, la *vacilación que precede al acto*, y, en este sentido, precede siempre a la formación de un juicio, el acto nuevo de adaptación mental, que es todo juicio en el momento en que se le elabora. No desaparece sino en el momento en que el juicio deviene habitual, automático y necesario. Los psicólogos y los lógicos americanos contemporáneos (*Dewey*) han puesto esto en claro. Todo juicio se presenta al principio en el espíritu como una alternativa, fórmula de una interrogación interna, a la cual, en los casos ordinarios, se responde tan rápidamente, que pasa desapercibida... "Este caballo es blanco", es una respuesta a la pregunta "Qué color tiene este caballo", y una

solución de la alternativa: es blanco o de otro color (gris, por ejemplo). Si yo juzgo que *es blanco*, es que mi percepción me permite eliminar (con frecuencia de una manera errónea) la otra alternativa. Así, no hay lugar a considerar, desde el punto de vista psicológico, juicios problemáticos (o hipotéticos) y juicios apodícticos (o asertóricos) que impliquen una afirmación, una negación precisa. Todo juicio es asertórico: afirma o niega, concluye una duda y, por consiguiente, la excluye.

“Creencia y duda se definen suficientemente por su contraste. Las mismas representaciones no pueden ser a la vez, y desde el mismo punto de vista, objeto de duda y de creencia.” (Idem, pág. 171.)

IV. NATURALEZA DEL JUICIO. SU MISIÓN

En resumen, un juicio es una relación afirmada a propósito de un concepto; pero esta relación no es una simple fusión de imágenes concretas, gracias a la asociación por semejanza. Para que haya juicio es preciso que aparezca en la vida mental *alguna cosa más*: esta cosa consiste en hacer explícita la relación, afirmarla de un modo claro y consciente. El análisis o la síntesis no son ya automáticos. Son, en cierto modo, *queridos* y *escogidos* para fines prácticos, para un conocimiento más rápido y más preciso; porque la precisión de una *idea* no es otra cosa que la rapidez y la facilidad con que nos representa los objetos que simboliza y lo que nos interesa en estos objetos.

A. NATURALEZA DE ESTA AFIRMACIÓN. — “Pero no debe olvidarse que es imposible separar por *límites precisos* la percepción sensible y el pensamiento.”

Recordemos que la percepción es siempre considerada como la copia de una realidad: es *objetiva*. Con el concepto, que sale por evolución de la percepción, este carácter no se borra; también el concepto es considerado como el equivalente de una realidad, como *objetivo*. *Supone que*

existen realmente ciertas relaciones entre las cosas. Y bien: el juicio es el que *afirma* una relación y la afirma como existente. Lo propio de este acto psicológico es determinar la *creencia* en la realidad de la relación afirmada, lo mismo que corresponde a la naturaleza de la percepción externa o interna hacer creer en una existencia real. La creencia implicada por el juicio, y que constituye la materia de su afirmación, sale así poco a poco de la objetivación perceptiva, al mismo tiempo que la percepción se transforma en concepto. No hay todavía nada de absolutamente nuevo, sino una simple transformación.

Esta transformación tiene un interés práctico: economiza nuestro esfuerzo; el juicio condensa así en su corta fórmula las afirmaciones que justifican una porción de experiencias particulares pasadas.

B. IMPORTANCIA DEL JUICIO. — Así el juicio ha aparecido como la operación intelectual esencial: "*Pensar es juzgar*", decía Kant; es decir, *afirmar relaciones*.

Todas nuestras ideas, en efecto, son relaciones, y pensarlas es afirmar la existencia de estas relaciones. Si esta afirmación es confirmada en la realidad, estamos en lo *cierto*; en el caso contrario, estaremos equivocados. Y, como el juicio no es más que el caso más preciso de un análisis o de una síntesis intelectuales, los casos en los cuales son claramente apercibidos por la conciencia, elementos y relaciones de *unión* y de *extracción*, como todos nuestros hechos representativos sin excepción son análisis y síntesis de ese género, pero más confusos, se puede decir que la operación presentada por el juicio bajo una forma explícita está implicada en el estado rudimentario por toda nuestra inteligencia. "Si, pues, buscamos una definición general del pensamiento, podemos decir: *pensar es comparar*. Es encontrar diversidad o semejanza... Si procuramos ahora distinguir de estas formas vagas y elementales del pensamiento, el *pensamiento propiamente dicho*, no podremos hacerlo sino atribuyendo una importancia particular al elemento de *actividad* que ya se encontraba en estas formas inferiores... El pensamiento ló-

gico tiene un carácter esencialmente crítico; examina, mide y precisa la relación de semejanza." Procura siempre substituir una relación antigua por relaciones nuevas, que concuerdan mejor con la experiencia. Establece una relación después de haber rechazado lo que le satisface. "Lo que escoge es lo que corresponde más exacta y más completamente a las condiciones del modelo" y al fin práctico que perseguimos. (*Höfding*, 230.) Pero no podemos ver allí, desde el punto de vista psicológico, más que un desenvolvimiento continuo del discernimiento y de la integración primitivas, que, a través de las etapas de la atención y de la asociación por semejanza, de la abstracción y de la generalización confusas, llegan al análisis y la síntesis lógicas.

C. EL JUICIO Y LA CREENCIA. — Según nuestra teoría, todo juicio es un acto de creencia, que, por sí mismo, no nos aparece de ningún modo como necesario. El primer filósofo que ha puesto en claro este carácter esencial es *Descartes*.

Se le ha reprochado con frecuencia su teoría del juicio. *Gassendi* ha expuesto la objeción con vigor. No somos libres para no afirmar lo que pensamos o para afirmar otra cosa que lo que pensamos; ahora bien, la creencia nos aparece como libre. Para *Spinoza*, juzgar, afirmar y *ver* la realidad necesaria de la relación que implica el juicio, son una sola y misma cosa.

Este reproche, considerado en sí mismo, no nos parece fundado, y mantenemos nuestro análisis psicológico y la teoría cuyo germen está en *Descartes* y ha sido desenvuelta por toda la filosofía crítica, fenomenista y positiva: "En primer lugar se pone mal la cuestión, parece, cuando se considera un juicio cualquiera, una vez formado, y nos hemos pronunciado sobre la síntesis mental que encierra. *Descartes* no pretende que, en el momento en que vemos que un cuerpo se mueve a la distancia de una milla, podamos de un golpe y sin motivo juzgar lo contrario; no se trata de una voluntad arbitraria y caprichosa que se *dejuzga* en el momento mismo en que actúa." (*Buchard*,

El error.) Por el contrario, "si se considera, no ya un juicio *tenido intelectualmente por verdadero*, sino solamente una síntesis de ideas nuevas sobre las cuales no nos hemos pronunciado todavía", se da entonces un verdadero acto de creencia, en tanto que permanecemos frente a un simple juicio, a una simple afirmación. La creencia se impondrá como necesaria y cierta sólo por nuevas operaciones mentales: por el *razonamiento*.

CAPÍTULO XV

LOS CONCEPTOS

(Continuación)

TERCERA SECCIÓN: EL DESENVOLVIMIENTO DE LOS CONCEPTOS
SEGUNDA PARTE: EL RAZONAMIENTO

- I. *Definición.*— Necesidad y universalidad. El término medio.
- II. *Condiciones psicológicas.*— 1.º El razonamiento inductivo:
A. Su génesis. a) La inferencia de lo particular a lo particular o consecuencia empírica. b) La analogía. — B. La verdadera inducción; la relación de causa a efecto (o principio de causalidad) es su fundamento. 2.º El razonamiento deductivo; el principio de identidad, fundamento de la deducción.
- III. *Condiciones orgánicas.*
- IV. *Principios directores del conocimiento.*
- V. *Naturaleza del razonamiento.*

TERCERA SECCIÓN

EL DESENVOLVIMIENTO DE LOS CONCEPTOS

SEGUNDA PARTE: EL RAZONAMIENTO

I. DEFINICIÓN

No volveremos sobre la definición del razonamiento y la clasificación de sus diferentes especies (inducción y deducción). Iban implícitas en la definición de los juicios y

su clasificación para mostrar la simetría que se puede establecer entre estas dos operaciones. No insistiremos más que sobre lo que la operación del razonamiento agrega a la operación del juicio en la obra del conocimiento.

NECESIDAD Y UNIVERSALIDAD. — Cuando hemos comprobado una relación entre dos ideas, ocurre con frecuencia que esta relación se explica y podemos entonces, no solamente decir que las dos ideas están ligadas, sino también por qué lo están. En este momento la afirmación de esta relación reviste un carácter verdaderamente nuevo. No solamente es creída, por fuerte que sea la creencia con que nos adherimos a ella, sino que es puesta como *cierta, irrefutable*, como *necesaria*, en fin, puesto que vemos su por qué: y, por consiguiente, como *universal*, puesto que vale para todos los casos idénticos: "Al principio, nosotros no obtenemos todas nuestras opiniones y todos nuestros juicios por medio del razonamiento propiamente dicho. Por el contrario, el curso espontáneo de nuestras representaciones parece ser en nosotros el elemento verdaderamente fecundo. Nuestras ideas se mueven con frecuencia, mediante saltos, se ligan instantáneamente, o por medio de aproximaciones imaginadas, y podemos, sin embargo, obtener así *juicios que se demuestren de golpe*. La vía por la cual descubrimos una proposición es rara vez aquella mediante la cual la demostramos. Nuestra precipitación nativa nos conduce a imaginar concepciones que imaginamos después." (*Höfding*, pág. 233.) Este examen, que tiene por fin mostrar lo bien fundado de la relación, es el *razonamiento lógico*.

EL TÉRMINO MEDIO. — Su carácter esencial se nos revela fácilmente observando la operación consciente: "Entre los dos datos que forman pareja se encuentra un intermediario, que, estando ligado por una parte con el primero y por otra parte con el segundo, provoca por su presencia la relación del primero con el segundo; de suerte que esta *última relación está derivada* y supone como condición las dos relaciones precedentes (*premisas*). Nada más importante que este dato intermediario, puesto que él es el

que, por su inserción entre los dos datos, los suelda en una pareja." (Taine, *Inteligencia*, t. II, 391.) Ella muestra que la relación es verdadera, forzosamente, *necesariamente* y *siempre* que se den los dos términos.

Por otra parte, estos intermediarios pueden ser multiplicados y el razonamiento se compone de una larga cadena que une sus dos eslabones extremos. La operación es idéntica, sólo que es más complicada; he aquí todo.

No es preciso examinar en qué consiste este intermediario explicativo que constituye toda la virtud del razonamiento. Si los hechos psicológicos pueden ser estudiados científicamente, es con la condición de poder ser ligados con los hechos inferiores que suponen. Allí donde no hay ya continuidad, allí donde no se encuentra ya en las formas anteriores o en sus elementos la razón de ser del fenómeno, subsiste un desconocido misterioso que la ciencia no puede sondar. Por consiguiente, o bien el razonamiento y la introducción del término medio que hace necesaria la afirmación, se explican por la evolución de la afirmación que constituye el juicio y la creencia, o serán inexplicables psicológicamente. Se comprende fácilmente, dado el estado actual de la psicología, que nos encontramos continuamente en presencia de indicaciones vagas y muy hipotéticas, a medida que alcanzamos operaciones más complejas. Pero se puede, en fin, de una manera bastante coherente, indicar en líneas generales esta evolución de la simple creencia hacia la necesidad lógica, y esto es lo que vamos a hacer.

II. CONDICIONES PSICOLÓGICAS

1.º EL RAZONAMIENTO INDUCTIVO. — *El principio de causalidad, fundamento de la inducción.*

A. LA GÉNESIS DEL RAZONAMIENTO INDUCTIVO. — Recordemos que hay dos clases de razonamiento: *inductivo* y *deductivo*.

Notemos primeramente que si el razonamiento induc-

tivo, *en la práctica*, es un procedimiento tan seguro como el razonamiento deductivo, implica, sin embargo, una *adhesión menos completa*, menos clara sobre todo, en la necesidad de la conclusión. Ofrece, pues, una forma menos perfecta del razonamiento, y por él debemos comenzar nuestro estudio genético. Es preciso mostrar cómo el espíritu, poco a poco, partiendo de la afirmación sin pruebas del juicio, ha marchado a la conquista de las propiedades características del razonamiento: necesidad y universalidad, las cuales no se adquieren completamente en derecho sino con el razonamiento deductivo.

a) *La inferencia de lo particular a lo particular o consecuencia empírica.*—La afirmación en el juicio expresa simplemente el hecho presente, inmediato, actual. Pero si uno de los términos de la relación afirmada se nos da de nuevo, el segundo va a reaparecer, reaparecerá *conforme a la ley de la asociación de las ideas*, y con él, la *afirmación misma*. Nosotros *esperaremos* ver reaparecer *efectivamente*, en la realidad, el segundo término, y lo consideraremos como *ligado con el primero*.

“El niño que se ha quemado en el dedo ha razonado y concluido, aunque no haya pensado nunca en el principio general, “que el fuego quema”. Recuerda que se ha quemado, y sobre el testimonio de la memoria cree, cuando ve la lumbre, que si pone en ella el dedo, se quemará. Creen esto en todos los casos que se presenten, *pero sin ver cada vez más allá del caso presente. No generaliza; infiere un hecho particular de otro hecho particular.* (Stuart Mill, *Lógica*, t. I, pág. 210.) Este estado que, diga Mill lo que quiera, no es todavía un verdadero razonamiento, puesto que no se pone la *universalidad necesaria* de la conclusión, se encuentra ya en la psicología animal. *Leibniz* lo llama una *consecución empírica*: “Este es un estado de espera equivalente a una conclusión de orden práctico; es una anticipación, y este estado difiere de la simple sugestión asociativa en que el espíritu está menos ocupado con el recuerdo de las quemaduras pasadas que con la espera de una repetición del mismo hecho en el caso

presente; es decir, que el recuerdo del hecho de ser quemado tiene menos importancia que el de sacar la conclusión de que se quemará." (J. Sully.) En otros términos: está menos orientado hacia el pasado que hacia el porvenir... "Sin duda que entre estos dos procesos, *asociar, inferir de lo particular a lo particular*, la diferencia es bastante débil; pero en un estudio del pensamiento y de la evolución, estas formas de transición son justamente las más importantes." (Th. Ribot: *Ideas generales*, 30.)

La sencilla característica de la inferencia se aproxima mucho a la creencia simple que caracteriza al juicio y a la objetivación primitiva de la percepción; pero es algo más en cuanto hace intervenir el porvenir, la noción confusa de una semejanza que va a producirse.

En todo caso está preparada "por el lugar determinado que las percepciones toman ordinariamente las unas en relación con las otras". A causa de nuestra *naturaleza práctica y operante* seremos llevados en un comienzo a *imaginar, a reproducir anticipadamente* un recuerdo del pasado, que se encuentra despertado por la imagen que surge en nuestro cerebro, y a esperar su reaparición. "La vida lleva sus esfuerzos adelante, y es preciso tropezar con un obstáculo para verse llevado a mirar hacia atrás." (Höfding, 173.) Entonces es cuando empezamos a distinguir la inferencia verdadera de la inferencia errónea, y a mirar la primera cada vez más como necesaria, porque nosotros *esperamos* (y éste es el germen del intermedio explicativo) ver aparecer el segundo término de la pareja.

b) *La analogía.* — La inferencia por analogía es ya un procedimiento muy superior. "Ella es el principal instrumento lógico del niño y del hombre primitivo, base de la extensión del lenguaje, de las clasificaciones vulgares y prácticas, de los mitos y de los primeros conocimientos casi científicos."

Es una inducción que comienza y de ella difiere, no por su forma, sino por su materia, que está mal establecida: "Si dos cosas se asemejan por uno o por muchos carac-

teres, siendo una proposición dada verdad de la una, lo será también de la otra. A es análoga a B, *m* es verdad de A, luego *m* es verdad de B." Tal es la fórmula de *Stuart Mill*. "El animal o el niño, que, maltratados por una mujer, extienden su odio a todas las que se les asemejan, razona por analogía. Es claro que este procedimiento de lo conocido a lo desconocido tiene un valor variable desde cero hasta el cero en que se confunde con la inducción perfecta... Supone, al menos en sus formas más altas, en el animal, una construcción del espíritu: "se pone el fin y se imaginan los medios para alcanzarlo". (*Idem*, 36.) Este acto consiste en un *encadenamiento de imágenes genéricas* y en la *espera de una conformidad* en la sucesión de este encadenamiento; es decir, de una *sucesión siempre uniforme de los mismos acontecimientos, de una relación constante entre las mismas formas, hecha abstracción de las particularidades del momento*. "Yo he visto muchas veces, no solamente los perros, sino los caballos, las mulas, los bueyes y las cabras, buscar el agua en lugares que jamás habían visitado. Se guiaban en virtud de principios generales, puesto que llegaban a abrevaderos completamente secos por el momento." (*Houzeau, Facultades mentales de los animales*, 264.) El intermediario aparecía aquí, pues, claramente como la comprobación de un *elemento constantemente uniforme*.

B. LA VERDADERA INDUCCIÓN: LA RELACIÓN DE CAUSA A EFECTO EN SU FUNDAMENTO. — Ahora bien, si consideramos una inducción científica, veremos que su verdadero fundamento es la noción de esta sucesión constante y uniforme. ¿Por qué es esta sucesión constante y uniforme? No puede obedecer sino a que el elemento antecedente es la *razón de ser del elemento* siguiente: es la *causa* del que el último es el *efecto*. Dicho de otro modo: el elemento que hace necesaria la afirmación de un juicio sintético, es decir, de una conclusión inductiva, es la afirmación de una relación de causalidad entre los dos términos, relación que revela al espíritu una experiencia o una serie de experiencias particulares.

El razonamiento sería, pues, cierto si estuviéramos seguros de tener, por la relación causal, la razón de ser necesaria y universal del fenómeno.

Se expresa este hecho diciendo que el *principio de la inducción es el principio de causalidad*. Toda inducción reposa sobre el hecho de que A es la causa de B, y, por consiguiente, que A será siempre dado necesariamente con B, o los mismos efectos proceden de las mismas causas.

Esto explica el que sea necesaria la experiencia para autorizar una inducción, porque nosotros no podemos apoderarnos de la causa de un fenómeno sino *observándolo* tal como aparece en la Naturaleza, a continuación de qué viene. No es imposible adivinarlo por la sola intuición del pensamiento. No podemos comprobarlo más que por la experiencia.

2.º EL RAZONAMIENTO DEDUCTIVO. — *El principio de identidad, fundamento de la educación.*

Prácticamente, el espíritu considera la inducción como cierta. Pero teóricamente, como es imposible, con la mayor frecuencia, afirmar absolutamente que la sucesión que nos muestra la experiencia será siempre uniforme y constante, deja subsistir una última duda en el espíritu. Permanece siendo, pues, una *creencia*, por cerca de la certidumbre que esté. Es preciso transformar el razonamiento inductivo en *razonamiento deductivo* para obtener una universalidad y una necesidad absoluta, que supriman toda razón de dudar. Nos vemos, pues, llevados a estudiar la forma, la forma más alta y última del conocimiento elaborado: el razonamiento deductivo. Examinemos cómo se introduce, con el intermediario explicativo, la necesidad *absoluta* de la conclusión.

Sea, para tomar el ejemplo clásico, la prueba de que Sócrates implica la cualidad de "mortal". Notamos, analizando el concepto de Sócrates, que es hombre; ahora bien, todo hombre es mortal. Luego Sócrates es mortal. Sócrates forma parte de los hombres que forman parte de los seres mortales, o bien la idea de Sócrates implica

la idea del hombre, que implica la idea de mortal. "De estas tres ideas, la primera, más comprensiva que la segunda, contiene a esta segunda, la cual, más comprensiva que la tercera, contiene a la tercera, y el espíritu pasa de la más comprensiva a la menos comprensiva por la intervención de ésta, cuya comprensión es media." (Idem, 407.) Analicemos estos pasajes: vemos que llegan a apereibir una semejanza completa, una identidad absoluta entre cada uno de los términos, *desde el punto de vista* que nos ocupa (porque puede haber allí diferencias múltiples que son completamente extrañas al fin que perseguimos, y de las que, por consiguiente, hacemos abstracción). Sócrates es hombre; el hombre es mortal; luego Sócrates es mortal. Sócrates = a hombre y hombre = a mortal; luego Sócrates = a mortal. *Toda deducción no es más que una serie de identidades* de este género.

Por consiguiente, todo razonamiento deductivo saca su fuerza de la noción de identidad: si se busca cuál sea la última razón de una conclusión, "el último intermediario, el último *porqué*, después del cual toda pregunta se detiene porque está indicada la suprema explicación y la demostración es completa, se encuentra que es un carácter incluido en la definición de los factores o elementos primitivos, cuyo primer dato no es más que el conjunto o el total". (Idem, 418.)

La noción de identidad es, pues, puesta por el espíritu como la regla, fuente universal a la que se reconoce el derecho de deducir una proposición de otra y de establecer la necesidad de una afirmación, porque, en suma, ella no es más que una forma nueva de otra afirmación reconocida ya como exacta. Se dice que el *principio de la deducción es el principio de la identidad o de no contradicción*; todo el razonamiento reposa sobre el hecho de que A es A y no otra cosa que A; la conclusión no expresa ninguna otra cosa.

Relaciones y diferencias entre la inducción y la deducción. — Estos procedimientos se asemejan todos al silogismo en que no admiten como principio más que el de

identidad. Tienen, además, de común con el silogismo el que no suponen ningún otro elemento que los que ofrecen las premisas y que con estos elementos reconstruyen la conclusión, mientras que la inducción apela siempre a elementos nuevos revelados por la experiencia que la funda. La deducción *deduce* de un dato tomado como concedido; la inducción *descubre*, induce un dato nuevo, al lado de los datos sobre los cuales se apoya.

Esto es lo que explica que la deducción nos haga abrazar por sus conclusiones *todo el campo de lo posible*, mientras que la inducción no se refiere jamás sino a lo real. Nosotros podemos, en efecto, yendo de lo mismo a lo mismo, alcanzar, por nuestra marcha mental, conclusiones que no son contradictorias, que los elementos de que partimos permitirían realizar, pero que la Naturaleza, los hechos, no realizan. Por el contrario, por la inducción no hacemos más que pasar de un *hecho* a otro *hecho*, de un *dato* de la *experiencia* a otro *dato* de la *experiencia*. Así, las ciencias de la Naturaleza, cuando deducen, comprueban siempre por la *experiencia* si las conclusiones deducidas están efectivamente realizadas en la Naturaleza.

La deducción se opone todavía a la inducción en cuanto que se apoya, como el juicio analítico, sobre un hábito adquirido, mientras que la inducción, como el juicio sintético, es la formación de un hábito nuevo, una adaptación, un descubrimiento.

Además, en las ciencias de la Naturaleza, *la experiencia que funda la inducción, controla solamente la deducción*. El papel de la experiencia, cuando la deducción apela a ella, es, pues, otro que en la inducción. No es esencial, fundamental, sino derivado y accesorio.

La deducción descende desde las leyes elementales a las leyes complejas, de las causas a los efectos, de los elementos a las resultantes, *de las razones a las consecuencias*, mientras que la inducción asciende de las leyes complejas a las leyes elementales, de los efectos a las causas, de las resultantes a los elementos, *de las consecuencias a las razones*. Su utilidad es la de explicar, fun-

dar en derecho, hacer indisoluble, definitiva, la relación simplemente comprobada en la inducción.

En el fondo, las verdaderas definiciones parecen ser no más: la inducción va de lo particular a lo general; la deducción, de lo general a lo particular; pero la *inducción va de la consecuencia a la razón; la deducción, de la razón a la consecuencia*. El razonamiento se definirá entonces como la *operación que establece una relación de razón a consecuencia*.

No debe disimularse, por otra parte, que el estudio del razonamiento está todavía poco avanzado, lo mismo que el estudio de todas las operaciones psicológicas complejas. Todo lo que se ha dicho a este propósito no puede considerarse sino como un bosquejo del estado actual de la cuestión, y será sin duda profundamente modificado a medida que progrese la ciencia psicológica.

III. CONDICIONES ORGÁNICAS DEL RAZONAMIENTO

Es muy difícil hablar de las condiciones fisiológicas del razonamiento en el estado actual de nuestros conocimientos fisiopsicológicos. El trabajo cerebral se nos escapa casi completamente, y, por otra parte, el razonamiento es una operación reflexiva entre todas, una operación que no pone en juego más que los elementos conscientes del hecho psicológico; quizá sea, pues, entre todas las operaciones psicológicas, la más consciente y la que mejor se explica sin apelar a otros elementos que las propiedades de la conciencia (hábito, asociación, disociación).

Sólo que es perfectamente legítimo el mostrar que el razonamiento es también el último término de una evolución biopsicológica. Está en el orden de las ideas el que el movimiento voluntario, hecho automático por el hábito, una vez que se han eliminado las vacilaciones y los tanteos, esté en el orden de la actividad orgánica. Es un *hábito mental indefectible*, como el movimiento, hecho automático, es un hábito orgánico indefectible.

IV. PRINCIPIOS DIRECTORES DEL CONOCIMIENTO

Se ve que todos nuestros conocimientos, gracias al razonamiento, se organizan en un sistema necesario al cual no puede nuestro espíritu rehusar su adhesión. Y este sistema está elaborado conforme a los *dos principios de identidad y de causalidad*. Así se llaman estos principios *principios directores del conocimiento*. Todo nuestro pensamiento, desde sus orígenes más humildes, marcha de una manera continua hacia una organización fija y estable, de la cual son el fundamento estos dos principios. Por lo mismo son, pues, los directores, los guías de toda la evolución representativa. Ellos son, respecto del desenvolvimiento de nuestro pensamiento, lo que los músculos y los tendones son a la marcha (*Leibniz*). La orientación que ellos imponen está implicada desde el comienzo, desde las primeras asociaciones que forma nuestra conciencia.

V. NATURALEZA DEL RAZONAMIENTO

Vemos ahora en qué consiste el razonamiento y cómo esta operación es el término último que alcanza nuestra conciencia reflexiva: él atribuye a todas nuestras conclusiones una evidencia incontestable, dándole una amplitud que no podemos sobrepasar, puesto que cada una de estas conclusiones deviene *universal* y vale para todos los casos análogos pasados, presentes y futuros; para todos los casos posibles, en una palabra. El caso particular actual que la suscita no es más que una ilustración, una aplicación, una consecuencia.

Podemos, pues, esperar que todos nuestros conocimientos, gracias a los conceptos definitivos en que se condensan, formarán un inmenso sistema que nos representará exacta, adecuadamente, el universo en que vivimos.

Las relaciones establecidas entre nuestras ideas llegarán a ser *las relaciones necesarias que derivan de la na-*

turalidad de las cosas (Montesquieu), lo que se llaman las *leyes naturales*. Esta es la obra que ha emprendido la ciencia humana y que continúa con éxito seguro dondequiera que puede aplicarse. Poco a poco se eleva por la observación paciente y segura y por las inducciones, cada vez más ciertas, a las demostraciones rigurosas de las leyes, a las cuales obedecen todas las imágenes de la percepción, es decir, todos los fenómenos del universo que nos es dado conocer.

El razonamiento puede, pues, definirse todavía como una marcha progresiva de lo *conocido a lo desconocido*, de lo *confuso e indistinto a la noción exacta y precisa*, puesto que sus conclusiones nos hacen pasar de algunos datos particulares y contingentes a las leyes *necesarias y universales*.

Conviene, por consiguiente, guardarse de creer que el razonamiento no sea más que una asociación por semejanza: agrega esta visión de la identidad y de la equivalencia, cuyo origen está, sin duda, en las diferenciaciones y las semejanzas por las cuales debuta el conocimiento, pero que se transforma, hasta parecer desconocida, por las necesidades de la vida psicológica.

Las exigencias prácticas han hecho evolucionar poco a poco nuestra actividad representativa, porque sería preciso a cada instante que nuestra conciencia sintetizase con más seguridad y más amplitud sus conocimientos pasados para hacer frente con éxito a las circunstancias en que debe obrar.

En resumen, para conservar los principios de explicación psicológica que han sido establecidos hasta aquí, si toda operación de conocimiento es, en último análisis, el resultado y el eco en la conciencia de una adaptación del ser a los acontecimientos que surgen en el medio, el razonamiento parece ser la explicación completa en la conciencia de una adaptación que triunfa. El es la manera clara y precisa por la que una conciencia puede darse cuenta de las condiciones a que se adapta y del éxito de esta adaptación. Por el razonamiento deductivo se hace

explícita en nuestra conciencia la adaptación fijada, hecha hábito, considerada psicológicamente, en el momento en que es formulada, como inquebrantable, *cierta, necesaria y universal*. Por el razonamiento inductivo se hace explícita la adaptación nueva, que triunfa y tiende a fijarse por su triunfo mismo. Este triunfo la hace considerar también como *necesaria, cierta y universal*. Pero por no formar todavía parte de nuestra naturaleza, porque todavía sorprende y no entra en el sistema rígido, estereotipado de nuestros hábitos, no da enteramente cuenta de sí misma.

El juicio era una creencia, una detención en la incesante movilidad de la conciencia, que procura adaptar el ser al medio, es decir, representarse exactamente la experiencia bajo la forma que impone la organización psicológica. El resultado era una idea, una noción más o menos adecuada al objeto que debe simbolizar. Porque *idea adecuada, reacción mental apropiada*, son sinónimas de *adaptación del ser al medio* cuando se trata de actos ante todo conscientes y dirigidos por la organización psicológica.

Pero la creencia del juicio, las ideas que contribuye a formar, no son jamás una detención definitiva en la vida representativa.

No se trata más que de hábitos momentáneos, de adaptaciones que pueden ser insuficientes. El razonamiento agrega precisamente a estas operaciones un carácter de necesidad y de universalidad que las hace fijas y durables. La conclusión es una detención definitiva en el curso de nuestra vida representativa. Si la operación psicológica ha sido normal, sana, no habrá que volver a ella; la conclusión del razonamiento se impone al que la ha formado como a quienes se les comunica desde el momento en que las confunden. ¿Por qué? Porque ella da razón de sí misma, al revés de la simple creencia, y se justifica clara y distintamente. Gracias a ella la idea se define de un modo claro y distinto y se plantea como adecuada. La persuasión reemplaza a la convicción. La demostración permanece válida por todas partes y para todos (la razón,

el buen sentido, es idéntico para todos), como decía *Descartes*, expresando así la necesidad y la universalidad de la conclusión de un razonamiento bien conducido.

Se ve inmediatamente qué fuerza proporciona a nuestra organización psicológica una operación de este género: por eso el espíritu lógico, el *espíritu geométrico*, la facultad de razonar justo caracteriza al *genio científico*. Un carácter tan importante, desde que aparece en el curso de la evolución (parece que fué en la civilización griega, sobre todo con la dialéctica de los eleatas, de los sofistas y, en fin, de los filósofos socráticos y con *Aristóteles*, donde recibió su forma precisa) no puede sino desenvolverse: producto de la evolución mental, deviene un factor considerable de esta evolución.

Sólo que es preciso que el espíritu no se cristalice en estos hábitos antiguos. La actividad racional, el razonamiento, el espíritu geométrico, necesarios para el desenvolvimiento del espíritu humano, no son suficientes. Al lado de la actividad racional se coloca la actividad creadora, la imaginación, el espíritu *de delicadeza*, que, a la ventura y mucho más libre, es la fuente de las hipótesis y de las adaptaciones mentales arriesgadas, materia fértil que vendrá a trabajar en seguida el razonamiento.

CAPÍTULO XVI

LOS CONCEPTOS

(Conclusión)

LOS SIGNOS. — RELACIONES DEL LENGUAJE Y DEL PENSAMIENTO

I. *Definiciones y nociones generales.* — Relaciones del lenguaje y del pensamiento: a) El lenguaje y la palabra; relación del concepto y de la palabra. b) Necesidad del lenguaje para el pensamiento conceptual: su desenvolvimiento paralelo.

II. *Clasificación.*

III. *Condiciones psicológicas.* — a) Orígenes del lenguaje. — Historia: 1.º El lenguaje humano sale del gesto animal. 2.º El lenguaje reflexivo; superioridad del lenguaje vocal. 3.º Nacimiento de la palabra, el lenguaje por signos. 4.º El lenguaje intérprete del pensamiento.

IV. *Condiciones fisiológicas.*

I. DEFINICIÓN Y NOCIONES GENERALES. — RELACIÓN ENTRE EL LENGUAJE Y EL PENSAMIENTO

A. EL LENGUAJE Y LA PALABRA. — RELACIÓN DEL CONCEPTO Y DE LA PALABRA. — Se ha visto en el capítulo precedente que todo concepto tiene necesidad de un signo que lo represente. Este signo es la *palabra*, en la especie humana, la única que posee un pensamiento conceptual. El conjunto de las palabras y de los procedi-

mientos por los cuales se asocian en las *frases* constituye el *lenguaje humano*. El lenguaje es, pues, el conjunto de signos *necesarios* para la expresión del pensamiento.

El *lenguaje*, estando insolublemente ligado con el pensamiento general, lo está también con los factores principales de este pensamiento: es a la vez el instrumento de la abstracción y de la generalización; por eso se dice corrientemente que es un instrumento de análisis y de combinación. 1.º Es un instrumento de análisis porque, aislando el concepto todas las propiedades comunes a un grupo de objetos, la palabra se hace el equivalente de estas propiedades y las representa claramente en medio de todos los detalles insignificantes que implica cada objeto real. *Fija* el resultado de la *abstracción* y, por consiguiente, hace nuestra idea *clara*, poniendo de relieve las ideas que ha conservado de lo real y solamente éstas: la *comprensión*, la *claridad* de la idea; ésta es la *definición precisa* de la palabra. 2.º Pero al mismo tiempo, la palabra nos representa también, por *un solo acto* del espíritu, en el momento en que se pronuncia, el número indefinido de objetos particulares a los que puede aplicarse nuestra idea: su *extensión*; *fija* el resultado de *generalización*, la cual, sin ella, permanecería siendo una vaga imagen genérica. Por ella se hace nuestra idea *distinta*, poniendo en evidencia todas las percepciones particulares que sintetiza y éstas solamente, haciendo cada vez más difícil una confusión. 3.º Hay más todavía: hemos visto que el concepto es un hábito intelectual: corresponde, cada vez que es pensado, a toda una serie virtual de operaciones análogas, o toda esta serie está representada por la palabra que la designa. La palabra la cristaliza; cada vez que nos servimos de ella nos servimos al mismo tiempo de todos los conocimientos que implica esta serie de operaciones particulares. La palabra es, pues, una *verdadera memoria artificial*, según la expresión de *Stuart Mill*. Por ello evoca la memoria el pensamiento y economiza de un modo inapreciable sus fuerzas. La palabra sirve también para guardar y recordar los resultados de toda nuestra

actividad psicológica, los cuales se dispararían sin ella: "Los pensamientos por sí mismos desaparecen continuamente del campo de la visión mental inmediata; pero nos queda el nombre, y basta encontrarlo para reproducirlos al instante." (*Stuart Mill.*) 4.º La palabra es el elemento del lenguaje. El lenguaje es un fenómeno sociológico tanto como psicológico, un resultado de la vida en sociedad. Ha salido de la necesidad de comunicar a otro su propio pensamiento. Pero al mismo tiempo ha tenido un influjo enorme sobre éste: la ha *desindividualizado*. Ha permitido el influjo de una conciencia sobre otra conciencia, la transmisión a todos de los progresos hechos por cada uno, la educación mutua de los individuos. Ha dado, por consiguiente, a las ideas un medio increíble de enriquecerse y de desenvolverse. En lugar de permanecer siendo el sueño particular e ilusorio de un individuo aislado, la idea se convierte en una realidad objetiva, precisándose y rectificándose por las relaciones sociales; se ha podido trabajar en común sobre ella, sobre sus relaciones con las otras ideas; se ha podido también, siendo cada idea el equivalente de experiencias particulares innumerables, aproximar todas estas experiencias y compararlas. Así es como, gracias al lenguaje, el pensamiento ha tomado en el hombre una importancia y un valor imprevistos. Si el hombre se ha elevado tanto por encima de la animalidad, lo debe a los sistemas de ideas que ha permitido el lenguaje. El lenguaje no ha servido sólo de apoyo al concepto en su origen, sino que ha permitido, haciendo una labor social, todo el desenvolvimiento del pensamiento humano. La idea no ha podido generalizarse sino apoyándose sobre una experiencia general y común a todas las inteligencias.

B. NECESIDAD DEL LENGUAJE PARA EL PENSAMIENTO CONCEPTUAL. — SU DESENVOLVIMIENTO PARALELO. — En una palabra: no se trata sólo de los servicios que el lenguaje haya prestado al pensamiento, como se dice con harta frecuencia, sino que ha sido para él de una *necesidad absoluta*. "Las funciones primitivas del conocimiento,

la sensación y la perfección, no tienen necesidad de un signo especial. La imagen-recuerdo puede tener ya necesidad de la palabra si no es absolutamente fresca y viva." (*Höfding*, 227.) La imagen genérica tiene, pues, ya que es siempre forzosamente vaga y debilitada, con frecuencia, necesidad de un signo que la precise; con la idea general, aun en el grado inferior, el signo se hace absolutamente indispensable. "Los sordomudos, que no han aprendido jamás el lenguaje táctil, expresan, sin embargo, las cosas que observan de la manera más viva y más individual por medio de gestos y de movimientos de imitación. Pero justamente este carácter individual y concreto de sus descripciones es el que les impide formar ideas claras y distintas; estas ideas nunca se destacan bien en ellos de las representaciones singulares." (*Idem* 229.)

Otra prueba de la necesidad del lenguaje para el pensamiento está en su desenvolvimiento paralelo. Las lenguas de los pueblos de desenvolvimiento intelectual muy bajo "revelan una notable impotencia para sobrepujar las relaciones más simples, una incapacidad incurable para generalizaciones extensas; apenas se elevan por encima de lo concreto... Los americanos del Norte tienen palabras especiales para la encina negra, la encina blanca y la encina roja; pero no tienen palabra alguna para la encina en general, y menos aún para el árbol abstracto". La ausencia de las palabras acompaña aquí la ausencia de las ideas. A medida que la inteligencia se eleva, el lenguaje se complica, el número de las palabras aumenta y, sobre todo, se extiende su significación: de *particulares* se convierten en *generales*. "Se observa en vivo esta metamorfosis entre los fineses y lapones. Los primeros tienen un nombre para el menor riachuelo, pero no para decir río: del mismo modo, una palabra para cada dedo, ninguna para el dedo en general; pero, ulteriormente, el término que designa el índice sólo ha venido a designar todos los dedos." (*T. Ribot*, 109.)

Podemos resolver ahora un problema que tuvo gran boga en la antigua psicología: el lenguaje, ¿es anterior o

posterior al pensamiento? Unos sostenían que para *nombrar* una idea es preciso primero tenerla; se había, pues, formado la idea y, poco a poco, se le había asociado un nombre. Otros, con no menos razón, demostraban que el pensamiento era imposible sin el lenguaje. No habríamos salido jamás de las imágenes individuales si no hubiéramos representado por un símbolo la operación conceptual. Las dos teorías tenían razón: lenguaje y pensamiento no pueden ser anteriores ni posteriores el uno al otro: son contemporáneos, *necesariamente* contemporáneos y paralelos. Nada de pensamiento abstracto o general sin signos —cualquiera que sean estos signos: gestos o palabras—, y nada de signos sin una relación con alguna cosa significada, que es aquí la operación intelectual de la concepción, por embrionaria que sea.

II. CLASIFICACIÓN

No se debe creer, por otra parte, que no hay más lenguaje que el lenguaje vocal, característico de la especie humana. Lo mismo que se distinguen en el lenguaje humano un número indefinido de lenguas, puede haber un número indefinido de sistemas de signos por los cuales se puedan a la vez sostener, expresar y comunicar estados psicológicos. El lenguaje táctil y motor de los sordomudos es un ejemplo. La escritura —suponiendo que no correspondiese a signos hablados— podría constituir perfectamente un conjunto de signos expresivos del pensamiento. Y otros seres pensantes, privados de los órganos de la palabra, hubieran podido utilizarla.

Se distingue de ordinario, descendiendo de los *medios* más completos y más generales a los *medios* más rudimentarios y más restringidos de expresión:

1.º El lenguaje propiamente dicho, la palabra, las diferentes *lenguas* o los diferentes dialectos hablados por los hombres.

2.º La escritura, que *fija*, por un nuevo sistema de

signos, la palabra y la duplica, en cierto modo, en los pueblos que tienen una cierta cultura.

3.º Por debajo de esta región del lenguaje tenemos, más limitados y más vagos, como medios de expresión, los gestos, los cuales, en los sordomudos, constituyen un sistema, desenvueltos y precisos.

4.º Los gritos, que traducen en la animalidad superior y en la humanidad la mayor parte de las sensaciones.

5.º Los signos artificiales o convencionales, sistema muy restringido de signos encargados de indicar ciertos hechos o ciertas decisiones (signos de telegrafía eléctrica o aérea, señales de caminos de hierro, de la navegación, etcétera).

6.º Los signos naturales: el humo es el indicio del fuego, por ejemplo; sugerencias inmediatas fundadas sobre el hábito, siendo este hábito determinado por una relación constante ofrecida por la naturaleza entre dos hechos, de los cuales el uno se convierte en signo del otro.

III. CONDICIONES PSICOLÓGICAS

A. ORIGENES DEL LENGUAJE. — HISTORIA. — Vamos a mostrar ahora cómo el lenguaje ha aparecido realmente con el pensamiento y se ha desenvuelto con él.

Esta relación necesaria del pensamiento y del lenguaje inclina a creer a los que ven en el pensamiento algo de sobrenatural y de especial del hombre, sin analizar con todos los demás hechos que nos ofrece la naturaleza, que el lenguaje, que estaba con él indisolublemente ligado, debía tener un mismo origen. Así se hace de él un don providencial, el resultado de una revelación de la divinidad (teoría teológica de *De Bonald*). Algunos espíritus más naturalistas redujeron esta revelación a un instinto, cuando se consideraba el instinto como un principio misterioso e inexplicable, cuyo origen no podía sondarse.

1.º *El lenguaje humano sale del gesto animal.* — Pero el desenvolvimiento del lenguaje, sus alteraciones y sus

transformaciones históricas, la comparación de las lenguas y el estudio de los pueblos salvajes y de ciertas especies animales que viven en sociedad hacen estas teorías insostenibles. Lo mismo que el pensamiento sale por evolución continua de las formas inferiores, el lenguaje humano ha salido bajo el influjo de las necesidades sociales, de los modos inferiores de expresión: éste es un hecho psicosociológico y nada más. El mismo proceso que ha elaborado el concepto en la conciencia, organizaba su expresión verbal: la palabra; este proceso es enteramente natural: la palabra no es más que una especie particular del gesto, es decir, del signo natural que liga ciertas expresiones orgánicas exteriores a ciertas modalidades internas. A título de tal existe en estado embrionario en el animal, lo mismo que la idea persiste bajo la forma de imagen genérica. Hemos estudiado estos primeros signos y estos gestos en la expresión de las emociones; pero ya en algunos animales salen de la vida afectiva e inconsciente para entrar en la vida intelectual y semiconsciente y convertirse en un verdadero germen del lenguaje conceptual: "Para las hormigas, observadores tales como Kirby y Spaner, Burmeister, Huber y Franklin, afirman que usan un sistema de signos... La comunicación, para las abejas como para las hormigas, parece hacerse por el frotamiento de las antenas. Muchos animales superiores, cuando cazan juntos, se esperan, se encuentran y se ayudan; estas operaciones se harían imposibles sin convenciones, cuyos detalles no pueden realizarse sino por medio del lenguaje. Los monos tienen hasta una especie de lenguaje vocal con signos relativamente numerosos.

2.º *El lenguaje reflejo. — Superioridad del lenguaje vocal.* — En el hombre es indudable que, en el origen, la visión de ciertos objetos, ciertos acontecimientos, ciertos estados internos han suscitado emociones que se han expresado *naturalmente* por movimientos especiales, gestos y gritos: "No se puede ya dudar que si la humanidad, con la constitución cerebral que le es propia hubiese sido, sin embargo, incapaz de hablar la lengua de los gestos, por

la iniciativa de algunos inventores, bajo la presión de la necesidad, por el *influjo de la cooperación y de la vida en común*, hubiera salido de la base imperfecta en que hubiera permanecido... (el lenguaje de los sordomudos es de ello un ejemplo)." (T. Ribot, 62.) Pero la palabra ha prevalecido: "En primer lugar, por razones *prácticas*, porque se trata, ante todo, de comunicar con los otros hombres. El lenguaje de los gestos, además de que monopoliza las manos y les impide consagrarse a otro trabajo, tiene la gran desventaja de no llegar lejos y de ser imposible en la obscuridad. Agreguemos... *su carácter vago*, y (en lo que respecta a la abstracción) su naturaleza imitativa, que no le permite liberarse de lo concreto, traducir lo que no es representable... La palabra, por el contrario, se transmite a lo lejos y desafía las tinieblas. Depende del oído, órgano cuyas sensaciones son infinitamente numerosas y matizadas, y en la expresión más fina de los sentimientos y de las ideas participa de su riqueza. Es susceptible de una variedad, de una delicadeza, de una complejidad extrema de movimientos en un pequeño espacio con muy poco esfuerzo." (Idem, 63). La palabra ha salido, pues, fisiológicamente del grito animal, es decir, "de un accidente de la espiración", de ciertas contracciones de la laringe y de las cuerdas vocales. Las razones fisiológicas que acabamos de enumerar, unidas a la selección natural, han perfeccionado poco a poco este lenguaje embrionario.

3.º *Nacimiento de la palabra.—El lenguaje de signos.*— Pero este lenguaje, convirtiéndose en la palabra humana, no permanece siendo el reflejo momentáneo de una emoción pasajera, sino que se convierte en *un conjunto completo de signos permanentes y el medio único por el cual ha podido elevarse el hombre a la concepción de ideas generales y abstractas generales*. ¿Cómo se ha establecido entre estas ideas y sus signos sonoros esta misteriosa relación que podemos denominar *la vida de las palabras*? La cuestión es a la vez psicológica y sociológica. La transformación se ha realizado por las necesidades sociales. "Sólo porque los sujetos de que nos ocupamos están...

provistos de un aparato auditivo, el reflejo vocal, provocado en uno de ellos, resonará en el oído, en el cerebro y en el organismo entero de otro sujeto que se encuentra al alcance del oído; y, recíprocamente, podrá ocurrir que la impresión producida por el grito convertido en señal reaccione sobre el empleo ulterior que de él se haga. El perro, que, corriendo, ha encontrado la pista, da la voz, no *para advertir a sus compañeros, sino simplemente porque la ha encontrado. Pero sus compañeros le han oído*; helos en guardia; acuden sobre sus huellas, le ventean a su vez, dan la voz también ellos, en masa, aun cuando no quede ninguno por incorporarse y parten sobre la pista de la fiera. Desde hace muchas generaciones que los perros salvajes o domésticos han cazado en grupo, la ventaja ha correspondido a los que se saben dar mejor la voz oportuna o acudir a la voz de uno de los suyos; los que lo saben mal, han sucumbido a la lucha por la existencia. En una palabra, el reflejo primitivo se ha convertido en una *señal*, en un verdadero lenguaje. Ahora bien, para que se produzca todo esto no es en absoluto necesario —insistamos en ello— que el lenguaje fuese en su origen un acto inteligente. Todo lo contrario. He aquí cómo el lenguaje, simple reflejo individual en sus comienzos, pasó al rango de procedimiento instintivo e inconsciente de comunicación social.” (Véase Henry, las *Antinomias del lenguaje*, 30 y siguientes.)

Lo mismo ha ocurrido, exactamente, con el hombre: la utilidad mayor que presentaba para un ser social la comunicación de sus pensamientos a sus semejantes, desenvuelve el lenguaje de signos y lo perfecciona, tanto más cuanto que los actos que el hombre realiza *asociándose a otros*, van, naturalmente, acompañados de emisión de sonidos, según nota Noiré: “Cuando nuestros músculos entran en acción, sentimos un desahogo emitiendo sonidos. Los hombres que trabajan juntos, los campesinos en sus labores, los marineros que reman y los soldados que marchan, emiten articulaciones más o menos vibrantes, ruidos, exclamaciones, cantos, etc. Ahora bien, estos sonidos ofre-

cen los caracteres requeridos para constituir el lenguaje articulado; son comunes a todos, inteligibles; y están asociados por todos a los mismos actos... El trabajo humano, tal es el contenido de las raíces primitivas: cortar, cavar, tejer, remar, etc." (*T. Ribot, 71.*) *Max Müller* se ha adherido casi sin reservas a esta doctrina, *Geiger* ha emitido todavía una hipótesis que completa las precedentes: "Las palabras han sido una imitación (gracias a la asociación, a la vida en común) de los movimientos de la boca. El sentido predominante en el hombre es la vista; es, ante todo, un visual. Anteriormente a la adquisición de la palabra, comunicaba con sus semejantes con el auxilio de los gestos y los movimientos de la boca y de la cara... Los movimientos de la boca, completados y aclarados por los gestos, se convertían en signos para los demás; a ellos aplicaban su atención." (*Idem, 75.*) Como se acompañan de sonidos y aun de sonidos articulados, éstos substituyen poco a poco a los gestos de la cara y se convierten en *palabras-señales*.

4.° *El lenguaje, intérprete del pensamiento.* — *Sus primeros descubrimientos.* — Gracias a las necesidades y a los influjos sociales, el sonido ha perdido su carácter de simple manifestación individual y accidental para convertirse en el signo instintivo de un acto: en este momento es cuando se liga de un modo indisoluble a un estado de conciencia que acompaña a este acto.

El resultado es el concepto, las ideas-palabras, tales y como las observamos actualmente. Todo el resto es solamente una cuestión de desarrollo, de complicación y de perfeccionamiento, sin que haya necesidad de hacer intervenir nuevos factores. Una vez expresadas las primeras ideas con ayuda de algunos signos, el pensamiento se ha precisado, se ha acelerado, se ha fijado; la memoria ha sido aliviada y mejor ordenada y, recobrando a su vez sobre el lenguaje toda nuestra organización fisiológica, pensamiento y lenguaje se han desarrollado paralelamente y de un modo instintivo, cada vez más consciente e inteligente. El reflejo instintivo del origen se ha

convertido en una actividad determinada, querida, inteligente.

He aquí el cuadro que traza *Heinicke* de los desarrollos primitivos del lenguaje y que resume todo lo que acaba de decirse: "Partamos del antropoide inteligente y de especie social descrito por *Darwin*. Podemos imaginar que estaba habituado a usar libremente de su voz para expresar sus emociones, cantar, señalar los peligros. Acaso era lo bastante inteligente para hacer uso de algunos sonidos imitativos..., llegar al nivel de un niño de dos años; es decir, que, sin usar de signos articulados, poseía bastantes signos naturales (tonos, gestos espontáneos o imitativos) para cambiar de un modo pasable imágenes relativas a las necesidades animales y aun para las formas más simples de una acción cooperativa. El progreso de la inteligencia ocasiona el de los signos, el cual reacciona a su vez sobre la inteligencia... En este grado están en uso las vocales y, quizás también, algunas consonantes (articulaciones). El desenvolvimiento intelectual, continuándose, ha debido producir la discontinuidad (o articulación) de los sonidos de la voz, como la misma dirección posible de un progreso ulterior de los signos vocales, y esta transformación ha debido ser grandemente auxiliada por el hábito ya adquirido de articular notas musicales." Ha sido necesario un tiempo de una *longitud inconcebible* para que la facultad de los signos articulados se haya desenvuelto suficientemente y haya suprimido todo gesto (según *T. Ribot*, 76). Los primeros términos han designado cualidades o maneras de ser que varían según las razas: el hombre primitivo expresa, por una abstracción espontánea, las cualidades que *más le interesan* en los objetos o los actos. En árabe, el león tiene 500 nombres; el camello, 5.744; la espada, 1.000; la miel, 80. El lapón, que es una lengua tan pobre, tiene más de treinta palabras para designar el reno (según *Ribot*). De estas especies de *adjetivos* primitivos, de *apelativos*, han salido después los substantivos y las otras partes del discurso, por especialización y precisión del primitivo sentido. En estos térmi-

nos, primero en número muy pequeño, son *las raíces* verdaderas de las diferentes lenguas. Estas raíces no tienen nada de común probablemente con las raíces que los gramáticos han destacado, por el análisis, de la comparación de las palabras actuales y que jamás han oído habladas.

IV. CONDICIONES FISIOLÓGICAS

1.º El lenguaje tiene condiciones motoras complejas en el aparato nervioso y muscular de la laringe, de la lengua y de la boca. Todas están bajo la dependencia de los centros motores especiales del cerebro, que son perfectamente determinados. "Nos aparecen como especializaciones corticales creadas por ciertos actos, hechos habituales y frecuentemente repetidos. Estos son perfeccionamientos adquiridos; por esta razón, tales centros no residen sino sobre uno de ambos hemisferios, sobre el que funciona en el estado habitual (el izquierdo en los que no son zurdos). Cuando son destruidos, difícilmente son suplidos por el lado opuesto... El centro del lenguaje articulado ocupa la base del primer frontal del lado izquierdo. *Pitres* describió un fascículo pedículo-frontal inferior, que iría de esta región al bulbo, pasando por el brazo anterior de la cápsula interna." Esta sería la vía del lenguaje. "El centro del lenguaje no es un centro directamente motor en el sentido de que sus células envíen sus cilindros ejes a las células motores del bulbo; su destrucción no provoca ninguna parálisis, es un centro psíquico coordinador que regula y asocia los diferentes centros fonéticos motores." (Poirier, *Anatomía*, 669.)

2.º Conserva la imagen motora vocal; una imagen motora vocal es una imagen kinestética compleja de los movimientos que nos es preciso hacer para emitir los sonidos que constituyen una palabra; al lado de esta imagen motora vocal, cada palabra va, de ordinario, acompañada, en las gentes que saben leer y escribir, de otras tres imágenes.

3.° *Una imagen auditiva vocal*, que es el recuerdo de los sonidos que constituyen una palabra determinada. Esta imagen es muy diferente de la primera, y es debido a que los sonidos emitidos, sea por nosotros, sea por otros, han herido nuestros órganos y han dejado un recuerdo muy preciso, que nos servirá después para comprender lo que nos dicen los demás, para asociar los sonidos que escuchamos con las ideas que representan.

4.° Pero, al menos en las gentes bastante cultas, las palabras no son solamente habladas y escuchadas, sino que son también escritas y leídas. Así, a cada palabra se asocian dos nuevas especies de imágenes, que no son, hablando propiamente, imágenes relativas al lenguaje, sino imágenes relativas a la escritura. Sólo que, a consecuencia de la asociación indisoluble que se establece entre la escritura y el lenguaje, desempeña un papel muy importante en esta última función. La *imagen motora de la escritura* es la imagen kinestética compleja que ordena todos los movimientos que hemos de realizar para escribir una palabra: ella es, respecto de la escritura, lo que respecto del lenguaje es la imagen motora verbal.

5.° La *imagen visual de la escritura* o imagen verbo-visual (la imagen motora del lenguaje se llama también verbomotora; la imagen auditiva del lenguaje, verboauditiva; en fin, la imagen motora de la escritura se llama también escriptomotora) es la imagen de la palabra escrita o impresa tal como nuestro oído nos la da. Hemos visto, en el estudio de la memoria, que un gran número de individuos, los verbovisuales, no piensan sino teniendo presente en el espíritu las imágenes de las palabras escritas o impresas que corresponden a sus ideas. Un número más pequeño piensa escuchando el sonido de las palabras que expresan su pensamiento; éstos son los verboauditivos. Una buena descripción de esta particularidad psicológica se encuentra en *La palabra interior*, de Egger. En fin, un número más pequeño piensa hablándose a sí mismo su propio pensamiento; éstos son los ver-

bomotores. Se cita gentes que, escribiendo o pensando, sienten, al cabo de algún tiempo, una sed intensa, precisamente porque bosquejan continuamente los movimientos de la boca que servirían para expresar su pensamiento.

El centro motor de la escritura ocuparía, según *Exner*, la base del segundo frontal izquierdo, delante de los centros de la mano y del miembro superior; su destrucción provoca la agrafia motora. Muchos autores comprueban la existencia de este centro; pero desde un punto de vista puramente teórico no hay nada irracional en la suposición de que la práctica de la escritura, necesitando una coordinación determinada y frecuentemente repetida de ciertos movimientos de la mano y del brazo, ha hecho desenvolverse un centro único especial que dirige todos estos grupos motores.

El centro de las imágenes gráficas está establecido más seguramente: ocupa el pliegue curvo (lóbulo posterior del segundo parietal), inmediatamente antes del lóbulo occipital, y el del lado izquierdo solamente en los que no son zurdos, es decir, del lado del cerebro que, funcionando con más frecuencia, se ha creado un centro suplementario especializado por una sensación óptica determinada (asociación de los sonidos y de los signos gráficos que los transcriben). Su destrucción produce una de las formas de afasia sensorial, la *ceguera verbal*, la cual consiste en que el enfermo ve los signos figurados: letras, notas musicales, cifras, pero no los reconoce ya, y, por consiguiente, no puede escribir (según *Poirier*, *Anatomía*, 670-71).

Se supone que el primer temporal posee, antes o detrás del centro auditivo puro, un centro de memoria auditiva del lenguaje, análogo al centro visual gráfico, y residiendo en el lado izquierdo solamente. Este centro conserva y percibe la significación del lenguaje hablado, su destrucción implica la *sordera verbal*, o amnesia de los sonidos, el enfermo oye lo que dice, pero no comprende; la lengua que se habla no despierta en él ninguna idea.

En resumen: a cada una de las cuatro categorías de

imágenes que acompañan una palabra en un hombre que sepa leer y escribir, la fisiología ha asignado cuatro centros cerebrales especiales, que son centros de asociación (habituales y no instintivos), y que, por consiguiente, no se sitúa en los que no son zurdos, sino en el hemisferio izquierdo del cerebro.

Para las imágenes motoras del lenguaje es la base del tercer frontal del lado izquierdo; para las imágenes motoras de la escritura es la base del segundo frontal. El centro de las imágenes auditivas del lenguaje se encuentra en el primer temporal, y, en fin, el centro de las imágenes visuales de la escritura, en el lóbulo posterior del parietal inferior.

CAPÍTULO XVII

LOS FACTORES GENERALES DEL DESENVOLVIMIENTO INTELECTUAL

PRIMERA PARTE: LA ACTIVIDAD CREADORA (O LA IMAGINACIÓN CREADORA)

I. *Distinción entre la actividad creadora y la actividad racional.*

II. *Definición del término imaginación creadora.* — Recuerdo de la distinción hecha entre la imaginación reproductora y la imaginación creadora. Justificación relativa del término imaginación aun cuando la imaginación creadora ponga en juego tanto ideas como imágenes.

III. *Condiciones psicológicas de la imaginación creadora.* —

A. Combinación de las imágenes y de las ideas: 1.º Factores afectivos. 2.º Factores intelectuales. 3.º Factor inconsciente: la inspiración. — B. Construcción del ideal.

IV. *Condiciones fisiológicas.*

V. *Desenvolvimiento de la actividad creadora del espíritu.* —

A. La imaginación creadora en el dominio de las imágenes: a) En los animales. b) En el niño. c) En el hombre primitivo (los mitos). B. La actividad creadora en el dominio de las ideas y de la reflexión. Las formas superiores de la invención.

VI. *Naturaleza y papel de la imaginación creadora.* — A. En las ciencias. — B. En las bellas artes. — C. En la práctica.

I. DISTINCIÓN DE LA ACTIVIDAD CREADORA Y DE LA ACTIVIDAD RACIONAL

Después de haber estudiado las diferentes manifestaciones de la vida representativa y las diferentes etapas

que nos llevan de las más simples a las más complejas, nos queda obtener de ella una vista de conjunto e investigar si no presiden su desenvolvimiento, aunque de un modo latente, influjos constantes. Después del análisis de los fenómenos, es natural establecer los elementos de una síntesis que permita comprender su evolución. Es necesario hacer constar que esta nueva tarea supone una ciencia muy avanzada, puesto que es, en cierto modo, la perfección de la ciencia; la psicología, ciencia naciente, no permite, pues, emprenderla sino de una manera rudimentaria.

Los factores generales que organizan nuestra vida representativa pueden dividirse, al parecer, en dos grupos: los factores que la organizan espontáneamente y más o menos libremente, y los que la organizan de una manera reflexiva y sistemática. Los primeros constituyen la *actividad creadora del espíritu o la imaginación*; los segundos, la *actividad racional*, los principios *directores del conocimiento*. Dicho de otro modo, nuestra vida representativa se desenvuelve, al menos en una cierta medida, al azar: se forman y se combinan en el espíritu imágenes e ideas: no todas sirven o no sirven igualmente para el desenvolvimiento de la vida representativa. Se asemejan un poco a esos movimientos difusos y espontáneos en los que el organismo gasta sus energías, sobre todo en el período de formación y de crecimiento. La experiencia enseña poco a poco a disponer estos movimientos, reteniendo los que son útiles y canalizando hacia ellos la energía disponible. Del mismo modo, entre todas estas creaciones, entre todas estas invenciones intentadas por el espíritu, se realiza una selección de rectificaciones por la utilidad que presentan para nuestra vida práctica o nuestra vida interior. Estas modificaciones se efectúan a nombre de ciertos principios, nombrados, a causa de esto, los principios directores del conocimiento, por una actividad nueva que se *superpone* a la primera, pero *superponiéndola*: la *actividad racional*.

No debe creerse, por otra parte, que en la realidad

sean tan distintas como en nuestro análisis, el cual, para aclarar los hechos, los aísla y los considera aparte artificialmente. La actividad creadora y la actividad racional se mezclan estrechamente con todos los instantes de una vida consciente suficientemente desenvuelta y reaccionan suficientemente la una sobre la otra. Las sugerencias de la imaginación son a la vez la materia y el resorte de nuestros razonamientos; hasta le guían con frecuencia; y, por otra parte, la imaginación normal, sana, está orientada por el juicio recto y el razonamiento exacto.

Nos encontramos aquí en el fondo con la distinción que nos ha servido para darnos cuenta, en último análisis, de todas las manifestaciones de la vida representativa: el hábito adquirido y la adquisición de nuevos hábitos o adaptación. La actividad creadora es la actividad gracias a la cual se intentan reacciones mentales nuevas con los elementos antiguos; la actividad racional escoge, en virtud de hábitos adquiridos que constituyen nuestra naturaleza, entre todos estos ensayos, aquellos que parecen responder a las circunstancias por las cuales son intentados. Ella sistematiza, rectifica y escoge. Ella orienta y dirige, si no de una manera muy clara y muy distinta, al menos de un modo latente; sin lo cual la actividad consciente se extraviaría en las construcciones más bizarras.

II. EXPLICACIÓN DEL TÉRMINO IMAGINACIÓN CREADORA

La palabra *imaginación*, que se emplea para designar también la actividad creadora, es equívoca. Formada etimológicamente sobre la palabra *imagen*, pudiera creerse que no se aplica más que a la organización nueva de imágenes concretas. La actividad creadora tiene por materia tanto las ideas abstractas como las imágenes concretas. Ella es, según se acaba de ver, un factor absolutamente general del desenvolvimiento de la vida representativa. Hubiera sido, pues, preferible reservar la pa-

labra imaginación para designar la percepción libre, la imaginación reproductora, el pensamiento por imágenes. No es por eso menos cierto, y esto es lo que justifica este nombre, que la actividad creadora obra de una manera muy espontánea y, por consiguiente, se acompaña casi siempre, como es natural, de intuiciones tomadas de la vida representativa espontánea, de las imágenes. Aun cuando maneje las ideas más abstractas, recibe sugerencias de los elementos más concretos de la representación. La asociación de lo abstracto a lo concreto es uno de sus grandes medios de acción, porque deshace violentamente, por la espontaneidad de lo concreto, los hábitos estereotipados por los cuales nuestra inteligencia abstracta se deja mecánicamente arrastrar. Esta hace aparecer así su insuficiencia o su mediocridad, y después los hallazgos felices o las correcciones necesarias. La palabra *imaginación* se justifica, pues, en una cierta medida, sobre todo si se tiene cuidado de agregarle el epíteto de *creadora*.

III. CONDICIONES PSICOLÓGICAS

Es demasiado evidente que la imaginación no es *creadora* sino metafóricamente; recoge todos sus elementos en la reserva de los recuerdos conservados en nuestra conciencia y sin la cual ésta sería una forma vacía e inexistente: la imaginación, y por esto la estudiamos en último lugar, no puede actuar sino sobre las imágenes de nuestras percepciones anteriores y sobre las ideas antiguas. Estos elementos, descomponiéndose y alterándose, proporcionan los elementos de las combinaciones nuevas; este trabajo resulta de tres grupos de factores: *afectivos*, *intelectuales* e *inconscientes* (inspiración).

A. COMBINACIÓN DE LAS IMÁGENES Y DE LAS IDEAS.—
1.º *Factores afectivos*.— Hay, con frecuencia, sobreactividad de la conciencia. Las imágenes aparecen con una intensidad y una viveza notables. Este es el *fuego de la*

imaginación, sus *excesos*, sus observaciones; es *la loca de la casa*. Todas las imágenes son evocadas del fondo de la memoria y conducidas *en muchedumbre* a la conciencia por una tendencia de nuestro ser, un movimiento del pensamiento, una inclinación: el instinto creador. Ningún individuo tiene imaginación viva sino para lo que ama particularmente, para aquello a que se siente arrastrado por su naturaleza: "Las necesidades, tendencias, deseos (sea cualquiera el término que se prefiera), cuyo tejido constituye el instinto de la conservación individual, han sido los generadores de todas las invenciones relativas a la alimentación, la habitación, la fabricación de armas, instrumentos y máquinas. La necesidad de expansión o de extensión individual y social ha suscitado las invenciones guerreras, comerciales, industriales y bajo su forma desinteresada: la creación estética... Las necesidades del hombre en contacto con sus semejantes han engendrado, por una acción instintiva, o reflexiva, las numerosas creaciones sociales y prácticas que han regido los grupos humanos... La necesidad de conocer y de explicar, bien o mal, ha creado los mitos, las religiones, los sistemas filosóficos, las hipótesis científicas. Toda necesidad, tendencia y deseo puede hacerse creador, sea aisladamente, sea asociado a otros, y *en estos elementos últimos debe el análisis resolver la espontaneidad creadora.*" (T. Ribot, *La imaginación creadora*, pág. 262.)

La imaginación está, pues, ligada a un factor afectivo. Y este factor "no cede en importancia a ningún otro; es el fermento, sin el cual no sería posible ninguna creación". T. Ribot ha demostrado que el influjo de la vida afectiva no tiene límites; que penetra el campo entero de la invención sin restricción alguna; que no es una afirmación gratuita; que está, por el contrario, rigurosamente justificada por los hechos, y que hay derecho a sostener las dos proposiciones siguientes: "Todas las formas de la imaginación creadora implican elementos afectivos (placer o dolor, esperanza, despecho, cólera, temor: de aquí la nerviosidad especial de los artistas, de los inven-

tores, etc.). Todas las disposiciones afectivas, cualquiera que sean, pueden influir sobre la imaginación creadora" (ídem, pág. 27); el temor es el padre de los fantasmas, de supersticiones sin número, de prácticas religiosas absolutamente irracionales y quiméricas —fecundidad de la alegría—, ilusión del amor (inspiraciones melancólicas, delirio de los hipocondríacos). La emoción *proporciona el resorte necesario para las combinaciones imaginativas, les imprime un color propio y contribuye a su originalidad.*

2.º *Factores intelectuales.*—El elemento emocional crea las circunstancias favorables para la construcción de las síntesis imaginativas, echa sus cimientos, pero no las construye. Son los factores intelectuales derivados de la asociación los que proporcionan el cemento.

"El elemento esencial, fundamental de la imaginación creadora en el orden intelectual, es la facultad de *pensar por analogía*, es decir, por semejanza parcial y con frecuencia accidental." (Ribot, 22.) Hemos estudiado las principales asociaciones de este género entre las representaciones simples. Son las mismas que se manifiestan aquí entre elementos más complejos, y la actividad psíquica no ha cambiado de forma. La *personificación*, que anima a nuestra imagen muchos objetos, y la *metamorfosis*, que traspone unos objetos en otros, son las formas primitivas de la imaginación y no son más que asociaciones por semejanza. *Mientras más lejana es la semejanza y más difícil de apoderarse de ella, y más originalidad y novedad tenga el compuesto imaginativo, más verdaderamente parecerá una creación.*

3.º *Factor inconsciente: la inspiración.*—Pero estos factores, por importantes que sean, no bastan para producir las representaciones imaginativas, al menos las representaciones vivas y numerosas.

La imaginación "no depende de la voluntad individual; como para el sueño o la digestión, pueden ensayarse procedimientos que la provocan, la favorecen, la mantienen; pero no siempre se consigue. Los inventores, grandes y

pequeños, no cesan de lamentarse de los períodos de esterilidad que sufren a su pesar"; es que depende también de un factor inconsciente o semiconsciente: la *inspiración*. Los signos esenciales de la inspiración son la instantaneidad y la impersonalidad. "Ella hace en la conciencia una irrupción brusca, pero que supone un trabajo latente, con frecuencia muy largo. Ella tiene sus análogos en los otros estados psíquicos bien conocidos: por ejemplo, una pasión que se ignora y que, después de un largo período de incubación, se revela por un acto; o bien una resolución repentina, después de deliberaciones sin fin, que no parecen deber triunfar. Ausencia de esfuerzo, y en apariencia, de preparación.

B. CONSTRUCCIÓN Y ORGANIZACIÓN: EL IDEAL. — Hasta aquí nuestro análisis no nos muestra más que un aflujo de imágenes en condiciones determinadas; y no nos muestra nada que manifieste el trabajo creador y organizador propio de la imaginación. Vamos ahora a verlo aparecer.

Las imágenes no aparecen bajo un aspecto caótico; se opera una selección; ella y su reviviscencia es guiada y orientada por una fuerza latente, vaga y poco visible en los grados inferiores de la imaginación (alucinación, sueños, sugerencias hipnóticas, ensueños), pero precisa, aparente y a veces plenamente consciente en los grados superiores (invención artística o científica).

En efecto, toda creación "presenta un carácter orgánico; supone un principio de unidad sintética. Cada uno de los tres factores —emocional, intelectual, inconsciente— no trabaja aisladamente y por su propia cuenta: no tienen valor sino por su unión, ni significación sino por su convergencia". (Idem, 67.) Este principio de unidad es, a la vez, de naturaleza intelectual y afectiva: es una idea fija sostenida por un estado emocional o pasional, centro de atracción y punto de apoyo de todo el trabajo de la emoción creadora: éste es el *ideal*.

En sus formas inferiores, es simplemente un fin que se fija en el espíritu, resultado de la tonalidad dominante de las imágenes que afluyen allí. En sus formas superio-

res, es una unidad viva que nace de todas las tendencias individuales del creador: "La naturaleza de los componentes desaparece para dar origen a un fenómeno nuevo, que tiene su fisonomía propia y distinta. La construcción del ideal no es simplemente una agrupación de experiencias pasadas; en su totalidad, tiene su figura propia, en la cual no se aperciben más líneas componentes que en el agua, el oxígeno y el hidrógeno. En ninguna creación científica, dice *Wundt*, aparece el conjunto compuesto de sus partes a la manera de un mosaico." (Idem, 68.) La forma misma de este principio y el grado de su fijeza determinan la forma y la naturaleza de la combinación imaginativa.

IV. CONDICIONES FISIOLÓGICAS

Pero las condiciones orgánicas son mucho más *fisiológicas* que anatómicas: "El hecho general y dominante consiste en cambios en la circulación sanguínea. El aumento de la actividad supone un aumento de trabajo en la célula de la corteza, el cual depende de un estado congestivo, algunas veces de una anemia pasajera... Pulso pequeño, contraído; la piel pálida, fría; la cabeza ardiente; los ojos brillantes, inyectados, extraviados; tal es la descripción clásica, reproducida con frecuencia, del estado fisiológico durante el trabajo de la creación." Las extravagancias de los inventores y de los artistas no son con frecuencia más que medios destinados a facilitar este estado psicológico.

V. DESENVOLVIMIENTO DE LA ACTIVIDAD CREADORA DEL ESPÍRITU

Puesto que la actividad creadora se encuentra, pues, encerrada en las funciones perceptivas y puramente reproductoras de la conciencia, y puesto que no hay ninguna transición brusca entre estas funciones y ella, es preci-

so descender muy bajo para encontrar los primeros rudimentos de la imaginación creadora si se quiere seguir su evolución ascendente, desde sus formas más humildes hasta las más complejas.

Estamos obligados a abordar, para conseguir una vista de conjunto de este desenvolvimiento, ciertos hechos que pertenecen más propiamente a la imaginación reproductora.

A. LA IMAGINACIÓN CREADORA EN EL DOMINIO DE LAS IMÁGENES. — a) *La imaginación creadora en los animales.* — La psicología animal es muy confusa y es difícil saber lo que es propiamente humano y lo que está ya en germen en los animales. La imaginación reproductora, definida como la facultad de asociar las imágenes de objetos ausentes, sin sugerencias que vengan de fuera, por un trabajo interno del espíritu, existe constantemente. Los sueños han sido comprobados en el perro, el caballo y un gran número de pájaros. En ciertas enfermedades, la rabia, por ejemplo, los animales parecen presa de ilusiones y alucinaciones. En fin, la nostalgia, la necesidad violenta de volver a los lugares en que se habitó otras veces, se observa en el perro, el gato y el caballo.

Pero en cuanto a la imaginación creadora, las observaciones se hacen más difíciles y los psicólogos no están de acuerdo en atribuírsela.

La actividad se traduce en una forma motora porque el desenvolvimiento intelectual es insuficiente y predomina el sistema motor, pero no existen menos las síntesis creadoras por ejercitarse sobre las imágenes motoras. Es muy importante considerar el juego, porque es el preludio de la actividad estética, que, en el hombre, será una de las manifestaciones principales de la imaginación creadora. Si observamos las nueve categorías del juego en los animales, que señala *Groos*, observaremos que todas las manifestaciones motoras que se encierran en ellas están agrupadas "en combinaciones con frecuencia imprevistas y nuevas: *no son una repetición de la vida diaria*"; no se trata, pues, de la imaginación reproductora, sino, bajo

una u otra forma, de la creación, de la invención. (Ribot, *Ensayo sobre la imaginación creadora*, págs. 81 y 82.)

B. LA IMAGINACIÓN CREADORA EN EL NIÑO. — En los primeros años de la vida tenemos un material bastante pobre de imágenes y una capacidad de abstracción muy débil, y, por tanto, nuestra imaginación creadora es motora sobre todo y se asemeja a la de los animales. No hay más que observar a un niño para encontrar en él la mayor parte de los juegos de los animales, y, a veces, bajo una forma inferior. La locura infantil no es más que un delirio de los músculos.

La ilusión creadora verdaderamente intelectual aparece con la ilusión y las combinaciones de imágenes con que se complace un niño en el ensueño; pero no es todavía, en esta etapa, sino rudimentaria. Se afirma con sus caracteres propios, en la segunda etapa, "bajo la forma del animismo o animación de todas las cosas... El estado del espíritu del niño en este momento es semejante al que ha creado los mitos en el hombre primitivo. Las obras psicológicas abundan en hechos que demuestran que esta tendencia primitiva a atribuir la vida y la personalidad a todo es una fase necesaria que tiene que atravesar el espíritu... (juego de muñecas). En esta etapa, la imaginación creadora opera con el auxilio de una imagen o de un grupo central de imágenes, que se apodera de la conciencia y excluye de ella todo lo demás; es una *autosugestión*. Esta imagen central es provocada siempre por una percepción real, gracias a la analogía. El niño hace del trozo de madera que tiene entre las piernas la imagen de un caballo que le lleva. Alrededor de esta imagen central se agrupan por asociación imágenes anejas que vienen a modificarla y que le representan el caballo en diversas circunstancias. "Finalmente, esta potencia de creación que reviste la imagen de todos los atributos de la realidad, deriva de un hecho fundamental, del *estado de creencia*, es decir, la adhesión del espíritu fundada en condiciones puramente subjetivas." Ya hemos estudiado, a propósito del juicio, y hemos visto, a propósito de la

percepción, que es propio de la naturaleza de la imagen el aparecer primero como una realidad. El tercer paso es el del juego, el cual, en el orden cronológico, coincide con el precedente. "Pasando de los animales a los niños, crece en complejidad y se intelectualiza. No es una simple combinación de movimientos; es, además, una combinación de imágenes." Después de haber imitado, el niño, jugando, tiende a crear y no se interesa generalmente sino por sus creaciones, por aquellas, por tanto, que son de su iniciativa. En la cuarta etapa "aparece la invención novelesca, que exige una cultura más refinada, por ser una creación puramente inferior y formada toda ella con imágenes". Se despierta hacia la edad de los tres a los cuatro años. Se sabe el gusto de los niños imaginativos por las historias y las leyendas, que se hacen repetir hasta la saciedad. En esto se asemejan a los pueblos semicivilizados, que escuchan ávidamente a sus rapsodas durante horas seguidas, experimentando todas las emociones correspondientes a los incidentes de la narración. Este es el preludio de la creación, un estado semipasivo, semiactivo; un período de aprendizaje que le permitirá crear a su vez. Por eso los primeros ensayos estarán formados de reminiscencias, y más bien imitados que creados... Un niño de tres años y medio ve un cojo caminando por una senda y exclama: "Mamá, mira ese pobre hombre, con su pierna mala"; después comienza la novela: "Era un gran caballo, cayó sobre una gran piedra, etc. Otras veces la invención es menos realista." (*Ribot, ídem, 95 a 97.*)

C. EL HOMBRE PRIMITIVO Y LA CREACIÓN DE LOS MITOS. — La edad de oro de la imaginación creadora es la creación de los mitos en el hombre primitivo, encerrado todavía en la vida salvaje o no habiendo dado más que los primeros pasos en la senda de la civilización. Es entonces un estado fijo, permanente, que dura casi toda la vida y no es casi nunca controlado por la actividad racional. Los mitos son la encarnación de la imaginación pura, todavía muy adherida a la percepción, es decir, no

trabajando casi más que sobre imágenes concretas o bastante débilmente abstractas, acompañadas de una fuerte creencia autosugestiva en la realidad de estas imágenes, tanto que es con frecuencia difícil, si no imposible, para el que imagina, hacer la separación exacta entre su creación y la percepción de la realidad. Por eso cree él ordinariamente que sus creaciones imaginativas existen con el mismo título que sus percepciones. Y más tarde, cuando un comienzo de espíritu crítico le haga apercebir ciertas contradicciones entre lo que imagina y lo que ve, no considerará inmediatamente todo lo que imagina como irreal, sino que le atribuirá una existencia en otro mundo u otra distinta manera de existir. De aquí las religiones del paganismo y las filosofías primitivas, que no hacen, tanto unas como otras, sino continuar los mitos.

La imaginación, en la creación de los mitos, se aproxima, sobre todo, a la segunda y a la cuarta etapa, que hemos notado en la imaginación infantil; ella los combina y les da un desenvolvimiento incomparablemente más rico. Toda imagen es considerada como real, y, por tanto, animada y personificada, porque, como se ha visto en la percepción, es muy posible que la realidad no se distinga desde el primer momento en externa e interna, sino que tome los caracteres de este doble género de existencia. Después, la imaginación novelesca trabaja sobre estas imágenes consideradas como realidades; ella construye historias, inventa aventuras. Estas aventuras y estas creaciones se elaboran, por otra parte, de una manera colectiva; se enriquecen gracias a las relaciones de los hombres en la sociedad; son hábitos sociales.

B. LA ACTIVIDAD CREADORA EN EL DOMINIO DE LAS IDEAS Y DE LA REFLEXIÓN. — *Las formas superiores de la invención.* — La imaginación creadora, a pesar de su nombre, no se confina en el dominio de las imágenes; pero en la mayor parte de los hombres civilizados y adultos construye las ideas, los juicios y los razonamientos a medida de las circunstancias que los suscitan. La reflexión y la meditación son incontestablemente creadoras; la imagina-

ción tiene allí, pues, su parte y su parte predominante, y a ella debemos en este dominio las invenciones científicas, los sistemas metafísicos, las obras de arte, las concepciones generales o especiales de la vida política, industrial y comercial. En suma, todo lo que es solución nueva, todo lo que es posición de un problema nuevo, todo lo que es esfuerzo para adaptar nuestros medios intelectuales a hechos hasta entonces no sospechados, es el efecto de la imaginación creadora. Ella es la que suscita continuamente, bajo una forma concreta o abstracta, los elementos psicológicos que son necesarios para las construcciones de nuestro espíritu. Ella es la que esboza estas construcciones que nuestra actividad racional viene después a precisar y a criticar; ella llena en cierto modo el dominio de nuestra vida psicológica y parece ser el gran resorte de todos nuestros progresos intelectuales.

Cierto que esta función tiene los defectos de sus cualidades. Si nos presenta los medios de alcanzar la verdad o la belleza, la utilidad o la bondad, también nos presenta los medios para alcanzar los fines enteramente contrarios. Tiene sus desviaciones, y especialmente en la vida intelectual, es con frecuencia, como se ha dicho, "una maestra del error". Pero esto no quita nada al papel enorme que desempeña en la vida del espíritu, sino que nos advierte simplemente que no debemos confiar ciegamente en nuestra imaginación, que es preciso dirigirla con el auxilio de nuestra razón; pero no deja de ser por eso la gran fuerza que, bajo el dominio de la razón, nos es absolutamente necesaria para el desenvolvimiento de nuestra vida intelectual.

La imaginación creadora, en sus formas superiores, es mucho más individual que colectiva; esto es propio del genio, y el genio, como se sabe, es una excepción. No debe exagerarse, sin embargo, el carácter individual de la imaginación genial. Los grandes descubrimientos han sido, con frecuencia, reivindicados por muchos, y casi siempre con justo título. Estaban en el aire: esto es lo que demuestra que hay un influjo colectivo y social sobre la invención

—y aun sobre la originalidad artística—: la imitación parece insuficiente para explicar que, en un momento dado, el arte presente, en la mayor parte de los artistas, ciertas tendencias con exclusión de ciertas obras. Se ha dicho con mucha frecuencia: los grandes hombres deben tanto al azar de las circunstancias como a su propio genio. “Si se elevasen monumentos a los inventores en las artes y en las ciencias, habría menos estatua para los hombres que para los niños, los animales y, sobre todo, para la suerte.” (*Turgot*.)

Cualquiera que sea, por otra parte, la intervención del azar, es preciso reconocer que no sirve sino a aquellos que lo merecen; “el mismo acontecimiento fortuito pasa ante millones de hombres sin suscitar nada”. “¡Cuántos pisanos no habían visto la lámpara de la catedral antes que Galileo!” (*Ribot*, pág. 137.) Para aprovechar el azar es preciso primero el espíritu de observación, “la atención despierta, que aísla y fija el accidente; después, si se trata de invenciones científicas y prácticas, la penetración, que se apodera de las relaciones y establece asociaciones imprevistas; si se trata de producciones estéticas, la imaginación, que construye, organiza y da la vida”. (*Idem*.)

Por otra parte, estudiando el genio, que es excepcional, no se hace más que estudiar el caso, acentuado hasta el extremo, de todo hombre normal habituado a pensar; crea siempre, poco o mucho, y la observación nos revela siempre procedimientos múltiples, que parecen diferir menos según la materia de la invención que según el temperamento individual. *Ribot* distingue dos procedimientos generales, de los que los demás no son sino variantes. En el primero, la idea directora, que es necesaria para toda creación, toma un carácter de fijeza; hay un verdadero período de incubación. *Newton* consagró diecisiete años para elaborar su descubrimiento de la atracción universal, y *Darwin* reunió durante todos sus viajes los materiales de su teoría de la evolución. El segundo procedimiento es idéntico al de los intuitivos: la imaginación

sufre impulsos bruscos (inspiración); el descubrimiento parece hacerse inmediatamente, sin preparación, por una iluminación repentina, debida al azar. En el fondo, la diferencia parece ser de grado: el trabajo de incubación es más o menos consciente, pero existe siempre; sólo que en el primer caso, el espíritu marcha más bien de los detalles a la unidad vagamente entrevista; la conclusión se elabora poco a poco. En el segundo caso, por el contrario, la conclusión es lo primero que se elabora y después se precisa, gracias a los detalles que se acumulan. En el segundo caso, la condición esencial de la invención es la experiencia acumulada la que aumenta las probabilidades de asociación de ideas nuevas: "Ser fértil en hipótesis; tal es el primer método para encontrar." (Véase *Asociación de las ideas*.)

Estas asociaciones de ideas se manifiestan por una vocación particular que se marca por la necesidad, la fatalidad de la creación, y, con frecuencia también, por la precocidad.

El influjo de una rica experiencia sobre la imaginación creadora se corrobora por el hecho de que la imaginación creadora es en gran parte, y sobre todo en los comienzos de sus creaciones, *imitación*: el creador comienza por imitar.

VI. NATURALEZA Y PAPEL DE LA IMAGINACIÓN

A. LA IMAGINACIÓN EN LAS CIENCIAS. — Todos los grandes descubrimientos científicos han sido preparados por una serie de asociaciones por semejanza, bruscas y repentinas, en las cuales se reconoce claramente los procedimientos de la imaginación y de la inspiración: sólo después el razonamiento, trabajando sobre esta materia prima, aporta las pruebas o las demostraciones; como veremos en el estudio de los métodos científicos (v. la *Lógica*), toda proposición aparece primero en el espíritu como una sugestión hipotética. Ella está preparada por una lenta acumulación de analogías, frutos de la obser-

vación. Todas estas imágenes, en las profundidades de lo inconsciente, se ligan poco a poco unas con otras, se fusionan, y en un instante, una imagen particular, despertando bruscamente todo este cortejo de semejanzas, hace apercibir al espíritu una relación general, que, comprobada, será la ley científica. El genio está en razón directa con la riqueza de este inconsciente y de la potencia sintética, con la cual son aprendidas las relaciones más delicadas; esta potencia sintética supone, pues, como condición necesaria, una gran fuerza de análisis y de abstracción, puesto que es preciso que estas semejanzas, siempre muy lejanas, se aislen del montón confuso de los detalles que las enmascaran e impiden percibir las a un espíritu menos sutil.

Esta potencia de análisis y de abstracción caracteriza al genio científico. En las ciencias experimentales se convierte en el *espíritu de observación*, porque se ejerce por el examen atento de los fenómenos.

Pero la imaginación no desempeña un papel solamente en la observación, sino también en la exposición de verdades descubiertas. Toda demostración racional (la demostración matemática, por ejemplo), se apoya sobre un conjunto de construcciones, sobre un esquema; este esquema es una *imagen* escogida para la comprobación de la proposición dada. También es la imaginación la que combina este esquema, proporcionando así una *materia sólida* al razonamiento. Este no podrá ejercitarse en el vacío sin el sistema de signos, de símbolos o de figuras que proporcionan la imaginación. Con mucha frecuencia, una parte de la ciencia permanece confusa, complicada, caótica, porque este sistema es imperfecto y mal escogido. Del mismo modo en las ciencias experimentales, la imaginación es la que escoge los casos privilegiados, en los que la experiencia es fácil y probatoria y la que construye las disposiciones más felices para la comprobación.

B. LA IMAGINACIÓN EN LAS BELLAS ARTES. — También se puede considerar la imaginación en las bellas artes desde dos puntos de vista: la invención o concepción y la

ejecución. La imaginación juega en ella próximamente el mismo papel que en la invención y la exposición científicas. La riqueza de las imágenes acumuladas poco a poco por la imaginación reproductora es la que le permite convertirse en creadora, agrupando alrededor de una idea central todo un cortejo de imágenes accesorias destinadas a ponerla de relieve: aquí predominan los factores afectivos. Lo que caracteriza todavía el genio artístico es que las imágenes, en lugar de atenuarse y esquematizarse, recubriéndose unas a otras, como en la imaginación científica, guardan toda su individualidad y su viveza. Se condensan en un conjunto armónico, pero lleno de detalles; ellas dibujan la unidad general de la obra de arte, pero permanecen concretas y particulares. La potencia de abstracción cede el paso a la potencia de síntesis. En la *ejecución*, el genio artístico será tanto más poderoso cuanto menos banales y comunes sean los medios de expresión, y, por tanto, más aptos para herir la imaginación y la afectividad de los espectadores y de los oyentes; lo mismo que el genio científico, el genio en el arte se caracterizará por una facultad de apoderarse de *semejanzas* muy lejanas, gracias a una elección y a un análisis de los elementos de que dispone la memoria; pero las imágenes guardarán aquí su individualidad concreta, en lugar de convertirse en un esquema abstracto. La aptitud para conservar con toda su frescura tales o cuales imágenes determina las aptitudes artísticas especiales (el movimiento y la línea para el escultor, los colores para el pintor, los sonidos para el compositor, las imágenes verbales para el literato).

C. LA IMAGINACIÓN EN LA PRÁCTICA. — Esto es lo que distingue los técnicos, los industriales, los hombres de acción y los de negocios. Siempre los mismos principios: potencia de acumulación y de combinación para la concepción; facultad de análisis y de elección para la ejecución.

La imaginación no es, pues, una función psicológica inútil.

CAPÍTULO XVIII

LOS FACTORES GENERALES DEL DESENVOLVIMIENTO INTELECTUAL

SEGUNDA PARTE: LA ACTIVIDAD RACIONAL (PRINCIPIOS RACIONALES)

I. *Determinación de los principios racionales.*

II. *Noción del espacio.*— Su desenvolvimiento (véase para sus orígenes: Percepción exterior).

III. *Noción del tiempo.*— Su desenvolvimiento (véase también: Percepción interna).

IV. *Noción de identidad.*— *A.* Sentido actual y puramente lógico de la noción de identidad.— *B.* Noción antigua de la identidad; se confundía con la noción de substancia.

V. *Desenvolvimiento de la idea de causa.*— El principio de causalidad: *A.* Sentido místico: la causa, fuerza eficaz y voluntaria. *B.* Depuración progresiva de la idea de causa. Orígenes de la noción científica de las ideas de milagro y de azar.— *C.* Sentido finalista: noción de causa final o de finalidad.— *D.* Sentido científico y actual de la idea de causa.

VI. *Naturaleza de los principios directores del conocimiento.*

I. DETERMINACIÓN GENERAL

La actividad racional organiza nuestra vida representativa espontánea o reflexiva y rectifica las construcciones de la imaginación, orientándola según nociones universales y necesarias, en el sentido de que no podemos ni percibir, ni pensar, ni imaginar sin plegarnos a los hábitos indefectibles que nos imponen.

¿Cuáles son estas nociones universales? Los filósofos, que se han ocupado mucho de la cuestión, las han determinado muy diferentemente, tanto cualitativa como cuantitativamente (teorías de las formas, de las categorías, de las verdades primeras, del entendimiento, de la razón, etcétera). La psicología no tiene por qué buscar cuáles son las ideas más generales que orientan toda nuestra actividad psicológica cuando procura darnos un conocimiento sistemático de lo real.

El conocimiento sistemático de lo real comienza con la percepción, que organiza nuestras imágenes sensibles, y se continúa por el entendimiento, que organiza nuestras ideas.

La organización de la percepción, como hemos visto, se hace con el auxilio de dos nociones, de las cuales una, el *espacio*, concierne únicamente a la percepción externa, y otra, el *tiempo*, principalmente a la percepción interna: el espacio y el tiempo son los dos cuadros en que se organizan todas nuestras imágenes; como dice *Kant*, son las dos *formas* generales de nuestra *sensibilidad*.

Todo el mundo se extiende sobre lo que concierne a nuestro conocimiento perceptivo. No ocurre lo mismo respecto de nuestro conocimiento intelectual. Aquí se citan como principios de organización, parciales o generales, las ideas o nociones de *número* o de *cantidad*, de *cualidad*, de *substancia*, de *identidad*, de *relación*, de *razón suficiente*, de *causa eficiente*, de *causa final*, de *ley*, de *espacio*, de *absoluto*, de *perfecto*, de *infinito*, etc. Todas estas ideas no son, sin duda, *principios*, es decir, ideas supuestas por todos los demás actos intelectuales, y que a su vez no suponen otras. Se hacen esfuerzos por reducirlas. Se pueden eliminar primero las ideas de *absoluto*, de *perfecto*, de *infinito*; como las ideas de *Dios*; del *alma* y del *universo*, que no son principios constitutivos del conocimiento intelectual —puesto que la ciencia, que es la forma más alta de este conocimiento, se constituye sin ellas— y no tienen más que un valor metafísico. La actividad racional llega quizás a poseerlas, pero no depende de ellas.

Puede observarse que las ideas de número o de cantidad y de cualidad son más bien propiedades de lo real, que dependen del espacio y de la duración, de principios directores de nuestro conocimiento, principios racionales.

En fin, *psicológicamente*, las nociones de substancia y de identidad por una parte, de relación, de razón suficiente, de causa eficiente, de causa final, de ley y de especie, por otra, están íntimamente ligadas entre sí.

En efecto, se entiende por substancia la noción de un substrato que permanece idéntico y permanente bajo las múltiples cualidades que pueden atribuirse al mismo sujeto. El principio de identidad y de contradicción es precisamente el principio en virtud del cual se atribuyen o se excluyen las cualidades (atributos), y en virtud del cual, por consiguiente, se consideran diversas apariencias como perteneciente a un mismo sujeto, idéntico y permanente.

Las ideas de relación (los objetos de nuestro reconocimiento están todos ligados entre sí), de ley (que no es más que el enunciado de las relaciones necesarias que la ciencia descubre entre las clases de objetos), de especie (relación según la cual los individuos se agrupan en clases, según sus semejanzas), de causa eficiente (relaciones de sucesión necesarias entre los fenómenos, siendo los fenómenos antecedentes, las causas y los consiguientes, los efectos), de causa final (relación en virtud de la cual son determinados los fenómenos por otros fenómenos, hacia los cuales tienden), de *razón suficiente* (todo hecho es la consecuencia de otro o de otros muchos, y sus relaciones con ellos bastan a explicarlo), son, como se ve, aspectos diversos de la noción de *relación*; y la mayor parte reducen todos estos aspectos a uno solo, erigido entonces en principio director del conocimiento bajo el nombre de principio de razón suficiente o bajo el de principio de causalidad, que parece adoptarse actualmente con preferencia (por razones tomadas de las ciencias positivas, que no admiten, para explicar los fenómenos, más que relaciones de causalidad eficiente, con exclusión de las relaciones de finalidad, como se verá inmediatamente).

Se puede, pues, concluir que nuestra actividad racional dispone nuestros conocimientos sensibles según dos formas generales, el espacio y el tiempo, y nuestros conocimientos intelectuales según dos principios de organización, identidad y causalidad; esta última conclusión pudiera ser prevista, puesto que identidad y causalidad son los resortes de todos nuestros razonamientos.

Vamos a hacer el estudio psicológico de estas cuatro nociones, bosquejando su desenvolvimiento y su misión.

II. FORMACIÓN PSICOLÓGICA Y DESENVOLVIMIENTO DE LA IDEA DEL ESPACIO

Los objetos percibidos están todos situados en puntos precisos del espacio, cuadro que se extiende indefinidamente en tres sentidos o *dimensiones* (anchura, altura y profundidad).

Adquirimos la noción de este espacio obteniendo probablemente la noción de *extensión superficial*, es decir, de un plano, de una superficie perpendicular al eje de visión, en el que los objetos se sitúan a izquierda y a derecha (*anchura*), abajo o en alto (*altura*), de nuestro ojo —como sobre un cuadro sin perspectiva—, y la noción de *distancia*, según la cual se sitúan los objetos en *profundidad*.

Hemos estudiado la adquisición de estas nociones a propósito de la percepción exterior. Hagamos ahora notar:

1.º Que la idea de espacio no parece ser adquirida psicológicamente de una vez, sino en trozos. Nosotros adquirimos sucesivamente la noción de espacios parciales, de porciones de planos (en la extensión), de planos sucesivos en profundidad. Al menos, la observación de los niños tendería a hacerlo creer. Se forma primero la noción del espacio más vecino, y se extiende y se amplía después gradualmente esta noción a medida de la experiencia; todo lo que está situado fuera del espacio primeramente percibido parece percibirse. La adquisición de la noción de

espacio supondría, pues, en el origen, elementos especiales muy restringidos, lo que explicaría, quizá, ciertas observaciones citadas por los *nativistas* en favor de su tesis. El ojo o el tacto nos harían conocer *desde el origen*, como una propiedad irreductible de la sensación, elementos de extensión o de distancia (proporciones muy pequeñas de superficie) (*Höffding*), o situaciones a distancias muy restringidas.

2.º La noción de distancia o de profundidad se adquiere al *mismo tiempo* que la noción de extensión superficial; sólo para la comodidad del estudio se distinguen artificialmente estas dos operaciones que, en realidad, se mezclan inextricablemente y se prestan un mutuo auxilio. La porción de extensión que se construye poco a poco se extiende tanto en profundidad como en superficie.

3.º Una vez adquirida la noción de espacio concreto, como se le ha descrito, se ejerce sobre ella la abstracción y se perfecciona en la noción de espacio geométrico, infinito y homogéneo, que es bien distinta de la primera, como lo ha mostrado *Mach*.

III. FORMACIÓN PSICOLÓGICA Y DESENVOLVIMIENTO DE LA IDEA DEL TIEMPO

La idea de tiempo tiene su origen concreto en las operaciones, por las cuales adquirimos la idea de nuestra personalidad, de nuestra duración. (Véase *percepción interna*.)

De nuestra *idea concreta de duración* deriva la *idea abstracta de tiempo uniforme y continuo*, tal como nos la dan el reloj y el calendario, estos atlas auxiliares de que hemos hablado, y que nos sirven actualmente para medir o más bien para escalonar la duración concreta.

Lo mismo que la idea de espacio, la idea de tiempo no se adquiere en bloque; pero, como la idea de espacio, ella es la extensión progresiva de una noción de duración mínima al principio.

IV. LA NOCIÓN DE IDENTIDAD

La idea de tiempo, una vez que se ha elaborado en nuestro espíritu bajo una forma concreta, se hace cada vez más abstracta, hasta no ser más como la noción de espacio, que un esquema simbólico, cuando la ciencia (la Geometría y Cinemática sobre todo) la han racionalizado para hacerla tan manejable como sea posible para nuestra inteligencia. Esta noción es ciertamente la más simple, la más primitiva de todas aquellas a que puede remontarse nuestro espíritu. No se puede concebir, tan conforme con ella están nuestros hábitos espirituales, lo que pudiera ser una conciencia para la que un estado fuera al mismo tiempo *el mismo* y *otro*. Ella ha sido puesta de relieve desde las primeras reflexiones de los filósofos griegos y de los filósofos indios sobre el conocimiento. [Sólo lo semejante puede conocer lo semejante (*Jónicos*)]. — Las nociones de lo *mismo* y de lo *otro* (*Platón*) *Aristóteles* le ha dado su forma definitiva. *A es A y no es no-A*. — Una cosa es lo que es y no es *otra que no es en el mismo momento, en el mismo lugar y bajo la misma relación*.

Jamás ha sido posible aspirar a remontarse más allá sino por abstracciones metafísicas, y todavía presuponen éstas implícitamente este principio: por ejemplo, *Hegel*, que afirma que el ser está dirigido por el principio opuesto: el principio de *identidad de los contradictorios*. Se comprende fácilmente que no es más que el principio de identidad aplicado en absoluto a lo que *aparece en nuestro espíritu* como oponiéndose a esta aplicación: *Hegel* afirma que *A* es (en lo absoluto) idéntico a *no-A*, es decir, reduce *A* y *no-A* a un punto de vista metafísico, desde el cual son idénticos y reductibles el uno al otro.

A. SENTIDO ACTUAL Y PURAMENTE LÓGICO DE LA NOCIÓN DE IDENTIDAD. — Lo que más interesa a la psicología son las maneras como se ha concebido históricamente el principio de identidad. Podemos anotar aquí una evolución análoga a la de las nociones de tiempo y espacio.

Actualmente el principio de identidad es un principio *puramente* lógico, una noción simbólica. Afirma simplemente que dos ideas son reductibles o irreductibles la una a la otra, compatibles o incompatibles una con otra, que la una puede ser atribuída como predicado y calificar la otra; si son reductibles, es que ellas no difieren más que en apariencia y de una manera relativa como los dos miembros de una ecuación. Reduciéndola a sus elementos, gracias a los intermediarios explicativos, se puede mostrar que la una implica la otra, que estando puesta la una, la otra lo estará fatalmente también. En cuanto a saber si la naturaleza de los hechos a los cuales se aplican estas ideas es realmente idéntica, es una cuestión que concierne a la metafísica de la materia o del espíritu, según el género de hechos considerados. La noción de identidad, en su sentido científico, la noción de identidad, fundamento de la educación y de la demostración, debe permanecer absolutamente extraña a esta cuestión. Dicho de otro modo, la noción de identidad no tiene nunca más que ideas por contenido, conocimientos que nuestro espíritu ha adquirido a propósito de las cosas, y no las cosas mismas.

B. NOCIÓN ANTIGUA DE IDENTIDAD; SE CONFUNDÍA CON LA NOCIÓN DE SUBSTANCIA. — Pero en toda la antigüedad, y a veces también en la metafísica moderna, la noción de identidad ha tenido precisamente este sentido *substancial* y *realista*. Las cosas eran consideradas en su esencia como *correspondiendo absolutamente* a las ideas y conocimientos que de ella tenemos, o más bien las ideas y la esencia de las cosas eran *identificadas*. Tanto que nuestros razonamientos o nuestras demostraciones se referían, no ya a los conocimientos que podemos formarnos de los fenómenos y que son siempre aproximaciones guiadas en una cierta medida por la práctica y válidas solamente para nuestro espíritu, sino sobre la naturaleza íntima de las cosas.

La noción de identidad era *substantivada*; A es A, significaba rigurosamente que una cosa permanece siempre lo que es, eternamente *la misma* que es, conforme a su concepto (a su idea, decía Platón), con la cual forma una

sola cosa. Ella es una *substancia*. Y la realidad, que nos aparece entera sometida al principio de identidad, era una colección de *substancias inmutables y eternas*. El cambio, la aparición y la disposición de los fenómenos, el devenir sensible de la Naturaleza, que parece engendrar de una cosa otra cosa diferente, todo esto no es más que una apariencia, una ilusión (*Platón*, y, en gran parte, *Aristóteles*). Si un sólido deviene líquido, no es que el sólido se transforme en líquido, es una cualidad substancial, una esencia nueva que toma el lugar de otra. De aquí las dificultades considerables que se encuentran en la interpretación de los sistemas antiguos, y, sobre todo, en las teorías que procuran explicar la transformación de una cosa por otra diferente, partiendo de este principio de substancia.

Hoy la ciencia ha renunciado completamente a esta noción enteramente metafísica de la substancia. Ella no conoce nada fuera de los fenómenos, es decir, de las *manifestaciones aparentes* que todos comprueban. Y las relaciones de identidad que establece entre los diferentes fenómenos no tienen para ella una significación substancial. Significan simplemente que un conocimiento significa necesariamente otro.

La noción de substancia no tiene ningún lugar en la ciencia moderna; la deducción y la demostración no tienen necesidad más que de un principio lógico: el de la identidad. Los orígenes de este principio lógico son claramente la antigua noción de substancia, que el pensamiento científico, evolucionando, ha vaciado progresivamente de todo sentido *substancial* y de *elección*. Es un esquema, la concepción abstracta de una relación.

Es una idea general, la más general de todas, vaciada de todo contenido imaginativo.

V. DESENVOLVIMIENTO DE LA IDEA DE CAUSA

La imaginación la ha concebido primeramente como un poder real que pertenece a un hecho natural, la causa, y fuerza a los hechos que le siguen, sus efectos, a ser tales

o cuales. Hay sucesión uniforme, porque el elemento que está a la cabeza de la serie *creada, engendra* de algún modo los elementos que le siguen.

A. SENTIDO MÍSTICO: LA CAUSA, FUERZA EFICAZ ANÁLOGA AL PODER VOLUNTARIO. — ¿De dónde ha venido esta idea concreta de fuerza creadora, que es el primer sentido, bajo el cual aparece la idea de causa? Es muy probable que por analogía con lo que sentimos que pasa en nosotros mismos desde que somos capaces de notar los hechos de actividad interna que se traduce en movimientos, y la noción de esfuerzo muscular que los acompaña: tenemos la idea confusa de una creación que emana de nosotros, y esta idea, bien que ilusoria, es el germen de la noción psicológica de causa.

La prueba de ello es que todas las causas son percibidas primero por el hombre, como animadas y personificadas. Los mitos, las creencias mágicas, las creencias religiosas y las lenguas nos muestran ejemplos innumerables. Se observan todavía actualmente hechos análogos "en los niños, los pueblos salvajes y los animales (como el perro que muerde la piedra que le golpea), y aun en el hombre reflexivo cuando, volviendo por un momento a ser instintivo, se encoleriza contra un obstáculo". Este período responde muy bien al de las imágenes, porque la noción de causa así generalizada resulta de semejanzas groseras, exteriores, parciales, accidentales, que el espíritu recibe casi pasivamente. No es dudoso que los animales superiores tengan una imagen genérica de la causalidad; es decir, que son capaces, dado un antecedente, de representarse invariablemente al consiguiente. Este estado mental que se ha llamado algunas veces "consecuencia empírica", y que no es raro, aun en muchos hombres que no se elevan más allá, se resuelve en una asociación de ideas permanentes, resultado de la repetición y del hábito.

"Pero todo esto no es más que una concepción exterior de la causalidad, de su forma, no de su naturaleza; esto es, una perspectiva desde fuera, un camino. El carácter propio de este período es el de permanecer siempre sub-

jetivo, antropomórfico, de representarse siempre la causa como una actividad internacional que no produce movimientos, sino en vista de un fin." (Ribot, *Evolución de las ideas generales*, página 206.)

Este sentido, rectificado por el pensamiento filosófico, es todavía próximamente el que el *eclecticismo francés* (escuela de V. Cousin, comienzos del siglo XIX) da a la noción de causa.

B. DEPURACIÓN PROGRESIVA DE LA IDEA DE CAUSA: ORÍGENES DE LA NOCIÓN CIENTÍFICA DE CAUSA POR ELIMINACIÓN DE LAS IDEAS DE MILAGRO Y DE RAZA. — "El segundo período en la evolución de la idea de causa comienza con la reflexión filosófica y se prosigue por la lenta constitución de las ciencias. Su desenvolvimiento puede resumirse así: despojar poco a poco la noción de causa de su carácter subjetivo, humano, sin alcanzar por otra parte completamente este fin ideal; reducir lo esencial de esta noción a una *relación* fija, constante, invariable, entre un antecedente y un consiguiente determinados; por tanto, no ver en la causa y en el efecto más que dos momentos o aspectos de un solo y mismo proceso, lo cual es, en el fondo, la afirmación de una misma identidad.

"Aquí la imaginación retrocede para dejar lugar a la abstracción y la generalización —a la abstracción, porque se trata menos de los términos que de una cierta relación entre ellos—; a la generalización, porque la tendencia natural del espíritu es extender la causalidad a la experiencia entera. Sin embargo, importa notar que el paso de los casos particulares a la generalización, y, finalmente, a la universalización del concepto de causa en el *sentido riguroso*, no se da sino poco a poco.

"Una opinión muy acreditada... es la de que cada hombre tiene en sí la noción infusa, innata, de la ley de causalidad, como universal. Esta tesis es equívoca. Si se trata de verdadero concepto (el de las ciencias sólidamente constituidas), que se reduce a un determinismo inflexible, invariable, es un error el pretender que el espíritu humano la adquiere de una vez. La creencia en una ley universal

de causalidad no es un don gratuito de la naturaleza, sino una conquista. Lo que mantiene este error es que, desde hace lo menos tres siglos, los escritos de los filósofos y de los sabios han propagado esta noción y la han hecho familiar. No por eso deja de ser una concepción tardía, ignorada por la mayor parte del género humano. La investigación científica ha comenzado por establecer leyes (es decir, relaciones invariables de causa a efecto) entre ciertos grupos de fenómenos, a establecer una ley de causalidad válida para ellos, nada más que para ellos, pero la transferencia de esta ley a todo lo conocido y lo desconocido no se ha producido sino poco a poco, y aun en nuestros días no está completo, acabado. En una palabra, la ley de causalidad universal es la generalización de leyes particulares y permanece siendo un postulado.

"En apoyo de lo que precede, sin entrar en detalles históricos, notemos la existencia en la conciencia humana de dos ideas que, de tiempo en tiempo, cada uno a su manera, hacen fracasar la universalidad del principio. Aun cuando a consecuencia del desenvolvimiento científico su influjo haya decrecido, permanecen todavía muy vivas. Estas dos ideas son las del milagro y el azar."

C. ELIMINACIÓN DE LA IDEA DE CAUSA FINAL O DE FINALIDAD. — Para llegar a esta noción científica de la causalidad es preciso que, después de haber rechazado las ideas de milagro y de azar, el espíritu elimine todavía un último resto de antropomorfismo y de animismo que mezcle a la idea de causa la idea de fin, de objeto, de dirección *intencional*: se da a la Naturaleza aspiraciones, deseos, especies de instintos ciegos que quiere satisfacer; objetos y fines que quiere realizar; lo que causa los fenómenos son estos fines naturales; son los que imponen a la Naturaleza esa constancia y esa uniformidad características de las relaciones de causa a efecto, fundamentos de toda inducción, es decir, de toda generalización necesaria.

La filosofía griega, *Sócrates*, *Platón*, *Aristóteles* y los *Estoicos*, han tenido claramente esta concepción de la cau-

sa. Se ha dado a este sentido particular de la noción de causa el nombre de *causa final* o de *finalidad*, porque, según él, la Naturaleza sería lo que es a causa de los *finés* a los cuales tiende.

Se ve que esta noción conserva huellas innegables del animismo y del antropomorfismo. El mundo es considerado como un ser vivo que tiene intenciones y un fin. Se le impersonaliza todavía en el curso de los progresos científicos que, en el Renacimiento, nos llevan a considerar, gracias a los descubrimientos de *Galileo* y de *Descartes*, a la materia inorgánica, como algo de puramente mecánico, desenvolviéndose según una ciega necesidad matemática. La Naturaleza no se propone fines; no tiene tampoco deseos, pero muchos se imaginan todavía que si no se propone por sí misma un fin, se le impone éste, sin embargo, desde el exterior, por una potencia trascendental y divina. Fuerte en sí misma, es movida por una inteligencia superior, tanto que está sometida a leyes simples y armoniosas y forma un sistema armónico también. La razón última de todas las sucesiones uniformes parciales que notamos en ella es todavía un sistema de fines, una unidad de plan, un conjunto en vista del cual ha sido creado. *Leibniz*, sobre todo, desenvolverá esta concepción, y la mayor parte de los filósofos idealistas y espiritualistas del último siglo, *Fichte*, *Schelling* y *Hegel*, en Alemania, *Ravaisson* y *Lachelier*, en Francia, siguieron en esta dirección ciertas indicaciones de *Kant*. La noción de sucesión invariable o principio de causalidad eficiente (sentido científico de la causalidad) está así subordinado a un principio de finalidad. Las series constantes de los fenómenos son "*medios que se colocan por sí mismos en el orden conveniente para realizar el fin...*", nosotros podemos establecer que la existencia abstracta, que consiste en la necesidad mecánica, tiene necesidad de encontrar un punto de apoyo en la existencia concreta, que no pertenece más que al orden de los fines, y que así la finalidad no es solamente una explicación, sino la única explicación completa de la Naturaleza y del pensamiento". "El

acuerdo recíproco (elementos constantes y uniformes) de todas las partes de la Naturaleza no puede resultar sino de su dependencia respectiva en relación con el todo: es preciso, pues, que en la Naturaleza la idea del todo haya precedido y determinado la existencia de las partes; es preciso, en una palabra, que la Naturaleza esté sometida a la ley de causas finales." (Lachelier, *Fundamento de la inducción*, 87 y 79.)

D. SENTIDO CIENTÍFICO Y ACTUAL DE LA IDEA DE CAUSA. — Puede decirse que, en el estado actual del pensamiento científico, donde es preciso ir a buscar la verdadera naturaleza de los procedimientos de razonamientos, y, por tanto, de la inducción, se ha eliminado este último resto de finalismo que, bien que convertido en pura noción lógica, recordaría, sin embargo, el antropomorfismo de los períodos presentes. No se ha conservado de la noción de causa más que la de una relación de sucesión invariable entre dos fenómenos, siendo la causa el antecedente, la *razón de ser* del consiguiente, puesto que éste no aparecería más que en el caso en que haya aparecido el antecedente.

"Los filósofos antiguos, metafísicos y científicos a la vez, al menos durante la gran época, construyeron sistemas del mundo, suponían las causas primeras concebidas, sea como fuerzas, principios de acción, elementos de naturaleza motora (agua, aire, fuego, átomos), sea como tipos racionales (números, ideas). Por otra parte, inventaban las matemáticas y echaban los primeros fundamentos de la astronomía y de la física. Ahora bien, en lo que concierne a la causalidad, estos ensayos de investigación científica de la Naturaleza implicaban consecuencias que no se han producido claramente sino más tarde. Exigían otra posición, un paso de lo subjetivo a lo objetivo: que se trate de la caída de los cuerpos o de una ley hidrostática como aquella a la que Arquímedes ha dejado su nombre, el que estudia el mundo físico ve necesariamente los cambios desde fuera. Considera la causa, no ya como un factor interno revelado por la conciencia, sino como una

sucesión dada, como una sucesión invariable; tales son para él los únicos datos útiles. Las condiciones igualan la causa, y la determinación importante no es la de una entidad actuante, sino la de una relación constante. A esta concepción de causa, la única científica, es a la que conviene la definición de *Stuart Mill*: "La causa es la suma de las condiciones positivas y negativas, que, siendo dadas, van seguidas de un consiguiente invariable."

Esta posición exterior, vieja como la ciencia, estaba henchida de consecuencias, que no se han revelado claramente sino en nuestros días, y que pueden resumirse con una palabra: la identidad de la causa y del efecto. Entre los dos no hay separación: el antecedente no es una cosa y el consiguiente otra; son dos manifestaciones diferentes en el tiempo, de una identidad fundamental. Se ha dicho justamente que la teoría mecánica del universo (correlación de fuerzas, conservación y transformación de la energía, etc.) es la forma contemporánea del concepto y de la causalidad natural. Expresada desde la antigüedad bajo la forma de una anticipación metafísica (*ex nihilo nihil*), entra en el siglo XVII en su fase científica y se perfecciona en el nuestro. Los físicos que la han establecido sobre la experiencia y el cálculo, han visto bien, por otra parte, la consecuencia que se desprende. Para no citar más que uno, *R. Mayer*, en su *Mechanik de r. Wärme*: "Si la causa *c* tiene por efecto *e*, entonces $c = e$; si *e* es la causa de otro efecto, *f*, entonces $e = f$, y así sucesivamente. Puesto que *c* se convierte en *e* y *e* en *f*, etc., debemos considerar esos tamaños como formas fenoménicas diferentes, de un solo y mismo objeto. Así como la primera propiedad de las causas es la indestructibilidad, su segunda propiedad es la convertibilidad, es decir, la capacidad de asumir diversas formas. Y esta capacidad no debe entenderse en el sentido de una metamorfosis: toda causa es invariable, pero la combinación de sus relaciones es variable. Hay indestructibilidad cuantitativa y convertibilidad cualitativa."

"No se debe olvidar, por otra parte, que los principios

generales de la termodinámica —forma última del concepto de causalidad natural— no son absolutos, aun cuando sean puestos como un ideal. Se sabe así, por ejemplo, que el calor no reconstituye jamás íntegramente el trabajo de que procede, porque ningún acontecimiento físico es exactamente reversible, es decir, no puede reproducirse de una manera idéntica en el sentido contrario, porque, produciéndose por primera vez, ha debido vencer una resistencia y perder una parte de su energía. Pero nada de esto tiene importancia para nosotros. Tanto vale la doctrina de la conservación de la energía, cuanto vale el concepto actual de la causalidad natural. Se trataría solamente de seguir la evolución de este concepto hasta el día, de mostrar cómo se ha transformado, pero sin juzgar nada del porvenir, y, sobre todo, sin atribuirle un valor absoluto.” (Ribot, *Evolución de las ideas generales*, págs. 213-216.)

VI. NATURALEZA DE LOS PRINCIPIOS DIRECTORES DEL CONOCIMIENTO

Las leyes de la adaptación y del hábito parecen necesarias y suficientes para explicar el papel y la naturaleza *psicológica* de estos principios.

Los filósofos que han querido fundar el conocimiento racional de una manera inquebrantable las consideraban como innatas, como contenidas en la conciencia, anteriormente a toda experiencia (las primeras verdades de *Descartes*). Pero la psicología no puede comprobar la existencia consciente de éstos principios, “porque, por una parte, cuando razonamos fuera de toda preocupación psicológica, no apercibimos en ningún momento la inserción en el proceso consciente, del principio de identidad, de causa..., y, por otra parte, en el niño la razón consciente aparece mucho después de la creencia, después del razonamiento mismo. Por eso *Leibniz* no temía relegar estas verdades primeras a lo inconsciente, y *Kant* sostenía que la reflexión más profunda no podía apoderarse de ellas,

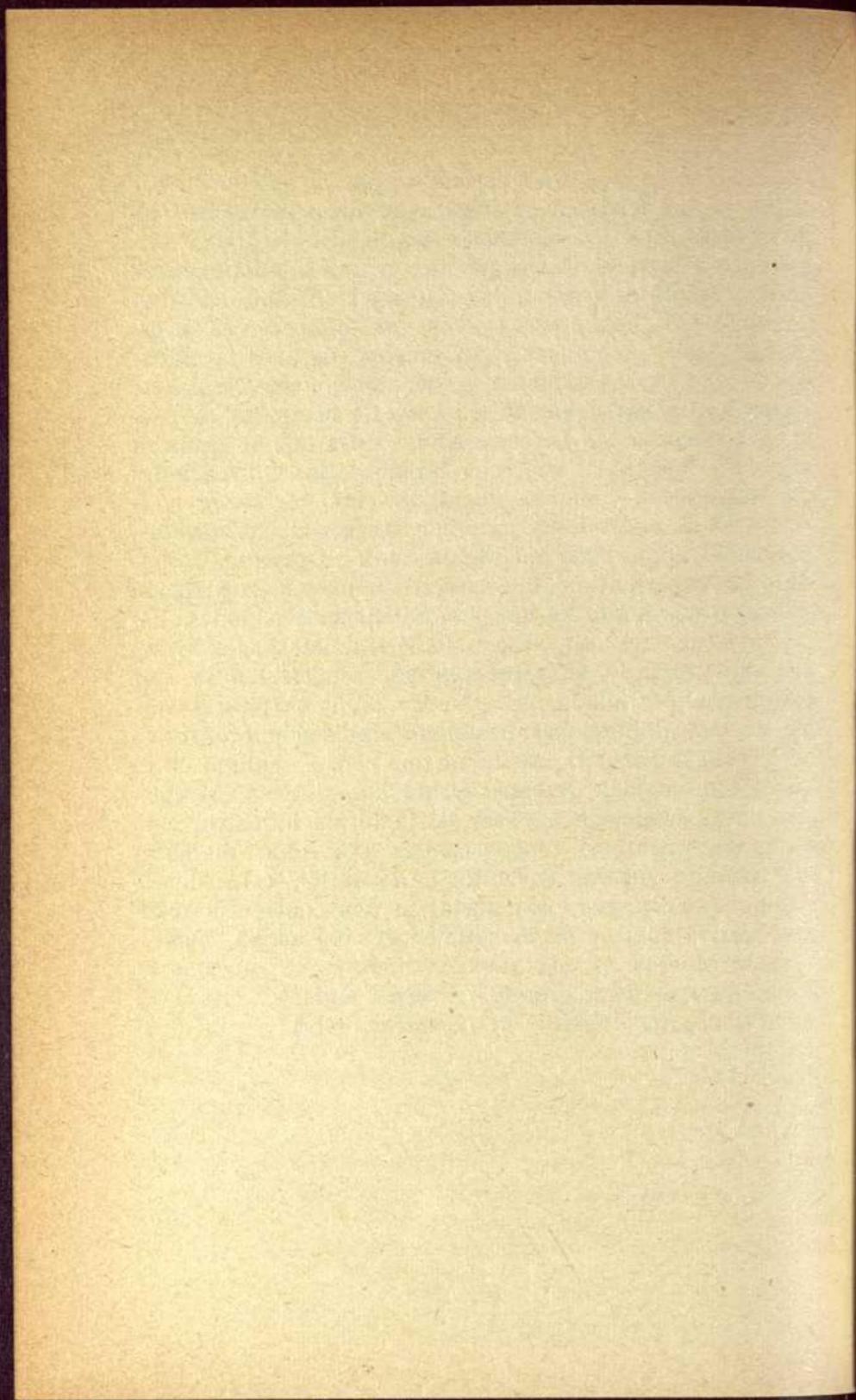
apartadas de todo contacto con la experiencia; hacia de ellas simples principios *lógicos*, no psicológicos, a los cuales se remonta el espíritu por un *análisis crítico y abstracto*, y jamás los comprueba vivos y reales en él".

Pero entonces la psicología puede representarse estos principios de una manera simple y natural; estos son *hábitos mentales indefectibles* (*Hume, Stuart Mill* y la *escuela empírica*). Comprendemos así que la conciencia no los compruebe, que sean inconscientes, como todo hábito inventado, y, sin embargo, que se encuentre su acción a través de todas nuestras operaciones racionales, porque es propio del hábito el ser una aptitud general, que no se deja descubrir sino en el análisis de los resultados que produce al ejercitarse.

Las teorías de *Hume*, de *Mill* y de la escuela *empírica*, explicarían, es verdad, "menos bien por qué los principios de razón son *universales* en la raza, que por qué el buen sentido es la cosa mejor distribuída del mundo" (*Descartes*). ¿Por qué, en efecto, contraemos todos, a pesar de las diferencias de nuestros caracteres y de nuestras experiencias, los mismos hábitos generales? Pero esta generalidad misma, ¿no nos permite comprenderlo? Estos hábitos son los que pudieran determinar cualquier acto y que serían necesarios para adaptar nuestra organización psicológica a todas las circunstancias. "La repetición regular de ciertas aptitudes permanece siendo necesaria para que nuestra atención se adapte últimamente a las cosas, a despecho de su diversidad."

La primera de ellas es el hábito mismo de contraer hábitos, de encontrar casos *semejantes* y de reaccionar de maneras *idénticas* tomando las *mismas* aptitudes: el hábito de *reducir a identidades* el principio de identidad: "Porque aun nuestras adaptaciones más nuevas y más atrevidas no triunfan sino en tanto que repiten en gran parte adaptaciones anteriores, hábitos... Y pudiera definirse el principio de *identidad*, como el hábito de fundar todo pensamiento sobre un hábito, el hábito mismo del hábito."

“También es en virtud del hábito por lo que, en la sucesión de los fenómenos, nuestra atención se refiere con preferencia a ciertos fenómenos y prepara el camino a la percepción clara de las siguientes o aun a adaptaciones previsoras, útiles entre todas. De aquí el hábito de distinguir los hechos prerrogativos, los antecedentes y los consiguientes, las causas y los efectos; de aquí la creencia de que modos semejantes de atención electiva y de acción apropiada llegarían, en caso de necesidad, a prever y a dominar los hechos innumerables que se deslizan alrededor nuestro... En otros términos, las afirmaciones que se reducen comúnmente al *principio de razón suficiente* (o de *causalidad*) no enuncian nada más que disposiciones adquiridas, que nos llevan a acoger todo lo posible las experiencias futuras con los modos de atención y las mismas actitudes que las experiencias pasadas. Estas disposiciones son, ante todo, orientadas hacia la acción por venir, y se esfuerzan por reducirla a la más extrema uniformidad, que sería la repetición pura y simple de las adaptaciones pasadas” (reducción progresiva de la causalidad a la identidad que hemos seguido en la historia de la idea de causa y que comprueban las ciencias en su tendencia a pasar de la forma inductiva a la forma demostrativa). “Inconscientes como todos los hábitos, en tanto que van envueltos en la acción, estas disposiciones pueden, por otra parte, en una conciencia reflexiva que se abstrae un instante en la vida activa, convertirse en objetos de una atención interior, ser puestos en fórmulas verbales y erigidos en leyes lógicas.” (Ruyssen, *Evolution psychologique du jugement*, 345.)



LIBRO IV

LOS HECHOS AFECTIVOS

CAPÍTULO XIX

LOS ELEMENTOS.—EL PLACER Y EL DOLOR

I. *Determinación de los hechos.*

II. *Clasificación.*

III. *Condiciones psicológicas.*— Los factores representativos.

IV. *Condiciones fisiológicas.*— Los factores orgánicos y motores:

1.º Modificaciones generales. 2.º De la vida vegetativa. 3.º De los movimientos corporales.

V. *Naturaleza y misión del placer y del dolor.*— A. Causas reales del placer y del dolor (factores activos).— B. El placer y el dolor son los dos polos de un mismo estado fisio-psicológico.— C. Están ligados a los acontecimientos útiles y perjudiciales para el ser.— D. Misión del placer y del dolor. El optimismo y el pesimismo desde el punto de vista psicológico y moral.

Nota sobre la terminología.

I. DETERMINACIÓN DE LOS HECHOS

Los estados afectivos, ya sean espontáneos (*emociones*) o ya sean el resultado de una lenta elaboración (*sentimientos y pasiones*), son extremadamente complejos y confusos. Lo que llamamos *emociones simples* son ya estados de una gran complicación, en el que intervienen fenómenos numerosos y de orígenes muy diversos. Sin embargo, el análisis encuentra en todos estos estados un

carácter idéntico, son *penosos o agradables*. Hay en ellos un elemento fundamental de la vida afectiva, un elemento último, más allá del cual no podemos remontarnos sin destruir el carácter psicológico de los hechos que estudiamos. Debemos, pues, considerarlos como el fenómeno elemental de la vida afectiva. Los demás no son sino formas más complejas y más desenvueltas.

Esta sencillez absoluta de las afecciones de placer y de dolor es lo que hace imposible dar de ellos una definición. Son estados que se comprueban directamente por la observación interna, y de los cuales nos revela la conciencia innumerables modalidades. Toda definición no aclararía en nada esta experiencia inmediata, y, de hecho, las que han sido intentadas son puras tautologías, o implican ya una teoría particular del placer y del dolor.

II. CLASIFICACIÓN

Los estados se clasifican por sí mismos en *agradables o dolorosos*, bien que su naturaleza fundamental suponga factores del mismo orden. Se han distinguido alguna vez los placeres o dolores físicos (sensibilidad o afectividad psíquica) y los placeres o dolores morales (sensibilidad o afectividad moral). Pero este último grupo nos parece referirse más bien a las *emociones* (hechos complejos) de *alegría* y de *tristeza*; no son sino su forma más simple. Se pueden clasificar mejor los *placeres y dolores físicos*, únicos que nos parecen elementales según las funciones orgánicas a que se refieren: nutrición, respiración, circulación, movimiento, etc.

III. CONDICIONES PSICOLÓGICAS: LOS FACTORES REPRESENTATIVOS

Cuando se distinguen las afecciones elementales de placer o de dolor de los hechos representativos no se quiere decir que estén en la conciencia independientes de todo

hecho representativo. Todo estado de placer o de dolor oscilará, pues, alrededor de una representación que la determina y contribuye a darle su aspecto particular. Tal es el primer factor que revela la observación interna.

Se ha discutido el que este factor sea constante. T. Ribot (*Psicología de los sentimientos*, pág. 7) sostiene "que hay estados afectivos *puros*, es decir, vacíos de todo elemento intelectual, de todo contenido representativo, y que no están ligados ni a percepciones, ni a imágenes, ni a conceptos, sino que son simplemente subjetivos, agradables, desagradables o mixtos". Encontraríamos estados de este género en el sentimiento vital o cenestesia, "tonalidad fundamental que resulta del estado total del organismo, de la marcha normal o anormal de los movimientos vitales, particularmente de las funciones vegetativas", Höffding responde que la conciencia percibe por lo menos un cambio de estado, una sensación, por vaga que sea, un hecho representativo, en suma. En los protozoarios, que son organismos vivientes en el grado más inferior, hay siempre una elección entre posibilidades diversas del movimiento, elección que tendería a probar que pueden notar una diferencia entre las excitaciones, al mismo tiempo que las afecciones del placer o de dolor que estas excitaciones producen. Höffding deduce que el placer o el dolor presentan siempre *estados* intelectuales confusos.

La cuestión es difícil de resolver. Pero es *incontestable* que la vida afectiva se *desenvuelve mucho antes* que la vida representativa, aun admitiendo que aparezcan al mismo tiempo.

IV. CONDICIONES FISIOLÓGICAS: LOS FACTORES ORGÁNICOS Y MOTORES

La *observación externa* nos hace descubrir un segundo grupo de factores relativos a las afecciones de placer y de dolor, el más importante desde el punto de vista científico: sus condiciones fisiológicas.

1.º Estas son primero *modificaciones generales* dadas en el sistema nervioso. De estas condiciones no sabemos gran cosa. Se ha casi establecido que no hay nervios especiales para transmitir el placer y el dolor, que estos estados están ligados a toda modificación de los nervios sensoriales. Son transmitidos por estos nervios, al mismo tiempo que las sensaciones, a la medula espinal y al bulbo; este último sería el que jugaría, según los autores recientes, un papel capital en la producción del placer y del dolor, como en toda nuestra vida afectiva, por otra parte. El cerebro, o más bien la capa cortical de los hemisferios, parece jugar un papel muy restringido; él es el asiento de las funciones superiores.

2.º Estas modificaciones religiosas se acompañan de las *modificaciones orgánicas, que interesan más particularmente la vida vegetativa*, y que se oponen bastante claramente según que se trate de placer o de dolor. El dolor, en general, disminuye la frecuencia de las palpitaciones del corazón; "en los casos extremos la disminución puede ser tal que produce el síncope": el placer, por el contrario, activa la circulación, sobre todo en la cabeza (*experiencias de Lehmann*). El dolor disminuye notablemente el ácido carbónico exhalado en la respiración, que deviene irregular e inestable: hay, pues, también disminución de esta función. El placer, por el contrario, la acelera, y, por consiguiente, eleva la temperatura del cuerpo. Las mismas observaciones en relación con las funciones digestivas: se sabe que la decoloración de los cabellos puede ser el efecto repentino de un gran dolor; ahora bien, su causa fisiológica es una insuficiencia de nutrición. Por el contrario, "en la alegría todas las partes del cuerpo se benefician y se conservan más largo tiempo; el hombre contento, dispuesto, está bien nutrido y permanece joven". (*Lange*.)

Estas modificaciones parecen tener sus causas en fenómenos químicos que acompañan a la actividad celular, y que serían las razones últimas del placer y del dolor. El dolor altera la composición de la sangre, arrojando en

ella los productos de una digestión defectuosa, los verdaderos fermentos de una enfermedad próxima o lejana. (*Mantegazza.*) Ella se debería, en último término, a la producción de *toxinas*, locales o generalizadas en el organismo, a una autointoxicación transmitida por los centros, por los nervios vasomotores. (*Oppenheimer, T. Ribot.*)

3.º El tercer grupo de factores fisiológicos depende de los que acabamos de estudiar y consiste en *movimientos musculares*: las manifestaciones exteriores del placer y del dolor. Estas manifestaciones tienen sentido contrario, según que se trate del uno o del otro.

Estos tres grupos de factores orgánicos y motores se traducen en la actividad psicológica por fenómenos particulares que se manifiestan en ciertos casos por una observación interna atenta, aun cuando, en general, permanezcan inconscientes. Estas son *tendencias* sordas del ser, que se expresan en el grado más elevado por las *necesidades*, que es lo que se llamaba en la psicología del siglo XVIII (*Condillac*) con el término vago de *deseos*. Todo placer y todo dolor suponen, pues, estas tendencias primitivas, cuya expresión orgánica nos es dada en las modificaciones corporales que acabamos de estudiar.

V. NATURALEZA Y MISIÓN DEL PLACER Y DEL DOLOR

A. CAUSAS REALES DEL PLACER Y DEL DOLOR; SON LA EXPRESIÓN DE LA ACTIVIDAD DEL SER. — El proceso elemental que da nacimiento a los estados del placer y de dolor parece consistir claramente en el segundo orden de factores que acabamos de distinguir por el análisis, lo cual no quiere decir que tengan causas puramente fisiológicas, puesto que estos factores expresan también tendencias sordas de la conciencia.

Los factores representativos son una circunstancia puramente concomitante, pero no intervienen en la formación misma de estos estados. Es verdad que las apariencias son más bien contrarias: Yo tengo la representación de

una cosa perjudicial; sufro y tengo perturbaciones orgánicas (lágrimas): tal es el orden que parece revelar la observación; los fenómenos representativos parecen ser las causas, y los hechos orgánicos los efectos del estado afectivo.

Muchos psicólogos han adoptado este punto de vista superficial, y han hecho del placer y del dolor, sea sensaciones de un género especial (de las cuales, en verdad, jamás se han llegado a descubrir los órganos (*Strong, Nichols*), sea cualidades de sensaciones, consecuencia de su intensidad, de su naturaleza (*Beaunis, Rutger, Marshall, etc.*), o de su curso y de su relación (*Herbart, Wundt, Lehmann, etc.*).

Las experiencias tienden a mostrar que no hay allí sino una ilusión análoga a la que nos hace creer en la marcha del tren en que vamos, cuando es un tren vecino el que se mueve. El fenómeno representativo es tan poco esencial al estado afectivo, que todas las modificaciones que acabamos de describir se producen en el caso en que las funciones representativas son suprimidas (en los animales después de la ablación del encéfalo, por ejemplo) (*Mantegazza*). "Después de cortar los cordones posteriores de la medula espinal, las sensaciones táctiles de la parte inferior del cuerpo son suprimidas; pero el dolor subsiste." Inversamente, el estado afectivo puede ser suprimido sin que la sensación desaparezca: por el contrario, se hace más clara. La estupefacción, el frío, la embriaguez y el sueño hipnótico pueden producir estos efectos.— Los enfermos incompletamente adormecidos sienten muy bien el contacto de los instrumentos, pero no sienten ningún dolor. Por otra parte, el placer y el dolor son *siempre* posteriores a la sensación propiamente dicha. Es preciso dar el tiempo necesario para que se produzcan las manifestaciones motrices y orgánicas. Este retraso puede ser considerable en los casos patológicos.

Así, pues, las manifestaciones motoras no son los efectos de los estados de placer o de dolor, como se cree ordinariamente. Son las *condiciones necesarias y suficientes*,

las causas; y los hechos representativos, por el contrario, no son sino concomitantes accidentales: no intervienen sino para modificar la modalidad del placer y del dolor, pero no crean estos estados. *El placer y el dolor son, pues, condicionados por ciertas tendencias fisiopsicológicas; tendencias cuya expresión exterior consiste en los movimientos orgánicos que podemos observar.* Placer y dolor no son dados sino con estas tendencias; los encontramos en los casos más elementales y podemos seguirlos en las formas más complicadas. Para emplear los términos de la antigua psicología, el deseo no es posterior, sino anterior al placer y al dolor; si, por deseo entendemos la noción vaga de estas tendencias muy oscuras y aun inconscientes en los grados inferiores de la vida psicológica.

Por otra parte, el placer y el dolor pueden ser muy bien a su vez causas de movimientos; pero en sí mismos son la satisfacción o la no satisfacción de tendencias internas que se traducen psicológicamente, en sus formas más claras y más elevadas, por una necesidad, un deseo y psicológicamente, por movimientos orgánicos.

B. EL PLACER ESTÁ LIGADO CON EL AUMENTO Y EL DOLOR CON LA DISMINUCIÓN DE LA ENERGÍA VITAL. — La teoría que acabamos de desechar tendía a hacer creer que el placer y el dolor eran dos estados radicalmente distintos, puesto que cada uno de ellos estaba ligado a representaciones bien claras. Y aun se había ido muy lejos en este camino; se había intentado determinar nervios especiales para la transmisión de estos dos estados, y órganos especiales para los sentidos. (*Fre, Nichols, Strongs, etcétera.*)

La teoría que hemos adoptado nos da un punto de vista muy distinto de estos fenómenos. Puesto que son los concomitantes psicológicos de los diversos estados de nuestra actividad, ¿no se les debe considerar como dos casos extremos de un mismo orden de fenómenos, como *el opuesto el uno al otro?* La actividad que los condiciona produce uno u otro, sin cambiar de naturaleza y sí sólo de intensidad. El mismo fenómeno puede ser sentido como placer

o como dolor, según las circunstancias en que se ejerce y la manera de ejercerse. Un hecho de observación corriente muestra que el placer llevado al exceso o muy prolongado, se transforma en dolor. "Los placeres de la boca pueden conducir a la náusea; las cosquillas se convierten rápidamente en una tortura." Inversamente, un estado primitivamente penoso puede hacerse agradable: un sabor, un olor repugnante en un principio, puede hacerse agradable... El uso de los alcoholes, del tabaco y de los narcóticos de todas clases, ofrecería ejemplos abundantes. "La diferencia entre estos estados es, pues, de grado y no de naturaleza; no son sino dos momentos de un mismo proceso", dos fases diferentes en el ejercicio de la misma actividad, dos polos de un mismo estado psicofisiológico.

La experiencia nos permite ir más lejos y determinar esto que traduce la afección penosa o agradable que siente la conciencia, en aquel proceso activo y motor. Hemos visto, en efecto, que la actividad general del organismo aumentaba en el placer y disminuía en el dolor, y que, cuando el dolor se expresaba de un modo violento, era consecutiva una depresión tanto más fuerte. El placer no es, pues, más que la *expresión consciente de un aumento de energía vital*; el dolor, la *expresión consciente de su debilitamiento*.

Las investigaciones de *Féré* sobre las sensaciones olfativas han mostrado que el agrado o desagrado que las acompaña se traduce en un aumento o una disminución de presión en el dinamómetro. "En un sujeto cuya fuerza dinamométrica es normalmente 50-55, un olor desagradable la rebaja a 45; un olor agradable la eleva a 65. En otro (histérico), el perfume del almizcle, al principio muy agradable, da en el dinamómetro 46 en vez de 25 (que es su presión normal); al cabo de tres minutos se hace desagradable: la presión da 19... Así entendida, la transformación del placer en dolor y del dolor en placer no es más que la traducción en el orden de la psicología afectiva del ritmo fundamental de la vida. Esta se reduce al hecho último de la nutrición, constituido por los procesos

recíprocamente dependientes, y de los cuales el uno implica el otro: asimilación, desasimilación, integración, desintegración." (Ribot, 58.) El placer está ligado a un exceso de la nutrición sobre la desasimilación; el dolor, a un exceso inverso; cuando las ganancias sobrepujan las pérdidas, el estado es agradable; es penoso en el caso contrario.

Ahora bien, la experiencia nos demuestra que el primer caso se presenta orgánicamente cuando nuestras diversas tendencias se satisfacen sin exceso ni defecto; el segundo, cuando no son satisfechas o se satisfacen con exageración: "La oposición del placer y del dolor es, pues, una expresión de la oposición entre el progreso y el retroceso del proceso vital mismo; el placer es la continuación del funcionamiento normal de los diferentes órganos. Por el contrario, si las exigencias sobrepujan lo que un órgano puede dar, o si, por otra parte, el órgano no consigue gastar bastante de su energía, se experimentará disgusto o dolor." (Höfding, 363.)

De un modo general, la actividad media y normal será acompañada de placer; la actividad demasiado débil, demasiado fuerte, anormal, de dolor...

Se interpretan vulgarmente en este sentido, aun cuando tengan otro muy distinto, las antiguas definiciones de los filósofos: El placer se agrega al acto (es decir, a la perfección), como a la juventud su flor (Aristóteles). — Toda nuestra felicidad está en el sentimiento de alguna perfección (Descartes). — La alegría es el paso de una perfección menor a otra mayor (Espinosa). La teoría precedente no ha sido expresada verdaderamente sino por los psicólogos modernos. (Hamilton, Bain, Mill, Spencer, Wund.)

C. ESTÁN LIGADOS A LOS ACONTECIMIENTOS ÚTILES Y PERJUDICIALES PARA EL SER. — La actividad normal y media aumenta nuestra energía vital y favorece el desenvolvimiento de nuestro ser o de uno de nuestros órganos; por consecuencia, todos los actos que la expresan son útiles; por el contrario, los que son el resultado de una actividad anormal, son necesariamente perjudiciales, pues-

to que todos tienden a disminuir nuestra energía. Resulta de aquí que el placer está asociado a los actos útiles, y el dolor a los actos perjudiciales.

La experiencia confirma esta deducción: los choques, las heridas que destruyen el organismo, la fatiga y los excesos, que van siempre acompañados de una desintegración orgánica, son dolorosos. "El placer que se encuentra en los sabores azucarados se explica por el hecho de que la mayor parte de los elementos vegetales de los alimentos del hombre contienen azúcar."

Excepciones aparentes.— Hay en esta ley general excepciones más aparentes que reales: se pueden observar actos útiles y dolorosos (operaciones quirúrgicas, esfuerzos penosos ejecutados para fines eminentemente útiles) y perjudiciales y agradables (ciertos venenos, el alcohol, el tabaco, el reposo excesivo). Y es que el placer y el dolor no expresan más que el *influjo parcial y momentáneo* de nuestro acto; una operación quirúrgica es una destrucción del tejido en el momento en que se realiza: por eso es un sufrimiento momentáneo. Los efectos dichos serán muy posteriores e irán acompañados de un alivio cierto. Lo mismo el veneno puede constituir para el organismo general una excitación normal del órgano particular del gusto, y ser favorable al desenvolvimiento de este órgano. Solamente será perjudicial en relación con otro órgano, y en ese momento será doloroso. El placer y el dolor no son profetas, *no expresan más que los efectos inmediatos.*

La naturaleza profunda del placer y del dolor es vivamente aclarada por la teoría de la evolución. Un ser no ha podido sobrevivir sino en el caso en que los estados agradables se asocien en él a los actos útiles, es decir, a todo lo que desenvuelve su vida y aumenta su energía. Porque un ser "organizado de tal modo que experimentase placer con todo lo que le perjudicara y dolor con todo lo que le fuese útil, no podría vivir". Todos los seres que han sobrevivido debieron, pues, realizar esta armonía, esta adaptación del placer a la actividad útil y del

dolor a la actividad perjudicial. Pero esta adaptación no es nunca perfecta, puesto que se realiza poco a poco, en el curso del desenvolvimiento de los seres y de las nuevas condiciones que resultan de este desenvolvimiento. El dolor, *en general*, nos aparta del peligro; el placer indica *en general* el fin que es preciso alcanzar; pero éstos son guías muy *relativos* e imperfectos; sólo los progresos del conocimiento pueden hacerlos más regulares y útiles: vivir es procurar realizar con la mayor certidumbre las condiciones de la dicha y la alegría.

D. MISIÓN DEL PLACER Y DEL DOLOR: EL OPTIMISMO Y EL PESIMISMO DESDE EL PUNTO DE VISTA PSICOLÓGICO Y MORAL. — Se puede deducir de la naturaleza psicológica de los elementos afectivos, placeres y dolores, el papel que deben desempeñar en nuestra conducta individual: se convierten en un guía que indica el acto que ha de hacerse o evitarse: "El hombre es un aprendiz: el dolor es un maestro." Esto sería fácil de comprobar desde el punto de vista físico como desde el punto de vista intelectual, moral y social. No se comprenden los estados afectivos en tanto que se les aisle completamente de la voluntad. Del mismo modo hemos visto que no pueden separarse de las tendencias motoras de nuestra actividad. "El placer conduce a un esfuerzo para mantenerse y para apropiarse lo que le excita, y toda acción, proporcionada a la fuerza del individuo, está asociada a un placer: el dolor nos lleva a sustraernos a sus causas y a protegernos contra ellas." (*Höffding*, pág. 345.) Pero no son más que guías *momentáneos* y *parciales*, que expresan resultados cuyas causas han actuado ya. De aquí viene que nos informen imperfectamente y siempre demasiado tarde. Además, "la observación ha revelado que el placer o el dolor no corresponden a la grandeza absoluta del bien o del mal exterior de que participa el individuo". Por esto los desórdenes muy perjudiciales, pero que atacan lentamente al organismo (enfermedades graves de marcha lenta) sólo causan escaso dolor, mientras que las organizaciones repentinas parciales se sienten, por el contrario, viva-

mente, porque el ritmo es mucho más desigual. En una palabra, el placer y el dolor son siempre relativos, y, por consiguiente, no deben jugar más que un papel relativo en la dirección general del ser. "No es posible confiarse a la afección del momento, sino que se debe buscar una regla más elevada."

Cualquiera que sea la relatividad de este guía, no deja de ser el placer el signo de un progreso; el dolor, el de un retroceso; ni deja de estar necesariamente orientada la vida como debe serlo en el sentido *de la duración y de la victoria final del placer*. El estado normal de la vida física es y debe ser el estado de placer, como el estado normal de la vida moral es y debe ser el de la alegría. El dolor, digan lo que quieran los pesimistas, es una anomalía y el signo de una decadencia. Vivir es tratar de evitarlo, en efecto. El dolor no es ni debe seguir siendo el aguijón que nos invita a volver a las condiciones normales de la existencia.

Así el pesimismo, que no es, con frecuencia, sino el desdén superficial del diletante, no puede apoyarse, de un modo serio, sobre la existencia del dolor para deducir de ella la inutilidad de los esfuerzos de nuestra vida. El dolor tiene un "poder oculto de formación": es un remedio y una advertencia. Es la condición y el agente directo de una victoria completa, de una felicidad final. Es un estado transitorio y final, mientras que el placer normal y la alegría sincera son estados durables.

La tesis famosa de *Schopenhauer* y de *Hermann* parece, pues, falsa en su mismo principio. Estos dos filósofos pretenden que toda conciencia y toda vida tienen por fondo "una voluntad o impulsión ciega, pero irresistible, que se aferra a la vida e impulsa a los seres conscientes a conservar y a propagar su existencia". Ahora bien, toda voluntad es una necesidad, y toda necesidad, un dolor en tanto que no se satisface. De aquí resultará que la vida en su esencia es una necesidad, o más bien un conjunto de necesidades y de dolores; el placer será negativo y completamente ilusorio; procederá de apariencias, de satis-

facción dadas a estas necesidades, satisfacciones que jamás son reales porque la conciencia y la vida no existen sino en el caso en que subsistan estas necesidades, y éstas no subsisten sino dejando de ser satisfechas.

Vemos, por el contrario, que la vida normal se acompaña de placer: "Por todas partes, siempre el dolor aparece ligado a todo lo que perjudica la vida o amenaza la existencia... El ejercicio normal de las funciones orgánicas va ligado a un estado fundamental de felicidad, a un sentimiento de facilidad y de libertad, al cual, sin duda, no aplicamos nuestra atención sino rara vez, y no notamos de ordinario sino cuando reemplaza a un estado de malestar." (*Höfding*, pág. 378.) El dolor no existe, por el contrario, sino relativamente al placer normal que nos impulsa constantemente a buscar, persiguiendo el progreso de nuestro ser.

NOTA SOBRE LA TERMINOLOGÍA

Los estados de placer o de dolor son designados por términos muy diferentes: sensaciones de placer y de dolor, etc. Convendría reservar la palabra sensación para designar los estados puramente representativos, los datos de los sentidos, de los cuales el placer y el dolor son, como hemos visto, muy diferentes; no parece que haya órganos sensoriales y nervios especiales reservados al placer y al dolor, y estos fenómenos se nos aparecen con una naturaleza psicológica y fisiológica distintas de las sensaciones. Se les ha aplicado este término porque se ha llamado *sensibilidad*, muy impropriamente, en el lenguaje vulgar y médico, a la facultad de sentir el placer o el dolor, y en el lenguaje fisiológico, a la afectividad misma.

En cuanto a la palabra sentimiento, queda reservada aquí a los estados afectivos complejos que no son emociones ni pasiones, y que constituyen el fondo de la vida afectiva ordinaria en el hombre normal, es decir, en una

conciencia bastante evolucionada, en la conciencia reflexiva.

Vale más, por tanto, reservar al placer y al dolor puros y simples, sea estas mismas denominaciones, placer y dolor, sea estas otras, afecciones, estados o hechos elementales de placer y de dolor.

CAPÍTULO XX

LA ACTIVIDAD AFECTIVA ESPONTANEA. LAS EMOCIONES Y LAS PASIONES

I. *Determinación de los hechos.*

II. *Clasificación.*—A. Las emociones propiamente dichas: a), b), c), d) Diversos sistemas de clasificación. e) Clasificación propuesta: 1.º-2.º Alegría y tristeza. 3.º-4.º Aversión: temor y cólera. 5.º-6.º Amor: simpatía y egoísmo. 7.º-8.º Ansiedad y confianza. 9.º Emoción sexual. 10. Emociones complejas.—B. Las pasiones propiamente dichas.

III. *Condiciones psicológicas.*—Los factores representativos: 1.º Asociaciones inconscientes. 2.º Generalización de la emoción. 3.º Asociaciones por semejanza. 4.º Por contigüidad. 5.º Fusión afectiva.

IV. *Condiciones fisiológicas.*—A. En los centros.—B. En los órganos de la vida vegetativa.—C. En las funciones motoras; expresión de las emociones: a) Ley de difusión de la descarga nerviosa. b) De los hábitos útiles. c) De la asociación de las sensaciones análogos. d) Principios derivados.

V. *Naturaleza de la emoción y de las pasiones.*—A. Hipótesis generales: 1.º Teoría fisiológica. 2.º Teoría intelectualista. 3.º Teoría mixta.—B. De las emociones a las pasiones. Papel de las pasiones.

I. DETERMINACIÓN DE LOS HECHOS

Deben existir en los organismos inferiores y muy al comienzo de la vida de los organismos superiores afectaciones simples y elementales de placer y de dolor; corresponden a un período en el que la actividad se reduce por

completo a *necesidades fisiológicas*, es decir, a *tendencias casi inconscientes*. Pero el análisis de la vida psicológica nos hace comprobar, en general, estados más complejos que derivan de los primeros, puesto que presentan siempre una tonalidad penosa, agradable o mixta. Los más simples entre ellos son las *emociones*, expresiones espontáneas y casi primitivas de la vida afectiva humana, aun cuando nos introduzcan ya en una región bastante elevada de la vida afectiva general.

“La emoción es, en el orden afectivo, el equivalente de la percepción en el orden intelectual, un estado complejo, sintético”; placeres y dolores juegan el mismo papel que las sensaciones simples en nuestras percepciones. Es, como todo estado espontáneo, “un fenómeno de aparición brusca y duración limitada”. Se le ha definido como un tejido psicofisiológico, constituido por una agrupación de elementos simples, que difiere según cada emoción, pero que comprende siempre: “un estado de conciencia particular, modificaciones particulares de las funciones de la vida orgánica, movimientos o tendencias de movimiento, de detención, o tendencias de detención de movimientos particulares”. Mientras que los placeres y los dolores son localizados con la mayor frecuencia en una parte del organismo, “toda emoción, aun siendo poco intensa, se nos ofrece como invadiendo al individuo entero, y expresando, bajo su forma completa, lo que ha llamado Bain “ley de difusión”. Las emociones son manifestaciones *organizadas* de la vida afectiva”. (T. Ribot, *Psicología de los sentimientos*, 293.)

Como la terminología está mal establecida, estos estados son designados con frecuencia bajo el nombre de sentimientos o de pasiones. Pero la palabra sentimiento parece ser ya empleada con preferencia para designar estados más durables, más reflexivos, menos repentinos y menos ciegos que las emociones. En cuanto a la palabra pasión, designó primero los estados afectivos en general. Su sentido más ordinario está restringido hoy a ciertas formas crónicas, casi morbosas, que toma la emoción.

Todavía, sin embargo, se designa con frecuencia la teoría general de las emociones el nombre de *teoría de las pasiones*.

II. CLASIFICACIÓN

A. LAS EMOCIONES PROPIAMENTE DICHAS. — Las emociones son estados muy complejos y muy variados, puesto que dependen a la vez de la constitución orgánica, y, por consiguiente, de la raza, del temperamento, de la edad y de los estados intelectuales, que se transforman con la época y la civilización; por eso es imposible clasificarlas de una manera satisfactoria. No es que la empresa no haya sido intentada frecuentemente con nombres diversos (clasificación de las emociones, de los sentimientos, de las pasiones), pero los resultados son siempre más o menos artificiales.

a) Se ha ensayado, en un principio, deducir todas ellas de algunas formas simples: *Descartes*, de la admiración (derivaba de ella seis pasiones principales); *Bosquet*, del amor (doce pasiones principales); *Spinosa*, de tres afecciones fundamentales: deseo, alegría, tristeza. Pero estas deducciones eran arbitrarias e imaginativas. Hubiera sido necesario fundarlas sobre el análisis de los factores y no sobre el razonamiento.

b) Como los hechos representativos, unidos a las emociones, son bastante claros, algunos los han tomado por base: *Spencer* distingue: 1.º, sentimientos presentativos (asociados a una percepción inmediata); 2.º, representativos (ligados a imágenes); 3.º, presentativos representativos (despertados por imágenes, evocados con el auxilio de una percepción actual); 4.º, re-representativos (traídos por imágenes gracias a otras imágenes). *Herbart* y la escuela alemana (*Waitz, Nahlowsky, Wundt, Lehmann*) dividen las emociones en emociones que dependen del *contenido* de las representaciones: 1.º, sensibles; 2.º, intelectuales, y 3.º, en emociones que dependen del *encadenamiento* de las representaciones, de su curso en la vida

consciente. Pero estas clasificaciones son todas ellas artificiales, puesto que olvidan las causas verdaderas de los hechos afectivos, los estados orgánicos.

c) Las clasificaciones puramente descriptivas, como las de *Bain*, son incoherentes, porque no obedecen a ningún principio cierto.

d) Lo mismo puede decirse de las que se fundan sobre las modalidades del placer y del dolor, tan variadas ya por sí mismas que son imposibles de clasificar.

e) Sería preciso establecer una *clasificación genética* de las emociones principales. Debería ir precedida necesariamente de un análisis riguroso y de un estudio completo de cada emoción: es decir, de una obra cuyos principales materiales nos faltan.

A título de aproximación imperfecta y provisional, he aquí lo que puede proponerse, teniendo en cuenta el mayor número posible de datos. (Dumas, *Alegría y tristeza*, cap. I.)

1.º-2.º *Alegría y tristeza*. — Desde muy pronto, los placeres y los dolores físicos, *asociándose simplemente* a la representación de su causa y reaccionando sobre todo el organismo de una manera difusa, dan nacimiento a dos emociones primitivas: la alegría y la tristeza.

Se les llama también placer o dolor moral; pero esta expresión es poco clara, porque "se puede afirmar que esta tristeza y esta alegría no contienen el dolor y el placer sino a título *elemental*, lo mismo que la cólera o el temor... La alegría y la tristeza, propiamente dichas, son emociones especiales y particulares". (Idem.) Si se encuentran entre ellas y las afecciones elementales de placer y de dolor todas las transiciones posibles, es que hay evolución continua de un estado a otro, derivación de la emoción en relación con el placer y el dolor físicos. Los caracteres de la alegría y de la tristeza son, pues, los del placer y el dolor, generalizados y asociados a estados intelectuales complejos.

3.º-4.º *Aversión: miedo y cólera*. — Los estados desagradables son mucho más netos y fijan más rápidamente

te la emoción que los estados agradables, porque son el indicio de un peligro al que hay que substraerse inmediatamente. Entones, en lugar de mantener simplemente en el campo de la atención la representación desagradable, como en la tristeza, el ser se asocia a la idea de que es preciso alejar la causa o alejarse él mismo. De aquí formas emotivas nuevas caracterizadas por una *aversión* por esta causa, y que toman dos formas bien claras, el *miedo* y la *cólera*. En el miedo, el individuo queda concentrado en sí mismo; la emoción es puramente defensiva. La cólera resulta de una expansión del individuo "fuera de sí"; es ofensiva y procura la destrucción del objeto.

La expresión fisiológica del miedo indica un rebajamiento del tono vital, como en toda emoción dolorosa, pero más claro que en ninguna otra, con movimientos de aversión (huída, actos defensivos) muy marcados. La expresión de la cólera es antitética (movimientos de ataque, sobreexcitación general). Pero permanece en la categoría de las emociones con predominio de estados dolorosos, porque es precedida, en general, y siempre seguida de una depresión marcada.

5.º-6.º *Amor; emociones: simpática y egoísta.*— Por una metamorfosis análoga, la emoción de alegría se convierte en simpatía y amor de sí (o amor propio y emoción egoísta). La representación agradable quiere ser mantenida por el individuo, al mismo tiempo que su causa: si esta causa no está en nosotros, tendremos, por una expansión fuera de nosotros, la *simpatía*; si la causa es referida a nosotros mismos, tendremos la *emoción egoísta*.

Las expresiones fisiológicas son auténticas aun permaneciendo en el orden de las emociones agradables. La simpatía se produce por los movimientos de atracción y de contacto, por la *atracción*. La emoción egoísta se acompaña de un conjunto de movimientos que convergen todos sobre el individuo mismo como para agrandarlo (bufido de orgullo) y elevarlo (enderazamiento del cuerpo).

7.º-8.º *Angustia, confianza.*— Los estados penosos o agradables pueden, en fin, unirse a un estado imaginario

más o menos vago y a la representación de los efectos posibles de este estado, y entonces tenemos la emoción de *angustia* y de *inquietud*, y la emoción de *confianza* o de *esperanza*; la primera, esencialmente deprimente, con embarazo y abatimiento de todas las funciones vitales y, en particular, de la respiración; la segunda, por el contrario, acompañada del juego normal de las funciones y de una gran facilidad de respiración.

9.º *Emoción sexual*. — La emoción sexual se caracteriza por una obsesión de imágenes desde el punto de vista representativo, y de movimientos orgánicos que se aproximan a los de la alegría y la simpatía, y cuyo influjo es claramente preponderante.

Estas emociones simples aparecen en general en el hombre, sobre poco más o menos, en el orden que hemos establecido: alegría y pena bajo sus formas vagas desde que el ser sale de la vida puramente orgánica; la transición con placer y el dolor físico es muy difícil de marcar. Después vienen el temor y la cólera entre dos y cuatro meses, la simpatía (diez meses), la emoción egoísta (tres años por lo menos) y la confianza. — La angustia, como todo lo que se relaciona con el dolor, aparece mucho antes. La emoción sexual es la última respecto a la fecha.

10. *Emociones complejas*. — Estas emociones simples producen, por sus desarrollos y sus combinaciones, una inmensa variedad de emociones compuestas, que forman la transición con lo que hemos convenido en llamar los sentimientos. Estudiar esta transformación será hacer psicología del sentimiento, de los estados afectivos ponderados, durables y reflexivos.

B. LAS PASIONES PROPIAMENTE DICHAS. — Pero a veces, aun complicándose, ampliándose e invadiendo la vida psicológica, el hecho afectivo guarda todos los caracteres de la emoción por lo repentino de sus paroxismos, que constituyen verdadera crisis, y por la violencia de su expresión. Tenemos entonces lo que se llama ahora con el nombre particular de *pasiones*.

“Si buscamos cuál sea la marca propia de la pasión y su característica en el conjunto de la vida afectiva, es preciso, para responder a esta pregunta, distinguirla de la emoción por una parte y de la locura por otra, porque está situada entre las dos, a mitad de camino. Es bastante difícil indicar con claridad y exactitud la diferencia entre la emoción y la pasión. ¿Es de origen natural esta diferencia? No, puesto que la emoción es la fuente de la que mana esta pasión”. La diferencia es, pues, una simbiosis es un estado que dura: la emoción es la forma aguda; la pasión la *forma crónica*. Violencias y duración, tales son los caracteres que se les asigna ordinariamente. El estado afectivo normal, esto es, la sucesión de placeres, pena..., etc., es el que, en su forma moderada y frecuentemente amortiguada por la repetición, constituye el curso prosaico de la vida. En un momento dado, ciertas circunstancias suscitan un choque: esta es la emoción... Que, en lugar de desaparecer, la emoción permanece fija o que se repite incesantemente, siempre la misma, con ligeras modificaciones, que exige el paso del estado agudo al estado crónico, y tendremos *la pasión, que es la emoción en permanencia*. A pesar de eclipses aparentes, está siempre allí, dispuesta a aparecer, absoluta, tiránica.” (*Th. Ribot, 20.*)

Ella penetra más profundamente nuestra organización psicológica, pero *de la misma manera* que la emoción. Presenta las mismas condiciones y la misma naturaleza, con la duración y la fijeza de añadidura.

Es preciso, en todo caso, notar que la pasión aparece cuando su formación no es repentina, a consecuencia de una exageración y de una deformación lenta del sentimiento. Ahora bien, sabemos que los hechos psicológicos, cuando se desorganizan, vuelven a las formas anteriores (ley de regresión). Siendo el sentimiento el resultado de la evolución de las emociones complejas, se puede ver en la pasión un retroceso del sentimiento hacia la forma emotiva. Es una forma anormal, mórbida, patológica, de la vida afectiva; “una inclinación pervertida”, como se

decía en otro tiempo; aquí es donde la pasión coincide con la locura, sobre todo con la manía: es *ciega, tirana, obsesionante*; esto explica que la pasión termine con frecuencia en la locura.

III. CONDICIONES PSICOLÓGICAS

Puesto que las emociones y las pasiones derivan de las afecciones de placer y de dolor, debemos encontrar dos grupos de factores: el primero, que comprende estados representativos, relevados por la conciencia (*condiciones subjetivas*); el segundo estados orgánicos dados por la observación externa (*condiciones objetivas*). Estudiemos primero las condiciones subjetivas. Una afección cualquiera de placer y de dolor saca ya un sello propio de las sensaciones a que va asociada. Pero las sensaciones se agrupan por sí mismas en percepciones que nos representan objetos exteriores, o nosotros mismos. Las afecciones de placer y de dolor se asociarán, pues, naturalmente, a estas percepciones, que desempeñan o parecen desempeñar un papel en su producción, y a las cosas que nos representan, es decir, a las cosas que consideramos sus *causas*: "Antes de esta asociación, la vida afectiva no tiene ni dirección ni objeto." (*Höfding*, 309.) No tiene en sí organización *a propósito de tal cosa o para tal cosa*. Pero desde el momento en que se introduce esta asociación, los estados afectivos, hasta entonces difusos, se funden alrededor de esta representación central, toman una dirección determinada y entonces es cuando hay emoción. La vida afectiva se desenvolverá, pues, al mismo tiempo que la vida representativa, y los factores tomados a esta última contribuirán a diferenciar las emociones y a organizarlas.

Es natural que la asociación de las representaciones sea el medio por el cual las afecciones elementales se mezclen entre sí; porque, ya lo hemos visto: siendo el estado afectivo poco preciso por sí mismo e interesándonos menos directamente que la representación de lo que de-

termina su reviviscencia y, por consiguiente, su aptitud a asociarse con otros, son menores; su movimiento es más lento. También "es por la relación de los pensamientos con pensamientos nuevos por lo que los estados afectivos se transforman en estados afectivos nuevos". (*Hoffding*, 320.)

La asociación de las representaciones opera estas fusiones y estas transformaciones de la siguiente manera:

1.º Desde el primer momento hay encadenamientos de representaciones que se funden inconscientemente y con gran rapidez, despertando, como consecuencia, todo un grupo de elementos afectivos oscuros, que se fusionan en una resultante afectiva general. Se pueden explicar de esta manera las emociones que se manifiestan en ciertos animales frente a circunstancias de las que no han podido ser nunca testigos; el caballo que se encabrita al pasar por una casa de fieras, el perro aterrorizado ante una piel de lobo, etc. He aquí el influjo de un *inconsciente hereditario* que se asocia a la representación presente y suscita los elementos afectivos que estuvieron ligados con él en otro tiempo en sus antepasados. Este inconsciente puede tener también su origen en nosotros mismos, en estados dados muy anteriormente: ciertos gustos y repugnancias irracionales e inexplicables vienen de ahí.

2.º Dado un estado intelectual asociado con un estado afectivo determinado, tiende a asociarse con todo un *conjunto de representaciones posteriores*. "El estado afectivo se extiende entonces sobre una parte más considerable del contenido de la conciencia." El sentimiento de placer que nos hace experimentar una representación puede extenderse también sobre un conjunto de representaciones ligadas a ésta y producir una viva *emoción de alegría*. El estado afectivo se ha ampliado y generalizado. Esto es lo que ocurre cuando, al provocar un acontecimiento, un placer, se extiende éste y se aumenta en la conciencia, agregándose a una multitud de estados que nos hubieran dejado indiferentes en otras ocasiones : hay "horas de alegría y de tristeza".

3.º Las asociaciones *por semejanza* despertadas por un estado representativo dado pueden desempeñar el mismo papel. "Una madre puede sentir una brusca simpatía por un joven que se asemeja a su hijo muerto o que tiene simplemente la misma edad." La compasión, la piedad y muchas emociones altruistas tienen un origen análogo.

4.º "Más considerable es el cambio sufrido por el sentimiento primitivo cuando el elemento intelectual nuevo está ligado, no por la semejanza, sino por la *contigüidad*." (*Höfding*, 319.) "Los celos y el odio desahogan su rabia sobre los objetos inanimados que pertenecen al enemigo." (*T. Ribot*, 176.) El sentimiento se especializa y se diferencia así. La admiración por una cualidad cualquiera se transforma en orgullo si esta cualidad se asocia a la idea que yo me formo de mí mismo.

5.º Una representación acompañada de un estado afectivo puede, en fin, asociarse a otra que lleva consigo un estado afectivo particular. Se produce a la vez una fusión de los estados representativos y una *mezcla* de estados afectivos que engendran una emoción particular: la melancolía, estado penoso y, al mismo tiempo, agradable en su género.

Tales son los mecanismos asociativos de la vida intelectual que sirven para organizar en la emoción los elementos afectivos.

IV. CONDICIONES FISIOLÓGICAS

A. EN LOS CENTROS. — Pasemos ahora a los datos de la *observación externa*. Las emociones más simples pueden existir aun faltando los centros superiores del encéfalo: "Una rata privada del cerebro y de tubérculos ópticos se estremece de espanto cuando se imita el maullido del gato, lo mismo que lo haría en estado normal." (*Höfding*, 358.) *Vulpiano* refiere estos sentimientos elementales al puente de *Varolio* (*protuberancia anular*). Pero la mayor parte de las emociones, haciendo intervenir aso-

ciaciones bastante complejas, tienen una relación estrecha con el encéfalo, aun cuando quizás no tengan allí su causa original. Están ligadas, en efecto, a manifestaciones vasomotoras que dependen de los centros del bulbo; y el estado cerebral resulta más bien de la repercusión que estas manifestaciones tienen en la circulación encefálica. Por otra parte, la investigación de los hechos emotivos parece quimérica: "aparte de que ni la observación ni la experiencia indican nada parecido, bastaría considerar la complejidad de una emoción cualquiera para comprender que exige la actividad de muchos centros cerebrales". (*T. Ribot*, 116) y la acción sinérgica de muchos centros infracerebrales agrupados diferentemente, según los casos.

B. EN LOS ÓRGANOS DE LA VIDA VEGETATIVA. — *Mosso* y *Carlos Lange* han emitido la hipótesis, muy plausible, de que todos los efectos fisiológicos de la emoción se reducen a perturbaciones circulatorias resultantes de la acción de los nervios vasomotores. Los nervios vasomotores, modificando la circulación en todo el organismo y, por consiguiente, la nutrición y las diferentes funciones de la vida vegetativa, hacen que los órganos internos sean el asiento de modificaciones características.

El papel de las vísceras en la emoción ha sido notado en todo tiempo, en particular el del corazón, que es el centro del sistema circulatorio y de la vida orgánica. Pero como estas modificaciones vasculares tienen una causa, la experimentación parece permitir que se las atribuya a *acciones químicas* que tienen lugar en los tejidos y los líquidos del organismo (efecto de la ingestión de sustancias excitantes, tónicas, deprimentes y tóxicas sobre el estado emotivo). La cualidad de la sangre, su composición y las sustancias elaboradas en las glándulas son la marca de ciertos estados emotivos. Es muy posible que esté ahí la condición última de la génesis de las emociones.

C. EN LAS FUNCIONES MOTORAS, EXPRESIÓN DE LAS EMOCIONES. — En fin, este estado orgánico general se

acompaña de actitudes corporales, de acciones musculares, de *gestos*: movimientos de los ojos, de la boca, de la cara, de los miembros inferiores y superiores, del tronco, modificaciones de la voz, que constituyen la *expresión exterior de la emoción* y están en relación muy clara con las circunstancias que los han ocasionado.

Duchesne de Boulogne había notado ya que la contracción de ciertos músculos era característica de una emoción dada. Pero *Darwin* fué el primero que mostró de un modo preciso esta relación estrecha, y procuró explicarla con el auxilio de tres principios. Su teoría es criticable: ha sido mejorada por *Mantegazza* y, sobre todo, por *Wundt*; he aquí los resultados a que puede llegarse:

a) El principio fundamental ha sido puesto por *Spencer* bajo el nombre de *ley de la descarga nerviosa difusa*, utilizado por *Darwin*, quien no le dió la generalidad y la primordialidad que merece, puesto que lo colocó en el mismo rango que los demás, y puesto, en fin, en claro por *Wundt*: se trata del principio de la acción directa del sistema nervioso. Toda emoción es una descarga brusca de energía nerviosa en el organismo entero. Esta descarga depende de la *intensidad* de la emoción y le sirve de medida. "Sigue en su propagación una marcha invariable: afecta a los músculos en razón inversa de su masa y del peso de las partes en que se inserta. En el hombre actúa, en primer lugar, sobre los músculos delicados de la voz y los músculos delgados del rostro; después invade sucesivamente los brazos, las piernas y el tronco del cuerpo. Los movimientos de la cola en el perro y el gato, de la oreja, en el caballo, y muchos otros análogos en los animales, son demostraciones de esta ley." (*Th. Ribot*, 126 y siguientes.) Esta ley explica, sobre todo, los movimientos substraídos al dominio de la voluntad y que parecen incoherentes y sin objeto.

b) Pero, al lado de estos movimientos, que se encuentran en toda emoción, los hay que dependen de la *cualidad* o de la naturaleza de la emoción, y que concurren a producir actos determinados. *Darwin* y *Spencer* los ex-

plican por el *principio de la asociación de los hábitos útiles*, que parece también indiscutible. "Consiste en admitir que los movimientos útiles, para satisfacer un deseo o alejar una sensación penosa, se hacen habituales", y se ligan de un modo indisoluble a la emoción que les arrastra (movimientos de contacto en la ternura, de agresión en la cólera, de huida en el miedo, de enderezamiento y ensanchamiento en el orgullo). Estos movimientos pueden continuar produciéndose aun cuando hayan perdido su utilidad porque se han convertido, en cierto modo, en instintivos (exhibición de los dientes en la cólera, en el hombre). Se puede reprochar a *Darwin* el haber exagerado en ciertos casos la importancia y la extensión de este principio, que no tiene más que un alcance parcial.

c) Hay, en efecto, un gran número de movimientos curiosos inexplicables por este principio, o que se explican de un modo mucho más satisfactorio por una tercera ley debida a *Wundt* y de un gran alcance psicológico; el principio de la *asociación de las sensaciones análogas*. Hemos visto que las emociones evolucionan gracias a la asociación de las ideas, por una especie de transferencia del estado afectivo a otras representaciones: la emoción, producida al principio por un acontecimiento inmediato, puede ser suscitada después por un recuerdo y por las ideas que con él se asocian. Ahora bien, los actos musculares que las expresan la siguen en cierto modo en sus transformaciones; y así es como las ideas abstractas o morales llegan a traducirse por gestos que se refieren al antiguo estado físico, causa primitiva de la emoción: "Es un lenguaje desviado de su acepción primitiva, que, en el orden de los gestos, es equivalente de una *metáfora*... Si el hombre perplejo se rasca la cabeza, tose y se restrega los ojos, es porque un ligero malestar de origen físico y un ligero embarazo de origen psíquico tienen una analogía forzosa, que se traduce por los mismos movimientos expresivos."

La relación de la nueva emoción con su expresión es "la que, en toda lengua desenvuelta, existe entre el sentido

primitivo y el sentido derivado de las palabras... El mecanismo expresivo preestablecido sirvió para un nuevo fin, como una palabra vieja cuya significación se extiende y se modifica". (*Idem.*)

d) Los otros principios (tercer principio de *Darwin*, llamado de la *antítesis*, que haría acompañar ciertas emociones de gestos contrarios a los que sirven para expresar la emoción opuesta; tercer principio de *Wundt*, que consiste en que los movimientos musculares pueden ser referidos a objetos imaginarios y no reales: el apretar los puños en la indignación) tienen un alcance muy discutible y se reducen fácilmente a los precedentes. Podemos, pues, atenernos a estos últimos.

Lo que hay que retener de este estudio es que "la expresión de las emociones no es un hecho adventicio, puramente exterior, extrapsicológico...; es la misma emoción objetivada; es su cuerpo, del cual es inseparable". (*Idem.*)

V. NATURALEZA DE LA EMOCIÓN Y DE LA PASIÓN

Es bien fácil comprender ahora lo que es una emoción (o una pasión, porque su naturaleza es idéntica); es un complejo de estados penosos o agradables *asociados* a las representaciones de ciertos acontecimientos externos. En esta resultante, pues, como en los elementos de placer y de dolor que la componen, lo que es importante, primordial, no es el grupo de los factores representativos, puesto que no está más que asociado: es el grupo de los factores activos que se ofrecen a la observación externa por las condiciones fisiológicas que acabamos de describir: la emoción no es más que el contragolpe en la conciencia de todo este trabajo orgánico y muscular, la *reacción necesaria* de nuestro organismo frente a circunstancias (acontecimientos exteriores o internos) que influyen en ella.

Esta es la teoría sostenida por *James*, *Lange*, *Ribot* y *Dumas*, y la cual, a pesar de su aire paradójico, parece

absolutamente exacta en su principio. "La opinión general, dice *James (Psicología, t. II, cap. XXV)*, es que la percepción mental de un cierto hecho excita la afección mental llamada emoción, y que este último estado de espíritu da nacimiento a la expresión corporal. Mi tesis, por el contrario, es la de que el cambio corporal sigue *directamente* a la percepción de un hecho propio para excitarnos y que nuestra conciencia de este cambio corporal es la emoción. El sentido común dice: perdemos nuestra fortuna, estamos tristes y lloramos; nos encontramos un oso, nos espantamos y huimos; nos insulta un enemigo, nos irritamos y golpeamos. La hipótesis que yo defendiendo afirma que este orden de sucesión es incorrecto, que el segundo de estos estados no es producido inmediatamente por el otro y que las manifestaciones corporales deben interponerse entre ellos primero. Para expresarse de un modo racional se debería decir: estamos tristes porque lloramos; irritados, porque golpeamos; espantados, porque temblamos, y no que lloremos, golpeemos o temblemos porque estemos tristes, irritados, espantados... Sin el estado corporal que le sigue, la percepción sería puramente conjunta, pálida, decolorada, desprovista de su calor emotivo." Este estado corporal no comprende solamente las actitudes exteriores del cuerpo, las contracciones y secreciones periféricas que *James* considera demasiado exclusivamente, sino también variaciones circulatorias y nutritivas en los tejidos de los órganos de la vida vegetativa, del bulbo y del cerebro, puestas en evidencia por *Lange*. La emoción tiene, pues, su fuente en la actividad orgánica, en una serie de movimientos y detenciones de movimientos que provocan importantes fenómenos circulatorios y resuenan, gracias al sistema nervioso de la vida vegetativa, hasta el cerebro. Entonces es plenamente consciente, asociándose con los fenómenos representativos concomitantes.

Pero los hechos orgánicos, lejos de ser epifenómenos o efectos, son tan esenciales, desde el punto de vista psicológico, como el hecho mismo de conciencia; manifiestan exterior y objetivamente las tendencias internas del ser,

causas primordiales de la emoción. Las pruebas son las que ofrecen ciertas observaciones sobre los alienados, en las que "se encuentran con frecuencia emociones que se acompañan de síntomas físicos, temor, angustia, melancolía, y que no se expresan por ninguna representación anterior; estas emociones no pueden venir sino de un estado orgánico, y estos casos son frecuentes. (Dumas, *Idem*, conclusión.) Podemos agregar verdaderos experimentos: *actuando sobre el organismo y, en particular, sobre el sistema vasomotor, excitándolo (por la cafeína, las duchas, el masaje) o deprimiéndolo (por los bromuros) se provocan modificaciones invariables y constantes del estado emotivo.* Y las representaciones alegres o tristes, los motivos de temor o de cólera, no aparecen sino después. En los sujetos hipnotizados se provoca la emoción haciendo adoptar la actitud corporal. Con frecuencia, todavía, una representación que nos parecía penosa y deprimente antes del desayuno, parece indiferente después de la comida; un proyecto que nos parecía erizado de dificultades, nos parece fácil". (*Idem.*) La sola vista de la sangre puede provocar un síncope.

Es justo agregar que si la causa esencial del *tono afectivo* es la conciencia de todos estos movimientos orgánicos tan complejos, se agregan constantemente a ellas representaciones y contribuyen a formar el estado final.

Pero la propiedad representativa de los hechos de conciencia se aísla absolutamente de la propiedad afectiva (retardo del placer o del dolor, supresión total del estado afectivo y persistencia de los estados intelectuales, emociones suscitadas directamente por los fenómenos de expresión, etc.) y no obedece a las mismas leyes.

Los hechos afectivos dependen de los hechos activos; no son sino el eco consciente necesario para advertir al ser y adaptar mejor la actividad misma por el choque de retroceso que recibe. Como la actividad se traduce, en último análisis, a la observación por movimientos orgánicos, la teoría activista se convierte en una teoría fisiológica.

NATURALEZA DE LA EMOCIÓN Y DE LAS PASIONES

A. HIPÓTESIS GENERALES. — Si se quiere llevar más lejos el análisis de la naturaleza de la emoción no se encuentra más que *hipótesis (o teorías)* generales de la vida afectiva. Su misma generalidad *impide la posibilidad de comprobarlas completamente por la experiencia.*

1.º *La tesis fisiológica* —escribe Ribot (*Psicología de los sentimientos*, pág. 9)— refiere todos los estados afectivos a condiciones biológicas y los considera como la expresión directa e inmediata de la vida vegetativa... Tienen sus raíces en las necesidades y en los instintos; es decir, en los movimientos. La conciencia no entrega más que una parte de sus secretos; jamás puede revelarlos enteramente: es preciso descender debajo de ella... Entre los psicólogos de este siglo que han sostenido esta teoría o que la han admitido implícitamente, se pueden citar los nombres de *Bain, Spencer, Maudsley*... En fin, ya se ha visto cómo *Lange* y, sobre todo, *James*, han dado una fórmula más precisa de la misma tesis.

“En efecto; no es difícil demostrar, según la misma experiencia diaria, que establece y comprueba sin cesar esta verdad, que las emociones pueden ser producidas por *muchas causas que no tienen nada que ver con los movimientos del alma*, y que, por otra parte, pueden ser igualmente dominadas y reprimidas por medios físicos. Sin que se tenga conciencia clara de ello, la cosa es tan conocida, que toda nuestra manera de vivir, nuestra higiene diaria, se ha formado durante el curso de las generaciones, con el fin de favorecer las emociones agradables y de disminuir las emociones tristes o de suprimirlas en absoluto (uso del vino y de las bebidas espirituosas para combatir la tristeza y el temor, aplicación del agua fría en las mismas circunstancias, etc...)” (*Lange.*)

Una observación reciente, referida por *R. d'Allonnes* (*Revue Philosophique*, noviembre de 1905), está absolutamente en favor de la tesis fisiológica. Una madre de

familia que había perdido todas sus facultades afectivas, a quien no inspiraban ningún *sentimiento* ni su marido ni sus hijos (a quienes antes amaba mucho), que no experimentaba ninguna emoción ni por los demás, manifestaba igualmente una *anestesia completa* de la sensibilidad visceral (en particular de la sensibilidad intestinal). Esta anestesia ha coincidido exactamente con la abolición de la vida afectiva.

Esta hipótesis llamada *fisiológica*, y más bien *fisiopsicológica*, que parece adoptar cada vez más la psicología científica y experimental, no ha hecho abandonar, sin embargo, otra teoría muy en favor en otros tiempos.

2.º *Teoría intelectualista*.—Los estados de placer o de dolor serían “modos o funciones del conocimiento”; no existirían sino por él; serían inteligencia confusa; esta es la tesis *intelectualista*.

Los *socráticos*, para quienes sólo el concepto tuvo un valor real, y los *cartesianos*, que no distinguen, como los *estoicos*, más que dos funciones en el alma, el entendimiento y la voluntad, consideraron la afectividad como una envoltura confusa, una conciencia más vaga de los fenómenos intelectuales.

En la psicología moderna, de tendencias experimentales, esta dirección ha subsistido todavía porque durante mucho tiempo los hechos afectivos, a causa de la dificultad de su estudio, fueron casi abandonados. Ha encontrado su expresión más completa en *Herbart* y en su escuela, para la cual todo estado afectivo no existe sino por la relación recíproca de las representaciones; todo sentimiento resulta de la existencia en el espíritu de las ideas que se convienen o se combaten; se asemejan a los acordes musicales y a las disonancias que difieren de los sonidos, aunque no existan sino por ellos. “Suprimid todo estado intelectual, y el sentimiento se evapora”. (Ribot, *Psicología de los sentimientos*, pág. 9.) El influjo de *Herbart* domina todavía en Alemania.

“Entre sus discípulos, el austríaco *Nahlowky*, en su célebre obra sobre la vida afectiva, es, quizá, quien ha

presentado la tesis con más talento y claridad. Comienza, en primer lugar, por relegar al dominio de la sensibilidad física todo lo que no es reductible a relaciones de representaciones: la fatiga, la sed, el hambre, todas las modificaciones de la sensibilidad orgánica... Hechas estas eliminaciones, podemos formular claramente la teoría." Los sentimientos *resultan de la coexistencia, en el espíritu, de ideas que concuerdan o no concuerdan...* Por el término vago del reflejo explica *Nahlowsky* la expresión emotiva; y los estados orgánicos se incorporan solamente a título de elementos derivados y secundarios. "El fenómeno afectivo sería —concluye nuestro psicólogo— la percepción inmediata de la detención o de la aceleración entre los estados representativos... Como estos estados son las *fuerzas propiamente activas del alma*, cada detenimiento o aceleración se convierte en el alma en una detención o aceleramiento de su propia actividad...; *el sentimiento es la conciencia de la elevación o de la disminución de la propia actividad vital del alma*". (Dumas, *La alegría y la tristeza*, 402 y 404).

3.º *Teoría mixta.* — Se ve que la teoría intelectualista olvida los factores orgánicos de los fenómenos afectivos para no considerar más que los estados de conciencia bajo su forma más clara, es decir, la *representación* intelectual. Los fenómenos orgánicos no serían más que circunstancias accidentales y subrogativas. Poned en el espíritu estados intelectuales, y tendréis, a continuación de ciertas combinaciones de estos últimos, estados afectivos. Es indiscutible que, bajo esta forma absoluta, la teoría intelectualista tiende hoy, cada vez más, a ser abandonada por la psicología positiva; pero un cierto número de psicólogos continúan dándole *bsligerancia* (Dumas, por ejemplo), apoyándose sobre el hecho de que una emoción y, más generalmente, un hecho afectivo, es siempre función de un cierto estado moral, sobre todo si es complejo. La vida interior del sujeto, y no ya solamente su vida orgánica y exterior, tiene su eco necesario en la manera como reacciona, y los estados intelectuales, el conocimiento que el

sujeto tiene de las causas de la emoción o del sentimiento contribuyen necesariamente al estado final: sin ellos no siempre sería bien comprensible: "Los representantes de la tesis fisiologista tienen una tendencia a olvidar este origen representativo del sentimiento y a explicarlo de un modo demasiado superficial, y... éste es siempre el lado obscuro y débil de sus doctrinas." (Dumas, *La alegría y la tristeza*.)

B. DE LAS EMOCIONES A LAS PASIONES. — MISIÓN DE LAS PASIONES. — Todo lo que se ha dicho de las emociones, desde el punto de vista de su naturaleza y de las hipótesis generales por las que se ha procurado prolongar las indicaciones muy incompletas, ofrecidas por la psicología experimental, puede repetirse, cambiando solamente las palabras, de las pasiones.

La pasión no es, en efecto, más que el resultado de la evolución de nuestra naturaleza emotiva, la forma más compleja de la vida afectiva espontánea. "La emoción es un estado primario y bruto; la pasión es de formación secundaria y más compleja." Es una cristalización de las fuerzas emotivas alrededor de una *idea fija* que da a estas fuerzas una *estabilidad*, una *duración* desconocida para la emoción propiamente dicha, mucho más ponderada y reflexiva. La *idea fija*, según Ribot (*Revue Philosophique*, mayo y junio de 1906), caracteriza la pasión, que es una forma *intelectualizada* de la vida afectiva: "Ella constituye la pasión por la cooperación estrecha de la asociación y de la disociación de la imaginación creadora y de las facultades lógicas que están a sus órdenes."

Pero "apenas hay necesidad de repetir que este trabajo es, en el fondo, la obra de la *tendencia* atractiva o repulsiva, causa primera de toda pasión, y que mantiene la *idea fija*". Volvemos a encontrar en esta tendencia los factores orgánicos y motores, origen de todo estado afectivo. La idea fija "es el fin consciente y la luz; nada más. Actúa como estado complejo —intelectual y afectivo—, que pudiera llamarse también *emoción fija*".

Esta elevada estructura intelectual de la pasión, que

llega hasta utilizar la lógica racional por verdaderos razonamientos constructivos y aun justificativos, por medio de los cuales el hombre apasionado se hace la ilusión de la legitimidad de la pasión; explica que la pasión, salvo raras excepciones, no aparezca en el niño, sino solamente al final de la adolescencia y en el adulto, y aproxima estrechamente la pasión al sentimiento desde el punto de vista de los *factores representativos*, porque, desde el punto de vista del aspecto afectivo, no se debe olvidar que es, por el contrario, vecino de la emoción.

Las pasiones, por ciertos caracteres, son, como los sentimientos, formaciones secundarias y, con la mayor frecuencia, se manifiestan como las anomalías y las exageraciones del sentimiento. Por eso conviene, en su estudio, agregar a las condiciones psicológicas de la emoción las del sentimiento; en particular, la importancia creciente de los factores intelectuales y la constitución de un centro de asociación, es decir, la extensión al mismo tiempo que la concentración del estado afectivo. La pasión, como el sentimiento, se extiende, por la asociación de las ideas, sobre una parte muy amplia de nuestra vida consciente, y ella concentra multitud de estados que ha recubierto, alrededor de una idea fija (lo que aproxima la pasión a la locura). En fin, la pasión se forma a expensas de las emociones, lo mismo que el sentimiento (véase *Naturaleza del sentimiento*). Para tener una teoría completa de las pasiones es preciso tomar de la teoría de los sentimientos: 1.º, la descripción de los factores representativos; 2.º, el paso de la emoción al sentimiento, y agregarlo a las condiciones fisiológicas y a la teoría general de las emociones, puesto que la naturaleza de la pasión no difiere en el fondo de la naturaleza de la emoción, sino por su complejidad.

Papel general de las pasiones. — De los diferentes efectos de la pasión y de su aproximación a la idea fija se deduce que la pasión es una verdadera enfermedad (descripción de las pasiones según los románticos). No hay, pues, que divinizar las pasiones, como hicieron los románti-

cos, ni creer que, abandonadas a sí mismas, acabarían por equilibrarse. Pero no por eso han de ser siempre malas.

Todos los progresos han sido al principio anomalías, y la evolución no puede explicarse sino por una deformación del tipo normal. *Rousseau* ha dicho: "El hombre que piensa es un ser depravado." Las primeras deformaciones en el sentido intelectual han sido anomalías: han sido útiles. ¿No pudiera ocurrir lo mismo en la pasión? Ama apasionadamente la verdad; la ciencia y el bien son coadyuvantes felices de la evolución. Todo lo que consideramos grande en la humanidad ha sido hecho con el auxilio de las pasiones. En tanto que el hombre no sea una pura inteligencia se podrá decir que la pasión puede prestar servicios.

Ensayemos a determinar *cuándo* y *cómo*. La pasión está caracterizada por la concentración de toda nuestra energía en un solo objeto, que se impone a nuestra conciencia bajo la forma de *idea fija*. Por consiguiente, tanto valdrá este objeto, esta idea, cuanto la pasión misma. La pasión ejercerá efectos felices cuando esté al servicio de un fin noble, de una idea generosa o útil, y tendiendo todas nuestras fuerzas en esa dirección. No se puede, pues, decir que la pasión sea siempre mala.

Sin embargo, es indiscutible que la pasión suprime en nosotros la facultad de crítica: esto es lo que constituye su fuerza y también su peligro. También la pasión es con frecuencia perjudicial. Se puede utilizar la pasión cuando existe, pero no se la debe suscitar artificialmente y dejarse arrastrar por ella. La moral ganará más aprovechándose simplemente de las pasiones felices, cuando existan, que procurando provocar estas pasiones suprimiendo el sentido crítico. Al promedio de los hombres conviene más tener juicio que tener pasiones. La pasión es un estado anormal, que no ejerce buenos efectos sino en ciertos individuos y en circunstancias excepcionales. En todos los demás casos es tan perjudicial para el individuo como para la sociedad y se ofrece como un factor de perturbación o de represión más bien que como un factor de adaptación o de progreso.

CAPÍTULO XXI

LA VIDA AFECTIVA ELABORADA. LOS SENTIMIENTOS

I. *Determinación del hecho.*

II. *Clasificación.*

III. *Condiciones psicológicas.* — 1.º Importancia creciente de los factores intelectuales (expansión del estado afectivo). 2.º Constitución de un centro de asociación (concentración del estado afectivo).

IV. *Condiciones fisiológicas.* — Las inclinaciones.

V. *Naturaleza del sentimiento.* — A. Transformación de la emoción en sentimiento: 1.º Por evolución (dos casos: homogéneo, heterogéneo). 2.º Por detención del desenvolvimiento. 3.º Por composición (mezcla o combinación). — B. Conclusión general sobre el sentimiento. — C. Papel del sentimiento.

I. DETERMINACIÓN DEL HECHO

Todos los psicólogos modernos han distinguido dos formas de emociones: la emoción choque, que es la que hemos analizado en el capítulo precedente, y la emoción sentimiento. Esta última proporciona precisamente el paso entre el estado emotivo y lo que llamamos el sentimiento: es un estado de larga duración que sucede, en general, a la forma aguda y que es mucho más estable. Es decir: los fenómenos fisiológicos son mucho menos violentos, aunque permanezcan siendo los mismos en el fondo, y los factores representativos mucho más numerosos y complejos: las ideas y las imágenes se asocian en multitud y la alimen-

tan, por decirlo así, proporcionándole un sostén continuo. La emoción ha ganado en duración y en estabilidad lo que ha perdido en violencia y en brusquedad: se ha atenuado precisamente al ampliar su campo.

Supongamos la atenuación más pronunciada, la organización más fuerte, la estabilidad más asegurada, el campo intelectual más rico, y tendremos el *sentimiento* propiamente dicho: es decir, un estado afectivo de elaboración lenta y reflexiva en una gran medida; llega a ser un estado fundamental de nuestra vida psicológica, y dura, con frecuencia, tanto como la vida misma: el sentimiento moral, el sentimiento religioso, la piedad filial y el sentimiento patriótico son ejemplos.

II. CLASIFICACIÓN

Resulta de aquí un medio simple de clasificar los sentimientos; no hay más que partir de las emociones simples y referir a ellas los sentimientos que son sus derivados. Pero este método exigiría el conocimiento completo de su génesis y el perfeccionamiento de una parte de la Psicología, que está todavía en sus comienzos y será una de las más largas y de las más difíciles; además la mezcla de las emociones hace siempre el trabajo más embarazoso. Así es más simple, por el momento, clasificar estos sentimientos por las direcciones fundamentales que imprimen al ser, puesto que se refieren, como todos los hechos afectivos, a la actividad, y se procederá como para las emociones y de *un modo igualmente provisional*. Ahora bien, las inclinaciones y, por consecuencia, los sentimientos, pueden ser *egoaltruistas*, es decir, llevar al ser a obrar para sí y para los seres que ve, sin discernir las dos direcciones con claridad, *egoístas* o *personales* (dirigidas por su consideración propia), *altruistas* (por la consideración de los demás), en fin, *impersonales* o *desinteresadas* (refiriéndose a ideas puramente abstractas: sentimientos *moral, religioso, estético e intelectual*).

III. CONDICIONES PSICOLÓGICAS

1.º *Importancia creciente de los factores intelectuales: expansión del estado afectivo.*— Observemos en nuestra conciencia la organización del sentimiento y analicemos sus factores internos. La crisis más importante que se produce en la evolución de un hecho afectivo "tiene lugar en el momento en que su objeto sale de la esfera de la sensación y de la percepción para entrar en la del recuerdo y la representación. La fuente de toda poesía, de toda moral y de toda religión superiores no se encuentra más que allí donde la emoción no tiene inmediatamente presente su objeto". (*Höfding*, 340.) Por la distancia y el alejamiento de la causa y por la facilidad y el número de asociaciones que permite la imaginación, el hecho afectivo se engrandece, se amplía, se hace más profundo, más estable y más equilibrado; no pertenece ya al azar del instante, sino que es el fruto de una reflexión duradera.

El desenvolvimiento de la conciencia es, pues, de un modo general, una condición necesaria del desenvolvimiento de la vida afectiva superior. El es el que le proporciona su *fuerza de expansión*.

2.º *Constitución de un centro de asociación: concentración del estado afectivo.*— Si los factores intelectuales se complicasen siempre, sin detención ni obstáculo, por asociaciones indefinidas, la vida afectiva acabaría por desaparecer completamente en una difusa pulverización. Tendríamos entonces una serie de ideas y de imágenes sin ningún color sentimental, como ocurre con frecuencia en los caracteres razonadores y poco imaginativos. Pero en los casos ordinarios la tonalidad afectiva reacciona, a su vez, sobre la asociación y la canaliza en una determinada dirección (asociación afectiva). *Excluye* las imágenes y las ideas que no se alían con ella, y *evoca*, por el contrario, todo lo que pueda reforzarla y *justificarla* en la vida intelectual. Se forma un círculo, más o menos estrecho, de asociaciones bien determinadas que se mueven al-

rededor de un centro constante (*centro de asociación*, de Höfding; *de adición*, de Störring). "El sentimiento produce aquí una selección cualitativa. Todas las representaciones que no se armonizan con el sentimiento son rechazadas... Si los griegos no podían comprender en los bárbaros su amor a la humanidad, esto obedecía no a una estrechez intelectual... sino a un *sentimiento nacional que les impedía* poner sus ideas morales en un perfecto acuerdo total." (Höfding, 394.) He aquí por qué el sentimiento tiene siempre algo de estrecho y de exclusivo (sentimiento familiar, patriotismo, sentimiento religioso, aun el sentimiento estético o intelectual: escuelas artísticas, teorías científicas). En este sentido se dice con frecuencia que la conciencia "sabe muy bien engañarse a sí misma". Por eso también el sentimiento nos lleva a construir un mundo ideal, en el que no existen ni las imperfecciones ni los males de aquel que nos es dado.

IV. CONDICIONES PSICOLÓGICAS: INCLINACIONES

Si buscamos por debajo de estos factores intelectuales las causas del movimiento ideal que les lleva a la conciencia, nos encontraremos con una serie de tendencias orgánicas, de actos necesarios para la conservación y la expansión de la vida, de movimientos iniciales o efectivos que pone en evidencia la observación objetiva; a esto es a lo que se llama *inclinaciones*. La Psicología antigua la definía: "Una especie de movimientos del alma, que la fuerza a dirigirse en este o en el otro sentido y que le liga a las cosas que le han parecido deseables."

La inclinación en todas las descripciones que de ella se han hecho se nos ha representado siempre como una cosa muy confusa, muy obscura y casi inexplicable. Y es porque es la resultante de tendencias numerosas, más vecinas, frecuentemente, del organismo que de la conciencia.

a) No solamente es el resultado de toda nuestra experiencia individual consciente (inclinaciones conscientes).

b) Sino también de recuerdos muy lejanos y no reconocidos (los recuerdos de nuestra primera infancia explican algunas de nuestras repugnancias o de nuestros gustos irrazonables: temor de ciertos animales inofensivos, amor del pueblo natal, etc.) (*inclinaciones inconscientes*).

c) Remontándose más lejos todavía: de la experiencia hereditaria e inconsciente (el caballo doméstico que se encabrita al pasar ante una casa de fieras, el perro huyendo ante un trozo informe de piel de lobo; tendencias particulares de ciertas razas humanas, de ciertos países, de ciertas castas, etc.) (*inclinaciones instintivas*).

d) Algunos pretenden hasta que ciertas inclinaciones sean innatas a toda conciencia, no pudiendo existir éstas sin ellas (*inclinaciones primitivas*). Pero, por primitivas que sean, nada autoriza a negar su eclosión bajo el influjo de la experiencia, y su transmisión hereditaria.

Se ha dicho frecuentemente que los sentimientos propiamente dichos y las inclinaciones no tenían ninguna relación con nuestro organismo: serían puramente intelectuales y diferirían de las emociones, no solamente en grado, sino también en naturaleza (*Nahlowski*). Ribot ha mostrado, analizando los sentimientos más elevados, los más intelectualizados: sentimientos religioso, moral, estético e intelectual, que esto era un error completo. "¿No han descrito mil veces los místicos la turbación que les agita, la tempestad interior que les domina?... Y los procedimientos empleados para suscitar, reavivar o reforzar la emoción religiosa, desde el vino de las antiguas bacanales hasta los ruidosos conciertos del Ejército de la Salud, ¿no ejercen una acción directa y fisiológica sobre los órganos?" El éxtasis religioso tiene su actitud corporal característica. "Para los sentimientos intelectuales, *Ma-lebranche*, sofocado por los latidos del corazón al leer a *Descartes*; *Davy*, danzando en su laboratorio después de descubrir el potasio; *Hámlton*, sintiendo bruscamente como el cierre de un circuito galvánico en el momento de descubrir el método de los cuaterniones." (*T. Ribot*, 100 y siguientes.) En cuanto al sentimiento estético, el efecto

producido en el organismo por una obra de arte, especialmente por las obras musicales, es manifiesto. El análisis llevaría a las mismas conclusiones para todos los demás sentimientos, más emotivos, en general, que estos últimos. Además, en las enfermedades que alteran los órganos de la vida sentimental cambia completamente de aspecto, y con frecuencia llega a parecer desconocido el carácter del individuo (hipocondría, apatía, etc., o exasperación de ciertos sentimientos, crisis sentimentales). *W. James* cita el caso de una joven que perdió poco a poco, a consecuencia de una enfermedad orgánica general, la facultad de experimentar el placer y el dolor y, al mismo tiempo, toda capacidad afectiva. Quedó incapacitada para las más naturales tendencias sentimentales, como la piedad filial.

El sentimiento, desde el punto de vista fisiológico, no es más que la expansión de la vida emotiva y *tiene la misma base orgánica*.

V. NATURALEZA DEL SENTIMIENTO

Ahora es fácil de ver que el sentimiento tiene la misma naturaleza que la emoción. Los factores son los mismos, aunque los intelectuales hayan ocupado un lugar cada vez más preponderante; pero *no hacen otra cosa que favorecer* la evolución de los hechos afectivos gracias a las asociaciones numerosas, fáciles y rápidas, que permiten, y a la ampliación progresiva que les sigue. El fondo afectivo tiene siempre *la misma naturaleza primitiva*: corresponde a un *despertar de tendencias, a elementos motores*, trama orgánica de nuestras *inclinaciones*; suprimidla, y no tendréis más que ideas abstractas, frías y decoloradas.

A. TRANSFORMACIÓN DE LA EMOCIÓN EN SENTIMIENTO. — La prueba más precisa que se puede aportar es la de mostrar que los sentimientos no son más que emociones transformadas. Según *T. Ribot*, los procedimientos de transformación son reductibles a tres: 1.º, evolución; 2.º, paralización del desenvolvimiento; 3.º, composición

(mezcla y combinación). Estos tres procedimientos pueden actuar aislada y conjuntamente.

En resumen: todos los sentimientos proceden de las emociones por transiciones insensibles. *En muchos casos puede seguirse paso a paso esta transformación*, observar la fusión, la coordinación de los estados más simples en la resultante total, y por todas partes vuelven a encontrarse los mismos factores: 1.º, un grupo de factores representativos *simplemente asociados*, y 2.º, un grupo de factores orgánicos y motores con los cuales están *directamente ligados*: éstas son las *inclinaciones*, y, por ellas, las tendencias psicopsicológicas que dirigen de un modo lento la evolución de los sentimientos.

B. CONCLUSIÓN GENERAL SOBRE LA VIDA SENTIMENTAL. — Por poco radical y por poco fácil de expresar que sea la diferencia entre el sentimiento, de una parte, y la emoción y la pasión, de otra, el sentimiento tiene, sin embargo, caracteres generales, que no permiten confundirlo con la pasión o la emoción, y si las transiciones son insensibles, si las fronteras son indecisas en general, todo el mundo *siente* la distinción entre un sentimiento y una emoción o una pasión, y no los confunde.

C. MISIÓN DEL SENTIMIENTO. — Pudiera repetirse para la vida sentimental lo que se ha dicho de la vida emotiva y pasional, puesto que es continuación de la primera y se asemeja a la segunda; pero con más ponderación, calma y, sobre todo, reflexión y maleabilidad, es, como ellas, una condición de adaptación y un factor de la evolución psicológica. Hasta desempeña una misión especial en esta evolución, como se verá en el estudio de la educación de la voluntad y de la educación del carácter. Es nuestro gran medio de acción.

La razón pura, el saber, no ejercen, directamente al menos, sino un influjo escaso en nuestros actos. Nuestra conducta sería, pues, sobre todo, emotiva o pasional, y dejaría, por consiguiente, poco espacio al poder personal, a la voluntad propiamente dicha, a la reflexión y al dominio de sí propio, si la vida sentimental no nos propor-

cionase un intermediario feliz, que tiene bastante plasticidad y ponderación para plegarse y subordinarse a nuestra reflexión, a nuestra inteligencia y a nuestra razón, de una parte, y de otra, conserva bastante imperio sobre nuestra organización práctica y activa para hacerse obedecer y hacernos obrar. Por este modo indirecto es como para la generalidad de los individuos el conocimiento, el saber y la razón pueden influir sobre la acción y como se hace posible la educación, al menos en cierta medida. Nuestra vida sentimental es, así, la palanca de que se sirve la voluntad razonable para introducir la razón en nuestra conducta, mientras que la razón y la ciencia, abandonadas a sí mismas, serían impotentes. Aun serían algunas veces peligrosas a causa de su dogmatismo, de su sequedad, de su universalidad, que, por una reacción fatal, provoca una cierta estrechez: la generalidad, demasiado grande, de visión, y, por consecuencia, su excesiva abstracción, impide ver los detalles, enmohece la finura necesaria de la acción, porque la acción está demasiado subordinada a circunstancias particulares y específicas. El sentido, el tacto, la delicadeza, la finura, que son los caracteres más difíciles, quizás, de adquirir, pero también los más necesarios a la acción verdaderamente moral, tienen todos sus elementos en la vida sentimental.

La razón y el rigor de la inteligencia no sirven a la acción para nada y con frecuencia la perjudican si no están sostenidos e influídos por la llama del sentimiento. En este sentido, los moralistas han procurado apelar al sentimiento para realizar la justicia. Sin el amor no pueden penetrar en los actos ni la razón ni la justicia.

CAPÍTULO XII

LOS FACTORES GENERALES DEL DESENVOLVIMIENTO DE LA VIDA AFECTIVA

LAS TENDENCIAS Y LAS INCLINACIONES

I. *Intima unión de las funciones afectiva y motora.*

II. *Opiniones sobre el desenvolvimiento general de la vida afectiva.*— Sus direcciones fundamentales: 1.º Las inclinaciones fundamentales derivarían del instinto de conservación. Teoría de egoísmo fundamental: a) La Rochefoucauld; teoría del egoísmo disfrazado. b) Asociacionismo; el altruismo sale del egoísmo. 2.º La vida afectiva deriva al menos del mismo título que el instinto de solidaridad orgánica: a) El instinto de conservación no puede ser primitivo. b) En todo caso, la simpatía lo es, tanto como él, desde el punto de vista psicológico. c) Desde el punto de vista sociológico. d) Donde la simpatía aparece aún como anterior. e) Es lo mismo desde el punto de vista fisiológico.

III. *Desenvolvimiento del instinto de imitación.*— A. Manifestaciones principales del instinto de imitación: 1.º Manifestaciones individuales. 2.º Manifestaciones sociales.— B. Papel de la imitación: sus ventajas y sus peligros; su importancia en la educación del individuo.

I. INTIMA UNIÓN DE LAS FUNCIONES AFECTIVA Y MOTORA

El desenvolvimiento de la vida afectiva es, según todos los estudios precedentes, dirigido por los elementos activos y motores. Aparecen como fundamentales. La afectividad, por lo demás, surge del movimiento para volver a él; porque siendo expresión de tendencias, deseos, necesidades e inclinaciones, a su vez se expresa por actos

(reflejos, instintos y hábitos, voliciones), como veremos en los capítulos siguientes. La actividad afectiva y la actividad motriz se mezclan de un modo inseparable.

La vida afectiva se intercala necesariamente, en cierto modo, en la vida motriz: tiene sus condiciones antecedentes y sus efectos.

II. OPINIONES SOBRE EL DESARROLLO GENERAL DE LA VIDA AFECTIVA: SUS DIRECCIONES FUNDAMENTALES

Puesto que todo el desarrollo de nuestra vida afectiva tiene por factores tendencias, inclinaciones, es natural preguntar si es posible descubrir una orientación general en medio de todas estas tendencias. ¿Tiene la vida afectiva sus inclinaciones fundamentales del mismo modo que la vida representativa tiene sus principios directores?

1.º *Derivarían del instinto de conservación.* — *Teoría del egoísmo fundamental.* — La solución que se ha dado desde hace mucho tiempo a este problema es la de que toda la vida afectiva se reduciría a la tendencia primordial que tiene el ser a *conservarse en su ser*; por consecuencia, sería la expansión de un *egoísmo fundamental*: gracias a las representaciones que se le asocian, ella se dirigiría constantemente en el sentido de todo lo que puede acrecer las fuerzas del individuo y le alejaría de todo lo que puede disminuirla. Los movimientos exteriores del organismo tendrían el mismo sentido. Si en las formas superiores de la vida afectiva ha podido distinguir el análisis, al lado de inclinaciones puramente egoístas, inclinaciones egoaltruistas, altruistas y desinteresadas, esta clasificación no vale sino para un ser suficientemente educado y no expresa sino distinciones fundamentales. En el fondo, todas las inclinaciones primitivamente son egoístas y a través de todos sus desarrollos posteriores se puede volver a encontrar este egoísmo primitivo.

Cierto que es preciso estar de acuerdo sobre esta palabra egoísmo. "En el comienzo de la vida consciente, las

representaciones son todavía poco claras y precisas; de modo que la idea del yo no se opone todavía a la idea de alguna cosa exterior o de otro yo; desde el punto de vista psicológico es, pues, un contrasentido el hablar de un egoísmo original, si se entiende por egoísmo el hecho de colocar *conscientemente* el bien y el mal de otro después del suyo propio." (Höfding, 233.) Por egoísmo debe comprenderse un *instinto de conservación* muy vago, casi inconsciente en su origen: se manifiesta por movimientos involuntarios más o menos dirigidos hacia lo que interesa directamente al individuo y expresa una sorda tendencia a *referir todo a sí mismo como centro*.

Se trata solamente de explicar cómo de esta tendencia, única y primitiva, ha salido toda la vida afectiva, de la cual hemos visto la expansión tan rica y variada. El paso de este egoísmo que se ignora al egoísmo consciente de sí es, en suma, fácil: las inclinaciones egoístas, claras y precisas, nacen por la asociación del hecho afectivo a todo lo que se percibe como favoreciéndole o dificultándole.

a) *Teoría del egoísmo disfrazado*. — Pero lo más difícil es explicar su transformación en inclinaciones en las que el individuo cesa gradualmente de tomarse por centro, se absorbe poco a poco en la consideración de lo que trasciende de él y acaba por olvidarse completamente, como en los sentimientos altruistas y desinteresados (sacrificio de sí, martirio, etc., etc.): "Esta cuestión ha parecido tan difícil de resolver, que muchos han discutido el que pueda llegar a plantearse. Se ha explicado, por consiguiente, toda simpatía como no siendo más que el amor propio disfrazado"; se ha negado la existencia de toda afección verdaderamente desinteresada.

"El amor propio —dice *La Rochefoucauld*— no reposa jamás fuera de sí, y no se posa sobre sujetos extraños, sino, las abejas, sobre las flores para *sacar de ellas lo que le es propio*. No hay nada tan impetuoso como sus deseos, nada tan encubierto como sus designios, nada tan hábil como su conducta. Su flexibilidad no puede imaginarse, sus transformaciones sobrepujan las de la meta-

morfosis, y sus refinamientos, a los de la química. Se encuentra en todos los estados de la vida y en todas las condiciones; vive en todas partes, vive de todo y vive de nada. Se acomoda a las cosas y a su privación, se pasa aún al partido de los que le hacen la guerra y entra en sus designios, y, lo que es más admirable, se odia a sí mismo junto con ellos."

Este sistema, para el cual las inclinaciones desinteresadas no son, en el fondo, sino inclinaciones egoístas, *no tiene valor psicológico*. No es más que la ingeniosa paradoja de un moralista misántropo, porque es un hecho de observación incontrastable, confirmado sobre todo por la exageración patológica de los sentimientos, el de que existen estados afectivos en los cuales el ser pierde completamente la noción de su conservación y sacrifica enteramente este instinto. Existen inclinaciones puramente desinteresadas.

b) *Asociacionismo: el altruismo sale del egoísmo.* — ¿No podrán explicarse estas inclinaciones desinteresadas más sutilmente, partiendo siempre de las que no lo son, pero estableciendo, por una serie de formas transitorias, "un paso psicológico entre la consideración absoluta y el absoluto olvido de sí mismo?" Esto es lo que han intentado, procurando seguir paso a paso los hechos, los psicólogos de la escuela asociacionista y evolucionista, en particular *Stuart Mill* y *Herbert Spencer*.

Se han apoyado sobre las leyes que rigen la formación de los sentimientos complejos. Pueden asociarse representaciones ligadas a nuestra conservación, con representaciones que se refieren a la consideración de otro. Las primeras podrán desvanecerse poco a poco y hacerse inconscientes, porque viviendo el hombre en sociedad y haciéndose cada vez más importantes los lazos sociales, las representaciones que se refieren a otro atraerán nuestra atención de un modo más vivo. Al fin, los estados penosos o agradables primitivamente ligados con representaciones egoístas, son suscitados directamente por los otros y se convierten en sentimientos altruistas o desinteresados:

“Un ejemplo frecuentemente citado es el del valor independiente que se atribuye a la moneda, aun cuando no sea más que un medio de procurarse ciertos bienes. En el caso del avaro puede olvidarse completamente el intermediario, sin el cual este valor no tiene fundamento y gracias al cual ha podido nacer primitivamente. El avaro ama el dinero por el dinero; es más, hasta llega a renunciar a los bienes que el dinero puede procurar.” El estado afectivo que se une a los bienes que el dinero procura se une al dinero mismo y desaparece la representación de estos bienes. Un desplazamiento análogo ha tenido lugar en las inclinaciones egoístas. Para alcanzar su fin propio es preciso que el egoísmo, puesto que el hombre vive con los demás hombres, tenga a éstos en cuenta. “Es preciso que les ayude para que ellos le ayuden a su vez... Mientras más ocasiones tenga de tomar tales puntos de vista, mayor será la atención que exijan y más avanzará la idea de los demás al primer plano de la conciencia y ocupará allí un lugar importante, mientras que la idea del fin primitivo (instinto puro y simple de conservación), retrocederá.” Por otra parte, gracias a la *asociación por semejanza*, la vida común, recordándonos circunstancias semejantes en las que *nosotros* hemos sufrido o gozado, suscita en la vida de estas circunstancias, cuando se producen *para otros*, estados análogos en nosotros. Sufrimos y sentimos con los otros, lo cual viene a reforzar nuestras nacientes inclinaciones altruistas. Así nacen y se desenvuelven poco a poco los sentimientos desinteresados. Pero no son, en realidad, más que modificaciones muy complejas de una tendencia primitiva y simple: el instinto de conservación. Este instinto expresaría la naturaleza misma de la individualidad orgánica y fisiológica, la fuerza que mantiene su unidad, el fin que persigue toda su actividad.

2.º *La vida afectiva deriva, al menos con el mismo título, de un instinto de solidaridad orgánica.*— Esta teoría notable y seductora por su sencillez es muy discutible, sin embargo. No puede ser admitida íntegramente si

se quiere permanecer apoyado en el terreno de los hechos.

a) Y, en primer lugar, ¿es un hecho primitivo y simple el instinto de conservación? Según *W. James* y *Sergi*, parece más bien derivado. No sería más que una resultante, "la suma de todas las tendencias particulares de cada órgano esencial". Lo mismo que desde el punto de vista fisiológico el individuo no es más que una colonia de elementos, que vive cada uno, por decirlo así, una vida particular, este instinto no sería más que una *fórmula colectiva*. Los observadores han creído ver en las agrupaciones de nivel muy inferior que los individuos no lo manifiestan de ningún modo y no persisten sino gracias a tendencias muy elementales, a necesidades de órganos parciales y localizados, tales como el hambre, la sed, etcétera. Es verdad que el problema no ha hecho más que retroceder porque estas necesidades no son más que la expresión de la propiedad general de conservación que presta todo elemento orgánico.

b) *La imitación*. — Pero, aceptando esta última hipótesis, vamos a ver que hay tantas razones y tan concluyentes para hacer de la tendencia, exactamente opuesta al egoísmo, de la *simpatía*, un hecho igualmente primitivo, fundamental y elemental. Es preciso, bien entendido, tomar esta palabra en el sentido más amplio, y comprenderla como un elemento completamente orgánico en el origen y casi inconsciente. En esta acepción la simpatía *consiste en la existencia de disposiciones idénticas en dos o más individuos de la misma especie o de especies diferentes*. Antes de ser moral, antes de ser psicológica, es biológica. "Bajo su forma primitiva, la simpatía es refleja, automática, inconsciente o débilmente consciente." Es un *acuerdo de tendencias motoras* el hecho de que muchos individuos sientan la necesidad de unirse como sienten la de alimentarse. En resumen: la simpatía en su origen es una propiedad de la materia viva: lo mismo que hay una memoria y una sensibilidad orgánicas, la de los tejidos y elementos últimos que la componen, hay una simpatía orgánica, hecha de receptividad y de movimien-

tos imitativos. "La vida tiene dos fases: por la una es nutrición y asimilación; por la otra, producción y fecundidad; mientras más adquiere más es preciso que gaste; y su ley... el gasto en beneficio de otro, que exige la vida social, no es una pérdida para el individuo, es un engrandecimiento deseable y casi una necesidad; la vida, como el fuego, no se conserva sino comunicándose." (Guyau, *Esquisse d'une morale*, 24.)

c) "Las observaciones sociológicas confirman plenamente estas conclusiones. El hombre, por mucho que pueda remontarse en su historia, no se encuentra nunca aislado; siempre ha formado parte de una sociedad, por rudimentaria que sea. Ahora bien, dondequiera que haya sociedades hay altruísmo, porque hay solidaridad; así es que lo encontramos nosotros desde el comienzo de la Humanidad y bajo una forma verdaderamente intemperante; porque las privaciones que se impone el salvaje por obedecer la tradición religiosa, la abnegación con que sacrifica su vida desde que la sociedad reclamó su sacrificio, la tendencia irresistible que arrastra a la viuda de la India a seguir a su marido en la muerte y al viejo celta a desembarazar a sus compañeros de una boca inútil mediante el suicidio, todo esto ¿no es altruísmo? Se calificarán estas prácticas de supersticiosas; pero basta con que demuestren una tendencia a sacrificarse." (Durkheim, *Division du travail*, 214.)

d) Las consideraciones sociológicas aún nos permiten ir más lejos: la conciencia del individuo primitivo está toda entera fuera de sí, como lo ha hecho notar *Espinas*; en los grados inferiores de la evolución, está absorbida por la especie y son las funciones relativas a la especie las que dominan el individuo y guían su actividad: son éstas, pues, tendencias a la solidaridad, tendencias altruístas, al menos por sus resultados, si son inconscientes en su principio. Y ellas dominan y se desenvuelven anteriormente al instinto de conservación.

e) Si seguimos las indicaciones fisiológicas, que son el medio de perseguir los fenómenos psicológicos más

allá de los límites de la conciencia, vemos que la "separación de los individuos entre sí se opera gradualmente y que la etapa en la cual el organismo material y el organismo nuevo están el uno respecto del otro en completa independencia, está precedido por una etapa en la que forman juntos una vida total y única en un solo organismo". El individuo no se aísla, pues, sino en un momento determinado de su evolución, después de haber vivido ya una vida común. Y "aun cuando el lazo físico que unía al organismo maternal con su producto haya sido roto por el nacimiento, el instinto conserva todavía entre ellos una relación estrecha. Los instintos más maravillosos de los seres vivos son precisamente los que llevan a una generación dada a preparar el camino para la siguiente". (Höfding.) Esta comunidad de origen y los instintos relacionados con ella (instinto maternal, instinto de reproducción) ofrecen "un guía precioso, que, desde el comienzo, conduce al hombre a *sobrepujarse a sí mismo*". Y ahí es donde hay que buscar las tendencias primordiales de esta actividad, fondo de nuestro ser, y de donde emana nuestra vida afectiva. Nuestra actividad en sus raíces no está, pues, dirigida por la consideración exclusiva del yo personal; esta consideración verosímilmente es aún posterior a la expansión del ser fuera de sí; procede de una vuelta del ser sobre sí mismo, de una concentración regresiva. En sí misma, la actividad afectiva impulsa al ser a salir constantemente de sí, a sobrepujarse uniéndose a algo de *otro*, persiguiendo puntos de vista superiores y más generales que su propia conservación. Esta, por otra parte, no se opone a aquéllas. La inclinación primitiva es, pues, una especie de inclinación vaga y difusa en la que el ser no se destaca de lo que le rodea; no es puramente desinteresada, puesto que siente el contragolpe de sus actos, ni puramente egoísta, puesto que no se opone todavía a otro. Es una solidaridad tan biológica como psicológica y a la cual podemos dar el nombre de *simpatía* (porque es la forma más baja), o de *tendencia egoaltruista*.

La actividad afectiva está, en primer lugar, ligada a la conservación y a la propagación de la especie, y, en la Humanidad, al mantenimiento del lazo social; después, gracias a las asociaciones innumerables que combinan los estados afectivos, se convierte en puramente altruísta; después, por último, en impersonal y desinteresada (sentimientos religiosos, estéticos e intelectuales, cuyo origen es verosímilmente social).

Bossuet y Leibniz habían expresado estas conclusiones de una manera metafísica, haciendo del amor el principio único y último de la vida afectiva: el amor, es decir, la comunión con algo distinto de sí mismo, por el cual se eleva y aumenta su propia perfección. El ser no subsiste ni se conserva sino desenvolviéndose y progresando. "Vida es fecundidad, y, recíprocamente, la fecundidad es la vida plena, la verdadera existencia; hay una cierta generosidad inseparable de la existencia y sin la cual se muere, se deseca interiormente." (Guyau, *idem.*)

III. DESENVOLVIMIENTO DEL INSTINTO DE IMITACIÓN

El instinto de imitación y la inclinación simpática se confunden en el origen, en su forma biológica; el uno no es más que la manifestación externa del otro.

Pero, a medida que la simpatía se desenvuelve, toma un sentido más especial; en el sentido que le da el lenguaje vulgar tiende constantemente hacia el altruísmo, el amor de otro.

El instinto de imitación se desprende entonces de la inclinación simpática y evoluciona aparte. Siempre permanecerá más cerca de las manifestaciones automáticas que caracterizan el estado en el cual se confunde con la simpatía. Conservará algo de mecánico, de irreflexivo y de instintivo. Ciertamente devendrá, en cierta medida, consciente (la moda entre los civilizados), pero permanecerá en un plano de la conciencia bastante inferior y bastante vago, fuera del campo de la reflexión clara.

A. MANIFESTACIONES PRINCIPALES DEL INSTINTO DE IMITACIÓN. — 1.º *Manifestaciones individuales.* — El número de hechos de imitación tomados de los animales es infinito: la educación del instinto, en el estado salvaje como en el estado doméstico, es un hecho de imitación.

La parte que toma la imitación en la vida del niño es mucho más considerable todavía; y lo mismo puede decirse de los pueblos niños. El niño comienza a imitarse a sí mismo; repite sus gestos, hace gestos simétricos, repite también sus primeros balbuceos. Del mismo modo se imitan también los pueblos niños, hasta el punto de rechazar toda innovación; pero la imitación se desenvuelve sobre todo por la imitación de otro. Se ha hecho notar con frecuencia, oponiendo el hombre al animal, que el hombre era esencialmente educable; ahora bien, la educación no es en su origen más que una imitación. El aprendizaje de la palabra, en particular, consiste en la imitación de los sonidos que el niño oye pronunciar; siempre va precedido de un aprendizaje de gestos. Todo empleo de signos, en suma, no es posible, en los hombres como en los animales, sino por imitación.

Las sociedades primitivas son esencialmente rutinarias. En esta rutina hay, a nuestro juicio, algo más que imitación: hay un instinto de solidaridad casi biológica. Pero este instinto no obra ni se desenvuelve sino a través de la imitación. La rutina es una tendencia a imitar; el prejuicio, la moda, las supersticiones y buen número de maneras de vivir más complejas y más elevadas son, en nuestras civilizaciones modernas, hechos de imitación.

En fin, la imitación es todavía un factor importante del desenvolvimiento de la voluntad, es decir, de esta actividad en la cual nos creemos, en el más alto grado, inventores, creadores independientes y libres; ella educa nuestros movimientos voluntarios: ser diestro es, la mayor parte de las veces, saber imitar (hábil como un mono).

2.º *Manifestaciones sociales.* — Hemos visto que la primera forma de la simpatía era una *sinergia*, un acuerdo de tendencias motoras. Este acuerdo está en la base de

toda vida social, es decir, de casi toda la animalidad superior y de toda la humanidad, puesto que todos los datos concuerdan en mostrarnos que desde que el hombre es hombre, desde que la especie humana se ha diferenciado, el hombre ha llevado una existencia social. La sociología no conoce el hombre aislado, abstracción metafísica de los moralistas del siglo XVIII. Nos encontramos ya, pues, con las condiciones favorables, y, en cierta medida, con los efectos de la imitación.

“La vida gregaria, es decir, de los animales que viven en rebaños o en hordas, está fundada *en el atractivo de lo semejante por lo semejante*, sin la acepción del sexo, y manifiesta por primera vez las verdaderas tendencias sociales por el hábito de obrar en común.” (Ribot, *Psicología de los pensamientos*, 286.)

La semejanza de los individuos refuerza el instinto de imitación, pues cada uno se siente más o menos capaz de hacer lo mismo que su vecino.

La *lucha por la vida* desenvuelve naturalmente en nosotros un instinto de imitación; la *comunidad de condición y de trabajo* predispone a una tendencia a la imitación mutua, fortalecida más aún, por la comunidad de sentimiento, la solidaridad que engendra.

“Como los hombres, en los grados más bajos que conocemos, viven en bandas o en grupos y el niño se desenvuelve en el seno de la familia, desde muy temprano se formará una comunidad semejante” (*Höfding*, 318), que favorecerá el desenvolvimiento del instinto de imitación: se imita más en la misma banda, en la misma familia, que de banda a banda, de familia a familia. La vida común es, pues, un factor importante de la imitación.

“La imitación, desenvuelta por la vida común, es la que facilitará en seguida, por una especie de choque de retroceso, el sentimiento de unión dentro de la comunidad en particular, del clan, de la ciudad, y después en esferas cada vez más amplias, a medida que se extiende el horizonte social del individuo. Es cierto que la imitación entra por mucho, y facilita la cohesión social en la observancia

de las reglas morales, indispensables para la constitución de una unidad cívica o nacional."

Los sociólogos han notado con frecuencia que "la idea que el individuo tiene de su propio yo no se forma sino bajo el influjo del medio. El individuo recibe de los demás hombres la imagen de su propio yo antes de poder comenzar a desenvolverse por sí mismo. Se asimila las ideas sociales antes de formar la de su yo propio". (*Höf-ding*, 319.)

En nuestros días se puede comprobar que sin nuestro conocimiento la imitación trabaja en los grupos restringidos que se forman en el seno del grupo social, a consecuencia de la división del trabajo. De aquí deriva en gran parte *el espíritu profesional, el espíritu de cuerpo y el espíritu de casta*. Porque la imitación no es solamente física, sino que es también intelectual. No se imitan sólo actos, sino que se imitan también una dirección espiritual, rasgos de carácter, etc. Se observa con frecuencia en la amistad una imitación recíproca, que comienza primero por ser intelectual y acaba por ser casi física (las mismas entonaciones, los mismos gestos, el mismo aire). En el influjo ejercido por un individuo sobre los demás hay mucho del instinto de imitación.

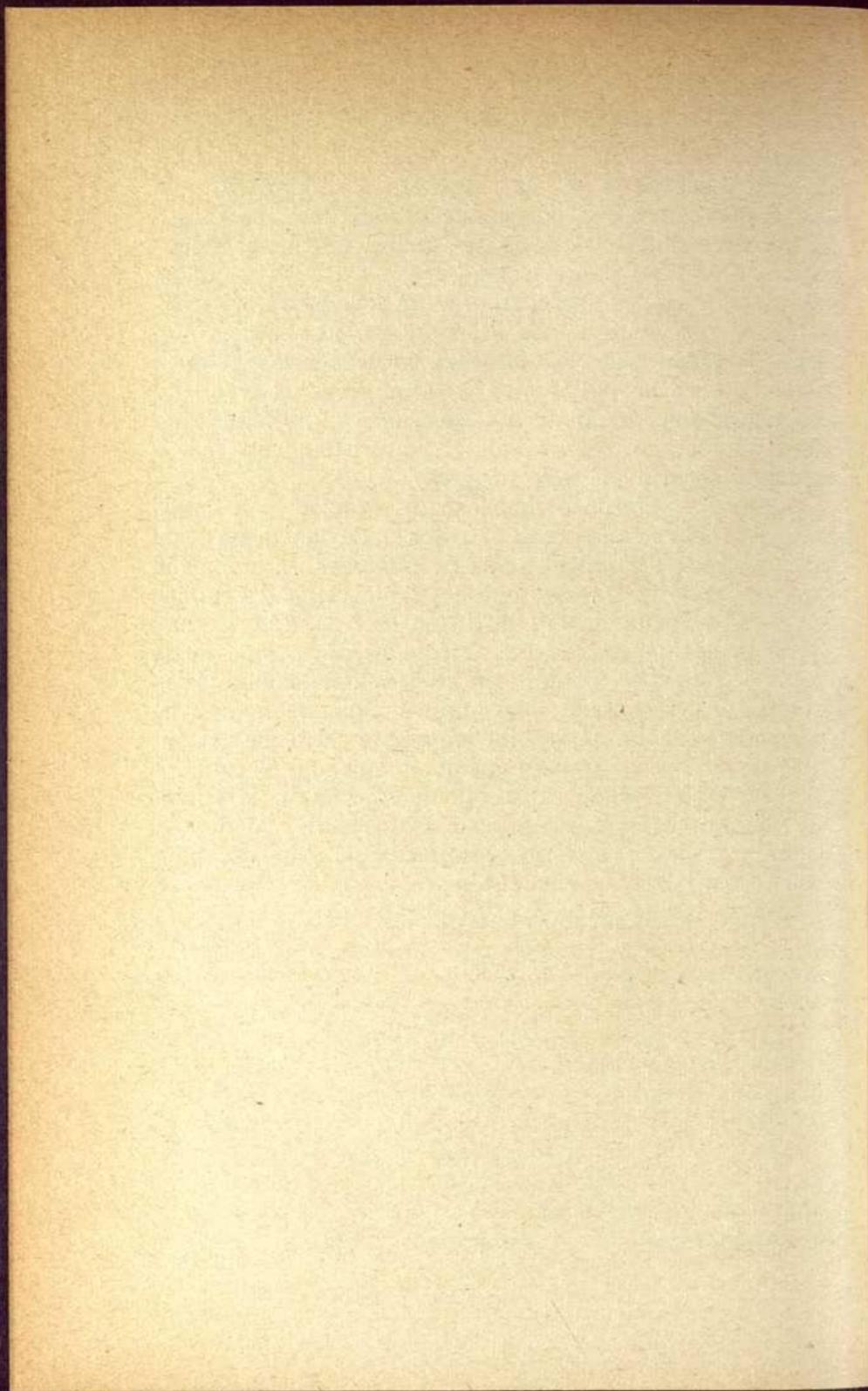
La psicología de las muchedumbres no es, en gran parte, sino un capítulo de la psicología de la imitación. Se sabe lo *contagiosas* que son las emociones en las muchedumbres; el *pánico* no es más que una epidemia de miedo; la locura sanguinaria de las muchedumbres se explica también por un instinto de imitación irresistible que, despertando tendencias atávicas, hace de los hombres más dulces verdaderas bestias feroces. El contagio afectivo, esa facilidad que tienen *todas* las emociones para propagarse en una reunión de individuos, se explica por el hecho de que la simpatía y la imitación están en la base misma del desenvolvimiento de la vida afectiva.

B. PAPEL DE LA IMITACIÓN. — SUS VENTAJAS Y SUS PELIGROS. — Su importancia en la educación del individuo. — La imitación, como se ve, es una colaboración in-

dustriosa de la simpatía y de la tendencia a la sociabilidad. Se desenvuelve por la simpatía, la solidaridad y la vida común; pero por un choque de retroceso, en el que da frecuentemente más de lo que recibe, desenvuelve simpatía, solidaridad y vida común.

Solamente que es una colaboradora *inconsciente y pasiva*. Se ve y se imita, en cierto modo, por una inercia material. También tiene la imitación consecuencias peligrosas análogas a las del hábito. Es rutinaria y conservadora, y, por lo mismo, se opone con frecuencia al espíritu innovador y lo detiene. Ahora bien, el espíritu innovador es la condición esencial de todo progreso.

Al lado de esto, no olvidemos que, gracias a la imitación, nos beneficiamos con el trabajo de los demás, sin tener que rendir la misma suma de esfuerzos. La imitación toma por materia las innovaciones tanto como las rutinas del pasado. Basta que se dirija en este sentido, lo cual no es ya misión de nuestra energía afectiva, sino de la fuerza voluntaria. Veremos, en el desenvolvimiento de la voluntad y del carácter, que nuestra vida afectiva es un instrumento de un poder incomparable para la acción; pero que, como todo instrumento, puede dar resultados buenos y malos, según el uso que de él se haga. A la inteligencia corresponde dirigir este instrumento, conocer el manejo y el uso. El instinto de imitación no debe ser abandonado a sí mismo, y puede siempre, en un ser consciente, ser guiado por el juicio y el razonamiento.



LIBRO V

LOS HECHOS ACTIVOS

CAPÍTULO XXIII

LOS ELEMENTOS. — EL REFLEJO PSIQUICO. LA MOTRICIDAD PSICOLOGICA

I. *El movimiento psicológico elemental.* — El acto reflejo: A. Evolución de la motricidad orgánica. — B. El movimiento reflejo. — C. El reflejo psíquico: 1.º Coordinación. 2.º Conciencia de la excitación. 3.º Fuerza relativamente mínima de esta excitación. 4.º Influjo de su cualidad.

II. *Condiciones psicológicas.* — A. La excitación: 1.º El elemento representativo. 2.º Afectivo. — B. Imagen kinestésica.

III. *Condiciones fisiológicas.* — A. Orgánicas: 1.ª El órgano reflejo. 2.ª Análisis del reflejo; sus leyes. — B. Estudio del movimiento (efecto físico): 1.º Los aparatos de observación. 2.º Resultados obtenidos.

IV. *Naturaleza del reflejo psíquico.* — A. Es una síntesis general de la actividad psicológica elemental. — B. Predominio del factor afectivo. — C. Génesis del reflejo. — D. El movimiento es a la vez condición primordial y manifestación última de la vida psíquica.

I. EL MOVIMIENTO PSICOLÓGICO ELEMENTAL: EL ACTO REFLEJO

Los fenómenos de movimiento se encuentran constantemente implicados, como hemos visto, en los fenómenos psicológicos, puesto que todo fenómeno psicológico es

reductible al movimiento, y todo fenómeno de movimiento, a condiciones fisiológicas.

Pero estos movimientos no son psicológicos porque la conciencia, tal como la observamos, no interviene de ninguna manera en su formación, su dirección ni su desenvolvimiento: la conciencia no encuentra en ellos más que condiciones lejanas o concomitantes indirectos.

El movimiento psicológico elemental es el que, por el contrario, exige, entre sus condiciones, la intervención de un *mínimum* de conciencia.

A. EVOLUCIÓN DE LA MOTRICIDAD ORGÁNICA. — Si examinamos los movimientos orgánicos, veremos, al lado de los movimientos infinitamente intracelulares, movimientos mucho más generales que constituyen una de las condiciones más esenciales de la existencia de los seres vivos: la facultad de cambiar de forma y de moverse. Esta propiedad parece, en el grado más bajo de organización, pertenecer a todo individuo: "Si se observa con el microscopio un glóbulo blanco, que tenga una forma esférica, en el momento que se le acaba de depositar con una gota de linfa sobre una lámina de vidrio, se le ve pronto deformarse espontáneamente, desarrollar prolongaciones llamadas pseudópodos, que se alargan y se contraen y con auxilio de los cuales se desplaza el glóbulo."

Un gran número de protozoarios se mueven de la misma manera, y en estos movimientos (*movimientos amiboides*) no hay nada que no pueda explicarse por el estado químico interno del animal, el estado químico del medio y su equilibrio recíproco. En un grado más elevado, ciertas partes del organismo se diferencian y están más especialmente destinadas a la locomoción y a los diversos movimientos: tales son las pestañas vibrátiles que se encuentran en los protozoarios más evolucionados y en un gran número de vegetales (esporos, algas, movimientos rectatorios de ciertas criptógamas). Parecen ser una modificación de los pseudópodos primitivos.

Todos estos movimientos son puramente mecánicos; no se distinguen del movimiento material sino por una espon-

taneidad aparente; son fenómenos de *irritabilidad*, propiedad elemental del tejido vivo. Pero en un grado todavía superior, y en los animales solamente, nos encontramos órganos complejos, especialmente motores: los *músculos*. Tienen, por otra parte, una estructura filamentososa, que recuerda de una manera notable la estructura anatómica de las pestañas vibrátiles, lo que permite creer que no son sino una modificación evolutiva de ella.

La fibra muscular está siempre en relación con una fibra nerviosa: lo está, pues, con la actividad psicológica. Cuando la estimulación es una estimulación directa, mecánica, química o física de los centros nerviosos, se explica el movimiento de un modo químico todavía. El sistema nervioso no hace intervenir sus propiedades específicas en la producción del movimiento.

B. EL MOVIMIENTO REFLEJO. — Pero el estímulo puede ser también una excitación periférica (llamando así toda excitación de una terminación nerviosa *sensitiva*, *visceral* o *cutánea*): es entonces un *movimiento reflejo*; se le puede definir “un movimiento *involuntario*, que sucede *inmediatamente a la excitación de un nervio sensitivo de la periferia*”. (Richet.)

“Se pueden admitir tres variedades en los actos reflejos, según su extensión o su forma. Son *simples* cuando la excitación motora actúa sobre un solo músculo; *generales*, cuando actúa sobre el conjunto del organismo, y *coordinados*, cuando el movimiento está producido por músculos que concurren, cada uno de su lado, a una acción común, a un movimiento de conjunto.” (Richet, *Ensayo de Psicología experimental*, 68.) Estas diferentes categorías se explican por las leyes siguientes, establecidas por Richet en su notable estudio de los reflejos: 1.º, “cuando se irrita un punto, el reflejo se realiza primero sobre los músculos vecinos: *ley de la localización (reflejo simple)*”; 2.º, cuando se irrita un punto, el reflejo, que se refiere primero a los músculos vecinos, avanza hacia los diversos músculos, y hasta puede extenderse a todo el aparato motor del animal: *ley de irradiación*; 3.º, cuando se ha

irritado un punto... la medula conserva mucho tiempo la huella de esta irritación y, sea directamente, sea por una serie de reflejos sucesivos, produce movimientos que pueden durar mucho tiempo: *ley de conmoción prolongada (reflejos generales)*".

Hasta entonces nada necesita absolutamente la intervención de la actividad psicológica. Todo puede explicarse por una distribución de la energía disponible, según los principios de la mecánica químicofisiológica.

Pero con la cuarta ley, que concierne a los *reflejos coordinados*, las cosas van a cambiar: "Cuando se irrita un punto, según *la naturaleza y el lugar de la excitación*, la respuesta motora se refiere a un grupo de *músculos apropiados a esta o a la otra función: ley de coordinación.*" Es fácil poner de relieve el *carácter psicológico* de esta última ley, mostrando que implica o ha implicado *necesariamente un discernimiento más o menos preciso del sitio irritado y una relación con las necesidades vitales, la defensa y la conservación del individuo o de la especie.*

C. EL REFLEJO PSÍQUICO. — Daremos el nombre de *reflejo psíquico* a la última categoría de reflejos, la más compleja de todas. Puede ser considerada como el elemento de la motricidad psicológica, porque se encuentra *una serie continua de grados* entre ella y la más alta actividad consciente. (*Höföding, Richet, Spencer.*)

Aunque se pueden encontrar igualmente una infinidad de grados entre el reflejo fisiológico y el reflejo psíquico —lo que haría verosímil su asimilación, en cuanto a su naturaleza última—, el reflejo psíquico tiene caracteres muy marcados.

1.º *Hay siempre coordinación muy marcada*, sinergia de los movimientos: Tómese, por ejemplo, una rana decapitada y excítase una pata pinchándola vigorosamente: no solamente retirará su pata el animal, sino que dará un salto para huir, salto que necesita la actuación de muchos músculos, distantes unos de otros... La irritación periférica ha producido una contracción refleja, no un espasmo general, convulsivo, de todos los músculos de la econo-

mía, sino un *salto*, es decir, un acto *coordinado*, armónico, respondiendo a un fin y que parece inteligente: porque el movimiento en sí mismo permanece *involuntario* e independiente de una inteligencia real de su ejecución.

2.º *Desempeña en ello un papel la conciencia, más o menos vaga, de la excitación.* Si se golpea con un ligero choque el tendón rotuliano habrá una contracción refleja, articulada, del tríceps crural y un enderezamiento de la pierna. Este es un reflejo simple: el conocimiento de la naturaleza de la excitación no desempeña ningún papel..., pero no ocurre lo mismo con otros reflejos: el niño que llora porque ve llorar..., el perro que se estremece porque su amo levanta el látigo contra él... La risa, las lágrimas, los movimientos provocados por el amor, la cólera, el disgusto, el miedo, el dolor, son reflejos psíquicos... Los ejemplos... son *innumerables*. Estos son actos reflejos, porque son *involuntarios* y suceden *inmediatamente* a una irritación periférica; pero exigen una elaboración intelectual muy *consciente*.

3.º "Lo que caracteriza también estos reflejos psíquicos es que *la irritación periférica que los pone en juego es mínima*. Por sí misma no es nada, no produciría ningún efecto *si una elaboración consciente no la transformase y la amplificase de tal modo que fuese entonces capaz de obrar sobre la medula.*" (*Idem*, 76.)

4.º Un reflejo ordinario tiene una intensidad proporcional a la intensidad de la excitación. *En un reflejo psíquico, por el contrario, la cualidad de la excitación tiene una importancia mucho mayor que su cantidad.* La apreciación de esta cualidad es la que provoca y dirige el movimiento: "El fenómeno no es ya un fenómeno bruto, una vibración más o menos intensa de la medula, según la intensidad más y menos grande del choque exterior que produce la vibración nerviosa." (*Idem.*)

II. CONDICIONES PSICOLÓGICAS

Es fácil darse cuenta de que el reflejo psíquico depende, a la vez, de la actividad consciente y de la fisiológica. Por él es como podemos estudiar mejor cómo se reúnen estas actividades.

Desde el punto de vista *psicológico* tenemos que estudiar la excitación y el *movimiento* mismo, con respecto a la *resonancia* que tiene en la conciencia; los dos factores son, en efecto, separables: "Cuando la conjuntiva se ha irritado por un cuerpo extraño y el párpado se cierra (guiño reflejo), inmediatamente los dos términos de que se compone este reflejo son apercibidos por la conciencia; porque, por una parte, la conjuntiva es sensible, y, por otra, el movimiento de la órbita es un movimiento percibido por los centros nerviosos conscientes, gracias al sentido muscular. A veces solamente es consciente un sólo término. Así, cuando una luz viva hiere la retina, y el iris se contrae, la excitación luminosa es consciente; pero como el iris tiene movimientos no percibidos por la conciencia, la contracción refleja del iris es consciente. A veces es la excitación sensible la que es consciente, y la respuesta motriz es apercibida sólo por el sentido muscular, por ejemplo, cuando un cuerpo extraño se introduce en el estómago y determina el vómito; pero no poseemos ninguna conciencia del estímulo estomacal que le ha provocado." (*Richet.*)

A. LA EXCITACIÓN. — 1.º *El elemento representativo.*— El reflejo psíquico tiene siempre por excitante una impresión sensible apercibida por la conciencia de un modo más o menos preciso: sensación, imagen o percepción. Descadena la energía nerviosa acumulada en los centros y la transmite; da ocasión al movimiento. Al propio tiempo determina, siempre en cierta medida, la forma, la duración, la intensidad, la dirección del reflejo. Porque la conciencia se halla afectada no solamente por la cantidad, sino por la *cualidad* de la excitación. Y esta cualidad es la que interviene como factor directo de la acción. En los

trazados con la pluma eléctrica "una serie de ondulaciones deja ver que en el momento del *cambio de dirección*, cuando se traza el arco del pequeño radio es cuando la mano *retrasa* su movimiento; le *retrasa* igualmente en el *vértice de un ángulo*. Estos diversos influjos explican las particularidades que revela el estudio de la escritura" (investigaciones grafológicas). (Binet: *Psicología experimental*, 55.) Ahora bien, estos influjos son claramente de orden psicológico (cambios de dirección).

2.º *El elemento afectivo*. — El reflejo psíquico no se despierta por la representación de la excitación sino en tanto que ésta se halla asociada a una afección, por vaga que sea, de placer o de dolor. Porque placer y dolor se hallan ligados a las tendencias del ser, es decir, a los movimientos de que es capaz o a los esquemas de estos movimientos. Los reflejos emotivos manifiestan en el más alto grado esta condición.

B. IMAGEN KINESTÉSICA, RESONANCIA CONSCIENTE DEL MOVIMIENTO. — El movimiento reflejo psíquico no puede efectuarse sin un despertar de la sensibilidad muscular y táctil que provoca *la imagen* del movimiento o *imagen kinestésica*. Esta imagen kinestésica es la figuración, la representación del movimiento y la causa de su *coordinación*. Suprimirla es suprimir esta coordinación, como lo demuestran manifiestamente las perturbaciones de la locomoción y de las funciones motoras en las parálisis de la sensibilidad muscular y táctil. Poseemos manifestaciones muy claras de esta imagen kinestésica en ciertos sueños frecuentes en los individuos de *tipo motor* (sensación intensa de caída, de vuelo, etc.). En los *visuales* se refuerza y precisa con la imagen visual del movimiento a ejecutar.

III. CONDICIONES FISIOLÓGICAS

El estudio del reflejo puede dividirse en dos partes correspondientes a las dos partes del estudio psicológico: el estudio de las *causas orgánicas* y el estudio del *movimien-*

to producido: aceleración, dirección, forma, amplitud, poder, coordinación, etc.

A. CONDICIONES ORGÁNICAS. — 1.^a *El órgano reflejo*. — Un reflejo elemental resulta de una excitación transmitida por un nervio centripeto a un órgano central, y que es, después de un tiempo muy corto (tiempo de reacción), vuelta a enviar, *reflejada*, hacia un músculo, por medio de un nervio centrífugo. El conjunto de estos dos nervios y del centro es lo que se llama *arco reflejo*; un neurona puede ser suficiente para la producción de un reflejo, estando constituida la vía centripeta por las prolongaciones del núcleo, la vía centrífuga por el cilindro-eje, y funcionando una fibra muscular como un órgano aislado.

Pero en los animales dotados de un sistema nervioso un poco complejo, cierto número de neuronas se asocian siempre juntos, gracias a un centro nervioso. El músculo ha de moverse en un haz de fibras, y cada fibra necesita para contraerse una acción nerviosa especial transmitida por un filamento nervioso independiente; este último se inserta en ella por un órgano determinado: la placa motriz. La impresión no se siente, según parece, más que por el paso del influjo nervioso de un neurona a otro. Los centros nerviosos de los movimientos reflejos son los centros de la medula especial y del bulbo, que presiden las funciones de la vida vegetativa y también, como se admite generalmente, los ganglios del gran simpático.

2.^a *Análisis del reflejo*. — Todo movimiento reflejo comprende, pues, una excitación, una reacción y un período de elaboración intermediario *que interesa los tres centros nerviosos*.

Los excitantes de los reflejos en general pueden ser simples acciones mecánicas o químicas (y entonces el movimiento presenta generalmente dos fases: una rápida, precoz, limitada a un grupo de músculos; la segunda, más general, tetánica y durable); o térmicas (muy débiles), o eléctricas. "Se puede admitir además que los cambios cuantitativos, y sobre todo cualitativos de la sangre que irriga las células nerviosas de la medula constituyen un

excitante." — Todas estas excitaciones no tienen relación con el reflejo *psíquico* más que en cuanto son *sentidas*, y todas las sensaciones pueden entonces constituir excitantes.

He aquí las principales leyes que ligan el movimiento a la impresión motriz excitativa, tal y como las establece *Richet*:

1.^a El movimiento de respuesta a la excitación es tanto más fuerte, en iguales condiciones, cuanto más fuerte es la excitación. Pero la naturaleza del elemento orgánico puede hacer variar la intensidad de este movimiento: "El movimiento de respuesta a la irritación es tanto más fuerte en irritaciones iguales, cuanto menos estable es el equilibrio de la célula; dicho de otro modo: cuanto más *excitable es la célula*. — El movimiento es, en irritaciones iguales, tanto más fuerte cuanto más repentina ha sido la irritación. — El movimiento de respuesta a una irritación muy breve dura mucho más tiempo que ha durado la irritación. — Fuerzas aisladas, que parecen impotentes, se hacen eficaces cuando son repetidas; porque, a pesar de su ineficacia aparente, han aumentado la excitabilidad del organismo (adición latente)."

2.^a En cuanto a la *elaboración consecutiva* a la excitación, se opera en los centros nerviosos de la medula o del bulbo.

"*Helmholtz* ha sido el primero en medir la rapidez de las acciones medulares; ha encontrado que esta rapidez era 12 veces menor que la de la transmisión en los troncos nerviosos. *Wundt* ha investigado cuál era el tiempo perdido de la acción refleja en la medula... El tiempo que transcurre entre la excitación de la raíz sensitiva y la contracción del músculo se compone de dos factores: $A \mp B$. Uno de ellos (*A*) puede ser determinado por una experiencia ulterior o anterior. Este es tiempo perdido, que depende de la transmisión motora y de la contracción del músculo. Si se deduce del total de tiempo perdido, observado este dato, se obtiene el tiempo perdido de la acción del centro (*B*). Sería de 0",008 a 0",015 en la rana

(Wund), de 0",05 en el hombre (Exner). La duración de la irradiación transversal sería más larga que la de la irradiación longitudinal." (Langlois y Varigny, *Physiologie*, 689.) Esta rapidez es, por otra parte, muy variable; es proporcional a la intensidad del excitante y a la excitabilidad de la medula (que varía según la circulación, la fatiga, el calor).

El centro reflejo "no envía solamente filamentos aferentes a los órganos que deben ser movidos, sino también dirige filamentos aferentes *hacia los centros superiores*, que, de esta manera, reciben impulsos de varios lados; estos impulsos tan pronto se fortifican, tan pronto se detienen mutuamente. El tiempo de detención que acabamos de analizar, y que es siempre un poco más largo en los reflejos psíquicos, parece permitir al impulso el ser modificado por el influjo de otros impulsos (cerebrales), antes de propagarse un poco más lejos. Y esta elaboración central de las excitaciones periféricas hace que el movimiento provocado por ellas sea determinado, no solamente por acciones puramente locales y momentáneas, sino, hasta cierto punto también, por influjos que provienen de todo el organismo". (Höfding, 47.) *Este influjo de los centros encefálicos es característico del reflejo psíquico.*

3.ª La *reacción* refleja resulta de la fusión de varias sacudidas o contracciones musculares elementales.

La fibra muscular no se contrae más que un tiempo apreciable después de la llegada de la onda nerviosa: 0",08 sobre poco más o menos; este tiempo se llama el *período latente*: "varía con los distintos músculos; corto para los músculos rápidos, largo para los músculos lentos (tortuga, caracol, 0",5)". Las *excitaciones se integran, por decirlo así, en el músculo y se añaden unas a otras*, para producir el movimiento final, resultante único. En efecto: se observa que las excitaciones, demasiado débiles para producir cada una de ellas una contracción, acaban, si se continúan rápidamente, por determinar la *adición latente* (Richet) o suma. Esta fusión elemental, esta síntesis originaria de las contracciones musculares, es la que nos

permite el comprender cómo se organizan todas en un movimiento *continuo* y *coordinado*, gracias a la inervación desprendida por la excitación.

B. ESTUDIO DEL MOVIMIENTO (EFECTO FÍSICO).—

1.º *Los aparatos de observación.*— Siendo conocido el órgano fisiológico del reflejo es preciso examinar ahora los movimientos mismos, “su rapidez, su duración, su dirección, su amplitud, su forma, su poder, su coordinación, su orden de sucesión, sus fases, etc.

”Instrumentos muy sencillos sirven para controlar la observación y experimentar sobre los movimientos; son éstos pesos, balanzas, compases, aparatos destinados a inmovilizar el brazo, reglas graduadas en centímetros y milímetros.— La *longitud* de un movimiento se aprecia, en ciertos experimentos, haciendo ejecutar el movimiento sobre una regla graduada, por ejemplo, por medio de una corredera que se pone sobre la regla... — La *fuerza muscular* puede ser apreciada con ayuda de un dinamómetro, de los cuales el más conocido es el de *Regnier*. Está formado por un resorte elástico ovalado que se coloca en la mano, y del cual se sirve uno haciendo un esfuerzo para aproximar las dos ramas en el sentido del pequeño eje del instrumento; la aproximación de las dos ramas se mide por la desviación de una aguja... — *Ciertos órganos ocultos a la vista directa* se observan con ayuda de instrumentos especiales; las cuerdas vocales, con ayuda de un laringoscopio, por ejemplo.— Los *métodos de inscripciones* tienen la ventaja de recoger una huella del fenómeno, huella permanente, que es la prueba de su existencia y permite el analizar los principales caracteres.” (Binet, *Psicología experimental*, 47.) El lápiz, la pluma, cogidos directamente por la mano, la tablilla de los *spirites* (tablilla triangular llevada por tres garruchas, que pueden moverse en todos sentidos, provista de un lápiz en su centro, y sobre el cual se apoya la mano), la pluma eléctrica compuesta “de una aguja animada, por corrientes, de un movimiento de vaivén vertical de extrema rapidez (diez mil pulsaciones, término medio, por mi-

nuto): mientras que la mano ejecuta los movimientos..., la aguja, que sube y baja sin cesar, perfora el papel de multitud de agujeritos más o menos espaciados". Si se entinta inmediatamente con un rodillo de imprenta, se obtiene la señal muy clara del movimiento y de la rapidez con que todas sus partes han sido ejecutadas, por la aproximación del picado. Como aguja que marcha con un movimiento uniforme, cuanto más aproximados están los puntos, más lento es el movimiento; con una lupa y un milímetro se puede medir la distancia exacta de dos puntos sucesivos y calcular la rapidez de una manera muy precisa. — Pero la anotación más perfecta la proporcionan los cilindros registradores, cuya superficie se halla ennegrecida por negro de humo, y que están animados con un movimiento de rotación y de traslación regular y conocido, de suerte que se sabe siempre la duración y la rapidez del fenómeno por la longitud de la inscripción. Además, en lugar de hacer impresionar directamente la superficie vecina por el trazado del movimiento mismo, "se dispone el experimento de manera que este movimiento se transmite a la columna de aire de un tubo de caucho. Este caucho se termina en la caja de un tambor registrador, caja metálica, una de cuyas paredes es una membrana de caucho tirante; los movimientos de esta membrana son comunicados, por una viola articulada, a una palanca, una de cuyas extremidades, tallada en puntas, inscribe sobre el cilindro; resulta de esta disposición que toda presión ejercida sobre la columna de aire contenida en el tubo de caucho se transmite por el tambor o palanca y cambia de sitio al estilete inscriptor. Para hacernos comprender mejor, supongamos que tenemos entre las manos la extremidad cerrada de un tubo de caucho, y que apretamos varias veces el tubo. La disposición experimental que acabamos de describir proporcionará informes numerosos y números sobre las pequeñas presiones ejercidas por nuestra mano. Primeramente, si no hacemos ningún movimiento, el estilete inmóvil trazará sobre el cilindro una línea recta; la trazará con una ra-

pidez uniforme, dando líneas iguales para tiempos iguales. Sobre esta línea trazada, que se llama línea de las abscisas, es como se medirá la duración de un fenómeno gráfico; conociendo la rapidez de rotación del cilindro, se sabrá lo que representa como tiempo un centímetro de la abscisa. Si se ejerce una presión, el estilete se elevará o bajará por encima de la abscisa, según la intensidad del fenómeno a que obedece. Como al mismo tiempo el cilindro continúa dando vueltas, resultará que el estilete no trazará simplemente una línea recta: trazará una curva (una sinuosidad), que expresa a la vez la intensidad del fenómeno y su duración.

“He aquí ahora los principales indicios que serán suministrados por el examen de esta gráfica: primeramente se podrá leer el número de los cambios del estilete por encima de la línea del tiempo, lo que permitirá contar sobre el trazado el número de las presiones; se podrá igualmente, conociendo la rapidez del cilindro, saber la duración de cada presión y la duración del intervalo que separa dos presiones consecutivas; se podrá valuar la fuerza de presión, saber si todas las presiones han sido iguales, cuál ha sido la más fuerte, teniendo en cuenta la amplitud de los cambios del estilete y de algunos otros elementos; se podrá, en fin, por la forma del trazado, saber si la mano ha temblado, cómo ha estado distribuída la fuerza de presión, y, en suma, se estudiarán todas las fases del movimiento... Los trazados obtenidos con este instrumento demuestran (en la escritura humana, por ejemplo) que se disminuye el esfuerzo de presión cada vez que se traza una curva o un ángulo; esta disminución de la presión, o cambio de dirección del trazo es constante, involuntaria... — En muchos aparatos de experimentación se substituye hoy, a la transmisión por aire, la transmisión eléctrica, que, después de la invención de las señales de *Déprez*, se ha hecho muy cómoda y segura... — Un tipo muy notable de registrar es el suministrado por la fotografía sin retocar, que da, con mucha menos probabilidad de error que el método gráfico, la

posición, la ectitud, la expresión, etc... Los trabajos recientes de los señores *Marey* y *Demeny* han extendido las aplicaciones de la fotografía al dominio de los estudios de observación, permitiendo retratar el movimiento, es decir, las fases sucesivas que presenta un objeto que se mueve... Su aparato cromofotográfico se compone de un aparato fotográfico que encierra un obturador de un género especial: es un disco que se mueve sobre un eje y agujereado por aberturas rectangulares; el disco da una vuelta completa en un segundo; detrás del objetivo se desenrolla una película sensible, que ofrece, a cada paso de una abetrura, una nueva banda para impresionar. La cromofotografía produce diez, quince y hasta sesenta pruebas por segundo; cada prueba tiene su fecha, de suerte que la cromofotografía da exactamente, a la vez, la forma y el tiempo." (Binet, *idem.*) La cinematografía puede reconstituir el movimiento con ayuda de estas pruebas.

2.º *Los resultados de la observación.*— Todos los resultados de la observación de los movimientos hechos con ayuda de estos aparatos confirman lo que ya nos había enseñado el estudio del fenómeno mismo. Un movimiento reflejo, que aparece a la observación sensible como un acto simple, inmediato, una distensión mecánica, es una realidad muy compleja. El movimiento se descompone en una infinidad de instantes elementales, de los cuales es síntesis y organización. Es una resultante muy lejana y que demuestra una notable coherencia en su composición. Se puede, pues, decir del movimiento elemental exactamente lo que hemos dicho de la afección elemental de placer y de dolor y de la sensación: *es una combinación, no un acontecimiento simple.*

Para los reflejos psíquicos, todas las gráficas que poseemos demuestran que el menor movimiento es efectuado con velocidades muy distintas, que tienen su razón en la naturaleza de la excitación y, por tanto, en el acto fisiológico que da lugar a ella.

IV. NATURALEZA DEL REFLEJO PSÍQUICO

A. EXISTE UNA SÍNTESIS GENERAL DE LA ACTIVIDAD PSICOLÓGICA ELEMENTAL. — Ya veremos, con ocasión de las manifestaciones más complejas de la motricidad (instinto y acto voluntario), que son la expresión de nuestra actividad psíquica total. Esta última converge enteramente hacia la motricidad. Ya comprobamos esta observación respecto del reflejo psíquico: supone una excitación, es decir, una representación, por vaga que sea, y un estado afectivo concomitante.

Asimismo, si tomamos los resultados del estudio fisiológico, vemos que el reflejo es, en suma, la función *elemental esencial del sistema nervioso*. Se halla figurado orgánicamente por el neurona entero, y, en sus aplicaciones sucesivas, por todos los elementos del sistema nervioso y su constitución: nervios sensitivos, centros, nervios motores.

B. PREDOMINIO DEL FACTOR AFECTIVO. — Como notaremos aún en todos los grados de la actividad, el estado afectivo tiene un influjo predominante: es *una tendencia al acto mucho más fuerte que la más simple representación de la excitación*, y si ésta no fuese acompañada de placer o de dolor, el movimiento consecutivo sería nulo o muy débil. Porque la cantidad de energía desarrollada por la excitación externa es demasiado mínima para producir el movimiento que le responde. Es un orden, una liberación, una causa ocasional, y nada más. Es preciso, pues, que se asocie a un elemento psicológico capaz de desencadenar la energía que se halla de reserva en el organismo. Ahora bien, lo que corresponde en la conciencia a este gasto de energía y al despertar de las tendencias motrices es, precisamente, el hecho afectivo. Decir que la excitación se liga a un hecho afectivo es decir que son evocadas entonces las tendencias y la energía necesarias al movimiento. La conciencia se encuentra siempre en presencia del orden siguiente: representación excitadora, es-

tado afectivo e imagen del movimiento, ejecución del movimiento.

Que se suprima el segundo de estos eslabones: la excitación permanece puramente representativa y no despierta el movimiento. Una representación que no provoca ya el miedo no suscitará ya los reflejos que antes arrastraba.

C. GÉNESIS DEL REFLEJO PSÍQUICO. — Hay más: el reflejo psíquico es una coordinación muy compleja de contracciones musculares. Ahora bien: *los estados afectivos* son los que explican *la combinación y la adaptación de las contracciones musculares, asignando así la forma y la dirección general del movimiento.*

Estos estados se hallan, en efecto, ligados: si son agradables, a un acto útil; si son dolorosos, a uno nocivo. Ahora bien, si nos representamos un ser rudimentario dotado solamente de movimientos de irritabilidad, un choque externo será seguido inmediatamente por la respuesta del organismo. Sus fibras musculares se contraerán primero al azar, de un modo puramente mecánico. Pero a ciertas contracciones que habrán servido al organismo corresponderá un estado agradable, que se asociará, a la vez, a la excitación, ocasión del movimiento, y a la imagen de este movimiento. Si la excitación se renueva evocará, a la vez, el recuerdo del estado agradable y la imagen motriz: ésta suscitará las contracciones que representa y le dejará ejecutarse, *encontrando un placer*. El dolor obrará en sentido inverso y por él serán reprimidas las contracciones inútiles o nocivas. Poco a poco, con la repetición, las contracciones útiles se coordinarán gracias a la imagen kinestésica, y las otras serán eliminadas. Automáticamente la excitación desencadenará el movimiento apropiado.

El placer y el dolor ofrecerán, pues, una verdadera selección entre los movimientos incoherentes originarios.

La adaptación se explica por este *mecanismo evolutivo*. El estudio de los movimientos en los seres inferiores y al principio de la vida de los seres más elevados lo con-

firma (movimientos esporádicos del recién nacido; primeros movimientos consecutivos al estado cataléptico en las observaciones de *Janet*, Cf. ch., II). Vemos, además, por la clasificación de los reflejos y las leyes que lo presiden, que el reflejo es, en su origen, puramente local; es una simple excitación que descarga la energía en la parte que afecta. En seguida se generaliza, irradiándose al azar; y, en fin, con los reflejos superiores reaparece una localización, pero adaptada esta vez: en todos los movimientos se ha operado una selección, para no dejar subsistir más que los que son útiles con relación a la excitación percibida.

D. EL MOVIMIENTO, CONDICIÓN PRIMORDIAL Y A LA VEZ MANIFESTACIÓN ÚLTIMA DE LA VIDA FISIOLÓGICA. — Por este estudio general del reflejo psíquico se ve que, si es la resultante de toda la vida psicológica elemental la motricidad simple, la irritabilidad orgánica debe, sin embargo, preceder al despertar de la vida consciente y debe ser la condición necesaria de esta vida. "La energía almacenada en todo el organismo puede descargarse con ocasión de influjos químicos internos, sin excitación de fuera."

Alejandro Bain ha sostenido que los primeros movimientos eran siempre de esta especie... El organismo se ponía en movimiento sin esperar los impulsos de fuera (movimientos del feto, viva necesidad de movimiento de los animales jóvenes y de los niños). El movimiento inconsciente precede, pues, a toda representación y a toda afección. Ya *Fichte* sostenía que lo que existía primeramente en nosotros era un esfuerzo para obrar, esfuerzo dado antes que la conciencia del mundo real y no pudiendo deducirse de él.

"Así como en la mitología griega Eros aparece, a la vez, como uno de los más antiguos y uno de los más jóvenes entre los dioses, así también en psicología se puede, según el punto de vista que se adopte, considerar la voluntad (motricidad) como la más primitiva, o bien, como la más compleja y la más derivada de todas las manifestaciones psíquicas." (*Höffding*, 406.)

CAPÍTULO XXIV

LA ACTIVIDAD MOTRIZ ESPONTANEA. EL INSTINTO

I. *Descripción y definición.*—A. Caracteres que distinguen el instinto del reflejo: a) Complejidad. b) Conciencia en la adaptación. c) Espontaneidad. d) Intermitencia.—B. Del acto voluntario. e) Automatismo. f) Perfección inmediata. g) Herencia. h) Relación con la especie. i) Caracteres atribuidos de ordinario al instinto y que en realidad no posee.

II. *Condiciones psicológicas.*—A. Imágenes motoras.—B. Elementos representativos de excitación.—C. Elementos afectivos: su predominio.

III. *Condiciones fisiológicas.*—A. Condiciones orgánicas.—B. Los movimientos en el instinto.

IV. *Naturaleza del instinto.*—A. Es una síntesis de la vida psicológica espontánea.—B. Predominio de los hechos afectivos.—C. Su papel en la formación de los instintos primarios y secundarios.

V. *Hipótesis generales sobre el instinto: Hábito e instinto.*—A. Teorías finalistas: a) Primera forma. b) Segunda forma.—B. Mecanismo y evolucionismo.—C. Conclusiones generales.

I. DESCRIPCIÓN Y DEFINICIÓN

Parece muy difícil, si no imposible, distinguir el instinto del reflejo: "La lapa se adhiere a la roca para que la ola no la arrebatase. ¿Es un reflejo o un instinto el que la hace reforzar su adhesión a la piedra cuando llega la ola? El cangrejo, cuando cogen una de sus patas, puede separarla él mismo de su cuerpo por una contracción enérgica, y librarse así para volver a su retiro. ¿Es este un

reflejo o un instinto?... Pero, aunque la transición sea a veces imposible, se ve muy bien, tomando los casos extremos, lo que es la acción refleja y lo que es el instinto. El contacto de la conjuntiva que produce el guiño es, seguramente, un reflejo; la construcción de un nido por el pájaro es, seguramente, un instinto." (*Richet*, 71 y 94.)

A. CARACTERES QUE DISTINGUEN EL INSTINTO DEL REFLEJO. — *a)* El carácter general y superficial que nos suministra una primera demarcación es la complejidad del acto instintivo con relación al acto reflejo. Llamamos instintivo, no a un movimiento, por extendido que se halle, que sigue a una excitación, sino a una serie regular y fatal de movimientos de este género, que parecen todos consecuencia unos de otros y constituyen todos unidos un conjunto, un acto bien determinado. *Es una especie de concatenación regular que no es interrumpida, y los movimientos suceden a los movimientos, llamados los unos por los otros (Richet)*. Esta complicación del acto trae consigo diferencias más profundas y más características, desde el punto de vista psicológico.

b) El acto reflejo no hace intervenir a la conciencia más que en su origen y a su término: en la excitación, y la repercusión consciente, la imagen del movimiento ejecutado. El movimiento mismo es automático, está por completo fuera de la conciencia, lo que se comprende por su simplicidad relativa: su forma se encuentra determinada por la organización misma del ser. Sin embargo, en los reflejos de adquisición —los más elevados de todos— se diría que hay ya una sorda conciencia de la adaptación del movimiento. Pero es aún más bien un resultado que un factor neto. Ahora bien: precisamente es la aparición de la conciencia en la adaptación como factor necesario la que va a servirnos para diferenciar el *instinto* del reflejo: "El acto reflejo es una adaptación neuromuscular, no mental, a excitaciones apropiadas; el acto instintivo es esto y algo más: hay en él un elemento mental... La línea que, *en teoría*, debe ser mirada como si los separase, está constituida por la separación de las adaptaciones incons-

cientes, de las adaptaciones en las que se encuentra la conciencia." (*Virchow, Romanes.*)

Así, otro término psicológico es la serie de los movimientos instintivos; en lugar de ser una respuesta automática implica una representación, por oscura que sea, de su encadenamiento. Esto es lo que aproxima el instinto a la memoria motriz y hace que implique a ésta. Es preciso que una serie de imágenes kinestésicas sea dada en la conciencia del individuo para que el conjunto de los movimientos que constituyen el acto instintivo se sigan regularmente y converjan hacia un mismo fin. Sin ella tendríamos, no un encadenamiento regular, rítmico, sino un caos incoherente de movimientos, como los de una lombriz de tierra que se trata de mutilar.

Alrededor de esta diferencia psicológica capital vienen a agruparse otras.

c) El acto reflejo exige una excitación relativamente fuerte y la intensidad de la respuesta es proporcional, en cierto modo, a la intensidad de la irritación, mientras que el acto instintivo puede ser provocado por una irritación única casi nula... (*Richet, 94.*) El acto instintivo parece emanar, la mayor parte de las veces, de una excitación toda interna y de tendencias afectivas, sin estímulo externo. El pájaro ve constantemente briznas de hierba; sin embargo, los actos que le hacen construir su nido con esas briznas sólo aparecen en un momento dado; obedecen, pues, a una excitación interna independiente de esta percepción visual. Tienen también un carácter *absolutamente espontáneo*.

d) El instinto, por consiguiente, no se manifiesta sino en movimientos precisos de la vida del individuo, determinados por su estado interno, y no constantemente como el reflejo: "Sea cualquiera el estado de la urraca, tendrá siempre el reflejo del guiño de los ojos, mientras no salta sobre el gusanillo más que si tiene hambre, y no construirá su nido más que en una época precisa." (*Idem.*)

Complejidad, adaptación relativamente consciente, espontaneidad, intermitencia: he ahí, pues, lo que distingue

al instinto, diferenciándole del *reflejo*. Pero su descripción no está terminada con esto; hay aún otros caracteres más positivos, que hacen una manifestación bien determinada de la motricidad psicológica y le distinguen de las manifestaciones superiores o *voluntarias*.

B. CARACTERES QUE LE DISTINGUEN DEL ACTO VOLUNTARIO. — e) El instinto permanece automático como el reflejo y el ser no muestra ninguna iniciativa, ninguna inteligencia del fin; es *ciego*: la conciencia no interviene más que como *representativa* de la adaptación, y no como *inventiva*. Lleva la imagen de los hechos en un orden fatal; no los escoge ni los dispone; es reproductora, no creadora. Los numerosos *errores* del instinto lo muestran muy bien: "El reverendo M. *Bercan* y la señorita C. *Shuttleworth* me escriben, cada uno por su lado, que han visto abejas y avispa acudir a imágenes de flores sobre los papeles pintados de las habitaciones... *Swaissson* cita un caso análogo en un vertebrado: un papagallo de Australia, cuya alimentación se compone de hojas de eucalipto, fué encontrado cuando intentaba alimentarse con las flores representadas sobre un vestido de indiana de colores." (Romanes, *Evolución mental de los animales*, 162.) Una abeja deposita en una celda cuyo fondo se haya quitado la misma cantidad de miel que en todas las demás. Después de lo cual, la celda es tapada otra vez con la cera, como si hubiese conservado su contenido. El carácter de fatalidad que aproxima el instinto del reflejo produce igualmente notables consecuencias.

f) Entre éstas se puede citar la *perfección inmediata* del acto instintivo. Se desarrolla sin vacilación ni tanteo, desde el primer movimiento hasta el último; no podría haber vacilación, puesto que para esto sería preciso que tuviese conciencia, más o menos clara, del fin que debe conseguirse.

g) Por consiguiente, el instinto no puede ser el resultado de la educación o de la imitación, porque esto supondría un progreso y, por tanto, actos más o menos perfectos. Es necesariamente *hereditario*, y aparece a una

hora dada, en virtud de una necesidad superior: "Como ejemplo de destreza no adquirida puedo citar el caso siguiente: Coloqué cuatro ánaes, que sólo tenían un día, al aire libre por primera vez. Uno de ellos alargó casi inmediatamente el pico y atrapó una mosca al vuelo... Una abeja joven, en cuanto sus alas se deslignen, robará miel y construirá una celda tan bien como la habitante más vieja de la colmena." (*Romanes*, 158.)

h) El instinto se halla, pues, fijado por esto en la constitución orgánica del individuo; por eso todos los seres de la misma constitución poseen instintos análogos; el instinto va unido a la especie, no al individuo.

i) Es fácil ver por este análisis que el instinto recuerda claramente por sus caracteres el aspecto de todas las combinaciones psicológicas espontáneas. Es, en el orden del movimiento, lo que la emoción es en el orden afectivo y la percepción en el orden representativo. Parece simple, primitivo, irreductible, porque, como la conciencia, no interviene jamás en su elaboración actual; la observación no le obtiene más que como un todo dado inmediatamente.

Así, la descripción clásica del instinto, que, como la descripción clásica de la emoción y de la percepción, se abstiene de remontar en el análisis a las condiciones del fenómeno, le presenta como *inmóvil* y *uniforme* (no podría sufrir ninguna variación), *infallible* (inmediatamente adaptado a las necesidades del individuo) y *especial*, al fin al cual se halla adaptado. Estos caracteres, que harían del instinto una obra misteriosa de la Naturaleza, fijada para siempre en las leyes inamovibles y eternas, se ha esforzado la ciencia por aclararlos y explicarlos, y aquí también lo ha logrado, *determinando las condiciones de la actividad instintiva*, mostrando que sólo existía en ello el resultado de una elaboración muy lenta, de una combinación, cuya complejidad creciente oculta la formación.

II. CONDICIONES PSICOLÓGICAS

A. IMÁGENES MOTORAS. — La complicación del instinto da, ciertamente, una serie de imágenes motoras asociadas indisolublemente en la conciencia. La oruga a quien se interrumpe en su trabajo de tejido en un momento dado, no puede volver a empezarlo sino en el estadio preciso en que ha sufrido esta interrupción, lo que prueba que todos sus movimientos son conducidos por una asociación fija, fatal, de tendencias o de imágenes kinestésicas.

B. ELEMENTOS REPRESENTATIVOS DE EXCITACIONES (PERCEPCIONES). — Las imágenes motoras se desarrollan siempre con ocasión de una excitación externa. Esta excitación es menos mecánica y más compleja que para el reflejo: es la percepción de un objeto o de un conjunto de objetos; y el instinto no puede desarrollarse más que si a cada instante vienen, en algún modo, a alimentarle y suscitarle percepciones visuales y a provocar las distintas tendencias, de las cuales es él una manifestación. Ahí está, como hemos visto, la diferencia capital del instinto y del reflejo desde el punto de vista psicológico. La organización de los movimientos exige la intervención de la percepción. Es necesario, por ejemplo, que el pájaro perciba los elementos propios a la edificación de su nido; que la abeja escoja las flores propias para la fabricación de la cera y de la miel. No es necesario, por otro lado, exagerar la parte de la conciencia en la motricidad instintiva, como algunos, que quisieran identificar el instinto y el acto inteligente o voluntario, lo han hecho. El instinto deja siempre un gran lugar a lo inconsciente: "Siempre hay intermediarios omitidos que no pueden descubrirse más que por investigaciones fisiológicas o sociológicas. Por esto es por lo que hemos definido el instinto como *una acción hacia un fin del cual no se tiene conciencia*. La intervención de la conciencia es determinada en parte por motivos inconscientes y deja igualmente tras sí esfuerzos inconscientes. (Höfding, 96.)

C. ELEMENTOS AFECTIVOS: SU PREDOMINIO. — Pero estas percepciones excitadoras no son suficientes para engendrar el instinto, puesto que éste no aparece más que en ciertas épocas determinadas. La vista o el olor de la presa no suscitarán el instinto de la caza más que si el animal tiene hambre. Es necesario, pues, que el estado general del ser tenga una cierta tonalidad afectiva —bien manifiesta en los instintos que se refieren a la reproducción— para que la percepción despierte el instinto.

Debe asociarse, en efecto, a una serie de tendencias motoras, y estas tendencias no pueden aparecer más que si se produce al propio tiempo un estado, que será, en general, del orden de la emoción. En seguida se desarrollarán todos los movimientos, que no son más que la expresión exterior de la emoción misma. La emoción se intercala, pues, necesariamente en la conciencia, entre la representación y el movimiento.

III. CONDICIONES FISIOLÓGICAS

A. CONDICIONES ORGÁNICAS DE PRODUCCIÓN. — Desde el punto de vista fisiológico, la única línea de demarcación entre el reflejo y el instinto es que este último es más complejo y más activo, aun conservando, en general, los mismos caracteres de fijeza y de necesidad. Un órgano infinitamente más complejo que los centros reflejos interviene, pues, aquí: el cerebro. Todos los experimentos muestran que sus lesiones, sus enfermedades, alteran directamente la motricidad instintiva. Y este órgano, a causa de su riqueza en células, puede dirigir la multitud de movimientos que componen los actos instintivos.

Debemos comprender esta coordinación orgánica del mismo modo que hemos procurado explicar las asociaciones fisiológicas necesarias a la percepción, según el *esquema de Meynert*. Las fibras asociativas, uniendo centros motores en gran número y centros sensitivos, permiten una asociación motriz complicada, unida a un conjunto

de excitaciones, puesto que la onda nerviosa se propaga más fácilmente, según ciertas vías preestablecidas.

Le Dantec ha expuesto una hipótesis ingeniosa, a propósito de estas asociaciones preestablecidas. Se ha visto, por las observaciones recientes y opuestas de *Ramón y Cajal* y de *Apathy*, que ciertas preparaciones manifiestan claramente la discontinuidad de los diferentes neuronas, y otras parecen, por el contrario, mostrar anastomosis, una continuidad real entre ciertos elementos nerviosos. La onda nerviosa, por una propagación repetida de unas fibras a otras, acabaría por soldarlas, y entonces tendríamos un acto instintivo, desencadenándose *total y fatalmente*, después de la conmoción de ciertos centros. Estas anastomosis no son más difíciles de comprender que las que se realizan entre las arteriolas y las venillas, entre los huesos después de una rotura o por una contigüidad mucho tiempo mantenida; el sistema nervioso, por otra parte, parece muy plástico y se presta eminentemente a los experimentos de injerto animal.

¿A qué parte del encéfalo, hemisferio o cerebro medio se halla ligado el instinto? Aun no se ha dilucidado la cuestión: "*Flourens* había ya demostrado que la ablación de los hemisferios suprime el instinto de nutrición y el instinto sexual. *Goltz* dice que muchos de sus perros, después de la ablación de las partes más considerables de la corteza cerebral, no manifiestan, como antes, repugnancia por la carne de perro. Pero, por otra parte, los instintos se manifiestan también muy claramente en aquellos seres cuyos hemisferios cerebrales no tienen ninguna importancia (instinto de nutrición de los recién nacidos). Es, pues, probable que algunos movimientos instintivos puedan provenir también de los centros inferiores del encéfalo." (*Höfding*, 411.)

B. LOS MOVIMIENTOS EN EL INSTINTO.— Los movimientos se descomponen en una multitud de movimientos particulares del orden del reflejo. Se estudian, pues, del mismo modo y con los mismos aparatos. La cromofotografía, la cinematografía, son, sobre todo, preciosas para

representar la continuidad de los movimientos. *Marey* ha hecho aquí notables trabajos sobre la locomoción y el vuelo. Por otra parte, solamente movimientos instintivos muy simples, como éstos, pueden estudiarse con interés y provecho. El estudio de los movimientos más complicados no nos muestra más que una serie de movimientos simples, estudiados separadamente ya en la motricidad refleja elemental.

IV. NATURALEZA DEL INSTINTO

A. EXISTE UNA SÍNTESIS DE LA VIDA PSICOLÓGICA ESPONTÁNEA. — Así como el reflejo no es otra cosa sino el conjunto de la vida psicológica elemental, del mismo modo el instinto reúne en torno de los movimientos que le constituyen el conjunto de los elementos psicológicos espontáneos (percepciones y emociones), que sólo hemos separado por un artificio de análisis. La percepción y la emoción, siempre íntimamente ligadas una a otra, conducen a un acto de instinto o, más bien, son sus momentos preparatorios. Las necesidades vitales las han hecho evolucionar progresivamente para guiar, coordinar y desarrollar el movimiento mismo. La percepción, como hemos dicho, no retiene de las cosas más que lo que interesa a la práctica. En cuanto a la emoción, se halla por entero en las tendencias motoras que suscitan el instinto: es su aspecto subjetivo en presencia de las circunstancias exteriores.

Esta convergencia de la vida psicológica espontánea hacia el instinto, que con frecuencia hace que designe entera bajo este nombre, en particular cuando se trata de la animalidad, no sale de la espontaneidad. Se opone entonces el instinto a la inteligencia, es decir, al conjunto de la vida consciente elaborada y reflexionada, que se expresa por la actividad voluntaria; pero no hay entre ellos, como se ve, más que una diferencia de grado y no de naturaleza.

B. PREDOMINIO DE LOS HECHOS AFECTIVOS. — Está fuera de duda, por otra parte, que son los fenómenos afectivos los que más influyen, con mucho, sobre el impulso instintivo. Cuanto más obedece un ser el instinto más emotivo es.

El hombre primitivo, el niño, el animal, tienen una vida mucho más afectiva que intelectual. La acción instintiva, el impulso irreflexivo, que arrastra de una manera inconsciente e irresistible, es siempre el efecto de una pasión o de un sentimiento muy vivo y nunca de una deliberación reflexiva. Es que precisamente la emoción es el desencadenamiento de todas las tendencias motoras, a continuación de las representaciones que las provocan. La atenuación o la desaparición de la emoción arrastran la detención del movimiento.

C. SU PAPEL EN LA FORMACIÓN DE LOS INSTINTOS PRIMARIOS Y SECUNDARIOS. — El origen del instinto puede describirse bastante fácilmente desde un punto de vista puramente psicológico, aun cuando desde el punto de vista filosófico haya levantado graves controversias. Son siempre los hechos afectivos los que explican cómo movimientos reflejos pueden seleccionarse, combinarse y organizarse, en vista de un fin útil para el individuo, y constituir, finalmente, un acto instintivo ligado a las necesidades vitales. Si movimientos reflejos concurren a un fin útil, serán repetidos a causa de su carácter agradable y se asociarán juntamente por la ley de asociación afectiva; los movimientos nocivos se eliminarán poco a poco, evitando el ser el dolor que arrastran: "Si se halla dotado de memoria, estos reflejos psíquicos tomarán una prodigiosa complicación... Seguramente la memoria no puede crear nuevas emociones ni cambiar de punta a cabo la respuesta motora consecutiva de una emoción determinada. Pero puede establecer las relaciones imprevistas entre un excitante y una emoción determinados." (*Richet.*) Así, ciertas series de movimientos complicados y muy lejanos, que se mandan automáticamente unas a otras, acabarán por construirse. Estos movimientos dejarán en la concien-

cia una serie paralela de imágenes motoras, bien *encadenadas*, que permitirá reejecutarlas fielmente. La repetición, la imitación, después la herencia, los fijarán en la especie, y tendremos actos que presenten todos los caracteres del instinto.

Como se ve, el instinto no es más que una serie de reflejos de adquisición, combinados juntamente según el mismo proceso psicológico y que se fijan orgánicamente. Todas las transacciones se observan entre dos fenómenos, y el último no es más que la complicación del primero.

Por un procedimiento idéntico es como los instintos primarios, una vez formados, se modifican, cuando el medio quiere cambiar, si este cambio es lo suficientemente poco sensible, a fin de no presentar un peligro inmediato para el individuo; cuando las excitaciones nuevas produzcan nuevos movimientos y deformen, en cierta medida, una antigua trama. Los que vayan seguidos de consecuencias nocivas, que partan de estados dolorosos, se eliminarán, y los que sean útiles producirán satisfacción y se agregarán a los antiguos en una nueva serie. El instinto se transformará, pues, poco a poco.

En fin: cuando llegamos a una vida psicológica superior con los animales que podemos llamar *inteligentes*, como ciertos insectos y la mayor parte de los pájaros y los mamíferos, las excitaciones externas producen en la conciencia representaciones más exactas, más completas, despiertan recuerdos cada vez más numerosos; y el instinto se forma con frecuencia después de verdaderas concepciones representativas —confusas y limitadas a la verdad—, pero en las que el movimiento está guiado y elaborado en su *origen* de una manera consciente, después fijado poco a poco por el *hábito* y la *herencia*. Estos son los instintos secundarios: selecciones y coordinaciones operadas entre los reflejos, no ya solamente por las tendencias afectivas, sino con una *concepción vaga del fin perseguido*, una adaptación en parte reflexiva y deseada en los primeros momentos.

La evolución del instinto nos demuestra, pues, una serie

de actos que se alejan cada vez más del aspecto reflejo, y por grados se aproximan a un acto que parece responder a un fin consciente por medios escogidos inteligentemente; en una palabra: a un acto voluntario.

V. LAS TEORÍAS DEL INSTINTO Y SUS RELACIONES CON LAS TEORÍAS DEL HÁBITO

El hábito aproxima singularmente los movimientos voluntarios e inteligentes a los movimientos instintivos, al automatismo. Un movimiento se produce con atención y esfuerzo, por ejemplo los movimientos con ayuda de los cuales manejamos un florete en una lección de esgrima; toda nuestra voluntad se halla en tensión para darle las cualidades reclamadas por el profesor. Poco a poco aprendemos a ejecutar estos movimientos, por su frecuente repetición. Se convierten en automáticos y, gracias al hábito, se asemejarán completamente a un acto instintivo. Este movimiento habitual será para el individuo lo que el instinto es para la especie, un poco más inestable y temporal; he ahí todo.

El hecho de que los hábitos motores son, en su origen, actos inteligentes y voluntarios; el hecho de que parezcan intermediarios entre el instinto y la inteligencia, entre el automatismo y la voluntad, ha sugerido una explicación del instinto que contradeciría lo que acabamos de decir sobre la naturaleza de este fenómeno. Aun cuando sea más metafísica que psicológica, esta explicación no se ha abandonado aún completamente. No tiene, sin embargo, más que un interés histórico; he aquí sus grandes líneas: La adaptación casi perfecta de los movimientos instintivos no parece poder explicarse más que por una conciencia muy clara de su utilidad y de su fin. Ahora bien: el instinto, si es perfecto, es también inconsciente de su fin. Es preciso, pues, suponer que esta conciencia ha existido y que, gracias al hábito, que tiene, entre otras propiedades, la de embotar progresivamente la conciencia, ha

desaparecido. En lugar de ver como nosotros en el automatismo el origen de la actividad motora, no sería preciso ver más que su degradación.

Bajo una forma tan radical la doctrina no ha sido nunca sostenida, porque conduce a atribuir a ciertas especies animales que poseen maravillosos instintos una inteligencia en otro tiempo maravillosa y hoy totalmente desaparecida. Así, para evitar este grosero tropiezo, se ha relacionado de un modo bastante místico la conciencia del fin a la creación de la materia viva y de las especies animales por una providencia soberanamente inteligente. La espontaneidad de la vida no es más que la marca impresa a la materia viva por esta actividad inteligente. Los que encuentran esta aplicación demasiado antropomórfica han hecho de este principio activo y providencial, pero de un modo aún más místico, un principio inconsciente que penetra toda la naturaleza y es, por su actividad segura y perfecta, muy superior en sí a la conciencia. La conciencia sería un signo de imperfección más bien que una señal de superioridad.

Una y otra tesis, sin embargo, siguen una dirección general. Explican el instinto por su objeto; su *fin*, por el hecho de que se halla maravillosamente apropiado, adaptado, y que esta adaptación, como lo demuestra en nosotros de un modo groseramente aproximado al hábito, solamente puede resultar de un acto inteligente en su origen y que dispone los órganos en vista de un fin; así, estas dos tesis pueden llamarse *finalistas*. Se oponen a la teoría *biologista* y *mecanicista*, que desarrolla el principio que hemos establecido antes y explica el instinto por una selección natural entre los movimientos más o menos incoordinados que suscitan en un ser, dotado de motricidad refleja, las circunstancias complejas en las cuales está llamado a vivir.

A. HISTORIA: HIPÓTESIS FINALISTA. — a) *El reflejo deriva de una actividad inteligente. Primera forma de la teoría finalista. — Teoría de Ravaisson.* — La primera forma de la teoría finalista restablece, bajo la inconscien-

cia y la fatalidad aparente de los movimientos instintivos, "el factor espiritual, el deseo, la tendencia, el principio de dirección. *Ravaisson* ha buscado en el hábito un término medio que permite reunir los términos extremos que en conjunto, a primera vista, parecen oponerse: la inteligencia y el instinto... *Ravaisson* espera descubrir en él, por la reflexión, la esencia metafísica de la actividad, que es la de toda la naturaleza". (Janet y Séailles: *Histoire de la Philosophie*, 58.) "A medida que se borra el esfuerzo en el movimiento y que la acción se hace más libre y más pronta, se convierte, cada vez más, en tendencia, una inclinación, que sólo espera el mandato de la voluntad que le previene, que con frecuencia hasta se evade de la voluntad y de la conciencia. Así, en la sensibilidad, en la actividad, se desarrolla igualmente por la continuidad o la repetición *una especie de actividad oscura*, que previene, cada vez más, aquí al querer y allí a la impresión de los objetos exteriores... Así la continuidad o la repetición rebaja la sensibilidad, exalta la motilidad, pero por *una sola y misma causa*: el desarrollo de una *espontaneidad irreflexiva*, que penetra y se establece cada vez más en la pasividad de la organización, fuera y por debajo de la región de la voluntad, de la personalidad y de la conciencia." (*Ravaisson: L'Habitude*, 25.)

El hábito nos ayuda a comprender el instinto, porque revela la manera como procede la naturaleza, desde que la voluntad no obrando sobre sí, es la naturaleza misma la que obra. El instinto no es más que la actividad propia de la naturaleza, porque la naturaleza no es en el fondo más que finalidad, inteligencia y deseo.

b) *La finalidad inconsciente. — Teoría del idealismo alemán.* — Pero la observación parece concordar mal con una finalidad tan consciente. El instinto es con frecuencia *ininteligente* y malgasta su fuerza, bien inútilmente a veces. No es perfecto más que para un observador superficial. Parece, pues, difícil hacer derivar la motricidad *elemental* "de la actividad *superior* del espíritu, disminuída y concentrada". También la filosofía alemana ha visto ahí una



finalidad inconsciente: perseguir fines sin conciencia; tal es el tipo de la actividad original y universal de la naturaleza: "El instinto plástico —dice *Hegel*— es análogo al entendimiento consciente; pero no hay que representarse por esto la actividad final de la naturaleza como un entendimiento que tiene conciencia de sí mismo; es un obrero sin conciencia." Y *Schopenhauer*: "Parece que la naturaleza ha querido proporcionarnos un comentario brillante de su actividad productiva en el instinto artístico de los animales; porque éstos nos muestran de la manera más evidente que hay seres que pueden trabajar por un fin con la mayor seguridad o precisión sin conocerle, sin tener la menor representación suyo." (Janet y Séailles, *Ibidem*, 60.) En fin, *Hartmann* hace de lo Inconsciente una realidad superior, principio de toda actividad natural; una finalidad inmanente a todos los seres, y verdaderamente fundamental.

En resumen: los impulsos instintivos y reflejos son especies de ideas substanciales conscientes o inconscientes; "de pensamiento perdido, desvanecido, confundido en un objeto".

Las teorías de los naturalistas del siglo XVIII son igualmente teorías finalistas, pero entendidas de una manera más científica. Una de las más conocidas y más completas, la de *Cuvier*, destruye la proposición actual: la función crea el órgano, sosteniendo que el instinto está determinado por la forma del organismo; porque el castor tiene una cola en forma de llana de albañil es por lo que construye diques para ampararse contra la corriente. Como el organismo se supone inmutable en el espacio y realizado sobre un plan impuesto por el Creador (o por la naturaleza, *Buffon*), el instinto se halla bien determinado por una consideración finalista.

Los *neovitalistas* contemporáneos, que consideran la actividad fisiológica como una energía específica e irreductible, la energía vital, se ven conducidos a hacer del instinto la manifestación inmediata de esta energía y a adoptar una finalidad inconsciente, y que se aproxima

mucho a las teorías metafísicas de que acabamos de hablar.

Muy vecina aún de éstas es la teoría de *Bergson*. Hace del instinto el modo de acción de la vida misma en lo que tiene de más profundo, el aliento *vital* creador de los seres. Este modo de acción puede ser hasta superior a la inteligencia racional, que no es más que un instrumento apropiado al solo medio material.

B. TEORÍA ACTUAL: MECANISMO Y EVOLUCIONISMO.— En oposición radical con esta tendencia se halla la hipótesis mecanicista, derivada en general de la *biología*. *Condillac* la ha bosquejado suponiendo que el instinto se deriva del *hábito*, pero *considerada esta vez* únicamente como una memoria motora, una anotación de los experimentos individuales que educan al individuo, y no como un principio de actividad. El hábito es algo absolutamente mecánico, la consecuencia de la *inercia* de toda materia, que obedece al impulso exterior sin reaccionar. Esta teoría ha sido notablemente desarrollada por el evolucionismo y los naturalistas modernos. Vuelve a tomar pura y simplemente las explicaciones científicas que hemos expuesto en *Psicología*: y en esto es en lo que consiste su fuerza. Dadas las condiciones de reflejo y del instinto, éstos son su resultado inmediato y necesario, sin hacer intervenir otros principios.

El ser vivo se halla dotado de motilidad entre estos movimientos; los unos son nocivos, provocan la alteración o la destrucción del ser; no serán, pues, comenzados otra vez. Por el contrario, los movimientos útiles, y por tanto agradables, volverán a comenzar: Las descargas nerviosas que los producen se repetirán y seguirán las mismas vías: poco a poco estas vías se delimitarán en el individuo de una manera cada vez más precisa, desarrollándose la función con el órgano. Los tejidos se diferenciarán y se organizarán en vista de estos movimientos. Así es como se hará la adaptación del ser y de su organismo al medio. Únicamente el influjo de las causas exteriores y anteriores habrá determinado movimientos que parecen, a un

observador superficial, creados para responder a fines definidos, si toma el hecho fatal por una causa inteligente y voluntaria.

Esta teoría explica, pues, únicamente por el mecanismo, es decir, por la sucesión natural de los fenómenos que se transforman de una manera continua y necesaria los unos en los otros, la formación de los movimientos psicológicos más complicados, y *de sus órganos*. Una vez dada la materia viva, ésta adquirirá poco a poco, por determinaciones recíprocas del medio y de su propia constitución, movimientos reflejos o instintivos, mientras que tomará, también poco a poco, la forma y la constitución orgánicas necesarias a la producción de estos movimientos. Así se explican las distintas actividades y los distintos tipos de seres vivos que nos presenta la naturaleza partiendo de una materia viva, originariamente mucho menos diferenciada y sin movimientos coordinados de una manera tan precisa.

Herencia. — Añadamos, por otra parte, que los primeros organismos rudimentarios, cuando se hacen demasiado voluminosos para las condiciones de equilibrio del medio en que se encuentran, se dividen mecánicamente, guardando cada parte las propiedades adquiridas por el todo, tendiendo a desarrollarlas en el mismo sentido, si permanece sometida a las mismas acciones exteriores. La división es la primera forma de la *reproducción*, que no es más que una transformación del mismo ser. Esta función ha añadido un factor poderoso a la evolución. En efecto: los seres en los cuales los movimientos útiles se hallan mejor organizados para un medio dado, poseyendo menos probabilidades de ser destruidos ellos y sus descendientes, han perpetuado sus formas y sus instintos, mientras que los otros desaparecen cada vez más. Gracias a la concurrencia vital, es decir, a las probabilidades de seguir en un medio dado, se verifica naturalmente una elección, un escogimiento, una *selección*. Los más aptos han sobrevivido y se han reproducido, y así es como vemos hoy especies vivas profundamente diferenciadas, formadas cada una

de animales sobre poco más o menos idénticos por su constitución y sus instintos, hallándose ligados éstos a aquélla. La reproducción hace fatalmente *hereditarias* las propiedades útiles. La herencia es también una consecuencia de la evolución y la ayuda a su vez.

C. CONCLUSIONES GENERALES SOBRE ESTAS HIPÓTESIS. — *a) Decadencia histórica del finalismo.*—Vemos que la teoría de la evolución explica por medio del mecanismo más riguroso, *sin hacer intervenir ninguna finalidad*, la formación de la motricidad automática. Científicamente, la explicación es indiscutible en sus grandes líneas. La idea de finalidad ha desaparecido completamente ante la observación y la experiencia. En todas partes pueden explicarse las cosas por sus solas condiciones *anteriores* de una manera satisfactoria.

Está lejos de haber sido siempre así. El progreso de las ciencias ha sido, por el contrario, una lucha constante contra la finalidad. La ciencia griega, casi toda entera metafísica con *Platón* y *Aristóteles*, consideraba a la naturaleza como un sistema armónico, en el que todo se explicaba por medio de fines inteligentes.

La escolástica conservó esta concepción que se aliaba muy bien con las ideas religiosas. El mundo se imaginaba como una jerarquía de fines al servicio unos de otros, y en particular al servicio del hombre, y de los designios de la divinidad, que tenía por objeto el bien del hombre. Pero con los sabios del Renacimiento, *Vinci*, *Galileo* y sus sucesores *Bacon*, *Pascal* y *Descartes*, los principios de la explicación mecánica del universo, fueron asentados, justificados por la experiencia, legitimados por el razonamiento.

El dominio de las causas finales fué entonces reducido a la explicación de la vida y de la conciencia. Aún *Kant* no le consideró sino como provisional; la idea de finalidad le pareció más bien reguladora que explicativa. *Claudio Bernard* y la mayor parte de los fisiólogos y naturalistas aun sacrificándola cada vez más y procurando prescindir de ella todo lo posible, la mantuvieron aún para explicar

el plan típico de las especies, así como la adaptación orgánica de las partes al todo, y de los movimientos instintivos a las condiciones del medio. Se representaban las especies vivas, como realizando cada una un tipo, una idea directora, que mantenía los fenómenos mecánicos en cierta dirección y en una conexión particular. Todo se explicaba mecánicamente, salvo la combinación de los distintos fenómenos entre sí.

Esta combinación, de la cual la *evolución* ha dado, por último, una explicación mecánica, es la que parece fuera de duda sobre el terreno científico. Todos los fenómenos de la vida, y en particular la actividad motora, se hallan condicionados por un mecanismo riguroso.

La actitud científica actual tiende a descartar toda consideración de finalidad de la explicación de la naturaleza inorgánica u orgánica, porque esta consideración no ha dado nunca resultados útiles, y no ha podido ser nunca fundada sobre condiciones de hecho. Por el contrario, se ha visto siempre que allí donde la ignorancia de los hechos había hecho primeramente creer en la finalidad, una observación más sagaz la había en seguida progresivamente eliminado.

Observación muy importante.—Recordemos que los hechos en la materia se hallan aún muy mal establecidos. El capítulo que procede encierra, pues, una parte muy grande —desgraciadamente inevitable— de hipótesis. Son las que nos han parecido *a nosotros* más verosímiles, según las investigaciones contemporáneas; pero importa no olvidar todas las inexactitudes y a veces los errores que puede haber actualmente en un estudio de este género.

CAPÍTULO XXV

LA ACTIVIDAD MOTORA ELABORADA, LAS VOLICIONES

I. *Determinación y definición.*

II. *Clasificación* (actos exteriores y atención).

III. *Condiciones psicológicas.*—*A.* Concepción.—*B.* Deliberación.—*C.* Resolución (distinta del deseo y del juicio).—*D.* Ejecución.

IV. *Condiciones fisiológicas.*—*A.* Excitación (incitación interna).—*B.* Elaboración en los centros: *a)* Fisiología de la voluntad: 1.º Los centros en general. 2.º Centros motores directos. 3.º Centros de coordinación. 4.º Constitución de los centros motores. 5.º Misión del cerebro. 6.º Vías motoras. *b)* Tiempos de discernimiento.—*C.* Inhibición (resolución).—*D.* La ejecución del movimiento y el esfuerzo (teorías del esfuerzo).

V. *Naturaleza de la voluntad.*—*A.* La voluntad, síntesis de la vida psíquica superior.—*B.* Predominio de los hechos afectivos.—*C.* Educación de la voluntad.

I. DETERMINACIÓN Y DEFINICIÓN

El acto voluntario se distingue del instintivo, desde el punto de vista externo, en que es más individual y más complejo. Los movimientos ejecutados demuestran una intervención directa de su autor: en lugar de manifestar una adaptación preestablecida y mecánica, revelan una adaptación que se está formando, una serie de esfuerzos conscientes, por las dudas, titubeos y la lentitud de la respuesta.

Estas particularidades son indicio de una elaboración

reflexiva: también en la conciencia es donde vamos a encontrar la línea de demarcación clara entre el acto voluntario y el acto automático. De los tres términos que suponen —excitación, elaboración central y ejecución—, solamente la excitación y el movimiento *ejecutado* pueden ser conscientes en el reflejo; la excitación y la *ejecución misma* (imágenes motoras), en el instinto. *Pero la elaboración de la adaptación permanece inconsciente o poco menos.* En el acto voluntario *es consciente*, y este momento del fenómeno *tiene una importancia* primordial. La conciencia del agente elabora la concepción del fin que se quiere alcanzar: esta concepción sugiere diversos medios de realización. Se hace una elección deliberada, y el movimiento, propiamente dicho, en su efecto necesario. De aquí resulta que el individuo, todo el tiempo que dura la acción voluntaria, experimenta una continua sensación de *esfuerzo*, bien característica de esta acción, porque se halla obligado a elaborar todos sus detalles. Y como es él mismo el que regula el gasto de energía y sigue sus efectos de un modo absolutamente consciente, el acto se le aparece como si emanase directamente de él, como determinado por él solo y a su albedrío; en una palabra: como libre.

Un *acto voluntario* o *volición* es, pues, un *movimiento muy complejo*, cuyo objeto es un fin consciente; sus elementos se *escogen deliberadamente*; es *ejecutado con esfuerzo* y *aparece como libre*.

II. CLASIFICACIÓN

No todos los actos tienen por consecuencias movimientos efectivos del organismo; de aquí la distinción de dos grandes clases de actos voluntarios por sus puntos de aplicación, por decirlo así:

- 1.º Puede haber acción directa sobre el medio exterior, y entonces son *movimientos voluntarios* afectivos.
- 2.º La volición puede permanecer siendo interna y psi-

cológica, no actuar más que sobre el curso de nuestra vida consciente, como cuando tiene por objeto hacer salir un objeto del olvido, reprimir una emoción, un sentimiento, precisar imágenes o ideas, encadenarlas en un cierto orden. Estos fenómenos de la segunda categoría constituyen actos de *atención voluntaria*. Tienen, salvo la consecuencia, todos los caracteres de los primeros: *elección consciente, esfuerzo, libertad*; el esfuerzo es aún más notable por su localización.

III. CONDICIONES PSICOLÓGICAS

Toda volición comprende cuatro momentos principales, que la observación interna puede analizar fácilmente.

A. CONCEPCIÓN. — En el comienzo, la conciencia obtiene una visión clara de un objeto hacia el cual orienta su actividad: lo mismo si se trata de un acto exterior o de una orientación del curso del pensamiento. La *concepción* de este fin difiere considerablemente de la excitación de los actos automáticos, bien que desempeñe el mismo papel. Puede ocasionarla una excitación externa; pero es el resultado de un trabajo interno.

B. DELIBERACIÓN. — Es preciso que la concepción sea inmediatamente seguida de un acto. La característica del acto voluntario es el intervalo entre el pensamiento y la ejecución, de manera "que las representaciones y los sentimientos que tienen un lazo natural con el pensamiento del fin, pueden aparecer y ejercer un influjo sobre la acción... Se distingue de la tendencia en cuanto que comprende, no ya un solo impulso, sino muchos, de los cuales uno obtiene la preferencia, mientras que los otros son suprimidos o inhibidos... La formación de un intervalo entre la acción y la reacción suponen a la vez una *energía*, una *organización* y un *tiempo* suficientes. Es preciso una *energía* suficiente para resistir a la impresión, cuyo influjo inmediato debe ser impedido para que las funciones internas más profundas puedan manifestarse y despla-

garse. Estas últimas se apoderan, por otra parte, de una cantidad de energía que, sin esto, se gastaría inmediatamente en reaccionar... Que estas funciones internas exijan una *organización* más rica es un punto que no tiene necesidad de demostración especial...; mientras más complejos sean los procesos cerebrales más progresará también la diferenciación psicológica. Es igualmente evidente que es necesario un *tiempo* más largo para que tenga lugar la reacción cuando son muchas actividades diferentes las que se despliegan, y de aquí una cierta independencia respecto de los órganos del movimiento". (*Höfding*, 119.)

El acontecimiento psicológico que llena el intervalo descrito es la *deliberación*. Esta consiste en un número mayor o menor de estados psicológicos evocados por la concepción y en un paso más o menos rápido de los unos respecto de los otros, gracias a las leyes de la asociación de las ideas y al razonamiento. Estos estados, tan pronto se refuerzan, se combinan y tienden a hacernos obrar en una dirección determinada, tan pronto se contrarían, se oponen los unos a los otros, luchan por imponer cada uno a nuestra actividad una orientación particular (luchas del deber y de la pasión, en el héroe de Corneille). Según que estos estados evocados sean del orden representativo o del orden afectivo, se les llama *motivos* o *móviles*.

Los motivos y los móviles tienen una potencia motora más o menos grande. Desde este punto de vista, los hechos afectivos triunfan en mucho sobre los hechos representativos: "Ocurre que la idea de un movimiento es por sí sola capaz de producirlo; pero se produce si se agrega la emoción. Un hombre atacado de parálisis no puede, por ningún esfuerzo de voluntad, mover su brazo; en cambio se le verá agitarse violentamente bajo el influjo de una emoción causada por la llegada de un amigo. En el caso del reblandecimiento de la medula espinal, que implica la parálisis, una emoción, una pregunta dirigida al enfermo, puede causar movimientos muy violentos en los miembros inferiores sobre los cuales su voluntad no tiene influjo". (T. Ribot, *Enfermedades de la voluntad*, 9.)

Las *emociones* y las *pasiones* tienen una fuerza motora mayor que los *sentimientos*, y son, con frecuencia, preponderantes, casi irresistibles, para arrastrar a la acción. En cuanto a los hechos representativos, son siempre inferiores al sentimiento mismo. La *imagen* concreta tiene todavía una potencia bastante considerable, sobre todo cuando es muy viva, alucinatoria (como en la experiencia del hipnotismo). Mientras más nos alejamos del tipo concreto menos impulsos encontramos en el hecho representativo. Las ideas pueden clasificarse groseramente bajo esta relación en tres grupos: "El primer grupo comprende los estados intelectuales, extremadamente intensos (las *ideas fijas* pueden servir de tipo", porque se acompañan en general de elementos afectivos y están muy cerca de la imagen alucinatoria. El segundo grupo, el más importante, comprende las ideas ordinarias y representa la actividad razonable, en el sentido corriente de la palabra. La tendencia al acto no es ni instantánea ni violenta; pero no hay todavía un lazo entre la idea y el acto, y éste se realiza de un modo reflexivo y moderado: éste es el acto voluntario bajo su forma más deliberada y más consciente. "Con las *ideas abstractas (superiores)* la tendencia al movimiento está en su *mínimum*... Se reduce a esa palabra interior, por débil que sea, que las acompaña, o al despertar de algún otro estado de conciencia... La oposición con tanta frecuencia notada entre los espíritus especulativos, que viven en las abstracciones, y las gentes prácticas, no es más que la expresión visible y palpable de estas diferencias psicológicas." (T. Ribot, *idem*, 11.)

C. RESOLUCIÓN. — La lucha de los elementos presentados por la deliberación se termina, finalmente, por la victoria de uno de los grupos antagónicos. Se toma una *decisión*, una *resolución*, y se forma un proyecto de acto que sólo queda que realizar. Esta fase implica, por una parte, la *detención* de los actos que tenderían a hacer ejecutar los elementos evidenciados en la deliberación, y un *impulso* motor que pone a disposición de los demás la energía del individuo. Esta detención es uno de los ele-

mentos indispensables de la volición: "Si el impulso es tan violento que pasa pronto a acto, todo está acabado; si se realiza alguna tontería será tarde para repararla." El tiempo empleado por la deliberación está consagrado justamente a preparar esta detención: "Si se llena la condición de tiempo, si el estado de conciencia suscita estados antagónicos y si son suficientemente estables, tendrá lugar la detención. Un nuevo estado de conciencia tiende a suprimir los demás y, debilitando su causa, atenúa los efectos." (Ribot, *idem*, 17.)

La resolución se reduce, pues, en definitiva, a una *selección* operada entre los elementos de la deliberación, a una *elección efectuada* entre ellos. Y esta elección es la que debemos considerar como el punto culminante y esencial del acto voluntario. Es preciso analizarle con cuidado, y para esto, aproximarla y diferenciarla del *deseo* y del juicio, estados psicológicos a los cuales se ha asimilado, a veces, demasiado completamente.

El deseo es una inclinación que se concentra sobre un objeto determinado y se acompaña de una clara conciencia. La hemos, pues, analizado en el estudio del sentimiento cuando hemos hablado de la inclinación; es la resonancia en la conciencia de un sistema de tendencias sordas que se organizan claramente alrededor de un fin precioso y que, por eso, excluye las tendencias divergentes, los deseos antagónicos. El deseo tiene, pues, muchas analogías con la resolución. Es, en cierto modo, su expresión afectiva. Pero, por eso mismo, se ve que *no es más que una fase, un momento preparatorio, un lado parcial*, puesto que en el acto voluntario intervienen otros factores distintos de los fenómenos afectivos; veremos que hasta es preciso que éstos se subordinen a los motivos de orden representativo y racional para que haya verdaderamente volición y no impulso instintivo. El deseo es, pues, en la conciencia, un estado inmediatamente inferior a la resolución voluntaria, y marca, si se quiere, la transición con el instinto, porque aparece todavía como una especie de fatalidad, mientras que la voluntad nos parece *libre*. Nos sor-

prende muchas veces, como una cosa extraña y ciega a la que nuestra voluntad no *puede resolverse* a consentir. El acto voluntario, aun en el caso en que obedece a un deseo, *agrega, pues, precisamente la resolución propiamente dicha* al deseo mismo.

Este es más bien un elemento de la deliberación. Es más aún lo que llamamos una *aspiración*, para señalar lo que no está directamente ligado con la ejecución del movimiento. Los deseos "corresponden en el dominio del conocimiento a las imágenes libres del recuerdo; lo mismo que éstas no tienen necesidad forzosamente de ser producidas por sensaciones actuales, del mismo modo no es tampoco necesario que los otros nos impulsen a obrar inmediatamente. Esto es lo que distingue la *aspiración* de la tendencia. Formar aspiraciones es, desde el punto de vista práctico, un lujo..." (*Höfding*, 226.) El deseo es, pues, bien distinto de la decisión.

Pero esta decisión que interviene para rechazar ciertos deseos en lo irreal y para hacer triunfar otros, ¿no será un juicio que *afirme* una preferencia por un acto, con exclusión de los demás? Aristóteles había hecho ya de la acción la conclusión de un silogismo, y Descartes, ya lo hemos visto, identifica la elección de la voluntad y el acto del juicio. Esta asimilación es menos inexacta que la precedente; pero no puede ser admitida sino con una corrección esencial: todo juicio no es una resolución.

En la deliberación interviene un gran número de juicios que se dificultan y se combaten unos a otros. Si, pues, la resolución se expresa por un juicio, es todavía algo más: el juicio *es un acontecimiento puramente intelectual, completamente interior. La resolución*, por el contrario, se continúa por el acto, y siempre se liga a nuestra actividad motora. Lo que hay, pues, de más en la resolución es que los elementos motores juegan en ella el papel más importante, mientras que en los juicios son los elementos representativos. En la volición, los juicios no son más que medios en vista del acto. "Del lado psicológico e interior nada distingue el juicio en el sentido lógico de la palabra,

es decir, una afirmación teórica, de la volición, *sino en que ésta se traduce por un acto, y así es mi juicio puesto a ejecución...* Es análoga al juicio, *con la diferencia de que el uno expresa una relación de conveniencia o de inconveniencia entre las ideas, el otro las mismas relaciones entre las tendencias; que el uno es un reposo para el espíritu, el otro una etapa hacia la acción.*" (T. Ribot, *Enfermedades de la voluntad*, 26.)

D. EJECUCIÓN. — La ejecución del movimiento voluntario difiere esencialmente de la ejecución del movimiento automático en que entra, al menos parcialmente, en el campo de la conciencia. La intervención de ésta es necesaria para dirigir el acto que se coordina al mismo tiempo que se realiza, en lugar de ser el resultado de una coordinación preestablecida. De aquí esa tonalidad especial que acompaña a todo acto voluntario y que se llama la sensación o el sentimiento del esfuerzo.

Vemos que, psicológicamente, la ejecución no se confunde del todo con la resolución. La resolución no es más que el acto inicial que desencadena la serie de reacciones motoras. En los casos más simples es, quizá, difícil separar los dos momentos. Pero en los casos complicados, tomándose la resolución, la ejecución necesita todavía todo un conjunto de esfuerzos.

Como la ejecución depende de una multitud de condiciones especiales de todo un aparato psicofisiológico de adaptaciones y de coordinaciones elaboradas frecuentemente con dificultad, la ejecución puede no responder más que de lejos, y aun no responder del todo, a la resolución. ¡Cuántas resoluciones quedan sin efecto porque los esfuerzos que costaría la ejecución se manifiestan como demasiado penosos o irrealizables!

IV. CONDICIONES FISIOLÓGICAS

La fisiología de la volición va a hacernos penetrar más profundamente en su naturaleza. La fisiología la aproxima singularmente, en efecto, a los actos automáticos. Así

podemos nosotros dividir su exposición como la del instinto y el reflejo y distinguir tres momentos: la *excitación*, que corresponde al momento psicológico de la concepción; la *elaboración central*, que comprende a la vez la deliberación y la resolución, y la *ejecución motora*.

A. EXCITACIÓN. — *Incitación interna*. — Hemos visto en el instinto que la relación entre la excitación y el acto es mucho menos directa e inmediata que en el reflejo. En el acto voluntario hay ruptura completa entre la excitación externa y la respuesta motora. No solamente la excitación es la mayor parte de las veces enteramente interna y viene del único trabajo cerebral paralelo al despertar de las imágenes, de las ideas y de los sentimientos en la conciencia; pero todavía allí donde hay una excitación externa el acto es completamente independiente, y lo que lo condiciona es siempre el trabajo cerebral interno.

Hoy se está de acuerdo para reconocer que los hemisferios cerebrales y el cerebro son acumuladores de energía y que pueden actuar por sí mismos a consecuencia de las modificaciones quiméricas muy complejas de que son teatro continuo. La excitación directa de los centros cerebrales es siempre productora de movimientos en todas las experiencias, *con tal que el cerebro tenga un cierto grado de desenvolvimiento*.

B. ELABORACIÓN EN LOS CENTROS. — a) *Fisiología de la voluntad*. — 1.º *Los centros en general*. — Que una excitación externa venga a embargar los centros corticales o que su trabajo comience bajo el influjo de las modificaciones internas, este trabajo no se efectúa sino en la *corteza cerebral o cubierta* de los hemisferios cerebrales. Este es el órgano de todos los fenómenos psicológicos del orden superior. Estudiemos primero brevemente su constitución anatómica.

Según las ideas de *Meynert*, adoptadas hoy en general, hemos visto (fisiología de la percepción exterior) que la corteza cerebral representa punto por punto una especie de proyección de todas nuestras regiones corporales; las fibras de proyección aportan las sensaciones emanadas de

todas estas regiones y constituyen por su expansión una representación bastante bien localizada, desde el punto de vista subjetivo, de todas estas regiones. Ahora bien: exactamente lo mismo ocurre con los movimientos. De los diferentes puntos de la corteza parten fibras de proyección y van a enervar regiones determinadas del cuerpo, tanto que en estos puntos de la corteza se encuentra figurado el origen de todos los movimientos de la región corporal correspondiente.

Hitzig (1870) ha reconocido la excitabilidad de la corteza e indicado la mayor parte de los centros motores. *Charcot* ha confirmado estas localizaciones por "observaciones precisas de clínica y de anatomía patológica".

En un principio se creyó que los centros motores eran independientes de los centros sensitivos y estaban simplemente asociados con ellos. Hoy se está de acuerdo para no distinguir en los centros nerviosos los elementos motores y los elementos sensitivos. La teoría de las neuronas admite que todo elemento es, a la vez, sensitivo y motor, siendo la corriente nerviosa que da nacimiento a la sensación la misma que excita el músculo al término de su carrera. No difieren más que las vías conductoras, y no por diferenciación psicológica, sino por apropiación funcional. *De aquí resulta que los centros sensitivos de una región corporal son también sus centros motores: éstos son centros psíquico-motores o sensitivo-motores.* "Tal es, al menos, la conclusión que se desprende de las últimas observaciones sobre la degeneración secundaria por lesión cortical publicadas por *Flechsig* y *Hoesel*, conclusiones confirmadas por otros hechos del mismo género, así como por experimentaciones realizadas sobre sujetos trepanados."

2.º *Centros motores directos.* — Determinemos los centros de una manera más precisa: la zona psíquico-motora general corresponderá, pues, a la zona de la sensibilidad cutánea o general: ella comprende "*las dos circunvoluciones rolándicas o centrales*, es decir, la frontal y la parietal ascendentes, con el *lóbulo paracentral* y el *pliegue*

de pasaje frontoparietal inferior u opérculo rolándico". Esto es lo que demuestran numerosas observaciones seguidas de autopsias, las intervenciones operatorias en el caso de tumor u otras lesiones localizadas y las experimentaciones eléctricas realizadas sobre los sujetos trepanados.

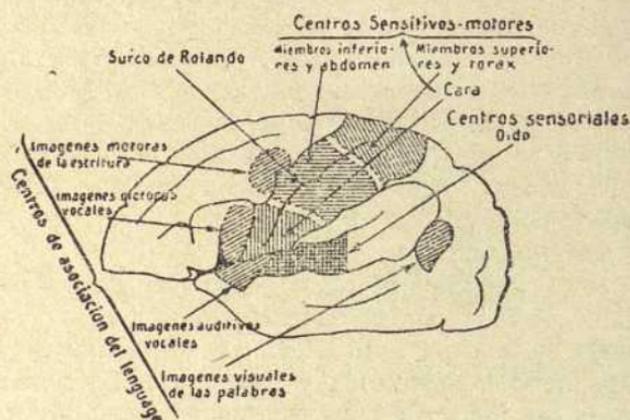
"En la zona motora los centros están invertidos, es decir, dispuestos en sentido inverso al sujeto de pie: los de la cara, hacia abajo; los de los pies, hacia arriba. Los centros de los miembros inferiores ocupan el lóbulo paracentral y el cuarto superior de las circunvoluciones rolándicas. Los centros de los miembros superiores llenan los dos cuartos medios de estas circunvoluciones. Los centros de la cara, de la boca y de la laringe, el cuarto inferior de los rolándicos y su pliegue de pasaje." (Poirier, *Anatomía*, III, 666.) El centro de la visión implica un centro de los movimientos de los ojos y de la cabeza: ocupa la *región parietal posterior*.

Notemos todavía que estos centros corticales están en relación estrecha con el sistema simpático, por el intermediario de la capa óptica. Influyen directamente así sobre los nervios sécretores y vasomotores y pueden ser influidos por ellos: de aquí la relación constante del acto voluntario con los fenómenos afectivos. En una palabra, cada porción de la corteza es un centro orgánico completo, que gobierna todos los fenómenos nerviosos de una región corporal. "El centro de la mano, por ejemplo, está en relación con sus músculos, su superficie táctil y su aparato secretor. El centro visual posee sus fibras ópticas y sus nervios de movimiento y de secreción. Así se confirma la idea de *Meynert* de que la corteza cerebral es una superficie sobre la cual se proyectan nuestros órganos."

"Nos hemos limitado a indicar las grandes divisiones de la zona motora en miembros superiores, miembros inferiores y rostro. Pero, desde el comienzo, la experimentación sobre los animales demuestra que los centros motores son extremadamente numerosos (y bien especializa-

dos). En la zona superior hay centros especiales para cada articulación, para las manos, para los dedos... *Cada grupo de músculos y probablemente cada músculo tiene su centro cortical.* Lo mismo ocurre en el hombre, como lo han mostrado las experiencias realizadas sobre los sujetos trepanados y las observaciones clínicas. Se observan monoplejías limitadas a un segmento de miembro, a un grupo de músculos."

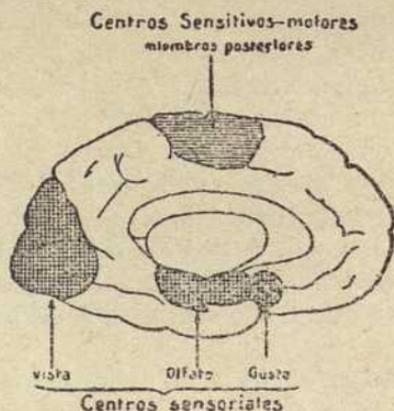
"Horsley ha extirpado un tubérculo situado en la rodi-



lla de la cisura de Rolando y que producía convulsiones limitadas al pulgar... En la zona motora inferior existen centros contiguos, pero distintos para el facial interior (centro bucal), la lengua, la faringe (centro de deglución), la laringe (centro de la fonación)."

3.° *Centros de coordinación.* — Pero la volición no es una simple reacción motora; es una combinación con frecuencia muy compleja de reacciones de este género. En su órgano, pues, "al lado de los centros motores, es preciso ordenar los centros coordinadores... que están situados sobre las fronteras de la zona motora. No son órganos absolutamente motores; son *centros de coordinación o de asociación que actúan sobre los verdaderos centros motores colocados al lado de ellos y como a su alcance...*

Nos aparecen como especializaciones corticales creadas por ciertos actos hechos habituales y frecuentemente repetidos. Son perfeccionamientos adquiridos; esto es, porque tales centros no residen sino sobre uno de los dos hemisferios, sobre el que funciona en el estado actual, sobre la izquierda en los diestros y sobre la derecha en los zurdos. Cuando se destruyen son difícilmente suplidos por el lado opuesto, porque no se desenvuelven sino por una larga educación y por aptitudes hereditarias. Colocadas en la



vecindad de los centros motores corticales que dirigen o de que se sirven, están, sin duda, ligados con ellos por libres tangenciales y de fascículos cortos de asociación". (Poirier, *idem*, 669.) Son, sin duda idénticos a los *centros de asociación sensoriales*, tales como los hemos descrito a propósito de la asociación de las imágenes en la percepción y la imaginación. Del mismo modo que no hay centros motores sino centros sensoriomotores, no hay, probablemente, sino centros psíquicocoordinadores de movimientos. No se conoce bien más que los centros de la palabra (pie del primer frontal izquierdo) y de la escritura (pie del segundo frontal izquierdo).

4.º *Constitución de los centros motores.*— Siendo la zona motora idéntica a la zona sensitiva, "los centros motores son aglomeraciones de las células nerviosas, sobre

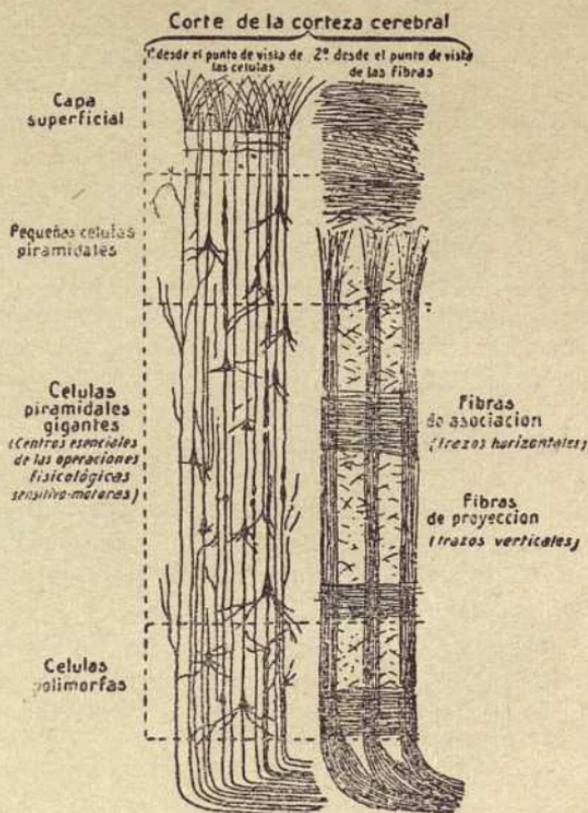
todo de las grandes células piramidales, cuyos cilindros-ejes llegan a ser las fibras constitutivas del fascículo piramidal o del fascículo geniculado. Por estos fascículos se ponen en juego las células radicales motoras de los nervios craneanos y de los nervios raquidianos". (Poirier, *idem*, 668.)

Las expansiones protoplasmáticas de estas células (*dendritas*) recogen las excitaciones, y la corriente motora o centrífuga, en opinión de *Cajal* y de *Van Gehuchten*, camina por el *cilindro-eje* o prolongación nerviosa. Desciende hacia lo profundo, en sentido inverso del tejido, y atraviesa toda la corteza subyacente para alcanzar el *centro oval*. Emite en ángulo recto, en el espesor de la corteza, de seis a diez colaterales mielinizados largos y finos, que se terminan libremente, sin arborizarse. El mismo, llegado a la sustancia blanca, puede bifurcarse o emitir una colateral considerable; esta colateral, o una de las ramas de bifurcación, se convierte ordinariamente en fibra constitutiva del cuerpo caloso. Es la que transmite el movimiento, mientras que las otras son elementos de asociación.

5.º *Misión del cerebelo*. — Al lado de los centros cerebrales, es un órgano que está ciertamente en relación con la motricidad, pero cuya misión es en gran parte enigmática: el *cerebelo*. Es un órgano de una importancia considerable en el edificio nervioso.

"¿Cuál es el carácter de su motricidad? Para los unos es el coordinador de los movimientos; para los otros es solamente un equilibrador, puesto que los movimientos ordenados existen en los animales sin el cerebelo; para otros, en fin, es, más simplemente todavía, un acumulador de fuerza nerviosa que *Rolando* había ya comparado a una pila voltaica." *Luciani*, que es quien más ha profundizado la cuestión en estos últimos tiempos, dedujo que el cerebro comunica, pudiera decirse inyecta, en los otros centros nerviosos una fuerza lenta, tranquila y continua... "Este influjo —dice *Luciani*— se manifiesta de tres maneras: por una acción esténica, que aumenta la energía

potencial de que disponen los aparatos neuromusculares; por una acción tónica, que crece la tensión de estos aparatos durante las pausas funcionales; por una acción es-



tática, equilibradora, que asegura en los elementos en acción el ritmo y la continuidad.” (Poirier, *idem*, 604.)

6.º *Vías motoras.*— Pasemos ahora a los medios por los cuales estos centros comunican la impulsión a los músculos: las vías motoras acaban su organización en la segunda o la tercera semana que sigue al nacimiento; dos o tres meses después, próximamente, las vías sensitivas, y tres meses antes, las vías de asociación.

b) *Tiempos de discernimiento.* — *Tiempos de volición (deliberación).* — Se comprende fácilmente que la actuación de un organismo tan complicado como los centros superiores y las coordinaciones que implica, debe necesitar un tiempo *más largo* que el que exigen los movimientos automáticos: "La diferencia entre un movimiento voluntario y la contracción muscular directamente producida por la excitación del nervio motor es todavía mayor; en las experiencias hechas con el índice de la mano derecha la diferencia ha sido de 0,13 de segundo. Una excitación de la superficie gris del cerebro en el lugar en que se encuentran los centros motores exige 0,015 de segundo más para alcanzar el músculo que no pide la excitación de la substancia blanca, situada inmediatamente debajo... El tiempo fisiológico aumenta todavía cuando se ignora cuál de las dos excitaciones diferentes posibles va a producirse. Se intercala entonces un *tiempo de discernimiento* necesario para distinguir la naturaleza de la excitación. Cuando, además, debe responder un movimiento especial a cada una de las diferentes excitaciones posibles, de suerte que es preciso primero el movimiento que se va a ejecutar, es requerido un *tiempo particular de volición.*" (Höfding, 120.)

Este tiempo es el que está llenado psicológicamente por la deliberación; se ve que puede alcanzar una duración muy larga; pero, por corta que sea, por rápida que parezca la resolución, *el tiempo del movimiento voluntario más simple es más largo que el tiempo de un movimiento automático.*

C. INHIBICIÓN (RESOLUCIÓN). — El organismo fisiológico de la voluntad nos pone en presencia de un vasto sistema en el que, a consecuencia de las complicaciones enormes de las anastomosis entre fibras nerviosas, de las asociaciones que permiten y del número de los centros en que estas asociaciones tienen lugar, las modificaciones nerviosas pueden influir unas sobre otras, oponerse y neutralizarse, orientando, finalmente, la excitación muscular en direcciones determinadas. Tenemos así un aparato or-

gánico que es el instrumento manifiesto de la operación psicológica de la resolución.

Las detenciones múltiples de la energía nerviosa constituyen lo que se llama la *inhibición*. Y la reacción final se convierte en el resultado de una serie de detenciones de la mayor parte de los impulsos en beneficio de algunos. La volición es fuerza de impulsión, como todo acto motor; pero es esencialmente *fuerza de inhibición*: esto es, lo que la caracteriza fisiológicamente, como la *elección*, traducción de esta inhibición en la conciencia, la caracteriza psicológicamente. El mecanismo de esta acción de detención es desconocido, pero su existencia, así como su extrema importancia, están fuera de duda. Se hace absolutamente predominante en la vida psicológica superior; este es el modo de reacción esencial de la corteza central. *Setschenoff* y otros fisiólogos han establecido el hecho de que la *ablación* del cerebro *aumenta la intensidad* de los reflejos medulares, mientras que la *excitación* del cerebro *disminuye la actividad* de los reflejos. La inhibición; he aquí, pues, la característica orgánica, la figuración fisiológica de la elección y de la resolución voluntaria.

D. LA EJECUCIÓN DEL MOVIMIENTO Y DEL ESFUERZO. — En fin, habiéndose inhibido ciertos movimientos y favorecido otros, se ejecuta el acto voluntario y, al mismo tiempo, en cada momento de este acto tenemos conciencia de que nos hace falta un cierto esfuerzo para dirigirlo y para realizarlo. Este sentimiento del esfuerzo no es un dato irreductible de la psicología, y todavía aquí el análisis fisiológico va a permitirnos penetrar más allá que la observación interna e iluminarnos singularmente acerca del acto voluntario. Se puede, desde el punto de vista fisiológico, considerar el esfuerzo, sea como la conciencia de la corriente nerviosa *centrifuga*, que va del centro al músculo *antes del movimiento* para obtener todas las construcciones necesarias al movimiento (*Bain*); sea, por el contrario, como eco en la conciencia de las corrientes *sensitivas* y *centrípetas* que vienen de las contracciones musculares *una vez que se han producido*; la síntesis de

las sensaciones musculares sería entonces la que nos advertiría el efecto producido —y nos serviría, mediante sus imágenes, para corregir o reproducir en seguida el movimiento (*Bastian, Ferrier, W. James*)—; sea, en fin, como una mezcla de las dos (*Wundt, J. Müller*). La segunda tesis, que es la más reciente, parece la más sólida. Ha sido expuesta con mucho cuidado por *W. James* en su monografía *El sentimiento del esfuerzo* (1880), y en ella se critica con gran penetración la primera tesis. El autor, discutiendo los hechos uno tras de otro, ha mostrado que en los casos de parálisis de una parte del cuerpo o de un ojo, si el enfermo tiene el sentimiento del esfuerzo, aunque el miembro permanezca inmóvil (lo que parecería justificar la tesis de la corriente motora centrífuga), es porque ha tenido en realidad *un movimiento producido en la otra parte del cuerpo, en el miembro correspondiente o en el ojo que no está paralizado*. Concluye que este sentimiento es una contracción de los músculos, de la distensión de los tendones, de los ligamentos y de la piel, de las articulaciones comprimidas, del pecho fijo, de la glotis cerrada, del ceño fruncido, de las mandíbulas ajustadas, etc., que es, en una palabra, como toda sensación, de origen periférico. (*Ribot, Atención, 96.*)

V. NATURALEZA DE LA VOLUNTAD

A. LA VOLUNTAD, SÍNTESIS DE LA VIDA PSÍQUICA SUPERIOR. — La mismo que el reflejo y el instinto son las síntesis de las formas inferiores de la vida psíquica, la voluntad es la síntesis de toda nuestra actividad elaborada y plenamente consciente. Implica la supremacía de la idea (*motivo*) y del sentimiento (*móvil*) sobre la imagen y la emoción pasional.

B. PREDOMINIO DE LOS HECHOS AFECTIVOS. — Las ideas, por sus asociaciones rápidas y complejas y por la seguridad de sus informaciones, serían ciertamente las directoras por excelencia de nuestros actos voluntarios.

Ellas aportan, con la ciencia, una visión clara y distinta de las condiciones de la acción y de sus consecuencias. Permiten la deliberación precisa, la resolución inteligente y segura gracias a la facilidad con la cual las manejamos y a la certidumbre de nuestros razonamientos. Desgraciadamente no tienen ya poder sobre nosotros. No hay que exagerar su impotencia; están ligadas a tendencias motoras, puesto que reposan sobre asociaciones dinámicas, y sería falso decir con Spencer, de una manera absoluta, que el "conocimiento no contribuye a la acción". Pero es preciso reconocer que su impulso es muy débil y que la facilidad con que evocamos las ideas contrarias es con frecuencia un obstáculo para la decisión (dilettantismo, temperamento especulativo). Por esto los sabios son raramente hombres de acción.

Los *hechos afectivos* son los que representan, sobre todo, la potencia activa; ellos son los que desencadenan nuestra energía interna, como en la actividad inferior: "A cada instante nos viene a convencer la experiencia del débil poder de la idea... En un estado de salud este aislamiento de la inteligencia es imposible; pero la enfermedad nos proporciona con una gran claridad la prueba de que toda fuerza instigadora de actos importantes emana de la sensibilidad." Ribot ha demostrado, con el auxilio de ejemplos relevantes, que cuando la sensibilidad es profundamente adormecida, cuando la *alegría* que sigue a la sensación no aparece, cuando la idea permanece fría y seca, un ser inteligente se hace incapaz de mover ni aun la mano para firmar.

Por el contrario, "nunca se sabría exagerar lo que pueden los estados afectivos sobre nuestro querer. Pueden hasta hacernos afrontar la muerte y el sufrimiento... La energía viva de la tendencia es lo que resplandece en ellos. Si desapareciesen no habría más que un montón de estados psicológicos fríos, muertos, puras abstracciones sin coloración y sin eficacia. Este fondo substancial de todo sentimiento nos permite comprender por qué tienen sobre nosotros un poder tan robusto. En efecto: ¿qué son las

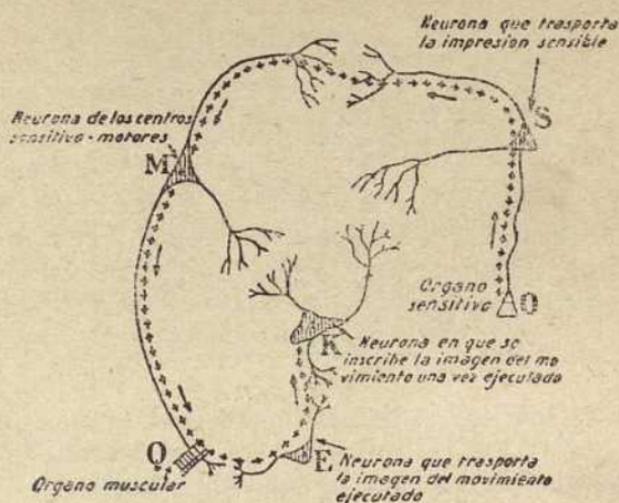
tendencias sino nuestra actividad, nuestro querer vivir que, fuertemente disciplinado por el dolor, ha sido obligado a abandonar muchas direcciones en su desenvolvimiento, y que se ha extendido sobre las rutas autorizadas, sufriendo en cierto modo la ley de perecer o deslizarse por canales que son las tendencias particulares organizadas?" (*Idem*, 49.) En una palabra: nuestro carácter está determinado, sobre todo, por nuestra vida afectiva y por sus condiciones orgánicas (nuestro temperamento).

Pero la psicología de la voluntad parece poner aquí una alternativa contradictoria. El acto voluntario es aquel en que la libertad se nos figura que aparece en el más alto grado; las asociaciones motoras que la encarnan se forman bajo nuestro control. Es preciso que tengamos por la liberación, la resolución, la inhibición, un dominio continuo sobre él, que lo rectifiquemos continuamente para que se manifieste como plenamente consciente y voluntario. Ahora bien, "si el lado afectivo de nuestra naturaleza tiene en nuestra vida psicológica una preponderancia manifiesta, nuestro poder sobre él es bien débil... Si los sentimientos son todopoderosos en nosotros, si rigen a su gusto percepciones, recuerdos, juicios y razonamientos; si aun los sentimientos fuertes aniquilan y desplazan a los débiles; si, en una palabra, ejercen un despotismo casi sin límites, son déspotas hasta el fin y no aceptan las órdenes de la razón ni el control de nuestra voluntad". (*Idem*, 59.)

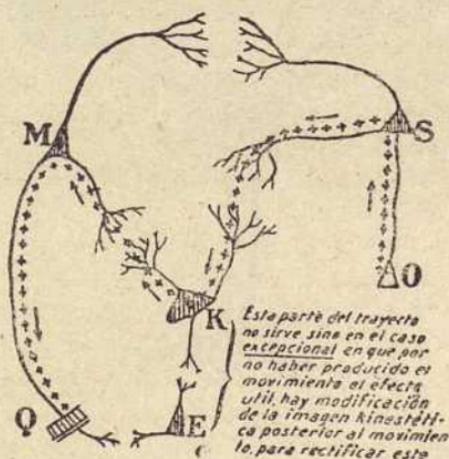
Parece, pues, que por su naturaleza, el movimiento voluntario sea una excepción psicológica, puesto que todas sus condiciones le arrastran hacia el automatismo.

C. EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD. — Es preciso reconocer que en muchos casos esta fórmula es verdadera. La prueba de ello está en todas las resoluciones que tomamos firmemente razonando a sangre fría y que se desvanecen en el momento de obrar bajo el influjo del sentimiento o de la emoción. Pero se puede notar, por otra parte, que la vida psicológica, evolucionando, tiende a atenuar el automatismo y la impulsividad de nuestros es-

tados afectivos, reemplazando gradualmente la emoción o el estado pasional por el sentimiento en el cual es pre-

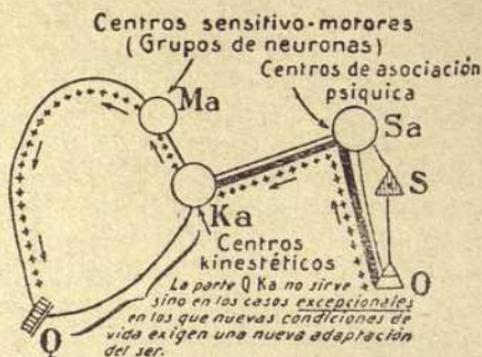


ponderante el influjo de los estados intelectuales. El sentimiento juzga y razona, porque no existe sino por esta-

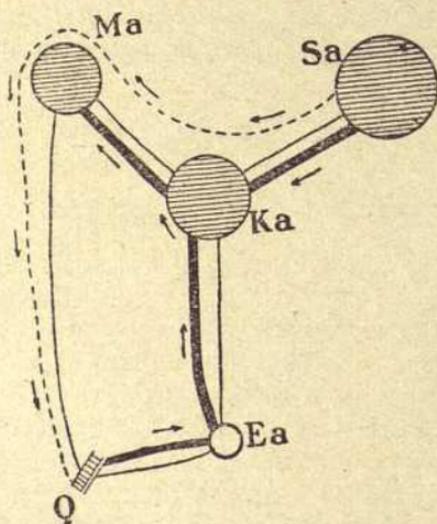


dos intelectuales muy elevados y muy numerosos; por eso permite a nuestras ideas discutirse y controlarse unas a

otras. En otros términos, si la idea es con frecuencia impotente para hacernos obrar, está siempre ligada, por



abstracta que sea, a un sentimiento que la acompaña sin suplantarla; por el contrario, este sentimiento no existe sino porque poco a poco se han subordinado los caracte-



res emotivos y pasionales de nuestra naturaleza a un conjunto de ideas, de juicios y de razonamientos. La vida voluntaria es posible por eso, es decir, por una subordina-

ción de nuestras tendencias afectivas a los hechos representativos, subordinación que aumenta con la evolución del pensamiento humano y nos liberta cada vez más del automatismo original. La evolución ha debido favorecer constantemente esta subordinación, porque permite una adaptación más consciente y más inteligente del ser a sus condiciones de existencia.

Se ve, en resumen, que por la subordinación de los hechos afectivos a los hechos representativos, y por el despertar de las tendencias motoras y de las imágenes musculares implicadas en estos hechos afectivos, podemos disciplinar poco a poco nuestra actividad.

CAPÍTULO XXVI

FACTORES GENERALES DEL DESENVOLVIMIENTO DE LA ACTIVIDAD

I. *Los caracteres individuales.*—*A.* Los diversos sentidos de las palabras carácter y personalidad.—*B.* Complejidad del carácter individual.

II. *Clasificación de los caracteres.*—1.º En emotivos, intelectuales y activos, 2.º En normales y estables (sensitivos, activos y apáticos), y 3.º En anormales (amorfos e inestables).

III. *Análisis del carácter.*—*A.* Los factores orgánicos: los temperamentos.—*B.* Los factores inconscientes (instintos, hábitos).—*C.* El factor consciente. La personalidad. El carácter (en el sentido estricto de la palabra).

IV. *La educación del carácter. ¿Es modificable?*—*A.* El problema teórico: a) Las principales teorías propuestas. b) Indicaciones relativas a una solución.—*B.* Los medios prácticos.

I. LOS CARACTERES INDIVIDUALES

A. LOS DIVERSOS SENTIDOS DE LAS PALABRAS CARÁCTER Y PERSONALIDAD.— La palabra carácter tiene dos sentidos:

1.º Un hombre que tiene carácter es un hombre que tiene voluntad, en quien la actividad es consciente, reflexiva en el más alto grado; en quien el instinto y la inclinación son en general rechazadas al segundo plano y dominadas. La educación se hace, como lo hemos descrito, por la subordinación de la actividad afectiva e impulsiva a la actividad inteligente y racional;

2.º Pero se dice también de un individuo que tiene este o el otro *carácter* y, en este sentido, la *falta de carácter*, en el sentido precedente de la palabra, es tener un carácter particular. El carácter, en esta nueva acepción, es lo que *caracteriza* a un individuo, le diferencia de todos los individuos semejantes, y cada individuo tiene su carácter.

En el primer caso, el carácter es sinónimo de poder personal, de reflexión consciente, y ya lo hemos analizado en la voluntad; éste es el sentido que conservará en la moral cuando se trate de formar el carácter; aún lo volveremos a encontrar al final de este capítulo, cuando, después de analizar las principales formas de los caracteres individuales y las leyes de su evolución general, nos parecerá que *tener carácter* es la forma del carácter individual hacia la cual parece tender la vida consciente.

La palabra *personalidad*, hay que hacerlo notar, tiene también una diferencia de sentido que acaba de comprobarse a propósito de la palabra carácter. 1.º Tener una personalidad es tener una individualidad, una originalidad muy marcadas; es tener carácter. 2.º Por otra parte, la personalidad es simplemente la conciencia que todo hombre tiene de sí mismo, la idea del yo.

B. COMPLEJIDAD DEL CARÁCTER INDIVIDUAL. — En todo lo que sigue vamos a tomar la palabra carácter en el sentido de característica individual. "Toda vida consciente es individual. Memoria y pensamiento, placer y dolor, tendencia y resolución, suponen todas un centro interno común. La misión de la Psicología es exponer los elementos de las formas y las leyes comunes a toda vida consciente. Pero todo esto se presenta en la realidad, en combinaciones y con matices múltiples, y las diversidades parecen ser más considerables en los pueblos civilizados que en los pueblos primitivos, a causa, quizás, del género uniforme de la vida de estos últimos" (*Höffding*, 438), y también porque la noción de una vida interior, del yo, es muy tardía en la evolución psicológica.

El estudio sintético del carácter es difícil porque, haciendo el estudio sintético de la actividad motora se hace,

en suma, el estudio sintético de toda la vida psicológica. También sobre este punto ha avanzado muy poco la Psicología. No se ha podido elevar todavía más allá de ciertos ensayos de clasificación.

II. CLASIFICACIÓN DE LOS CARACTERES

Se han propuesto un gran número de clasificaciones de este género. La más corriente es la de *Bain y Stuart Mill*, que quería derivar de la Psicología una ciencia especial de los caracteres: la *Etología*. *Bain* divide los caracteres según el predominio en la vida psicológica, sea de los hechos afectivos, sea de los hechos representativos, sea de los hechos voluntarios, en tres grupos: los *emotivos*, los *intelectuales* y los *activos*.

Esta clasificación tiene un defecto: la inteligencia no parece desempeñar un gran papel en la formación de las individualidades. No es un principio de *individualización*. Por el contrario, los hombres se asemejan por las funciones representativas, sobre todo por las más altas (1): "Lo fundamental en el carácter son los instintos, las tendencias, los deseos, los impulsos, los sentimientos: todo esto y nada más que esto. Este es un hecho de una observación tan simple y tan evidente, que no sería preciso insistir si la mayor parte de los psicólogos no hubieran embrollado esta cuestión con sus incurables prejuicios intelectualistas, es decir, con su esfuerzo por referirlo todo a la inteligencia, de explicarlo todo por ella, de ponerla como el tipo irreductible de la vida mental. Tesis insostenible; porque lo mismo que fisiológicamente la vida vegetativa precede a la vida animal y ésta se apoya en aquélla, lo mismo psicológicamente la vida afectiva precede a la vida intelectual, que se apoya en ella. El fondo

(1) "El buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo", dice *Descartes* al comienzo del *Discurso del Método*. Por buen sentido entiende la *razón*.

de todo animal es "el apetito", en el sentido de *Spinoza*; "la voluntad", en el sentido de *Schopenhauer*; es decir, el sentir y el obrar, no el pensar... La inteligencia no es, pues, un elemento fundamental del carácter; es la luz, no es la vida, ni, por consiguiente, la acción. El carácter sumerge sus raíces en lo inconsciente, lo que quiere decir en el organismo individual; esto es lo que le hace tan difícil de penetrar y modificar. Las disposiciones intelectuales no pueden obrar sino individualmente en su constitución." (Ribot, *Psicología de los sentimientos*, págs. 391 y 392.)

Ribot ha emprendido la clasificación de los caracteres, procurando determinar claramente las marcas esenciales de una verdadera individualidad. Para constituir un carácter son necesarias y suficientes dos condiciones: *la unidad*, es decir, una manera de obrar y de reaccionar siempre constante consigo misma, una convergencia general de las tendencias de los instintos y de los deseos, y *la estabilidad*, que no es más que la unidad continuada en el tiempo.

Esto permite establecer una primera división general entre los *caracteres normales*, que son unos y estables, y los *caracteres anormales*: los *amarfos*, que no tienen unidad de forma propia, que "no son una voz, sino un eco", y los *inestables*: caprichosos, "sucesivamente inertes y explosivos, inciertos y desproporcionados en su reacción, actuando de la misma manera en circunstancias diferentes y diferentemente en circunstancias idénticas: estos son los desechos y las escorias de la civilización, que tiende a multiplicarlos".

Los caracteres normales pueden subdividirse a su vez en *sensitivos*, *activos* y *apáticos*; después, en numerosas subdivisiones secundarias, que proceden de un cruzamiento entre estos diversos tipos y nos proporcionan una rica enumeración de tipos mixtos. Se puede también agregar, quizás, una cuarta clase: los *templados*, a la que caracterizaría un equilibrio perfecto entre todas estas diferentes tendencias, activo sin ser violento, sensitivo sin ser

emotivo, inteligente sin que la inteligencia endurezca o aniquile el corazón. Es más bien el ideal del carácter que un carácter presentado por la observación.

Seguiremos, pues, la clasificación de *Ribot*:

1.º Los *sensitivos*, que pudieran llamarse también los afectivos, los emocionales, tienen por señal propia el predominio exclusivo de la sensibilidad. Son impresionables hasta el exceso, y viven, sobre todo, interiormente. Se produce en ellos una ruptura de equilibrio entre las sensaciones internas orgánicas y las sensaciones externas, siendo dominantes las primeras. De aquí la extrema susceptibilidad de su sistema nervioso para todas las impresiones. Los *pesimistas* pertenecen a esta clase de caracteres, así como los *humildes*, los *timidos*, los *contemplativos* y los *emotivos*.

2.º Los *activos*, que tienen una tendencia natural y sin cesar renaciente para la acción. Viven, sobre todo, exteriormente. La base fisiológica de su carácter consiste en un rico fondo de energía, una superabundancia de vida, lo que *Bain* llama la espontaneidad —la cual se reduce, en suma, a un buen estado de nutrición—. En general, son optimistas, alegres, emprendedores y atrevidos. Tienen, por lo demás, en mayor o menor grado estos caracteres generales y pueden subdividirse todavía por su mayor o menor actividad.

H. Schneider procura demostrar, en un artículo interesante, que todos los movimientos especiales que se producen en los animales superiores no son más que diferenciaciones de dos movimientos simples y primitivos: la contracción y la expansión. La tendencia a la contracción es la fuente de todos los impulsos y reacciones por las cuales el animal obra en el sentido de su conservación. La tendencia a la expansión se traduce por los impulsos e instintos en forma agresiva: alimentarse y combatir, y la antítesis entre los sensitivos y los activos se reduce a este contraste fundamental entre la contracción y la expansión, tendencia a la vida interior y tendencia a la vida exterior. (Según *Ribot*, *idem*, pág. 389.)

Volvemos a encontrar aquí las dos direcciones fundamentales de la afectividad: la simpatía y la conservación de sí, las dos direcciones cuya fuente común nos ha parecido ser una tendencia biológica de sinergia o de equilibrio con el medio.

3.º La observación nos muestra que es necesario establecer una tercera clase de caracteres: los *apáticos*, que corresponden próximamente al temperamento linfático de la Fisiología. Sus caracteres generales son un estado de atonía, un relajamiento del sentir y del obrar por debajo del nivel medio. Esta clase, aunque negativa, mientras que las otras dos son positivas, no es por eso menos real; los caracteres apáticos no deben confundirse con los amorfos. Bajo su forma pura, el apático tiene por marca propia la inercia. Es indiferente, no tiene relieve. Pero si se agrega a este carácter un elemento eliminado hasta aquí, la inteligencia, puede alcanzar ese relieve. Según la parte mayor o menor que desempeña este elemento, tenemos al *hombre blando*, mediocre; después, al intelectual, al diletante, y, en fin, al calculador metódico, que no se deja jamás sorprender. (Según Ribot, *idem*, pág. 350.)

III. ANÁLISIS DEL CARÁCTER

A. LOS FACTORES ORGÁNICOS DEL CARÁCTER: EL TEMPERAMENTO. — Es preciso buscar ahora, no los elementos generales y los hechos cuyo conjunto compone una vida psicológica (esto es, toda la Psicología), sino los elementos que *individualizan* una vida psicológica, los cuales, con hechos afectivos, representativos y motores, que son análogos en todos, construyen un carácter particular que no se encontrará más que en el individuo considerado.

Hemos visto que todos los hechos psicológicos estaban acompañados de hechos fisiológicos en los cuales encontraban todas o parte de sus condiciones necesarias, en todo caso las más simples, las más elementales, las más próximas a los orígenes. Es preciso, pues, suponer que

esta marca individual, que se aplica a toda vida psicológica, tenga también sus condiciones en las modalidades particulares bajo las cuales se presenta en todo individuo la organización fisiológica.

Esto es lo que ha sido percibido hace mucho tiempo y expresado diciendo que el carácter depende del *temperamento*, que no es otra cosa que la individualización fisiológica. El temperamento no es, por otra parte, más que el conjunto de tendencias orgánicas que condicionan las disposiciones originales de la vida afectiva: esto muestra también la primacía de la vida afectiva en la formación del carácter. El temperamento es el "nivel afectivo del individuo". (*Höfding*, 439.) "Formando un segundo plano dado desde el principio, determina el modo cómo el individuo recibe todas las lecciones de la experiencia, y, por consiguiente, la manera también de reaccionar sobre el mundo exterior." (*Idem.*)

La antigüedad intentó ya la formación de una teoría de los temperamentos, con la célebre distinción, clásica todavía, de los *sanguíneos*, los *flemáticos*, los *coléricos* y los *melancólicos*: En el siglo XVIII, el fisiólogo *Haller* echó las bases de la nueva teoría de los temperamentos, reduciendo las diversidades psíquicas originales a diferencias en la manera de recibir las excitaciones y de responder a ellas. Lo esencial es, entonces, la *fuerza y la rapidez con que se manifiestan en los diversos individuos la actitud pasiva y la actitud activa con respecto a la experiencia*. Esto corresponde, como se ve, a la clasificación de los caracteres en *sensitivos* y *activos*. Se tiene además en cuenta la predisposición particular de los individuos al placer o al dolor, a la alegría o a la tristeza: esto da ocho géneros de temperamento: *alegre, fuerte y vivo* (colérico), *sombrio, fuerte y vivo* —*alegre, fuerte y lento*—, *sombrio, fuerte y lento* (melancólico), para los activos. Reemplazando *fuerte* por *débil* en las formas precedentes, tendremos los cuatro temperamentos sensitivos. Las clasificaciones generales son siempre arbitrarias y superficiales. A medida que queremos acercarnos a la realidad, nos vemos

obligados a introducir nuevas subdivisiones. El sexo, la edad, el clima, la raza, las condiciones de existencia, las enfermedades, la profesión, el género de vida y la alimentación (el alcohol, el opio, etc.) tienen influjos que todo el mundo ha comprobado. Inútil el insistir.

Debemos poner de relieve esto: que lo físico tiene sobre lo moral, es decir, sobre toda la vida psicológica considerada como potencia de reacción sobre el medio, un influjo considerable: ella le proporciona un tinte general, un matiz característico.

B. LOS FACTORES INCONSCIENTES: LOS INSTINTOS Y LOS HÁBITOS. — Por encima de esta primera capa de elementos condicionantes del carácter, capa orgánica y profunda, la más resistente a las condiciones morbosas, o a los efectos de la educación, hay una segunda más cerca de la conciencia, menos estable ya, aunque no se modifique todavía sino con esfuerzo: ésta es la capa inconsciente de nuestros instintos, debidos, sobre todo, a la herencia, después de nuestros hábitos, debidos a la vida social y a la educación instintiva e inconsciente de la primera edad.

1.º *Herencia: los instintos.* — Las cualidades inexplicables únicamente por las causas físicas y orgánicas pueden encontrar su explicación, si nos remontamos psicológicamente a las generaciones anteriores: "No hay rasgo individual que no pueda ser puesto en claro bajo algún aspecto por el estudio de la historia de la especie. Si tal estudio es difícil y complicado, es porque la herencia se ramifica hasta el infinito y puede saltar muchas generaciones (en el atavismo). Lo que se ha implantado una vez en el organismo humano no se deja extirpar fácilmente." (*Höfding*, 443.) Esta acción recíproca entre un tipo fijo o temperamento, las cualidades arraigadas por el crecimiento y las cualidades adquiridas por adaptación a nuevas condiciones físicas, nos abre una perspectiva indefinida de caracteres diversos.

"Frecuentemente se ha comparado la herencia en la especie con la memoria en el individuo."

a) "Mientras más profundamente entre una cosa en la

organización, más fácilmente se transmite." El instinto transmite influjos simples y primitivos. Las modificaciones complejas y recientes, las variaciones *adquiridas* en la vida individual, se transmiten difícilmente y quizás no se transmitan en absoluto (*Weissmann*). Los instintos son, pues, siempre generales, puesto que representan una experiencia ancestral muy antigua, transmitida a todos los descendientes.

b) Las cualidades físicas se transmiten más fácilmente que las cualidades mentales, los talentos simples más que los que dependen del concurso de diversas cualidades del espíritu. Lo que se llama talentos no son para la mayor parte sino combinaciones de disposiciones elementales de las que cada una puede presentarse en muchas otras combinaciones. El talento de acumular se encuentra en la avaricia, pero también en el coleccionador. (*Höfding*, 458.)

2.º *Causas sociales*. — Las causas sociales y los hábitos tienen también un influjo sobre el carácter.

La imitación, la educación, las relaciones que derivan de la autoridad, juegan un papel muy grande en la evolución mental de cada individuo. *Fichte* mismo, que ha sostenido de una manera tan enérgica la prioridad íntima de la persona y su capacidad de determinarse a sí misma, no puede suponer el paso de los grados inferiores a los superiores sin suponer una acción del exterior, aunque sólo fuese para libertar el resorte interno. En el desenvolvimiento del espíritu, más todavía que en el del cuerpo, es difícil separar los influjos del exterior de los del interior. Mientras que unos consideran la individualidad como constituida desde el primer momento, de manera que los acontecimientos, las enseñanzas recibidas, no tendrían más que un valor secundario, algunos, como *Helvecio* y *Stuart Mill* hicieron depender la diversidad de aptitudes mentales de las diferencias de educación. Esta suposición está contradicha por la experiencia, la cual muestra que la educación influye, sobre todo, en las naturalezas medias. Las grandes diferencias que se producen, a veces, con una educación semejante, descubren el influjo de un fondo ori-

ginal. En apoyo de esta manera de ver, *Darwin* muestra las diferencias enormes que existen entre él y su hermano. (Según Höffding, *idem*.)

Sean físicas, hereditarias o sociales, todas estas causas influyen en la formación del carácter de un modo uniforme; engendran en nosotros inclinaciones e instintos o hábitos; depositan sobre las tendencias primitivas del organismo toda una capa de disposiciones automáticas que se traducen por algunas particularidades en nuestras reacciones motoras y en nuestro carácter. El animal superior, el niño, el primitivo, ciertos enfermos en quienes se destruye la vida voluntaria, no dejan ya apereibir factores superiores en la composición de su carácter. El hombre poco cultivado, el rutinario, los que llevan la vida superficial de las "gentes de mundo", guiados por la moda, no agregan gran cosa.

C. EL FACTOR CONSCIENTE. LA PERSONALIDAD. EL CARÁCTER (EN EL SENTIDO ESTRICTO DE LA PALABRA). — La actividad voluntaria es la que, subordinando las tendencias automáticas o casi automáticas de la vida afectiva a las construcciones racionales de la inteligencia, al juicio y al razonamiento controlados, proporcionan al carácter su mayor unidad y su más grande fijeza. Agrega lo que nos permitirá decir de un individuo que tiene *carácter*, una personalidad fuerte.

"La unidad consiste en una manera de obrar y de re-obrar siempre de un modo constante consigo misma. En la individualidad verdadera, las tendencias son convergentes o, al menos, hay una que esclaviza a las demás. Si se considera el hombre como un conjunto de instintos, necesidades y deseos, forman aquí una red bien ligada que actúa en una dirección única.

"La estabilidad no es más que la unidad continuada en el tiempo. Si no dura, esta cohesión del deseo no tiene ningún valor para determinar un carácter. Es preciso que se mantenga o se repita siempre la misma en circunstancias idénticas o análogas. La marca propia de un verdadero carácter es la de aparecer desde la infancia y durar

toda la vida. Se sabe por anticipado lo que hará o no hará en circunstancias decisivas.

"Se podría reprochar a esta definición el ser demasiado ideal. A la verdad, los caracteres de una pieza invariables, son muy raros; se encuentran, sin embargo, y la noción consciente u obscura de este tipo es la que regula nuestros juicios. Hay necesidad instintiva de esta unidad ideal en nuestra concepción psicológica, moral y estética del carácter. Nos desagrade comprobar un desacuerdo entre las creencias y los actos de un hombre. Nos disgusta a veces que un malvado empedernido tenga un lado bueno y que una persona muy buena tenga una debilidad. Sin embargo, ¿hay nada más frecuente? En el teatro o en la novela no nos cautivan los personajes indecisos o contradictorios. Es que la individualidad nos aparece como un organismo que debe ser regido por una lógica interior que sigue leyes inflexibles. Consideramos gustosamente como doblez e hipocresía lo que no es, con frecuencia, más que un conflicto entre tendencias incoherentes, y no es uno de los menores resultados prácticos de los trabajos contemporáneos sobre la personalidad el de haber mostrado que su unidad no es ya más que un ideal, y que, sin caer en la disolución mental de la locura, puede estar llena de contradicciones irreconciliables." (Ribot, *Psicología de los sentimientos*, 385.)

¿A qué se deben esta unidad y esta estabilidad siempre un poco ideales? Al dominio de sí, evidentemente. Es preciso que todos nuestros actos se realicen en virtud de una resolución *voluntaria*. Es preciso que a la espontaneidad substituya la reflexión, y al impulso substituya la volición. Pero ¿es esto posible? En la evolución, la actividad espontánea precede y determina, por esto mismo, la actividad reflexiva; pero ésta, a su vez, ¿puede "reaccionar sobre la base que la había preparado", modificar y dirigir la actividad espontánea? Entramos aquí en el problema muy importante de la educación del carácter.

IV. LA EDUCACIÓN DEL CARÁCTER. — ¿ES MODIFICABLE?

A. EL PROBLEMA TEÓRICO. — Acabamos de ver sumariamente la multiplicidad de los elementos que dan al carácter su fisonomía, su orientación propia. Esta resultante compleja ¿es modificable a voluntad del individuo? ¿No lo es más que en una cierta medida? ¿No lo es en absoluto? La Moral, el Derecho penal y la Pedagogía tienen un interés muy vivo por la solución de este problema, porque de esta solución depende su utilidad práctica. Si el carácter no es modificable, sería inútil procurar transformarlo por la educación, la instrucción moral o los castigos. A lo sumo, la prisión o la pena de muerte sería útil para poner al delincuente fuera del estado de perjudicar.

a) *Las principales teorías propuestas.* — “Para los unos, el carácter es adquirido y, por consiguiente, indefinidamente transformable por una cultura apropiada. Esta es la teoría de la *tabla rasa* transportada del dominio de las sensaciones al de las tendencias y los sentimientos. Se encuentra en algunos filósofos del siglo XVIII e, implícitamente, en todos los que tienen una fe ciega en la omnipotencia de la educación.

Para los otros, el carácter es innato, inmutable y no puede transformarse. Todo lo adquirido es solamente un vestido prestado, una capa superficial y frágil que cae al menor choque. A través de un gran lujo de distinciones metafísicas, *Schopenhauer* ha sostenido esta hipótesis con mucho verbo y vigor.

El problema parece, pues, reducido a este dilema: innato o adquirido. No podemos aceptarlo en esta forma; es más complejo. El carácter es una entidad, no existen sino caracteres. Este término equívoco, que no tiene más que una unidad abstracta y facticia, lo sustituimos por la multiplicidad de las especies y de las variedades ya descritas y aun olvidadas. Pongamos en un extremo las formas netas, definidas, que he llamado los *tipos puros*. Nada los modifica, nada los recorta; buenos o malos, son sólidos

como el diamante. Pongamos en el otro extremo los *amorfos*; ellos son, por definición, la *plasticidad encarnada*. Entre estos dos extremos dispongamos en serie todos los modos del carácter, como para pasar por una transición insensible de un extremo a otro. Es claro que, a medida que se desciende hacia los amorfos, el individuo se hace menos refractario a los influjos del medio, y la parte del carácter adquirido aumenta en la misma proporción. Lo que equivale a decir que *los verdaderos caracteres no cambian.*" (Ribot, *Psicología de los sentimientos*, 404.)

La cuestión no es, quizá, enteramente resuelta por esto, porque no se trata de saber si los *verdaderos* caracteres no cambian porque no *quieren* cambiar o porque no *pueden*. Un individuo ¿no puede ser educado de manera que se convierta en un *verdadero* carácter? ¿No puede entonces el carácter ser susceptible de transformarse bajo el influjo de la educación y de la voluntad, haciéndose cada vez menos amorfo, puesto que el carácter amorfo es educable? ¿Es siempre deseable tender hacia un carácter entero fácilmente estrecho y ciego? Modificarlo, progresar, ¿no es también el signo de la inteligencia? Un *verdadero* carácter puede ser un carácter de bruto o un mal carácter.

En otro tiempo se resolvía la cuestión de una manera lógica: se negaba o se admitía que el hombre fuese *libre*. Si se negaba que el hombre fuese *libre*, si se era determinista o fatalista, entonces el carácter era inmutable por definición, puesto que era la resultante de causas exteriores sobre las cuales no podía influirse. Si se admitía la libertad, o bien se consideraba esta libertad (por razones metafísicas) como habiendo decidido de una vez para siempre el carácter de la persona y se volvía a la teoría de la inmutabilidad del carácter (*Kant, Schopenhauer*), o bien se le consideraba como un poder de escoger en cada momento el acto que queremos ejecutar (teoría corriente), y entonces el carácter era educable, salvo ciertos límites impuestos por la naturaleza o la libre elección del espíritu.

Estas teorías no hacían avanzar la cuestión desde el

punto de vista práctico. Por otra parte, si se considera la libertad como un poder de elección indiferente y caprichoso, el carácter es ciertamente modificable; pero lo es demasiado, y no parece educable, porque no se podrá nunca *contar* sobre los resultados de la educación, sobre la unidad y la estabilidad del carácter; éste será siempre amorfo, a merced del influjo presente o del capricho. La educación del carácter supone cierto determinismo, que hace permanentes y estables los resultados de esta educación. Y, por otra parte, admitiendo el determinismo, como puede obrar sobre ciertas causas de nuestros actos, por las ideas, los motivos que la educación, la moral, la ley crean en nosotros, el carácter permanece modificable. Por consecuencia, admítase una u otra de estas teorías dialécticas, la cuestión de hecho permanece entera, y la única interesante y útil.

b) Indicaciones relativas a una solución. — La solución parece aún bien lejana y difícil. Sin embargo, pueden reunirse ya algunos elementos.

1.º El análisis del carácter nos demuestra primeramente una capa de elementos muy importantes, los factores orgánicos, sobre los cuales la higiene puede acaso algo en una débil medida, pero que la educación no puede alcanzar. Es mejor decir de una manera general que todos los factores debidos a la herencia, a la constitución orgánica, delimitan necesariamente las condiciones del carácter, suponiendo que sean posibles.

2.º Por encima de esta capa orgánica nos encontramos los instintos, el automatismo psicológico (lo subconsciente) y los hábitos. Aquí todavía la educación tiene poco influjo, salvo sobre los hábitos recientes. Pero los hábitos formados desde la primera infancia, los hábitos implantados por el medio social (el espíritu de casta o el espíritu de familia, por ejemplo) resisten de un modo muy enérgico a toda veleidad de transformación. Sin embargo, con el hábito parece que se consigue un medio de modificar nuestro carácter. Si nuestra naturaleza se ha formado por un bloque compacto de hábitos indefectibles, toda

adaptación implica un hábito nuevo que, aun teniendo en cuenta hábitos antiguos, con los cuales se amalgama, modifica necesariamente por su adición el conjunto anterior. A la naturaleza se sobrepone así, poco a poco, una segunda naturaleza. Tal es al menos la teoría que nos ha parecido imponerse con una gran probabilidad, a pesar de las incertidumbres de nuestra psicología actual, en el curso de todos nuestros estudios psicológicos. Ahora bien, no por esto tenemos la definición misma y el fondo de una educación del carácter, al mismo tiempo que la determinación bastante estrecha de los límites en que puede efectuarse.

3.º Llegamos, al fin, a los factores plenamente conscientes, a la voluntad, al poder personal. El acto voluntario no nos ha parecido otra cosa que la reacción de toda nuestra experiencia reflexiva frente a una circunstancia que es o parece nueva. Esta es la adaptación intentada con reflexión.

Si la voluntad, es decir, la parte reflexiva de nuestro carácter, el carácter que nos reconocemos, o más bien que nos atribuimos, tiene un cierto influjo sobre el conjunto de nuestro carácter espontáneo, entonces hay medio de modificar por la voluntad el *conjunto* de nuestro verdadero carácter, puesto que este conjunto es el producto de dos factores, de los que el uno puede modificar al otro.

La voluntad y el poder personal nos proporcionan, como antes el hábito, pero mucho más fuertemente, medios de acción sobre el carácter, a condición de que los elementos necesarios de éste puedan —al menos en una cierta medida— sufrir el influjo de estos medios de acción. Todo es saber si pueden.

Siempre se ha notado, al menos a título de hecho, la lucha que existe entre nuestras tendencias; los conflictos morales, las crisis, los casos de conciencia y los desacuerdos consigo mismo son manifestaciones de esta misma lucha. La observación nos muestra, pues, que la síntesis de nuestra personalidad no es tan completa y estrecha como pudiera creerse: deja luchar ciertos elementos

entre sí y deja escapar absolutamente a su control un gran número de ellos.

La observación nos muestra también que la conciencia clara, reflexiva, entra frecuentemente en conflicto con todos los elementos espontáneos, más o menos confusos, que no están ligados con ella, o lo están de una manera muy débil. (Véase *Percepción interna*, conclusión.) Analicemos esta lucha: vemos que lo que se opone a la ejecución de las resoluciones claras y distintas de nuestro poder personal, lo que hace desviar estas resoluciones en la deliberación, lo que provoca aún frecuentemente la ocasión de la lucha, son primeramente, en una región que no es todavía completamente oscura, las inclinaciones y las tendencias afectivas; después, en la región completamente oscura, el automatismo psicológico, lo inconsciente. Ahora bien, esta lucha no es una ilusión; analizando después nuestros actos, nos encontramos las fases del conflicto, y con frecuencia el automatismo, el instinto y la inclinación vencen, y otras veces vemos claramente que son vencidos; vencidos, por otra parte, con sus propias armas, porque la educación de la voluntad nos muestra que nuestra personalidad plenamente razonable, nuestro buen sentido, nuestro recto juicio, podrían, la mayor parte de las veces, vencer directamente; vencen porque tienen auxilios invisibles en una parte de nuestras tendencias y de nuestro automatismo, a lo cual se subordinan.

Es preciso que sea así: si el automatismo venciese, necesariamente no habría ningún progreso posible; permaneceríamos siendo brutos automáticos e inconscientes. La existencia de la conciencia, de la voluntad y del poder personal y de sus progresos en la especie humana, que son *hechos*, no es posible sino en el caso de que la selección natural los haya mantenido y desenvuelto; y la selección natural no los ha mantenido y desenvuelto sino porque, una vez aparecidos, estos caracteres fueron caracteres útiles. No han sido caracteres útiles sino por los elementos que agregan al automatismo y por las modificaciones que introducen en la actividad de los individuos.

Uniendo esto a lo que con tanta frecuencia hemos repetido del hábito y la adaptación, de la doble necesidad para el ser de conservar su experiencia bajo la forma de hábitos adquiridos y de ampliar esta experiencia o de corregirla gracias a nuevos hábitos que se mezclan con los antiguos, modificándolos con frecuencia, y *siempre* alterando la fisonomía general del conjunto (puesto que lo aumentan), se ve inmediatamente cómo puede considerarse que el carácter es modificable y, por tanto, educable, y en qué medida. Es educable porque el individuo está obligado a adaptarse a un medio inestable, cambiante sin cesar; educación del carácter y adaptación del carácter y del ser son términos sinónimos.

B. LOS MEDIOS PRÁCTICOS. — Se han podido, por otra parte, precisar, mediante hechos, algunos puntos concretos de estas conclusiones muy generales, forzosamente hipotéticas, sobre la educación del carácter.

El problema no es sino la continuación del que hemos planteado hablando de la educación de la voluntad. Se trata simplemente de desenvolver sus consecuencias desde el punto de vista práctico, puesto que se trata de ver cómo nuestra voluntad, es decir, la parte consciente de nuestra actividad, una vez que es dueña de sí misma, gracias a su propia educación, puede, a su vez, hacerse dueña —en la medida de lo posible— de todo nuestro carácter y dominar nuestro automatismo y nuestro semiautomatismo habituales.

Importa recordar aquí que la voluntad se opone al resto de nuestro carácter, como nuestra actividad reflexiva a nuestra actividad espontánea. En tanto que es actividad reflexiva, nuestra actividad voluntaria está esencialmente guiada por nuestros conocimientos precisos y sólidos, por nuestras ideas claras y distintas; éstas nos hacen obrar con el auxilio de los sentimientos que las acompañan. La cuestión de la educación del carácter está, pues, en averiguar cómo nuestra actividad reflexiva, que tiende esencialmente a ser intelectual y razonable, podrá llegar a subordinar nuestra naturaleza espontánea. Hemos

visto que sería inútil procurar influir por medio de ideas puras, pero que éstas tienen un influjo educativo cierto sobre el sentimiento, al cual dan más precisión, más solidez, más rectitud; les proporcionan un punto de apoyo.

1.º Será, pues, preciso, en primer lugar, educar la inteligencia: la instrucción será, pues, la base de la educación; acrecer y ampliar su inteligencia, afirmarla también, dando a los conocimientos no sólo más extensión, sino también más solidez. La investigación de la verdad, el libre examen, evitar con cuidado todo lo que es prejuicio, rutina, idea confusa y vaga, idea no reflexiva y no controlada, idea demasiado general y demasiado abstracta (peligro de la abstracción), espíritu dogmático de los sectarios; desenvolver la rectitud de espíritu, al mismo tiempo que su finura, he aquí las bases de la educación intelectual cuando se considera la inteligencia desde el punto de vista de su influjo sobre la conducta. Una vez aparecida la voluntad, gracias al influjo de nuestras ideas, de nuestra razón sobre nuestra actividad, reobra, a su vez, sobre la inteligencia misma y contribuye así indirectamente, por un choque de retroceso, a su propia educación. Hemos visto, en la percepción, en el juicio y en la atención, que nuestra actividad motora era un factor esencial de las operaciones intelectuales. Esta actividad, una vez hecha consciente y voluntaria, continúa su misión. La voluntad se convierte así en un elemento esencial en toda nuestra vida intelectual superior. Esta es la que la hace metódica y la que nos proporciona el gusto, cada vez más vivo, de lo verdadero, al mismo tiempo que nos proporciona el control necesario para todas las operaciones que intentamos para alcanzarla.

2.º Pero la idea actúa, sobre todo, gracias a los sentimientos que la acompañan. En la formación del carácter, la vida intelectual no es más que un guía, un iluminador. No puede casi nada si todas las fuerzas de la vida sentimental no vienen a seguirla y a apoyarla. Aquí todavía, una vez bien establecida en el individuo la actividad voluntaria y capacitada para luchar con sus ten-

dencias automáticas, reproduce el mismo choque de retroceso que acabamos de notar a propósito del influjo de la voluntad sobre la vida intelectual. La actividad voluntaria influye sobre el sentimiento y, por consiguiente, se educa indirectamente a sí misma, puesto que el sentimiento actuará derechamente sobre la actividad.

En suma: lo que completa la educación del carácter, una vez que se hace posible por la aparición de la voluntad, gracias al influjo de la inteligencia sobre el sentimiento y de éste sobre la voluntad, es la reacción de esta voluntad sobre sí misma por la mediación de su propio influjo sobre la inteligencia y el sentimiento. "Es claro que es necesaria un poco de voluntad para influir en la voluntad. Para enseñar a querer mucho y bien es preciso, primero, querer un poco y pasablemente." Pero desde que ha aparecido en el individuo un poco de voluntad, los progresos de ésta, aunque siempre difíciles, son en cierto modo indefinidos.

Siempre podrá agrandarse el círculo de la subordinación del automatismo a la personalidad. Los psicólogos han insistido mucho sobre esta educación.

En este sentido ha podido hablar *Malapert* de la creación del carácter por la voluntad (*Los elementos del carácter y sus leyes de combinación*, parte III, capítulo II). El doctor Lévy ha puesto de relieve el papel de la autosugestión (que no es más que un influjo de la voluntad por la mediación de las ideas o los sentimientos que el sujeto hace nacer y engrandecer en él artificialmente), y la utilización indirecta del influjo de la idea. "*Mauricio de Fleury*, exponiendo con mucha claridad y elocuencia el tratamiento de la pereza, en su *Introducción a la medicina del espíritu* (París, Alcan, 1897), insiste principalmente sobre los medios físicos de remediar la debilidad de la voluntad. En su libro puede verse la eficacia de las fricciones con el guante de crin, de las inyecciones de suero, del régimen alimenticio y de la regularidad en el trabajo. *Julio Payot*, por el contrario, en la *Educación de la voluntad*, estudia, sobre todo, los medios morales, que olvidaba, sin duda,

demasiado de *Fleury* y, a su vez, olvida quizá con exceso los recursos que pueden proporcionar la higiene y la terapéutica, a pesar de su capítulo sobre la higiene corporal. Se encontrará en su obra un estudio muy interesante sobre los medios de desenvolver y de fortificarse el poder personal, de favorecer los sentimientos favorables y de suscitarlos cuando sean necesarios; de dificultar, por el contrario, y de suprimir indirectamente los sentimientos desfavorables para la obra de dominarse. *Payot* no teme llegar hasta proponernos la mentira para combatir la pasión: "La pasión enérgica impide el despertar del espíritu crítico; pero si es posible *designar voluntariamente* el objeto de la pasión, la pasión correrá riesgo de perecer..." Lo que es posible cuando se tienen que oponer verdades a sofismas, es posible aun en los casos que parecen más difíciles: cuando se trata, o bien de oponer a los sofismas verdaderas mentiras voluntarias o, lo que es más fuerte, cuando se trata de oponer a una verdad que contraría la obra del dominio de sí un tejido de mentiras útiles." (Paulhan, *La voluntad*, pág. 83.)

He aquí, por otra parte, sumariamente resumido "el programa de reflexión meditativa que nos es propuesto y que nos aconseja aplicar:

"1.º Cuando ocurre en la conciencia un sentimiento favorable, impedir que la invada rápidamente; fijar sobre él la atención, obligarlo a que despierte las ideas y sentimientos que pueda despertar. En otros términos, obligarlo a proliferar, a dar de sí todo lo que pueda.

"2.º Cuando nos falta un sentimiento o rehusa despertarse, averiguar con qué idea o qué grupo de ideas puede tener relación; fijar la atención sobre estas ideas, mantenerlas en la conciencia fuertemente y esperar a que se despierte el sentimiento por el juego natural de la asociación.

"3.º Cuando hace irrupción en la conciencia un sentimiento desfavorable para nuestra obra, rehusar concederle atención, intentar no pensar en él y hacerlo, en cierto modo, perecer de inanición.

"4.º Cuando se ha desarrollado un sentimiento desfavorable y se impone a la atención sin que podamos rehu-sársela, realizar un trabajo de crítica acerba sobre todas las ideas de que dependa este sentimiento y sobre el objeto mismo de este sentimiento.

"5.º Lanzar sobre las circunstancias exteriores de la vida una mirada penetrante, yendo hasta los menores detalles, de manera que se utilicen inteligentemente todos los recursos y se eviten todos los peligros." (Citado por Paulhan: *La voluntad*, 262.)

Todos los medios precedentes dependen de la voluntad como fuerza de iniciativa, como actividad inventora, elaborando siempre medios nuevos de adaptación. Pero el *hábito*, no lo olvidemos, *es también un factor educativo*. Cuando nuestra inercia o nuestra veleidad nos impidan querer directamente o atacar de frente nuestros hábitos anteriores (sentimentales y pasionales), se puede hacer un llamamiento al hábito y al automatismo para luchar contra otros hábitos o contra otro automatismo. Se trata de formar mecánicamente un automatismo antitético. Se puede resistir así ciertas tendencias abandonándose cada vez menos a los actos que las satisfacen, en vez de atacarlos aparte; el tratamiento de ciertas manías (morfinomanía, eteromanía y alcoholismo, por ejemplo) reposa en este principio. Se consigue abolir la tendencia, haciendo cada vez más difícil, restringiendo las tendencias que suscita. En fin, se puede crear una tendencia repitiendo ma-quinalmente los actos que están ligados con ella. Sobre esta observación psicológica se funda el famoso consejo de *Pascal* para hacer nacer el sentimiento religioso: "Tomad agua bendita y embruteceos"; embruteceos, es decir, obrar cada vez más automáticamente en todas las prácticas que se ligan con el sentimiento que queréis hacer nacer.

CAPÍTULO XXVII

LO FÍSICO Y LO MORAL. — EL AUTOMATISMO PSICOLÓGICO. — LA PERSONALIDAD. LA IDEA DEL YO

I. *Lo físico y lo moral.* — A. Todo hecho psicológico tiene condiciones orgánicas. — B. En qué sentido debe entenderse la relación de lo físico y lo moral.

II. *El automatismo psicológico y la personalidad.* — A. El automatismo psicológico. — B. La personalidad. La idea del yo.

III. *Conclusión general.*

I. LO FÍSICO Y LO MORAL

En todo tiempo se han percibido, y no podían menos de percibirse, las relaciones de lo físico y lo moral; pero se las concebía de una manera muy vaga y no se les concedía más que un lugar muy restringido en la Psicología.

Para ciertos hechos como la sensación se consideraba que el organismo jugaba un papel en la producción del hecho psicológico; para otros, los movimientos, se atribuía al alma una acción directa sobre el cuerpo. En fin, para todas las operaciones superiores del espíritu se declaraba que "*se piensa sin órgano alguno*".

A. TODO HECHO PSICOLÓGICO TIENE CONDICIONES ORGÁNICAS. — Hoy puede afirmarse que no hay operaciones psicológicas que no tengan condiciones orgánicas y que no sean influidas por modificaciones fisiológicas. Tanto justifican las experiencias y la observación este punto de vista, que puede considerarse como uno de los principios de la *Psicología científica*.

¿Cuál es la relación exacta del hecho psicológico y de sus condiciones fisiológicas? ¿Es su efecto puro y simple? ¿Es algo que, siendo de otro orden, está siempre ligada con ellos? ¿Es parcialmente efecto de las condiciones fisiológicas, y parcialmente independiente? Estas cuestiones no son del dominio de la Psicología científica sino de la Filosofía. La Psicología científica y universal comprueba simplemente que todo hecho psicológico tiene condiciones orgánicas y que, por consiguiente, para estudiarlo es preciso estudiar estas condiciones. Comprueba, además, que no puede experimentarse de un modo preciso sobre los hechos psicológicos sino con el auxilio de sus condiciones fisiológicas. Estas dos comprobaciones determinan de un modo preciso las relaciones de lo físico y lo moral, tales como se les puede comprender desde el punto de vista de la Psicología científica.

1.º Los hechos psicológicos dependen de la forma y de la estructura del organismo. A medida que nos elevamos en la serie animal hacia estructuras más complicadas, la conciencia parece desempeñar un papel cada vez más grande. Entre nosotros y en los animales superiores, va siempre ligada a lo que ocurre en el sistema nervioso. ¿No aparece, entonces, sino con este sistema? Unos piensan que en los animales desprovistos de sistema nervioso es posible prejuzgar una cierta conciencia: los protozoarios, por ejemplo, parecen poder escoger entre muchas direcciones, y determinarse según un estado más o menos vago de bienestar o de dolor. El heliotropismo de las plantas, la sensibilidad de algunas de ellas, ¿no pudiera interpretarse, a su vez, como rudimentos de conciencia? En fin, en nuestros días se ha ido más lejos: ciertos anestésicos parecen influir en la materia inorgánica para retardar su cristalización, para disminuir su elasticidad, y se ha llegado hasta hablar de algo vivo y quizás de consciente en la materia inorgánica (la fatiga de los metales). Todo esto parece muy prematuro, porque todo esto puede explicarse por acciones mecánicas. La analogía no permite verdaderamente atribuir la sensibilidad al placer y al do-

lor y, por consiguiente, la conciencia de que esa sensibilidad es el primer signo, sino a los órganos dotados de elementos nerviosos. Es preciso atenerse a esto por el momento y notar los progresos de la conciencia con la complicación y la riqueza del sistema nervioso.

2.º Si de la consideración de la serie animal (psicología comparada) pasamos a la consideración de la especie humana, notaremos todavía que los caracteres psicológicos dependen de la estructura y de la forma del organismo, porque están bastante claramente ligados a la raza: la mentalidad de un negro o de un amarillo no es la misma que la de un blanco, sin que, por otra parte, parezca enteramente exacto considerar esta última como superior. De un modo grosero, hay muchas razones para creer que la superioridad psicológica está ligada *al peso de la substancia gris del cerebro tomada en relación con el peso del cuerpo*.

3.º Aparte de la estructura de la especie y de la variedad, los rasgos psicológicos de un individuo parecen todavía estar en relación con la edad, el sexo y el estado general del organismo (enfermedades, fatigas).

4.º Es fácil de comprobar así el influjo de ciertas substancias sobre las funciones psicológicas (anestésicos, analgésicos, depresivos, excitantes, substancias paralizantes).

5.º No es, por otra parte, el sistema nervioso lo único que influye sobre el estado psicológico. El sistema nervioso desempeña, en efecto, un papel de resonador en relación con el conjunto del organismo; por consiguiente, un gran número de modificaciones orgánicas, quizás todas, resuenan, por su mediación, en la conciencia (atención, emociones, pasiones, sentimientos, instintos, etcétera). (Véase el estudio de cada uno de estos hechos.)

B. EN QUÉ SENTIDO DEBE ENTENDERSE LA RELACIÓN DE LO FÍSICO CON LO MORAL. — En un segundo punto parece diferenciarse la Psicología moderna de la antigua. En ésta, la mayor parte de los concomitantes físicos de los hechos de conciencia eran considerados como efectos de éstos: yo quiero y mi cuerpo ejecuta los movimientos

que le impone mi voluntad; presto atención y tomo la actitud de la atención. Mis ideas se evocan unas a otras y crean, por consecuencia, caminos nuevos en el sistema nervioso; me conmuevo, y mi cuerpo expresa mi emoción; experimento placer o dolor, y mi corazón se acelera o se retarda. Hoy existen muchas razones para trastornar este orden y considerar al menos que hay un paralelismo entre los hechos de orden físico y los hechos de orden moral. La conciencia de la emoción parece no ser, en ciertas experiencias, la causa de la actitud corporal, sino más bien el efecto o el concomitante. Así las modificaciones físicas son consideradas como precediendo a los hechos psicológicos o, al menos, como dados al mismo tiempo.

Esta observación tiene gran importancia desde el punto de vista del espíritu de la Psicología científica. Que se adopte la hipótesis de lo físico, condición de lo moral o la de lo físico paralelo a lo moral (lo cual constituye una cuestión metafísica), se puede, en el terreno científico, para proceder a los estudios psicológicos: 1.º, instituir experiencias, medidas precisas conforme a las reglas metodológicas de las ciencias de la naturaleza; 2.º, relacionar la Psicología con las ciencias biológicas, notando las relaciones que existen entre los fenómenos psicológicos y ciertos fenómenos fisiológicos, próximamente como se ligan las ciencias biológicas mismas a las ciencias físico-químicas, notando las relaciones que existen entre los fenómenos fundamentales de la vida y ciertos fenómenos psicoquímicos. La unidad de las investigaciones científicas gana con ello.

II. EL AUTOMATISMO PSICOLÓGICO Y LA PERSONALIDAD

El conjunto de los estudios psicológicos nos ha permitido establecer relaciones constantes entre lo físico y lo moral y comprobar una evolución paralela entre ambos. Nos permite, además, precisar el sentido de esta evolución paralela, dándonos una idea general del desenvolvimiento de la vida psicológica.

Hemos visto, definiendo la conciencia en general, que la vida psicológica parecía despertarse cuando la complicación del organismo y la diversidad de las circunstancias a que tiene que hacer frente en el medio en que vive parecían exigir un sentimiento, por obscuro que sea, de estas circunstancias y de la reacción útil. Hemos visto también (hábito, reflejo, instinto) que, cuando a una circunstancia determinada había dado felices resultados una respuesta dada, ésta tendía a repetirse idénticamente todas las veces que se presentaban circunstancias próximamente semejantes, y esta repetición se hace progresivamente inconsciente.

La conciencia parece, pues, intervenir en el momento en que es útil y enmohecerse progresivamente a medida que desaparece su utilidad: esto está enteramente conforme con la teoría de la evolución.

A. AUTOMATISMO PSICOLÓGICO. — De aquí resulta que, en los seres bastante simples, que viven en un medio poco diferenciado, el acto consciente debe ser la excepción, y el acto automático, la regla. Resulta, además, que en los organismos más complicados y en el hombre mismo deben ser automáticos un gran número de actos simples que responden a circunstancias muy simples. Resulta, en fin, que la conciencia debe debilitarse y desaparecer aun para actos complicados que respondan a excitaciones complicadas, cuando, estando la respuesta perfectamente establecida, sea inútil la intervención de la conciencia (hábito).

Por consiguiente, la vida psicológica debe presentarnos como base un inmenso dominio en el que todo ocurre de una manera automática. En este dominio debemos encontrar los actos más necesarios para la existencia, porque éstos son los que han debido construirse antes que todo otro de la manera más segura y más duradera (percepciones, reacciones emotivas, inclinaciones fundamentales, reflejos e instintos). Esto es lo que la experiencia comprueba.

La Psicología moderna ha extendido considerablemente el dominio del automatismo psicológico y tiende a exten-

derlo diariamente. Lo inconsciente desborda por todas partes nuestra vida consciente y todavía ante ésta es preciso reconocer que estamos con frecuencia ante una vida semiconsciente más bien que consciente: nuestras inclinaciones y nuestras tendencias, nuestro carácter, nuestros gustos y nuestras aptitudes, nuestros recuerdos en apariencia más queridos, nuestras ideas corrientes son con la mayor frecuencia la obra de lo inconsciente; los psicólogos contemporáneos han llegado a pretender que la actividad superior del espíritu (el razonamiento, por ejemplo), es en sí misma inconsciente. Al menos es preciso considerar que los principios del razonamiento y de la construcción científica se unen directamente con tendencias inconscientes.

No es preciso creer, como vemos, que el automatismo psicológico no sea capaz más que de actos rudimentarios y muy simples. Las experiencias realizadas por medio del hipnotismo muestran incontestablemente que lo inconsciente es ya de una complejidad muy grande y que es susceptible de dirigir una actividad muy rica. Esto tiende a confirmar las conclusiones que ciertos psicólogos (*Pedro Janet*) han sostenido a propósito de la naturaleza de lo inconsciente, que no es inconsciente sino de una manera relativa. Su automatismo se guía de una manera latente por una conciencia más rudimentaria, pero también menos vacilante. Por debajo de nuestra actividad *plenamente* consciente se extiende, mucho más amplia por otra parte, una actividad semiconsciente, que escapa, en ciertos momentos o de una manera constante, al dominio de la conciencia plena; del mismo modo, por debajo de los centros nerviosos superiores de los hemisferios (algunos dicen con más precisión regiones frontales de los hemisferios) se encuentra una cantidad innumerable de centros inferiores que ordenan movimientos que no parecen ciegos.

B. LA PERSONALIDAD. — LA IDEA DEL YO. — La región de la conciencia plena sería entonces el conjunto de los estados de conciencia que, retenidos por nuestra memoria superior (por la memoria en el sentido restringido de la

palabra) y, por consiguiente, susceptibles de ser siempre reconocidos, son considerados como nuestros y forman *nuestra personalidad*. Cada uno de estos estados de conciencia está asociado estrechamente con la idea de mi yo, o, más bien, esta idea del yo, de mi personalidad, no es más que la resultante final y el símbolo vivo de la síntesis de estos estados de conciencia.

Reflexión, voluntad, actividad, dirigida conscientemente a un fin, sea intelectual, afectiva o motora, actividad *verdaderamente consciente*, en una palabra, no son otra cosa que aquella parte de nuestra actividad en que interviene de una manera más o menos eficaz nuestra personalidad y que está bajo el control del yo. Nuestros actos pueden, pues, clasificarse en dos grandes categorías: los que se realizan independientemente de este conjunto de estados de conciencia, cuya síntesis forma nuestra personalidad, y los que se realizan bajo su dependencia parcial o total. Los primeros constituyen nuestra actividad automática; los segundos, nuestra actividad personal verdaderamente consciente. Es preciso no perder de vista que esta actividad verdaderamente consciente no es más que una parte *muy restringida* de nuestra actividad psicológica total. La antigua Psicología incurría en el error de no considerar como actividad psicológica sino la actividad plenamente consciente.

III. CONCLUSIÓN GENERAL

Pero si la actividad verdaderamente consciente no es más que una parte muy restringida de nuestra actividad psicológica, es necesario hacer notar que es para nosotros la parte más importante: ella, en efecto, es la inventiva y la que permite modificar, según las circunstancias, los mecanismos ciegos del automatismo, y hasta el punto de substituir estos mecanismos por otros más útiles, para una adaptación más perfecta.

A través de la evolución de nuestra vida psicológica,

como a través de toda la evolución de la vida psicológica en general, se ve que la actividad personal se destaca de la actividad automática y tiende a subordinarla a su dirección: acentuar esta subordinación es la obra de la vida psicológica superior, y he aquí la misión más alta que la educación individual puede proponerse.



INDICE

	<u>Páginas</u>
INTRODUCCIÓN.— <i>Carácter general de la filosofía</i>	7
I. Orígenes de la ciencia.....	7
II. Historia del conocimiento reflexivo.....	8
III. Concepción tradicional de la filosofía.....	13
IV. Definición y división tradicionales de la filosofía...	18
V. Relaciones de la filosofía con las demás ciencias.	20

LIBRO I.—LA CONCIENCIA

CAPÍTULO I.— <i>Caracteres propios del hecho psicológico</i>	25
I. Introducción: Definición de la Psicología.....	25
II. Definición del hecho psicológico.....	26
III. Conclusión: El hecho psicológico.....	40
CAPÍTULO II.— <i>Independencia de la Psicología respecto de la Fisiología</i>	42
I. La Psicología es presentada, a veces, como un capítulo de la Fisiología.....	42
II. Diferencias de naturaleza entre los hechos psicológicos y los hechos puramente orgánicos.....	44
III. La conciencia, causa determinante de los fenómenos particulares.....	49
CAPÍTULO III.— <i>Clasificación de los hechos psicológicos</i>	52
I. Clasificación de los hechos psicológicos.....	52
II. El desenvolvimiento de la vida consciente: manifestaciones directas, vida consciente, espontánea y reflexiva.....	56

III. Existencia de un tercer grado por debajo de la espontaneidad y que sólo se manifiesta indirectamente: lo inconsciente o automatismo psicológico.....	59
IV. División general de los estudios psicológicos.....	62
CAPÍTULO IV.— <i>Lo inconsciente o automatismo psicológico</i>	66
Naturaleza de lo inconsciente.....	66

LIBRO II.—LAS FUNCIONES GENERALES DE LA CONCIENCIA

CAPÍTULO V.— <i>Función de asimilación. El hábito y la memoria.</i>	73
PRIMERA PARTE: <i>Leyes y condiciones del hábito y de la memoria</i>	73
I. Memoria y hábito. Descripción general.....	74
II. Clasificación: los diferentes tipos de memoria.....	77
III. Condiciones de la memoria y del hábito.....	78
CAPÍTULO VI.— <i>Función de asimilación. El hábito y la memoria</i>	91
SEGUNDA PARTE: <i>Naturaleza y teorías de la memoria y del hábito</i>	91
I. Teorías generales de la memoria y del hábito.....	91
II. Patología. Las enfermedades de la memoria.....	100
CAPÍTULO VII.— <i>La asociación y la función de integración</i> ...	104
I. Determinación del hecho.....	104
II. Clasificación.....	105
III. Condiciones psicológicas: las leyes de la asociación.....	106
IV. Condiciones fisiológicas.....	109
V. Naturaleza de la asociación de las ideas.....	113
CAPÍTULO VIII.— <i>La atención y la función de discernimiento.</i>	121
I. Definición.....	121
II. Clasificación.....	122
III. Condiciones psicológicas.....	122
IV. Condiciones fisiológicas.....	124
V. Naturaleza del fenómeno: evolución de sus diferentes formas. La atención voluntaria.....	129
VI. Los estados morbosos de la atención. Las distracciones.....	134
Conclusiones de conjunto sobre las funciones generales de la conciencia.....	136

LIBRO III.—LOS HECHOS REPRESENTATIVOS
(LA INTELIGENCIA)

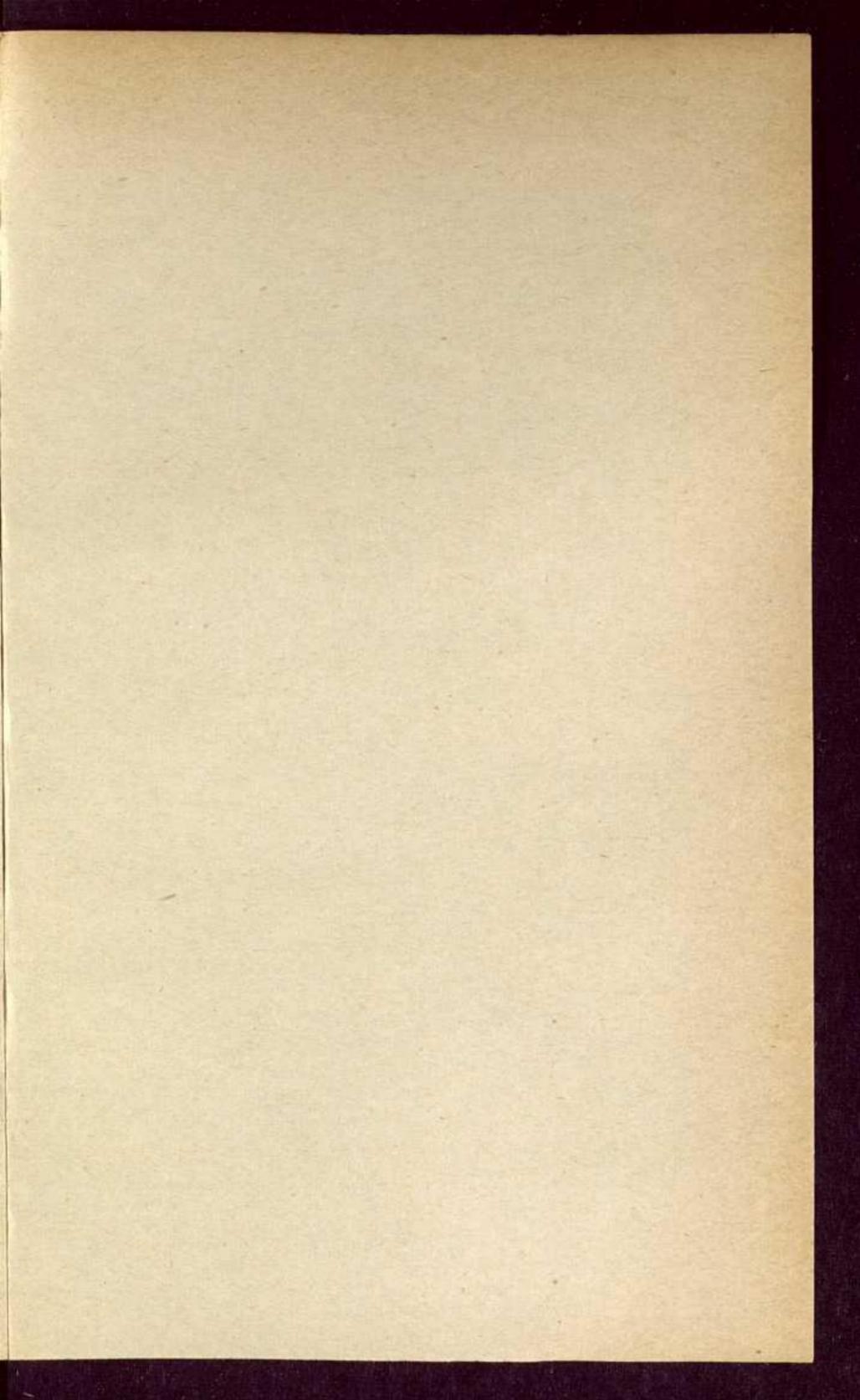
CAPÍTULO IX.— <i>Los elementos. Las sensaciones</i>	137
I. Determinación del hecho.....	138
II. Clasificación.....	139
III. Condiciones psicológicas.....	140
IV. Condiciones fisiológicas.....	144
V. Naturaleza de la sensación.....	158
VI. Datos primitivos de los sentidos.....	164
CAPÍTULO X.— <i>La actividad representativa espontánea. Las percepciones y las imágenes</i>	170
La percepción en general. Determinación del hecho. Clasificación.....	170
PRIMERA SECCIÓN: <i>La percepción exterior. Construcción del mundo exterior</i>	171
I. Descripción.....	171
II. Condiciones psicológicas.....	172
III. Condiciones fisiológicas.....	181
IV. Naturaleza de la percepción exterior.....	182
CAPÍTULO XI.— <i>La actividad representativa espontánea. Las percepciones y las imágenes (continuación)</i>	188
SEGUNDA SECCIÓN: <i>La personalidad. Percepción interior, el yo</i>	128
I. Descripción.....	188
II. Condiciones psicológicas.....	190
III. Condiciones fisiológicas. La individualidad orgánica.....	197
IV. Naturaleza del yo desde el punto de vista psicológico.....	198
CAPÍTULO XII.— <i>La actividad representativa espontánea. Las percepciones y las imágenes (continuación)</i>	202
TERCERA SECCIÓN: <i>La percepción libre o imaginación reproductora: las imágenes</i>	202
I. Determinación del hecho.....	202
II. Condiciones psicológicas.....	206
III. Condiciones fisiológicas.....	209
IV. Naturaleza y misión de la imaginación reproductora.....	210
CAPÍTULO XIII.— <i>La actividad representativa elaborada. Los conceptos</i>	212
PRIMERA SECCIÓN: <i>Formación de los conceptos</i>	212
I. Definición.....	212
II. Clasificación.....	213
III. Condiciones psicológicas de la concepción o ideación.....	214

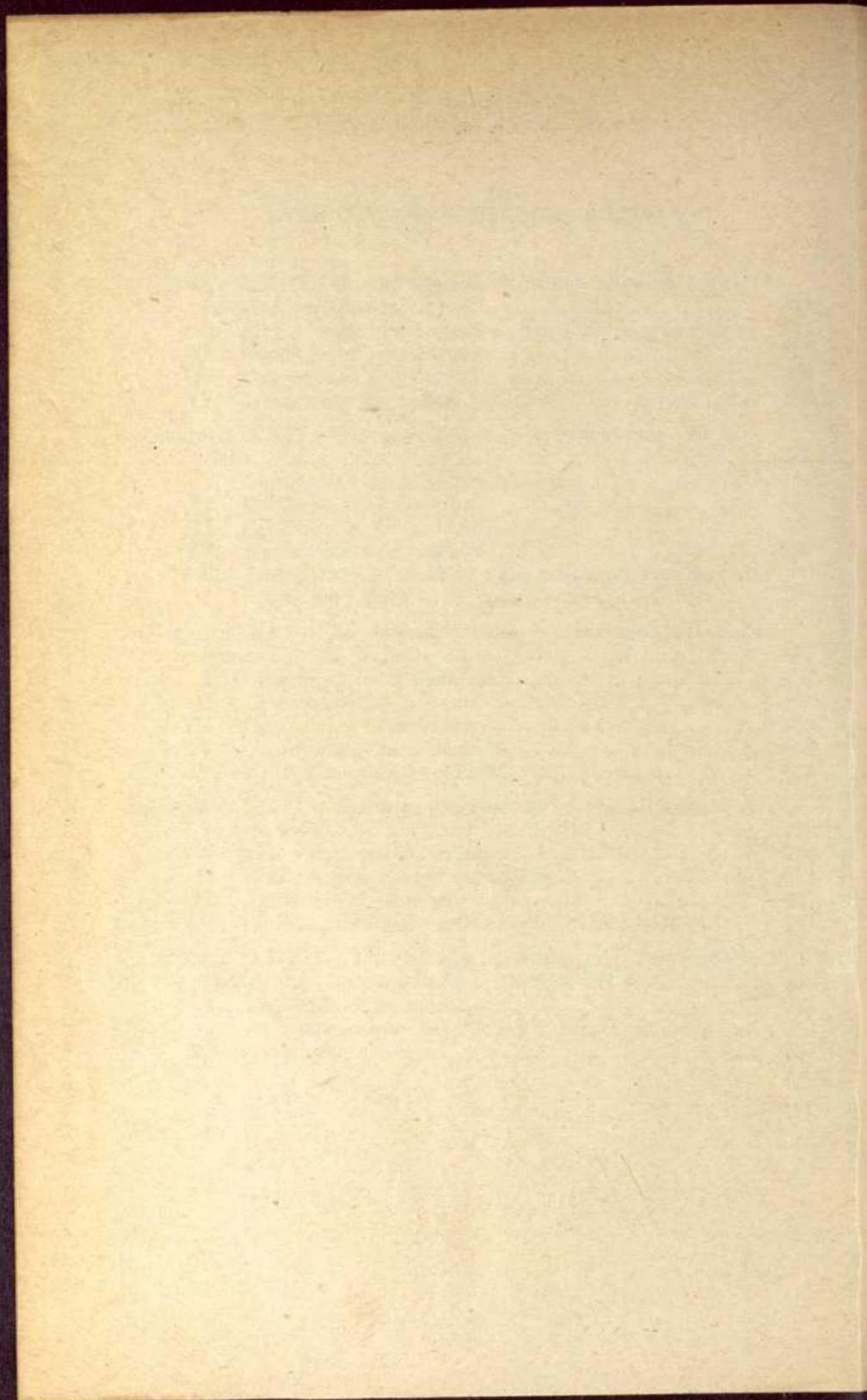
	Páginas
IV. Condiciones fisiológicas.....	227
V. Naturaleza de las ideas.....	231
CAPÍTULO XIV.—<i>La actividad representativa elaborada. Los conceptos</i> (continuación).....	238
SEGUNDA SECCIÓN: <i>Formación y desenvolvimiento de los conceptos. El juicio</i>	238
I. Definición.....	238
II. Clasificación.....	240
PRIMERA PARTE: <i>El juicio</i>	241
III. Condiciones psicológicas del juicio.....	241
IV. Naturaleza del juicio: su misión.....	245
CAPÍTULO XV.—<i>Los conceptos</i> (continuación).....	249
TERCERA SECCIÓN: <i>El desenvolvimiento de los conceptos</i>	249
SEGUNDA PARTE: <i>El razonamiento</i>	249
I. Definición.....	249
II. Condiciones psicológicas.....	251
III. Condiciones orgánicas del razonamiento.....	258
IV. Principios directores del conocimiento.....	259
V. Naturaleza del razonamiento.....	259
CAPÍTULO XVI.—<i>Los conceptos</i> (conclusión).....	263
Los signos: relaciones del lenguaje y del pensamiento....	263
I. Definición y nociones generales: relación entre el lenguaje y el pensamiento.....	263
II. Clasificación.....	267
III. Condiciones psicológicas.....	268
IV. Condiciones fisiológicas.....	274
CAPÍTULO XVII.—<i>Los factores generales del desenvolvimiento intelectual</i>	278
PRIMERA PARTE: <i>La actividad creadora (o la imaginación creadora)</i>	278
I. Distinción de la actividad creadora y de la actividad racional.....	278
II. Explicación del término imaginación creadora.....	286
III. Condiciones psicológicas.....	281
IV. Condiciones fisiológicas.....	285
V. Desenvolvimiento de la actividad creadora del espíritu.....	285
VI. Naturaleza y papel de la imaginación.....	292
CAPÍTULO XVIII.—<i>Los factores generales del desenvolvimiento intelectual</i>	295
SEGUNDA PARTE: <i>La actividad racional (principios racionales)</i>	295

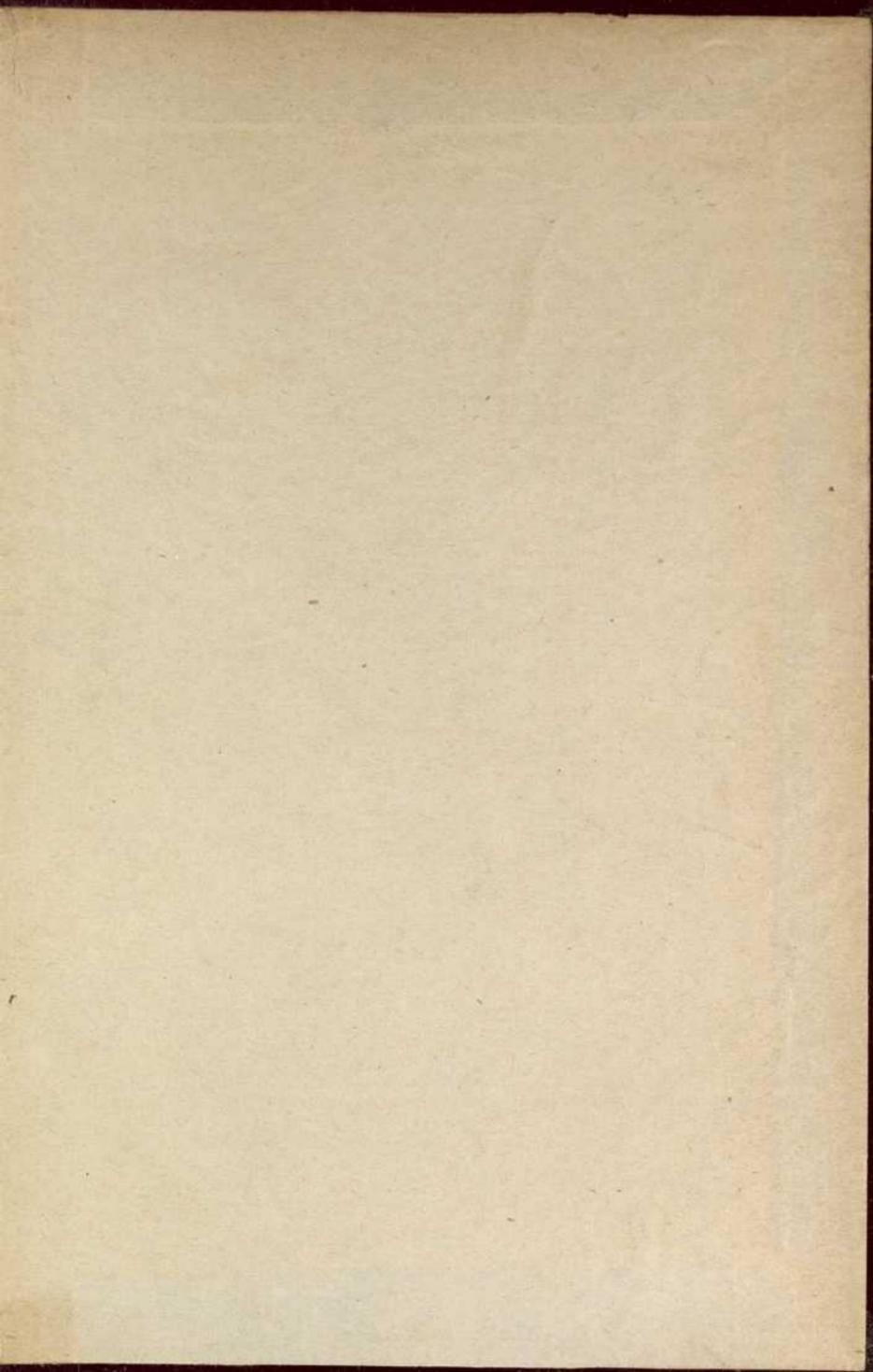
	Páginas
I. Determinación general.....	295
II. Formación psicológica y desenvolvimiento de la idea del espacio.....	298
III. Formación psicológica y desenvolvimiento de la idea de tiempo.....	299
IV. La noción de identidad.....	300
V. Desenvolvimiento de la idea de causa.....	302
VI. Naturaleza de los principios directores del conocimiento.....	309
 LIBRO IV.—LOS HECHOS AFECTIVOS 	
CAPÍTULO XIX.— <i>Los elementos. El placer y el dolor</i>	313
I. Determinación de los hechos.....	313
II. Clasificación.....	314
III. Condiciones psicológicas: los factores representativos.....	314
IV. Condiciones fisiológicas: los factores orgánicos y motores.....	315
V. Naturaleza y misión del placer y del dolor.....	317
Nota sobre la terminología.....	325
CAPÍTULO XX.— <i>La actividad afectiva espontánea. Las emociones y las pasiones</i>	327
I. Determinación de los hechos.....	327
II. Clasificación.....	329
III. Condiciones psicológicas.....	334
IV. Condiciones fisiológicas.....	336
V. Naturaleza de la emoción y de la pasión.....	340
CAPÍTULO XXI.— <i>La vida afectiva elaborada. Los sentimientos</i>	349
I. Determinación del hecho.....	349
II. Clasificación.....	350
III. Condiciones psicológicas.....	351
IV. Condiciones fisiológicas: inclinaciones.....	352
V. Naturaleza del sentimiento.....	354
CAPÍTULO XXII.— <i>Los factores generales del desenvolvimiento de la vida afectiva</i>	357
Las tendencias y las inclinaciones.....	357
I. Intima unión de las funciones afectiva y motora....	357
II. Opiniones sobre el desenvolvimiento general de la vida afectiva: sus direcciones fundamentales.....	358
III. Desenvolvimiento del instinto de imitación.....	365

LIBRO V.—LOS HECHOS ACTIVOS

CAPÍTULO XXIII.— <i>Los elementos. El reflejo psíquico. La motricidad psicológica</i>	371
I. El movimiento psicológico elemental: el acto reflejo.....	371
II. Condiciones psicológicas.....	376
III. Condiciones fisiológicas.....	377
IV. Naturaleza del reflejo psíquico.....	385
CAPÍTULO XXIV.— <i>La actividad motriz espontánea. El instinto</i>	388
I. Descripción y definición.....	388
II. Condiciones psicológicas.....	393
III. Condiciones fisiológicas.....	394
IV. Naturaleza del instinto.....	396
V. Las teorías del instinto y sus relaciones con las teorías del hábito.....	399
CAPÍTULO XXV.— <i>La actividad motora elaborada. Las voliciones</i>	407
I. Determinación y definición.....	407
II. Clasificación.....	408
III. Condiciones psicológicas.....	409
IV. Condiciones fisiológicas.....	414
V. Naturaleza de la voluntad.....	424
CAPÍTULO XXVI.— <i>Factores generales del desenvolvimiento de la actividad</i>	430
I. Los caracteres individuales.....	430
II. Clasificación de los caracteres.....	432
III. Análisis del carácter.....	435
IV. La educación del carácter. ¿Es modificable?.....	441
CAPÍTULO XXVII.— <i>Lo físico y lo moral. El automatismo psicológico. La personalidad. La idea del yo</i>	451
I. Lo físico y lo moral.....	451
II. El automatismo psicológico y la personalidad.....	454
III. Conclusión general.....	457









212100

PSE

S. G. GARDNER

B
2

ABEL. REY

PSICOLOGÍA

BID.M
2325